

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIOLOGÍA**  
**Departamento de Sociología V (Teoría Sociológica)**



**MODELOS DE IDENTIDAD MASCULINA:  
REPRESENTACIONES Y ENCARNACIONES  
DE LA VIRILIDAD EN ESPAÑA (1960 - 2000)**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR  
PRESENTADA POR**

**Antonio Agustín García García**

Bajo la dirección del doctor  
**Fernando J. García Selgas**

**Madrid, 2009**

ISBN: 978-84-692-6746-2

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID  
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA  
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA V (TEORÍA SOCIOLÓGICA)



# MODELOS DE IDENTIDAD MASCULINA: REPRESENTACIONES Y ENCARNACIONES DE LA VIRILIDAD EN ESPAÑA (1960-2000)

TESIS DOCTORAL

ANTONIO AGUSTÍN GARCÍA GARCÍA

DIRECTOR: FERNANDO J. GARCÍA SELGAS

MADRID, 2009

Universidad Complutense de Madrid  
Tesis Doctoral

Director: Fernando J. García Selgas

Modelos de identidad masculina: representaciones y encarnaciones  
de la virilidad en España (1960-2000)

Antonio Agustín García García  
Departamento de Sociología V (Teoría Sociológica)  
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología

Madrid, 2009

## Índice

|   |           |
|---|-----------|
| Agradecimientos.....  | v         |
| <b>Introducción.</b>  |           |
| <b>Las (des)identificaciones masculinas como problema sociológico.....</b>  | <b>1</b>  |
| <br><i>PRIMERA PARTE</i>  |           |
| <b>BASES PARA UN ESTUDIO SOCIOLOGICO DE LAS MASCULINIDADES ESPAÑOLAS.....</b>   | <b>17</b> |
| <br><i>Capítulo Primero</i>   |           |
| <b>MASCULINIDAD, MODERNIDAD</b>   |           |
| <b>Las masculinidades modernas como objeto de investigación.....</b>  | <b>19</b> |
| 1.1. Alrededor de una primera definición de masculinidad: enganchando el problema de las masculinidades contemporáneas en sus condiciones de posibilidad..... | 20        |
| 1.2. La modernidad como fondo: la emergencia histórica de la <i>Masculinidad</i> .....  | 26        |
| 1.2.1. Cuerpos, sexos, identidad: la dicotomía de los sexos moderna.....  | 34        |
| 1.2.2. La estabilización de la <i>Masculinidad</i> como categoría política.....   | 41        |
| 1.3. El tropo de la <i>Masculinidad</i> moderna: la identidad masculina como oposición.....   | 51        |
| 1.3.1. Actividad/Pasividad: La masculinidad como acción.....  | 60        |
| 1.3.2. Autonomía/Heteronomía: El ejercicio del control.....   | 63        |
| 1.3.3. Razón/Emoción: La disolución de las dependencias.....  | 66        |
| <br><i>Capítulo Segundo</i>   |           |
| <b>BASES PARA UNA SOCIOLOGÍA DE LAS MASCULINIDADES</b>  |           |
| <b>De la Masculinidad como posición a la masculinización en los procesos expositivos.....</b>   | <b>73</b> |
| 2.1. Alrededor de una sociología de las masculinidades.....   | 78        |
| 2.1.1. El psicoanálisis freudiano como paradigma de transición: de la <i>Masculinidad</i> a los procesos de encarnación de la marca genérica.....             | 81        |
| 2.1.1.1. El Sujeto como efecto relacional: la amenaza del retorno.....  | 85        |
| 2.1.1.2. La mística de la masculinidad freudiana.....   | 90        |
| 2.2. Acercamientos desde la sociología al análisis de las masculinidades.....   | 100       |
| 2.2.1. Cerrar la brecha: La lectura funcionalista de la masculinidad como rol sexual...   | 101       |
| 2.2.1.1. Diferenciación e internalización de los roles sexuales.....  | 104       |
| 2.2.1.2. Los límites de la masculinidad como rol sexual: masculinidad en crisis.....  | 110       |
| 2.2.1.3. La masculinidad como posición.....   | 114       |
| 2.2.2. El sistema de los géneros: la lectura de las masculinidades como hegemonía....   | 119       |
| 2.2.2.1. Masculinismo y patriarcado: la pluralización de las masculinidades.....  | 123       |
| 2.2.2.2. Orden de género y hegemonía: la masculinidad como experiencia de poder....   | 127       |
| 2.2.2.3. La masculinidad como negación.....   | 133       |
| 2.2.3. Identidad, performance, poder: la masculinidades como diferencia.....  | 135       |



|   |     |
|---|-----|
| 2.2.3.1. Nuevas direcciones en la comprensión de las masculinidades.....  | 142 |
| 2.2.3.2. Las masculinidades como <i>difference</i> .....  | 145 |
| 2.3. El análisis de las masculinidades en sus <i>procesos expositivos</i> : un modelo de acercamiento a las diatribas contemporáneas de las masculinidades españolas..... | 151 |
| 2.3.1. La reubicación de la agencia en los procesos expositivos.....  | 154 |
| 2.3.2. <i>Estar expuesto y exponer</i> : intencionalidad y ambivalencia en los procesos de exposición.....  | 160 |
| <br><i>Capítulo Tercero</i>   |     |
| <b>VICISITUDES POST- Y MASCULINIDADES CONTEMPORÁNEAS</b>  |     |
| <b>Transparencia y quiebras de las (des)identificaciones masculinas.....</b>  | 169 |
| 3.1. Modernidad, <i>Masculinidad</i> , Exposición.....  | 172 |
| 3.1.1. Encarnar el vacío: la tesis de la transparencia.....   | 177 |
| 3.1.2. Cartografías del fuera de campo.....   | 183 |
| 3.1.3. Exposición y exceso en los cuerpos traslúcidos.....  | 186 |
| 3.2. La transparencia como hipótesis.....   | 190 |
| 3.2.1. Vicisitudes <i>–post</i> y la emergencia de la marca de género.....  | 191 |
| 3.2.2. El análisis de la transparencia en las masculinidades españolas (1960-2000).....   | 199 |
| 3.2.2.1. <i>El dato cuantitativo en sus contextos de producción</i> .....   | 207 |
| 3.2.2.2. <i>Fuente oral y subjetividad: reinscribir los relatos masculinos</i> .....  | 210 |
| 3.3.2.3. <i>El tiempo de la ficción encarnada: representación y anclaje histórico</i> .....   | 214 |
| <br><i>SEGUNDA PARTE</i>  |     |
| <b>REPRESENTACIONES Y AUTO-REPRESENTACIONES DE LA VIRILIDAD ESPAÑOLA DE LOS SESENTA A LOS NOVENTA.....</b>  |     |
| <br><i>Capítulo Cuarto</i>  |     |
| <b>MASCULINIDADES TARDOFRANQUISTAS: LA PUGNA POR LA CONTENCIÓN</b>  |     |
| <b>Tradición, modernidad y desarrollismo (1960-1971).....</b>   | 227 |
| 4.1. Tradición y modernidad en la España franquista: la exposición de la <i>Masculinidad</i> .....  | 230 |
| 4.2. Desarrollismo y cambio social: los anhelos de una masculinidad cosmopolita.....  | 242 |
| 4.3. La transformación de la vida cotidiana: las <i>representaciones</i> de la pugna por la contención.....   | 247 |
| 4.4. La transparencia apacible y la implosión contenida de la <i>Masculinidad</i> .....   | 257 |

## Capítulo Quinto

### **MASCULINIDADES PROBLEMÁTICAS: TRANSICIÓN, DESEO Y GÉNERO**

|   |            |
|---|------------|
| <b>Las tensiones de la Masculinidad (1972-1989).....</b>                            | <b>265</b> |
| 5.1. De un pasado irreconciliable: la <i>Masculinidad</i> señalada (1972-1979)..... | 269        |
| 5.2. Exceso y deseo: el devenir masculinidades (1977-1986).....                     | 279        |
| 5.3. Institucionalización del género: masculinidades desiguales (1983-1991).....    | 288        |
| 5.4. La transparencia como resistencia.....   | 294        |

## Capítulo Sexto

### **MASCULINIDADES DICHAS: LA EMERGENCIA DE LA MARCA**

|   |            |
|---|------------|
| <b>Crisis, tozudez y quiebra (1990-2000).....</b>   | <b>299</b> |
| 6.1. Señalar la <i>Masculinidad</i> : entre el machismo y las nuevas masculinidades (1990-1996)....                 | 305        |
| 6.1.1. Las masculinidades vividas en el tropo de la crisis.....   | 315        |
| 6.2. El regreso de los monstruos (1997-...): el dislate de la <i>Masculinidad</i> .....                             | 329        |
| 6.2.1. Tozudez y quiebra de las (des)identificaciones masculinas.....   | 336        |
| 6.3. La lógica de la transparencia en la estabilización de las (des)identificaciones masculinas contemporáneas..... | 341        |
| <b>CONCLUSIONES.....</b>  | <b>349</b> |
| <b>Bibliografía citada.....</b>   | <b>363</b> |
| <b>Filmografía.....</b>   | <b>375</b> |



*Es de bien nacido ser agradecido*  
(refranero popular)

## **A**gradecimientos

Si pocos trabajos de investigación pueden pensarse como un esfuerzo individual, en el caso de una tesis lo colectivo se hace evidente. Y así, más allá del consejo del refranero y sin preocuparme tanto la consideración de mí mismo como dejar por escrito la alta consideración en la que yo tengo a toda esa gente que me ha ayudado y hecho posible que estos años se hayan convertido en una aventura viable, he de reconocer la amplia red de ayudas, apoyos y afectos que me han permitido llegar hasta aquí.

Ayuda que comienza en las instituciones que han servido de paraguas a este trabajo. Comenzando por el Ministerio de Educación que por medio de una beca de FPU financió esta investigación y al Departamento de Sociología V (Teoría Sociológica) de la Universidad Complutense de Madrid que me auspició como becario y, años después, como profesor. Gracias por su apoyo a los miembros del Departamento. Gracias muy especialmente a Manuel R. Caamaño que me animó a embarcarme en esta empresa y me empujó a pensar la teoría sociológica con arrojo, profundidad y buen humor.

Ayuda que vino de otras instituciones. Aquellas que me acogieron en mis viajes académicos, el Department of Modern Languages–University of Bradford (gracias Richard Cleminson), el Department of Sociology–SUNY (thanks Michael Kimmel) y el Department of Sociology–UCSC (Herman Gray, Rosa Linda Fregoso, Teresa de Lauretis, muchas gracias) me abrieron sus puertas y me permitieron crecer en la experiencia brindada y contribuyeron a esta tesis desde la absoluta paciencia que mostraron al escuchar mis dudas y ayudar a solventarlas. También el Departamento de Sociología y Política Social de la Universidad de Murcia, en el que trabajé unos años en los que estaba enzarzado en este proyecto y en el que encontré colegas y amigos (Elena, Andrés, Paco, un placer, nos vemos).

Apoyo de esas redes de investigación en las que presenté mis ideas, en las que este proyecto creció y se convirtió en tesis, en las que aprendí a investigar y pensar en colectivo. Gracias especialmente a los miembros del GRESCO pero también a esas personas que me crucé en congresos y encuentros académicos y que fueron generosos con sus comentarios, halagos y críticas; gracias, como no, a los y las estudiantes que también fueron parte de estos años y aceptaron el invite a pensar y preguntar ayudándome a precisar mis puntos de vista.

Apoyo también de todas esa gente que se da cita en las páginas de esta tesis y a las que agradezco su implicación. Las que me ofrecieron generosamente su tiempo y sus historias para que pudiera pensar las masculinidades por medio de sus relatos, aquellas que me ayudaron a hacer los contactos, y muchas más que buscaron películas descatalogadas, grabadoras para transcribir o simplemente se presentaron con materiales que podían ayudar (Pili, muchas gracias, María, Lele, Txopo... gracias).

Afectos trufados de ayuda y apoyo, los que vinieron de los pasillos de la Facultad (Concha, Carmen, muchas gracias), los que empezaron allí para terminar estando aún más cerca (ay, Elena, cómo agradecer), los que partían de cerca (Nico, Juan, gracias). Gracias a esa gente con la que he compartido estos años y han sabido pasar cuando había que pasar, cuidar incluso cuando me ponía arisco y acompañar con cariño un esfuerzo que de otra manera habría sido imposible. Irene, Lola que quedaría de mí sin vosotras.

Apoyo, ayuda y afectos. Gracias Fernando, sin duda no habría sido posible sin tu implicación en mi trabajo y tu dirección, por los empujones –bien dados– y los consejos, gracias, por la paciencia mostrada y tu generosidad, muchas gracias.

Afectos, apoyo, ayuda y más afectos. Muchas gracias Toñi, muchas gracias Nicolás, por comprender hasta lo incomprensible, promocionar mi alegría y llenarme de ideas; sólo desde ellas he podido entender las otras.

*Madrid, noviembre de 2008*



Imagen de la instalación *Shadow Piece* (2005) de David Claerbout

## *Introducción*

### **Las (des)identificaciones masculinas como problema sociológico**

«Nos hemos pasado tanto tiempo diciendo quién era el verdadero hombre... Es tan frecuente que incluso hombres particularmente atípicos se definan como normales o incluso paradigmáticos. Es tanta la megalomanía corporativa masculina, que cualquier tentativa de trabajar la identidad masculina es, en ese sentido, peligrosa de volver a caer en alguna androlatria, o autobombo»

Josep Vicent Marqués (2003), «¿Qué masculinidades?»; en Valcuende del Río y Blanco López, *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades*. Madrid, Talasa.



La imagen que se recoge en la página anterior pertenece a la vídeo-instalación *Shadow Piece* (2005) del artista David Claerbout (Courtrai, 1969) que formó parte de la exposición *Intocable. El ideal de la transparencia* (Museo Patio Herreriano de Valladolid, 2007). Al observar el video proyectado en la oscuridad de la sala del museo me asalta la misma inquietud, la misma extrañeza que me ha acompañado en el desarrollo de esta investigación. Cuando conozco un poco más del proceso artístico que precede a mi estancia solitaria frente a la pantalla, encuentro que la metáfora que atraviesa mi análisis resuena en las imágenes proyectadas.

«*Shadow Piece* consiste en la incrustación sobre una fotografía anónima de un edificio de los años 50 de personajes vestidos con ropa que evoca la misma época, transeúntes que desfilan tras las puertas de cristal o queriendo penetrar en el interior del edificio. A pesar de sus intentos, el edificio transparente es inaccesible» (Patio Herreriano, 2007)

Ese *señor con sombrero* que insiste en empujar la puerta del edificio cerrado recuerda al movimiento que intento señalar para entender las diatribas de las (des)identificaciones masculinas españolas contemporáneas, finalidad de esta tesis. Más aún cuando sé que no sólo el cerrojo hace inexpugnable el espacio diáfano que se abre a la mirada a través de la fachada de cristal. Al tratarse de una fotografía, el edificio permanecerá cerrado. No es una cuestión de aldabones y candados; tiene más que ver con la imposibilidad de atravesar aquello que ya quedó completo y contenido en la imagen rescatada y anónima de los años cincuenta. En el esfuerzo estéril del varón que empuja las puertas se condensa la lógica de las transformaciones recientes en la construcción de las subjetividades masculinas y las relaciones de género contemporáneas. También aquí es ese *señor con sombrero* que representó los anhelos de la sociedad burguesa moderna –el mismo que fue y estudió Ortega y Gasset (García Selgas et al., 2003), el mismo que parece desprenderse del giro cultural que describe M. Weber (1965) en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*– el que se enfrenta a una suerte de barrera transparente, de cristal que detiene el intento de *entrar* a ese espacio que en la imagen, como espectadores, ocupamos frente a la proyección. ‘Encerrado’ en el exterior-pasado, detenido en ese momento indeterminado de la fotografía de otro tiempo, vistiendo una ropa que no se ajusta a las modas *casual wear* que reinan en el interior-actualidad. La imagen podría hablar, y de hecho habla, de un conflicto; pero en la secuencia, el *señor con sombrero*

desiste pronto, se gira y sigue su paseo por esa exterioridad que no es accesible a mi mirada como espectador. ¿Vuelta a lo público como si nada hubiera pasado, como si la barrera desapareciera al darle la espalda, como si las categorías de interior y exterior se dieran la vuelta y el cautivo fuera el espectador?

En esta imagen aparecen dos de las claves de mi análisis de las masculinidades españolas contemporáneas. Por una parte el *sujeto* objeto de investigación, mi caso de estudio. En esta tesis se habla de varones, pero no de todos los varones. Mi interés es por ese *señor con sombrero* en tanto que encarna al protagonista de la modernidad occidental. Pese a lo que el modelo ilustrado pretendía establecer, el Sujeto *universal* de la Razón y la Historia respondía a un arquetipo concreto que, efectivamente, por un tiempo mantuvo sus credenciales diluidas en esa universalidad (Bordo, 1993). Pero hoy emergen y señalan a ese *señor con sombrero* en su especificidad. Son los varones occidentales, blancos, heterosexuales, propietarios, educados, cabezas de familia, empleados o empleadores, ciudadanos... los que se enfrentan a esa puerta infranqueable cuando se explicita el privilegio de su posición en la retórica moderna. En lo que sigue hablaré de varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias para referirme a ellos, porque a ellos me quiero acercar desde una perspectiva de género recogiendo así el consejo de parte de las teorías feministas contemporáneas de cartografiar la posición no cuestionada –al menos, hasta hace bien poco– de la dicotomía de los géneros modernas (Phelan, 1993) y persiguiendo el esfuerzo de los *Critical Studies on Men*<sup>1</sup> –o estudios críticos sobre los varones, en castellano– por hacer visible la marca de género de estos varones

---

<sup>1</sup> Sorprende que ante el limitado desarrollo de la teorización e investigación en este campo, no más de treinta años si se considera su vertiente crítica, el juego de las etiquetas con el que autodenominarse asemeje el juego del despiste. *Men's Studies*, estudios de la masculinidad pro-feministas o, la que aquí rescato, estudios críticos sobre los varones sin ser intercambiables, ya que responde a movimientos de política académica por hacerse con un espacio de enunciación reconocido –en el sentido de admitidos, principalmente por las académicas feministas– y delimitado –frente a los movimientos intelectuales reaccionarios o de exaltación de una masculinidad tradicional y/o biológica–, no dejan de nombrar al mismo grupo de investigaciones y teorías que han hecho de la masculinidad un objeto sociológico problemático. Si aquí opto por la de *estudios críticos sobre los varones*, propuesta por J. Hearn y sus colaboradores desde el centro del mismo nombre en la universidad de Linköping (Suecia) es porque considero que es la que más se aproxima a la consideración teórico-metodológica que defiende en esta tesis y porque creo que es la que mejor define la bibliografía que manejo por su raigambre europea y no sólo anglosajona.

(Kimmel, 1997). Mostrar el género de los *sin género*, el género que se presenta como ausencia de género, como género invisible por transparente.

Por otra parte, la imagen de la vídeo-instalación despliega la misma metáfora que constituye la tesis que aquí defiendo. La transparencia de la puerta de cristal –la que permite ver a través *como si* no estuviera, la que impide el paso *como si* se tratara de un inamovible muro de hormigón– recoge la dinámica en la que se están dirimiendo las relaciones de género y los procesos de subjetivación, como dos caras de la misma moneda, de estos varones. Mi análisis apuntará que la invisibilidad moderna de la marca de género (Kimmel, 1993) deviene barrera transparente en las postrimerías de la modernidad. Inapreciable por ella misma pero no en sus consecuencias –más bien al contrario, los efectos sociales del despliegue contemporáneo de las masculinidades pueden asociarse a problemas tan palpables y groseramente materiales y en cierto modo opacos como la violencia de género–, la transparencia habla de la incapacidad contemporánea de los varones descritos para hacerse cargo de su género y así intenta apuntar una de las fuentes, si no la principal, de las desigualdades que por razón de género siguen describiendo nuestra realidad y la poca conciencia que como agentes implicados en esa realidad tienen los protagonistas de este estudio. Hacer visible la invisible transparencia del género de los varones heterosexuales de clases medias requiere atenderla indirectamente en sus consecuencias y exige una perspectiva más compleja.

¿Cómo defender esta tesis? ¿Dónde apoyarla y cómo desplegar su explicación? No son preguntas sencillas. Y es que la masculinidad, como nodo conceptual que atraviesa esta investigación, es una categoría difícil de precisar: en ocasiones incómoda, en otras evasiva. Incómoda en tanto que en ella se dan cita demasiadas perspectivas, incluso demasiados anhelos que no siempre nos acercan a la comprensión sociológica de la experiencia de los varones como seres con género. Pondré un ejemplo. Los estudios de las masculinidades son un novísimo campo de estudio dentro de las ciencias sociales. En nuestro país su teorización y análisis apenas se ha puesto en marcha y su producción todavía es errática. Los intentos sociológicos o desde otras ciencias sociales afines como la antropología o la psicología de acercarse a la masculinidad como categoría social (e.g. Marqués, 1991; Gil Calvo, 1997 y 2006; Fernández-Llebrez, 2004; Guasch, 2006;

Armengol, 2007) se mezclan en las estanterías de las librerías con otros que no pasan de la soflama o la melancolía más o menos argumentada de ciertas posiciones que se ven diluirse<sup>2</sup>. Por eso me parece apropiada la cita de J. V. Marqués con la que se abría esta introducción, porque advierte de esa deriva tantas veces ensayada de la vuelta a la exaltación masculina cuando se entiende cuestionada<sup>3</sup> y en cierto modo avanza la necesidad de anclar el análisis de las masculinidades más allá de los juegos de las redenciones o de la vuelta a la hombría como sustancia. En este sentido la categoría es incómoda, señalada como sospechosa por algunas perspectivas feministas<sup>4</sup> y blandida por ciertos movimientos sociales para justificar un discurso victimista a la vez que orgulloso de una condición entendida como natural, sustancial, esencial.

Pero también la calificaba de evasiva. La masculinidad se escurre de los textos clásicos de la sociología, como pasa, en general, en el pensamiento occidental. Se escurre porque parece que está fuera del análisis. La masculinidad no sólo es alcanzada por la transparencia en los discursos y experiencias de los agentes sociales que aquí se estudian; su transparencia empapa los trabajos de las ciencias sociales hasta hace bien poco –si es que, en cierto modo, no lo sigue haciendo–. Pero su escurrimiento no es hacia fuera: la masculinidad empapa los textos sociológicos y en ese sentido se escurre por las obras de la sociología clásica y gran parte de la contemporánea. Confundida en esa universalidad del sujeto moderno, los estudios de M. Weber en torno a los procesos de racionalización, el interés de E. Durkheim por el paso de sociedades de solidaridad mecánica a otras de solidaridad orgánica y su preocupación por la anomia o el análisis

---

<sup>2</sup> Es elocuente el título de la obra que, cuando terminé esta tesis, se ha convertido en referente de los movimientos de varones antifeministas, *El varón castrado* (2006) de José Díaz Herrera.

<sup>3</sup> En este sentido es muy interesante el eco que están teniendo en nuestro país los trabajos de autores como Farrell, figura controvertida, y en ese sentido paradigmática para ciertos movimientos de varones *iracundos*, en tanto que autor afín a los primeros grupos pro-feministas que se implican en el movimiento por la igualdad de género en Estados Unidos y que abandona sus posiciones iniciales con la tesis de que los derechos, en cierto modo naturales, de los varones están siendo *arrasados* por la liberación femenina. En este trabajo no se alcanzan estas narrativas en tanto que constitutivas del pensamiento académico en torno a la masculinidad ya que su trabajo está más vinculado a movimientos sociales y sus *investigaciones* tienen poco eco en el trabajo sociológico en este campo, pero sí se incorporarán en tanto que dan cuenta de una de las reacciones masculinas analizadas, por ejemplo, por Osborne (2004) en relación con los movimientos por los derechos de los padres separados y divorciados.

<sup>4</sup> Para un análisis de los recelos que la masculinidad ha generado en el pensamiento y movimiento feministas véase Digby, 1998.

de K. Marx del capitalismo y sus formas sociales en cierto modo son relatos pendientes<sup>5</sup> de la masculinidad moderna, pero en sus obras el género se diluye y la masculinidad no se aprecia como tal (Kimmel, 1993). No hay por tanto una sociología clásica de las masculinidades (Connell, 1995; Seidler, 2000) aunque en los albores de la sociología y su intento por dar cuenta de las condiciones de vida en la modernidad industrial lo que encontramos es una reflexión en torno a la masculinidad y sus avatares en Occidente.

La estrategia explicativa que se despliega en esta tesis intenta superar este paroxismo en el que parece que encalla la masculinidad cuando se mira en sí misma o cuando se mira sin verse. Mi tarea es la restitución de la masculinidad como categoría de (des)identificación que opera en Occidente y que puede pensarse, con una suerte de retroactividad en la emergencia de la modernidad (Mosse, 2000) y situarse en el desarrollo actual de las sociedades modernas en relación a las tensiones que envuelven las relaciones de género (Connell, 2000; Kimmel, 2001). Se definen así los tres pies en los que se apoya mi propuesta: (i) devolver la masculinidad al contexto de la modernidad como su condición sociohistórica de posibilidad, (ii) considerar la masculinidad en tanto que proceso de (des)identificaciones de los varones objeto de estudio y (iii) analizar, desde las hipótesis resultado de los dos puntos anteriores, el modo en el que se entienden la masculinidad y las relaciones de género en el caso concreto y situado de las representaciones y auto-representaciones de la virilidad española desde los años sesenta.

(i) Los procesos de (des)identificación de los agentes sociales no ocurren en un vacío. Si se habla de masculinidad –o feminidad– es para nombrar las estelas de sentido en las

---

<sup>5</sup> Estas teorías están pendientes de la masculinidad tanto por su observancia de las posiciones masculinas, aunque sin nombrarlas en sus teorías, como por encontrarse imbuidas de un masculinismo que termina por borrar la marca de género de aquellos de los que habla. A fin de cuentas, a poco que se aprecien sus discursos desde una perspectiva de género, en Weber nos encontramos con un empresario capitalista, varón de clase media y supuestamente heterosexual, en Marx se habla del proletario, de nuevo varón, que ha de encarnar los anhelos de la nueva sociedad capitalista y en Durkheim, igual más diluido por la naturaleza de su explicación, ese individuo que accede a la solidaridad orgánica en el intercambio social de tareas, bienes y funciones termina por ser un varón en tanto que las mujeres quedan fuera del mercado laboral. Para un análisis más detallado de este aspecto en estos y otros autores de la sociología clásica véase Kimmel, 1993 y Seidler, 2000. Una revisión española del papel del género en la Teoría Sociológica, si bien más centrado en las mujeres, puede verse en la compilación editada por Durán (1998).

que se fraguan las identidades. Pertenecen, por tanto, a un plano que pronto excede lo meramente individual y nos conecta con la cultura y las representaciones que en ella se tejen sobre la *hombría* (Gilmore, 1994). Por ello, es necesario rastrear las condiciones, retóricas y prácticas en las que se conforman los actuales modelos de masculinidad. Posiblemente aquí es donde se agazapa una de las razones para esa ceguera que las ciencias sociales han mostrado por siglos para alcanzar a las masculinidades porque, aceptando el diagnóstico de que «[l]a sociología es hasta ahora la reflexión no histórica de la aparición, sí histórica, de la sociedad y del individuo. Sociedad e individuo, como realidades, son históricas” (Pérez-Agote, 1996: 12), se traza la paradoja que permite a los clásicos hablar de una realidad, la de los varones heterosexuales de clases medias, sacando precisamente la especificidad de su protagonista del esclarecedor cuadro que nos aportan del origen social de la modernidad.

Precisando este punto en mi proyecto, es imposible alcanzar lo que *hoy* se entiende por *hombría* sin inmiscuirse en el proceso de surgimiento, estabilización y quiebra del modelo Ilustrado y el programa de la modernidad (Mosse, 2000). Y por ello, en mi investigación de las masculinidades tengo que dar cuenta de estas dinámicas al menos en dos puntos. Primero, en la reflexión en torno a qué elementos se convirtieron en eje de la masculinidad moderna –al menos en esa masculinidad central que constituye mi objeto de estudio–, y para ello es necesario volver sobre el relato de la modernidad que se encuentra en el origen de la sociología como disciplina. Pero aún más productivo es el recurso a los enfoques críticos que durante el siglo veinte volvieron sobre esta transformación de las formas de vida en Occidente y señalaron las *sombras* de la Ilustración. La Escuela de Frankfurt y su crítica de la razón instrumental (e.g. Horkheimer y Adorno, 1994; Marcuse, 1993) y los análisis sociohistóricos y su cuestión por el origen de nuestras estructuras vitales y de pensamiento (e.g. Elias, 1987), pero sobre todo el giro *post-* en el pensamiento social y filosófico (e.g. Foucault, 1968 y 1978; Jameson, 1996) posibilitan una relectura de los sentidos asociados a la masculinidad no sólo en su momento de solidificación en los albores de la modernidad –*vid.* capítulo primero–, sino también en el momento de su fluidificación (Bauman, 2007; García Selgas, 2001) en condiciones de alta modernidad (Giddens, 1993) o de capitalismo tardío (Jameson, 1996) –*vid.* capítulo tercero–. Dicho más claro, el recurso a las teorías de la modernidad



y su crítica permite considerar la masculinidad como producto de una época y, así, condicionada por el desarrollo mismo de la modernidad.

En el análisis del cambio social de Occidente desde las tensiones en torno a la pervivencia, crisis o superación de la modernidad, se puede perseguir la masculinidad ya no sólo como representación sociocultural de una posición en el sistema de los géneros, sino como categoría política (Winterhead, 2002) presente en la organización social de la ciudadanía y traducida en una serie de privilegios. Considerar esta dimensión de la masculinidad es crucial para cartografiar tanto la posición-sujeto en la que se despliegan las características ideales del *ser hombre* como para alcanzar las consecuencias de su quiebra, esto es, comprender las formas y tensiones contemporáneas de la masculinidad como efectos –reacciones, restituciones, crisis, tozudez– ante la fluidificación de esa posición. En este contexto, invisibilidad y transparencia, como nodos de mis hipótesis analíticas, conectan el desarrollo de la modernidad con los modos concretos en los que se estabilizan las subjetividades masculinas.

(ii) Es por ello que, en la presente investigación doctoral, resuena el problema de las identidades o, como se argumentará, de los procesos de (des)identificación en que las identidades se estabilizan. Es decir, me interesa alcanzar esa transformación de las estructuras vitales que representa la modernidad y su desarrollo actual desde el plano más restringido de la experiencia de *ser hombre* y, para ello, tengo que conectar el cambio social y lo que implica para esa categoría cultural de la masculinidad con sus encarnaciones efectivas por parte del específico colectivo de varones que he señalado como objeto. Éste es el campo de estudio de esta tesis: el del encuentro de los sujetos con las prácticas discursivas (Hall, 2003). Lo que aboca a una reflexión en torno a los modos en los que lo social sedimenta en los cuerpos, en los que los modelos son encarnados por los agentes sociales.

La noción de identidad es un concepto de larga historia que hace referencia a la mis-  
midad, a la continuidad de algo. Se introduce en ciencias sociales ya en los prolegóme-  
nos del siglo veinte para preguntarse «por el sentimiento de permanencia de los indi-  
viduos más allá de los cambios concretos» (Pérez Agote, 1998: 366). La cuestión, muy  
pertinente en las convulsiones de la estabilización de la modernidad, pronto se encuen-

tra atravesada y partida por las dificultades para su precisión. Frente a los grandes relatos clásicos que se encontraban con identidades fuertes e históricas –el proletariado como sujeto político en K. Marx o la construcción del espíritu del capitalista como resultado de la ética protestante en M. Weber–, Simmel pronto objeta que «[t]odos somos fragmentos, no sólo del hombre en general, sino de nosotros mismos» (1977: 44). En esa tensión entre una *cultura objetiva* y una *cultura subjetiva* en la que explica las tribulaciones del ‘hombre’ de la urbe contemporánea se avanza una consideración más problemática y social del porqué y el cómo de esas identidades. Ésta es la pregunta de S. Freud en la construcción de su modelo de desarrollo de la psique adulta, pero también la de G. H. Mead desde el interaccionismo simbólico y su preocupación por cómo construimos el sentido de las cosas y de las mismidades en esa red de relaciones complejas y cambiantes que es la sociedad. Durante el siglo veinte la noción de identidad ha devenido un nodo del pensamiento social que hace pasar por ella, de modo directo o tangencial, buena parte del trabajo de la sociología contemporánea en el intento por comprender los procesos en los que nos hacemos con esa idea de coherencia interna y unidad desde la que desplegamos nuestra capacidad de agencia social. Precisada en las alianzas con la psicología social, fragmentada en perspectivas que la movilizan en sentidos diferentes y contestada en una red amplia de teorizaciones y debates, la noción de identidad no siempre resulta cómoda y está atravesada en la actualidad por una profunda polémica que termina por preguntarse su utilidad en el pensamiento social contemporáneo (Hall y du Gay, 2003). Desde las explicaciones funcionalistas con su teoría de roles (Parsons y Bales, 1956) a las teorías de la socialización como construcción social de la realidad (Berger y Luckmann, 1968), desde las explicaciones estructuralistas (Althusser, 2000; Bourdieu y Passeron, 1981) que la entienden, apegados a una lectura marxista de la realidad, como determinación ideológica y material, a las teorías post-estructurales (Derrida, 1989; Foucault, 1978; Hall, 2003) que intentan mostrarla como productos fluidos y cambiantes de la historia de su emergencia y de la interacción misma en la que se mantienen, o desde la crítica de la racionalidad instrumental de las identidades modernas (Horkheimer y Adorno, 1994) hasta las rearticulaciones actuales de las grandes estelas de sentidos en las que entendemos el mundo y nuestro lugar en él (Beck, 1998; Giddens, 1995), en todas estas aproximaciones y desde sus perspectivas

específicas, la identidad se ha convertido en elemento en liza, lugar problemático a la vez que necesario para hacernos con explicaciones de nuestra realidad social.

Pero como decía, en esta tesis no se entra en la labor prometeica de dar cuenta de todas estas retóricas y sus complejos matices; su interés es mucho más parcial y por ello se realiza un corte en dos direcciones. La primera tiene que ver con el tropo o preocupación desde el que se entra al problema de la identidad, y la segunda con el objeto específico que se atiende en esta investigación. La principal cuestión que me lleva a adentrarme en el tema de las identidades es aquella que se pregunta por la conexión entre la existencia y emergencia de modelos de identidad –representaciones sociales que ordenan la diversidad humana desde cipsos identitarios concretos– y los modos concretos en los que estos modelos son encarnados por los agentes sociales. No es una relación evidente y tampoco existe consenso a la hora de dar cuenta de ella, como se verá en detalle en el segundo capítulo; los vericuetos teóricos para pensar esta relación se han construido en la confrontación de diferentes perspectivas que se enredan en el peso de las estructuras sociales y la capacidad de agencia de los individuos. Por tanto, en la construcción de una perspectiva de análisis válida para mi objetivo se tendrán que evaluar estas perspectivas y así preguntarse por los modos en los que las identidades se configuran en procesos de significación y (des)identificación activos y complejos.

La otra dirección de corte se hace ya evidente en el subtítulo de esta tesis. Mi objeto son, como ya se ha repetido, las diatribas contemporáneas que atraviesa ese *señor con sombrero* que encarna la modernidad burguesa en tanto que señalado como agente social con género. Así que no me detendré en los múltiples ejes en los que las (des)identificaciones funcionan, sino que me centraré en el caso específico de aquellas que tienen que ver con la existencia de los géneros en tanto que noción que ordena las diferencias sexuadas de los agentes sociales. Como defiende Haraway:

«Todos los significados feministas modernos de género parten de Simone de Beauvoir y de su afirmación de que “una no nace mujer” [...]. Género es un concepto desarrollado para contestar la naturalización de la diferencia sexual en múltiples terrenos de lucha» (Haraway, 1995: 221)

Por lo que volveré sobre el desarrollo de esta tradición para hacerme con una teoría sobre las masculinidades capaz de contar cómo esa diferencia sexual sigue luchándose

y naturalizándose en nuestras vidas prestando especial atención a la realidad de aquellos varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias que se erigieron como centro de la lógica de la identidad moderna. Conviene aclarar que no es que se defienda que explicando su experiencia genérica esté todo dicho; en absoluto, los procesos de (des)identificación ocurren en una compleja red de sentidos culturales ordenados por relaciones, a su vez complejas y contradictorias, de poder (Arditi y Hequebourg, 1999). Así que entrarán en el juego argumental otros elementos –la *blanquitud*, la nacionalidad, la clase socioeconómica, la sexualidad...–, pero el énfasis se carga en la dirección de cartografiar en su género a un grupo en principio coherente en estos ejes para, ya en un segundo momento, hacer emerger las especificidades que dejan apreciar que esta coherencia no era tan amplia y que, de hecho, también las diferencias internas juegan en el mantenimiento del sentimiento de *hombría*<sup>6</sup>.

En definitiva, estos cortes no son más que el resultado del proceso de desarrollo argumental y de investigación encarado en esta tesis y que se resume en un desplazamiento de su objeto y perspectiva desde el inicio del trabajo al momento en el que encaré su redacción final. De hecho, el resultado responde más al subtítulo de la misma que al título con el que se presento el proyecto original. En el subtítulo se nombra mi objeto, esa virilidad que remite a la hombría de los *sin género*, como la perspectiva desde la que se aborda, considerando que no es tanto en el modelo en sí sino en las representaciones y encarnaciones del mismo en las que es posible alcanzar los múltiples sentidos en los que se dirimen lo que aquí se denominará las exposiciones de la masculinidad. Aún así, la decisión de mantener el título responde tanto al interés por hacer explícito el camino que hay detrás como a una razón más centrada en el desarrollo argumental que se despliega en las siguientes páginas. Los modelos de identidad masculina fueron el

---

<sup>6</sup> En este sentido, es importante enfatizar que al definir mi objeto como los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias dejo fuera las importantes implicaciones que, especialmente y pensándolo desde el caso español, tiene la clase social. Manteniendo presente la relevancia que adoptan las diferencias de clase en la estabilización de las masculinidades –piénsese, por ejemplo, lo notorias que son las expresiones de las masculinidades obreras y proletarias en la construcción de determinadas imágenes asociadas al machismo y popularizadas de modo un tanto tosco en imágenes como las del ‘albañil que piropea a las mujeres’–, en mi interés por alcanzar el género de los *sin género* resulta más interesante aislar al grupo concreto en el que esta invisibilidad es más notoria. En cualquier caso, aquí hay una línea de análisis que en esta tesis sólo se transita puntualmente pero que sin duda puede servir para ampliar las conclusiones de este trabajo en futuras investigaciones.

punto de partida de mi pregunta por las masculinidades españolas de clase media, y lo fueron porque en la lectura de las principales referencias de la sociología de las masculinidades dominante se nombraba así aquello que yo intentaba estudiar. El trabajo de investigación y reflexión que empezó allí termina por devolver una revisión de su punto de partida, una propuesta de reubicación teórica de los términos y presupuestos que se movilizan en la sociología del género, especialmente en la que estudia las masculinidades, y que apunta a un acercamiento menos estructuralista a esta dimensión identitaria y relacional.

(iii) De tal modo que el objetivo que mueve esta investigación es la cartografía de los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias españoles y sus experiencias recientes como seres genéricos, en esa doble acepción de genéricos en tanto que confundidos con la generalidad y en tanto que marcados como con género, un género, el masculino. Cartografía que se despliega en la historia de nuestro país de las últimas cuatro décadas por una doble razón. La primera, de orden metodológico, porque sólo en el repaso de las representaciones y auto-representaciones concretas de la virilidad<sup>7</sup> se puede precisar el contenido mismo de la masculinidad como concepto que remite a una construcción sociocultural de las identidades (Nixon, 1997). La segunda, más apegada a la línea argumental de esta tesis, porque el caso de las tensiones actuales en torno a las encarnaciones masculinas españolas y su relación con la idea de transparencia sólo puede rastrearse atendiendo a las transformaciones recientes que *han asaltado* la posición-sujeto masculina y que se han intentado explicar desde la estela difusa que moviliza la idea de una *crisis de la masculinidad* (Clare, 2002; Badinter, 1993). En este

---

<sup>7</sup> La noción de virilidad puede resultar problemática. En mi investigación parte de la traducción de la expresión inglesa *maleness* de uso corriente en la literatura anglosajona sobre masculinidad. La virilidad (*maleness*) se diferencia de la masculinidad (*masculinity*) en tanto que la primera nombra los sentidos culturales y modélicos en un sentido abstracto y la segunda intenta hablar de sus componendas por parte de los agentes sociales (e.g. Robinson, 2001). Desde la tradición francesa, en cambio, la virilidad se entiende como un algo más, como una forma especial de la masculinidad reservada a un grupo privilegiado o hegemónico (Bourdieu, 2000); así E. Badinter (1993) V. Sau (2000), que la toman desde esa tradición, la definen como un *plus* (Sau, 2000: 32) sólo accesible en el ajuste exitoso al modelo hegemónico de masculinidad. Dado mi objeto de estudio, la virilidad en esta investigación se hace sinónimo de '*la hombría*' y se posa en un espacio intermedio entre ambas aunque claramente escorado de la definición anglófona. Aún resultando confusa la definición de raigambre francófona, en este trabajo en el que el objeto se centra en las masculinidades que disfrutaron de una cierta hegemonía, conservar esta vinculación permite nombrar ese esfuerzo, ese *plus*, y en cierto modo escapa a los problemas de reduccionismo que pueden señalarse a la definición de Bourdieu o Sau.

sentido, la historia reciente de nuestro país, en los procesos paralelos, por una parte, de salida de una dictadura, transición y estabilización democrática, y por otra, de industrialización económica y modernización cultural resumen bien las dinámicas históricas de Occidente. El paso de sociedades tradicionales a otras industriales y modernas y el ulterior proceso de post-industrialización o post-modernización en España se dirime de modo condensado entre las décadas de los sesenta y los noventa; proceso en el que además el género y la norma de la igualdad se convierten en referentes en los que la sociedad testa su propio desarrollo (Casado, 2002). Por ello, la perspectiva histórica que se adopta en la segunda parte de esta tesis es un intento de alcanzar a las masculinidades actuales en sus tensiones y diatribas. Para ello se hace preciso inmiscuirse, aunque sea brevemente, en un primer periodo, entre 1960 y 1971, en el que recoger las composiciones tardofranquistas y tradicionales de las masculinidades para desde ellas reconocer las tensiones o puntos de conflicto e inflexión que más tarde, ya en el periodo de la transición y estabilización de la democracia y la sociedad industrial de consumo (1972-1989), dirigirán las reubicaciones de las (des)identificaciones masculinas que pueden ayudar a explicar en el último periodo, de 1990 a 2000, la actual crisis de sentido que afecta a los varones heterosexuales de clases medias en la estabilización de sus (des)identificaciones de género<sup>8</sup>. Subyace, por tanto, un esquema analítico que plantea un modelo tradicional aparentemente sin fisuras en el primer periodo, la explosión de sus aristas y problemas en el segundo con el abandono de los modelos franquistas y el comienzo de los movimientos críticos con las certezas modernas que sustenta la masculinidad tradicional y, por último, en el tercero las consecuencias de su quiebra o crisis como resultado del desarrollo sociocultural de nuestro país.

La apuesta metodológica se determina, así, desde una doble preocupación –y entiéndase que cuando hablo de preocupación es en el sentido de interés, de problema que inspira este trabajo, pero también en el sentido de recelo, de prevención que impone su modo de hacer. Por una parte, la inquietud por llegar a las estrategias masculinas concretas y situadas (Haraway, 1995) que se movilizan en un contexto determinado por parte de los agentes sociales exige que, de algún modo, la investigación llegue a tierra,

---

<sup>8</sup> En la entrada a la segunda parte se precisarán más las razones de esta división así como los diferentes sub-periodos que se establecen dentro de cada uno de estos grandes periodos históricos.



se encuentre con las personas de las que pretende hablar y deje que sean las experiencias culturales de las que pretende decir las que digan sobre las tensiones, constricciones y rozaduras que le produce la hipótesis de la transparencia. Sin inquirir sobre las historias cotidianas de la masculinidad, sin volver sobre las representaciones de la virilidad española, sin preguntarse por los problemas concretos que han vivido los varones españoles en el encuentro con los modelos de género, es muy difícil dar peso de verdad a la teoría que aquí se defiende. En ese sentido, resuena el consejo de A. Pérez-Agote por hacer teoría caliente, teoría donde el trabajo teórico se enfrente “directamente con la realidad inmediata en lugar de hacerlo con otras teorías” (Pérez-Agote, 1999: 57). Es necesario reconstruir el discurrir de las masculinidades, es necesario volver sobre los protagonistas de esta investigación y en alguna medida permitir que entren, como elefante en cacharrería, a encontrarse con la tesis que pretende explicarlos –a ello se dedica la segunda parte de esta tesis, capítulos cuarto, quinto y sexto–. Por otra parte, desde una propuesta que parte de la peculiaridad de la cartografía de lo estudiado, el *datum* tiene que enfrentarse con las formas que toma la propia indagación, tiene que mostrarse junto a sus condiciones de posibilidad, ya que la apuesta por una lógica de la representación que obvia por presente lo que se pretende observar –ahí es donde fondea la noción de *transparencia*– no puede dejarse en suspenso. Si partimos de que la masculinidad no puede ser aprehendida por sí misma y que esto es así como resultado de un proceso de construcción cultural que anuda en el pensamiento moderno la masculinidad a lo neutro, a lo universal, habrá que testar los trazos que se toman de la vida cotidiana desde este *a priori* para así entenderlos en su espesor: en su invisibilidad translúcida pero también en su visibilidad velada –*vid.* capítulo tercero–. La entrada al análisis de las masculinidades, desde esta perspectiva, se construye desde las herramientas de la sociología, haciendo uso de la explotación secundaria de datos cuantitativos de las principales fuentes disponibles y por medio del resultado de un trabajo de campo cualitativo por medio de entrevistas (catorce) y grupos de discusión (dos) realizados con varones del específico colectivo objeto de estudio. Además, ante la necesidad de anclar históricamente las diferentes tensiones y desplazamientos que sufre la masculinidad en el periodo estudiado, y partiendo de la imposibilidad de superar la perspectiva desde el presente que imprimen los entrevistados en el desarrollo del trabajo de campo, en el análisis adoptan un lugar importante las representaciones

de campo, en el análisis adoptan un lugar importante las representaciones cinematográficas. El cine se erige como una de las narrativas centrales en las que las sociedades se miran a sí mismas. En el periodo en el que la letra escrita sucumbe a la inmediatez de lo audiovisual en la transmisión de la cultura popular, la cinematografía aporta una serie de relatos que, en su pretensión de realismo, construyen ficciones desde ciertas reglas de verosimilitud. Por ello, los filmes españoles de los sesenta a los noventa, sin ser documentos de una verdad vivida se presentan como elementos interesantes en los que perseguir las representaciones hegemónicas y subalternas y pensar los modos en los que se perciben los cambios en las masculinidades<sup>9</sup>. Preocupado por ese encuentro entre las representaciones y las encarnaciones de la virilidad española, el contraste de la reconstrucción por medio de las metodologías sociológicas de las condiciones y despliegue de las masculinidades vividas con las representaciones filmadas durante este largo periodo –en las que aparecen varones heroicos y villanos, varones felices y atri- bulados– permite una cartografía capaz de alcanzar no sólo un momento histórico sino también testar las posibilidades del estudio de las masculinidades desde acercamientos sociológicos.

\*\*\*\*\*

En las siguientes páginas se presenta el resultado de esta investigación desde una estrategia expositiva que, en la medida de las posibilidades que brinda el texto escrito, intenta plasmar los vaivenes de un trabajo de tesis que tras su proceso ha ido desplazando sus planteamientos de partida. Desde el proyecto inicial hasta el producto final que aquí se recoge, las dudas y problemas teóricos se han encontrado con la dificultad de alcanzar a un objeto siempre móvil, siempre más supuesto que dicho, siempre más presente que pensado; lo que, sin duda, deja su impronta no sólo en algunos puntos en

---

<sup>9</sup> El recurso a las representaciones cinematográficas, en cualquier caso, no es ajeno a los acercamientos sociológicos contemporáneos y así en la Sociología de la Cultura de nuestro país se pueden encontrar buenos ejemplos de cómo movilizar los productos de la industria fílmica en la explicación sociohistórica; es el caso de trabajos como el de J. L. Rodríguez Ibáñez (2006) sobre la visión de la emigración española en el cine de nuestro país. Desde las metodologías semióticas, por ejemplo en el pensamiento de autores como R. Barthes (1980, 2001) y su acercamiento a las mitologías contemporáneas desde el análisis de productos de la cultura popular, se puede reconocer una sociología que ve en el cine una de sus fuentes de investigación. Con en el giro a los estudios culturales, sobre todo, en el ámbito anglosajón, ya aparecen estudios que recurren a lo cinematográfico para el análisis de las masculinidades (e.g. Smith, 1993; Bordo, 1999; Lehman, 1993 y 2001).

los que el cierre permite llegar a conclusiones en cierto modo novedosas sino en la proliferación de nuevos interrogantes que en demasiados lugares exceden los límites de una tesis pero me reafirma en el interés de acercarnos a las masculinidades como objeto de la sociología y me aporta varias líneas en la que avanzar en su comprensión. En ellas recalaré en las conclusiones, pero antes, presentaré mis avances intentando enfatizar la necesaria vinculación entre una teoría como la defendida y construida en la revisión crítica de la literatura en el campo de referencia y su puesta *en evidencia* por medio de la devolución de la misma a aquella realidad que quiere explicar. Por ello, mi presentación adopta un formato clásico que si bien se separa de la primera idea que manejaba sobre cómo exponer los resultados de una investigación que en tantos momentos ha entrado en bucles, que en tantos otros ha tenido que dar grandes rodeos hasta poder construir un modelo explicativo de las masculinidades españolas contemporáneas, tiene la virtud de seguir el desarrollo formal de la construcción de mi mirada. De tal modo que la tesis, dividida en dos partes, comienza por preguntarse por la posibilidad de la masculinidad como objeto de análisis –*capítulo primero*– y afianzar una perspectiva analítica original desde la revisión de los grandes enfoques que se han encargado del estudio de las masculinidades en ciencias sociales –*capítulo segundo*–, para después desplegarlos en la propuesta una investigación centrada en la tesis de la transparencia de las representaciones y encarnaciones de la virilidad preguntándose por sus implicaciones teóricas y prácticas –*capítulo tercero*–. La segunda parte se reserva para presentar el análisis resultado de la investigación –*capítulos del cuarto al sexto*– en el que se entra al caso específico de las masculinidades españolas de los sesenta a los noventa.

Volviendo a la metáfora que se construye en esta tesis, espero con ello evitar esa transparencia que atribuyo a mi objeto de estudio; espero que en la articulación se hagan tan patentes los ejercicios que hay que operar para dar cuenta de las masculinidades y sus tribulaciones contemporáneas como las virtudes de una investigación aplicada en este campo de estudio para señalar su interés sociológico y la necesidad de seguir trabajando en las direcciones por las que avanza mi explicación.



Detalle de la fotografía *Je n'ai de cesse* (2000) de Laurent Montarón

*PRIMERA PARTE*

***BASES PARA UN ESTUDIO SOCIOLÓGICO  
DE LAS MASCULINIDADES ESPAÑOLAS***

«Como la feminidad, la masculinidad es un algo que caracterizamos a través de ficciones: películas, la televisión, la publicidad. Puede describirse del mismo modo que Oscar Wilde describió un espejo, como algo que usamos para reflejar las máscaras que llevamos. Lo cual puede también explicar por qué nunca fue considerado muy masculino mirarse demasiado a uno mismo, o no, al menos, hasta hace bien poco. El poder falocrático no ha caído a plomo como producto acabado, sino que la pregunta sigue abierta: si la masculinidad se encontrara de pronto mirándose a sí misma en el espejo, ¿qué es exactamente lo que vería?»

Todd Haynes, «Lines of Flight» en Artforum International, número 32.





Detalle de la portada de *Rage For Men* de marzo de 1961, ilustración de Clarence Doore, en M. A. Collins y G. Hagenauer (2004). *Men's Adventure Magazines in Postwar America*. Los Angeles, Taschen

## Capítulo Primero

### MASCULINIDAD, MODERNIDAD

#### *Las masculinidades modernas como objeto de investigación*

«¿Qué definiría ser un hombre? Es que..., es que no... [silencio]. Joder, te juro que es que jamás me hubiera, me, me imaginado que me hicieran esa pregunta, ¿eh? [pausa]. Es que no tengo el concepto de qué es ser un hombre, o sea, yo tengo quizás más el concepto de ser..., de..., de..., de qué es ser un ser humano»

Entrevista con Político, 32 años.

«Los que resisten o se rebelan contra una forma de poder no pueden satisfacerse con denunciar la violencia o criticar una institución. No basta con denunciar la razón en general. Lo que hace falta volver a poner en tela de juicio es la forma de racionalidad existente [...]. La cuestión es: ¿cómo se racionalizan semejantes relaciones de poder?»

Michel Foucault, «Omnes et singulatim: hacia una crítica de la "razón política"», en Foucault, M. (1990). *Tecnologías del Yo*. Barcelona, Paidós



### 1.1. Alrededor de una primera definición de masculinidad: enganchando el problema de las masculinidades contemporáneas en sus condiciones de posibilidad

La masculinidad, tomada aquí y ahora, se configura como elemento esquivo. Cuando se pregunta a los agentes sociales que la conjugan en su definición de sí mismos, la respuesta pasa por la sorpresa que sólo lo evidente puede movilizar: la masculinidad es la masculinidad, la masculinidad tiene que ver con los roles pero, sobre todo, la masculinidad es una diferencia con la feminidad<sup>1</sup>:

«...planteándome qué es eso de la masculinidad, o sea, el ir con la camisa abierta, sacando pelo en pecho, pegarle un bofetón a tu mujer, ¿qué es eso? O sea, creo que existe una masculinidad, lo que pasa que hay que redefinirla o hay que definirla a cada persona, no sé [...] que, hombre, que sí que existe, o sea, hay dos sexos, o sea, hay... Ahí nosotros tenemos pene, ellas tienen ahí... *conejo*, tienen clítoris, pues, o sea, es que tenemos que ser diferentes, somos diferentes»  
(Entrevista con Administrativo, 30 años)

«¿Qué definiría ser un hombre? Es que, es que no... [silencio]. Joder, te juro que es que jamás me hubiera..., me hubiera imaginado que me hicieran esa pregunta, ¿eh? [pausa]. Es que no tengo el concepto de qué es ser un hombre, o sea, yo tengo quizás más el concepto de ser..., de..., de..., de... qué es ser un ser humano. O sea, no, no, nunca me he planteado qué es ser un hombre. No lo sé, no lo sé. No tengo el concepto ese de jefe de la caverna tampoco pero... de la taberna del bar, a lo mejor, sí [risas]. No lo sé, no sé qué es ser un hombre. O sea, sé qué es...»  
(Entrevista con Político, 32 años)

«[Un hombre] Es un ser humano, ¿no?, que en ese aspecto poco tiene que diferenciarse de la mujer, luego lo que es en la sociedad que vives, pues sí, claro»  
(Entrevista con Técnico metalurgia, 56 años)

«Ser hombre en cuanto a sexo está muy claro, ¿no? [risas]. Bueno, bueno... Entonces, eh, si estamos hablando ya de masculinidad pues la verdad es que no sabría decirte muy bien, bueno, porque eso lo entendería más bien como un conjunto de, de, de roles y de identidades, ¿no? Entonces, yo creo que es variable, incluso ahora se..., se está hablando como de una redefinición, ¿no?, de lo que es masculinidad»  
(Entrevista con Técnico ONG, 25 años)

La masculinidad se asocia al machismo. La masculinidad incluso, en ocasiones, tiene poco que ver con el tipo de hombre que se dice ser. La masculinidad, en definitiva, se

---

<sup>1</sup> Las definiciones que siguen son resultado del trabajo de campo cualitativo en el que apoyo esta investigación. La notación de las entrevistas se hace aquí y se hará en el resto de esta tesis señalando la ocupación y la edad del entrevistado en el momento de la entrevista. Para una exposición detallada del trabajo de campo y sus pormenores remito al capítulo tercero en el que se desgana la perspectiva metodológica y la estrategia de investigación seguidas.

diluye cuando se intenta nombrar, decir, señalar. Es confundida con la humanidad, mezclada con la idea de una diferencia sexual, biológica, en su extremo, genital.

No sólo los agentes sociales que aquí son objeto de estudio se pierden ante la noción de masculinidad. Cuando desde acercamientos sociológicos y psicosociales se intentan recoger los rasgos de la identidad de género de los varones también asalta la sorpresa. No ya la de lo evidente, sino la de la frustración. Por más exhaustivas que se pretenden, las caracterizaciones de la masculinidad siempre se declaran parciales, inconclusas, anecdóticas (e.g. Brannon y David, 1976). La masculinidad se resbala de la explicación y la excede aquí lo mismo que la deja incompleta allá. Siempre hay rasgos que es difícil señalar; siempre hay varones que no se reconocen en los rasgos enunciados. Aquí nos podría invadir una suerte de melancolía que ya señaló Freud (1976: 200) cuando intentaba pensar las identidades sexuadas en la conformación psíquica humana y señalaba la masculinidad y la feminidad como conceptos oscuros para la aprehensión científica, embarrados en una polisemia que confunde los aspectos biológicos con los sociológicos, éstos con los psicológicos y todos ellos con los sentidos culturales. No estamos hoy en el mismo punto, por supuesto. Pero aún cuando un siglo más tarde tomo la masculinidad como objeto de investigación, reconozco que no es fácil precisar qué nombramos cuando decimos masculinidad. Claro, que puede objetarse que la pregunta está mal formulada. ¿Acaso es posible definir la masculinidad por sus rasgos? ¿Puede la masculinidad ser dicha y contenida –representada– en su definición? Estas preguntas son capciosas. Mi primera respuesta en cambio es clara: en absoluto. «[L]a identidad masculina es una cosa frágil y tentativa sin un sentido fijo en el mundo contemporáneo. Tal fragilidad hace prácticamente imposible hablar sobre la masculinidad como si tuviera alguna base sustantiva reconocible» (Brittan, 1989: 3)<sup>2</sup>. Supero así la melancolía freudiana ante la falta de un concepto unívoco. La masculinidad no es una sustancia y las definiciones unívocas tienden al sustancialismo.

¿Cómo se pudo entonces plantear una investigación social de la masculinidad y sus diatribas contemporáneas en el contexto español? ¿Es posible analizar las vicisitudes

---

<sup>2</sup> La traducción de esta cita así como todas las que aparecen referenciadas en la bibliografía en su edición inglesa son propias.

por las que pasa el juego de la (des)identificación de los varones con la precariedad de las definiciones que se manejan, ya sea por los agentes sociales varones en su experiencia de la hombría, ya sea por los estudiosos de las masculinidades en el campo de las ciencias sociales? ¿Cómo se puede definir aquello que se quiere investigar? Éstas son las primeras preguntas que asaltan esta tesis y necesitan respuesta para poder avanzar. La masculinidad como tal para los agentes sociales que entrevisto es un *vacío*. Pero también, si me detengo en sus discursos, es algo presente, problemático, cuestionado, emergente en sus relatos sobre las relaciones con aquéllos y aquéllas con quienes las entablan. Incluso es reconocida en los discursos mediáticos: campañas alrededor de la corresponsabilidad en lo doméstico, noticias sobre violencia de género, ficciones cinematográficas y televisivas sobre el *nuevo hombre*. Y aquí es donde la masculinidad empieza a cargarse de contenido, empieza a precisarse, empieza a mostrar que «está hecha de capas y capas (de ritos, palabras y significados) que no esconden ningún núcleo ni ningún corazón. La masculinidad es volátil y es sutil, incluso cuando no lo son algunas de sus consecuencias sociales visibles» (Guasch, 2006: 15). La masculinidad *está* al pensarse en relación, al reconocerla en representaciones, al encuadrarla en sus circunstancias y devenir. Por ello, en esta aproximación a la masculinidad apuesto por una primera definición operativa que la aleja del sustancialismo y la sitúa en otra parte: *la masculinidad es una dinámica de (des)identificación sociocultural*.

Como cualquier definición –más aún en el campo de referencia de esta tesis que como señala R. Connell sigue enzarzado en la precisión de su objeto (1995: 7)<sup>3</sup>–, ésta tampoco es inocente. Conviene por tanto precisar esta primera noción y reconocer sus débitos y consecuencias. Tomar la masculinidad como *dinámica* es apostar por un acercamiento no esencialista y activo del género que permita volver a cómo se están entendiendo las diferencias entre varones y mujeres, y ahí alcanzar la conformación del género como categoría ideológica que aspira a dar cuenta de estas diferencias o su inexistencia. En el trabajo de T de Lauretis se pueden hallar pistas para proponer un acercamiento de este tipo entendiendo, con ella, que el género «es (una) representación, lo que no significa

---

<sup>3</sup> En el segundo capítulo me inmiscuiré en los principales debates que han organizado el estudio de las masculinidades para relacionarlos con la propuesta de la presente investigación; allí remito para un análisis en profundidad de las ideas que aquí sólo apuntaré para andamiar mi línea argumental.

que no tenga implicaciones concretas o reales, tanto sociales como subjetivas, en la vida material de los individuos. Al contrario» (de Lauretis, 2000: 36). Es una representación en tanto que se construye como la encarnación o personificación de una relación entre categorías disponibles, nos vincula como entidad con otras entidades que están constituidas como clase que nos son previas. El género no sólo representa –como cualquier concepto– en el sentido de un significante que remite a un significado; el género representa además una relación de pertenencia en el entramado de categorías sexuadas (de Lauretis, 2000: 37 y ss.). Lo interesante, es que pensado así, el género, y en él la masculinidad como la categoría que pretende nombrar uno de sus polos, está en permanente construcción. Es una construcción en sí mismo, «*es el producto y el proceso tanto de la representación como de la autorrepresentación*» (de Lauretis, 2000: 43; énfasis original) que activamos en la formación de nuestras subjetividades, en nuestras relaciones de género. Se entenderá ahora que piense la masculinidad como dinámica, que apueste por retener este carácter activo y procesual si pretendo dar cuenta de las transformaciones de la masculinidad española contemporánea.

La masculinidad tiene que ver, además, con las (des)identificaciones. La masculinidad nos habla del *tipo de hombres que somos*. La masculinidad nos conecta, como apunta de Lauretis, con nuestras auto-representaciones, con nuestra subjetividad genérica, en el sentido de *con género*. En línea con esta idea, R. Connell ensaya una definición tentativa señalando que la masculinidad «es simultáneamente un lugar en las relaciones de género, las prácticas a través de las cuales hombres y mujeres captan este lugar en el género, y los efectos de estas prácticas en la experiencia corporal, la personalidad y la cultura» (Connell, 1995: 71). No se puede pensar la masculinidad separada de las vidas concretas de los agentes sociales que la activan, o lo que es lo mismo, no podemos separar la masculinidad –al menos en mi intento por comprender sus diatribas contemporáneas– de sus encarnaciones por parte de los varones –y de las mujeres– que son los que terminan por darle forma, por darle contenido, por definirla<sup>4</sup>. En este sentido la

---

<sup>4</sup> Es importante en este inicio no confundir la falta de una definición cerrada en torno a la masculinidad, tal y como recogía en las citas de entrevistas que abrían esta sección, con la indefinición. La mayoría de los varones entrevistados carecían de una idea unívoca en torno a qué era la masculinidad, pero contaban su masculinidad cuando se les preguntaba sobre sus relaciones con las mujeres, sus amistades con otros varones, sus percepciones de cómo había cambiado la familia o sus valora-

masculinidad sólo puede seguirse en los procesos de su encarnación, en las estelas de identificaciones y desidentificaciones que se activan frente a los valores que el modelo de género propugna. El arsenal conceptual ha de desplegarse en este punto. Frente a la masculinidad, como modelo de género que ordena los procesos de (des)identificación, se pueden reconocer las masculinidades como el producto de esas encarnaciones, como el modelo ya transformado y multiplicado en miríada por la intervención de los agentes sociales y su peculiar modo de engancharse a la masculinidad (Hearn y Collinson, 1994: 106).

Se llega así al tercer elemento de esta primera operacionalización de la masculinidad. Los modelos de género, como pasara con los lenguajes, no pueden ser privados. El género, apuntaba de Lauretis, es la representación de una relación con determinadas categorías. Por supuesto se trata de categorías sujetas a cambios, mutables si se quiere. Pero, en cualquier caso, arraigadas en una serie de condiciones sociales, de instituciones que las mantienen, de prácticas normalizadas y normativizadas. Dicho más claro, el género, y la masculinidad como una de sus clases, es estructural en el sentido de que excede las relaciones de copresencia y descansa en redes que nos adelantan por derecha e izquierda, nos atraviesan (Rubin, 1996: 63). Devenimos agentes con género en tanto que nos inscribimos en una serie de sentidos compartidos, en tanto que nos reconocemos en una serie de modelos, en tanto que activamos nuestras (des)identificaciones en relación con esas clases. El trabajo antropológico en torno a la masculinidad se ha ocupado de señalar su *culturalidad*; es el caso del análisis de D. Gilmore de las concepciones culturales andaluzas de la masculinidad que le lleva a firmar que «el ideal de la masculinidad no es solamente psicogenético en su origen, sino también un ideal impuesto por la cultura con el que los hombres deben conformarse, tanto si congenian psicológicamente con él como si no. Es decir, que no es simplemente un reflejo de la psicología individual, sino que es parte de la cultura pública,

---

ciones del movimiento de liberación de las mujeres. En este sentido, y como se expondrá en el siguiente capítulo al abordar la posibilidad de un modelo sociológico de comprensión de las masculinidades, la identidad y los procesos de (des)identificación no son meramente discursivos; de hecho, podemos tomar la idea de *habitus* en P. Bourdieu (1988) como un conocido ejemplo de cómo en la identidad el poso no discursivo es, en ocasiones, mucho más determinante que aquello que se puede nombrar y reconocer. En cualquier caso, para un tratamiento en profundidad de este tema remito al tramo final del segundo capítulo de esta tesis.

una representación colectiva» (Gilmore, 1994: 18); una representación colectiva que funciona como modelo en el que se dirimen las (des)identificaciones, afirmación que no es novedosa ni exclusiva para el caso de la masculinidad. Como argumenta S. Hall, la identidad –aquí la masculina– es ese «punto de encuentro, el punto de *sutura* entre, por un lado los discursos y prácticas que tratan de “interpelarnos”, hablarnos o ponernos en nuestro lugar como sujetos sociales de discursos particulares y, por otro, los procesos que producen subjetividades, que nos construyen como sujetos susceptibles de “decirse”» (Hall, 2003: 20). La masculinidad aparece así, en el marco de esta definición triangular, como el *locus* de la (auto)representación identitaria asociado con el *ser hombre*. En ella se encuadran las dinámicas que activan los agentes sociales en busca de una identidad masculina para engancharse al género como representación sociocultural y, por tanto, situada –en el sentido que da D. Haraway (1995) a esta expresión–, de las diferencias que median entre ser hombre y no serlo. Se avanza así una primera explicación de ese *vacío* que asalta ante la pregunta directa por *qué es la masculinidad*, a la vez que parece hacerse más claro que antes de poder desplegar respuestas más elaboradas a esta cuestión es preciso conocer más de la dinámica que la engendra.

Lo que se agazapa tras esta primera definición es una apuesta por el tipo de investigación más apropiado para el análisis de las masculinidades y sus diatribas contemporáneas. El modelo analítico se tratará en el siguiente capítulo y su aplicación metodológica en el capítulo cuarto, pero ya se adelanta en esta definición el giro que allí se argumenta y que ahora sirve para considerar el contenido mismo de la masculinidad. No es tanto la pregunta por el *qué* como la cuestión, más contextual y procesual, por el *cómo* de la masculinidad contemporánea lo que permite romper con la auto-evidencia del sentido común (Connell, 1995: 4) y salir del callejón sin salida en que nos deja la frustración de los acercamientos sustancialistas (Petersen, 2003: 58 y ss.). El *cómo* se acerca a las condiciones de posibilidad de la masculinidad en la actualidad y a las formas en las que en esas condiciones se estabilizan modos apropiados y/o permitidos de *ser hombre*, como también su negativo, por supuesto, los hay inapropiados y/o no permitidos. Por decirlo de un modo más gráfico, la pregunta por el *cómo* empuja a entrar en *la cocina* de la masculinidad, en la consideración de su naturaleza construida. Y ahí se puede aspirar a cargarla de contenidos específicos, definirla para un contexto sociohistórico, pen-

sarla en el espacio que le reserva, para nuestro caso el de las sociedades occidentales contemporáneas, la componenda cultural de la modernidad y su retórica de la identidad. Entonces, por medio de las dinámicas específicas que desde esta retórica se despliegan se podrá volver a la cuestión por los rasgos y, lo que es más interesante, emergerá una respuesta para desenmarañar ese nudo que entre lo auto-evidente y el *vacío* sustenta la definición de la propia masculinidad para los agentes sociales objeto de este estudio.

## **1.2. La modernidad como fondo: la emergencia histórica de la Masculinidad**

Como defiende M. Kimmel en su estudio *Manhood in America*, «[a]l poner la hombría en contexto histórico se presenta de modo diferente, como una colección de sentidos en constante cambio que construimos a través de nuestras relaciones con nosotros mismos, con otros y con nuestro mundo. La hombría nunca es estática, nunca atemporal. La hombría no es la manifestación de una esencia interna; es socialmente construida» (Kimmel, 1997: 5). Pero además, y lo que aquí es más interesante, al inscribir las masculinidades en sus procesos históricos, al buscar las raíces de las masculinidades españolas contemporáneas, emergen como su condición de posibilidad una serie de modos de pensar y hacer que cuando se analizan sirven para entender estos procesos de construcción. Dicho más claro, el estudio de las bases históricas de la masculinidad hace patente su realidad construida pero a la vez permite señalar los mecanismos de esa construcción.

No existe una historia de la masculinidad, y no es sencillo trazarla. La *Historia* es la historia de los varones, siendo esta afirmación la base de los esfuerzos por la reconstrucción de la historia de las mujeres como historia olvidada (e.g. Duby y Perrot, 1993). Pero, presentada como historia de la humanidad o historia universal, no presta atención e incluso hace invisible cualquier referencia al género como elemento de estructuración social y subjetiva. La naturaleza genérica de lo masculino, tomado como universalidad, termina por velar cualquier referencia a la naturaleza con género de los protagonistas de esa historia (DiPiero, 2002). Por tanto, la consideración histórica de la emergencia de la masculinidad sólo es posible trazando las relaciones de poder en las que esta borradura de la marca de género masculina se hace posible, esto es, volviendo

a señalar la masculinidad allí donde se carga de sentidos y modos, allí donde se caracteriza aunque sea sin nombrarla. Es importante señalar lo que esto implica. Una historia de la masculinidad entendida como la consideración de las retóricas y prácticas que la construyen como modelo coherente y estable de una posición-sujeto no sólo pone el énfasis en las formas de poder que la atraviesan, sino que en cierto modo rechaza cualquier pregunta por el origen. El origen devuelve a la esencia en tanto que considera que lo que hoy se reconoce como masculinidad *ya estaba ahí, ya estaba* en el Hombre Primitivo de los cuentos populares (Bly, 1998), *ya estaba* en la neolítica división sexual del trabajo (Engels, 1986), *ya estaba*, si se lleva al límite del sociobiologismo, en la promiscuidad necesaria del macho para diseminar su esperma en la mayoría de úteros posibles. Las masculinidades responden a un modelo de organización social, son parte de él en tanto que prescriben modos pautados de ser en un determinado orden de cosas. Sacar las masculinidades contemporáneas de sus condiciones sociales es, más que infértil, un contrasentido que termina por invalidar el esfuerzo de la cartografía histórica como modo de inscribir las masculinidades en sus contextos de producción. Sin negar las remanencias de ciertas instituciones tradicionales en el dibujo de la masculinidad actual –como pasa con el honor como valor ya presente en el medioevo (Mosse, 2000)–, su persistencia sólo es posible por el desplazamiento histórico continuo en el que los sentidos se resignifican y reorganizan para poder responder a las exigencias sociales de un determinado momento y su orden social. En este sentido, la historia de la masculinidad contemporánea está fundida con el establecimiento de la modernidad y el modelo antropológico de la Ilustración, porque es en ese periodo en el que se establecen las bases de nuestra actualidad social y la lógica de los sexos aún hoy imperante (Bordo, 1993: 218).

En línea con el dibujo que aporta *El proceso de civilización* de N. Elias (1987) y su acercamiento al concepto de civilización, entendiendo que «[p]ara comprender esta etapa nuestra es necesario retroceder en la memoria histórica hasta aquella otra de la que ha surgido la nuestra [...] es un proceso, o parte de un proceso en el que nos hallamos inmersos nosotros mismos» (Elias, 1987: 105), en el estudio de la masculinidad se puede certificar una necesidad similar. Procesos, el civilizatorio y el de configuración de la masculinidad, que no sólo comparten su temporalidad amplia y abierta, sino que se



imbrican haciendo del surgimiento y estabilización de la masculinidad un proceso paralelo al descrito por Elias. Y con Elias empezaré a desgranarlo. Entre los siglos XVI y XVIII se puede trazar la historia de una profunda transformación de los *modales medievales* de las clases elevadas que, respondiendo al cambio en las estructuras de poder, se ajustan a las normas de la cortesía: cómo comer, cómo utilizar los cubiertos, cómo expresar u ocultar las necesidades fisiológicas se convierten en material de interés para los y las cortesanas y, más adelante, dando una nueva vuelta de tuerca al proceso de refinamiento, para quienes vivieron en la alta sociedad renacentista. En ellos Elias lee un desplazamiento, un cambio que habría de cuajar, más allá de la corte y sus nuevas maneras, en una nueva concepción de la humanidad: «una expresión de la transformación social que se estaba produciendo, una expresión de eso que ha venido en llamarse, no muy acertadamente, el proceso de ‘individualización’» (Elias, 1987: 118). En los códigos de buenas maneras la carnalidad humana se reubica y se mira a sí misma, el cuerpo y sus necesidades han de observarse en tanto que las exigencias del entorno lo hacen preciso. Las monarquías absolutas, en el establecimiento de los estados-nación europeos, basan el nuevo modelo estatal en la subordinación de la aristocracia al mandato regio y la cesión de su poder beligerante a las tropas reales. Atrás queda el mosaico medieval de señores y feudos en los que la aristocracia desplegaba su fuerza militar como medio de sujeción y de defensa ante los otros señores feudales; el nuevo Estado, en la figura del rey, se hará con el monopolio del ejercicio legítimo de la violencia. La vida aristocrática cambia y se recluye en la corte, pero en ese movimiento que justifica la aparición de la cortesía y su preocupación por las buenas maneras, lo que está en danza es la adecuación de los sujetos a esta nueva realidad, la adecuación a un nuevo modo de ser. La agresividad ha de ser contenida, las proximidades limitadas, la afectuosidad y los contactos corporales pautados, la exhibición pública de gestos y conductas fisiológicas groseras rechazados (Vázquez y Moreno, 1997: 27). En definitiva, en estos procesos aparece una nueva humanidad que de mirarse a sí misma termina por configurar una conciencia más clara del sí mismo y de los demás sin parangón en la Edad Media: «Obligados a vivir en circunstancias nuevas, los hombres adquieren una sensibilidad más agudizada ante los estímulos de la actuación de los demás» (Elias, 1987: 124).

El origen de esa nueva individualidad resuena en las palabras de M. Foucault (2008) cuando en su análisis del cambio en las formas punitivas legítimas en Occidente y el nacimiento de la prisión en *Vigilar y Castigar*, para hablar del nuevo modo de en el que el poder se acerca a los cuerpos en entornos de modernidad vuelve a la imagen de Luis XIV el 15 de marzo de 1666. En esa fecha se produce la primera revista militar en su sentido moderno. El ejército del soberano desfilando ante su mirada. El régimen de visibilidad muta por completo dando un giro de 180 grados. El monarca medieval se mostraba a sus súbditos en la expresión de su victoria, mostrando su gallarda realeza; ahora son los individuos que sirven al rey los que han de demostrar al monarca su presencia y *saber estar*. «La visibilidad apenas soportable del monarca se vuelve visibilidad inevitable de los súbditos» (Foucault, 2008: 193). Los libros de buenas maneras quedan así conectados con los medios del buen encauzamiento que Foucault señala en la conformación de cuerpos dóciles y disciplinados ajustados a los requerimientos del nuevo poder moderno. Donde Elias ve surgir una nueva humanidad individualizada, Foucault explica el modo en el que esa individualidad es sujeta y modelada por medio de una serie de disciplinas con las que los colegios enseñan, los ejércitos instruyen a sus soldados y los mecanismos judiciales castigan a los penados; pero en uno y otro puede observarse ese movimiento que cambia la idea que la sociedad moderna tiene de la humanidad y sus formas, de los requisitos exigibles para la vida en sociedad.

La masculinidad no es ajena a estos procesos. Queda en su centro al menos por tres razones interconectadas que han aparecido en este breve repaso por las tesis de Elias. Primero, porque pese a que no se pudo apreciar un modelo unitario de masculinidad, en el sentido de una idea coherente de lo que habrían de compartir y encarnar todos los varones por el mero hecho de serlo, antes de la modernidad, los pocos vectores que se reconocen como propiamente masculinos y asociados a una de las figuras que con más fuerza nos llega como modelo de masculinidad medieval, aunque no sea más que una reconstrucción mítica hecha a posteriori, tiene que ver con el ideal de caballería y el honor de la hidalguía (Mosse, 2000: 23) que, como ya representara Miguel de Cervantes en *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* de 1605, pasa a ser un modelo caduco y

anacrónico en los albores de la modernidad<sup>5</sup>. La agresividad del caballero en liza por el amor de su doncella o los intereses del señor a quien sirve chocan de plano con el nuevo modelo de organización social. Y si ya es difícil forjar el honor cuando las batallas no se libran por el héroe carismático y belicoso –e.g. el Cid y su cruzada contra ‘el infiel’–, sustituido por el ejército del monarca, la propia institución del duelo, su último vestigio, pronto cederá, como analiza G. Mosse (2000: 25-30), cuando los aristócratas a finales del siglo XVIII y como resultado de las revoluciones europeas también queden reglamentados bajo el nuevo orden burgués y su estado de derecho. Podría decirse que la masculinidad del guerrero medieval no es viable en entornos modernos, no se ajusta a la nueva legalidad ni a las nuevas formas de vida.

Por otra parte, y en segundo lugar, el proceso de civilización constituye el corazón mismo de la masculinidad contemporánea en el momento que alcanza y prescribe los modos de contacto corporal y pauta los afectos permitidos en público y en privado. De hecho, inaugura así esta división de espacios en el sentido moderno al relegar determinados comportamientos al espacio de la intimidad del hogar como forma de reglamentar una forma de vida que, en breve, devendrá el modelo de familia que en cierto modo aún hoy pervive aunque sea sitiado por la proliferación de otros modelos. En el centro de este proceso que describo emerge la sexualidad como faceta de la vida humana y social, haciendo del sexo una experiencia que desde entonces quedará reglamentada en el modo específico de la modernidad y regulará las relaciones sexuales entre varones y mujeres.

«En el proceso civilizatorio, la sexualidad también queda progresivamente relegada a la trastienda de la vida social y, en cierto modo, constreñida en un enclave determinado: el de la familia nuclear. Paralelamente, también la conciencia que de estas relaciones sexuales se tiene se muestra constreñida, reducida, y relegada a la

---

<sup>5</sup> *El Quijote* no sólo representa de modo más o menos anecdótico el cenit del modelo del caballero medieval; en él se condensa el giro que aquí se está analizando y que da origen a la modernidad. *El Quijote* da, pues, el pistoletazo de salida a la modernidad. Foucault (1968: 53) leerá en él la lógica de la representación misma –que se analizará en breve–, Kundera (1986) el origen y una de las cumbres de la novela europea, símbolo literario de la modernidad occidental. La obra de Cervantes recoge la transformación de la vida que atraviesa Europa y la pone negro sobre blanco, conteniendo en su relato no sólo el fin de un modo de vida sino las claves identitarias recién estrenadas en 1605 –o quizá aún por estrenar– y que llegan hasta nuestros días: el Sujeto autónomo que busca y se responsabiliza de su sino, el Sujeto racional –racionalidad que en su brillantez se parapeta en la libertad de la locura– que lucha contra las fuerzas injustas y los poderes aún establecidos de un mundo aristocrático que ya no es el suyo.

‘trastienda’. Esta esfera de la vida humana aparece rodeada de un áura [sic] de es-crúpulos que es expresión de un miedo sociogenético» (Elias, 1987: 219).

Sexualidad, intimidad e identidad aparecen de este modo en un mismo movimiento, en el que no sólo la individualidad ha de *contener sus impulsos* y acercamiento a otros cuerpos, sino que el modo prescrito de hacerlo divide el espacio y, lo que es más interesante, campa en la misma idea que la individualidad tiene de sí. De nuevo rescatando los términos de Foucault (1978: 163 y ss.), la sexualidad deviene parte de ese poder nuevo que ya no será el de la muerte –el de la fuerza del feudo y el posterior absolutismo regio–, sino el de la vida –el de la gestión estatal por medio del derecho y la reglamentación de la política pública– el que velará por el desarrollo pleno de la vitalidad humana construyendo en torno al sexo toda una serie de prescripciones y definiciones que no sólo señalarán las prácticas *correctas* sino que alcanzará el centro mismo del sujeto y su *verdad*<sup>6</sup>. La sexualidad produce un determinado tipo de sujetos o, en mis términos, produce un modelo de masculinidad en el momento en el que por medio de ella se reglamenta el modo en el que se relacionan hombres y mujeres en tanto que hombres y en tanto que mujeres, en tanto que masculinos unos y femeninas las otras. Siguiendo el trabajo de Vázquez y Moreno sobre la genealogía de la sexualidad en España a partir del siglo XVI, «[en el proceso de civilización descrito por Elias] los deseos y placeres del sexo perfilan la idiosincrasia del sujeto, configuran su intimidad más recóndita, su verdad más profunda y por ello más insidiosamente oculta» (1997: 23). En este sentido, el trabajo de Elias es revelador para una historia de las identidades sexuales al señalar por medio de este punto que existe una «correspondencia continuada de la estructura social con la estructura del ‘yo’ individual» (1987: 229).

Pero para avanzar en cómo la masculinidad se establece en la modernidad en los parámetros en los que hoy nos llega es preciso considerar un tercer elemento unido y en cierto modo estructurante de esta ruptura de los modelos medievales de hombría y de la emergencia de la sexualidad en su forma moderna como reguladora de las relaciones

---

<sup>6</sup> Me refiero aquí al proceso de surgimiento de lo que Foucault (1987: 168) denomina el bio-poder moderno, en el que la máxima del poder estatal pasa del «*hacer morir o dejar vivir*» propio del monarca absoluto a su forma moderna de «administración de la vida» en el que la máxima se da la vuelta para enunciarse como «*hacer vivir y dejar morir*». Entonces, la administración estatal, por medio de las disciplinas y la bio-política demográfica, se erige como garante, como poder que estabiliza un modo de convivencia basado en el respeto a la vida.

de varones y mujeres. Si la sexualidad puede enunciarse como tal es porque en paralelo a los cambios de las formas políticas y vitales, en Occidente se produce una profunda transformación de los modos de pensamiento en torno a la humanidad y a esa individualidad que no sólo emerge como nueva forma de agencia sino que nace como tal concepto fruto de una profunda revisión epistemológica. Ésta es la tesis que estructura *Las palabras y las cosas* (1968) de M. Foucault. Con él se puede perseguir cómo el saber de la cultura occidental estuvo presidido hasta finales del siglo XVI por un modelo de representación basado en la repetición. Por medio de las figuras de la *convenientia* –la proximidad de las cosas–, la *aemulatio* –el reflejo, la emulación de unas cosas en otras–, la *analogía* –en la que se conectan las anteriores y las cosas se representan en sus relaciones– y las *simpatías* –que junto con las antipatías ordenarán las relaciones de mismidad que persiguen las otras tres figuras– la representación intelectual del mundo opera desde la noción de semejanza (Foucault, 1968: 26-34). Este plantel cambia en el siglo XVII; Descartes y Bacon, cada cual desde parámetros distintos, despliegan una crítica de la semejanza que culminará en el establecimiento de un nuevo método –la duda metódica, el método científico– que hace «aparecer las diferencias como grados de la complejidad». (Foucault, 1968: 60). En este movimiento, que Foucault señala como el de la modificación profunda y en lo fundamental del *episteme* de la cultura occidental, se condensa la lógica de la identidad moderna: «No se tratará ya de similitudes, sino de identidades y diferencias» (Foucault, 1968: 56). El nuevo método de construcción de la certeza, de la verdad sobre el mundo transforma por completo el acercamiento a la realidad que ya no se basará en la analogía y la semejanza, sino en el análisis y el *discernir*, esto es, «en establecer las identidades y después la necesidad del paso a todos los grados que se alejan» (Foucault, 1968: 62). Lo que termina por alcanzar y convertirse en la lógica misma de la mismidad moderna. Al obrar de este modo, el conocimiento aspira a ser absoluto y cierto apoyándose en la construcción de signos que remiten a taxonomías e introduciendo así un orden de las cosas que se conocen –de todas las cosas en esa prolija extensión del conocimiento acumulativo moderno– en la tensión entre las identidades y las diferencias. Lo uno y lo otro, lo *Mismo* y también lo *Diferente* (Arditi y Hecquembourg, 1999), se constituyen como categorías excluyentes construyendo a su paso una teoría del signo, y así de la representación, binaria (Foucault, 1968:

73) donde las dicotomías, entre ellas la de los sexos que aquí acerca a la masculinidad como categoría moderna, consolidan y definen esa nueva conquista del mundo por el intelecto humano. Y de este modo, enredado en ese juego de la identidad y la diferencia aparece el Sujeto de la modernidad. Foucault defiende que este nuevo ‘conocimiento sobre el hombre’ no sólo es la estabilización de lo que hoy entendemos por el conocimiento adecuado del mundo, es la constitución del ‘hombre’ en sí. En línea con la ‘individualización’ que Elias hace emerger en la *domesticación* cortesana de las costumbres, Foucault señala que la transformación del *episteme* encierra en su giro la constitución misma del Sujeto de la modernidad que así queda contenido en una lógica de *lo Mismo*, encerrado y definido por el límite de lo idéntico<sup>7</sup>.

Si en el análisis de Foucault, «[e]l hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento» (Foucault, 1968: 375), también se pueden invertir los términos y rastrear en las nuevas formas de conocimiento las bases que definen la consolidación de la masculinidad moderna. En este punto es fructífero rescatar la noción de *disciplina* (Foucault, 1978 y 2008) para devolver a los agentes el trabajo de los dispositivos del saber y así precisar el concepto de masculinidad que manejo –véase apartado 1.3.–, pero antes conviene aclarar el modelo de humanidad que se construye en este contexto por medio de la *tecnología* (Foucault, 1978 y 1990) que encierra las producciones de la *nueva ciencia*. También así podrá explicitarse la conexión entre la disolución de los sentidos medievales de la masculinidad, la construcción de la sexualidad como dispositivo de conocimiento que prescribe las relaciones entre los sexos y el surgimiento de un modelo moderno de masculinidad que unifica y construye una determinada identidad en torno a la hombría.

---

<sup>7</sup> Así puede cerrar su estudio arqueológico del saber cultural de Occidente con esa apuesta, plásticamente metaforizada, de que «el hombre se borraría, como en los límites del mar un rostro de arena» (Foucault, 1968: 375), ya que no es más que la creación precaria de un modelo de conocimiento y una lógica de la representación de la que no hay por qué augurar un reinado eterno, más bien todo lo contrario sabiendo que responde a las condiciones sociohistóricas de su emergencia. De hecho, la tesis que aquí defiende, y que se recoge en el capítulo tercero, apunta a una de las fisuras de este modelo que, si no lo invalida en su totalidad, sí representa una profunda transformación de la masculinidad en tanto que categoría que ya no puede mantenerse ‘científicamente’ separada de su diferencia, al menos en los términos en los que aparece en este corte epistémico que inaugura la modernidad.

### 1.2.1. Cuerpos, sexos, identidad: la dicotomía moderna de los sexos

En las «postrimerías del siglo XVIII [...] nació una tecnología del sexo enteramente nueva» (Foucault, 1978: 141), ciencia sexual que contenía el sexo en los límites de la identidad y la diferencia. Interesa rescatar esa ciencia de los sexos para rastrear los sentidos que se asocian a la masculinidad, y aquí es donde el concepto de *tecnología* (Foucault, 1990) puede arrojar luz. La noción de tecnologías se acerca al contenido de las diferentes ciencias que han abordado *lo humano*, pero sin «aceptar este saber como un valor dado, sino [para] analizar estas llamadas ciencias como ‘juegos de verdad’ específicos, relacionados con técnicas específicas que los hombres [sic] utilizan para entenderse a sí mismos» (Foucault, 1990: 48). Entre las tecnologías Foucault diferencia las de producción –centradas en la manipulación y transformación de las cosas–, las de sistemas de signos –permiten utilizar signos, sentidos, símbolos o significaciones–, las de poder –someten la conducta de los sujetos a ciertos fines o dominación– y las que aquí interesan, las tecnologías del yo:

«...que permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad» (Foucault, 1990: 48)

La noción de *tecnologías del yo* permite una lectura del pensamiento de la nueva ciencia en tanto que en este conjunto de conocimientos hay un requerimiento a *ser*; en sus principios y diagnósticos sobre la *naturaleza humana* hay un conjunto de prescripciones que, tomadas como ciertas, terminan por dirigir la conformación identitaria de varones y mujeres. En él se encierra una determinada *verdad* que no deja impasible, es decir, que va más allá del conocimiento en sí en tanto que hace sinapsis con los anhelos de quienes caen en sus redes. La red de la nueva ciencia del sexo alcanza de este modo los modos de *ser hombre* en tanto que no sólo aporta una explicación de la identidad sexuada sino que dinamita las ideas anteriores bajo la apisonadora del nuevo *episteme* de la mismidad y la diferencia arrastrando a los varones modernos y sus ideas sobre la masculinidad en su movimiento.

La *analogía* sucumbe ante la *diferencia* que el análisis va a discernir en los cuerpos, y el modelo del sexo único, aún presente en los textos del siglo XVII, entrará en vía muerta

con la estabilización del modelo de los dos sexos (Laqueur, 1994: 24 y ss.). De modo muy esquemático, se puede reconstruir, siguiendo el estudio de T. Laqueur (1994) de Aristóteles a Galeno y desde él a la ciencia del Renacimiento, con los diferentes desplazamientos introducidos por el pensamiento cristiano y los médicos medievales, un conocimiento de la biología humana que puede resumirse en la máxima ‘un sexo/una carne’. La tesis principal que estructura este conocimiento del cuerpo humano es que la anatomía femenina no es más que la inversión de la masculina; un isomorfismo que atraviesa pene y vagina y que encuentra en los ovarios un remedo de los testículo y en el útero el desarrollo ‘hacia dentro’ de los cuerpos cavernosos del pene<sup>8</sup>. No se puede confundir este isomorfismo con una suerte de igualitarismo clásico, más bien todo lo contrario. Operando por medio de la *semejanza*, como figura del *episteme* clásico, se conectan los cuerpos femeninos con los masculinos por medio de la homología, pero a su vez todos quedan atados al cosmos y sus jerarquías. Es el cuerpo masculino el que se entiende que está más desarrollado, el que representa el esplendor de ese sexo y esa carne que comparte toda la especie y, de este modo, sirvió para justificar la teleología masculinista de la humanidad y la jerarquía social que constituye las relaciones entre varones y mujeres en el periodo clásico. Laqueur define este entramado conceptual como una biología de la divergencia basada en una metafísica de la jerarquía cósmica que reglamentaba las relaciones entre varones y mujeres (Laqueur, 1994: 205 y ss.).

En el siglo XVIII, «la naturaleza sexual humana cambió» (Laqueur, 1994: 22). Las diferencias anatómicas y fisiológicas, analizadas en el marco de las relaciones de identidad

---

<sup>8</sup> Por supuesto se trató de una hipótesis debatida y, como decía, desplazada de mil modos. Ya el conflicto entre el pensamiento de Aristóteles y el de Galeno es claro cuando se aborda el tema de la naturaleza única o dual entre varones y mujeres. Donde aquél vio dos sexos ‘preordenados por la naturaleza’ –materia y potencia, cuerpo y alma como bases de lo femenino y lo masculino, respectivamente–, éste veía dos versiones corporales de lo que, por analogía, podía colegir en un único sexo. Lo interesante es que ambos coinciden en que las diferencias entre varones y mujeres no están ahí: el dimorfismo tiene que ver con la generación de la vida, pero no con las posiciones sociales que las personas pueden llegar a ocupar, al menos en primer término. La *inferioridad* femenina radica, en todo caso, en su estado menos evolucionado, en su menor desarrollo genital y corporal. Dicho de modo tosco, una mujer es una versión menos elaborada de un hombre. De tal modo que, aún en el caso del pensamiento aristotélico, son otras razones, de orden enteramente social y cultural, y no tanto la carnalidad de su biología, las que le llevan a separar a los géneros en funciones y espacios en su relato de la república. En cualquier caso, este no es más que un ejemplo; para un repaso brillante y detallado por los mil vericuetos en los que la carne se *contuvo* en el modelo de un solo sexo remito a la obra de Laqueur (1994) que sigo de cerca para el desarrollo de mi argumentación en este punto.



y diferencia, dan origen a la consideración dicotómica de los sexos. Se entiende entonces que la biología femenina no es el remedo invertido de la masculina, sino su inconmensurable contrario (Laqueur, 1994: 272). Algo absolutamente diferente: ‘una mujer es una mujer’ proclamará Jacques L. Morau (1803, citado por Laqueur, 1994: 258). El sexo se hizo doble y los nombres cambiaron apareciendo la terminología genital que llega hasta hoy, señalando con términos distintos las fisionomías que se habían recludo en las mismas etiquetas en el tiempo de la analogía. Ahora bien, sería un error creer que la *nueva ciencia* y su método científico en cierto modo develaron el error de *los antiguos* e iluminaron los cuerpos tal como eran, tal como son. Los primeros anatomistas del Renacimiento ya habían encontrado elementos que no era sencillo ajustar a la idea de la carne única –las trompas de Falopio, el clítoris–, pero se operaron las torsiones necesarias que atravesando los modos de explicar lo visto recalaban en el isomorfismo sexual y devolvían la explicación a una biología de la jerarquía capaz de seguir afirmando la superioridad cósmica de lo masculino (Laqueur, 1994: 125). Algo más hubo de producirse, algo más hubo de cambiar. Y aquí es donde la principal tesis de la investigación de Laqueur en cierto modo allana el camino de lo que quiero mostrar al detenerme en la historia de esta nueva ciencia natural: según su estudio de los textos biológicos del clasicismo a la modernidad, «la epistemología no produce dos sexos opuestos por sí misma; eso sólo lo pueden hacer ciertas circunstancias políticas. La política, entendida en sentido amplio como competencia por el poder, genera nuevas formas de constituir el sujeto y las realidades sociales en que los humanos viven» (Laqueur, 1994: 32).

El origen de la nueva consideración dicotómica de los sexos se encuentra en el giro intelectual que atraviesa el pensamiento occidental entre los siglos XVI y XVII. Si el trabajo de la filosofía siempre ha encontrado en el escepticismo uno de sus principales motores, en estos siglos el trabajo intelectual se aferra a él como su principal herramienta. Dejan de servir las explicaciones mágicas y la confianza en leyes cósmicas que ordenan lo humano parece quebrarse. El giro antropológico con el destierro de Dios de los asuntos humanos y sus designios vendrá a terminar de hacer este trabajo. Se sientan así las bases que harán posibles los anhelos políticos de la nueva Europa burguesa, pero en este proceso también se contiene el camino a la *verdad* de la nueva carne dual.

Cuando René Descartes apuesta por la duda metódica como medio con el que sentar las bases de un pensamiento positivo sobre el ser y el mundo no está más que resumiendo este giro escéptico. Del mismo modo, en su célebre '*cogito ergo sum*' se condensan las coordenadas de la nueva forma de entender lo humano. La razón irrumpe como pieza clave en la entrada a la humanidad, idea clara y distinta que hace del *hombre* un sujeto capaz de pensarse a sí mismo y a lo que le rodea. Pero su *Discurso del Método* en cierto modo constituye el cuerpo occidental, el cuerpo que es observado por los anatomistas, el cuerpo dicotómico del siglo XVIII, cuando lo hace externo a la razón pensante y constituyente del ser (Le Breton, 1995). El cuerpo es entendido como un mecanismo dirigido por la razón que la habita; cierto que es el límite físico de la individualidad pero, a fin de cuentas, «la única diferencia entre el reloj, hecho por la mano del hombre y el cuerpo humano, nacido del ingenio divino, es la alta complejidad de este último mecanismo» (Le Breton, 1994: 200). Con Descartes se inaugura una nueva forma de pensar ya que aunque el dualismo cuerpo/alma pueda rastrearse en los textos clásicos, para él «este dualismo es de otra suerte, no tiene un fundamento religioso, nombra un aspecto social manifiesto» (Le Breton, 1995: 68) en la contraposición de una *res extensa* y una *res cogitans*. Así, como cara y cruz de una misma moneda, el poder de la razón sirve de coartada lógica para constituir su contrario, esto es, para hacer del cuerpo elemento externo a la razón actuante y, por tanto, observable y medible –y en la práctica cotidiana manejable, controlable– por el trabajo intelectual de los humanos. La modernidad comienza así con la escisión entre cuerpo y razón, naturaleza y cultura, biología y sociedad, sexo y género.

En definitiva, en el cambio de paradigma se enreda la remanencia del cuerpo masculino como norma<sup>9</sup> con una transformación de la especificidad de varones y mujeres que

---

<sup>9</sup> El cuerpo masculino al constituirse como norma, primero de la jerarquía cósmica y después del par dicotómico de los sexos, queda en cierto modo apartado, en cierto modo incorporado como piedra de toque incuestionable en el aparato de las ciencias naturales. Hasta tal punto esto es así que Laqueur plantea que no «posible escribir una historia del cuerpo del hombre y sus placeres porque los documentos históricos proceden de una tradición cultural en la que tal historia no era necesaria» (1994: 51). Por eso, los intentos de perseguir la conformación de las identidades sexuadas, en los que incluyo este apartado de la presente tesis, recurren necesariamente al análisis de la biología de la feminidad como estrategia en la que reencontrar lo poco que los textos dicen de la masculinidad sexual.

ya no será la de la involución en la jerarquía cósmica, sino la de la diferencia que devuelve a estas dicotomías el par masculino-femenino:

«En el siglo XVIII, la voz de la Naturaleza se dejaría oír con mayor fuerza. Se pensaría entonces que no existía significado alguno en los ecos del macrocosmos y el microcosmos, sino en las propias cosas. La imagen mecánica del mundo prometía la verdad del mundo material [...]. No pasó mucho tiempo sin que quienes se preocupaban por estos temas consideraran la mujer no como una versión menor del hombre en un eje vertical de infinitas gradaciones, sino más bien como una criatura completamente diferente a lo largo de un eje horizontal, cuya parte intermedia estaba totalmente vacía» (Laqueur, 1994: 256)

Se constituye, como más adelante se argumenta, la alianza entre la masculinidad y la razón como producto del esfuerzo civilizatorio humano, quedando la feminidad como el resto de la Naturaleza no doblegada. Los varones se invisten como ciudadanos de derechos y deberes mientras que las mujeres serán diseccionadas por la nueva ciencia anatómica para así testar las posibilidades de su incorporación al nuevo mundo social liberado de deidades y dirigido por el gobierno de los *hombres* en sus humanos asuntos. Si en el pensamiento clásico el género había sido el origen de las desigualdades en la distribución del poder –las mujeres apartadas de lo público en tanto que versiones menos evolucionadas social y culturalmente del hombre–, en la modernidad va a ser el sexo, como categoría fundacional básica, el que justificará las desigualdades de género (Laqueur, 1994: 265). Nunca antes los cuerpos fueron tan importantes, y es que en ellos habría de ajustarse la tensión entre lo social y lo natural, en ellos se podía por fin encontrar «un fundamento sólido, un *locus* causal, para el significado del hombre y la mujer» (Laqueur, 1994: 281). Ahora se puede entender cómo el cuerpo dicotómico de los anatomistas del siglo XVIII se configuró como el origen de una diferencia que iba más allá de la superación del oscurantismo medieval en el discernimiento de las biológicas y los aparatos reproductores, e iba a servir además y principalmente para justificar las posiciones sociales prescritas para varones y mujeres en entornos de modernidad. Si los cuerpos eran diferentes también habrían de serlo sus conexiones con la Naturaleza y así su acceso a la razón. La discusión en torno al placer femenino y su implicación en la reproducción que guía buena parte de los debates de los nuevos anatomistas no es sólo un asunto que aclaraba los mecanismos de la gestación –precisar el ciclo menstrual, comprender el clítoris como fuente de placer–; se convertía en el relato de la nue-

va ciencia en puerta para preguntarse por las mujeres y su papel en el desarrollo de la civilización (Laqueur, 1994: 337 y ss.).

En este apresurado repaso por el modo en el que el pensamiento ilustrado se detiene en los cuerpos y sus diferencias, en la especial componenda en la que los sexos se anudan en una dicotomía que hace de los géneros categorías excluyentes, se puede reconstruir un primer dibujo de la masculinidad y sus bases. La masculinidad se anuda con una concepción de lo natural que la hace contraria a la feminidad, la masculinidad se asocia con el trabajo de la razón, y, en la unión de ambos elementos, la masculinidad aparece como la posibilidad de una razón que doblega los impulsos del cuerpo natural. Conviene ahora volver sobre algunas de las ideas sólo apuntadas para terminar de encontrarnos con el modelo concreto en el que terminó por contenerse lo que significaba ser varón y así precisar la dinámica identitaria que avanza hasta nuestros días y que, como se verá, explica buena parte de las vicisitudes en las que hoy se dirime la experiencia genérica de los varones objeto de la presente investigación. Para ello es necesario enfatizar y perseguir en sus consecuencias tanto la conexión que en la modernidad occidental se establece entre la masculinidad y la razón (Seidler, 2000), como, y de modo especial, la propuesta –estrechamente vinculada a esta concepción de la racionalidad humana– para una correcta contención de los impulsos y la animalidad que terminará por soldar al sujeto de la razón, y así la ciudadanía, con la masculinidad (Mosse, 2002). Abordaré este segundo punto el siguiente epígrafe, para aquí dar cuenta y aclarar el primero. Cuando se habla de la conexión entre razón y masculinidad se intenta hacer visible que la razón cartesiana no sólo es el germen de la demanda de igualdad y libertad individual que mueve al cambio de las sociedades occidentales; además, se enfatiza que el especial modo en el que se entendió que esa razón residía en la naturaleza humana y que esa naturaleza era, ya en su origen, diferente en el caso de varones y mujeres estableció la diferencia de género como base *incuestionable* del orden social. Siguiendo el análisis de V. Seidler (2000) sobre el tratamiento de la masculinidad en la teoría social, se puede ver que:

«Para la Ilustración, la razón siguió siendo un concepto esencial que puso en tela de juicio las relaciones tradicionales de poder y autoridad; e insistió en que la autoridad tenía que estar dispuesta a justificarse. Había un impulso democrático que ponía el énfasis en que las personas eran agentes morales igualmente racionales,

pero también había otra corriente que trataba de legitimar la autoridad de la razón. Ésta es la que se relaciona con la autoridad de una “masculinidad racional”, como si los hombres pensarán en la razón como algo propio y así legitimaran la organización de la vida privada y pública a su propia imagen» (Seidler, 2000: 26)

Cuando las teorías del contrato social, apoyándose en el racionalismo cartesiano, promulgan su confianza en un orden de razón en el que los *hombres* pueden emanciparse de la naturaleza no es que evacuen todo vestigio de la animalidad de la especie en el nuevo Sujeto. Más bien se trata de la confianza en un equilibrio en el que la razón es capaz de doblegar los impulsos al menos hasta cierto límite. La Naturaleza queda así contenida pero no extinta: habrá de aparecer en el deseo sexual en el que la pasión momentáneamente se hace protagonista. Pero el intelecto humano puede reglamentarla, decidirla y *domesticarla* en el espacio de la intimidad y en la institución de la familia patriarcal. Ahora bien, si las mujeres son presa de ciclos menstruales que se asemejan al celo de las hembras del reino animal, si su deseo no se ajusta al control de la razón ya que ni siquiera aparece en toda cópula reproductora, el equilibrio empieza a tambalearse y la racionalidad humana se decanta del lado de la masculinidad. «El que piensa es el hombre; es el hombre a quien nuestra tradición filosófica occidental considera el sexo racional, porque sólo ellos pueden dar por sentado que poseen razón y así poder escapar a las exigencias de la naturaleza» (Seidler, 2000: 41). La cultura, la desafección racional, lo público se amalgama en torno a los varones a la vez que la naturaleza, la emotividad, lo privado define a las mujeres. Se puede entender, entonces, el cierre al que llega un diccionario médico español en el inicio del siglo XIX:

SEXO. s.m. Sexo. Se da este nombre a la diferencia física del macho y de la hembra, tanto en los animales como en los vegetales; y así se dice: sexo masculino y sexo femenino. Sin embargo la palabra sexo, entre nosotros, se emplea lo más comúnmente para indicar con ella el sexo femenino o el bello sexo. (M. Hurtado de Mendoza, *Diccionario de Medicina y Cirugía*. Madrid, 1821; citado en Vázquez y Moreno, 1997: 385)

El círculo se vuelve sobre sí mismo y la dicotomía termina de desplegarse, de mostrarse en la pureza de los contrarios inconmensurables. La feminidad es el sexo, la encarnación de la diferencia física, el sempiterno otro. La masculinidad deviene entonces algo más que una identidad, algo más que la descripción de los cuerpos; la masculinidad se confunde con los anhelos de la nueva sociedad, se convierte en su representante

–encarnada en los varones y su potencial fuerza sobre lo natural– a la vez que en su representación –lo que aquí denominaré el modelo moderno de la *Masculinidad*–.

### 1.2.2. La estabilización de la *Masculinidad* como categoría política

En el trabajo de la nueva ciencia de los cuerpos por trazar los límites de la dicotomía moderna de los sexos y en las propuestas filosóficas que, en paralelo, configuran el marco de interpretación de esta naturaleza de la inconmensurabilidad (Laqueur, 1994) se encuentra el caldo de cultivo de la masculinidad contemporánea. Ahora bien, el modo efectivo en el que se estabilizan los sentidos culturales de la hombría occidental moderna puede entenderse como un nuevo giro sobre los cuerpos. La masculinidad surge en el encuentro entre la consideración de las relaciones de la razón con la carnalidad masculina. La razón, en el caso de los varones, se entiende que puede doblegar los impulsos naturales y corporales. De tal modo que en la posibilidad de una masculinidad construida como esfuerzo racional se hace posible prender los *deseos y anhelos* de la recién estrenada sociedad burguesa (Fernández-Llebrez, 2004: 24) en tanto que, pensados así, los varones pueden encarnar al sujeto autónomo y racional que sustenta el nuevo orden. La certeza de la especificidad sexual de los cuerpos masculinos avanza de este modo en un modelo de masculinidad ideal que, por primera vez en la historia, se estabiliza en torno a la noción de una masculinidad estereotípica. La identidad de los varones parte de su carnalidad, de su naturaleza, por lo que el modelo, en su dimensión simbólica, termina por hablar de *todos* los varones como conjunto que comparte una realidad biológica que sustenta la especificidad de su identidad (Mosse, 2000). En cierto modo, la dicotomía de nuevo gira sobre su propio eje para, ahora, en un juego de malabarismo, detenerse en el protagonista de la modernidad y prescribir sus cualidades. En la Europa posterior a las revoluciones burguesas, las filosofías racionalistas, las teorías políticas del contrato social y los debates de corte biológico alrededor de las cualidades de los sexos se darán cita para consolidar los parámetros de la nueva *misimidad* masculina. Apoyándose en la exposición de G. L. Mosse en *La imagen del hombre* (2000), en donde analiza la conformación de la masculinidad moderna entre el final del siglo XVIII y en el convulso inicio del siglo XX europeo y su conexión con los proyectos políticos del socialismo soviético, del nacional socialismo alemán y de las sociedades

burguesas democráticas, se puede apreciar tanto el carácter transnacional del nuevo modelo que, aunque con especificidades, atraviesa las sociedades occidentales con independencia de su sistema político-social como, lo que resulta más interesante en este punto, el campo de sentidos y las dinámicas de (des)identificación que se amalgaman para cargar este nuevo modelo de masculinidad. La historia que traza Mosse viene a completar el dibujo que ya se intuía en el repaso de las ciencias naturales y su diagnóstico de las diferencias corporales de los sexos. Desde finales del siglo XVIII, en paralelo con la construcción de la dicotomía sexual en la que se afanaban anatomistas y médicos, otros discursos sociales terminarán de trazar los límites de la nueva masculinidad. Moralistas, literatos e ideólogos pensarán la masculinidad en términos que exceden en mucho los relatos biológicos y que en su extremo terminan de operar la incorporación de la división sexual de la sociedad que en las teorías ilustradas aparecía embarullada, y así limitada y contestada, con las nociones de universalidad, igualdad, razón y ciudadanía. No es que se abandonen estos valores como anhelos sociales; el movimiento es mucho más complejo –o quizás tan rudo que aparenta complejidad– y por eso recurría más arriba a la imagen del juego malabar. Como las pelotas o las mazas que nunca están todas en manos del malabarista mientras el espectáculo está en curso, las estelas de sentido de la universalidad igualitarista, la masculinidad moderna y la dicotomía de los sexos bailan y saltan cambiándose unas por otras y así se presentan como unidad como si negaran su movimiento, como si en él fueran indivisibles. Así, el modelo de la masculinidad moderna va a ejemplificar la diferencia, a la vez que será ejemplo de la universalidad. En un primer nivel, presentándose como modelo que tipifica a todos los varones, sin importar, al menos en los términos del modelo –se verá que no es tanto así en su aplicación efectiva– la posición en la estructura social u otras características sociodemográficas; y en un segundo nivel de complejidad, el nuevo modelo de masculinidad cubre el espacio de la ciudadanía universal y los intereses de la nueva sociedad burguesa. La conexión entre la razón y la masculinidad avanza de este modo en una propuesta ontológica en la que el raciocinio seguirá operando como clave con la que entender el *esfuerzo civilizatorio* de una humanidad que se pretende autónoma y autoconsciente; pero a la vez esa razón se contiene y matiza: el imperio de la razón sólo es posible por un trabajo de contención de la naturaleza animal humana y partiendo de la

diferencia de los cuerpos se entenderá que sólo los varones están bien posicionados para este trabajo o, al menos, mejor situados que sus congéneres femeninas.

El moderno modelo de la masculinidad emerge, como demuestra el análisis de Mosse, de la adaptación del modelo aristócrata de virilidad fraguado en el medioevo a la nueva sensibilidad burguesa. Como se vio, el modelo medieval se basaba en la casta guerrera y su idea de honor que conectaba con el ideal de caballería; y este ideal del caballero se ajustaba mal a las nuevas circunstancias sociopolíticas. El nuevo estándar de masculinidad lo que hace es redefinir los términos del honor y resignificarlos para la nueva realidad (Mosse, 2000: 22 y ss.). La lealtad, la rectitud, el valor, la sobriedad o la perseverancia bien podían conectarse con el nuevo sujeto de la razón y así se hizo en el moderno modelo masculino. Las sociedades burguesas fruto de los procesos revolucionarios del siglo XVIII terminan de operar el secuestro estatal de la violencia. Si con Elias (1987) se vio cómo el proceso de civilización inicia este secuestro por medio del monopolio legítimo de la violencia que se arrogan los monarcas del absolutismo, también se señaló con Foucault (1978) cómo este proceso culmina en los Estados modernos con una lógica de la vida y su reglamentación para su mayor esplendor que entiende el poder como el de la gestión normativa de la vida plena de la ciudadanía. Los Estados de derecho hacían incompatibles los modos del ideal de caballería y su ansia belicosa por la limpieza del honor, por lo que el nuevo estándar de masculinidad se separa de la violencia como efecto de esta nueva realidad sociopolítica. Ahora bien, la masculinidad moderna no podía mantenerse en el vacío dejado por esta transformación sólo por la reivindicación de aquellos *bellos* valores que encarnaba el caballero y su honor. El espacio del honor se colmó y recompuso con un bien mayor, el sentimiento nacionalista, entendido como implicación en el bien colectivo común al que une la fraternidad que se enarbola en la bandera de la Revolución Francesa, que nacía con los nuevos Estados. Como demuestra Mosse (2000: 14 y ss.), las identidades masculinas y las naciones modernas emergen de la mano, siendo la masculinidad moderna la que mejor expresa el tipo de persona que se *necesitaba* para la construcción nacional –con la lealtad, la perseverancia o la rectitud como sus cijos–, a la vez que la nueva organización de los *hombres* bien podía ser la base por la que la masculinidad perseverara, fuera recta y valerosa o se mantuviese leal; dicho más claro, la masculinidad tomaría su base en las máxi-



mas de orden y progreso que dirigían el nuevo modelo de nación, y al ser encarnada por los agentes, al asumirla los varones como propia, en el logro de la masculinidad se condensaba la posibilidad de ser un ciudadano ejemplar.

Ahora bien, para que estos *nobles* principios pudieran nombrarse con la masculinidad de los ciudadanos era preciso unificar lo disperso. La especificidad de la masculinidad moderna radica en su indivisibilidad y en su poder de prescripción sobre *todos* los varones:

«Lo que con anterioridad había estado presente de manera fragmentada ahora se hallaba sistematizado, convertido en una totalidad en la que no sólo la indumentaria y el porte, sino el propio cuerpo masculino, se convirtieron en foco de atención, juzgados [...] según un estándar de belleza. Se perfeccionó *un estereotipo que iba a determinar las percepciones de la masculinidad en la era moderna*, mientras que épocas anteriores no conocieron tal método de clasificación» (Mosse, 2000: 30, énfasis añadido)

Para entender la masculinidad moderna es importante precisar lo que implica su construcción como *estereotipo social y moral* (Mosse, 2000: 9). El estereotipo es una estética (Mosse, 2000: 24) que hace lo abstracto concreto en tanto que se presenta como una operación –una más– sobre los cuerpos masculinos que los adapta a los valores de la nueva sociedad burguesa a la vez que introduce la encarnación de esta masculinidad en una economía de lo visible. La mitad del camino ya estaba hecho, la biología de la inconmensurabilidad ya había establecido la naturaleza desigual de mujeres y varones; y así expresaba la asimetría natural por medio de los cuerpos y sus anatomías diferenciales. En las postrimerías del siglo XVIII «[e]l estereotipo de la masculinidad [moderna] se concebía como una totalidad basada en la naturaleza del cuerpo masculino» (Mosse, 2000: 9) que trenzaba, sobre el sustrato de la biología común a todos los varones, una serie de operaciones *necesarias* para el correcto desarrollo de las potencialidades humanas en pos del avance de la civilización. El estereotipo de la masculinidad moderna vuelve sobre la naturaleza del cuerpo del hombre para hablar de su desarrollo correcto, de esa mezcla de control y despliegue de la carnalidad puesta a disposición de los varones por el mero hecho de serlo. En él se intenta cerrar la brecha entre naturaleza y razón proponiendo un modelo de la contención, del trabajo atento sobre el propio cuerpo que evite las derivas de la *animalidad* masculina –la violencia, la sexualidad predadora– por medio de la máxima de la responsabilidad ciudadana. En la mo-

modernidad, «como hombres, aprendemos a tratar nuestro cuerpo como algo aparte, como algo que necesita ser entrenado» (Seidler, 2000: 45). Y el estereotipo marca el camino de este trabajo al dirigir la masculinidad a la *serena grandeza* (Mosse, 2000: 42) que descarta el carácter belicoso sin por ello restar importancia social a una masculinidad bien *controlada*. Lo que en el modelo aristocrático era pura acción, aquí es una actitud, una presencia, una demostración que ha de hacerse visible y que para ello se posa en los cuerpos:

«La vía rápida hacia la construcción de la masculinidad moderna pasaba por la formación del cuerpo masculino, que conllevaba un compromiso con las actitudes y comportamientos sociales normativos, las virtudes que la sociedad moderna tanto apreciaba» (Mosse, 2000: 59)

El cuerpo masculino aparece así hermanado con el *cuerpo heroico* capaz de las renunciaciones necesarias para doblegar los impulsos de la naturaleza desatada de la razón y, en su límite, asocia la masculinidad con la muerte y el sacrificio por el bien mayor. Ahí los héroes y mártires se instalan en el centro mismo del estereotipo como el mejor ejemplo del ideal masculino (Mosse, 2000: 64). En este contexto se entienden los esfuerzos en principio tan dispersos del *crístianismo muscular* inglés, la fundación de los Boy Scouts o el ensalzamiento del modelo del atleta heleno en los textos de Winckelmann o del cuerpo bello en Lavater (citados por Mosse, 2000: 35-40); todas son formas de prescribir una unión entre cuerpo y alma que hace que la gimnasia se extienda como pieza fundamental en la educación corporal del nuevo hombre. Desde el estereotipo, «[l]a apariencia externa se convirtió en el símbolo de la virtud interna» (Mosse, 2000: 35) haciendo que los cuerpos hablasen por medio de las poses y la imagen, de la performance y la expresión de los valores de la sociedad, que la estética llegara a ser una demostración de un modo de ser: el modo de *ser hombre*.

Pero señalar en el estereotipo el origen de una economía de lo visible tiene efectos más profundos sobre el campo de sentidos que se inaugura con él y que termina por atravesar e imponer sus modos en los procesos de (des)identificación masculinos. El estereotipo «convertía lo invisible a la vez en visible y público» (Mosse, 2000: 11), por lo que

no sólo la correcta masculinidad era demostrable<sup>10</sup>, si se exhibía en la presentación social de los varones, también su falla se hacía evidente en la pose y apariencia del *mal hombre* que al no doblregar su naturaleza como debiera tampoco es capaz de controlar su cuerpo. En uno de sus límites se situará el hombre afeminado y débil, en el otro aparece el hombre violento o hipersexual, ambas derivas son las del hombre que ha perdido la Razón y su razón de ser:

«La apariencia externa desarreglada de una persona era signo de una mente que carecía de control sobre las pasiones, donde el honor masculino se había convertido en cobardía, la honestidad era desconocida y la lujuria había ocupado el lugar de la pureza. En resumen, la virtud había sido transformada en la práctica del vicio» (Mosse, 2000: 73)

En el acercamiento a las masculinidades que propone la modernidad occidental se hará más importante que el contenido del estereotipo en sí el definir sus fronteras, sus afueras. Por ello, y como defiende Mosse (2000: 70 y ss.), la *antítesis* es la figura que mejor expresa el modelo de acercamiento a las identidades masculinas en entornos modernos. Señalando y definiendo aquello que *es no* masculino, el estereotipo de la contención y el control termina de desplegar su fuerza social y su poder de prescripción. Si la estética de la masculinidad se centraba en representar algo tan frágil como un equilibrio en el seno de la tensión naturaleza-razón, interpretar toda desviación o modelo alternativo como vicio de la masculinidad perversa que amenaza el entramado social al completo funcionaba mejor en el establecimiento del estereotipo, lo hacía aún más visible, más público. La *lógica del intruso* que Mosse (2000: 76) recoge para explicar el antisemitismo alemán de principios del siglo XX, puede aplicarse a la homosexualidad, a las minorías étnicas europeas –e.g. el caso de las comunidades gitanas–, al supuesto *salvajismo* de los colonizados y, en último extremo, a las mujeres europeas. Acusados de afeminamiento o hipermasculinidad, todos estos grupos se homogenizan bajo la

---

<sup>10</sup> El paso de las sociedades tradicionales a las modernas fue, sin duda, un periodo de incertidumbre para los agentes sociales que veían cómo las certezas cambiaban y, en muchos casos, se difuminaban las antiguas creencias en las que se habían explicado el orden social y el lugar de los agentes individuales dentro de él. Por ello el estereotipo ganó en fuerza; por ello triunfó como nuevo modo de entendimiento. El estereotipo en ese juego visible que escenifica lo abstracto por medio de lo concreto se convirtió en un herramienta fundamental en la reducción de incertidumbre ante el profundo cambio que atravesaba las sociedades europeas (Garaizábal, 2003: 189) al operar una suerte de simplificación de los discursos científicos que fundamentaban la nueva realidad de las cosas y consignarlos para su apreciación en la vida cotidiana. También en este punto radica su éxito en los discursos y en las percepciones de lo social desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días.

etiqueta de la *otredad*: frente al ciudadano implicado en el desarrollo racional de la nueva nación, el *Otro* no es más que la amenaza de la vuelta regresiva en la línea de la civilización. Enredados con las nociones de vicio, enfermedad, histeria o debilidad, mujeres y minorías se piensan como sujetos demasiado apegados a la naturaleza como para poder encarnar los valores de la nueva sociedad y por tanto necesitados de subordinación a la razón masculina o, en el extremo del dislate fascista, de eliminación o confinamiento de la sociedad.

Ahora bien, no se puede confundir el énfasis puesto en la diferencia como una forma de laxitud en cuanto a las exigencias que el estereotipo imponía para los varones que se adaptaban al modelo del ciudadano ejemplar. El afuera se instaure como amenaza, hace entrar en el juego de las identidades la precariedad de una posición que aunque basada en la carnalidad masculina no se cierra en ella. Dicho por medio de una comparación histórica, si en el modelo unisexo que impera hasta el Renacimiento, la hombría estaba asegurada por la superioridad cósmica de la naturaleza corporal de los hombres, en la modernidad el cuerpo de los varones encierra tanto la promesa de su virtuoso despliegue como los peligros de su perversión. Una economía identitaria de este tipo va a tener dos importantes consecuencias en el modo en el que en el Occidente moderno entendemos la masculinidad. De un lado, el estereotipo y su eficacia social terminan por hacer de la masculinidad una categoría política (Whitehead, 2002); del otro, se entenderá mejor ahora la propuesta de acercamiento a la masculinidad como dinámica de (des)identificación ya que con el estereotipo son más importantes que los sentidos en sí –que se puedan reconocer en el análisis de la hombría para el caso de determinados agentes en un momento dado–, las estrategias identitarias que se despliegan para dejar clara la divisoria dentro/fuera (Fuss, 1999) y la presión que sitúa en aquéllos que quieren mantenerse en la posición central de la identidad autónoma y racional y, por tanto, separarse de todas las posiciones marginales o periféricas entendidas como otredad. Este segundo punto se abordará en profundidad en el siguiente epígrafe ya que con él se podrá avanzar en la precisión del concepto de masculinidad que se maneja en esta investigación. Conviene antes aclarar por qué y cómo la masculinidad deviene una categoría política.

Cuando el *estereotipo social y moral de la masculinidad* hace su trabajo, los resquicios para el disenso quedan reducidos a la mínima expresión, al menos en el plano lógico, y cualquier juego con el límite de la masculinidad puede ser traducido en términos de desviación de la norma, de afeminamiento, de perversión. Como interpreta F. Fernández-Llebrez, una operación de este tipo termina por ser un fuerte proceso de homogenización:

«Este afán por ordenar todo, donde la ambigüedad queda excluida, supone un proceso de homogenización nada despreciable que identifica a los hombres con un patrón único. Así, un estereotipo no sólo fija, ya que es invariable, sino que también, como la propia palabra expresa, tipifica [...]. Esta homogeneización no sólo pretende tener fuerza descriptiva, sino que su potencia estriba en que el *hombre de verdad*, el estereotipo masculino, es ejemplar. Nos enseña cómo *deben ser los hombres*» (Fernández-Llebrez, 2004: 30; énfasis original)

En este sentido se puede argumentar que en la modernidad la masculinidad deviene una categoría política (Whitehead, 2002). Negada la diversidad de las formas de ser hombre y, en cierto modo, obviando el proceso de encarnación que los varones han de hacer del modelo para que devenga identidad efectiva, el estereotipo unifica a los varones en una categoría que los define y tipifica. Poco importa que, como se verá<sup>11</sup>, la realidad de las vidas de los varones, incluso centrándonos en aquellos que se *ajustan* al estereotipo, se resuelva en una miríada diversa de masculinidades efectivas; con la estabilización del estereotipo la masculinidad se convierte en otra cosa: categoría social que contiene por medio de un cierre tautológico a aquéllos que quedan bajo su paraguas porque ‘no se puede ser varón si no se sigue el estereotipo y no se puede seguir el estereotipo si no se es varón’. Dicho más claro, la eficacia del estereotipo radica en la construcción de una identidad colectiva que en lo sucesivo aspira a hablar de todos los varones como grupo que comparte una serie de características. Ahora bien, esta categoría, además, sirve de base para justificar que el «posicionamiento de mujeres y varones en una arena política, con oportunidades potencialmente bien diferentes en el acceso al poder y los privilegios y, de este modo, al bienestar material» (Whitehead, 2002: 59). Y

---

<sup>11</sup> En el presente trabajo, tal y como se argumentará más adelante, se defiende que es necesario tomar las masculinidades como efectos de la encarnación del modelo que ahora se está desgranando históricamente. En este sentido, la relación entre estereotipo e identificación lejos de ajustarse a la forma de la inculcación tiene que ver con procesos activos y situados en los que los varones nos hacemos con y habitamos lo que el modelo define de formas diferenciales. En cualquier caso y para profundizar en este punto remito al segundo capítulo de esta tesis.

así, la masculinidad deviene una categoría política. De hecho, autores como J. Hearn y D. Collinson (1994) han visto en este proceso de estabilización la conformación de la masculinidad como una clase (de género), en el sentido marxista del término, ya que desde ella se tendría acceso a una serie de condiciones materiales de existencia y de posiciones en el campo de fuerzas sociales.

Así se entiende que el estereotipo excede lo identitario ya que prescribe un modelo de sociedad en el que no sólo los varones son interpelados, tomando prestado el concepto de Althusser (2000), a ser de determinado modo sino que la sociedad al completo se ve empapada por los requisitos de este modo de ser. No se puede entender la masculinidad moderna y su peso en nuestras sociedades si se separa del modelo social que transita en paralelo a él. Utilizando las palabras de Mosse:

«Allí donde la masculinidad de los tiempos modernos se convirtió en una fuerza capital en el terreno de lo político o lo social, sirvió también como símbolo de los ideales y esperanzas de la sociedad» (Mosse, 2000: 21).

De tal modo que además de política la masculinidad moderna es una *categoría politizada*, lo que G. Mosse (2000) nombra como la *función social* del ideal de masculinidad, ya que por medio de lo que prescribe para los varones está estableciendo un modelo de sociabilidad. Esto es, en el proceso por el que la masculinidad queda prendida en los parámetros del estereotipo se puede reconocer parte del cambio de las sociedades que se viene describiendo; las relaciones entre varones y mujeres, la institucionalización de la familia patriarcal o la división sexual del trabajo productivo y reproductivo son ejemplos de esta imbricación del estereotipo de la masculinidad con la estabilización de las formas de vida e instituciones sociales del Occidente moderno. Entiéndase bien, no se trata de defender que la masculinidad sea el eje sobre el que se construye la sociedad moderna, sino de señalar que es imposible entender aquélla fuera de ésta pues se perdería el sentido que tiene esta masculinidad en y para el orden social moderno. Es decir, la masculinidad, como categoría política y politizada, avanza por encima de la identidad de los varones, llega más lejos, pues en ella descansan los sentidos que justifican como necesarias las posiciones y relaciones con los *otros*. En este sentido, podemos volver sobre lo expuesto para comprender el papel y posición de las mujeres en este modelo de sociedad. Las mujeres se configuran como ese sempiterno otro cuya

naturaleza no se doblega a los mandatos de la razón. Así que su conexión con la razón y la ciudadanía se operará de modo vicario y por medio un trabajo de identificación con los varones que termina solidificando en un modelo de organización socioeconómica. En el modelo moderno, «[l]as mujeres tenían que aprender a identificarse con los hombres como “seres racionales” o, al menos, buscar la razón en su vida relacionándose con ellos» (Seidler, 2000: 44) ya que en su carnalidad y cercanía a la naturaleza animal estaban separadas de este raciocinio por ellas mismas. La solución pasa así por lo relacional y queda institucionalizada en la familia patriarcal que se desdibuja como unidad coherente y necesaria para reglamentar las relaciones entre los géneros e incorporar a las mujeres al orden social de la razón. Pero un cierre de este tipo tiene implicaciones mucho más materiales que la ya de por sí real exclusión de la ciudadanía de pleno derecho femenina. La familia patriarcal termina por dar forma y ser base de toda la estructura socioeconómica en la que los trabajos, los espacios y el acceso a la toma de decisiones se dividen entre *aquellos* con razón y *aquellas* dependientes del raciocinio del varón a cargo (Mosse: 90 y ss.). Del mismo modo, se puede volver sobre la imagen de la antítesis para entender cómo en la modernidad los afectos también quedarán reglamentados por los límites del estereotipo. La homosexualidad chocaba con esta visión de las relaciones sociales en tanto que dejaba todo el entramado social en suspenso. Las relaciones sexuales y afectivas entre varones no podían exceder el espacio de la homosocialidad de camaradería y apoyo pues, de otro modo, tiraban por tierra el precario orden en el que cada cual tenía su sitio. La heterosexualidad aseguraba que en el juego de lo social las mujeres estuvieran excluidas pero incorporadas, y así se puede entender el rechazo a la homosexualidad del *fin de siècle* centroeuropeo (Mosse, 2002: 94) o el papel que la homofobia sigue jugando en la estabilización de la masculinidad ideal (Kimmel, 1994).

En definitiva, el proceso que se viene describiendo es el desarrollo histórico por el que la diferencia sexual masculina, en el sentido más descriptivo y general del término, entendido en su límite biológico como ser macho de la especie, deviene ‘otra cosa’, se carga con un *plus*, se compone culturalmente. De un modo más preciso, es el proceso por el que la masculinidad aparece como tal y, en pos de una claridad terminológica que el uso generalizado del término masculinidad no concede pues en él se embarulla

el resultado con el proceso de esta construcción<sup>12</sup>, se hace necesario introducir un corte conceptual. En este sentido, y en lo que sigue, se hablará de *Masculinidad*, con mayúscula y en cursiva, para hacer referencia a la concreta y, ahora históricamente situada, componenda que se agazapa tras el estereotipo moral y social de la masculinidad moderna. La *Masculinidad* nos acerca al conjunto de retóricas y prácticas, de sentidos culturales y formas de relación social pautadas, de afirmaciones sobre las capacidades humanas basadas en esta definición ontológica y su potencial funcional para la sociedad como conjunto que se consolidan en torno a la diferencia anatómica y, siendo más preciso, a la naturaleza descrita sobre el cuerpo masculino. La *Masculinidad*, de este modo, hace referencia a un determinado modelo de masculinidad que en las sociedades occidentales no tiene parangón en ningún otro y que en la modernidad europea se ha convertido en eje que articula los procesos de (des)identificación masculina.

### 1.3. El tropo de la *Masculinidad* moderna: la identidad masculina como oposición

Una vez repasado el proceso de emergencia de la lógica identitaria moderna y señalada su estabilización en un modelo de *Masculinidad*, es posible volver a la pregunta por el cómo, en este orden de cosas, los varones se hacen con una identidad que califican de masculina. Es decir, ahora tiene sentido posar la mirada en el modelo descrito para pensar sus implicaciones concretas en la construcción de las identidades de los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias y así terminar de precisar el concepto de masculinidad que se maneja en la presente investigación.

En este punto es interesante recuperar la noción de M. Foucault (1978, 1991 y 2008) de *disciplina*, en conexión con su teoría de los dispositivos de poder, para atender a cómo

---

<sup>12</sup> En línea con lo que han argumentado autores como B. Turner (1989) para hablar de la construcción social y cultural del sentido de los cuerpos o, en el plano más específico de los estudios de género teóricos como S. Bordo (1993 y 1999) o J. Butler (2002), no podemos aspirar a un conocimiento de la naturaleza corpórea humana y sus implicaciones sociales pensando lo biológico y lo cultural como instancias independientes. No se trata de una cultura que opera sobre los cuerpos como tabla rasa o material dado. La significación de las diferencias anatómicas que aquí se persigue sólo es alcanzable por medio de su consideración dialéctica, es decir, la interconexión de las explicaciones, siempre culturales, que damos sobre lo corpóreo y biológico. No quiere esto decir que en el uso social de las categorías esta imbricación no esté patente, más bien ocurre todo lo contrario. En el uso cotidiano de la idea de 'masculinidad' se reconoce una referencia constante a su '*realidad biológica*', pero lejos de darla por buena es necesario entender que en ella se entreveran interpretaciones culturales de esta biología. Precisamente por ello es interesante el ejercicio de delimitación terminológica que aquí se persigue.



la construcción y estabilización de un modelo de masculinidad como el descrito empuja a los varones a una determinada dinámica en su consecución de hombría. Y así, en el dibujo presentado en el que la *Masculinidad* descansa en una serie de *tecnologías del yo* que encierran unas relaciones de poder en las que los agentes sociales se apoyan para entenderse y explicarse a sí mismos y sus relaciones sociales, la idea de *disciplina* nos acerca al modo en el que «el poder se ha introducido en el cuerpo, se encuentra expuesto en el cuerpo mismo» (Foucault, 1991: 112). Esto es, es posible una lectura del proceso descrito en el que el acento no está tanto en perseguir qué elementos son los que sustenta la posibilidad de un modelo de masculinidad cerrado como se ha expuesto hasta ahora, sino en el modo en el que ese modelo sujeta a los varones –en el caso que aquí se estudia– y los hace encarar una serie de operaciones en el proceso de consecución de hombría. La *disciplina*, y ésta es la virtud de la propuesta foucaultiana, nos acerca a la consideración dinámica de las masculinidades en tanto que rescata a los varones concretos en su trabajo por hacerse con hombría, señalando el carácter positivo y productivo del poder, en este caso, de un modelo identitario. En este sentido podemos entender, tensando los argumentos de Foucault, que el modelo de la *Masculinidad* es parte de los dispositivos de esa era del ‘bio-poder’ (Foucault, 1978: 169) en la que por medio de la disciplina de los cuerpos y los deseos el poder se aparta de la represión y la exhibición de su fuerza para convertirse en *algo más sutil* (Foucault, 2008), más incardinado en nuestra propia forma de estar y ser en el mundo.

Tomado así, el modelo de *Masculinidad* despliega su potencia de homogenización en el momento en el que es tomado como vara de medir de la propia identidad. Reduce el juego de la identidad a los parámetros de la dicotomía, hace pasar a los varones por la estrechez de su diferencia con aquello que no es viril. En definitiva, la *Masculinidad* es:

«un artilugio que supondrá que la identidad sexual ya no se piense desde las diferentes formas de identificación sexual que cada uno o una tiene, sino desde un ideal fijo y trascendente: desde una identidad estereotipada que sólo puede ser fuerte porque, de lo contrario, no sería tal identidad» (Fernández-Llebrez, 2004: 28)

El ideal de la *Masculinidad* se convierte en un artefacto que aporta confianza en tanto que permite asegurar la propia identidad por su ajuste al modelo: por medio de él «los hombres confirman lo que piensan que es su virilidad» (Mosse, 2000: 7). Pero a la vez empuja a las masculinidades vividas –y a su vivencia– a una economía identitaria que

empapa todo de ese carácter dicotómico en el que hunde sus raíces. Por decirlo de un modo más directo, en las lindes del modelo, dentro de él, es posible la afirmación identitaria; pero esa misma *Masculinidad* no es más que una red de exigencias y mandatos sobre las formas de ser.

Llegado a este punto, quedará más claro por qué definía mi objeto de análisis como una *dinámica de (des)identificación sociocultural*, pues las masculinidades, las que despliegan por medio de su encarnación los agentes sociales concretos, sólo serán aprehensibles si se captan en relación con esta *Masculinidad* y las operaciones que exigen. Dicho lo cual, esta apuesta hace que también el punto de interés se desplace al interior de esta dinámica, pues, para comprender las diatribas de la experiencia genérica de los varones y sus vicisitudes contemporáneas se hará preciso desgranar qué implica. De modo esquemático, la dinámica de (des)identificación masculina moderna se resume en una mecánica oposicional (Chodorow, 1984) que, a su vez, remite a tres elementos que se imbrican y refuerzan en esa mecánica. Empezaré por exponer a qué se refiere y cómo se resuelve esta dinámica oposicional para más adelante revisar los parámetros en los que se prende.

Como se apuntaba más arriba, en paralelo a la estabilización de la *Masculinidad* como categoría política, el estereotipo moral y social de la masculinidad moderna articula una lógica identitaria que termina por ordenar los procesos de subjetivación en torno al género. La dicotomía de la inconmensurabilidad (Laqueur, 1994) que da origen al modelo se instala también en su núcleo traduciendo la lógica de la *otredad* en términos de límite identitario. Dicho de otro modo, que la identidad se organice desde una dicotomía termina por reducir las posibilidades de la (des)identificación a una relación de dentro/fuera, rescatando los términos de D. Fuss (1999). Lo masculino, como identidad central en la modernidad, se definirá desde la clara delimitación de todo aquello que pertenece a sus afueras, separándose de todo lo catalogado como *otredad* y las características que se le confieren. Ser *hombre* es ser no siendo mujer, no siendo infante, no siendo afeminado u homosexual, no siendo alguien racializado... Lo fundamental en este modo de definición de una posición identitaria es que, en contra de lo que pueda parecer, la presión no cae del lado de los etiquetados como periféricos, de los margina-

dos en sus marcas identitarias. Ellos y ellas, quienes caen bajo la etiqueta de las identidades de la *otredad*, quedan estabilizados por la naturalización de sus supuestas carencias; esto es, son definidas desde explicaciones que nos justifican y estabilizan sus posiciones. Lo que lejos de convertir los afueras en el lugar en liza hace del interior y sus fronteras una preocupación constante en la que no son tanto las posiciones periféricas o marginadas sino la que ocupa el espacio de la centralidad la que ha de vivir preocupada por el mantenimiento de sus fronteras y siempre pendiente de las amenazas de sus líneas de fuga (Fuss, 1999: 116). Un acercamiento al modelo de la *Masculinidad* de este tipo puede profundizarse al conectarlo con el análisis de P. Bourdieu (2000) sobre *La dominación masculina*, y así, retomar su idea de que las identidades sexuadas se componen en el campo definido por un “esquema sinóptico de oposiciones pertinentes” (Bourdieu, 2000: 23) en el que diferentes pares de sentidos opuestos se ordenan de tal modo que definen el mundo en términos de masculinidad y feminidad, no sólo nombrando sino también valorando las cualidades del mundo y las humanas en una suerte de jerarquía valorativa que sitúa la masculinidad en el arriba, en lo activo, en lo capaz... Y así, para Bourdieu también la masculinidad se convierte en un esfuerzo por mantener una serie de divisorias en lo simbólico, en sus términos, en una *carga*:

«En oposición a la mujer, cuyo honor, esencialmente negativo, sólo puede ser definido o perdido [...], el hombre “realmente hombre” es el que se siente obligado a estar a la altura de la posibilidad que se le ofrece de incrementar su honor buscando la gloria y la distinción de la esfera pública» (Bourdieu, 2000: 68-9)

En este sentido, la oposición se convierte en el eje que estructura la (des)identificación de los varones en el campo de sentidos restringido y dicotómico por el que pasan las identidades sexuadas.

Ahora bien, como ya se intuye en el análisis de Bourdieu, la traducción de la dicotomía de los sexos en la dinámica de la oposición no sólo funciona a un nivel lógico y abstracto. Tal y como demuestra N. Chodorow (1984) en su trabajo ya clásico sobre *La reproducción de la maternidad*, la oposición se establece como mecanismo básico en la construcción psíquica de la virilidad en Occidente y, ésta es su hipótesis, se refuerza e imbrica en la organización social de los procesos de socialización. Para Chodorow, la explicación de las diferencias de género descansa en el tipo de relaciones familiares que mayoritariamente se han dado en el Occidente moderno, esto es, la familia nuclear y

patriarcal. Siendo las madres las principales encargadas del cuidado de los neonatos durante los primeros años de vida, es en las relaciones que se establecen con ella donde tendremos que rastrear las bases de la socialización diferencial de varones y mujeres. Y así sucede cuando analiza las relaciones de objeto que los infantes establecen con la madre. En los primeros periodos de la vida, el *infans* no diferencia entre el yo y el resto del mundo; su idea de mismidad surgirá por medio de una relación que, iniciada en la absoluta dependencia real y simbólica, irá avanzando en grados de separación con el desarrollo madurativo de su cuerpo que le permite controlar su entorno: moverse, asir cosas... Ahora bien, según Chodorow, los vínculos que la madre establece con el hijo o con la hija así como su desarrollo no son del mismo tipo, como tampoco lo son las exigencias y expectativas que la misma madre y el entorno ponen sobre uno u otra (Chodorow, 1984: 139). Mientras se espera que la niña siga el modelo materno, el niño habrá de romper con las primeras relaciones de dependencia para así poner en el padre o los modelos masculinos de su entorno el objeto de su identificación. De tal modo que si en el caso de la niña la madre no sólo no la empujará a la independencia sino que intentará, siguiendo la teoría de Chodorow, que se convierta en extensión de su propio proyecto vital impeliéndola a una suerte de continuación de sí misma en un nivel imaginario, en el niño la presión se situará en la ruptura con lo femenino –separarse de las fal-das maternas, que experimente la autonomía...–, ya que de él se espera que desarrolle una identidad adulta masculina y por tanto diferente de la de la madre<sup>13</sup>. Esto hace que la psicología de varones y mujeres difiera, pues, dicho en palabras de Chodorow:

«Las niñas, entonces, parecen experimentarse a sí mismas como el self de la fantasía de la madre; los niños, en cambio, como lo otro» (Chodorow, 1984: 158)

De tal modo que el origen biográfico de la masculinidad se puede entender por medio del mecanismo de oposición que se despliega en las primeras identificaciones del niño con su entorno familiar. Pero además, siguiendo el estudio de Chodorow, podemos colegir cómo estas diferencias se consolidan en la personalidad masculina y se concre-

---

<sup>13</sup> Huelga añadir que decir esto no es negar que en muchas ocasiones esta ruptura no es tan real o absoluta como se piensa y no faltan ejemplos de experiencias de intromisión o proyección de las madres en la vida de sus hijos. Chodorow ya alerta de que esto no contraviene su argumentación, pues ella nos habla de las relaciones simbólicas y no tanto de las efectivas (1984: 166).

tan en determinados rasgos psicológicos que estarían en el origen de esa desafectación que exige y define el modelo de la *Masculinidad*:

«La personalidad masculina, entonces, va a definirse más respecto a la negación de relación y conexión (y negación de la feminidad), mientras que la personalidad femenina va a incluir una definición fundamental de self-en-relación. Así pues, la habilidad y preocupaciones relacionales se han extendido en las mujeres y restringido en los hombres» (Chodorow, 1984: 252)

Lo que describe Chodorow es cómo el modelo termina de tocar tierra, cómo las exigencias de la *Masculinidad* se convierten en fondo de las identidades de género. Y así, se puede entender que las masculinidades vividas se desplieguen en un ejercicio de negación continuado. La *Masculinidad* se precisa por aquello que no es. La *Masculinidad* se enuncia en negativo, deviene una identidad reactiva (Badinter, 1993: 25). Esto es, la *Masculinidad* instala en el germen de la subjetividad masculina toda la lógica de la *otredad* moderna y hace entrar la correcta masculinidad por el tamiz de la tensión identidad-diferencia. Permanecer idéntico implica, entonces, no caer del otro lado de la divisoria, del límite que separa *las* cosas de sus contrarios. Por eso la masculinidad vivida será siempre una tensión, una demostración que llega a ser *compulsiva* (Beneke, 1997; citado en Neff, 2001: 83 y ss.), pues el ideal no sólo promete confirmación; su ofrecimiento es perverso ya que aproximarse a él exige hacerlo siempre y cada vez. El ideal es inalcanzable y ahí radica su poderío como elemento de contención: una vez que se entra en su mecánica es imposible abandonarla sin perder la identidad o al menos sin empezar a ser sospechoso de estar al otro lado de la frontera.

Pero, además, el análisis de Chodorow tiene otra importante implicación para lo que aquí se defiende. Adoptar las masculinidades como el resultado de un proceso de socialización basado en la demostración de la oposición a lo femenino y lo feminizado ayuda a esclarecer que en el desarrollo de una masculinidad adulta se abordarán una serie de posicionamientos, una serie de operaciones sobre el modo en el que nos relacionamos y cargamos de sentido nuestras relaciones sociales. Se puede encontrar un buen ejemplo de lo que se viene diciendo en la aplicación de los términos de Chodorow que M. Kimmel (1994) despliega en su explicación de las conexiones entre masculinidad y homofobia. En un contexto social en el que lo masculino es lo valorado y lo femenino se erige como amenaza para la estabilización de la propia masculinidad, las

redes de reconocimiento de la propia identidad del varón pasan por el resto de los varones, explicándose así la importancia de la homosocialidad en la constitución de la masculinidad adulta. Son los otros varones los que nos pueden valorar, los que pueden darnos acceso al éxito entre nuestros iguales, los que pueden corroborar nuestra masculinidad. Pero a la vez, esto representa una amenaza en tanto que estar demasiado próximo a otros varones, establecer con ellos relaciones afectivas estrechas y basadas en la empatía emocional nos deja demasiado cerca del homoerotismo. Y así, la homosexualidad se distingue como riesgo en las relaciones homosociales: riesgo de perder la propia masculinidad, riesgo de caer fuera del límite de la otredad, riesgo de ser demasiado femenino. Para Kimmel, esto tendrá dos importantes implicaciones. Por una parte, la consolidación de la homofobia como mecanismo de definición de uno mismo, en tanto que el rechazo a lo femenino y al afeminado, es fácilmente demostrable en el miedo y odio a quienes no se ajustan a los mandatos de la *Masculinidad*. Pero además, y por otra parte, una economía de la identidad<sup>14</sup> de este tipo puede explicarnos el modo en el que muchos varones se lanzan a un control militante de su propia presentación social, el modo en el que la masculinidad se convierte en esa demostración constante de que se está del lado correcto y así, como cruz de la misma moneda, en una exigencia por ajustarse a un determinado modelo de ser hombre:

«Nunca te vistas de aquella forma [la femenina]. Nunca hables o andes de aquel modo. Nunca muestres tus sentimientos o seas emocional. Siempre estate preparado para demostrar interés sexual por las mujeres que conozcas, y de este modo será imposible confundirse acerca de ti» (Kimmel, 1994: 133)

De nuevo el análisis de P. Bourdieu (2000) sobre *La dominación masculina* coincide con esta interpretación. Si como se veía más arriba, para Bourdieu la masculinidad se fragua desde un campo simbólico sexualizado y dicotomizado que pretende ordenar las cualidades de los géneros y su valor social, no es de extrañar que también recurra a la

---

<sup>14</sup> La noción de economía de la identidad puede presentar problemas. El recurso al concepto de economía de la identidad se ha esgrimido en direcciones que no son la que aquí se intenta nombrar. Es el caso, por poner un ejemplo, del trabajo de Rubin (1996) en el que retoma la idea marxista de la economía política para pensar el modo en el que se establece un sistema de sexo/género en las relaciones entre varones y mujeres. El uso que aquí se hace de esta expresión no es en esta línea y la toma en su sentido más literal entendiéndolo que en la estabilización de las masculinidades vividas hay una serie de relaciones de producción, intercambio y distribución entre los nodos simbólicos del par masculino-femenino.

homosocialidad como esa relación en la que el reconocimiento entre iguales es posible y, en cierto modo, necesario para asegurar el éxito de un modo de identificación tan precariamente forjado. Bourdieu, además, avanza en esclarecer los términos de este modelo identitario pues señala claramente cómo en la identidad masculina se conjuga la feminidad como amenaza y el resto de varones como garantes de la correcta identidad, y así, concluirá que:

«la virilidad [entendida como la masculinidad exitosa] es un concepto eminentemente *relacional*, construido ante y para los restantes hombres y contra la feminidad, en una especie de *miedo* de lo femenino, y en primer lugar en sí mismo» (Bourdieu, 2000: 71)

En definitiva, lo que se desprende es que la dinámica de la oposición que se sitúa en el origen de las masculinidades no sólo funciona como contexto lógico, sino que se trata de un elemento mucho más encarnado, mucho más cotidiano, incluso mucho más invisible. El género (masculino), entonces, más que una esencia es un trabajo, el género está haciéndose *—doing gender—*, se hace en nuestros modos de ser (Lorber, 2001) y así cabe la pregunta por los ejes en los que ese trabajo se hace. Ahora bien, para precisar desde qué parámetros se consolida esta dinámica de la oposición es importante aclarar dos cuestiones previas. La primera, interna al propio proceso de reflexión sociológica en torno a este extremo, tiene que ver con una prevención: no se puede confundir la pesquisa por los entresijos de esta dinámica con una reducción simplista a contenidos específicos. Se entenderá lo sugerente que resulta reducir la masculinidad a rasgos, pues resuelve de modo rápido el tedioso problema de la definición. Y en ese laberinto se pierden los primeros intentos funcionalistas (Parsons y Bales, 1956; Brannon y David, 1976) por dar cuenta de las masculinidades occidentales<sup>15</sup>. Su experiencia —la reducción de la masculinidad a mandatos sociales directos y la posterior frustración por corroborar que sus modelos no son capaces de explicar los procesos de cambio ni tampoco alcanzar a todos los parámetros de las masculinidades vividas— ayuda a evidenciar que es sumamente difícil y tremendamente precario cualquier intento de detener y fotografiar la dinámica de la masculinidad. Como toda dinámica, su movimiento es continuo y

---

<sup>15</sup> De nuevo he de remitir al siguiente capítulo para una consideración más elaborada y matizada de los diferentes paradigmas que han intentado dar cuenta de las masculinidades; allí se precisará tanto la potencialidad como los límites del enfoque funcionalista entre otros.

su resultado nunca garantizado en el punto de partida; por lo que mucho más productivo que reconocer la componenda concreta de un momento sociohistórico es alcanzar los ejes subyacentes para, después, tal y como se hace en la presente investigación, reconstruir las traducciones situadas del despliegue de esos ejes<sup>16</sup>. Por otra parte, y como segunda cuestión previa, conviene volver a recordar que la *Masculinidad* se consolida en el proceso de modernización y en paralelo, incluso confundándose, con la emergencia del Sujeto autónomo y racional de la modernidad (Seidler, 2000). Por ello no es posible recuperar los parámetros de la masculinidad fuera de este contexto sociodiscursivo y habrá de volverse sobre las grandes dicotomías que se establecen en el seno de la nueva ciudadanía para ahí rescatar cómo son traducidas en el modelo de la *Masculinidad* y así en sus encarnaciones concretas.

Como se anunciaba, la dinámica de la oposición que origina las (des)identificaciones masculinas se apoya en tres ejes<sup>17</sup>, tres pares de términos enfrentados o dicotomías que, en su imbricación, articulan los posicionamientos masculinos en el campo de sentidos de la *Masculinidad*. En cierto modo, en estos tres ejes se resume el proceso sociohistórico descrito en este capítulo pues pueden interpretarse como la articulación del modelo de contención que subyace en la *Masculinidad*. Es decir, se puede ver en ellos la traducción aplicada de esa *serena grandeza* (Mosse, 2000) que hace pasar las coordenadas del Sujeto de la modernidad por un modelo de la contención de la naturaleza de los cuer-

---

<sup>16</sup> De hecho, trabajar desde esta perspectiva es lo que permite que pueda defender una noción como la que presentaré en breve al hablar de la masculinidad como una marca de género transparente. Si reducimos la caracterización de las masculinidades a una serie de rasgos concretos, efectivamente, seremos capaces de observar su cambio; pero sólo tomando el camino de su trasfondo, sólo persiguiendo los rasgos en aquellos valores que les subyacen podemos superar el paroxismo de la certificación de ese cambio en sí y proponer modelos más complejos capaces de dar cuenta de las tendencias de esas transformaciones.

<sup>17</sup> No hay consenso a la hora de cerrar los mojoneros en los que se articula la masculinidad moderna. Hay desde propuestas que reconocen y despliegan cinco parámetros (Bonino, 2000) en su explicación a otras que reducen los diferentes ejes de tensión a uno (Seidler, 2000). Mi propuesta, basada en la lectura comparada de diferentes trabajos –entre ellos, además de los citados, he de destacar los de Fernández-Llebrez, 2004; Kimmel, 1997 y 2001; Badinter, 1993; Brannon y David, 1976 o Connell, 1995–, aunque es un ejercicio que atraviesa buena parte de la bibliografía sobre este tema y en ella resuenan otros aportes, apuesta por una explicación desde tres ejes, entendiendo que con ellos se puede dar cuenta de un abanico suficiente para mi investigación y que aún en grandes *familias* elementos relacionados, si bien diversos; aunque, sin duda, algunas características que en mi modelo queda subsumidas en uno de los tres ejes puedan tener entidad suficiente para ser consideradas de forma independiente e incluso sea conveniente para determinadas investigaciones aplicadas.



pos masculinos. Así, la dinámica de la oposición se desgaja en (i.) la necesidad de asumir la agencia en el eje actividad-pasividad, (ii.) el esfuerzo por mantener el control sobre uno mismo y su entorno reforzando la autonomía frente a la heteronomía y (iii.) la primacía de la razón sobre la emoción en las relaciones sociales lo que lleva a la evacuación de las dependencias en la consideración de uno mismo.

### **1.3.1. Actividad/Pasividad: La masculinidad como acción**

La *Masculinidad* es en primer término una forma de acción. Una forma de entrar en la relación social desde la propensión a actuar. Es estar dispuesto a hacer, estar dispuesto a asumir los riesgos de ese hacer y así ser protagonista del acontecer. La pasividad pertenece a lo femenino, es lo femenino por antonomasia (Bourdieu, 2000). Así se entienden las componendas culturales que sitúan en el varón la iniciativa, la asertividad o el despliegue de las posiciones de poder:

«Ser activo, y por tanto hombre, implica saber llevar el mando, sabiendo lo que se quiere y con una alta dosis de autoexigencia. Una de sus expresiones más características, aunque no sólo, se da en el terreno sexual, pues “hay que cumplir, si no, no se es un verdadero hombre”. La incapacidad para la acción en determinados contextos supondrá una pérdida de hombría, de ahí la continua (auto)exigencia y consideración por la actividad, y más si ésta es de carácter pública» (Fernández-Llebrez, 2004: 33)

De tal modo que la dicotomía que se establece entre lo activo y lo pasivo resume ese antagonismo entre lo masculino y lo femenino, vuelve a trazar la frontera, pero ahora traducida en un modo de ser, en una propensión observable. Es decir, no se trata de una división lógica que los agentes sociales enuncien o manejen de modo consciente en sus vidas, se incorpora como algo más sutil, más imbricado en los diferentes modos en los que se desarrollan las relaciones sociales. Y así, se puede trazar una explicación, tomando esta dicotomía y la propensión masculina a lo activo y a la acción, de cómo se experimenta el deseo y las relaciones sexuales, de cómo se despliega la violencia o de cómo se valora y persigue el éxito en lo público. No se trata de tres ejemplos tomados al azar; son tres de las grandes temáticas que en los estudios de las masculinidades o *Men's Studies* han copado más atención y, además, con ellos se puede ejemplificar y profundizar en la necesidad aquí defendida de rastrear el trasfondo de los rasgos las dinámicas de (des)identificación más generales que le son consustanciales.

Empezando por la sexualidad –tópico que, como se verá, será central para entender las diatribas contemporáneas de las masculinidades–, se puede reconocer cómo, por medio de la erotización de los cuerpos y la regulación de los encuentros sexuales desde determinadas prácticas, el par activo/pasivo está ordenando un campo simbólico que termina por hacerse interno a la relación en sí y le impone sus formas en tanto que pauta posiciones disímiles y sus relaciones de poder:

«Si la relación sexual aparece como una relación social de dominación es porque se constituye a través del principio de división fundamental entre lo masculino, activo, y lo femenino, pasivo, y ese principio crea, organiza, expresa y dirige el deseo, el deseo de masculino como deseo de posesión, como dominación erótica, y el deseo femenino como deseo de la dominación masculina» (Bourdieu, 2000: 35)

Aunque, como se argumentará, la interpretación de Bourdieu puede resultar problemática para explicar las relaciones efectivas entre los sexos en el momento de fluidificación de las certezas y posiciones modernas –véase capítulo tres–, bien puede servir para concretar lo que propone el modelo. Las masculinidades, trenzadas en los términos de la *Masculinidad*, asumen el rol sexual activo alcanzando a prácticas y posiciones. Así, desde los códigos sexológicos hasta las creencias populares en torno al sexo hacen del acto sexual, y por extensión del ritual de cortejo, un espacio pautado en el que las iniciativas, las posiciones activas, asociadas con el *arriba*, e incluso la consideración de las cualidades de los genitales –vagina como receptáculo pasivo y pene como órgano activo en tanto que eréctil y penetrante (Bourdieu, 2000: 33)– pasan por el tamiz de esta dicotomía. La masculinidad queda de nuevo conectada a la acción que aquí se traduce en términos de iniciativa y dominación.

También en la propensión masculina a la violencia se puede encontrar una vinculación con esta exigencia por la acción. Si el caso de la sexualidad se puede entender como una trasposición más o menos lineal de los términos de la dicotomía, en la violencia, entendida como propensión masculina a la agresión, el circuito se hace más complejo. El tópico de la violencia es uno de los campos temáticos que más atención ha concitado en la bibliografía especializada en masculinidades; de hecho, ya en las primeras incursiones sociológicas se articula entre “los cuatro mandatos de la masculinidad” (Brannon y David, 1976) que durante décadas han sido citados y tomados como punto de partida para pensar las masculinidades. Sin negar la importancia del ‘estar preparados

para la agresión' o, tomando la expresión original, 'mandar a todos al infierno' –*Give'em Hell*–, es posible reconstruir la dinámica que lo origina para exponer cómo detrás de los rasgos más o menos específicos se conjugan los términos de la *Masculinidad* y su rejilla dicotómica y dicotomizante. Como ha defendido N. Chodorow, si evaluamos la lógica oposicional en el contexto relacional en el que se despliega, no nos será difícil reconocer el germen de la violencia en esa necesidad constante de probar la propia masculinidad y en los sentimientos de fragilidad que atraviesan una identidad de este tipo (Chodorow, 2002: 253). La masculinidad siempre está sitiada por la amenaza de la humillación, en tanto que puede señalarse su falla, en tanto que puede acusarse cualquier desviación del modelo como femenina; por tanto, la mayor propensión a la agresión y la violencia que las estadísticas penales sitúan en los varones bien puede deberse a una forma de reacción que recompone la masculinidad en tanto que se expresa su carácter activo, en tanto que se representa esa propensión a la acción.

Por último, y sin olvidar que se trata de ejemplos seleccionados por su relevancia pero sin ánimo de agotar todas las estelas de disposiciones que implica el par activo/pasivo, se puede rastrear en la propensión a la acción la presión por el éxito<sup>18</sup>, que conectaría, a un nivel más cotidiano, con la asertividad y, a un nivel general, con la consideración de la propia masculinidad como capacidad. En el momento en el que la *Masculinidad* aspira a pautar el espacio de la ciudadanía, la importancia del éxito en lo público se convierte en factor importante de lo deseable socialmente y ahí se enroca como cipo fundamental en el mantenimiento de las masculinidades. Si en el seno del nuevo modelo de hombría, como se ha descrito, se encuentra la ciudadanía burguesa, se entenderá que no sea baladí para la definición de uno mismo el papel social que se detenta y ahí es donde el éxito sirve de indicador de la masculinidad correcta:

«Ser varón se sostiene en el poder y la potencia, y se mide por el éxito, la superioridad sobre las demás personas, la competitividad, el estatus, la capacidad de ser

---

<sup>18</sup> Se podría señalar que en el modelo de S. Brannon y D. David (1976) aparece articulado como mandato en el 'Ser un pez gordo' –*The Big Wheel*–, pero de nuevo surge la apuesta de esta tesis por no reducir la masculinidad a sus rasgos, sino rastrear en ellos los parámetros de la *Masculinidad* para así partir de la raigambre moderna subyacente que posibilite un análisis de los desplazamientos más que de las remanencias del desarrollo histórico de las (des)identificaciones masculinas. Además, avanzando lo que se desarrollará en el segundo capítulo, en los mandatos se imbrican elementos de los distintos ejes o dicotomías y perder esto de vista es renunciar a importantes aristas que explican los desarrollos contemporáneos de las masculinidades vividas.

proveedor, la propiedad de la razón y la admiración que se logra de los demás. ¡Un hombre debe dar la talla! o ¡un hombre sabe lo que quiere! son imperativos derivados de este enunciado. Se juega aquí en lo deseado/temido las oposiciones potente/impotente, exitoso/fracasado, dominante/dominado y admirado/despreciado» (Bonino, 2000: 48)

Lejos de tratarse de un elemento que se quede en lo abstracto, la presión por el éxito y su vinculación con la construcción de las masculinidades bien puede señalarse en el origen de mitos contemporáneos. Es el caso, señalado por M. Kimmel (1996) en su análisis de la *Masculinidad en América*, del modelo del hombre-hecho-a-sí-mismo o *self-made man* que sigue tan activo en las sociedades occidentales y que puede entenderse como uno de los desarrollos –el norteamericano– que se despliegan en los inicios del siglo XIX para dar forma al modelo, más general y europeo, de la *Masculinidad* (Kimmel, 1996: 18). El tropo que conjuga el *self-made man* ayuda a comprender cómo el modelo del padre proveedor, en el que la paternidad se prende del éxito, se anuda con la proyección pública de la masculinidad –el éxito es principalmente medido por el triunfo laboral– y así los elementos que aparentemente se presentaban como dispersos terminan por estar unidos y bien amarrados en torno a un modelo coherente y en lo social aparentemente funcional. Pero además, la asociación entre masculinidad y éxito por medio del modelo del *self-made man* permite avanzar en la argumentación, pues el influjo de este arquetipo no sólo descansa en su poder social en tanto que exitoso, sino que conjuga el valor de la independencia que también devendrá pieza central en la masculinidad al servir para conciliar esta presión por la actividad con el otro gran valor de la moderna masculinidad: su autonomía.

### 1.3.2. Autonomía/Heteronomía: El ejercicio del control

Siguiendo los argumentos del estudio de M. Kimmel (1996), pronto se aprecia que la propensión a la acción no explica por completo la experiencia moderna de la masculinidad. Más bien se convierte en uno de los mimbres que se entreteje con otros. Así, en el arquetipo del *self-made man* el polo de la acción se entevera con otro de los grandes ejes de la ciudadanía moderna que es aquel que construye una dicotomía entre la autonomía y la heteronomía. La *Masculinidad* representa, la lógica de la mismidad misma y en ese sentido propone y pauta el modo de ser. No puede entenderse separada del modelo ontológico de la modernidad y esa profunda creencia de que el Sujeto lo es en

tanto que se puede asegurar su autonomía, su independencia. La *Masculinidad* no es más, ni menos, que la articulación de un modelo en el que la autonomía se reafirma y se precisa; un modelo en el que la potencialidad humana se entiende como la de un poder de agencia que parte de una entidad, el *hombre*, capaz de tomar decisiones sobre sí y sobre lo que le rodea.

De este modo, no se puede entender la profundidad del arquetipo del *self-made man*, por seguir con el ejemplo de Kimmel (1996) si no se aprecia que, además de esa presión por el éxito, en él se resume una forma de control que empieza por una propuesta de autocontención. El control sobre la propia sexualidad centrado en la preocupación por el onanismo (Kimmel, 1996.: 45) o la pérdida de hombría que representa el alcoholismo en los prolegómenos de la Ley Seca (Kimmel, 1996: 50) no son más que muestras de la profunda raíz de la autonomía en la construcción de la masculinidad en los términos del modelo moderno. De hecho, Kimmel reconoce el uso retórico del control como autonomía en los tímidos inicios del movimiento obrero estadounidense, señalando que, para estos grupos:

«la pérdida de la autonomía era equivalente a la des-masculinización; la dependencia económica en los salarios pagados por un empleador era equivalente a la dependencia social y sexual» (Kimmel, 1996: 31)

Lo interesante de estas interpretaciones es la conexión que se establece entre la masculinidad y la autonomía, y por tanto la explicación que cabe del éxito del modelo del *self-made man* como expresión de la absoluta independencia. Reconstrucciones históricas de este tipo permiten certificar la importancia que adopta esta dicotomía en la construcción de la masculinidad pero, además, ayuda a considerar el modo en el que se traduce ese valor en los términos de las masculinidades vividas. La autonomía, más allá de su sentido filosófico moderno, se entiende como independencia y como control. De hecho, se puede ver en la independencia una forma de expresión extrema del control. Porque el control, en los términos de la *Masculinidad*, no sólo es el ya comentado interés por la correcta contención de la naturaleza propia, sino que el control avanza más allá del Sujeto mismo y se convierte en un modo de relación con los demás. El control masculino será así control de los impulsos y pretendido control sobre el sino biográfico –que nadie decida por uno–, pero a la vez, y como efecto de su lógica, será control sobre

aquello que rodea al agente social que se pretende masculino; será control sobre aquello que afecta a la propia vida y se cree que se puede manejar, como será control sobre aquello que se considera propio, la propiedad, en primer término, pero también las personas de la familia, especialmente las mujeres, que pasan a ser una parte más de la hacienda en los términos del modelo. Así se puede dar cuenta de cómo en el modelo de la *Masculinidad* está el germen de la familia patriarcal, y ya no sólo a nivel de organización social como se recogía más arriba, sino adentrándose en la forma de las subjetividades como deseo y propensión al control de todo aquello que se convierte en *el espacio* del agente masculino.

Son muchos los elementos que resuenan aquí, desde la incapacidad masculina para asumir la frustración como parte de la vida o a reconocer las ayudas o la delegación como elementos de la realización de tareas a elementos mucho más tangibles como el control disfrazado de celos de la pareja y sus relaciones sociales o la toma unipersonal de decisiones familiares, pero resulta esclarecedor volver sobre la violencia para hacer hincapié en cómo los diferentes ejes se imbrican y complementan. Si con Chodorow (2002) se reconstruían las conexiones de la violencia con una masculinidad necesitada de reafirmación y que encuentra en ella un modo activo de expresar su implicación en ser visto como *hombre*, los análisis de la violencia de género en la pareja heterosexual entienden que parte de las agresiones en este ámbito pueden explicarse como reacción ante la percepción de que el control se está perdiendo:

«La falta de una vivencia personal de seguridad es una de las características salientes del hombre; necesita ser sobrecompensada a través de una actitud externa firme, autoritaria, que no muestre esa debilidad interna que en el fondo existe. Son hombres que permanentemente perciben amenazados su autoestima y su poder. Cualquier situación conflictiva dentro del hogar o en la pareja los lleva a sospechar que pueden perder el control de la relación. Cualquiera de esas situaciones les provoca un estado de gran tensión e intentan retomar rápidamente el control con el uso de la fuerza» (Corsi et al., 1995: 32)

El control se convierte así en un elemento asfixiante, una presión mantenida por tener atado todo aquello que tiene que ver con uno mismo y lo que le rodea. Pero, además, la asociación entre control e independencia apunta al tercer elemento que, en forma de dicotomía, opera en la conformación de las masculinidades vividas. Tal y como mantiene V. Seidler (2000), «[n]uestras visones de la autonomía se plantean en término ra-

cionalistas» (Seidler, 2000: 58). De tal modo que en el control, como expresión de esa autonomía, se anuda por medio de una cadena de sentidos con una experiencia más profunda en la que no sólo entra en juego el poder de decisión sobre uno mismo y su entorno, sino toda una concepción de la masculinidad como capacidad racional de contener las propias necesidades y hacerse cargo de ellas:

«Con la modernidad hemos aprendido a pensar en nosotros como seres racionales [...]. Como se supone que nuestra razón es la fuente de nuestra individualidad, también es la fuente de nuestra libertad [...]. Esto se ha configurado en términos masculinos en la medida en que implica una negación de nuestras necesidades. Los hombres aprendemos a enorgullecernos de *no* tener ninguna necesidad, en especial ninguna necesidad emocional; son los “otros” quienes tienen necesidades en las que debemos estar dispuestos a apoyarles. Parte nuestra sigue sintiendo que los otros harían bien en dominar sus necesidades como lo hacemos nosotros, y así ejercerían un “autocontrol” que los deja igualmente invulnerables a los demás. Supuestamente, como las mujeres son más emocionales, les resulta difícil hacer esto» (Seidler, 2000: 97)

Un acercamiento de este tipo a la experiencia del control tiene dos implicaciones. En primer término, se hace más claro cómo enredada con la autonomía se recita la economía de la identidad masculina que la hace opuesta a cualquier traza de la feminidad y cómo de nuevo el control y, sobre todo lo que este implica a nivel subjetivo como contención de las propias necesidades –físicas y afectivas–, se describe como un elemento activo en la dinámica de (des)identificación masculina, pues exige un trabajo continuo en la consecución de la *serena grandeza* (Mosse, 2002) que propone el ideal. Por otra parte, y en segundo lugar, se hace claro que para entender en toda su profundidad lo que se nombra bajo la idea de autonomía se tiene que conjugar el par razón/emoción ya que por medio de él es posible volver sobre la autonomía pero ahora entendida en el plano de lo social como las dependencias que nos reconocemos y ordenan las relaciones con los demás.

### 1.3.3. Razón/Emoción: La disolución de las dependencias

Dejar el par razón/emoción como cierre de esta breve caracterización de los ejes en los que se prenden las masculinidades vividas en el campo de la *Masculinidad* ideal moderna responde a una estrategia de exposición atenta a un problema lógico que subyace en el dibujo trazado. El par razón/emoción juega, al menos, en dos niveles. Como se expuso, está en el origen de la consolidación del Sujeto autónomo y racional de la mo-

modernidad y por tanto se inmiscuye profundamente en la consolidación de la *Masculinidad* y, de este modo, de los dos ejes ya comentados de (des)identificación, es decir, en la estabilización de la *Masculinidad* como actividad y como control. De hecho, y tomado en este sentido, puede considerarse elemento previo que abarca lo que se está exponiendo. Retomaré este nivel para concluir. Pero antes, es importante no perder de vista que el eje razón/emoción también está presente en un segundo nivel más específico en el desarrollo de las masculinidades. Por supuesto, no se trata de niveles totalmente independientes, pero el tratamiento conjunto en la literatura especializada tiende a enfatizar el nivel más general en detrimento de una cartografía de las importantes consecuencias que tiene su traducción efectiva en el plano de la consolidación de subjetividades masculinas.

Como se está argumentando, la construcción oposicional de las masculinidades hunde sus raíces en la construcción de la independencia y, para ello, junto con el importante nodo de la autonomía se conjuga la capitalidad que para la masculinidad tiene la razón (Seidler, 2000). Los varones ‘verdaderos hombres’ pueden labrar su independencia en tanto que cuentan con la racionalidad como motor de sus decisiones, como origen de la doblegación e instrumentalización del mundo, natural y social, que les rodea. Es en tanto que son racionales que pueden entenderse como sujetos con capacidad sobre su naturaleza –de ahí el autocontrol– y la naturaleza circundante. Las mujeres, en cambio, son definidas desde su naturaleza *desbocada*; sus cuerpos, como se vio con Laqueur (1994), están demasiado cerca de la animalidad, o al menos más cerca que los masculinos, y así su comportamiento se entiende como azaroso y emocional. Las masculinidades, entonces, se fraguan en la demostración de esta racionalidad que separa, a la vez, de la feminidad y de la naturaleza salvaje.

Se pueden señalar diferentes implicaciones de un modelo de (des)identificación de este tipo, pero hay dos que por la importancia que tienen para esta investigación conviene aclarar mínimamente. Se trata, por una parte, de cómo desde ella se construye una lógica del cuidado, que reintroduce y refuerza la división sexual de espacios y tareas, y por otra parte, aunque estrechamente vinculado con este punto, de cómo una vez establecida sirve para reforzar el modelo identitario de la masculinidad al evacuar todo



vestigio de dependencia en la consideración de la masculinidad propia. En entornos de modernidad, la consideración de las relaciones de cuidado no es ajena a la divisoria razón/emoción y su asignación sexuada de capacidades y cualidades:

«Como en la modernidad la masculinidad ha sido identificada con la razón y la universalidad, a los hombres les puede resultar difícil aprender a cuidar y a amar individualmente. Como aprendemos a *hacer a un lado* nuestras emociones y nuestros sentimientos particulares cuando nos identificamos con nuestro ser racional, nos volvemos insensibles a aspectos importantes de nuestra experiencia [...]. Aprendemos a recelar de las emociones en parte porque se consideran un signo de debilidad y porque amenazan con poner en aprietos nuestro sentido de la identidad masculina» (Seidler, 2000: 77)

Aquí estaría el origen de la desafección masculina, de la impasibilidad emocional y la incapacidad comunicativa que los varones despliegan en sus relaciones sociales. Pero si se sigue el argumento la conclusión es más profunda. En este abrazo de lo racional, entendiéndolo como lo contrario de la emoción y el sentimiento, la consecución de la masculinidad pasa por valorar aquello que se separa de toda emotividad en tanto que ésta se entiende como femenina. En primer término, esto implica que la lógica de la oposición se transforma o, mejor, empapa la división público/privado y con ello la diferenciación trabajo productivo/reproductivo. Los primeros polos se considerarán masculinos y se los asignarán los varones, y sus contrarios se entenderán como femeninos y asignados a las mujeres.

Ahora bien, una división de este tipo también deja su impronta en la consolidación de las subjetividades masculinas. Entendiendo que toda forma de vínculo emocional en cierto modo cortocircuita el poder de una racionalidad pura, los varones, bajo el paraguas de la *Masculinidad*, niegan toda dependencia material o emocional, o al menos la rechazan como algo que les resta hombría<sup>19</sup>, pese a que las divisiones público/privado o producción/reproducción les abocan a relaciones de dependencia. Las dependencias contravienen tanto la autonomía que se autoexigen como el desapego emocional de

---

<sup>19</sup> Quizás en este punto más que en otros sea conveniente recordar que se está hablando de un modelo, de un arquetipo, por el que transitan los procesos de subjetivación. Por tanto, no se puede tomar lo expuesto como un diagnóstico de la realidad social. Sólo es posible entenderlo como un espacio en el que se juega lo simbólico, eso sí, con importantes consecuencias para el modo en el que se vive la hombría. Siendo más específico, no se niega en este punto que los varones –como las mujeres– vivan en intrincadas redes de dependencias, lo que se afirma es que en la construcción de las masculinidades vividas se niega tal realidad.

una masculinidad firme y autocontrolada. Y así, en el contexto de la modernidad, se produce la paradoja por la que la *Masculinidad* descansa en:

«la fantasmagoría de ese ser individual y autónomo, que en el fondo basa su autonomía en una dependencia profunda de las tareas que aseguran su reproducción material y emocional, es decir, que sostiene su autonomía sobre una oculta o negada heteronomía» (García Selgas, 2006: 131-2)

Autonomía y razón quedan así hermanadas en la estabilización de las masculinidades vividas, haciendo de la dependencia y la emotividad sus afueras. Se puede entender en este contexto cómo otro de los mandatos que definieron Brannon y David (1976), 'Sé un roble' –*The Sturdy Oak*–, hunde sus raíces en este trasfondo moderno. Ser un roble implica fuerza, también desafección. Ser un roble es un modo de actualizar esta forma de (in)dependencia frente a los otros cuando se mezcla y confunde con la negación de toda emoción.

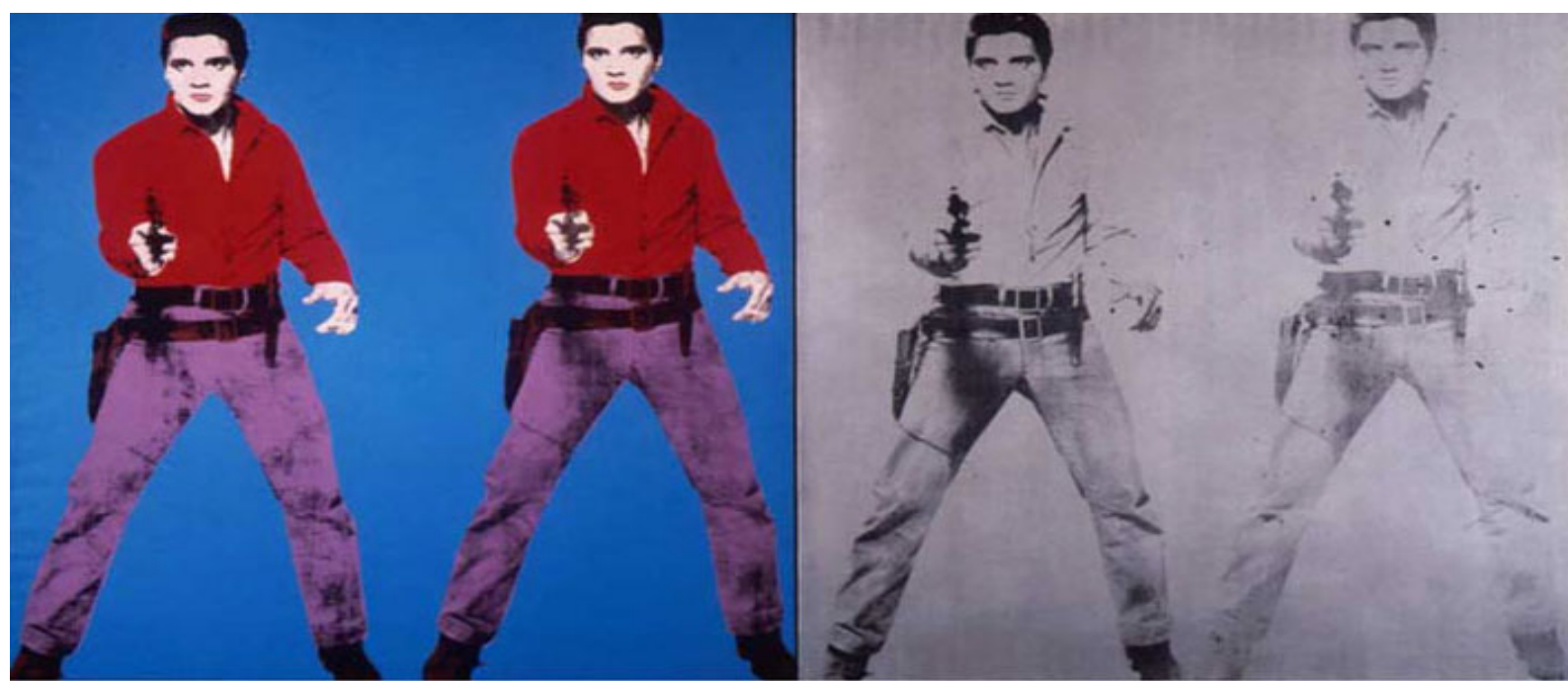
Se puede ahora volver sobre el nivel general en el que la dicotomía razón/emoción opera sobre la conformación de la *Masculinidad*. Siguiendo la argumentación de V. Seidler (2000) en *La sinrazón masculina*, la consolidación de la masculinidad entendiéndola como apegada a la racionalidad occidental moderna es posible por la propia singladura de la noción de razón desde el pensamiento cartesiano a la concepción sociopolítica que sustenta los nuevos Estados burgueses centroeuropeos y su concepción de la ciudadanía. La razón sirve para hablar de la igualdad moral de los Sujetos, pero la razón también empuja en la dirección contraria en el momento en que es asociada a la masculinidad y convertida en capacidad exclusiva de los varones. Es así que esa tensión excluyente entre razón y emoción termina por ordenar las diferencias entre la masculinidad y la feminidad ideales. La masculinidad es activa y controladora en tanto que se arroga el trabajo de la razón sobre la naturaleza, ya sea la del propio cuerpo, ya sea la naturaleza externa a doblegar en el proceso de civilización. Quedará ahora más claro cómo la dinámica oposicional (Chodorow, 1984) que define la (des)identificación masculina se entrelaza con los principios de la modernidad, cómo la presión por hacerse con hombría dentro de los parámetros del modelo ideal de la *Masculinidad* es traducida en los términos de las grandes dicotomías que dan origen al Sujeto de la modernidad. Y es que, como se ha defendido en este capítulo, es imposible entender las experiencias

contemporáneas de las masculinidades si las sacamos de su caldo de cultivo: el que le aporta su emergencia y consolidación histórica pareja a la estabilización de los Estados occidentales modernos (Mosse, 2002) y resultado del giro ilustrado que convulsiona Europa a partir del Renacimiento (Elias, 1987). En este sentido, pensar las masculinidades es pensar el modo de racionalidad que se establece en este periodo y así entrar a la economía de las posiciones sexuadas sin perder de vista que se funda sobre el tropo de la dicotomía razón/emoción y su consideración sexuada en un campo simbólico de contrarios inconmensurables (Bourdieu, 2000). Con la estabilización del modelo de la *Masculinidad*, como se viene argumentando, no sólo se propone un modo de ser, sino que se establece una categoría política (Whitehead, 2002) que pauta las relaciones sociales. Así, la *Masculinidad* –y las masculinidades que se miran en ella– se perfila como el resultado y el trabajo del esfuerzo civilizatorio.

Por tanto, el trabajo de análisis de las masculinidades vividas por esos varones heterosexuales de clases medias, el análisis de las dinámicas de (des)identificación de género de aquellos cuyo género permanece invisible y confundido con la universalidad tendrá que vérselas con los modos situados y concretos en los que esta *Masculinidad* se convierte en carne, esto es, se incorpora en los procesos de estabilización de las identidades masculinas. El interés está en alcanzar a este colectivo específico de varones en sus modos de *hacerse con hombría*; proceso que en cierto modo se puede resumir o rescatar en la imagen con la que se ilustraba la entrada a este capítulo. La ilustración, rescatada de la portada de una publicación norteamericana de los sesenta destinada al público masculino, representa bien la mística de la masculinidad que se ha intentado describir en este capítulo. En ella podemos ver, en primer plano, a un hombre-bestia-animal que rapta a una voluptuosa mujer. En segundo plano se deja ver al protagonista de esta tesis. Ese varón que encarna al explorador blanco y occidental que, arma en mano, se lanza al rescate de la damisela en apuros. No cabe la pasividad de volver a su avioneta, tampoco la posibilidad de perder el control sobre aquello que le pertenece y le está siendo arrebatado. En su actitud se intuye el enfrentamiento con la bestia; en su actitud se recoge la responsabilidad de aquél encargado de preservar el orden y la razón. Pero esta imagen resulta más interesante si no se observa en su literalidad ilustrada. Desplegando el juego de la metáfora, se puede entender como un conflicto más psíquico que

la aventura del explorador que ha de enfrentarse a la ignota animalidad. La imagen habla de ese trabajo de la contención que separa al hombre-bestia del primer plano del hombre-racional del fondo. La *Masculinidad* se pergeña entonces como esa necesidad de separarse de esa actitud animal; la *Masculinidad* aparece entonces como un esfuerzo por controlar el peligro de ese salvaje peludo y ennegrecido que da rienda suelta a su deseo voraz y desatado. En el primer plano está la masculinidad desnuda, en el fondo la masculinidad civilizada. El hombre desnudo frente al hombre vestido y armado; la masculinidad peligrosa frente a la masculinidad responsable. Cada varón, en los parámetros de la *Masculinidad*, tendrá que hacer siempre ese trabajo que asegure su masculinidad vivida correcta. El control se instala así en su centro, la compulsión por la demostración de que no se es aquél que, desbocado y vuelto a su animalidad carnal, rompe los equilibrios de la razón se convierte en una filosofía vital e identitaria. El objetivo de esta tesis es alcanzar los procesos en los que esta lógica pervive y, sobre todo, pensar los modos en los que está siendo desplazada y re-producida en la actualidad de los varones heterosexuales de clases medias españoles para así poder alcanzar los efectos sociales de una masculinidad así entendida.





*Elvis I y II* (1964) de Andy Warhol, Art Gallery of Ontario, Toronto

## *Capítulo Segundo*

### **BASES PARA UNA SOCIOLOGÍA DE LAS MASCULINIDADES**

#### ***De la Masculinidad como posición a la masculinización en los procesos expositivos***

«La identidad de género es más que una simple propiedad psicológica que pertenece a una persona [...]; es un proceso constante, siempre reinventado y rearticulado en cada ajuste, micro o macro. La identidad de género es la agregación codificada de las interacciones de género [*gendered interactions*]; su coherencia depende de nuestro entendimiento de estas interacciones»

R. W. Connell, J. Hearn y M. S. Kimmel (2005). «Introduction»; en Kimmel, Hearn y Connell, *Handbook of Studies on Men and Masculinities*. Thousand Oaks, London & New Delhi, SAGE

El repaso de las formas de estabilización de la *Masculinidad*, entendiéndola como categoría política de la modernidad, permite señalar la emergencia del campo de sentidos en el que se dirimen las masculinidades contemporáneas. También, como he señalado, nos acerca a una explicación de las formas en las que la *Hombría* se ha instalado en el centro de nuestra organización social (Whitehead, 2002) y de cómo, desde ella, se instaura una lógica identitaria de la exclusión, del corte, de la *otredad* (Chodorow, 1984). Ahora bien, todavía es precaria y general la explicación que podemos dar de las masculinidades españolas contemporáneas. Hasta aquí ha quedado demostrado que la *Masculinidad* funciona como nodo cultural pero, además, un nodo de este tipo puede entenderse como sentido que amalgama experiencias para proponer un modelo de agencia y subjetividad. ¿Qué implicaciones tiene la estabilización de un modelo cultural como el descrito? ¿Hasta qué punto se conecta con las (des)identificaciones concretas de los varones heterosexuales, propietarios y cultivados a los que pretende reflejar? Como recuerdan Ardití y Hequembourg, «la formulación de identidades colectivas está en el centro del nexo cultura/poder, de una cultura dispersa y de un poder que ordena» (Ardití y Hequembourg, 1999: 67). En el caso de la *Masculinidad* esta afirmación se comprueba a poco que nos adentremos en el caso específico de las masculinidades vividas. Si ya a nivel general, y en el repaso de su historia, la *Hombría* –de nuevo usando las mayúsculas y cursivas para nombrar el modelo de subjetividad que se desprende idealmente de la categoría política de la *Masculinidad*– tiene mucho que ver con ese intento por ordenar, por ejercer poder, por estabilizar un sentido de lo que significa ser ciudadano, Sujeto, actor social..., cuando el interés se pone en la experiencia vivida de las personas que caen bajo su categorización genérica esta fuerza generadora de pautas se convierte en pieza clave. No basta, entonces, con señalar la retórica de la *Masculinidad* para dar cuenta de los varones actuales y sus diatribas identitarias, es necesario alcanzar las relaciones de poder y las estrategias de (des)identificación concretas en las que se hacen carne, en las que las masculinidades devienen marca identitaria. Lo que se persigue en las siguientes páginas, en definitiva, es recuperar esta *Masculinidad* en el contexto más fluido de las masculinidades concretas, devolver mi pregunta por las tensiones y conflictos de la virilidad contemporánea al marco de las posiciones, disposiciones y tomas de posición, tomando prestada la división con la que

Bourdieu (1988, 1997) define las identidades, en las que ese modelo se conecta con la agencia.

Conviene dejar clara esta idea. Lo que mantengo es que la *Masculinidad* no agota la explicación sociológica de las identidades masculinas. El repaso por la retórica moderna para señalar la conexión entre esta *Masculinidad* y el Sujeto autónomo y racional se centra en una genealogía de las masculinidades. No quiero decir con ello que no nos cuente de las masculinidades y sus vicisitudes, más bien todo lo contrario. La reconstrucción de la emergencia del modelo dicotómico de los sexos en los albores de la modernidad (Laqueur, 1994) aporta la condición de posibilidad para un acercamiento sociológico al demostrar el carácter construido, histórico y social de las masculinidades. Es más, nos da pistas de los sentidos que a ella se asocian y las dinámicas en las que se fundamenta, elementos que en ningún momento son independientes de las (des)identificaciones que persigo. Ahora bien, quedarse en este punto es sucumbir al carácter inaprensible de las masculinidades concretas, reconocer que no se puede decir de ellas más que lo que la cultura prescribe, ser presas de esa naturaleza esquiva que caracteriza a los modelos puros, a los tipos ideales (Weber, 1964: 7). Las masculinidades vividas nos hablan de varones y sus problemas sociales, nos remiten a la diversidad que hoy caracteriza nuestras subjetividades y prestan atención a la recreación continua de la *Masculinidad*. En definitiva, traslada la pregunta a otra parte, convierte el modelo de la *Hombría* en uno de los pies en los que se apoya, pero necesita de prótesis, o mejor otra pierna, para tomar impulso y avanzar en la comprensión de las masculinidades contemporáneas.

Diferentes autores han señalado la necesidad de hacernos con un equipamiento metodológico y conceptual capaz de traducir la retórica moderna de la *Masculinidad* en sus efectos sociales (e.g. Carrigan et al., 1985; Brittan, 1989; Connell, 1995); dicho más claramente, la necesidad de equiparnos con una sociología de las masculinidades (Whitehead, 2002). Sólo entonces la *Masculinidad*, como categoría política, podrá entenderse desde la categoría sociológica de las masculinidades o, lo que es lo mismo, sólo por medio de devolver la conformación de masculinidades al juego de la interrelación social se podrán analizar sus efectos sobre la estructura de la sociedad y, en primer término, sobre las experiencias identitarias de los agentes sociales que se definen como



masculinos. Parece clara la necesidad, o mejor, la adecuación de una sociología de las masculinidades como conocimiento situado (Haraway, 1995) de las experiencias genéricas de los varones, dado que la misma *Masculinidad* que se diluye en nuestras explicaciones cuando se contiene en el modelo de una época se hace absolutamente firme y presente cuando analizamos problemas sociales como la violencia de género (e.g. Benneke, 2001; Corsi et al., 1995; García y Casado, 2008), la implicación masculina –o más bien su falta– en la conciliación de la vida laboral y familiar (e.g. Tobío, 1998; Ranson, 2001; Bonino, 2001; Casado y Gómez, 2006; García García, 2006) o la transformación de la intimidad y la sexualidad (e.g. Segal, 1990 ; Giddens, 1998), por poner tan sólo algunos ejemplos.

La apuesta por una sociología de las masculinidades se enturbia cuando intenta precisarse. No se puede hablar de un estudio sistemático de las masculinidades más allá de la década de los setenta del siglo pasado, ni de un cuerpo de conocimiento específico antes de mediados de la década de los ochenta. Será entonces cuando en el ámbito académico anglosajón se empiece a diferenciar el campo de los *Men's Studies* o estudios de la condición masculina. Sí se puede, en cambio, rastrear la conformación del interés por la experiencia genérica de los varones en las perspectivas analíticas que desde comienzos del pasado siglo se preguntaron por los procesos de socialización y encarnación de identidades sexuadas (Brittan, 1989; Connell, 1995). Psicoanálisis, teoría de los roles sexuales, perspectivas feministas y enfoques postestructurales son algunas de ellas. Y en ellas se va fraguando una sociología de las masculinidades. Así lo señalan Connell (1995) o Whitehead (2002) cuando intentan recapitular el trabajo en este campo de interés durante el último siglo y convienen que no podemos dar cuenta del desarrollo actual en la comprensión de las masculinidades sin prestar atención a este interés creciente por el tema amparado en perspectivas más generales. Sus luces, pero también sus sombras, se explican en su consolidación académica. Y ya no sólo los aspectos políticos más vinculados con la posibilidad de espacio científico para la pregunta por la masculinidad, sino también aquéllos que tienen que ver con la enunciación de las preguntas mismas que debían dirigir el estudio de los varones y su experiencia genérica a nivel social, así como con las fuentes en las que buscar respuestas. El origen de una ciencia social de las masculinidades está, entonces, en las preguntas psicoanalíticas por el de-

sarrollo psicosexual de la psique (Connell, 1995: 8 y ss.), en el esfuerzo funcionalista por conectar la socialización diferencial de varones y mujeres con la estructura socioeconómica de las sociedades industriales –primero de la estadounidense y, por extensión de sus conclusiones, de las occidentales– (Pleck, 1981: 15 y ss.; Carrigan et al., 1985: 553 y ss.), en la profunda revisión que despliega el feminismo teórico de segunda ola en conjunción con las teorías críticas en ciencias sociales desde mediados de los setenta y, sobre todo, a partir de los ochenta (Carrigan et al., 1985: 589; Edley y Wetherell, 1996: 103), y en el giro discursivo propuesto por la teoría postestructural (Petersen, 1998; Whitehead, 2002: 99 y ss.). De tal modo que en esta revisión de la conformación del campo de estudio de referencia, es necesario diferenciar al menos cuatro pasos de complejización en los que las masculinidades van convirtiéndose en objeto *sociologizado* de la ciencia social. Proceso que puede resumirse en dos movimientos enlazados: la penetración paulatina de su consideración crítica, esto es, la denuncia de las *trampas* del modelo moderno, y la transformación de su análisis desde planteamientos más psicológicos a otros de cariz más sociológico.

Lo que subyace a estos debates es la pugna por la estabilización, con mayor o menor éxito, por construir la masculinidad como objeto de estudio (Connell, 1995: 7). Esto explicaría el carácter fragmentado de los avances académicos en este campo de referencia, sobre todo, en el entorno anglosajón. Reconocer una sociología de las masculinidades en, por ejemplo, España es difícil. Los trabajos de J. V. Marqués (1991 y 2004) o E. Gil Calvo (1997 y 2006) son pioneros en este campo, pero no existe una tradición sostenida en el tiempo. Por ello me refiero al ámbito anglosajón ya que en las universidades de habla inglesa, especialmente en Reino Unido, Estados Unidos y Australia, se reconoce un cuerpo de investigación y teorización suficientemente desarrollado que permite hablar de los *Men's Studies* como rama de la ciencia social y, especialmente, de la sociología de las relaciones de género. Las respuestas de a qué debe atender una sociología de las masculinidades no termina de precisarse porque las preguntas que se hacen psicoanalistas (Freud, 1976; Chodorow, 1984), funcionalistas (Parsons y Bales, 1956; Pleck, 1981), sociólogos críticos (Brittan, 1989; Kimmel, 1997) y teóricos postestructurales (Foucault, 1978; Butler, 1999; Halberstam, 2008) no son las mismas. ¿Las masculinidades han de ser atendidas como efecto de la estructura social o como efectos

de poder? ¿Hay diferencias políticas entre hacerlo de un modo u otro? ¿Son acaso discursos volátiles que poblamos en nuestras prácticas o son el resultado de las condiciones materiales de nuestra existencia? ¿La masculinidad ha de estudiarse en sus expresiones folklóricas y culturales o es mejor perseguirla en sus efectos sobre las desigualdades de género? ¿Las masculinidades tienden a permanecer en sus sentidos y prácticas o están en permanente cambio? ¿Tenemos que reivindicar la masculinidad como valor social o abandonarla por su inoperancia? ¿Tiene sentido que estudiemos las masculinidades mientras no terminemos de comprender los efectos del género como categoría de exclusión y opresión? Las preguntas se cruzan, mezclando problemas metodológicos con otros axiológicos, problemas teóricos con estratégicos. Para mi proyecto de análisis de las masculinidades españolas y sus representaciones en las cuatro últimas décadas no sirve un acercamiento imparcial a estas formas de comprensión. Mi propia investigación es una apuesta que debe más a todas estas perspectivas de lo que se separa de ellas, pero que construye su mirada a las diatribas de las masculinidades españolas conjugando de un modo especial los mimbres de las teorías de la masculinidad. En las siguientes páginas, por medio del repaso de las más importantes referencias en este campo de análisis presentaré mi acercamiento. El débito es claro, pero lejos de perseguir el análisis exhaustivo de cada una de las perspectivas estudiadas, lo que sigue es más bien un paseo guiado, una elección de caminos que responde al propio proceso de construcción de la perspectiva de análisis que se ha fraguado en el desarrollo de la presente investigación. Por tanto, mirada parcial, como no puede ser de otro modo, y dirigida a un campo incipiente en la sociología pero ya atravesado por importantes diseños en la construcción de su objeto que se explica desde sus propuestas.

## **2.1. Alrededor de una sociología de las masculinidades**

La *Masculinidad* ha quedado dicha. Sus parámetros señalados, sus promesas cuestionadas, sus efectos sobre una lógica identitaria apuntados. La paradoja es que en esa historia de la estabilización de una identidad, los actores sociales se han diluido. Desvanecidos por su presencia, invisibles por su universalidad. Tomando por bueno el modelo de la *Masculinidad* y la concepción antropológica que le acompaña, poco más habría que explicar. Los varones son hombres en tanto que varones, los hombres son varones en tanto que hombres. Los cuerpos, esos mismos que tanto esfuerzo requirieron para

su discernimiento (Laqueur, 1994), a resultas terminan por ser los únicos que parecen trabajar en este extremo. Modelo dicotómico que reduce la complejidad identitaria a la diferencia anatómica.

La realidad sociológica de las masculinidades apunta a otra parte. La identidad no se agota en el modelo. Frente a la definición sustancialista moderna de las identidades como *aquello que permanece idéntico*, en la historia del pensamiento filosófico y social aparece otra que le es contraria, como nos recuerda Dubar (2002). Desde esta segunda concepción, «la identidad no es lo que permanece necesariamente «idéntico», sino el resultado de una «identificación» contingente» (Dubar, 2002: 11). Heráclito desafía a Parménides y, para el análisis que aquí se expone, el estereotipo de la masculinidad moderna es puesto en suspenso por el juego continuo que los varones despliegan cuando convierten ese estereotipo en eje de sus (des)identificaciones. O lo que es lo mismo, al no tomar por bueno el sustancialismo de la *Hombría* moderna, lo que interesa es el momento de su encuentro por parte de los agentes sociales cuando lo conjugan en sus procesos identitarios. Para una sociología de las masculinidades, por tanto, el centro de interés se desplaza de la caracterización de la *Masculinidad* a sus modos de incorporación y ahí, siguiendo la apuesta de S. Hall, «la cuestión de la identidad o, mejor, si se prefiere destacar el proceso de sujeción a las prácticas discursivas, y la política de exclusión que todas esas sujeciones parecen entrañar, la cuestión de la *identificación*, se reitera en el *intento de rearticular la relación entre sujetos y prácticas discursivas*» (Hall, 2003: 15; énfasis en negrilla añadido). Entonces, los cuerpos como origen de la identidad tornan en encarnaciones como efectos de las (des)identificaciones. En el tropo de la encarnación no se diluyen los cuerpos, todo lo contrario. Lo corpóreo pasa a primer plano ya que, como señala B. S. Turner:

«Sean cuales fueren los problemas filosóficos, es claro, desde una postura sociológica, que tener un cuerpo con características específicas, el cual tiene una ubicación particular en la sociedad, es esencial para el reconocimiento e identificación cotidianos de las personas. La interpelación de las personas es de forma típica la interpelación de los cuerpos específicos. Esta afirmación no niega que existan identidades equivocadas y falsas, imitación y mimetismo. La posesión de un cuerpo es, a despecho de estos problemas, un rasgo esencial de la rutina de identificación social de las personas particulares» (Turner, 1989: 84)

Ahora bien, lo corpóreo no tiene porqué ser el origen, no tiene porqué ser tomado como material biológico inaprensible por una sociología de las identidades y, en esta lógica, su condición necesaria. Los cuerpos son siempre alcanzados por el trabajo simbólico de una cultura (Le Breton, 1995), son depositarios de relaciones de poder en las que se dirimen su peso en nuestras identidades y en las que toman sentido las propias diferencias anatómicas (Fausto-Sterling, 1998). Dicho más claramente, no hay una biología previa y acabada, significativa por ella misma, sino que en la consideración sociocultural de las identidades sexuadas los cuerpos aparecen como objeto simbólicamente cargado. La paradoja, entonces, está en cómo lo carnal se sitúa en el centro de los procesos de conformación identitaria en la modernidad manteniendo invisible el trabajo previo de su propia definición. Paradoja que deja su impronta en esa consideración de los cuerpos como elementos externos al agente social, máquina subyugada a las órdenes de una conciencia ya en el modelo cartesiano del «*cogito ergo sum*» (Le Breton, 1994: 200). Es necesario superar esa paradoja para poder avanzar en una sociología de las masculinidades porque, de otro modo, el análisis quedaría atrapado en el callejón sin salida de la universalidad del Sujeto y con ello de la borradura de sus coordenadas socioeconómicas.

«Minoritario y omnipresente, el sujeto por excelencia es un ser tan social, tan político, tan filosófico, que su presencia casi ha perdido toda corporalidad: es una abstracción en ocasiones difícilmente localizable» (Llamas, 1994: 156).

La encarnación restituye el *olvido* moderno y permite quebrar con la retórica política de la *Masculinidad*. Puesto el acento en el proceso más que en el resultado lo que va a cuestionarse es la posibilidad misma del resultado cuando evacuamos el proceso. La *Masculinidad* no puede mantenerse separada de las encarnaciones que le dan forma y lo que se ha descrito en el primer capítulo se doblega ante la posibilidad de un distanciamiento crítico. Mediado por los procesos de encarnación, la *Hombría* deviene condición posible y es objeto de esta investigación calibrar hasta qué punto necesaria. La posibilidad de un acercamiento crítico a las transformaciones recientes de la masculinidad se origina, de este modo, en la encarnación como forma de entender las identidades como elementos móviles y en proceso.

Por tanto, el primer paso en el avance de la comprensión sociológica de las masculinidades se las ve con esta noción de encarnación, con esta ruptura de la lógica moderna de la identidad como *lo idéntico* por medio de la consideración de las *identificaciones* en la estabilización de las posiciones masculinas. Y aquí el recurso al primer psicoanálisis puede ayudar no sólo a repasar las potencialidades de un acercamiento de este tipo, sino a encarar la complejidad en la que se adentra el análisis en el momento en el que se rompe el entramado moderno del Sujeto. «El psicoanálisis es una teoría feminista frustrada» (Rubin, 1996: 64) y por ello conviene detenerse en su caracterización. Por una parte, por la potencia de su concepción del sujeto y su conformación psíquica si desde una lectura crítica se rescatan los elementos que permiten una comprensión más en profundidad de las dinámicas identitarias en la modernidad. Por otra, por el propio proceso académico en el que se ha fraguado el campo de estudio en torno a las masculinidades en ciencias sociales y la vuelta al psicoanálisis que, en diferente grado y rescatando distintos puntos, han emprendido las distintas perspectivas que en el siglo veinte han perseguido la caracterización de las masculinidades como objeto sociológico. Por tanto, el psicoanálisis me sirve para dar los primeros pasos al encuentro de las masculinidades encarnadas, pero a la vez permite una mejor cartografía de los procesos académicos en los que se ha ido configurando este campo de estudio.

### **2.1.1. El psicoanálisis freudiano como paradigma de transición: de la *Masculinidad* a los procesos de encarnación de la marca genérica**

En los albores del siglo XX la *Masculinidad* deviene *fantasme*<sup>1</sup>. Enredando con la noción de *inconsciente*, considerando la maduración psíquica como la historia ontogenética de la estabilización del *Superyó* o preocupándose por la conformación psicosexual de las *identificaciones* el primer psicoanálisis sorprende al modelo de la *Masculinidad* en sus procesos de producción social. El psicoanálisis freudiano se constituye como «[e] pri-

---

<sup>1</sup> La noción de *fantasme* proviene de la relectura francesa del psicoanálisis, movimiento encabezado por J. Lacan. Tanto por el desplazamiento temporal del término al aplicarlo al primer psicoanálisis, como por el uso que autores como Lacan hacen del mismo para hablar de la “fantasía inconsciente” (Lagache, 1978: 115); el concepto no es tomado aquí en su literalidad, sino como expresión de los efectos que tiene el psicoanálisis sobre la consideración de la *Masculinidad*. Como se desarrolla más adelante, con el psicoanálisis es posible leer el modelo de *Hombría* como ‘fantasma’ que preside las identificaciones psicosexuales, situarlo como componente simbólico propio de una cultura que ha hecho de la masculinidad un polo de valor ante la feminidad.

mer intento mantenido por construir un acercamiento científico en torno a la masculinidad [...]. Fue Freud, más que ningún otro, quien sacó al gato de la bolsa. Rompió la aparente naturalidad de la 'masculinidad' y cuestionó su composición tanto posible como, en un sentido, necesaria» (Connell, 1995: 8). Las masculinidades, posibles, concretas y encarnadas se enfrentan desde la reflexión clínica y terapéutica al *Hombre*, como categoría política necesaria en la modernidad. De ahí que interese volver sobre las ideas freudianas en busca de un modelo capaz de dar cuenta de las encarnaciones masculinas<sup>2</sup>. En el trabajo de Freud reside un modelo explicativo sobre las formas en las que los procesos de identificación configuran las identidades sexuadas (Fuss, 1995), señalando dos puntos de interés para el presente proyecto de investigación. Su teoría no sólo permite rastrear la importancia de los modelos culturales de género en la construcción psicosexual de los agentes, sino que no saca estos procesos identitarios del plano relacional en el que operan y traza así una explicación de estos modelos que parte de las relaciones de objeto que se establecen con los otros y, en especial, durante los primeros años de vida con los progenitores en el entorno familiar en tanto que representaciones encarnadas de los modelos de género con los que se establecen relaciones atravesadas por la afectividad y la catexia.

Ahora bien, si el relato de Freud sobre la producción ontogenética de las identificaciones promete una explicación de las formas de incorporación de las identidades sexuales, su pensamiento está imbuido de una profunda complejidad. Primero, por el propio método freudiano que, al basar sus conclusiones en disquisiciones clínicas, dilata el desarrollo de algunos de sus conceptos durante décadas. Nuevas ideas llegaron para revisar antiguos supuestos y en no pocas ocasiones el padre del psicoanálisis resolvió por medio de aplazamientos aquellos aspectos que no podía incorporar por presentar

---

<sup>2</sup> Por otra parte, no es inocente primar el acercamiento de Freud sobre los de otros autores coetáneos que desbrozaron el proceso de construcción de mismidades; pienso en este punto especialmente en G. H. Mead y el desarrollo del interaccionismo simbólico en *La construcción social de la realidad* (1968) de P. Berger y T. Luckmann –aunque se puede apelar también a otros como J. Piaget y su inversión en la psicología evolutiva– cuyas propuestas se recuperarán un poco más adelante (véase apartado 2.2.). Tomar el psicoanálisis como puerta de entrada a los procesos de encarnación es más pertinente que otros acercamientos en este repaso a las teorías de la masculinidad ya que, como se verá, se ha convertido en campo de batalla de las revisiones feministas de las formas de encarnación de la marca genérica (e.g. Rubin, 1996; Flax, 1995; Butler, 2002) y sus propuestas resuenan en buena parte de las teorías en torno a las masculinidades contemporáneas (e.g. Kimmel, 1994; Badinter, 1993).

conflictos con algunos de sus diagnósticos<sup>3</sup>. Prueba de ello es la revisión profunda que emprende de su máspreciado concepto, *el inconsciente*, al final de su carrera. Conviene detenerse en esta revisión ya que en ella se encuentran las bases de mi lectura del trabajo de Freud<sup>4</sup>. El *inconsciente* se instala en el centro de la propuesta de Freud para entender la naturaleza de la psique humana y será, también, motor de esta lectura que conecta sus tesis con el estudio de las masculinidades. El caso de Anna O., publicado en *Estudios sobre la histeria* en 1895 –obra que firma con J. Breuer–, inaugura la idea de que frente a la conciencia, racionalidad consciente del individuo, aparece una especie de historia oculta del proceso ontogenético, conjunto de trazas traumáticas que persisten más allá de lo discursivo, memoria no deglutida del desarrollo vital que *amenaza* con retornar en forma de neurosis. El trabajo clínico en torno a la histeria mueve a Freud a plantear que esta serie de recuerdos reprimidos tendentes a volver como síntomas del trauma irresuelto han de ubicarse en una instancia mental. Plantea así un modelo topográfico y sistemático (Leahey, 1994: 300) en el que frente a lo *consciente*, tendremos que situar lo *preconsciente* y, principalmente, lo *incosciente*. El *incosciente* estaría en el centro de su concepción<sup>5</sup>, sería el motor del aparato psíquico como sistema en el que se concentran los elementos biográficos reprimidos. Sólo quienes superen la censura moral podrán llegar al *preconsciente*, antesala de lo *consciente*. Años más tarde, en el periodo posterior a 1923, iniciado con la publicación de *El Yo y el Ello*, Freud completará la visión topográfica con una nueva tríada de instancias que, desde un modelo estructural, considera la mente como un aparato complejo con tres sistemas

---

<sup>3</sup> No puede olvidarse el carácter prominentemente clínico del trabajo de Freud. Su reflexión avanza desde el análisis terapéutico y se va complejizando con el desarrollo de su labor en la consulta. Esto puede explicar el despliegue gradual de su cuerpo teórico, y también la tensión por la revisión continua de una obra que aunque eminentemente teórica, siempre retorna, al menos a nivel formal, a la experiencia recogida en la terapia psicoanalítica (Flax, 1995).

<sup>4</sup> Avanzando en lo que se argumentará al final de este capítulo y reconociendo los débitos de este trabajo, tal y como argumenta F. García Selgas (1994), en Freud se reconoce una primera entrada al trasfondo de la intencionalidad que, como se verá, es central en la estabilización de las masculinidades. Su reflexión en torno al inconsciente en los casos de histeria señala un elemento que en cierto modo recorre su obra y que enfatiza los vericuetos múltiples en los que nuestros modos de ser son contruidos pero no por ello menos resistentes en tanto que configuran un poso de aptitudes y actitudes no conscientes que pueden explicar buena parte de nuestras decisiones conscientes.

<sup>5</sup> Para Freud, lo inconsciente no es sólo un espacio mental de trazas de memoria reprimidas. También es una instancia dinámica, un mecanismo psíquico en perpetuo desarrollo que no descansa en el trabajo de la represión. Por eso se habla del inconsciente dinámico para señalar esta labor continua de revisión y censura moral que constituye el centro del mecanismo psíquico freudiano.



–activos– mentales diferentes: el *Id* o *Ello*, irracional, espacio de la pulsión, tendente a la gratificación; el *Ego* o *Yo*, principalmente racional, consciente, apegado a la realidad<sup>6</sup>; y el *Superego* o *Superyó*, moral, irracional, encargado del trabajo de censura (Leahey, 1994: 295-301). No se abandona la noción de *inconsciente*, sino que ambos modelos se superponen y complementan.

Pero además, y como segundo elemento de complejidad, el pensamiento de Freud está presidido por la extraña mezcla de sospecha y confianza ante el programa ilustrado. La vinculación del psicoanálisis a esa *escuela de la sospecha* (Nietzsche, 1990 [1886]) que revisó los planteamientos ilustrados desde medidos del siglo XIX no es nueva y ha sido comentada hasta la saciedad. Lo que sorprende en Freud es la convivencia de la revulsión del andamiaje moderno con el rescate de sus principios de entre los escombros. Paradoja que, según J. Flax (1995: 117 y ss.) en su lectura desde la noción de ambivalencia, alcanza tanto a su explicación –su esfuerzo por comprender la naturaleza de las identificaciones humanas como fruto de relaciones contradictorias y soterradas frente a la recuperación de un ‘ego’ capaz de ocupar satisfactoriamente el lugar del Sujeto– como a los procesos y pretensiones en los que la basó –la confianza en la clínica como espacio de conocimiento situado frente al énfasis puesto en hacer del psicoanálisis una ciencia positiva y sus devaneos con la neurofisiología como modo de dar con *el hecho* que apoye su verdad–<sup>7</sup>. Conocimiento por tanto ambivalente, iluminador para el estu-

---

<sup>6</sup> Aunque el *Ego* o *Yo* remita a lo consciente, y siendo ésta la dimensión que interesa rescatar en contraste con los elementos inconscientes, el análisis de Freud, tal y como se expondrá más adelante, es en ocasiones borroso en la definición de la conciencia en relación al *Yo*. En él no sólo se condensará el resultado de los procesos de (des)identificación y, así, la historia ontogénica del individuo sino que en puntos de la obra de Freud se hace referencia a contenidos filogenéticos que habrían dejado sus trazas evolutivas en la conciencia humana y, de este modo, en el *Ego* o *Yo*.

<sup>7</sup> Sin poder alcanzar aquí todos los pormenores del análisis de Flax y evitando detener esta exposición en la multitud de interesantes vínculos que el psicoanálisis puede establecer con una revisión de nuestros análisis contemporáneos en torno a la constitución de las identidades, dejo a un lado la fructífera conexión que, desde una revisión del modelo analítico del psicoanálisis, engancha el trabajo de Freud con nuevas epistemologías capaces de alcanzar los procesos de construcción de subjetividades desde planteamientos postmodernos. El trabajo clínico y la relación de intersubjetividad en la que se sustenta el intercambio entre analista y paciente bien puede ser base de nuevas formas de conocimiento; ahora bien, el propio Freud evitó toda consideración de la relación terapéutica en este sentido. Movidio por el ansia cientificista ilustrada, cada vez que escribe explícitamente sobre la relación clínica intenta borrar toda huella de subjetividad e incluso niega el evidente contexto relacional en el que se conforma el conocimiento psicoanalítico. La presión por hacer del psicoanálisis una ciencia, en el sentido positivista del término, le lleva a ocultar o enmascarar el desafío epistemológico que representa un conocimiento basado en la relación terapéutica, basado en la práctica. De hecho, en

dio de la realidad encarnada de nuestra vida social, nebuloso en tanto queda enredado –prendido y liado– en las retóricas modernas de la racionalidad del Sujeto pese a dinamitar sus supuestos. En este sentido, se hace necesaria una lectura crítica que rescate y reubique el psicoanálisis. Como plantea G. Rubin «[ni Freud, ni Lévi-Strauss] ven las implicaciones de lo que están diciendo, ni la crítica implícita que su obra es capaz de generar bajo un ojo feminista. Sin embargo, proporcionan los instrumentos conceptuales con que podemos constituir descripciones de la parte de la vida social que es la sede de la opresión de las mujeres, las minorías sexuales y algunos aspectos de la personalidad humana en los individuos» (Rubin, 1996: 37). Siguiendo el consejo de Rubin y Flax, volveré sobre la teoría de la identificación de Freud para señalar su ambivalencia y rescatar por medio de una lectura crítica los aspectos que ayudan a la conformación de una sociología de las masculinidades españolas de la segunda mitad del siglo XX.

#### **2.1.1.1. El Sujeto como efecto relacional: la amenaza del retorno**

En *Tres ensayos de teoría sexual* (1976 [1905]), Freud retoma la conformación de la psique humana como efecto de la diferencia sexual que había apuntado en sus trabajos previos sobre neurosis e histeria. Resulta pasmosa la rotundidad con la que sostiene en el primer ensayo, sobre «*Las aberraciones sexuales*» (Freud, 1976: 123-156), que «en ninguna persona sana faltará algún complemento de la meta sexual normal que podría llamarse perverso» (Freud, 1976: 146). La *normalidad* del Sujeto se diluye, lo que no sólo afecta a la consideración de las perversiones –ya que su «universalidad basta por sí sola para mostrar cuán inadecuado es usar reprobatoriamente el nombre de perversión» (Freud, 1976: 146)–, sino que alcanza sin mucho esfuerzo al mismo Sujeto autónomo y racional de la modernidad. ¿Cómo seguir manteniendo la racionalidad como su insignia? ¿Cómo podemos confiar el legado de la Ilustración a la razón de un ser incapaz de formarse sin conservar en su seno la amenaza de una perversión –o una neurosis<sup>8</sup>– agazapa-

---

cartas o en lo contado por sus pacientes, la práctica de Freud en su consulta resulta bien alejada de su relato cientificista y tiene mucho más que ver con una relación intersubjetiva de lo que deja entrever en sus textos. Para un análisis en profundidad de esta cuestión, véase Flax, 1995: 138 y ss.

<sup>8</sup> No se puede olvidar que para Freud, neurosis y perversión, además de conectarse con el impulso sexual normal, son cara y cruz de una misma separación de la normalidad: «los síntomas en modo alguno nacen únicamente a expensas de la pulsión sexual llamada normal (no, al menos, de manera exclusiva o predominante), sino que constituyen la expresión convertida {*konvertiert*} de pulsiones que se designarían perversas (en el sentido más lato) si pudieran exteriorizarse directamente, sin

da? La razón retornará al final del proceso como producto precariamente conseguido por el individuo *normal*, pero mucho antes se habrá perdido del horizonte humano y, como más adelante analizaré, sólo podrá volver disminuida, en suspenso, matizada. Rescataré dos puntos de su obra en los que perseguir este desplazamiento: primero conectando la razón con lo 'irracional' por medio de su noción de *pulsión*, después deteniéndome en la de *inconsciente* para mostrar la respuesta ofrecida por Freud.

La reconstrucción de la psique humana por parte de Freud descansa en la consideración del *infans* como «perverso polimorfo». El ser humano no sólo nace en la bisexualidad, y lo hace en una suerte de hedonismo que convierte todo su cuerpo en susceptible de ser erógeno (Freud, 1976: 173). El chupeteo o el mamar con fruición son buenos ejemplos de ello. Lo que persigue Freud con estas apreciaciones es mostrar que «la existencia de una pulsión sexual en la infancia posee el carácter de una ley» (Freud, 1976: 157), conectando su trabajo en torno a las neurosis con el desarrollo *normal* de la psique humana<sup>9</sup>. No serán diferentes las disposiciones en la psique del perverso o el neurótico de aquellas del *infans* que terminará estabilizando una psique *apropiada*: «Las exteriorizaciones infantiles de la sexualidad no marcan solamente el destino de las desviaciones respecto de la vida sexual normal, sino el de su conformación normal» (Freud, 1978: 193). En definitiva, «Freud entendía que la sexualidad adulta y el género no estaban fijados por naturaleza sino que se construían a través de un largo y conflictivo proceso» (Connell, 1995: 9). Y en el origen de ese proceso aparece la *pulsión sexual o libido*<sup>10</sup>. Pero, ¿qué son las pulsiones? La pulsión remite a lo somático, fuerza innata,

---

difracción de la conciencia, en designios de la fantasía y en acciones. Por tanto, los síntomas se forman en parte a expensas de una sexualidad anormal; la neurosis es, por así decir, el negativo de la perversión» (Freud, 1976: 150).

<sup>9</sup> Es interesante en este aspecto cómo en los *Tres ensayos de teoría sexual*, obra que sigo en esta exposición, la mera concatenación de temáticas nos aporta pistas. Se abre el análisis con el ensayo sobre «*Las aberraciones sexuales*» para continuar, una vez señalada esa continuidad entre lo normal y lo perverso, con un capítulo sobre «*La sexualidad infantil*» (Freud, 1976: 157-188) y otro sobre «*Las metamorfosis de la pubertad*» (Freud, 1976: 189-222), donde se repasará el desarrollo de la conformación psicosexual para encontrar en ella el origen de la perversión.

<sup>10</sup> El trabajo de Freud sobre la noción de pulsión se dilata en el tiempo y avanza en paralelo con el desarrollo de otras nociones. En 1915 en *Las pulsiones y sus destinos* se centrará en la profundización de este concepto, pero ya en *Tres ensayos de teoría sexual* se puede encontrar una primera definición de esta noción que aclara sus bases y los nodos en los que se revisita desde mi lectura del psicoanálisis freudiano:

disposición propia de un cuerpo en maduración. La pulsión es el deseo motriz, «intención oscura que busca algo indeterminado» (Lagache, 1978: 123). En la primera tópica se vincula al *inconsciente*, y más adelante, ya en la concepción estructural de la psique, con el *Ello*. Será en esta segunda tópica cuando se matice la amplitud de la pulsión –*El Yo y el Ello*, 1923–. Como analiza D. Lagache, en el modelo psicoanalítico de la personalidad la pulsión, como fuente somática, como fuerza natural, no carece de conexiones con lo vivido por el individuo: «Freud siempre atribuyó al Ello, lo mismo que al sistema inconsciente, no solo “contenidos innatos”, sino también “contenidos” adquiridos, es decir, reprimidos» (Lagache, 1978: 123). Si a esto se suma que la satisfacción de la pulsión pasa por lo exterior, por el vínculo o el estímulo que la sacia, la volición humana se separa de lo racional para hermanarse con esa mezcolanza oscura –y oscurecida para el individuo– de fuerzas naturales y experiencias irresueltas del pasado. El Sujeto racional de la modernidad queda en suspenso, al menos en cuarentena, al reconocerse en sus intenciones un sustrato de deseo *animal*, una serie de fuerzas que desestabilizan y median su conciencia racional.

En este punto, ya han aparecido las claves que permiten profundizar en la visión freudiana del Sujeto –masculino– de la modernidad. Porque tampoco la autonomía va a salir indemne del complejo psicoanalítico. Freud concibe «la construcción del yo como producto de identificaciones» (Korman, 1977: 12). Dejando para más adelante el análisis de ese proceso de identificación y el desarrollo que propugna de la masculinidad, aceptar esta idea general ayuda a considerar la naturaleza del Sujeto y su autonomía en el pensamiento freudiano. La pulsión sexual infantil ha sido desatendida, nos dirá Freud, no sólo por la ceguera de la comunidad científica, sino por una suerte de amnesia infantil que hace que no tengamos recuerdo de nuestros primeros impulsos sexua-

---

«Por “pulsión” podemos entender al comienzo nada más que la agencia representante {*Repräsentanz*} psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir; ello a diferencia del «estímulo», que es producido por excitaciones singulares provenientes de fuera [...]; es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal [...], en sí no poseen cualidad alguna, sino que han de considerarse sólo como una medida de exigencia de trabajo para la vida anímica. Lo que distingue a las pulsiones unas de otras y las dota de propiedades específicas es su relación con sus fuentes somáticas y con sus metas. La fuente de la pulsión es un proceso excitador en el interior de un órgano, y su meta inmediata consiste en cancelar ese estímulo de órgano» (Freud, 1976: 153)

les. Ahora bien, «esas mismas impresiones que hemos olvidado dejaron, no obstante, las más profundas huellas en nuestra vida anímica y pasaron a ser determinantes para todo nuestro desarrollo posterior» (Freud, 1976: 159). La *represión* hizo su trabajo y se borraron de la conciencia. De tal modo que la pulsión no sólo nos conecta con el exterior en la búsqueda de su satisfacción, sino que nos lleva hasta el *inconsciente* como receptáculo de nuestra historia ontogenética reprimida. El trabajo de Freud en torno a la noción del *inconsciente* fue evolucionando a lo largo de su obra. En el paso de la primera a la segunda tópica no se abandona la idea de un inconsciente dinámico en perpetuo trabajo de censura, sino que se incorpora en las estructuras del *Ello*, el *Yo* y el *Superyó*. Lo *inconsciente* se sitúa de forma preferencial en el *Ello* –estructura pulsional y de la intención inconsciente–, pero también empapa al *Superyó*, que asume el trabajo de censura y, por supuesto, al *Yo*, en el que la racionalidad y el apego a lo real sólo se hace posible por el trabajo del *Yo* inconsciente que desplaza aquello que podría desestabilizarlo.

«La autonomía del sistema del *Yo* se encuentra, pues, limitada, no sólo por el dominio de los sistemas del *Superyó* y el *Ello*, sino también por la división del sistema del *Yo*, que aliena una parte del control del *Yo* en el *Yo* inconsciente, es decir, el aparato defensivo del *Yo* y las operaciones que proceden de él» (Lagache, 1978: 117).

Sin querer perderme en la terminología psicoanalítica, lo que persigo mostrar es el camino que avanza desde las relaciones con los otros, en las identificaciones primarias y secundarias, a lo *inconsciente*, y de ahí al corazón mismo de la agencia humana. El *Yo*, fuente de la mismidad racional y autónoma, queda sitiado por las relaciones con los otros: «la constitución misma del sujeto como sujeto humano viene determinada desde los otros» (Korman, 1977: 54), relaciones que además le son “desconocidas” al menos en toda su profundidad y conflicto de modo consciente, aunque operan continuamente en su voluntad.

La autonomía y la razón se enredan por medio del inconsciente. «El sistema del *yo* aparece a la vez como el agente del desconocimiento engañoso y como el agente de la razón y del juicio, el acceso a una realidad objetiva» (Lagache, 1978: 133). Autonomía y heteronomía se anudan y como resultado la propia racionalidad queda mediada por la complejidad de la psique humana. ¿No hay entonces posibilidad para el Sujeto racional

y autónomo? La respuesta de Freud es clara: sí. Como en el juego del trilero, la bolita reaparece al levantar el último vaso. Aquí radica la ambivalencia que señala Flax al entender que en «los escritos de Freud sobre la constitución, los límites y los poderes del yo desafían y refuerzan a la vez las ideas ilustradas sobre los humanos como seres esencialmente racionales» (Flax, 1995: 119). Ayuda a perseguir esta recomposición el trabajo de D. Lagache (1978) en torno a las formas de heteronomía que circundan la autonomía del individuo. La autonomía del Yo se suspende en una red de tres heteronomías: la *externa*, que nos hace depender de las exigencias y expectativas del mundo, de lo material y también de los que nos rodean<sup>11</sup>, la *intersistémica*, que hace depender la estabilidad del sistema del Yo de las pulsiones del *Ello* y la censura y la exigencia moral del *Superyó*, y las *intrasistémicas*, que aparecen en los conflictos entre el Yo consciente y el Yo defensivo o inconsciente que aleja aquello que lo puede desestabilizar. ¿Cómo volver entonces a la recomposición de la autonomía? Lagache da una respuesta:

«Las nociones de heteronomía y autonomía del sujeto aparecen bajo una nueva luz. Se puede decir del sujeto que es heterónomo en la medida en que está más o menos profundamente vinculado a uno de esos sistemas de referencia, a sus deseos inconscientes, a las motivaciones axiológicas surgidas del Superyó, a las defensas del Yo inconsciente, a la propia realidad “externa” en el sentido de que puede buscar en ella una garantía contra las demandas y contenciones de las formaciones inconscientes [...]. A la inversa, se puede decir de un sujeto que es relativamente autónomo en la medida en que tiene capacidad para moverse de un sistema de referencia a otro. Por ejemplo, para decirlo rápidamente, de la razón a la sinrazón, y a la inversa» (Lagache, 1978; 137)

Volviendo a la imagen del trilero, ¿dónde está la bolita? El Sujeto está en la *normalidad*. El Sujeto está en la contención *apropiada* de lo *inconsciente* que le permite ser sujeto de voluntad. Voluntad que, ya en la conciencia recuperada, tiene el poder de elegir como sistema de referencia el de la razón. La continuidad posible entre lo *normal* y lo *perverso* fue punto de partida, lo que desestabilizó al Sujeto, pero al final regresa como polos de lo adecuado y lo inadecuado, lo que le da tregua. El Sujeto está sitiado por las fuerzas pulsionales y reprimidas, pero cabe un proceso de identificación ‘correcto’ que le saque de la sinrazón; proceso que Freud ejemplifica en el caso de la sexualidad:

«En la base de las perversiones hay en todos los casos algo innato, pero *algo que es innato en todos los hombres*, por más que su intensidad fluctúe y pueda con el tiempo

---

<sup>11</sup> Exigencias que lejos de ser lineales se conforman en un juego de conflictos y contradicciones por la miríada de expectativas que se concitan sobre cada uno de nosotros (Lagache, 1978: 135).

ser realzada por influencias vitales. Se trata de unas raíces innatas de la pulsión sexual, dadas en la constitución misma, que en una serie de casos (perversiones) se desarrollan hasta convertirse en los portadores reales de la actividad sexual, otras veces experimentan una sofocación (represión) insuficiente, a raíz de lo cual pueden atraer a sí mediante un rodeo, en calidad de síntomas patológicos, una parte considerable de la energía sexual, mientras que en los casos más favorecidos, situados entre ambos extremos, permiten, gracias a una restricción eficaz y a algún otro procesamiento, la génesis de la vida sexual llamada normal» (Freud, 1976: 156)

El Sujeto moderno queda así amenazado, en la precariedad de la psique en equilibrio, por el retorno de lo reprimido en la falla de esa *restricción eficaz*. ¿Lo humano está en el *Ello* y sus pulsiones o en el *sistema del Yo* y su acceso a la razón? En un extremo y el otro, dirá Freud, y ahí desplegará su teoría de la identificación para rescatar a ese *sujeto venido a menos* en un giro fantasmático que lo devuelve a la *Masculinidad*.

#### 2.1.1.2. La mística de la masculinidad freudiana

La recomposición del Sujeto moderno remite en Freud a la teoría de la identificación. Habrá que repasar su propuesta para poder calibrar el efecto de quiebra que ejerce sobre la retórica moderna de la *Hombría*. Lo más interesante, y fuente de nueva y mayor ambivalencia, será la vuelta al modelo de la *Masculinidad* que realiza el psicoanálisis en su relato de la formación de la psique *normal* (Korman, 1977: 60 y ss.) y la ceguera crítica que despliega en este extremo (Rubin, 1996: 82). Dicho más claro, en el primer psicoanálisis se anda y desanda el mismo camino al señalar la estabilización de la *Masculinidad* como categoría política que da acceso a la moralidad y la madurez psíquica plena sin reconocer, al menos no en toda su extensión, la carga política y social de la pieza clave de su rompecabezas. Pero mejor ir por partes, empezando por revisar lo que dice Freud en torno a la identificación<sup>12</sup> ya que, si bien con reservas, aporta un interesante modo de explicar la conformación contemporánea de las identidades masculinas.

---

<sup>12</sup> Como bien recuerda D. Fuss, «[l]a teoría de la identificación, una de las mayores contribuciones de Freud al pensamiento del siglo XX, es también una de las peor comprendidas, incluso por el propio Freud» (Fuss, 1995: 21). Su desarrollo se dilata desde sus primeros escritos hasta el final de su carrera y va tomándola en diferentes ámbitos y procesos. En los textos de Freud se hace referencia a identificaciones pre-edípicas, edípicas y post-edípicas; primarias, secundarias e histéricas; permanentes y transitorias; regresivas y progresivas; totales y parciales... (Korman, 1977: 17 y ss.). No es mi objetivo hacer aquí un repaso exhaustivo de todas ellas; para el estudio de las masculinidades y la comprensión del peso que la Masculinidad tiene en la estabilización de la psique adulta me centraré en una lectura parcial y dirigida a aquellos puntos más productivos para la presente investigación que se encuentran, precisamente, en la conocida trama edípica.

Volviendo a *Tres ensayos de teoría sexual* (1976 [1905]) se puede establecer el punto de partida de la teoría de la identificación freudiana. La bisexualidad original infantil no sólo apunta la indiferencia de género primigenia, sino que sirve a Freud para hablar de una primera fase de identificaciones que sería similar en el niño y la niña. En sus primeros años, «el niño aprende a *amar* a otras personas que remedian su desvalimiento y satisfacen sus necesidades. Lo hace siguiendo en todo el modelo de sus vínculos de lactante con la nodriza, y prosiguiéndolos» (Freud, 1976: 203). Freud nunca prestó demasiada atención a estas fases previas al complejo de Edipo<sup>13</sup>. Tampoco vio en estas identificaciones primarias, todavía parciales, elementos que pudieran contradecir su análisis de las posteriores identificaciones secundarias. En la prehistoria del Edipo, el *infans* se identifica masivamente con una madre y –eventualmente– un padre<sup>14</sup> ideales, ambos completos, ambos convertidos en parte del yo por medio de esta identificación<sup>15</sup>. El problema aparece cuando se analiza la dirección de esos afectos e identificaciones en Occidente: «En ambos casos [el de la niña y el del niño] la madre es el objeto original; y no resulta sorprendente que el niño mantenga este objeto en el complejo de Edipo. Pero, ¿cómo se produce su abandono por parte de la niña y en su lugar tome a su padre como objeto?» (Freud, 2002: 16). Freud recurrirá a la *envidia de pene* para explicar la imposibilidad femenina de seguir prendada del amor materno (Freud, 1976: 177). Y en este punto el primer psicoanálisis se enfrenta a uno de sus puntos más oscuros, fuente de paradojas lógicas y origen de la ambivalencia comentada al trazar una explicación de las diferencias de género que convive con la ceguera de sus consecuencias en

---

<sup>13</sup> De hecho, será por medio de la revisión de este tipo de identificaciones como el psicoanálisis feminista de las relaciones objetales consiga una lectura más adecuada y atenta a las diferencias psico-sexuales en entornos de revisión de las relaciones de género. También por medio del trabajo de N. Chodorow (1984) y su consideración de estas primeras relaciones de objeto se puede avanzar en la comprensión de la masculinidad contemporánea. Véase el siguiente apartado en el que se rescata la revisión de Chodorow para una aplicación del psicoanálisis al estudio de las masculinidades.

<sup>14</sup> La madre, desde la lactancia y por medio de la fase oral que sitúa en la incorporación caníbal el origen de la satisfacción, se investirá como primer objeto de la identificación. El padre, como objeto de estas primeras identificaciones, aparece en el cuadro en un giro más complejo. En el análisis histórico de *Tótem y Tabú* el padre es incorporado, canibalizado por los hijos y ahí se convierte en objeto de estas primeras identificaciones.

<sup>15</sup> Freud asocia estas primeras identificaciones con el narcisismo propio de las primeras experiencias de un mundo que no se sabe separado del organismo. En ese narcisismo se sustentará la indiferencia entre el sujeto y el objeto: entre el *infans* y aquéllos con los que se identifica. La otra consecuencia es el carácter masivo de estas identificaciones que no estará basada en rasgos de la persona, sino en la persona al completo, en su ideal.



el nivel social. En Freud, los conceptos de femenino y masculino fluctúan en una polisemia que no siempre queda clara y que el propio Freud reconoce en una célebre nota al pie en los *Tres ensayos de teoría sexual*:

«Es indispensable dejar en claro que los conceptos de “masculino” y “femenino”, que tan unívocos parecen a la opinión corriente, en la ciencia se encuentran entre los más confusos y deben descomponerse al menos en *tres* direcciones. Se los emplea en el sentido de *actividad y pasividad*, o en el sentido *biológico*, o en el *sociológico*. El primero de estos tres significados es el esencial, y el que casi siempre se aplica en el psicoanálisis. A eso se debe que en el texto la libido se defina como activa, pues la pulsión lo es siempre, aun en los casos en los que se ha puesto una meta pasiva. El segundo significado, el biológico, es el que admite la más clara definición. Aquí, masculino y femenino se caracterizan por la presencia del semen o del óvulo, respectivamente, y por las funciones que de estos derivan. La actividad y sus extereorizaciones colaterales (mayor desarrollo muscular, agresión, mayor intensidad de la libido) suelen, en general, ir soldados con la virilidad biológica; pero no es un enlace necesario, pues existen especies animales en las que estas propiedades corresponden más bien a la hembra. El tercer significado, el sociológico, cobra contenido por la observación de los individuos masculinos y femeninos existentes en la realidad. Esta observación muestra que en el caso de los seres humanos no hallamos una virilidad o una feminidad puras en sentido psicológico ni en sentido biológico. Más bien, todo individuo exhibe una mezcla de su carácter sexual biológico con rasgos biológicos del otro sexo, así como una unión de actividad y pasividad, tanto en la medida en que estos rasgos de carácter psíquico dependen de los biológicos, cuanto en la medida en que son independientes de ellos» (Freud, 1976: 200-1; nota 19, añadida en 1915)

Tres sentidos enlazados, pues, que se complementan a la vez que nos llevan por derroteros diferentes. Tomando la primera acepción, la psicoanalítica, se entiende el sustancialismo que el psicoanálisis sitúa en lo masculino y lo femenino. En *El malestar en la cultura* (1970 [1930]) este sustancialismo se traducirá en la propensión masculina a la cultura y, su contraparte, el vínculo entre feminidad y naturaleza: «Las mujeres representan los intereses de la familia y la vida sexual; la obra cultural, en cambio, se convierte cada vez más en tarea masculina» (Freud, 1970: 46). Masculinidad y progreso vuelven a hermanarse frente al conservadurismo de la existencia femenina y su tendencia a la pasividad. El *masculinismo* de Freud enseña sus cartas y apuesta por tomar lo masculino como norma, lo que explicará la calificación de la pulsión como masculina—incluso en los casos en los que aparece en su forma pasiva, incluso aunque la reconozca como base común del niño y la niña en el origen de su proceso ontogenético—y lo que, en consecuencia, puede dar cuenta de la apuesta de Freud por el estudio del varoncito para acercarse a la producción cultural de la existencia: lo masculino como

fuente de actividad, el sujeto masculino como mejor encarnación de esta cultura de actividad que se ejerce sobre la naturaleza. Como cruz de esta misma moneda, la ceguera para un análisis social de género descansa en este sustancialismo que vuelve una y otra vez en forma de conclusión de lo que, por otra parte y desde una lectura actualizada del psicoanálisis, se presenta como su argumentación más prometedora si se la considera no ya como esencia incontestable sino como estabilización precaria que sólo se mantiene por el trabajo continuo de la propia identificación que hace de unos valores socioculturales –lo masculino como superior, la *Hombría* como máxima cultural, la actividad como centro del Sujeto moderno– parte de nuestra naturaleza psicosexual.

La segunda acepción remite a lo biológico. La presencia del semen o la presencia del óvulo. En sí misma aporta poco más, se queda en la diferencia anatómica. Ahora bien, cuando se afirma que los elementos biológicos afectan al carácter psíquico, lo anatómico se hace denso y se adelanta así su principal tesis en *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos* (2002 [1925]). En él, Freud reconoce su *masculinismo* analítico y expone que «al examinar las formas mentales tempranas asumidas en la vida sexual de los infantes habitualmente [los psicoanalistas] hemos tomado como sujeto de nuestras investigaciones al niño varón, al pequeño chico. Con las niñas, así hemos supuesto, las cosas deben ser similares, aunque de un modo u otro deben sin embargo ser diferentes» (Freud, 2002: 15). Freud retoma en este ensayo la formación de la psique preguntándose por el peso de la diferencia anatómica en su conformación para establecer las bases de una explicación de la identificación femenina. Situará en la *envidia de pene* el origen de la diferencia. La anatomía convertida en destino de la conformación psíquica:

«[La niña] cae en la cuenta del pene de un hermano o de un compañero de juegos, llamativamente visible y de grandes proporciones, de una sola mirada lo reconoce como la contraparte superior de su propio órgano pequeño y discreto, y desde este momento cae víctima de la envidia del pene» (Freud, 2002: 16).

La envidia de pene no sólo dará un acceso diferente al complejo de Edipo. Se establece en la psique femenina en forma de un sentimiento de inferioridad frente a lo masculino, lo que se relaciona con una propensión a los celos mayor que en el varón y en un sentimiento de desprecio hacia la madre a la que hace responsable –y a la vez también afectada– de su *falta de pene* (Freud, 2002: 17). En definitiva, la mayor consecuencia de

la evidencia descubierta en torno a la diferencia anatómica será, siempre según Freud, la firme creencia en la inferioridad de su aparato genital, lo que le llevará a abandonar la estimulación masturbatoria del clítoris y así a abrazar, por una parte, la vagina como centro de su sexualidad adulta, anudando así su sexualidad con la pasividad y la reproducción y, por la otra, a su padre como objeto elegido en el proceso edípico, al resolver la ecuación pene=chico y situar su deseo en aquel progenitor que puede ocupar el espacio del pene envidiado, que puede colmar sus deseos de reproducción.

Por último, y más interesante, la tercera acepción, la que vincula el par masculino-femenino con la sociología, nos remite de nuevo a la conformación psicosexual del proceso de identificación. Si bien en lo biológico podemos encontrar la condición de un desarrollo femenino o masculino, Freud no esconde que el desarrollo psíquico es un proceso abierto y que, volviendo a la nota citada, *«en el caso de los seres humanos no hallamos una virilidad o una feminidad puras en sentido psicológico ni en sentido biológico. Más bien, todo individuo exhibe una mezcla de su carácter sexual biológico con rasgos biológicos del otro sexo, así como una unión de actividad y pasividad, tanto en la medida en que estos rasgos de carácter psíquico dependen de los biológicos, cuanto en la medida en que son independientes de ellos»* (Freud, 1976: 200-1; énfasis añadido). La masculinidad –como la feminidad– vivida por los seres humanos dista de modelos cerrados, depende de un proceso en el que los factores biológicos se encuentran con otros que le son independientes y que, en Freud, remiten al desarrollo edípico para una explicación más detallada. Centrándome en el caso masculino, se puede interpretar la formación de la psique adulta como el proceso por el que el varoncito accede a la *Masculinidad* como mandato moral: ahí se recompondrá el Sujeto en su autonomía y racionalidad, en ese proceso se constituirá la masculinidad adulta activa y con ansias de control sobre el mundo que le rodea.

El niño, en el rastro de las identificaciones primarias<sup>16</sup>, va orientando su carga libidinal hacia la madre, que aparece así como primer objeto total unificado. Lo que no deja de

---

<sup>16</sup> Las identificaciones primarias se desarrollan en la fase oral y en la fase anal. Previas a una organización de la psique hasta el punto de capacitar al niño con la conciencia de un yo separado de los otros, estas identificaciones corresponderían «al periodo durante el cual este esbozo de frontera del yo se va gestando y consolidando, y termina de trazarse, periodo que para Freud se extendería hasta los umbrales del complejo de Edipo» (Korman, 1977: 23). Se trata de identificaciones cuyo objeto

tener consecuencias. En palabras de Freud, el inicio del complejo de Edipo «es fácil de entender, porque en este periodo el niño mantiene el mismo objeto al que previamente dirigió su catexia libidinal pregenital durante el periodo precedente mientras era amantado y cuidado. El hecho de que además en esta situación considere a su padre como un rival preocupante y desee deshacerse de él y tomar su lugar es una simple consecuencia de la situación» (Freud, 2002: 15). El niño haciendo de la madre su primer objeto de amor, encuentra en el padre a su mayor enemigo, su rival. Querrá acabar con él, hacerlo desaparecer para así ocupar su lugar. Más interesante es el proceso por el que sale de este complejo. Sin detallar los pasos intermedios, ni detenerme en una explicación de las diferentes resoluciones del Edipo –identificaciones con el padre o con la madre, positivas o negativas–, me interesa el relato que aporta de la salida exitosa, la que mejor nos conecta con una estructura psíquica *sana* y adulta. Para Freud, el inicio del declinar del complejo de Edipo masculino será el miedo a la castración, o lo que es lo mismo, dado el periodo fálico en el que se desarrolla, «el interés narcisista en sus propios genitales» (Freud, 2002: 19) y el miedo a perderlos por el padre. El mismo proceso por el que el padre deja de ser la amenaza de la castración, convierte a éste en objeto preferencial de la identificación del niño<sup>17</sup>. No se puede olvidar que en Freud, la identificación no es lineal, está mediada por la fantasía, por la idealización: “El niño no se identifica tanto con los padres de los cuales tiene experiencia, cuanto con la imagen idealizada de los padres» (Lagache, 1978: 119). El niño renuncia a la madre como objeto en el mismo movimiento que le hace identificarse con el padre y los valores que este representa: su imagen idealizada, el modelo de la *Masculinidad*. Su propia masculinidad, encarnada, concreta, aparece entonces como *premio de consolación*: su narcisismo saldrá reforzado por la identificación con el modelo paterno. Y como resultado de esta identificación con la imagen ideal del padre, se establece el *Superego* como principal motor de formación de una conciencia moral:

---

responde a “pulsiones parciales” pero representan la antesala de las basadas en el “objeto sexual del yo total unificado” que encontraremos en el complejo de Edipo.

<sup>17</sup> Como recuerda Korman, «En condiciones normalizadas, la resolución del Edipo implica, como sabemos, un predominio de las identificaciones con el progenitor del mismo sexo, aunque siempre son dobles» (Korman, 1977: 48).

«El complejo no sólo es reprimido, es literalmente hecho añicos por la sacudida de la amenaza de castración. Sus catexias libidinales son abandonadas, desexualizadas y en parte subliminadas; sus objetos son incorporados en el ego, donde forman el núcleo del super-ego y da a esta nueva estructura sus cualidades características. En la normalidad, o mejor en casos ideales, el complejo de Edipo deja de existir, incluso en el inconsciente; el super-ego deviene su heredero» (Freud, 2002: 19)

El *Superego* es la fuente moral inconsciente en la que se condensan las relaciones que durante el Edipo se establecieron con los progenitores, y su constitución es fundacional para la estructura psíquica adulta: de modo retroactivo, la formación el *Superego* reordena las inscripciones previas, y con ello abre la puerta a la adultez psicosexual (Korman, 1977: 41 y ss.). Pero además es una estructura activa, tal y como se expone en la segunda tópica freudiana, es «un regulador de los sentimientos de autoestima, o en otros términos, una fuente de motivaciones axiológicas y de afectos que testimonian la satisfacción o el descontento respecto de sí mismo» (Lagache, 1978 :121). La *Masculinidad* llega desde la masculinidad de un padre que de rival pasó a ser objeto de la identificación. Convertida en valor, representa el legado moral de una cultura; en el caso de las sociedades modernas occidentales que estudia Freud, el resultado de este proceso será la incorporación de los ideales culturales que en la época se asocian a la *Hombria* como categoría política.

Esta interpretación se hace más clara cuando se repara en la consecuencia de la diferencia anatómica en el caso femenino. La *envidia de pene* sitúa la castración en el origen de la trama edípica de la niña. Es su falta, su carencia, la que hace dirigir su libido hacia el padre:

«Abandona su deseo de un pene y pone en su lugar el deseo por un chico: y con *este propósito a la vista* toma a su padre como objeto. Su madre deviene el objeto de sus celos. La niña se ha transformado en una mujercita» (Freud, 2002: 18).

El cierre del Edipo en la niña es menos tajante que en el niño. No hay castración y su fin es oscuro para Freud. Puede desaparecer gradualmente, o hacerlo como efecto de la represión, incluso puede que deje su traza en la vida adulta femenina; en cualquier caso, la consecuencia de este cierre en falso será que «para las mujeres el nivel de lo éticamente normal es diferente de lo que lo es en los hombres. Su super-ego nunca es tan inexorable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes emocionales como requerimos que sea en los hombres» (Freud, 2002: 19). Cuadratura del círculo que

vuelve a dejar a las mujeres del lado de lo emocional mientras la razón y su moral, tan propias de la modernidad, se convierten en terreno vedado de los varones.

Se entenderá ahora por qué situó en el psicoanálisis freudiano una mística de la masculinidad. Explicación de la formación de la *Hombría* en el varón que puede entenderse como *tecnología del yo* (Foucault, 1990), como discurso que inaugura una explicación de nuestra relación –la de los varones– con la marca de género. En *El malestar en la cultura* (1970 [1930]) Freud termina de perfilar su modelo, de operar el cierre de su análisis. Al dibujar el desarrollo cultural desde sus conceptos de *Ello* y *Superego*, la historia de la humanidad es una historia de amor y represión, de agresión y renuncia; donde la agencia, la actividad y el progreso se revisten de masculinidad para hacer de la horda violenta y supeditada a la naturaleza el germen de la civilización. Son el *Superego* y su trabajo de censura los responsables del malestar en una cultura que exige renunciaciones, domesticación, represión de nuestros instintos –fuentes de los sentimientos de culpa–; pero a la vez son el origen del desarrollo humano (Freud, 1970: 61 y ss.). Recordando el vínculo preferencial que establece Freud entre el *Superego* y el aparato psíquico masculino, se hace clara la línea de continuidad entre el cierre de la teoría freudiana y el retorno de la *Masculinidad* como anhelo social y modelo de Sujeto moderno que, en cierto modo, se rehace en la resolución *normal* del complejo de Edipo. Las categorías que se diluyeron en el relato psicoanalítico de la conformación de la psique adulta, vuelven aún con más fuerza aparente en su cierre. Pero sólo aparente, ya que el psicoanálisis aporta las herramientas para una crítica de aquello que deja sin tratar:

«Con todas sus deficiencias, el psicoanálisis presenta las teorías mejores y más prometedoras acerca de cómo llega a existir, cambia y persiste en el tiempo un yo que de forma simultánea está encarnado, es social, «ficticio» y real» (Flax, 1995: 70).

La *escisión entre el modelo identitario y la identidad efectiva que se sutura por los procesos de identificación*, la *concepción relacional* –en la tríada edípica, en las relaciones objetales– que nos devuelve a lo social como origen de las identidades, el acercamiento a la *identidad como proceso siempre abierto y sitiado* por la posibilidad de la neurosis, la *quiebra, en fin, de la razón* por la amenaza de retorno de lo *inconsciente*; son algunas de estas herramientas que permiten repensar las masculinidades intentando

evitar las cegueras de una teoría que inaugura en los albores del siglo XX el interés por la experiencia genérica de los varones y su realidad encarnada.

\*\*\*\*\*

En definitiva, la explicación del psicoanálisis no es suficiente para rescatar las masculinidades desde un acercamiento sociológico, pero sí que sirve para sacar el modelo de la identidad moderno del callejón de la *Masculinidad* o, lo que es lo mismo, del Sujeto autónomo y racional. El tropo de la identidad se sustituye por el de la identificación y la noción de proceso asociada a la estabilización psicosexual que se puede reconstruir con Freud (1976) permite rescatar el carácter activo y relacional de la marca de género<sup>18</sup>. Con el psicoanálisis se avanza en ese viraje a la concepción de las masculinidades como *locus* de pugna ya que lejos de estar acabada, incluso en la identidad idealmente establecida en la salida del Edipo, queda bajo la sospecha del retorno de lo *inconsciente* y, lo que es aún más interesante, amenazada por la posible regresión a una suerte de dependencia infantil en el momento en el que es alcanzada por la neurosis. Para Freud, además, es clara la división entre el modelo de la *Masculinidad* –la actividad, la autonomía– y las identificaciones concretas de los varones en las que el modelo se convierte en carne.

Las insuficiencias del psicoanálisis, por otra parte, también han ido apareciendo en este repaso por algunos de sus conceptos. Pueden resumirse en dos puntos ciegos que habrán de enmendarse para el avance de un proyecto sociológico en torno a las masculinidades. El primero de estos puntos ciegos tiene que ver con la incapacidad del pensamiento freudiano para un acercamiento crítico a los procesos que describe desde lo que hoy denominaríamos una perspectiva de género. Poco se puede objetar a las acusaciones de misoginia que se han hecho al padre del psicoanálisis (Flax, 1995; Rubin, 1996). A poco que se atiendan sus comentarios epistolares o sus juicios a vuela pluma

---

<sup>18</sup> Quizá más claros que los ejemplos que aporta el propio Freud por medio de la neurosis y la vuelta de lo reprimido como síntoma (Freud, 1976), sea la relectura de Erikson (1974 [1968]) del proceso epigenético de la identidad como sucesión de crisis en la que el individuo va confrontando los polos de la integración y la desintegración identitaria. La crisis remite a los sentimientos de confusión (Erikson, 1974: 15) que han de superarse, integrarse, resolverse en diversas fases que avanzan de la niñez a la vejez. Si bien la primera infancia y la adolescencia se señalan como fases críticas, la idea de proceso atraviesa la biografía humana al completo y la identidad se irá construyendo –reevaluando el pasado y considerando las posibilidades de futuro– a través de toda la vida (Erikson, 1974: 75).

en los resquicios de la mayoría de sus textos, allí donde el científico deja volar su perspectiva ante la falta de evidencias o, aún, al repasar sus posicionamientos ante el incipiente movimiento feminista, se hace evidente la misoginia del autor y la carga proyectiva, por aplicarle sus términos, que se agazapa en sus textos. Resulta todavía más revelador a la vez que castrante, por seguir en sus términos, para las aplicaciones futuras de su acercamiento a la psique, el interés desmedido que pone en la figura del padre, haciéndole emerger como pieza angular de su relato edípico y, en cierto modo, así tapando o desplazando el papel de la madre en las relaciones preedípicas (Chodorow, 1984). En resumen, en el pensamiento de Freud no hay ni un amago por superar la concepción dicotómica de los sexos y la jerarquía masculinista que la acompaña en la modernidad; incluso con el despliegue de herramientas que nos ayudan a hacerlo hoy es como si el espíritu crítico freudiano ahí se quedara en suspenso, ahí encontrara el límite que le impide el paso (Rubin, 1996).

El segundo de sus puntos ciegos, estrechamente ligado al primero, quizá quede mejor definido como malogro que como ceguera y tiene que ver con la pobre consideración del plano social y sus procesos en la teoría freudiana. En Freud convive un interés por conectar lo individual con lo social; es más, podría decirse que hay un intento de articular la raigambre social de todo proceso de identificación y por tanto de asentar las identidades en el entramado social que las hace posibles con una notable deriva sustancialista en la aplicación a lo social de sus conceptos. El caso de *El malestar en la cultura* es esclarecedor. Cuando Freud trabaja en un plano social sus esfuerzos por asentar la configuración psicosexual en lo relacional se diluyen y prácticamente desaparecen con la vuelta a los relatos míticos de pasados, siempre según Freud, sedimentados en nuestras estructuras psíquicas –es conocida la línea de continuidad que establece entre la filogénesis de la especie y la ontogénesis de la identidad– y que vuelven sobre lo masculino y lo femenino como sustancias abstraídas del discurrir sociohistórico. Poco más queda por explicar entonces de la superioridad masculina o del infantilismo que *de facto* asocia a la feminidad adulta. Como plantea MacInnes (1999, citado por Withehead, 2002) en el pensamiento de Freud se confunde el síntoma con la causa y deja por hacer el trabajo de una sociología de las relaciones de género, aunque, repitiendo lo dicho, las herramientas necesarias se habían presentado en su pensamiento con una



claridad pasmosa para la época. En definitiva, y tomando prestadas las palabras de J. Flax, «lo que se ha perdido en el psicoanálisis es una conciencia feminista del poder del género en nuestras vidas sociales e intrafísicas y en nuestras teorías sobre ellas» (Flax, 1995: 73).

## 2.2. Acercamientos desde la sociología al análisis de las masculinidades

¿Cómo recuperar, entonces, esta dimensión social en el análisis de las masculinidades? ¿Qué necesitamos para sacar al psicoanálisis, y sobre todo a su teoría de la identificación, de esa circularidad en la que resuelve el proceso de constitución psicosexual al volver a recrear la *Masculinidad* y el modelo del Sujeto autónomo y racional? ¿Cómo avanzar en la propuesta de una sociología de las masculinidades? El campo que se abre para dar respuesta a estas cuestiones se asemeja más a un puzzle que a un camino. Las explicaciones de las masculinidades constituyen un extraño mosaico en el que se configuran distintos objetos de estudio y se presta atención a diferentes elementos explicativos (Connell, 1995). Es posible trazar una línea de continuidad, mediada por supuesto por la óptica defendida en esta tesis, que ordene el plantel de teselas. Se pueden reconocer tres perspectivas, que a su vez remiten a tres momentos cronológicamente ordenados de la teoría social, en los que la mirada sociológica ha fraguado tres modelos de acercamiento a la masculinidad. Las tres leen en el primer psicoanálisis la promesa de una explicación, pero cada una la despliega en una dirección. Los enfoques funcionalistas que articulan los procesos de (des)identificación desde la noción de rol, los acercamientos estructurales que recurren al sistema sexo/género para pensar las relaciones entre varones y mujeres, y las revisiones post-estructurales que componen una nueva forma de entender la producción y despliegue de las identidades preocupadas por la no disolución de la agencia social van construyendo paulatinamente ópticas más ajustadas para el análisis de las masculinidades. Sin ser pasos necesarios de un desarrollo lineal, cada uno representa un cierto grado de complejización del anterior al hacer descansar la explicación en un artefacto *un poco más* elaborado, *un poco más* crítico con la retórica moderna de la identidad y su invisibilidad para con la masculinidad como marca de género. Lo que propongo en las próximas páginas es una ordenación de cada uno de ellos, por medio de un análisis crítico, en torno al nodo conceptual o consideración del objeto de estudio en el que se asienta el análisis de las masculinidades. El obje-

tivo de esta lectura que agrupa autores y hace convivir algunos planteamientos que en su momento entraron en liza es dirigir este repaso a una conclusión propositiva en la que exponer mi propio modelo de acercamiento a las masculinidades. La necesidad de conectar las formas de (des)identificación masculina con las condiciones sociales en las que estas formas se hacen posible aparece en este punto como la principal tarea para alcanzar una sociología de las masculinidades.

### **2.2.1. Cerrar la brecha: La lectura funcionalista de la masculinidad como rol sexual**

El discurso psicoanalítico no sólo representa un primer intento de explicarnos los procesos de construcción de las (des)identificaciones masculinas. Envite a los modelos modernos de comprensión de las identidades, el psicoanálisis resulta un revulsivo para el pensamiento social del siglo XX, y su promesa de dar con una explicación que conecte la construcción de la mismidad con el desarrollo social tiene un influjo claro en las propuestas de otros autores, es el caso de la *gran teoría* funcionalista de T. Parsons cuando se enfrenta a las vicisitudes del proceso de socialización (Parsons y Bales, 1956; Parsons, 1970). El pensamiento de Parsons y sus colaboradores propone una solución que dista de ser satisfactoria para un acercamiento a las masculinidades contemporáneas, pero aporta claves al sacar los procesos de (des)identificación del atolladero psicológico y conectarlos con la estructura social. De hecho, en sus límites se fragua el primer intento de una sociología de las masculinidades como tal (Brannon y David, 1976; Pleck, 1981) y, como se expondrá más adelante, desde su crítica se fraguarán los acercamientos críticos que permiten avanzar en un acercamiento más encarnado y social (Carrigan et al., 1985; Brittan, 1989). Por tanto, de nuevo se tendrá que hablar de ambivalencia, pues la solución de la interpretación funcionalista está imbuida de claroscuros ya que sus herramientas aportan luz, señalan la dirección para una consideración sociológica de las masculinidades, a la vez que el abrazo de sus conceptos deja la reflexión en un callejón sin salida, en un laberinto herméticamente cerrado en el absolutismo de sus nociones que imposibilita toda consideración de las masculinidades como procesos y, así, contraviene cualquier intento de dar cuenta ya no sólo del cambio en las formas de *ser hombre* sino de calibrar las aristas y matices de su despliegue social.

La clave conceptual del tratamiento funcionalista de las masculinidades se encuentra en la teoría de rol sexual –*sex-rol theory*–, que no es otra cosa que la aplicación de la teoría de roles al caso específico de las diferencias de género. De modo general, la teoría de roles en su vertiente funcionalista<sup>19</sup> entiende que los roles son «subsistemas organizados de actos realizados en una determinada posición social» (González de la Fe, 1998: 661). Cada rol, de este modo, define el conjunto de expectativas, valores y normas que los agentes sociales tienen interiorizadas en su personalidad y desde las que entran al juego de la interacción social. La principal especificidad del caso de los roles sexuales es que, a diferencia de otros que se definen en términos de componentes prescriptivos, en ellos se contiene además un elemento descriptivo que señala los límites de una identidad sexual (Pleck, 1981: 11):

«El término *rol sexual* refiere un conjunto de comportamientos y características ampliamente reconocidas como (1) típicas de mujeres o varones (*estereotipos de rol sexual*), y (2) deseables para mujeres o varones (*normas de rol sexual*)» (Pleck, 1981: 10)

Por tanto, en el análisis de las masculinidades desde la teoría del rol sexual se reconstruirán los modos en los que los modelos sexuados –entre ellos la *Masculinidad* que aquí se persigue– se convierten en parte constitutiva de los individuos en un doble sentido. Por una parte el funcionalismo atenderá a los individuos como miembros de una sociedad en la que las estructuras sociales dan forma a los roles sexuales de acuerdo con las necesidades del orden social; por otra parte, prestarán atención al proceso por el que estos roles son *internalizados* por los individuos en la construcción de sus personalidades.

Ahora bien, para entender la lectura que se plantea desde esta teoría entorno a las masculinidades y sus procesos es necesario inmiscuirse en el desarrollo histórico de la perspectiva misma. El análisis de los roles sexuales pronto desembocó en una preocupación por las masculinidades, tanto por una razón histórica como por una teórica. En los mismos años en los que el funcionalismo se convierte en el paradigma hegemónico de la sociología estadounidense, desde finales de los treinta hasta bien entrados los

---

<sup>19</sup> Aunque el inicio del concepto de rol en sociología es asignado a G.H. Mead y su desarrollo del interaccionismo simbólico (González de la Fe, 1998: 661), en este apartado se hace referencia específicamente a la aplicación y redefinición que de él hace el funcionalismo y especialmente T. Parsons.

sesenta, la sociedad norteamericana, y las relaciones entre varones y mujeres, de modo específico,—sufrir un profundo cambio; primero con la estabilización del modelo de familia nuclear patriarcal de roles diferenciales —o familia funcionalista— en los conocidos como años dorados tras la Segunda Guerra Mundial y que B. Friedan (1974) describió en *La mística de la feminidad* y, después, con la profunda revisión crítica que hacia el final del periodo representa la irrupción del feminismo y, en general, de los movimientos sociales de los sesenta. De tal modo que tanto la intensa desigualdad en los itinerarios vitales como la reivindicación de otros modos de vida sirvió de fondo al desarrollo de esta perspectiva y puede explicar el interés que se suscitó en torno a las posiciones sociales de varones y mujeres. Pero, además, se suma una cuestión de ámbito teórico que puede ayudar a entender el porqué de la pregunta por el género y en especial por la masculinidad. El funcionalismo aportaba las herramientas conceptuales necesarias para pensar las masculinidades en tanto que presenta un marco más asequible y de raigambre social más explícita que el psicoanálisis. Como se verá, de hecho, en la teoría de roles hay una traducción reduccionista del pensamiento de Freud que hacía más fácil dar con herramientas y con conceptos aplicables a una explicación de la realidad social. El funcionalismo, con todas las taras que pueda tener y todas las críticas que más adelante se desplegarán para su revisión, permitía por primera vez hacer de las identidades de género objeto de la sociología y así no se puede entender el desarrollo histórico de una sociología de las masculinidades sin atender a sus interpretaciones, pues si bien sus conceptos resultan hoy caducos o necesitados de otros que los complementen, la pregunta por la masculinidad en sí, como elemento social, toma forma entre sus muros.

Por tanto, la revisión de los planteamientos funcionalistas ha de reconocer dos momentos. El primero, coincidiendo con el auge del paradigma y la estabilización de la familia funcionalista a mediados del pasado siglo, es el de la emergencia de la explicación parsoniana. El segundo, ya en su declive y en el momento histórico de crítica del sistema impuesto, conecta con las revisiones del modelo y la propuesta de prismas explicativos más flexibles y, en cierto modo, rupturistas. Me detendré en la propuesta conceptual

de T. Parsons<sup>20</sup> para después, y desde ella, poder repasar las críticas tanto internas al paradigma como externas a él que ayudan a entender tanto el desarrollo académico de los estudios de las masculinidades como las posibilidades que desde ella se abren para una sociología de las masculinidades españolas en el siglo veintiuno.

### 2.2.1.1. *Diferenciación e internalización de los roles sexuales*

El análisis de Parsons de las relaciones de género parte y acaba en la familia. Su preocupación es por explicar cómo la familia nuclear, frente a otras formas de organización de las relaciones familiares, se erige como la institución social de parentesco más y mejor ajustada al desarrollo de las sociedades capitalistas (Parsons, 1970: 35 y ss.). En la familia nuclear que define desde la observación de las familias norteamericanas de los años cincuenta, los vínculos y débitos con los familiares se reducen –son menos las personas a las que se debe apoyo familiar si se compara con la familia rural extensa– y constituye una unidad especialmente bien adaptada tanto para la socialización de los neonatos como para el reparto de tareas en una sociedad capitalista. Así, la familia está imbricada en el modelo de desarrollo económico y social, y en ella resuena el proceso de especialización que atraviesa el conjunto social:

«La familia ha llegado a ser *una agencia más especializada que antes*, probablemente más especializada de lo que ha sido en cualquier sociedad conocida» (Parsons y Bales, 1956: 9)

Para Parsons, esta especialización responde a un proceso más amplio de *diferenciación*. Las sociedades, en el proceso de modernización, van haciéndose más complejas y eficaces en tanto que son capaces de orquestar modelos más especializados de interde-

---

<sup>20</sup> De acuerdo con el análisis de J. E. Rodríguez Ibáñez (1989), al pensar la teorización sobre el rol sexual en el pensamiento de Parsons se está pensando su etapa “netamente funcionalista” (Rodríguez Ibáñez, 1989: 169 y ss). En Parsons se pueden reconocer tres periodos o desarrollos de su perspectiva concatenados: una primera fenomenológica e intersubjetiva, la plenamente funcionalista y una tercera en la que, haciéndose eco de las críticas vertidas ante su modelo, lo ajusta con una deriva sistémica. Tanto por los matices con los que se carga la teoría del rol sexual como por el momento en el que la sistematiza (Parsons y Bales, 1956) está totalmente imbuida de funcionalismo y, de hecho, en el campo concreto de las masculinidades y en el desarrollo de modelos más sistémicos será preciso recurrir a otros autores (Pleck, 1981; Brannon y David, 1976). En cualquier caso, es importante precisar que lo que se expone y argumenta aquí no es tanto sobre Parsons y su teoría general sino sobre cómo incorporó la problemática de género y sirvió para pensar las masculinidades. Además, dado el abandono contemporáneo de esta perspectiva en los estudios de las masculinidades y su crítica sistemática no es este lugar para un repaso exhaustivo de los conceptos parsonianos más allá del campo concreto de las identidades y relaciones sexuales.

pendencia social. Resuena aquí la raigambre durkheimniana del enfoque funcionalista y esa preocupación por el paso de sociedades de solidaridad mecánica a otras, las modernas, en las que prima la solidaridad orgánica. Y así se entiende el énfasis en la noción de *función* en tanto que recoge esa concordancia entre las posiciones y actos individuales y el desarrollo armónico de lo social: las estructuras y las componendas de la personalidad se abrazan en la especialización en funciones que asegura el orden tanto en el conjunto de la sociedad como en la componenda identitaria de los individuos que forman parte de ella. Pues bien, en el caso del análisis de la familia, Parsons blandirá el concepto de *interpenetración* (Parsons y Bales, 1956: 13) para explicar tanto un aspecto general –el desarrollo de los grupos de parentesco y la *diferenciación* de la familia nuclear, tal y como se ha apuntado como efecto de la división social del trabajo y la individualización moderna– como otro mucho más específico e interno a la dinámica familiar –la *diferenciación* de roles entre varones y mujeres, interna a la familia y, por extensión, en el conjunto de la sociedad–. Conviene enfatizar la idea principal, ambos procesos, profundamente imbricados, no pueden entenderse en un vacío social sino sólo como efectos del cambio que afecta a las sociedades en el desarrollo de la modernidad; de ahí que se pueda ver en esta explicación un primer intento de cerrar la brecha entre los elementos más estructurales y los más individuales en torno a la formación de las masculinidades.

Ahora bien, es necesario inmiscuirse en el modo en el que Parsons y sus colaboradores entienden este engranaje para así poder testar su acercamiento a las identidades masculinas. Entendiendo la familia nuclear norteamericana como ejemplo privilegiado de esa *interpenetración* de las estructuras en los modos de vida, el concepto de rol sexual les sirve para dar cuenta de la especialización en funciones de los miembros del hogar:

«El rol adulto femenino no ha dejado de estar principalmente anclado en los asuntos internos de la familia, como esposa, madre y gestora del hogar, mientras el rol del varón adulto está principalmente anclado en el mundo ocupacional, en su trabajo y a través de él por sus funciones de acceso-a-status y proveedor-de-recursos para la familia» (Parsons y Bales, 1956: 14-5)

Se puede apreciar aquí una buena representación de lo que se viene señalando. La estructura social de las sociedades capitalistas deposita el desarrollo de la humanidad en la realización de tareas en el mercado; esto implica altas dosis de competitividad e ins-

trumentalidad, lo que podría contravenir los parámetros de las relaciones de afectividad. Por ello, dirá Parsons, es necesaria la división en esferas del mundo social. Lo público podrá mantener sus estándares de éxito si los aspectos emocionales y los vínculos que conllevan se contraen al espacio de lo privado. Por eso la familia nuclear como unidad social es funcional, porque en ella se dirimen los afectos quedando el varón liberado de estos lazos en lo productivo. Pero la estructura social da forma a la familia misma, pues en ella se reproduce la divisoria de los espacios pero, ahora, desde los roles sexuales que adoptan y definen a varones y mujeres. Mientras el padre-marido se convierte en el vínculo con el mundo económico –y así aparece como proveedor de estatus y recursos, o, en su formulación anglófona, como *breadwinner*–, la mujer-esposa-madre se define como la encargada de la parte afectiva y emocional en el mantenimiento de la vida. Se entiende así que los roles sexuales queden reducidos a dos, un *rol instrumental* masculino y otro *rol expresivo* femenino:

«Tomando la cultura total como conjunto, la personalidad masculina tiende más al predominio de intereses instrumentales, necesidades y funciones, con los que presumiblemente en cualquier sistema social están implicados ambos sexos, mientras que la personalidad femenina tiende más a la primacía de los intereses expresivos, necesidades y funciones. Podemos esperar, de forma general, que otras cosas funcionen igual, los varones asumirán los roles técnicos, ejecutivos y “judiciales”, las mujeres los roles de apoyo, de integración y de “manejo de las tensiones”» (Parsons y Bales, 1956: 110)

Un acercamiento de este tipo a las identidades de género tiene dos implicaciones de importancia para la consideración de las masculinidades. La primera tiene que ver con lo que prescribe para la masculinidad como tal y conecta con la recuperación de la *Masculinidad* desde un desplazamiento que lo adapta a las exigencias del mundo capitalista pero que, en lo básico, devuelve las masculinidades a la conexión con el ideal de la actividad, la autonomía y la razón que disuelve las dependencias. La segunda devuelve al plano la organización social de esta masculinidad, de nuevo en línea con la componenda moderna, desde un modelo familiar armónico en el que se evacua todo conflicto. La masculinidad, en el modelo de Parsons, es entendida desde el concepto de rol sexual masculino. Su descripción aporta un claro ejemplo de la *interpenetración* pues su rol se deriva de su posición en el mercado laboral, su rol ocupacional, que lo convierte en trabajador en el espacio público, pero a la vez esta posición se refuerza en la

familia –y refuerza así la estructura sexual de ésta–, ya que el varón será el encargado de cubrir las necesidades económicas familiares y por medio de su estatus laboral arrastrará a toda la familia a un estatus. Lo que se desprende es un modelo fuertemente segregado por sexo y una masculinidad que de nuevo se arroga la capacidad de hacer y decidir, que de nuevo se convierte en el eje sobre el que orbita la vida de su esposa y de su prole:

«El rol ocupacional es por supuesto, en primera instancia, parte del “sistema ocupacional” pero no sólo es esto. Es un ejemplo del fenómeno de “interpenetración” [...]. Es fundamentalmente gracias a la importancia de su rol ocupacional *como componente de su rol familiar* que en nuestra sociedad podemos inequívocamente designar al marido-padre como el “líder instrumental” de la familia como sistema» (Parsons y Bales, 1956: 13)

Ahora bien, y como segunda implicación, en una resolución de las posiciones de género desde los roles expuestos se agazapa una consideración de la familia y, por extensión de las relaciones entre varones y mujeres, presidida por una concepción armónica y tendente a resolver cualquier resquicio de conflicto en una vuelta a los términos del modelo y a sus posiciones prescritas. Los roles sexuales no sólo están separados por un abismo que los convierte en especializaciones en tareas y ámbitos de la vida social, sino que su *diferenciación* se completa por una suerte de necesidad de todos de que cada cual ocupe su rol de modo satisfactorio. Los varones necesitan de las mujeres para poder desplegar una vida plena y aguantar la tensión instrumental de su cotidianidad laboral; necesitan su apoyo para así poder bandear y superar, en el entorno familiar de los afectos, los envites del cruel mundo laboral y su ruda competencia. Las mujeres necesitan de los varones para poder acceder a un estatus, a un nivel vital y a una serie de bienes materiales; necesitan su apoyo y *liderazgo* para que la familia no se convierta en islote aislado de lo social y separado del conjunto de la estructura social. Y la sociedad necesita que varones y mujeres se ajusten a estos roles pues así se asegura el correcto proceso de socialización de los neonatos, en un ambiente que evita, en lo máximo, las presiones de la competitividad del mundo social capitalista y que provee la *mano de obra* afectuosa y abnegada de las mujeres-madres que demanda la socialización exitosa. No sorprende entonces que la imagen de las relaciones de género se entienda desde la idea, que ya resonaba en el modelo de la *Masculinidad*, de la *complementariedad*, y que la familia se entienda como el mejor ámbito en el que ésta se desarrolla:



«La significativa ventaja de la relación matrimonial, tanto para la estructura misma de la familia como para las personalidades de los esposos, quiere decir que la *complementariedad* de los roles dentro de ella tiende a acentuarse» (Parsons y Bales, 1956: 24)

En definitiva, para Parsons y sus colaboradores los roles sexuales resuelven el problema de las identidades de género por medio de una suerte de continuidad entre estructura y actor social. Las masculinidades, como las feminidades, se explican como roles cerrados y coherentes que aportan orden por medio de la *diferenciación*. Pero para poder mantener una lectura de este tipo, y así cerrar esa interconexión entre lo social y lo individual, es necesario detenerse en el proceso por el que esos roles pasan a formar parte de la estructura de la personalidad de los actores. Y aquí es donde Parsons, rodeado de sus colaboradores más directos, se lanza a una relectura de la teoría freudiana para dar con las claves de lo que denomina el proceso de *internalización de roles sexuales diferenciales*. En *Family, Socialization and Interaction Process* (Parsons y Bales, 1956), Parsons se compromete de modo explícito en una lectura del primer psicoanálisis como articulación teórica fructífera para dar cuenta de cómo el *infans* es introducido en el mundo adulto de roles diferenciales, a lo que se suma la confianza de que partiendo de los nodos de la *interdependencia* y la *diferenciación* se podrá resolver un modelo más fino para explicar la raigambre social de las identidades sexuadas (Connell, 1995: 23). No es posible dar cuenta de su propuesta sin hacer una cierta crítica pues si, como se ha expuesto, el psicoanálisis juega su explicación en una red de ambivalencias en la que se muestra la profunda complejidad en la que se resuelven los procesos de identificación, en la lectura de Parsons desaparece toda fuente de ambivalencia. Y no precisamente porque dé con la cuadratura del círculo freudiano y sea capaz de recomponer las amplias lagunas y conexiones perdidas que se han señalado en el repaso de la obra de Freud, sino porque en su articulación se produce una ruda simplificación de las aristas del proceso de formación de la psique hasta convertirlo, desde mi propia lectura, en su pobre caricatura. Así, desde la perspectiva parsoniana, el proceso de *internalización* o de formación de identidades queda reducido a un proceso de *inculcación de los roles en los cuerpos* (Casado, 2002) que de nuevo explica por medio de la fisonomía de la familia nuclear norteamericana y la transmisión, más o menos acrítica y libre de conflicto, del rol del progenitor del mismo sexo. Para Parsons, el nudo edípico se re-

**Cuadro 1.**  
**Estructura de roles básicos**  
**de la familia nuclear**

|       |            | Prioridad Instrumental                  | Prioridad Expresividad               |
|-------|------------|---|--------------------------------------|
| Poder | Superior + | Instrumental superior<br>Padre (marido) | Expresivo superior<br>Madre (esposa) |
|       | Inferior - | Instrumental inferior<br>Hijo (hermano) | Expresivo inferior<br>Hija (hermana) |

Fuente: Parsons y Bales, 1956: 46

suelve en los márgenes de una familia que, previamente, ha definido en términos de roles sexuales tal y como se recoge en el cuadro 1. Lo que subyace a su explicación es la firme creencia de una continuidad entre las diferencias biológicas, que harían entrar al *infans* en el campo de acción de uno u otro de los roles sexuales, y una posterior formación del género

ro como proceso por el que el niño o la niña aprende lo que la sociedad y, en primer término, sus progenitores esperan de él o ella (Parsons y Bales, 1956: 23). Lo abrumador de la explicación funcionalista es el pobre tratamiento que hace de las tensiones que se atraviesan en este proceso; de hecho, en las páginas en las que recogen y aplican los términos psicoanalíticos es fácil ver una elusión de los conflictos que para Freud son centrales en la producción de la psique adulta. Lo reprimido y lo inconsciente aparecen como nebulosas, el complejo de Edipo se revisita de modo edulcorado y el resultado es una identidad mucho más firme y coherente que lo que muestra el trabajo del primer psicoanálisis.

Los roles, por tanto, son *internalizados* como bloques completos de contenidos culturales. No hay espacio para el disenso o la adaptación más allá de la provocada por los cambios en la estructura general de la sociedad. De hecho, para Parsons, y los funcionalistas en general, ante el rol sólo cabe la adaptación o la desviación<sup>21</sup>. Toda forma de masculinidad no ajustada al rol instrumental del padre de familia, ya sea la

<sup>21</sup> Es cierto que Parsons va a señalar una serie de desviaciones pasajeras en el proceso de hacerse con hombría. Así, nos dirá, es coherente que el niño varón experimente durante un periodo de la infancia, en los prolegómenos de la adolescencia y en la adolescencia en sí un deseo de independencia hacia la madre y su ámbito, el hogar, que le lleve a asumir una serie de riesgos, a saltarse las normas en tanto que así expresa su masculinidad.

«La madre centra en su persona todos los símbolos del buen “comportamiento”, de adaptación a lo que el mundo adulto respetable espera del niño. Cuando este se rebela contra la identificación con su madre en nombre de la masculinidad, no es sorprendente que confunda inconscientemente la bondad con la

masculinidad no ajustada al rol instrumental del padre de familia, ya sea la de las minorías sexuales o la de las personas que no entran en el matrimonio y la familia, serán formas más o menos graves de desviación que, por tanto, se entienden como no funcionales y se explican por problemas en la adquisición del rol sexual.

Aunque de modo muy esquemático, éstas serían las principales tesis del acercamiento de Parsons a las identidades sexuadas y, dentro de ellas, a las masculinidades. Ahora bien, no se puede precisar el peso que esta concepción tuvo sobre el análisis de las masculinidades sin avanzar en algunas de sus críticas. Después de unos años en los que los términos funcionalistas se aplican a análisis de situaciones concretas en las que el rol sexual masculino operaba y daba forma a las relaciones sociales –para un repaso pormenorizado, véase Carrigan et al., 1985–, la irrupción del pensamiento feminista y la comprobación de que no toda la diversidad masculina podía explicarse acudiendo a las desviaciones en el proceso de *internalización*, lleva a una serie de autores a abrir la caja de herramientas funcionalista, a volver sobre sus conceptos y a plantear críticas y revisiones que ayudan a afilar la posibilidad de una sociología de las masculinidades.

#### **2.2.1.2. Los límites de la masculinidad como rol sexual: masculinidad en crisis**

La aplicación de la teoría de roles al estudio concreto de las masculinidades puede entenderse como un tortuoso camino presidido por la certificación de sus fallas. Lo que no quiere decir que la reacción académica fuera la del abandono de este marco interpretativo sin más. La sociología de las masculinidades, aún antes de apropiarse de esta etiqueta, puede entenderse como un proceso de desencantamiento con la explicación parsoniana de las diferencias sexuadas en los papeles sociales. Por ello se pueden reconocer dos procesos críticos consecutivos que van rompiendo con la teoría del rol sexual de modo gradual: un primer momento en el que se puede reconocer una crítica interna –por lo que se intenta una revisión en los propios términos del modelo funcionalista en su aplicación a la psicología de las masculinidades (Pleck, 1981)– y una externa que no sólo romperá con el legado de la *gran teoría* sino que supondrá una profunda convul-

---

feminidad y que convertirse en «niño malo» sea para él un objetivo positivo y deseable» (Parsons, 1970: 48)

Ahora bien, estas desviaciones son menores y se explican por el desarrollo madurativo mismo, por lo que desaparecerán en cuanto el varoncito vaya abrazando y completando su masculinidad adulta.

sión del marco explicativo y así exigirá una nueva forma de pensar las masculinidades, un nuevo conjunto de herramientas teóricas capaces de dar cuenta de la experiencia genérica de los varones desde nuevos supuestos y poniendo el acento en los aspectos relacionales del género (Carrigan et al., 1985; Brittan, 1989; Connell, 1995).

El primer punto de fricción por el que el armazón funcionalista va mostrando sus fisuras tiene que ver con su incapacidad manifiesta para explicar los procesos de transformación de los actores sociales. Reconociendo una línea de continuidad entre el cambio de las estructuras sociales y la formación de la personalidad de los actores, la perspectiva funcionalista era capaz de dar cuenta de los procesos *macro* que atravesaban las identidades, pero su relato de las experiencias *micro* que cada uno de los actores ha de encarar en su desarrollo vital quedaban borradas o cuando menos embarradas al entender el proceso de la *internalización* como el de la inculcación en los cuerpos de los roles como un todo. Como ha señalado A. Brittan:

«Esta imagen de una absorción social completa sugiere una sociedad en la cual hay un ajuste perfecto entre lo individual y las demandas del rol, y esto, por decirlo de modo suave, es un sueño de la teoría social, no una realidad» (Brittan, 1989: 22)

Además, el recurso a la desviación como cajón de sastre para explicar cualquier desplazamiento de los términos del rol en el comportamiento de los actores resulta una solución teórica, cuando menos, poco satisfactoria. En los parámetros de la teoría del rol sexual la desviación deviene una especie de residuo tautológico en tanto que todo lo que no puede ser explicado por el rol prescrito pasa sin más a ser etiquetado como desviación. En su aplicación, la desviación termina por ser una «categoría esencialmente no social» (Carrigan et al., 1985: 578) ya que al llegar a ella el análisis se detiene, se congratula de haber dado con la conducta no funcional pero poco más se preocupa por explicar sus causas o, por decirlo en sus términos, su funcionalidad para el actor, el grupo o, incluso, la sociedad. En este sentido, puede entenderse la obra de J. Pleck<sup>22</sup>, y

---

<sup>22</sup> Conviene aclarar que J. Pleck viene desarrollando su trabajo académico en vinculación con departamentos de psicología social. En los inicios de la consideración académica de las masculinidades se erige como una de sus cabezas más visibles y se le relaciona con el colectivo de Berkeley que, del lado de los movimientos sociales, propone la creación de grupos de auto-concienciación masculina. En ese grupo se encuentra con sociólogos y filósofos –su extracción social eran los propios departamentos universitarios– y en su pensamiento se aprecia el manejo de la incipiente teoría social sobre masculinidades, pero su obra está imbuida de un profundo psicologismo que en parte, y por un lado, puede explicar su preocupación por la formación del *self* y su acertada revisión de los fundamentos

en especial su monográfico sobre *The Myth of Masculinity* (1981) en el que hace un exhaustivo repaso de la bibliografía e investigación norteamericanas sobre masculinidades desde la teoría del rol sexual, como un intento *desde dentro* por hacer del enfoque funcionalista un andamiaje teórico-metodológico más preciso para el análisis de la experiencia de los varones como seres con género. Su solución pasa por romper con la idea de *internalización* tal y como la formuló Parsons:

«Lo que Pleck propone por contra [al modelo funcionalista del rol sexual] fue una teoría del rol sexual no normativa, una que desconecta el rol del self» (Connell, 1995: 25)

Así, frente a la teoría del rol sexual o, en sus términos, el paradigma de la 'identidad de rol sexual masculino' –*the male sex role identity (MSRI)*–, plantea una relectura del proceso de socialización en el que, en contra de la idea de un rol coherente y cerrado que es incorporado de una vez y para siempre en los primeros años de vida (Pleck, 1981: 51 y ss), propone una lectura de los roles mucho más abierta, conflictiva y presidida por la ambigüedad. Bajo la etiqueta del paradigma de la 'tensión del rol sexual' –*sex rol strain (SRS)*– (Pleck, 1981: 133) recoge una serie de estudios que apoyan la idea de que las formas en las que nos hacemos con nuestro rol sexual dista de ser un proceso tranquilo. Asumiendo la interpretación funcionalista clásica de que el contenido de los roles son una serie de estereotipos que contienen descripciones y prescripciones sobre los papeles sexuales, la comprobación desde el campo de la psicología social de que sus contenidos específicos están cargados de ambigüedad en tanto que se trata de construcciones relativas y nunca absolutas –se cargan por comparaciones del comportamiento de los varones y las mujeres que el actor social conoce en su experiencia y por ello se nombran desde la confrontación masculino/femenino pero también esto explica por qué van cambiando con el desarrollo de la experiencia del actor (Pleck, 1981: 136)–, así como de construcciones «*contradictorias e inconsistentes*» (Pleck, 1981: 142) –en tanto que son interpretados por los actores sociales y están sujetos a los procesos de cambio social, y de ahí que apueste por diferenciar un rol masculino tradicional frente a otro nuevo que respondería a las expectativas sobre la masculinidad en la sociedad nortea-

---

funcionalistas en esta línea, pero, en contra, también su perspectiva de análisis puede estar en la base de su falta de atención a problemas de la teoría del rol sexual que sus colegas sociólogos esgrimen para criticar y así separarse del funcionalismo.

americana de los setenta (Pleck, 1981: 139 y ss.)– es lo que lleva a Pleck a plantear que no se puede seguir manteniendo, en un plano teórico, el modelo funcionalista clásico de la *internalización*. De hecho, el análisis de Pleck alcanza al corazón mismo de la interpretación funcionalista pues la división interna del rol en estereotipos que se contradicen y resultan ambiguos para los actores sociales le lleva a defender que «*ciertas características prescritas por el rol sexual son psicológicamente disfuncionales*» (Pleck, 1981: 147). El modelo de armonía y orden funcional cae con todo su peso ante una afirmación de este tipo; no sólo es que la complejidad de los roles sociales resista mal la explicación de su inculcación en el proceso de socialización es que, siguiendo al menos en un plano lógico los problemas que atraviesan los actores ante la necesidad de dar respuesta a expectativas contradictorias y ambiguas, la propia funcionalidad que se situaba en el origen de la explicación empieza a hacerse nublosa al menos del lado de la personalidad. Pleck se queda así a un paso de señalar la dudable funcionalidad social de los roles sexuales pero deja abierta la puerta a la emergencia de esta crítica tras la recepción de su obra.

En este orden de cosas, tampoco el recurso a la desviación resulta satisfactorio en la interpretación de Pleck. En su teoría del SRS, que se resume en diez proposiciones, cinco de ellas están estructuradas en torno a la idea de la «*violación de los roles sexuales*» (Pleck, 1981: 143 y ss) para evitar la noción de desviación. Los roles, nos dirá Pleck, están basados en la incorporación de una serie de estereotipos y normas que, como planteaba, no son internamente armónicos y, además, no siempre guardan relaciones de continuidad con las expectativas vitales de los actores sociales, por lo que «*la proporción de individuos que violan los roles sexuales es alta*» (Pleck, 1981: 147). En cualquier caso, en la interpretación de Pleck los términos en los que se considera la *violación del rol* se aproximan sospechosamente a lo que Parsons y sus colaboradores nombran por medio de la desviación y, a resultas, la *violación del rol* desemboca en la sanción social (Pleck, 1981: 144) o las consecuencias psicológicas negativas (Pleck 1981: 145). En definitiva, el análisis de Pleck recalca en el mismo callejón sin salida que se critica al funcionalismo clásico, si bien con una diferencia de grado: de nuevo el rol, aunque desde su ambigüedad, se convierte en la vara de medir por la que los actores estabilizan sus personalidades y del que parece que tienen poco que decir por medio de sus decisiones y acciones concretas.

Ahora bien, si la idea de tensión –*strain*– aplicada a los roles no termina de resolver el problema de la incorporación y de nuevo la masculinidad parece resolverse en un tener o no tener de acuerdo al ajuste al rol, el modelo del SRS sí que ayuda a Pleck a sacar, al menos parcialmente, el modelo funcionalista del atolladero de la principal crítica con la que se abría este apartado. Entender el rol más como una tensión que como una sustancia hace del desarrollo histórico no sólo el origen de la explicación sino el lugar al que se pretende llegar. Si la adquisición del rol está presidida por una tensión es posible dar cuenta del cambio histórico ya no en el nivel de la estructura sino desde procesos más concretos y contingentes: los roles se convierten en espacios de contestación y conflicto (Pleck, 1981: 148). La importancia del estudio de Pleck es que desde esta hipótesis de la tensión empieza a popularizarse la referencia a las masculinidades de inicios de los ochenta desde el nodo de la crisis. Las masculinidades están en un proceso de crisis en tanto que las expectativas cambian, los movimientos feministas y de reivindicación de las homosexualidades unidos al desarrollo de las sociedades y sus estructuras económicas son los principales factores que empujan los roles sexuales a otra parte dejando a los varones más tradicionales boquiabiertos ante una realidad que ya no se ajusta a aquello que creían que se les pedía. El aparente inmovilismo de la *Masculinidad* se encuentra así sitiado por otro de sus flancos. No es sólo que al entender los procesos de la identificación se parta su aparente naturalidad, es que incluso el desarrollo histórico puede mostrar que la *Masculinidad* es menos estable y coherente de lo que se pretendía.

### **2.2.1.3. La masculinidad como posición**

En definitiva, tanto en el modelo de Parsons como en su revisión por parte de Pleck no se encuentra una respuesta satisfactoria a cómo se pueden cartografiar las diatribas de la producción de las subjetividades masculinas ni cómo analizar las relaciones de género en las sociedades occidentales contemporáneas (Carrigan et al., 1985). Ahora bien, hay que reconocer la potencia del esfuerzo funcionalista por alcanzar una sociología de las masculinidades pues en su propuesta no sólo se encuentra la primera articulación que señala esos dos nodos como los pilares de una reflexión sociológica de las masculinidades, sino que además se apunta a la naturaleza cultural de la masculinidad –por medio de la teorización del rol sexual como conjunto de estereotipos, valores y normas

en torno al género que transitan en las colectividades sociales– estableciendo así el punto de engarce en el que superar el paroxismo de asumir como buena la lógica moderna de la identidad y la estabilización de la *Masculinidad*. Dicho más claro, en el funcionalismo se encuentra la pregunta y la dirección en la que dar con respuestas, pero su resolución se resuelve en un modelo tan estructural que diluye la agencia social en la reducción del actor social a un contenedor de roles y no termina de resolver el problema de los modos en los que el género opera en lo social y las relaciones interpersonales, pues el absolutismo del concepto de rol sexual saca de la explicación cualquier tensión subjetiva o conflicto relacional para contenerlos en la caja de la desviación como resistencias a la diferenciación social:

«Esta noción [de la diferenciación de roles en expresivos e instrumentales] proveyó a Parsons, como sigue haciéndolo a los teóricos del rol, con una poderosa solución del problema de cómo conectar persona y sociedad. Pero su capacidad para hacerlo estaba basada en una drástica simplificación» (Carrigan et al., 1985: 556)

Deteniéndose en el primero de los puntos, el de la construcción de las subjetividades de género, ya se ha visto como el modelo parsoniano se pierde en la consideración de «una absorción social completa» en la que entre roles y personalidad ve un «ajuste perfecto» (Brittan, 1989: 22), proponiendo una explicación que mal resiste el contraste con la realidad social. Los modos en los que se viven las masculinidades son más fluidos y cambiantes; la diversidad de la experiencia de género humana necesita de algo más que del rol sexual para poder explicarse. El problema, ejemplificado en el estéril intento de Pleck por sacar al funcionalismo de su atolladero incorporando la noción de tensión, es tan profundo como que la idea de un rol, ya sea este coherente o ambiguo, tiene una fuerza prescriptiva que no se corresponde con las astucias en las que se despliegan las identidades de género. Los procesos de resistencia, los desplazamientos propios de la interpretación local y concreta de los parámetros que la cultura occidental asocia a la *Masculinidad*, los posicionamientos estratégicos en el que los agentes sociales se enzarzan para demostrar en determinados ámbitos aquello que niegan en otros o, aún, el componente no discursivo que se instala en una identidad, la masculina, que pocas veces se dice y cuenta de uno mismo son sólo algunas de las experiencias que envuelven el despliegue de las masculinidades –y de las feminidades– que los diferentes intentos funcionalistas son incapaces de incorporar a su explicación. En definitiva, el fun-



cionalismo no es capaz de alcanzar la densa red de relaciones de poder que atraviesa la producción y despliegue de las identidades de género:

«La idea de un rol de género dominante parece ofrecer una buena explicación sobre cómo se conecta el aparente orden social con la formación de la personalidad [...]. Lo que no puede hacer, sin embargo, es proveer una explicación de las diferencias entre mujeres y hombres, particularmente respecto al poder» (Whitehead, 2002: 22)

La pobre consideración de la experiencia del poder en el seno de las identidades de género se hace aún más notoria cuando se intenta hablar de las relaciones de género, es decir, cuando se intenta ver cómo los procesos de subjetivación operan en las interrelaciones de los agentes sociales y cómo las estructuras sociales también responden a la miríada de encuentros, estabilizaciones institucionales y estructuración de los modos de hacer y ser de los individuos de una sociedad. De hecho, y como han criticado gran parte de los investigadores de las masculinidades contemporáneos (e.g. Connell, 1995; Kimmel, 1996; Whitehead, 2002), aquí radica la principal falla teórica del funcionalismo y la necesidad de hacer una revisión profunda de sus conceptos que, además, se acompaña e imbrica con la crítica de la estrategia política que se agazapa tras el modelo del rol sexual. Es decir, el despliegue de las nociones de *diferenciación*, que reduce las relaciones de género a los términos de la complementariedad (Connell, 1995: 22), e *internalización*, que resuelve los procesos de subjetivación en los términos de la inculcación (Casado, 2002), no sólo no es capaz de dar cuenta de las experiencias de poder que son fundamentales para la comprensión de las masculinidades en nuestras sociedades occidentales, sino que niega explícitamente esta dimensión por lo que:

«[l]a investigación de los roles deviene una herramienta política, definiendo un problema y sugiriendo estrategias de reforma» (Connell, 1995: 23)

Estrategias de reforma que tienden a la recomposición de la familia funcionalista y la división férrea en roles complementarios al entender que de otro modo ni la personalidad, que caería en el ciclo de la desviación, ni la estructura, que perdería la división sexual que asegura su desarrollo armónico, podrían mantenerse en los parámetros de la deseabilidad social. Así, la apuesta por la introducción del poder como clave para el estudio de las masculinidades responde a una reacción frente al grosero conservadurismo de la teoría parsoniana ante las vindicaciones del feminismo, las sexualidades

minoritarias o la multitud de movimientos que desde los sesenta demandan un cambio en los estilos de vida. Pero es importante recordar que va más lejos y, como se expondrá en el siguiente apartado, se basa en una profunda discrepancia teórica que apunta la necesidad de romper con los grandes relatos y conceptos omniabarcantes del funcionalismo para así poder entrar en la cocina de la producción de las identidades sexuadas y las relaciones de género reconociendo que el conflicto y las relaciones de poder son centrales en su consideración sociológica:

«Esta teoría falla en registrar los procesos de conflicto y poder *dentro de* las relaciones de género. Parsons reconoce varias formas de “tensión de roles”, pero principalmente como resultado de problemas en la articulación de los diferentes subsistemas de la sociedad. Por ejemplo, en su acercamiento a las relaciones entre la familia y la economía está la raíz de muchos de los cambios en los roles sexuales. La noción estructural subyacente en su análisis del género es siempre la diferenciación, nunca la relación. Así su asunción automática es que la conexión entre los dos sexos es de complementariedad, nunca de poder» (Carrigan et al., 1985: 556)

En resumen, para el funcionalismo las masculinidades quedan reducidas a una *posición* en el campo de fuerzas de los géneros, tomando prestados los términos de Bourdieu (1988), por lo que su mayor virtud para un análisis de las diatribas contemporáneas de las masculinidades españolas radica en la posibilidad que brinda de alcanzar la estabilización de una serie de sentidos en torno al nodo de la masculinidad. Poniéndolo en relación con lo que se argumentaba en el primer capítulo, y pese a las críticas que se han vertido y que hacen de la teoría del rol sexual un marco insuficiente para el análisis de las masculinidades vividas, no se puede negar, ni mucho menos olvidar en una propuesta de investigación como la presente, la capacidad que demuestra esta perspectiva para perseguir los contenidos normativos que se condensan en los modelos de género y la interpenetraciones entre la estructura social y el desplazamiento de las categorías sexuadas. Siendo más claro, por medio de la cartografía de los estereotipos, valores y normas que se aglutinan en torno a una categoría como la masculinidad se puede perseguir cómo la *Masculinidad* se va traduciendo, precisando y estabilizando en contextos concretos como la sociedad norteamericana de mediados del siglo XX o, en este caso, como la sociedad española de los años sesenta a los noventa. En este sentido, no deja de tener valor el esfuerzo de autores como S. Brannon y D. David que, en el ya clásico *The Forty-Nine Percent Majority* (1976), eran capaces de reconstruir, a partir de una serie de relatos en primera persona y aplicando un modelo funcionalista de análisis, los cua-

sis, los cuatro mandatos de la masculinidad norteamericana. Así, el modelo parsoniano y sus desarrollos posteriores permiten perseguir esa amalgama de sentidos culturales que operan sobre la subjetivación y las relaciones de género, posibilita la comprensión de los modos en los que el carácter estructural del género avanza por medio de la estabilización de modelos que describen y prescriben la masculinidad como una posición que da acceso a recursos y niega otros, que hace posibles determinados itinerarios biográficos, como hace otros imposibles, y que, en suma, define un modo de ser.

\*\*\*\*\*

Por tanto, en el intento de definir una sociología de las masculinidades, ni el psicoanálisis, con su desatención al carácter social de las masculinidades, ni el funcionalismo, con su explicación por medio de roles que pierden de vista el carácter situado y relacional de las masculinidades, sirven como base desde la que consolidar la perspectiva analítica de un análisis de las masculinidades españolas contemporáneas. Ahora bien, si a la promesa de llevar el análisis de las masculinidades a sus procesos de identificación que se rescata de la lectura de Freud se suma el reconocimiento del carácter estructural de los modelos de género que propone el enfoque funcionalista, empiezan a precisarse los elementos necesarios para una sociología centrada en el desarrollo y despliegue de las masculinidades.

Es decir, en el encuentro del psicoanálisis con el funcionalismo el problema se precisa, empieza a articularse la pregunta que saca las masculinidades de los férreos límites de la *Masculinidad* y la lógica de la identidad moderna, cerrándose la brecha entre los procesos de (des)identificación y la dimensión social del género. Eso sí, reconociendo la falla del funcionalismo para dar con la respuesta adecuada será necesario fondear en otros paradigmas. De hecho, de nuevo mi exposición solapa la argumentación lógica con el desarrollo histórico del campo de estudio de las masculinidades, pues en lo que sigue se recalará en dos nuevos enfoques que, ya desde el interés explícito por la experiencia de género de los varones y blandiendo la etiqueta de la sociologías de las masculinidades, intentarán sacar a psicoanálisis freudiano y funcionalismo de su paroxismo. Por una parte, desde los denominados *Men's Studies* y, de modo más preciso, en su vertiente pro-feminista, se podrá ver cómo se ensaya una nueva respuesta para explicar la conexión entre el género y las relaciones y estructuras sociales en lo que aquí

denominaré los enfoques sistémicos. Por otra, será necesario avanzar en la teorización de las identidades que surgen en torno a los paradigmas post-estructurales y así rescatar una relectura de los procesos de (des)identificación que desde la crítica de psicoanálisis, funcionalismo y los enfoques sistémicos aporta nuevas herramientas para acercarnos a las masculinidades. En resumen, si con el psicoanálisis y especialmente con el funcionalismo se han definido los problemas a los que ha de atender una sociología de las masculinidades –el análisis de su eficacia social, de un lado, y de las formas de incorporación de la marca de género, del otro–, ha de fondearse en otros paradigmas para ver cómo mejorar sus respuestas.

### **2.2.2. El sistema de los géneros: la lectura de las masculinidades como hegemonía**

La publicación en 1975 de *“El tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política” del sexo”* de G. Rubin (1986, de la traducción al castellano) aporta un importante nodo conceptual para el análisis de las relaciones de género y, en concreto, de las masculinidades. En este popular artículo, Rubin, por medio de la recuperación crítica del pensamiento marxista (Marx y Engels), el psicoanálisis (Freud) y el estructuralismo francés (Levi-Strauss y Lacan), presenta las bases teóricas para el análisis de las desigualdades entre varones y mujeres desde la noción de género. El concepto venía de lejos; siguiendo a D. Haraway (1995: 221) sus usos contemporáneos se pueden rastrear hasta la repetida afirmación de S. de Beauvoir de que *“la mujer no nace mujer, se hace”*, pero en Rubin lo que es novedoso es su reformulación por el denominado feminismo de segunda ola. Según Rubin, para explicar las relaciones de género, hay que retrotraerse a los modos en los que se organiza el parentesco en Occidente y al hecho de que en su corazón se instala una *“economía política”* de los cuerpos femeninos. Son las mujeres, sirviendo como moneda de cambio, las que aseguran las vinculaciones sociales, las que estabilizan –al ser intercambiadas, traficadas– el modelo social. Lo que implica que la construcción de identidades se hace en virtud de las necesidades requeridas. Para Rubin, la división dicotómica de las identidades y la estabilización de la heterosexualidad como norma no es más que el producto de la labor humana sobre la diversidad de la especie y de sus deseos para asegurar un modelo de sociedad que, por otra parte y como resultado de ello, resulta profundamente desigual, profundamente segregado por razón de sexo. De tal modo que, resumiendo su tesis, se habrá de volver sobre el análisis de las

formas de esta “economía política” para entender nuestras relaciones de género, pero también nuestras identidades, pues:

«un “sistema sexo/género” es el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas» (Rubin, 1996: 37)

Es interesante rescatar el trabajo de Rubin por diversas razones. La primera tiene que ver con la popularidad de sus conceptos y la divulgación del “sistema sexo/género”, muchas veces desde drásticas simplificaciones de los argumentos de Rubin, para entender la producción de las identidades de género. Según Rubin, sobre los cuerpos sexuados se realizan una serie de operaciones culturales destinadas a ajustarlos a las necesidades sociales por medio de su adecuación a una serie de sentidos, valores y creencias coincidentes con el modelo social impuesto y que se condensan en el par masculino/femenino como polos inconmensurables y complementarios. Así, pertenecer a uno de los sexos es la entrada a una socialización tremendamente segmentada por género. Reduciendo más de lo deseable el argumento de Rubin pero por recoger la versión más extendida de su lectura, sobre la diferencia sexual –natural, biológica, dada– operaría el género –cultural, social, construido– para asegurar un determinado orden social sexista. El modelo de análisis de las masculinidades, en cualquier caso, se ampliará desde estas nociones intentando entrar a la masculinidad en términos de identidad de género en esta concepción de la desigualdad social que Rubin define como una economía política. De ahí que se defienda catalogarlas como concepciones sistémicas<sup>23</sup>, en tanto que la dirección del análisis señala el género como parte de un sistema social que termina por dar forma a las relaciones sociales entre varones y mujeres

---

<sup>23</sup> Es importante aclarar que el uso de sistémico en este contexto no hace referencia a la teoría de sistemas tal y como se concibe en el pensamiento de N. Luhmann (1996). El uso del término sistémico es mucho más acotado y en la dirección que se señala en el cuerpo del texto. Otras revisiones de la literatura masculinista hablan de estas perspectivas como estructurales (Petersen, 1998) o como jurídico-discursivas o modelos estructurales del poder (Whitehead, 2002), resaltando así el énfasis puesto en los elementos de la estructura social para explicar las relaciones e identidades de género. La apuesta por la idea de sistema no es tanto un intento de separarse de esta interpretación, pues, como se argumentará, el estructuralismo de esta perspectiva es clave para entender su explicación y sus fallas, pero frente a lecturas que por medio de enfatizar este aspecto resaltan las conexiones con el estructural-funcionalismo creo que es más correcto, tanto por razones de la historia del despliegue del campo académico de investigación de las masculinidades como por afinidades teóricas, resaltar los puntos de divergencia y así el carácter crítico y revisionista de los trabajos que se agrupan bajo esta etiqueta.

y desde el que se aspira a explicar las relaciones de poder y subordinación que estructuran este sistema de los géneros y la conformación identitaria en su seno.

Pero además, hay una segunda razón, mucho más apegada a la estrategia expositiva de este texto, que hace sugerente el análisis de Rubin como punto de partida de una reflexión en torno a los términos en los que se leen las masculinidades en la perspectiva que se establece como prioritaria desde mediados de los años ochenta<sup>24</sup>. En *"El tráfico de mujeres"* se resume el giro intelectual que atraviesa el pensamiento social en la década de los setenta y que explica el desplazamiento temático y conceptual en este campo de estudio. La construcción del concepto de género, en la acepción comentada y asumida de modo mayoritario en la sociología contemporánea, es posible en el engarce, por una parte, del pensamiento estructural de raigambre marxista –por tanto atento a los conflictos desde un análisis de las condiciones materiales de la existencia, análisis dialéctico e histórico que persigue un acercamiento crítico a las relaciones sociales y las estructuras, materiales e ideológicas, que las mantienen (e.g. Althusser, 2002)– y su revisión de los planteamientos psicoanalíticos en términos estructurales –cuyo mayor exponente es J. Lacan (1977)–, con, por otra parte, el denominado feminismo académico de segunda ola<sup>25</sup>, que articula estas teorías en la denuncia y comprensión de las des-

---

<sup>24</sup> Por supuesto, y como se avanzaba más arriba, agrupar las perspectivas de análisis de las masculinidades de los ochenta bajo una etiqueta es un ejercicio de simplificación que aúna explicaciones enfrentadas o, al menos, alternativas en torno a los proceso de (des)identificación masculina. Aún así, se defiende esta estrategia por una doble razón. Primero, no es menos cierto que las distintas interpretaciones que se recogen en este apartado comparten un punto de partida común y explícitamente compartido: la necesidad de explicar el género en términos de relaciones de poder. Pero además, y en segundo lugar, los principales nombres que firman los trabajos que aquí sirven de base a la argumentación, se entienden emparentados bajo la etiqueta de los *Men's Studies* –asociada con la estabilización académica en las universidades del ámbito anglosajón del interés por el análisis de las masculinidades en tanto que elementos sociales– y, más en concreto, bajo la rúbrica de los estudios pro-feministas de la masculinidad, con la que se separan tanto de funcionalistas en el ámbito de la academia, como de los movimientos sociales masculinistas reaccionarios al hacer explícita su vinculación con los conceptos y epistemologías feministas.

<sup>25</sup> En este punto, una disquisición sobre las distintas perspectivas feministas que se encuentran en esta segunda ola del feminismo podría perder la argumentación en una cartografía de posiciones y debates que, en cierto modo, no arrojan demasiada luz a la comprensión de la sociología de las masculinidades en tanto que la recepción entre los autores masculinistas dista de ser tan matizada y poliédrica como la reflexión paralela en torno a la experiencia social de las mujeres. Aún así, conviene aclarar que bajo la nebulosa de esta denominación se intenta nombrar la tradición feminista de raíz norteamericana que entre los sesenta y los ochenta amalgama a diferentes feminismos y, sobre todo, el ambiente de confrontación argumental entre el feminismo liberal (Friedman, 1974), el feminismo socialista (Rubin, 1996), el feminismo radical (Millett, 1970) y el feminismo psicoanalítico (Chodorow, 1984). Para una revisión de estas cuestiones véase, por ejemplo, E. Casado (1999; 2003).

igualdades entre varones y mujeres en las sociedades occidentales, representando un duro envite a las explicaciones dadas hasta la fecha. Así, el pensamiento en torno a las masculinidades que se produce en los ochenta sólo se puede entender en conexión con estos debates más generales. Las críticas internas al funcionalismo así como la movilización de las teorías del nuevo estructuralismo europeo unidas a la denuncia sistemática de las perspectivas feministas abren un nuevo espacio de reflexión en torno a las masculinidades. Del mismo modo, la formación de una nueva perspectiva de análisis se fragua bajo la presión de todo el debate en torno a la noción de *patriarcado* (Millett, 1995); de otro modo sería impensable la deriva a explicaciones más estructural-sistémicas.

La noción de patriarcado<sup>26</sup> introduce y entiende las relaciones de género en una red de poder. El patriarcado, en primer término, intenta servir como concepto que señale la desigual distribución de poder en la sociedad:

«Nuestra sociedad, como todas las civilizaciones de la historia, es un patriarcado. El hecho es evidente una vez que se observa que la fuerza militar, la industria, la tecnología, las universidades, la ciencia, el gobierno político, y las finanzas; en breve, cada espacio de poder en la sociedad, incluyendo la fuerza coercitiva de la policía, está por completo en manos masculinas» (Millett, 1995: 25)

Pero el concepto pronto avanza e intenta alcanzar una definición de «una forma específica de dominación masculina» (Rubin, 1996: 47) que atraviesa Occidente. Así que su potencia está en poder señalar, de forma independiente y diferenciada, el sistema de opresión que se produce de acuerdo a la definición de las posiciones sexuadas en una sociedad, pudiéndose así separar, y entender que aunque relacionados no se subsumen, de sistemas de dominación económica como el capitalismo<sup>27</sup>. El patriarcado así

---

<sup>26</sup> Es importante aclarar que la noción de patriarcado que se maneja en este apartado es la que se propone en los setenta en el pensamiento de autoras como K. Millett y que influyó poderosamente en las teorías de las masculinidades de los ochenta. El concepto a lo largo de los ochenta y, sobre todo, a partir del trabajo de S. Walby (1990) amplía sus límites y se revisa en líneas que sin estar libres de polémica desplazan el concepto original a una versión menos estructural y más prometedora, pero aquí no se contempla en tanto que sólo se incorpora en esa dimensión en obras muy posteriores, ya al final de los noventa o inicios del presente siglo, de la sociología de las masculinidades.

<sup>27</sup> El concepto de patriarcado surge desde el feminismo radical para intentar contrarrestar las explicaciones del feminismo socialista de corte marxista que, siguiendo el pensamiento clásico de Marx, señalaba la disolución del capitalismo como desencadenante de la supresión de toda opresión. Ni la historia –ejemplificada en el caso soviético–, ni la lógica resiste bien esta interpretación. De tal modo que la noción de patriarcado aparece unida a una forma de entender la implicación en la confronta-

nombrar una relación de poder y la ideología que la mantiene, pero además, y aquí es donde arrastra en su explicación a los estudiosos de las masculinidades, establece una división férrea entre las posiciones que en ese sistema ocupan varones y mujeres. En el despliegue del concepto de patriarcado los varones devienen opresores, victimarios, dominadores, empoderados; las mujeres, por el contrario, se definen como colectivo oprimido, víctima y victimizado, subordinado, desprovisto de poder. El patriarcado tiene así importantes consecuencias para el análisis de las masculinidades pues hace de los varones, de todos los varones en su articulación radical (Rich, 1976; citado en Whitehead, 2002: 86), un colectivo de opresores responsables y beneficiarios de la desigualdad social por razón de sexo. Lo que no sólo impulsa que la sospecha se instale en el corazón de cualquier intento de nombrar la masculinidad, sino que traslada las preguntas a otra parte, haciendo que las bases de una sociología de las masculinidades se desplacen en la dirección de la comprensión de las relaciones de poder en el seno de las sociedades definidas como patriarcales y desde ahí alcance a los varones y sus procesos identitarios, siempre en conexión con en esa compleja red de hegemonías y subordinaciones.

#### **2.2.2.1. Masculinismo y patriarcado: la pluralización de las masculinidades**

La consideración de las relaciones de género como patriarcado sirve así de acicate para pensar las masculinidades. Su influjo adopta la forma de una contradicción. Pensar las masculinidades desde su propuesta consigue traer el poder a primer plano y la posibilidad de «entender la constitución de la masculinidad como un orden político» (Carrigan et al., 1985: 552). Pero su abrazo puede devolver al estéril tropo en el que se critica a los acercamientos funcionalistas, pues en su profundo estructuralismo de nuevo los varones, los agentes sociales que han de encarnar esa masculinidad, quedan reducidos a la nada, diluyéndose su agencia en la rotundidad del modelo, reduciendo la masculinidad a una posición única y coherente (Collinson y Hearn, 1996: 64).

Para superar esta contradicción es necesario afinar nuestros análisis. En este sentido puede ayudar el trabajo de A. Brittan (1989) en torno al concepto de *masculinismo*. Brit-

---

ción política del feminismo como lucha independiente de la centrada en otras formas de exclusión e injusticia social.



tan rechaza la eficacia de seguir pensando la masculinidad desde la noción de rol y los lazos que establece con entre esencias biológicas y sociales, en tanto que:

«la identidad masculina es una cosa frágil y tentativa sin un sentido fijo en el mundo contemporáneo. Tal fragilidad hace prácticamente imposible hablar sobre la masculinidad como si tuviera una base sustantiva reconocible» (Brittan, 1989: 3)

Por ello no puede admitir tampoco que el patriarcado explique de una vez y para siempre las relaciones de género, pues no es posible mantener que las relaciones sociales entre varones y mujeres están construidas sobre posiciones coherentes y acabadas (Brittan, 1989: 16 y ss.). Desde esta premisa, es necesario introducir en el análisis un elemento ideológico, una retórica con la fuerza suficiente para ser capaz de contener la diversidad y fluidez humana y social en los términos de un sistema de dominación que se perpetúa en el tiempo. En este punto es donde introduce la noción de *masculinismo* para referirse a que:

«la ideología que justifica y naturaliza la dominación masculina, como tal es la ideología del patriarcado. El masculinismo da por garantizado que hay una diferencia fundamental entre varones y mujeres, asume que la heterosexualidad es normal, acepta sin cuestionarla la división sexual del trabajo, y sanciona la política y el rol dominante de los varones en las esferas pública y privada» (Brittan, 1989: 4)

El desplazamiento es claro y fructífero para la construcción de una perspectiva de análisis en torno a las masculinidades. El *masculinismo* permite nombrar el conjunto de sentidos normativos que se amalgaman en el ideal de la *Masculinidad*, por volver sobre los términos esgrimidos en esta tesis pero, sobre todo, permite acercarse a ellos considerándolos una dinámica ideológica (Whitehead, 2002: 97), percibiendo que las masculinidades sólo son posibles como efectos de un proceso de (des)identificación que, éste es el drama, se producen en el seno de un modelo social que J. Hearn define como “heterosexismo jerárquico” (1987, citado en Brittan, 1989: 18) en el que el *masculinismo* es asumido como real y natural colaborando así a la reproducción de identidades en los muros de la *Masculinidad*. De tal modo que si la *Masculinidad* puede ser precisada en su eficacia social, si sigue operando como modelo ideal que, en lo básico, recoge y despliega las relaciones de poder/subordinación que definen al patriarcado, es porque hay una serie de creencias y valoraciones sobre la naturaleza de la diferencia sexual que se condensan en el *masculinismo* y así apoyan la pervivencia de este modelo de (des)identificación.

Pero las implicaciones para la construcción de una perspectiva analítica preocupada por las dinámicas de (des)identificación de los varones son más profundas y hacen que avance en precisión, al menos, en dos direcciones. La noción de *masculinismo* rompe con la lógica de la incorporación funcionalista en tanto que no establece una línea de continuidad entre el mantenimiento de una ideología de la jerarquía heterosexista y la conformación identitaria. De hecho, el recurso al *masculinismo* sirve a Brittan para mantener que:

«[c]uando hablamos de la especificidad de una masculinidad, es siempre en los términos de su relación con la estructuración de la heterosexualidad jerárquica sobre las relaciones de género. Esta estructuración no es permanente. Mi posición es que ésta está siempre en los procesos de reinterpretación y subversión; lo que le aporta la apariencia de permanencia es el modo en el cual es dada por garantizada y reproducida como si fuera normal y natural» (Brittan, 1989: 18)

La potencia de una formulación de este tipo es evidente para un análisis como el que aquí se persigue de las masculinidades en tanto que procesos de (des)identificación sociocultural. En ella, tan importante como el componente ideológico es el conjunto de prácticas que los agentes sociales despliegan en la reinterpretación de los términos del ideal. De hecho, la principal consecuencia del cambio de perspectiva que representan aproximaciones como la de A. Brittan es la asunción de la *pluralización* de masculinidades en la que se resuelven los procesos identitarios en los márgenes del modelo ideal. Frente al cierre absoluto de la teoría del rol sexual y la continuidad estereotipo-personalidad, al considerar, tal y como se veía, la masculinidad como instancia «frágil y tentativa» (Brittan, 1989: 3) y al reintroducir la agencia en la estabilización de las identidades apegadas –o no– al contenido de la ideología, el objeto de análisis deviene diferente. En contra de una masculinidad única cerrada, aparece la idea de que las masculinidades son efectos contextuales, instancias contingentes atravesadas por tantos ejes de división y estructuración como existan en un contexto dado (Hearn y Collinson, 1994: 108); en definitiva, están atravesadas por los diferentes posicionamientos que confieren o restan poder social a los varones concretos que entran a su juego. Así, y en un nivel general, la masculinidad deviene masculinidades por la miríada de contextos vitales e interpretativos –ya sea en distintos momentos históricos, ya sea por la diversidad de sociedades y culturas, ya sea en una misma sociedad desde diferentes hábitats o

espacios subculturales— desde los que los agentes se hacen cargo y entienden las implicaciones de su género:

«La masculinidad, desde este punto de vista, no es una esencia universal y constante, sino más bien un ensamblaje fluido y cambiante de significados y comportamientos que varían ostensiblemente. Por eso, hablamos de *masculinidades*, reconociendo las diferentes definiciones que en torno a ese concepto hemos construido. Pluralizando el término, asumimos que la masculinidad significa diferentes cosas para diferentes grupos de hombres en diferentes contextos» (Kimmel, 2001: 48)

Pero más interesante resulta su aplicación específica. Reconocer que las masculinidades no sólo son múltiples sino que se relacionan con las posiciones sociales que ocupan los varones en otra serie de ejes empieza a hacer más aprensible el objeto de interés de esta tesis<sup>28</sup>. En el artículo “*Teorizando unidades y diferencias entre varones y entre masculinidades*”, J. Hearn y D. L. Collinson (1994) defienden que:

«Las masculinidades pueden reproducir otras divisiones sociales al tiempo que estas otras divisiones sociales reproducen las masculinidades. Como se defendió, se necesita considerar no sólo la diversidad, sino también las interrelaciones y contradicciones [entre diferentes masculinidades]» (Hearn y Collinson, 1994: 110)

En definitiva, lo que están señalando estos autores es que la masculinidad no sólo es la estabilización precaria y tentativa que se produce en relación con el *masculinismo* inherente al modelo de la *Masculinidad*, sino que para entender su eficacia y verdadero despliegue hemos de reconsiderar las escisiones internas al modelo, es decir, la imposibilidad de su intento de nombrar a *todos* los varones con el recurso al cuerpo como origen de la esencia masculina mientras prescribe la posición de un colectivo determinado de varones, los europeos blancos y heterosexuales de clases socioeconómicas medias. Dicho más claro, su propuesta es la de reconsiderar e incorporar a la explicación los intrincados cauces por los que el resto de variables de estructuración colaboran en el desplazamiento y redefinición de la masculinidad misma. Se puede así, echando la vista atrás, volver al funcionalismo para comprobar que sus autores sin ver estas interrelaciones se embarran y confunden al intentar dar cuenta de todos los varones por medio del proceso, que perciben y analizan correctamente, de cómo las clases medias

---

<sup>28</sup> De hecho, el argumento no es novedoso. Se encuentra ya en los inicios del feminismo afroamericano y su demanda de superar el modelo explicativo del patriarcado en tanto que se demuestra incapaz de cartografiar la experiencia de las mujeres negras y los diferentes ejes de exclusión que sufren en tanto que mujeres y en tanto que negras. Para un desarrollo de esta idea de interpenetración y sus consecuencias en la definición del sujeto del feminismo véase b. hooks (1992).

adaptaron el modelo de la *Masculinidad* a las exigencias del desarrollo histórico del modelo capitalista de su momento de emergencia, en el que se enuncia el modelo, al momento de su esplendor nacional en el modelo de las grandes corporaciones y antes de su momento de crisis y globalización. Volviendo al argumento de Hearn y Collinson (1994), se puede expresar de modo más claro recurriendo a las palabras de M. Kimmel cuando plantea que «[n]uestras experiencias [de la masculinidad] dependen de la clase, la raza, la etnicidad, la edad o la región, y cada uno de estos ejes modifica a los otros» (Kimmel, 2001: 48).

#### 2.2.2.2. *Orden de género y hegemonía: la masculinidad como experiencia de poder*

Ahora bien, la consideración plural de las masculinidades hace que el sistema de los géneros también tenga que entenderse desde otros parámetros. La explicación del modelo patriarcal no es suficiente para dar cuenta de las vicisitudes de estas masculinidades plurales –no es posible dar cuenta de todos los varones desde la etiqueta de *opresores*, las relaciones son mucho más contradictorias–, y aquí es donde se despliega el concepto clave, y a su vez, más problemático, de esta perspectiva analítica. En un trabajo sostenido en el tiempo R. Connell y sus colaboradores (Cargian et al., 1985; Connell, 1987, 1995 y 2000) construyen un concepto, el de la *masculinidad hegemónica*, como respuesta al modelo del rol sexual y desde su profunda crítica en los términos repasados en el punto anterior y la revisión de la noción de patriarcado. Connell defiende que para entender el sistema de las relaciones de género es preciso entenderlas en conexión con el *orden de género* en el que cristalizan, en el que devienen estructura, esto es:

«un patrón construido históricamente de relaciones de poder entre varones y mujeres y las definiciones de feminidad y masculinidad [...], el inventario estructural del conjunto de una sociedad» (Connell, 1987: 99)

El *orden de género* recoge así la estructura del sistema de los géneros y en él se dan cita cuatro elementos (siguiendo su última revisión en Connell, 2000: 25-26), a saber, *las relaciones de poder*, que entiende como principal eje del orden de género y hermana con la idea que intenta expresar la noción de patriarcado, *las relaciones de producción*, derivadas de la división sexual del trabajo y que llegan también a la acumulación de capital en manos masculinas, *las cathexis*, con lo que nombra el modelo de relaciones emocionales y la estructuración de los deseos, y *el simbolismo*, asociado con los procesos de

comunicación y las formas en que los lenguajes y sus usos se convierten en prácticas sexistas. Más allá de los elementos que nombra en su modelo, y su exhaustividad o no, lo productivo de considerar la estructuración del género por medio de esta noción es que su reproducción histórica depende de las prácticas concretas que se despliegan dentro de sus parámetros. De ahí que piense la masculinidad –y la feminidad– como proyectos de género –*gender projects*– que conectan la praxis con la estructura por medio de una serie de prácticas configuradoras –*configuring practices*– que en su *trabajo* de (des)identificación y de prescripción de posiciones y relaciones terminan por reproducir la estructura de género (Connell, 1995: 72). Desde una consideración de este tipo:

«El punto de partida de cualquier explicación de la masculinidad que no sea simplemente biológica o subjetiva debe ser la implicación de los varones en las relaciones sociales que constituyen el orden de género» (Carrigan et al., 1985: 589)

Así, aunque la definición del patriarcado de Millett (1995) puede ser correcta y dar cuenta de la ventaja general de los varones por la subordinación de las mujeres poco nos dice de la relación entre las distintas masculinidades. Para ello es necesario entender que el sistema de los géneros es más complejo, que la pluralización de las masculinidades no sólo opera en el nivel de la conformación psicológica, «[e]n un sentido igualmente importante ésta es institucional, un aspecto de la práctica colectiva» (Carrigan et al., 1985: 591). De tal modo que se pueden reconocer diferentes formas de masculinidad que se relacionan de nuevo desde relaciones de poder jerárquicas y prácticas de exclusión. En el centro de este sistema, en la cúspide de la jerarquía de las posiciones emerge la *masculinidad hegemónica*:

«La masculinidad hegemónica puede definirse como la configuración de la práctica de género que encarna la actual respuesta aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la que garantiza (o es tomada como garantía de) la posición dominante de los varones y la subordinación de las mujeres» (Connell, 1995: 77)

La posición privilegiada de la *masculinidad hegemónica* ayuda a precisar la acotación que se viene haciendo de un determinado grupo de varones como aquellos que mejor encarnan la *Masculinidad*. Con el recurso a este concepto se pueden explicar además las intrincadas redes de poder/subordinación que se instalan también en las relaciones entre varones:

«Lo que emerge de esta línea argumental es el importante concepto de *masculinidad hegemónica*, no como “el rol masculino”, sino como una particular variedad de masculinidad ante la cual otras –entre ellas jóvenes y afeminados como homosexuales– son subordinadas. Es un particular grupo de varones, no los varones en general, los que son oprimidos dentro de las relaciones sexuales patriarcales, y cuyas situaciones están relacionadas de diferentes modos con la lógica general de la subordinación de las mujeres a los varones» (Carrigan et al., 1985: 587)

Connell hablará de masculinidades cómplices –aquéllas que se aprovechan de la hegemonía sin encarnarla directamente–, masculinidades subordinadas –aquéllas que sufren la opresión patriarcal y que ejemplifica en la homosexualidad– y masculinidades marginadas –excluidas en relación a otros ejes de estructuración como la clase o la raza– (Connell, 1995: 78-81). Las masculinidades se fraguan así en una *relación de poder contradictoria* (Kaufman, 1994), emergen como posiciones mucho más fluidas de lo que se pensaba y atravesadas por una serie de tensiones en tanto que su posición de dominio es más bien una quimera reservada a unos pocos –Connell considera que la *masculinidad hegemónica* es desplegada por un número muy bajo de varones, la mayoría estarían en la posición cómplice, como él dice, aprovechándose de los dividendos del patriarcado sin encarar los vaivenes y confrontación que implica la primera línea– y en tanto que deja a los varones ante la difícil encrucijada de apoyar el patriarcado o correr el peligro de ser catalogados como subordinados –afeminados, poco hombres...– y así excluidos y/u oprimidos en las redes patriarcales.

El concepto de *masculinidad hegemónica* resulta contradictorio en su aplicabilidad al campo de análisis de las masculinidades. Es innegable el empuje que representa para la investigación aplicada (Connell, 2000) en tanto que permite acercarse a la experiencia de género de los varones y cartografiar las relaciones de poder contradictorias en las que se producen sus procesos de (des)identificación y así las relaciones con sus entornos sociales. Pero su fuerza y la tendencia a hacerla el centro de cualquier intromisión analítica en la explicación de los procesos de las masculinidades termina por investirlo con un peso específico y rodearlo en un aura de atención preferente que corre el peligro de borrar los intrincados vericuetos en los que se resuelve la (des)identificación en el orden de género que define (Whitehead, 2002: 93-4). En este sentido, es revelador el trabajo de J. Hearn –tanto en solitario (Hearn, 1992 y 1996) como con D. L. Collinson (Hearn y Collinson, 1994; Collinson y Hearn, 1996)– en torno a las posibilidades de

aunar en nuestro conocimiento de las masculinidades la unidad y las diferencias internas de la categoría masculinidad. Si de un lado es imposible aprehender la experiencia de los varones sin considerar, como se vio, el conjunto de relaciones y posiciones de poder que intersectan en la estabilización del contenido de la masculinidad vivida, tampoco es posible dar cuenta de las relaciones de género de una sociedad sin entender la aparente unidad que se confiere a la masculinidad, entendiéndola aquí, en mis términos, como esa componenda cultural de la modernidad que es la *Masculinidad*, y que la convierte en una clase de género (Hearn y Collinson, 1994: 101), en una categoría política. No me interesa tanto el análisis pormenorizado de Hearn como resaltar la problematización que supone de la *masculinidad hegemónica* en tanto que apunta a otra parte. Comprende que esas relaciones de poder contradictorias no sólo tienen que ver con las posiciones sociales y las ideas mantenidas de modo más o menos consciente, sino que también se incorporan a la construcción identitaria misma haciendo de la masculinidad hegemónica –y del resto de masculinidades– un concepto más abierto, menos coherente, menos determinante que lo que se desprende del análisis de Connell.

La revisión de Hearn en cierto modo apunta la solución a la principal crítica que se le ha hecho al modelo de Connell y muestra las razones por las que no es del todo satisfactorio para el estudio de las masculinidades españolas contemporáneas y sus diatribas recientes. La *masculinidad hegemónica* introduce la reflexión en torno a las masculinidades en una consideración circular que termina por hacer de la masculinidad –o las masculinidades– una especie de caja negra abstraída del discurrir social. La entrada en este callejón sin salida tiene que ver con la relación que se establece entre las diferentes masculinidades. Connell entiende que el modelo de *masculinidad hegemónica* es cambiante cultural e históricamente, pero que en toda sociedad puede reconocerse y en ella opera como *vara de medir* o *piedra de toque* por la que es necesario pasar en el juego de la (des)identificación (Carrigan et al., 1985: 113). Es decir, que en la construcción de cualquier identidad masculina, el modelo hegemónico funciona como referente, funciona como modelo que ordena los demás en un orden jerárquico que excluye en diferente grado y de forma paulatina a las masculinidades que se separan de sus parámetros. La *masculinidad hegemónica*, además y como se ha argumentado, es el centro de un sistema de dominación, es la estrategia por la que se mantiene este sistema ya que se puede ser

beneficiario de los dividendos del patriarcado sin encarnar la posición hegemónica y así ser parásito del sistema desde las *masculinidades cómplices* (Connell, 1995: 79). Lo que subyace es que el sistema de relaciones de géneros se mantiene por medio de una identidad que jamás se cuestiona, que jamás se explica, que, como pasara en el caso de la teoría de roles, queda abstraída de los propios procesos que despliega.

Como explica S. L. Whitehead, la reducción de la *masculinidad hegemónica* a una especie de sustancia se explica por el acercamiento al concepto de hegemonía (Whitehead, 2002: 92) y su comprensión en términos tremendamente estructurales. La noción de hegemonía en Connell aparece desde una relectura parcial de la revisión de A. Gramsci de las relaciones de clase. Su énfasis en los aspectos más estructurales –no puede olvidarse que se introduce en él en busca de una explicación de los sistemas de dominación– le hace perder de vista el peso que la transformación y la resistencia ocupa en el pensamiento gramsciano. La hegemonía en Connell es dominación y subordinación, cuando una de las principales puertas que abre su lectura va precisamente en una línea bien distinta, apunta a la *negociación* (Hall, 1997) como pieza clave en la que poder comprender las relaciones de poder de una sociedad sin caer en la disolución de la agencia por la omnipresencia de la estructura.

En definitiva, lo que subyace es una crítica más profunda y general a todo el desarrollo de la literatura que se acerca a las masculinidades como parte de un sistema de relaciones de género atravesadas por el poder; crítica que apunta a su tradición estructural y su relación con la noción de patriarcado en su primera acepción como las fuentes de su errónea o, mejor, limitada explicación. Así, las masculinidades en el campo del *masculinismo* como ideología y en la economía identitaria de la *masculinidad hegemónica* parecen encallar en el mismo problema que la consideración de L. Althusser (2000) de los aparatos ideológicos del Estado. Allí, por medio de la noción de *interpelación* es capaz de dar cuenta de cómo las ideologías y los procesos de subjetivación son caras de la misma moneda: la ideología interpela al individuo como sujeto, lo empuja a ser en un determinado orden de cosas al nombrarlo, lo sujeta a las redes de poder que la ideología establece (Althusser, 2000: 33-4). Pero en el juego de la interpelación desaparece cualquier línea de escape del trabajo ideológico, «la ideología no tiene afuera» (*Ibidem*), se diluye la capacidad de agencia del sujeto, la posibilidad de salirse –aunque esto sólo



pueda hacerse asumiendo profundas consecuencias– de los términos de la ideología o, al menos, de negociar con sus fronteras. Operando del mismo modo, el *masculinismo* y su encarnación en la *masculinidad hegemónica* funcionan como elementos ideológicos, absolutos y sin afueras, lo que, a la sazón, termina por diluir la capacidad de agencia de los varones para subvertir o transformar el modelo o, cuando menos, para desplazarlo en direcciones que ni el modelo ni la ideología habían incorporado.

En este sentido, se puede reivindicar una lectura diferente de las principales nociones de A. Brittan y R. Connell. Si en la consideración de la *masculinidad hegemónica* puede rescatarse una praxis de las masculinidades pervirtiendo algunos de sus supuestos y profundizando en otros –como se verá, esta es en parte la solución de J. Hearn que sirve de motor para mi propia propuesta de análisis<sup>29</sup>–, en el caso de la noción de *masculinismo* la promesa es aún más clara (Whitehead, 2002: 98). A. Brittan no sólo propone un modelo mucho más rico en matices, sino que en su propia teoría hay un esfuerzo por recuperar la agencia y hacer de los elementos ideológicos que define más un fondo un caldo de cultivo contestable y precario que se traduce en una suerte de ambivalencia ante la pregunta de cómo resolver la relación entre la diversidad humana vivida, la construcción de modelos más o menos estables de género y el establecimiento de unas relaciones de dominación patriarcales. Por una parte, su respuesta es quizá más ambigua que la lectura que se hace de su trabajo desde las teorías sistémicas de las masculinidades; por otra, su argumentación, haciendo de la ideología el centro del entramado explicativo, encierra una deriva estructural que es lo que le hace volver a los términos del patriarcado para dar cuenta de la masculinidad. En cualquier caso, en Brittan, y esto es lo interesante, se intuye la necesidad de otros conceptos, de otras formas de entender el juego de las masculinidades que pueda resolver el problema de la agencia, el problema de cómo las masculinidades se encuentran en los cuerpos, de cómo los

---

<sup>29</sup> Para J. Hearn (2004) en el paso de la consideración de la masculinidad hegemónica a la hegemonía de las masculinidades está la clave del avance en la explicación sociológica de las masculinidades. Con este juego de palabras, Hearn recupera los conceptos de Connell para desarrollarlos en nuevas direcciones. La pregunta por la hegemonía de las masculinidades es la cuestión por los modos, situados y concretos, en los que se hace posible esa hegemonía. Es la preocupación por la praxis de la encarnación de la marca de género masculina la que le permite ensayar nuevas formas de teorización e investigación en este campo. Como se analizará en el apartado 2.3., ésta es la dirección en la que avanza mi propia perspectiva analítica y el concepto de *exposición* que propongo para el análisis de las masculinidades; remito a ese punto para un tratamiento más detallado.

modelos también son presa de su encarnación y así de la praxis de los varones que la toman como parte fundamental de su identidad.

### 2.2.2.3. *La masculinidad como negación*

Si en el psicoanálisis freudiano se encuentra el corte epistemológico que hace posible una consideración sociológica de las masculinidades al abrirse el tropo de la (des)identificación y en el funcionalismo parsoniano se enuncian las preguntas al cerrar la brecha entre la consideración psicológica y social de las masculinidades, por medio del trabajo de los autores reseñados en este apartado se puede empezar a nombrar una sociología de las masculinidades como tal. Y así, prendida en la revisión terminológica que se ha expuesto, la consideración de la *Masculinidad* y los procesos de su (des)identificación también avanza en nuevas líneas al revisarse desde la construcción sistémica de las relaciones sexo/género.

R. Connell, en el repaso de los conceptos y explicaciones esgrimidas en la lucha por estabilizar el objeto de una sociología de las masculinidades, califica el proceso que media entre el acercamiento funcionalista y el basado en el sistema sexo/género como el paso de las explicaciones normativas a las explicaciones semióticas, el paso de la preocupación por los mandatos sociales de una masculinidad entendida como rol que se incorpora a la personalidad a la preocupación por:

«el sistema de diferencias simbólicas en el cual lo masculino y lo femenino, como posiciones, son contrastados. La masculinidad es, como resultado, definida como no-feminidad» (Connell, 1995: 70)

En los términos que se defienden en esta tesis se nombra como *el paso de la masculinidad como posición a la masculinidad como negación*. De nuevo, para entender este desplazamiento es preciso rastrear las fuentes en las que bebe la teorización de las masculinidades a partir de los años ochenta. En este cambio de perspectiva se agazapa la lectura de la lingüística estructural y su consideración de las categorías del lenguaje desde las diferencias con sus contrarios lógicos pero, de modo fundamental, en la aplicación a la definición de los procesos identitarios masculinos, se relaciona con las revisiones del psicoanálisis tanto desde el feminismo psicoanalítico (Chodorow, 1984) como, en menor medida, en términos estructurales (Lacan, 1974).

Según Chodorow<sup>30</sup>, la principal diferencia en la conformación de la psique de varones y mujeres es que mientras que en el caso de la feminidad se prima un elemento relacional, en tanto que se establece una línea de continuidad entre la fantasía materna y el self de la niña que le permite seguir experimentándola como su igual y así mantener el vínculo de dependencia primigenio, en la estabilización de las masculinidades opera un profundo ejercicio de diferenciación entendido psicológicamente en términos oposicionales<sup>31</sup>; la independencia que se fragua como expectativa en el desarrollo del niño se refuerza en la consideración de la madre como 'lo otro' haciendo del extrañamiento y la separación tanto las estrategias como el resultado psíquico de la masculinidad adulta (Chodorow, 1984: 158). Como se argumentaba, el modelo de (des)identificación oposicional no se acaba en el periodo infantil, avanza como estructura de las interrelaciones adultas en tanto que una identidad construida como rechazo de una posición, como oposición a la feminidad, termina por resolverse como una estructura más precaria de lo que ya de por sí es cualquier conformación psíquica; si se sigue el trabajo de Freud:

«la virilidad es un mito terrorista. Una presión social constante obliga a los hombres a dar prueba sin cesar de una virilidad de la que nunca pueden estar seguros: toda vida de hombre está colocada bajo el signo de esta pugna» (Lefaucheur y Falconnet, 1975: 65; citado en Sau, 2000: 32)

En tanto que construida desde una dinámica de la oposición, la masculinidad deviene una negación, una expresión continua y necesariamente mantenida en el tiempo dada su falta de sustancialidad de que no se está el lado de lo que no se debe ser –femenino–

---

<sup>30</sup> No me detendré aquí en la revisión pormenorizada de los planteamientos de Chodorow (1984). Para ello remito al repaso de sus tesis en el apartado 1.3. "El tropo de la *Masculinidad* moderna: la identidad masculina como oposición". Rescataré ahora su principal tesis para testar la profundidad de este desplazamiento de la perspectiva de análisis de las masculinidades.

<sup>31</sup> El uso que se hace en este paradigma de la noción de oposición hunde sus raíces en la consideración de Chodorow sobre este tipo de relaciones oposicionales en la conformación de la psique. Es importante no confundirlo con otros usos sociológicos, mas extendidos en general aunque no articulados en la sociología de las masculinidades, del término oposición en tanto que toma de posición en contra del poder. En este caso, no se trata de oponerse al poder. Podría pensarse que subrepticamente en las dinámicas opositivas del niño hay una oposición a la madre en tanto que ocupa la posición-poder en las relaciones de cuidado y primer vínculo afectivo, pero tal interpretación además de no encontrarse en la teoría de Chodorow colapsa con el relato preedípico que traza: es la entrada del padre-masculinidad en tanto que referente simbólico que colma el espacio del *ideal del yo* el que mueve a las dinámicas opositivas; es la consideración de que el poder está en otra parte y de que se puede y quiere ocupar esa posición que las oposiciones con la madre –y lo femenino– se sitúan en el centro de la psique masculina.

para ser varón, para ser adulto, para ser independiente. También se comentó la conexión que esta teoría guarda con las explicaciones dadas por otros autores (Kimmel, 1994; Bourdieu, 2000) sobre la conformación homosocial y basada en el miedo a lo femenino que explicaría la profunda homofobia de la modernidad occidental así como su importancia en la estabilización de las masculinidades. Estas afirmaciones pueden precisarse ahora por medio de la noción de *masculinidad hegemónica* y la definición del sistema de relaciones de género como *orden de género*, encontrando así que la oposición, como mecanismo de (des)identificación, juega al menos en dos niveles. Si por un lado se ha visto cómo la oposición configura un orden lógico que contrasta masculinidad y feminidad, convirtiendo lo masculino en ser no siendo femenino –véase capítulo primero–, la lógica de la oposición y la construcción de la masculinidad como negación también juega en el marco más reducido de las relaciones entre diferentes masculinidades. Las interrelaciones entre *masculinidades hegemónicas* y aquellas que no lo son (Carrigan et al. 1985: 591 y ss.), consideradas en el nivel psicodinámico, no son más que una versión condensada de esta lógica. Se puede entonces interpretar que la oposición es el patrón internalizado por el que la hegemonía de la masculinidad patriarcal consigue su éxito; caer en el espacio de la subordinación o la marginación es vérselas con la posibilidad de perder esa masculinidad tan precariamente estabilizada, en tanto que si no se está del lado del ser no siendo femenino –en último extremo contenido en el modelo hegemónico– se podría volver a ser indiferenciado, dependiente y no adulto o, en el extremo, femenino. De ahí la comodidad de las masculinidades cómplices que sin entrar al juego de la dominación hegemónica la apoyan y toleran como estrategia de reafirmación de la propia masculinidad; de ahí la absorbencia del sistema de dominación ya que en él no sólo se asegura una posición de privilegio sino que se afianza la propia identidad.

### **2.2.3. Identidad, performance, poder: las masculinidades como diferencia**

Los enfoques basados en el sistema sexo/género, en definitiva, construyen un modelo explicativo que descansa en la posición identitaria definida en torno a la *masculinidad hegemónica*. Es decir, reconstruyen un espacio de coherencia y estabilidad que, y en esto radica la potencia de su propuesta, da cuenta del proceso moderno de la (des)identificación en los márgenes de la *Masculinidad*, pero que no termina de dar

cuenta de los vericuetos en los que se resuelven las masculinidades vividas por la circularidad recurrente que implica que toda identidad se defina desde el modelo hegemónico. Dicho más claro, al hacer de la *masculinidad hegemónica* el centro de los procesos de (des)identificación en cierto modo se da por buena la lógica moderna del ideal de la masculinidad y se sacan de la explicación, o aparecen sólo de modo anecdótico, los procesos de abrazo o, por el contrario, de resistencia, que hacen posible la remanencia y la transformación de las masculinidades vividas y las relaciones de género. Se puede decir que al no llegar a las bases socio-cognitivas del *secuestro de la experiencia* (Scott, 1999) que opera el modelo estereotípico de la *Masculinidad* pierden de vista la diversidad humana, la diversidad potencial y material que encierra la corporeidad masculina y su despliegue sociocultural. Tanto en el modelo moderno como su trasunto en la idea de una *masculinidad hegemónica*, los modos en los que se puede *ser hombre* se ponen en relación con una identidad fuerte y cerrada a la que se reducen. La salida de ese bucle o, siendo más preciso, su deconstrucción, es el hilo argumental de la teoría post-estructural<sup>32</sup>.

El programa de los estudios sociológicos de las masculinidades se desplaza y su perspectiva vira en otra dirección. No sirven las explicaciones que devuelven a la lógica de la modernidad como si ésta estuviese acabada y disponible para su incorporación, ya sea en el modelo de la inculcación o pensada desde las relaciones oposicionales que engendra el modelo hegemónico, o al menos quedan muy limitadas por la imposibilidad de alcanzar el mecanismo que las sustenta y asegura su éxito. Es necesario rastrear el *afuera* de la ideología althusseriana (de Lauretis, 1992); es preciso reencontrar el proceso mismo por el que se establece y reproduce –tanto en el sentido conservador como en su vertiente productiva en tanto que en cada vuelta, en cada estabilización encarnada o institucional del modelo se reconoce un trabajo de recreación y por tanto de cierto

---

<sup>32</sup> No deja de ser problemático el reducir los enfoques post-estructurales a una línea de coherencia. Las obras de R. Barthes, G. Deleuze, J. Derrida o M. Foucault, por nombrar a cuatro de las cabezas más visibles de este giro, mal resisten la convivencia sin disenso en una suerte de reconstrucción de la historia del pensamiento de finales del siglo XX. No es ésa mi labor aquí y por ello tampoco encaro la exposición exhaustiva de sus argumentaciones. En el intento de arrojar luz a los estudios de las masculinidades que han movilizadado este corpus de teorías para pensar los procesos de subjetivación me detendré tan sólo en las principales nociones que han ayudado a construir un acercamiento diferente a la experiencia de los varones como seres con género. Para un análisis más pormenorizado véase Petersen, 1998.

desplazamiento— que puede establecer y mantener durante siglos un sistema de dominación basado en la diferencia sexuada. De otro modo, el análisis de las masculinidades sería incapaz de explicar el modo en el que las desigualdades se mantienen y las identidades masculinas sedimentan en modelos como el de la *masculinidad hegemónica*. Dicho de otro modo, sin salir del cortocircuito del sistema sexo/género se podría fotografiar el estado de las relaciones de género en un momento dado, pero esas relaciones y las identidades en las que se apoya para operar su ordenamiento quedarían de nuevo sin tratar. En este sentido, se encuentra en la relectura de la teoría de M. Foucault (1978) sobre la sexualidad una posibilidad de superar este inmovilismo analítico. Tomando la construcción de la sexualidad occidental como la historia por la que se establece *la verdad del sexo*, Foucault plantea la conexión saber/poder como relación productiva de *discursos* que nos explican y se implican en nuestra propia forma de ser. El discurso en Foucault, por tanto, no es el de la lingüística, no tiene que ver sólo con las formas en las que se ordenan las categorías con las que nombramos, sino que lo señala en tanto práctica, en tanto *praxis* que se convierte en origen de la subjetividad y así «capacita y marca al individuo», produce al individuo mismo (Whitehead, 2002: 102). El *discurso* foucaultiano se trenza en las *tecnologías*<sup>33</sup> —especialmente en las tecnologías del yo (Foucault, 1990)—, *saberes* que nos cuentan y nos constituyen en tanto que nos sirven para entender nuestra *verdad* identitaria; pero también habla de su virtud *disciplinaria*<sup>34</sup>, de su capacidad productiva, de su *poder* en tanto que se encuentran en los

---

<sup>33</sup> De nuevo, remito al primer capítulo donde se ofrecía un desarrollo más en profundidad de los conceptos foucaultianos de *tecnología* y *disciplina*. Aquí me limito a rescatarlos para señalar la incorporación de su uso que se demanda desde determinadas perspectivas de la sociología de las masculinidades (Whitehead, 2002: 100 y ss.).

<sup>34</sup> La noción de *disciplina* en Foucault evoluciona a lo largo de su pensamiento. En *Vigilar y castigar* (2008) la *disciplina* es la herramienta de generación de cuerpos dóciles, de la adecuación de los cuerpos, sus deseos y sus capacidades a las exigencias del poder emanado del cambio epistemológico de la modernidad. Más adelante, en *Historia de la Sexualidad* (1978), el concepto se desarrolla en otra línea que es la que aquí se rescata. La *disciplina* entonces deviene menos absoluta, menos perfecta. El disciplinamiento de los cuerpos es el efecto de la asunción de lo discursivo en la consideración de uno mismo y de/en sus relaciones con los demás; el disciplinamiento tiene que ver con el poder que despliega un discurso para explicar una verdad que, de ser aceptada como tal, termina por regular la experiencia del individuo en tanto que lo inaugura y le impele a ser en sus términos. Pero el *discurso*, argumenta Foucault en relación con su propuesta del estudio de la biopolítica, nunca es ajeno a su despliegue. Saber y poder son nodos enlazados que no pueden entenderse el uno sin el otro. Desde aquí, el *discurso* se separa de su reducción a una ideología y su configuración de falsa conciencia que propone el marxismo althusseriano; la *disciplina* o, siendo más preciso, el *disciplinamiento* nombra el momento productivo del discurso, hace entrar en el juego de su estabilización no sólo al poder que lo

cuerpos y sus modos de ser, en tanto que son incorporados y mantenidos por el trabajo de lo *discursivo* mediante su recitación por parte de los agentes sociales que así aplican la inteligibilidad del *discurso* al entendimiento de sus cuerpos y, en última instancia, a su configuración como sujetos –en un doble sentido, sujetos en tanto que provistos de capacidad y sujetos en tanto que sujetos al *discurso*– (Foucault, 1978). El desplazamiento de la consideración discursiva de la masculinidad, entendida así en línea con la categoría de *Masculinidad*, abre la puerta a la restitución de la agencia social de los varones –y del resto de los agentes sociales– ya que de no ser por su intelección de sí mismo y de los demás por medio de los parámetros del *discurso*, sería imposible asegurar el mantenimiento de las categorías, en este caso de lo masculino y lo femenino como polos dicotómicos.

A dar ese paso puede ayudar la propuesta de J. Butler<sup>35</sup> en *El género en disputa* (2001a) que piensa el género como categoría contestable y contestada por las prácticas de incorporación del discurso. Haciendo del género el efecto de los *discursos* sobre los cuerpos sexuados, la propia noción de género se ve desplazada:

«La distinción sexo/género y la categoría sexo en sí parecen presuponer una generalización de “el cuerpo” que existe antes de la adquisición de su significación sexuada. Este “cuerpo” con frecuencia parece ser un medio pasivo que es significado por la inscripción de una fuente cultural concebida como “externa” respecto de él. Sin embargo, cualquier teoría del cuerpo culturalmente construido debería cuestionar “el cuerpo” por ser un constructo de generalidad sospechosa cuando se concibe como pasivo y previo al discurso» (Butler, 2001a: 160)

Al pensar los cuerpos –y su diferencia– no como entidades biológicas acabadas sobre las que opera una cultura, sino como efectos discursivos en tanto que atrapados en una red de significación sexuada que los agentes movilizan en su comprensión de sí, la distinción sexo/género y el sistema de interpretación de las masculinidades que se fragua

---

normativiza o impone, sino también, y de forma principal, al individuo que se piensa y explica desde él, abriendo de este modo su teoría del poder a las posibilidades de la resistencia, a la necesaria implicación de los agentes sociales individuales en el mantenimiento de la fuerza social de un determinado *discurso*.

<sup>35</sup> El trabajo de Butler (2001a, 2001b, 2002), como pasara con el de Rubin (1996), no agota la transformación que señalo, pero me sirve aquí para rescatar el concepto que considero central para entender el desarrollo de los estudios de las masculinidades en este punto –el de *performance*– a la vez que para introducir el giro intelectual que reubica algunos de los nodos en la investigación de las masculinidades.

en su seno implosionan en tanto que en su uso se puede señalar la reproducción del *discurso* dicotómico de la modernidad, haciendo invisible o aledaña cualquier consideración de las masculinidades subalternas y las experiencias de poder que engendra. Butler propone *romper la baraja* o al menos cambiarla por una que sea capaz de conjugar los vericuetos por los que la *naturalización* de los cuerpos es posible. El concepto de género se desplaza en este trabajo de revisión en el que su orden queda en suspenso; «el género no es exactamente lo que “somos” ni precisamente lo que “tenemos” [...]. El género es el mecanismo por el cual las nociones de lo masculino y lo femenino son producidas y naturalizadas» (Butler, 2001b: 22). Desde una perspectiva de este tipo, los procesos de (des)identificación se resignifican o releen en términos bien distintos, en tanto que las masculinidades pueden entenderse como efectos de la *naturalización*, de *normativización* de posiciones y capacidades. El énfasis se pone en los modos en los que esta *naturalización* es llevada a cabo y, en su límite, en cómo la realidad de las subjetividades vividas excede continuamente las fronteras del ideal, en términos de J. Butler, concebido como “matriz de lo masculino y lo femenino” (2001a) que prescribe posiciones sociales y cuerpos, en un ejercicio de reducción que los contiene en pares dicotómicos y hace externa toda identidad que subvierta sus límites. De tal modo que el análisis del género no sólo se acerca al sistema sexo/género desde una profunda crítica, sino que permite encontrar en sus confines la posibilidad de la resistencia, la emergencia de otros modos de ser y su exigencia por ser. El género, de este modo, no es sólo el espacio de la dominación establecida –o en sus términos, la dominación *naturalizada* en la encarnación de sus categorías–, el género es la herramienta para su transformación en tanto que la afirmación identitaria, uno de los frutos de lo que aquí he denominado procesos de (des)identificación, puede hacer del género vivido y su experiencia un espacio de redefinición, y así «el género podría ser perfectamente el aparato por el cual tales términos se deconstruyen y desnaturalizan» (Butler, 2001b: 22).

Desde esta consideración procesual y abierta, fundamental para mi propia propuesta de análisis, el género se entiende como elemento *performativo*, como elemento en liza que se dirime en los cuerpos en tanto que de su adecuación o separación de los parámetros de la *matriz heterosexual moderna* es lo que asegura o subvierte las fronteras entre ese adentro y ese afuera que establece, por ejemplo y para el caso que aquí me ocupa, el



modelo de la *Masculinidad* en el seno de su lógica identitaria. Para Butler, en entender la importancia que la encarnación tiene en la estabilización de los sentidos sexuales radica el centro de una explicación del género y su potencia social. No se trata entonces de perseguir ontologías, sino de ser capaces de alcanzar al género en su proceso de *regulación corporal*:

«Actos, gestos y deseo producen el efecto de un núcleo interno o sustancia, pero lo hacen *en la superficie* del cuerpo, mediante el juego de ausencias significantes que sugieren, pero nunca revelan, el principio organizador de la identidad como una causa. Tales actos, gestos y realizaciones –por lo general interpretados– son *performativos* en el sentido de que la esencia o la identidad que pretenden expresar son *inventos* fabricados y mantenidos mediante signos corpóreos y otros medios discursivos. El hecho de que el cuerpo con género sea performativo indica que no tiene una posición ontológica distinta de los diversos actos que constituyen su realidad» (Butler, 2001a: 167)

La *performatividad* del género remarca su carácter histórico y situado (Haraway, 1995), apunta al proceso como objeto de una sociología de las masculinidades y amplía su proyección al menos en dos direcciones productivas. Por una parte en tanto que la *performatividad* no sólo da cuenta de los mecanismos por los que las identidades sexuadas se conforman en el contexto de la *matriz heterosexual moderna* –pudiendo explicar de modo más preciso las regularidades y las regulaciones que se señalaban desde otros enfoques por medio del recurso a roles o a sistemas de dominación–, sino que amplía el ámbito de interés a los modos en los que las identidades subalternas se engarzan en la misma lógica para dinamitarla. La *Masculinidad* desde esta perspectiva aparece como un objeto más amplio; como discurso de la modernidad que intenta reglamentar a los cuerpos con género nos habla de los varones heterosexuales y sus relaciones con las mujeres heterosexuales y las identidades de la otredad, pero también se ve en sus afueras, en los excesos que lo demuestran *paródico* en tanto que hacen explícita la performatividad de su abrochadura. Para apoyar esta idea, Butler recurre al ejemplo de las identidades que de forma explícita subvierten los límites del modelo. Ella habla de *drags* y *transgénero*<sup>36</sup> y de lesbiana *femme* y *butch*<sup>37</sup> para ejemplificar esa posibilidad que encierra

---

<sup>36</sup> Al hablar de *drags* se hace referencia a las identidades paródicas que adoptan los actos y gestos del sexo opuesto en una especie de representación; se refiere así al espectáculo del transformista tan arraigado en la cultura española, pero también se hace extensible a los movimientos transgénero que, sobre todo en Estados Unidos, se ha convertido en una corriente contracultural que de forma explícita y consciente mezcla y combina las representaciones asociadas con la masculina y la feminidad con

el género como elemento *desnaturalizador* en tanto que, citando y representando de forma paródica las posiciones del modelo, hacen evidente el carácter *performativo* ya no sólo de su identidad sexuada sino de cualquier identidad:

«La noción de parodia de género que definiendo no asume que haya un original al que esas identidades paródicas imitan. Por el contrario, lo que se parodia es la idea misma de un original. Del mismo modo que la noción psicoanalítica de identificación de género se constituye mediante la fantasía de una fantasía, [...] la parodia de género revela que la identidad de género original tras la que el género se forja como tal es una imitación sin origen. Para ser más precisa, es una producción que, en efecto, esto es, en su efecto, simula una imitación. Este desplazamiento constante constituye una fluidez de identidades que sugiere una apertura a la resignificación y a la recontextualización y que priva a la cultura hegemónica y sus críticos de la pretensión de una identidad de género esencialista” (Butler, 1989: 338).

Por otra parte, y aquí radica el punto clave que permite un acercamiento más productivo a las masculinidades como procesos de (des)identificación, los procesos de subjetivación también se piensan desde otro punto de vista. Desaparece la preocupación por los modelos en sí e interesa el modo en el que esos modelos son actualizados y desplegados por medio del juego de la *repetición estilizada de actos*. La identidad en Butler deviene *performance* en tanto que ya no sirven las esencias, biológicas o sociales, para explicar la pervivencia de determinados modos de ser:

«El género no debe interpretarse como una identidad estable o un lugar donde se asiente la capacidad de acción y de donde resulten diversos actos, sino, más bien, como una identidad débilmente constituida en el tiempo, instituida en un espacio exterior mediante una *repetición estilizada de actos*» (Butler, 2001a: 172)

El proyecto de una sociología de las masculinidades queda así desplazado a otra parte. Lo que interesa es la eficacia del *discurso* moderno de la *Masculinidad* en tanto que sirve para explicar los procesos por los que los varones heterosexuales de clases medias, al abrazarlos, se atrincheran en sus posiciones de privilegio; para dar cuenta de los continuos cambios y remanencias que se producen en la *interpretación performativa*; para rescatar, en suma, los intrincados procesos en los que la capacidad de los agentes sociales se moviliza en la pervivencia y en el cambio de los modos de *ser hombre* haciendo del

---

la heterosexualidad y la homosexualidad como una forma de romper con la *verdad*, y así con el poder, de la identidad de género. Para un análisis crítico de estos movimientos véase Nieto, 1998a.

<sup>37</sup> Los términos *femme* y *butch* hacen referencia a las posiciones que adoptan mujeres lesbianas en tanto que se presentan en lo social y entren en la relación desde una posición que exalta la feminidad (*femme*) o la masculinidad (*butch*) tal y como se concibe en los parámetros de la matriz heterosexual. Los conceptos, de amplia difusión en el ámbito anglosajón, son cada vez más usuales en España.

poder ya no una distinción ontológica y basada en lo individual sino el resultado de su ejercicio en esa imbricación que señala Foucault entre el poder y la resistencia (Whitehead, 2002: 107).

### 2.2.3.1. Nuevas direcciones en la comprensión de las masculinidades

Desde mediados de los años noventa, los estudios de las masculinidades están atravesados por la escisión entre una revisión crítica que apunta al abrazo de los acercamientos post-estructurales al género como programa de avance de la disciplina y revisión de sus nociones y la abrumadora producción de investigación aplicada desde los conceptos del acercamiento sistémico. No faltan propuestas de reconciliación por medio de la implementación de ambos paradigmas (Armengol, 2007; Gutterman, 1994, Pease, 2000), pero se pueden reconocer dos posturas enfrentadas. Los autores del enfoque sistémico restan valor a los acercamientos post-estructurales en tanto que no asumen la dominación masculina como eje vertebrador de las relaciones e identidades de género (Connell, 1995) y prestan poca, si no nula, atención a las críticas desde este campo reafirmando su marco interpretativo por medio de investigaciones o incorporando elementos aislados como la lectura desde el primer Foucault de la noción de disciplina o el reconocimiento del peso del cuerpo en la conformación de prácticas masculinas.

En el otro extremo, se defiende la necesaria y profunda transformación de las herramientas de análisis primando los nodos de lo *discursivo* y sus procesos de *encarnación* (Petersen, 1998, 2003; Whitehead, 2002; Berger et al., 1995). La interpretación de las masculinidades pasa entonces por el reconocimiento de la agencia en la formación y estabilización de las identidades masculinas, por la consideración de los *discursos*, pero también de los *discursos reversos* de los que habla Foucault (1968) como formas de desplazamiento y resistencia de los términos del *discurso*<sup>38</sup>. Un acercamiento de este tipo permite atender a las masculinidades desde una consideración más imbricada y pene-

---

<sup>38</sup> Como se verá, la noción de *discurso reverso* es muy productiva para la reconsideración de la agencia masculina en la estabilización de las formas de *hombría*. En la construcción de mi perspectiva analítica –véase punto 2.3.– la retomo desde la lectura que hace de Lauretis (1994) viendo en ellos la entrada a una consideración de los modos en los que los modelos o representaciones hegemónicas han de ser atendidos siempre desde los procesos que movilizan los agentes en su interpretación e incorporación –procesos presididos por el desplazamiento y la re-creación– de los significantes asentados y/o disponibles en los discursos circulantes en un espacio-tiempo determinado.

trante de otros ejes de poder como la *negritud* (Marriott, 2000), la opción sexual (Halberstam, 2008) o la interpenetración de ambas (Mercer, 1994) y, sobre todo, propone una mirada bien distinta a las analizadas a los procesos de encarnación en los que se fraguan estas identidades:

«Se necesita un análisis más sistemático de cómo los cuerpos masculinos han sido contruidos a través de las prácticas científicas y culturales como “naturalmente” diferentes de los cuerpos femeninos y cómo determinados cuerpos masculinos, llamémoslos los cuerpos de los varones blancos, europeos, de clases medias y heterosexuales, han sido contruidos como el estándar para calibrar y evaluar otros cuerpos» (Petersen, 1998: 41)

Lo que subyace es la necesaria lectura e incorporación de la revisión epistemológica que representa el feminismo de tercera ola (Petersen, 2003). Desde ella no sirve la dominación como nodo desde el que construir el resto de la lectura de las masculinidades, pues la explicación ha de vérselas con el momento mismo de la construcción de esa dominación. De hecho, la dominación en sí no se considera en tanto que producto acabado y reificado de una vez y para siempre, sino como una relación que ha de construirse y reconstruirse continuamente para asegurar su abrochadura sexista (Ehrenreich, 1995). Las masculinidades vividas han de pensarse entonces en el nudo de una serie de *discursos* que la nombran e intentan estabilizar su *verdad* con los procesos por los que esas posiciones son ocupadas por varones que, en otros ejes de poder, ocupan posiciones disímiles (Whitehead, 2002: 101). Un acercamiento de este tipo resulta productivo en tanto que avanza en la consideración plural de las masculinidades que teoriza el enfoque sistémico. Para mi investigación, como para la interpretación de las masculinidades en general, ofrece la posibilidad de conectar de un modo más matizado y coherente esa realidad diversa de las masculinidades vividas con el modelo de la *Masculinidad* en tanto que reconstruye los procesos –nunca fáciles, nunca exentos de contrasentidos– en los que las masculinidades se recomponen como una categoría social difícilmente aislable por sí misma y siempre sitiada por las posiciones socioeconómicas de los varones que la movilizan. Por tanto, en este punto más que una ruptura con la argumentación que hace de las masculinidades un espacio de diversidad y pluralidad (Brittan, 1989; Hearn y Collinson, 1994), puede leerse –o al menos así lo hago desde mi propuesta analítica– una reformulación de la dirección del análisis que en lugar de encallar en la recomposición de la pluralidad de masculinidades en un eje

jerárquico presidido por una *masculinidad hegemónica* –y por tanto devolviendo la mirada descrita a un sistema de dominación que aparece como previo y resultado del proceso de (des)identificación– permanece atento a las posibilidades infinitas del desplazamiento, a la imposibilidad de garantizar un determinado final cuando se reconoce un proceso abierto de *producción cultural*, en el sentido que da P. Willis (1988) a esta noción en su crítica a la teoría de la reproducción estructural bourdiana.

Esto, en cuanto a los temas y puntos de interés de los estudios de las masculinidades, supone un desplazamiento que entronca con el *giro culturalista* representado por los *Estudios Culturales* (Pfeil, 1995: vii). El interés no está ya –no puede estarlo– en las estrategias de un poder omnímodo o en los caminos por los que se consigue el ajuste de las (des)identificaciones al modelo. El objeto de interés implosiona en tanto que se entiende que no se puede reconstruir una masculinidad –o unas masculinidades– como esencia biológica o social, como una propiedad fijada a los cuerpos masculinos (Petersen, 1998: 121). Es necesario atender a los procesos culturales en los que esos cuerpos masculinos se cargan de sentido, haciéndolo en una multiplicidad de caminos encontrados en los que, tomando como ejemplo el análisis de S. Bordo (1999), se encuentran los mitos sobre el tamaño del pene y su importancia con los productos –cosméticos, de lencería– que hacen de los varones su *target* e idean nuevas formas para publicitar lo que hasta el momento se entendía como femenino, o con los discursos de un serial como *Ally McBeal* en el que los idilios de la protagonista sirven de vehículo para conversaciones sobre las nuevas masculinidades o los valores que se entienden como masculinos. La promesa de este desarrollo está en que las masculinidades vividas empiezan a desprenderse de categorías que las expliquen antes de su análisis; se trata de una interpretación mucho más atenta a los cambios, a las posibilidades de la resistencia y, en todo caso, a los mecanismos que pueden asegurar, en un espacio-tiempo determinado, el éxito de un modelo de dominación masculina.

En este sentido, es interesante el análisis de B. Pease (2000) en tanto que propone una relectura de los *modelos hegemónicos de masculinidad* desde M. Foucault y su teoría del poder. Considerando la *masculinidad hegemónica* como un discurso dominante, entiende que:

«el proceso de acomodación de los sujetos a discursos particulares nunca es final y está abierto a cambios y resistencias. Así que la naturaleza de la masculinidad es uno de los espacios clave de las luchas discursivas de los varones» (Pease, 2000: 35)

Recupera así la consideración post-moderna de las identidades como unidades fragmentadas (Flax, 1995) y descentradas que hace de la estabilización de la identidad y los procesos de subjetivación el centro de las lizas por la estabilización del sentido de ser. Una primera consecuencia de este cambio de perspectiva es su potencialidad para regresar a los procesos de (des)identificación como locus de la reflexión sociológica de las masculinidades. Desde la consideración de los discursos dominantes como productores de hegemonía, no sólo desvela el proceso de producción de la dominación sino que construye un modo de acercamiento a los modelos identitarios mucho más sensible a sus cambios y remanencias, entendiéndolos como parte del desarrollo sociocultural; pero además empuja la reflexión en la dirección que apuntan los críticos del enfoque sistémico al pensar no sólo los cambios de lo social sino también los desplazamientos mediados por los procesos de resistencia internos a los derroteros de la subjetivación. Por otra parte, en la aplicación de su esquema analítico a los movimientos de varones, especialmente a los grupos pro-feministas, Pease encara uno de los principales problemas de esta perspectiva, a saber, la dificultad de reencontrarse con las estructuras e instituciones sociales, ya que devuelve las potenciales de la resistencia y el cambio. Más allá de las críticas puntuales a su análisis y respuesta es de interés reseñar la perspectiva amplia y el carácter situado de su investigación que, si bien no termina de resolver el problema de cómo llevar a cabo esta articulación, sí ofrece un prometedor intento de reconstruir el camino que aquí se intenta recorrer y que conecta modelos-subjetivación-agencia-cambio social.

#### **2.2.3.2. Las masculinidades como *différance***

Por medio de esta ruptura epistemológica, el espacio de interés por las formas de la (des)identificación masculina también se desplaza. Sin negar el acercamiento semiótico a las masculinidades en tanto que construida por medio de la negación de *lo femenino* y *feminizado*, el punto de engranaje está en otra parte, es previo y señala al momento de articulación de la dicotomía, al momento en el que la identidad se convierte en *différance*, tomando el concepto de J. Derrida. Como recuerda S. Hall, la diferencia entendida

como *différance* es más que la comprobación de la alteridad, pues Derrida aúna la noción de diferencia con la de diferir, post-poner (Hall, 1989: 73-4), señalando así no sólo el efecto del corte semiótico entre lo uno y lo otro en el juego de la identificación –entre la masculinidad como negación de la feminidad y la feminidad misma, entre la identidad *Masculina* y las otredades–, sino también la puesta en suspenso del propio significante que se moviliza en tanto que no se define, no se precisa, se post-pone su cierre en una categoría. Partiendo de este acercamiento a la identidad como algo no fijo, no acabado y siempre en relación con la alteridad, el análisis de las (des)identificaciones masculinas se concreta en los procesos de subjetivación (Pease, 2000; Sedgwick, 1995) en tanto que retoman ese proceso por el que se articulan *discursos* que devienen *disciplinas encarnadas*, sin poder asegurar el cierre de la identidad, ni siquiera su componenda precaria, en los mismos términos del modelo, sin poder entender que las hegemonías y subordinaciones se mantengan iguales y/o con el mismo sentido tras el proceso de la encarnación.

Las masculinidades, y sus procesos de (des)identificación, devienen así discursivas en tanto que ya no son pues están siendo<sup>39</sup>, y en ese proceso se niegan las garantías de la estabilización del sentido. El modelo deflagra, no está amarrado ni por biología ni por posiciones sociales incontestables y, así, «cuando algo es sobre la masculinidad, no siempre lo es “sobre los varones”» (Sedgwick, 1995: 12). Los géneros se entienden como ortogonales, dejando de ser polos de oposición para presentarse como discursos que avanzan en paralelo. La aplicación más popular y que mejor recoge este giro es la que propone J. Halberstam en *Masculinidad Femenina* (2008 [1998]) que desde la *teoría queer* demanda el trabajo sobre la noción de masculinidad desde las identidades lesbianas y transgénero F2M –de mujer a varón– ya que en ellas la masculinidad se precisa con mayor fuerza que en los varones en tanto que entra en el juego de lo *paródico* (Butler, 2001a):

---

<sup>39</sup> Nótese que aquí los términos que se articulan como condición necesaria podrían pensarse en otras claves. Las identidades podrían ser y por eso estar siendo. Podrían ser a la vez un modelo con pretensión y efecto de coherencia aunque en sus procesos sociales se desplazase o habitase de modos diversos. De hecho, ésta es la paradoja que complica el acercamiento sociológico a las masculinidades que se conforman bajo el paraguas de la *Masculinidad*. Aquí radica uno de los problemas conceptuales que más adelante se esgrimen para plantear un acercamiento diferente, véase el apartado 2.3.

«La masculinidad [...] deviene legible como masculinidad donde y cuando deja el cuerpo blanco masculino de clases medias [...]. La masculinidad masculina aparece en mi proyecto como una hermenéutica, como un contraejemplo para los tipos de masculinidad que se muestran más informativos en cuanto al género y generativos de cambio social» (Halberstam, 1998: 2-3)

La masculinidad de Halberstam se separa diametralmente de las masculinidades que aquí se persiguen, pero su teorización puede ayudar a precisar las preguntas de una sociología de las masculinidades en tanto que se acerca y cartografía un espacio en el que los modelos dicotómicos colapsan precisamente por medio de los procesos de (des)identificación por los que determinados colectivos articulan una exigencia de ser que cortocircuita el efecto de frontera que mantiene la dicotomía. Dicho más claro, la emergencia de masculinidades femeninas explicita los *afueras* del sistema de sexo/género, afueras que pueden ayudar a entender los procesos necesarios para su subversión por medio del «colapso del género como sistema significante» (Halberstam, 1998: 41). Lo que permite una lectura atenta a las masculinidades heterosexuales medias productiva para su análisis es que para Halberstam tanto la emergencia de estas identidades como el escaso éxito de los intentos de romper con el sistema de los géneros dicotómico se apoyan en que:

«el fallo de “lo masculino” y “lo femenino” para completar el campo de las variaciones de género de hecho asegura la dominación continua de esos términos. Precisamente porque virtualmente nadie se ajusta a las definiciones de masculino y femenino, las categorías ganan poder y actualidad dada su imposibilidad. En otras palabras, la extrema flexibilidad y elasticidad de los términos varón” y “mujer” aseguran su longevidad» (Halberstam, 1998: 27)

Las masculinidades aparecen entonces como espacios más abiertos y fluidos que lo que permitía pensar el modelo sistémico y la semiosis de la negación; las masculinidades son una práctica y la *Masculinidad*, en tanto que discurso, también deviene espacio contestable y, en su límite, herramienta de esa contestación en tanto que, si es habitada de modo subversivo, puede generar experiencias de contrapoder que colapsan su intento de definición de identidades y órdenes sociales. Las hegemonías se diluyen y en su lugar aparecen las negociaciones como lugares de posicionamiento político y manejo de los modelos de identidad.

En cierto modo los términos del giro post-estructural son sugerentes para un análisis de los procesos de (des)identificación en tanto que con el énfasis puesto en los procesos



de subjetivación abren un camino muy productivo para entender los vericuetos por los que pasan las masculinidades en sus procesos de estabilización identitaria y ante el cambio de las sociedades. Es necesario recomponer la agencia de los varones que se (des)identifican con los modelos de masculinidad si se quiere comprender por qué y, sobre todo, cómo se mantienen determinadas trazas de esa *Masculinidad* moderna y desaparecen otras. La *masculinidad hegemónica*, la *interpelación* o el *orden de género* no bastan para explicar la experiencia de los varones y sus procesos identitarios, y por medio de la construcción de un concepto de género más atento a los procesos en sí que a las *naturalizaciones* de esos procesos, comienza a aparecer como abarcable una investigación en torno a las diatribas contemporáneas de las masculinidades españolas.

Ahora bien, el modelo post-estructural de análisis y su lectura de la masculinidad como *différance* ofrece una solución confusa a los problemas que tan bien encara. En sus explicaciones la estructura se diluye arrastrada por una suerte de voluntarismo ingenuo que pone en las identidades subalternas la esperanza de una revisión de los modelos y las relaciones de género. La preocupación por la agencia y la fluidez de las identidades termina por olvidar, o al menos por no incorporar en todo su volumen, la importancia de las posiciones disímiles en las que entramos a ese juego de negociación discursiva. La consideración la encarnación como mecanismo en el que se componen las identidades en la reiteración de actos estilizados, la importante dilucidación de esos *cuerpos que importan* (Butler, 2002) en tanto que en la ruptura con la ontología de la identidad se convierten en el último reducto de la subjetividad, se diluye o apaga al menos parcialmente porque en la explicación post-estructural parece que esos mismo cuerpos no resienten el paso de la experiencia sobre su superficie. En sus modelos explicativos el peso regulador que tienen los discursos establecidos y sus mecanismos de despliegue social se minimizan ante la posibilidad de una agencia subversiva, como si fuera posible componer una identidad como un ejercicio de reflexividad pura en la que la mismidad estuviese ahí desde siempre; es decir, como si fuera posible establecer una identidad totalmente ajena al trabajo de la socialización, una identidad que escapase a las formas de control social. El género de liviano corre el peligro de diluirse, de volátil el de terminar en la estratosfera. Entiéndase bien, no es que nieguen el carácter estructural del género, es que en sus explicaciones no se presta la suficiente atención a que la

*repetición estilizada de actos* bien puede convertirse en modelo institucional. Butler es consciente de ello, de ahí que el género no sea sólo la herramienta de la subversión sino también el origen de la *naturalización* de las posiciones de género heteronormativas. El problema radica en que en acercamientos como el de Halberstam no termina de precisarse el momento en el que esas posiciones, en su intento negociado de hacerse con poder, tienen más o menos éxito en virtud del reconocimiento a sus exigencias en un espacio-tiempo en el que opera una categoría política como es la *Masculinidad* fraguada en la modernidad.

\*\*\*\*\*

El dibujo trazado de las diferentes perspectivas que se han ocupado de las masculinidades desde su consideración sociológica permite volver sobre el objeto de esta tesis, las masculinidades en tanto que *procesos de (des)identificación sociocultural*, ya con las bases para conectarlo con una perspectiva de análisis. La pregunta de una sociología de las masculinidades de este tipo sólo se puede reconstruir ahora y *a posteriori*. Hay una preocupación que se fragua en el corte psicoanalítico de la identidad, como producto moderno generador de posiciones-sujeto que se pretenden fuertes y coherentes en sus procesos de identificación, y que, con diferente acento y andamiaje intelectual, tratan de contestar el funcionalismo, los enfoques sistémicos y el giro post-estructural en los estudios del género. ¿Cómo se deviene varón con género? ¿Cómo los modelos de identidad masculina terminan por fraguar subjetividades? ¿Cómo se incorpora a lo social y sus estructuras el posicionamiento de los agentes sociales en estos términos? Encontrar las preguntas dista de resolver una respuesta adecuada. Desde la perspectiva que se defiende en esta tesis ésa es la principal falla de este campo de estudio: ni el recurso a roles, en tanto que diluye toda agencia, ni el acercamiento sistémico, que queda obstruido por su abrazo a una consideración estructural y estática de los sistemas de dominación, ni tampoco la consideración performativa de las masculinidades, con su poca atención y limitada respuesta en torno a las determinaciones estructurales, consiguen cerrar la brecha entre lo social y lo subjetivo, entre la fuerza de unos modelos que intentan reducir la diversidad humana a una dicotomía y las posibilidades de una agencia definida como poder y, así, resistencia. No se trata de quemar su legado; todo lo contrario, es necesaria una relectura de los procesos de (des)identificación masculina

que retomando lo investigado sea capaz de reencontrarse con esa dimensión perdida, con esa imbricación de modelos y encarnaciones en las que poder testar el peso de las estructuras sociales sobre nuestras vidas y la capacidad humana de transformación, y/o refuerzo, de esas mismas estructuras. Los interrogantes propuestos señalan a una solución difícil y compleja que más allá de la apuesta por uno de los enfoques repasados, intente restituir la fuerza de cada uno de ellos. Sin la apuesta por una estructura como instancia reproductiva y reproducida desde su consideración determinante ni por un agente social caprichoso y volitivo que se entiende como capaz y auto-consciente de los cambios en los que se teje su vida, la posibilidad de una salida para un modelo explicativo de las (des)identificaciones masculinas pasa por una consideración dialéctica y dual de estas relaciones, acercándose a la estela de la teoría de la estructuración de A. Giddens con esa dualidad que presenta la estructura en tanto que *condicionante* y *consecuencia* de la acción social (Giddens, 1995: 322). En este sentido, conviene hermanar los enfoques más estructurales con los más activos por medio de la búsqueda de ese *trasfondo de la acción* (García Selgas, 1994) no discursivo y agazapado en los cuerpos que se compone de disposiciones para la acción (Bourdieu, 1988) y hábitos, que se materializa en el poder pero también en las limitaciones que implica el que construyamos nuestras identidades de género en relación con un modelo cultural, el de la *Masculinidad*, dicotómico y jerárquico.

Como recuerda D. Haraway (1995) en su repaso del concepto de género<sup>40</sup>:

«El “género” fue desarrollado como categoría para explorar lo que suele entenderse por “mujer”, para problematizar lo que había sido tomado como regla inamovible. Si las teorías feministas del género a partir de la tesis de Simone de Beauvoir, que dice que “una no nace mujer”, con todas las consecuencias inherentes a esta introspección, a la luz del marxismo y del psicoanálisis, sirvieron para comprender que cualquier sujeto finalmente coherente es una fantasía y que la identidad colectiva y personal es reconstruida socialmente de manera precaria y constante» (Haraway, 1995: 249)

La tarea entonces pasa por preguntarse por el cómo de esa reconstrucción social, por pensar las formas en las que esa fantasía en la que se convierte el sujeto a la luz de su

---

<sup>40</sup> El trabajo de Haraway de repaso histórico del concepto de género, aunque rico en matizaciones y conectado con las principales teorías que han ido apareciendo en este capítulo, parte de un análisis parcial de las teorizaciones sobre este concepto. Su análisis se centra en las propuestas del feminismo socialista, rama central en los feminismos académicos de segunda y tercera ola.

análisis consigue no sólo pensarse como ‘con identidad’ –de género–, sino cómo desde esa identidad precaria y constantemente reformulada es capaz –somos capaces– de mantener determinadas formas de ser y relacionarnos. El camino es el del encuentro de la ‘parte dura’ de las masculinidades vividas, pues sería un esfuerzo sin sentido el que una investigación de este tipo no nos ayudara a explicar los efectos de la identificación de género –de los varones– sobre las formas de desigualdad que persisten en nuestras sociedades. De otro modo, quedaríamos boquiabiertos a diario cuando viéramos que la materialidad de esa identidad puede ser, como de hecho ocurre, tanto la de la violencia y la explotación sexual, por nombrar alguno de sus extremos más groseros, como la de la proliferación de nuevas formas de relación igualitaria con las mujeres y otros varones y la del cuidado de la paternidad reformulada, de nuevo ejemplificando otras posibilidades. La apuesta de reconstrucción del *trasfondo* de las masculinidades se enfrenta a las formas soterradas en las que en tanto que *hombres* –varones masculinos– ponemos una serie de expectativas sobre el mundo que nos rodea y actuamos desde sentidos que rescatan, en una suerte de geometría variable, fluida e irregular, un determinado orden de cosas.

### **2.3. El análisis de las masculinidades en sus *procesos expositivos*: un modelo de acercamiento a las diatribas contemporáneas de las masculinidades españolas**

Hasta aquí el trabajo de exégesis ha permitido la revisión crítica de los acercamientos que construyen las masculinidades como objeto de la sociología; pero la finalidad, explicitada ya en varios puntos, era poder rescatar, de modo contextualizado en el campo de referencia, dos dimensiones importantes para esta tesis. La primera tiene que ver con la pertinencia de la pregunta por los modelos en un análisis de las masculinidades; la segunda apunta a la necesidad de una revisión crítica de la perspectiva de análisis en tanto que los principales paradigmas de estudio en este campo presentan diferentes problemas para optar por uno de ellos en el análisis de las diatribas contemporáneas de las masculinidades españolas.

La consideración de las masculinidades en tanto que *procesos de (des)identificación socio-cultural* que, como se establecía en el primer capítulo, en entornos occidentales modernos remite a la *Masculinidad* como categoría política e identitaria, encuentra en las mas-

culinidades vividas o, siendo más precisos, en la vivencia de las masculinidades, su campo de análisis. En tanto que no se toma por buena la dicotomía establecida por la *Masculinidad*, así como los términos en los que se enuncia, las capacidades que asigna a los sexos y las relaciones que prescribe, la pregunta es por el modo en el que esas divisorias entre los géneros terminan por resultar efectivas socialmente. Se trata pues de desbrozar las vinculaciones entre un modelo, el estereotipo moderno de la masculinidad (Mosse, 2000), y los agentes sociales que lo encarnan en sus cotidianidades. En este sentido el tropo de estudio se sitúa en la tensión modelo-identidad. Los débitos en esta consideración de las masculinidades han quedado dichos en el desarrollo de las diferentes perspectivas analíticas repasadas.

Más interesante resulta abordar la posibilidad de construir una perspectiva de análisis original capaz de evitar los problemas criticados en los enfoques repasados. Las derivas estructuralistas, al negar toda posibilidad de ruptura en su versión funcionalista o por remitir a la dominación como eje de la interpretación de las masculinidades en la lectura sistémica, hacen del primer polo de la tensión, es decir, del modelo, un producto acabado y cerrado con tal fuerza que sus afueras se diluyen, se hacen imposibles o como mucho anecdóticos. No es satisfactoria una solución de este tipo en tanto que apaga parte de la premisa que encierra mi definición de la masculinidad. En tanto que proceso de (des)identificación remite a la preocupación por el cómo esos modelos son desplegados por los agentes sociales, y ahí es fundamental no sólo la divisoria entre una *Masculinidad* –modélica, discursiva– y la vivencia de la misma en masculinidades diversas y cambiantes, sino su efectiva imbricación en el desarrollo social de las masculinidades. De hecho, en la solución post-estructural el excesivo énfasis puesto en el lado de la identidad, traducido en términos de agencia y poder, especialmente significados en las estrategias de resistencia, hace que esta imbricación, verdadero punto de Arquímedes de una explicación satisfactoria entre los agentes sociales y los elementos reificados y estructurales del género, se diluya en una suerte de voluntarismo que en su límite, el de las identidades paródicas, de tan consciente y auto-reflexivo parece eludir cualquier determinación o, por decirlo en términos más livianos, cualquier condicionante estructural.

En este sentido, el trabajo de T. de Lauretis (1992, 1994 y 2000) puede ayudar a salir de la encrucijada de lo uno o lo otro ya que en su reflexión se traza un marco explicativo desde el que recomponer un espacio de análisis capaz de pensar y analizar las relaciones entre modelos e identidades. Para de Lauretis, el engranaje se encuentra en la *experiencia*, definida como el «proceso por el cual se construye la subjetividad de todos los seres sociales» (de Lauretis, 1992: 253)<sup>41</sup>, proceso que ni la semiótica ni el psicoanálisis terminan de comprender al no ser capaces de articular que en ellos lo discursivo y lo físico se encuentran y refuerzan; de ahí que su propuesta sea la de volver sobre una lectura de C. S. Pierce y S. Freud capaz de articular sus propuestas, de hacerse con el espacio intermedio que ellos no atienden. Al encontrarse el *hábito* de Pierce –en tanto que complejo amplio de disposiciones y asociaciones que hacen descriptible en términos generales las acciones esperadas– con la teoría de la consolidación de la *psique* –y así de la agencia– de Freud, el proceso de subjetivación puede pensarse en tanto que proceso semiótico encarnado, en tanto que forma por la que los cuerpos se convierten en receptáculos de signos –referidos a modelos de género, signos como las categorías masculino y femenino– y los signos devienen interpretaciones que conducen a la acción –identidad de género entendida como agencia–:

«Si la cadena del significado hace un alto, aunque sea temporalmente, lo hace al encarnarse en alguien, en algún cuerpo, en algún sujeto individual. Al usar o recibir signos, producimos interpretaciones. Sus efectos de significado deben pasar a través de cada uno de nosotros, antes de poder producir un efecto o una acción sobre el mundo. *El hábito del individuo como producción semiótica es tanto el resultado como la condición de la producción social de significado*» (De Lauretis, 1992: 282).

Como resultado y condición, el hábito, en el sentido que lo plantea de Lauretis, señala la abrochadura del modelo y la identidad en tanto que se compone de sentidos socio-culturales disponibles, externos a la subjetividad que los moviliza; signos que en tanto que se usan y reciben adoptan la capacidad de la interpretación y se estabilizan como poso en la construcción de la subjetividad. En su propuesta residen dos importantes consideraciones que me permiten avanzar en un modelo analítico capaz de llegar a los procesos de la masculinidad. Por una parte, con de Lauretis se precisa la importancia

---

<sup>41</sup> Nótese que el uso de la subjetividad como producto de la experiencia se hermana con mi propia denominación de los procesos de (des)identificación masculinos; ambas terminologías señalan y remarcan la identidad como producto y proceso de una serie de relaciones.

de la encarnación como nodo que articula el bucle modelo-identidad, nodo que de hecho transforma los términos que amalgama; por otra, en esa concepción de la cadena de significados que descansa en los cuerpos, la agencia se restituye pero se desplaza del acercamiento de los enfoques performativos (Butler, 2001a; Halberstam, 1998) de la masculinidad en tanto que se precisa.

### **2.3.1. La reubicación de la agencia en los procesos expositivos.**

Entraré a la primera consideración comentada en el siguiente apartado para argumentar la importancia de incorporar la encarnación a la explicación de las masculinidades, pero antes conviene aclarar en qué términos se reubica la agencia, pues desde ella nombraré el concepto con el que articulo mi perspectiva analítica. En tanto que las subjetividades se piensan como entidades con capacidad de agencia, en ellas reside la posibilidad de romper o desplazar la cadena significante, esa cadena significante que, en definitiva, sólo descansa al incorporarse en sus procesos de encarnación (de Lauretis, 1992). En la estela de los enfoques post-estructurales, de Lauretis se reencuentra con agentes sociales con capacidad de resistencia y, por tanto, apartados de los enfoques de la inculcación funcionalistas y su reducción de la referencia al rol como generador de cuerpos dóciles y absolutamente explicados por el modelo. El hábito semiótico, no se olvide, remite a la experiencia, a una historia personal e intransferible de interpretaciones en el uso y manejo de signos. No hay un modelo acabado e igual para todos en tanto que éste es deglutido e incorporado de modo diferencial en los procesos de subjetivación. Eso le permite acercarse a los puntos en los que el modelo no lo ocupa todo; eso le permite escapar al peso de la ideología althusseriana<sup>42</sup>. Ahora bien, en este desplazamiento no olvida el peso que los modelos, las representaciones, tienen en el momento mismo de la constitución identitaria; no olvida que «no existe ninguna realidad social para una sociedad dada fuera de un sistema específico sexo/género (las categorías exhaustivas y mutuamente excluyentes de lo masculino y de lo femenino)» (de Lau-

---

<sup>42</sup> En este sentido de Lauretis avanza en *Technologies of Gender* (1987) la importancia del 'fuera de campo' de la representación para entender los modos en los que las identidades pueden desbordar un sistema binario de (des)identificación. No me detendré aquí en este punto pues volveré sobre él para pensar, en el próximo capítulo, las conexiones de esta idea con la posibilidad de la desestabilización de la *Masculinidad* moderna. Remito, por tanto, al desarrollo de la noción de transparencia en el capítulo tercero para un desarrollo más en profundidad de los términos de T. de Lauretis.

retis, 2000: 63), por lo que las posibilidades de la agencia siempre están limitadas, contenidas o condicionadas por los términos del modelo que se impone, de modo fractal, si se quiere (Preciado, 2002: 21), en el proceso de subjetivación:

«El término de Foucault de *discurso "reverso"* de hecho sugiere algo del proceso por el que una representación en el mundo externo es subjetivamente asumida, vuelta a trabajar a través de la fantasía, en el mundo interno y entonces devuelta al mundo externo resignificada, rearticulada discursivamente y/o performativamente en la auto-representación del sujeto» (de Lauretis, 1994: 308)

La semiosis se encuentra con el psicoanálisis en un juego encadenado y continuo por el que las cosas, y entre ellas las identidades, son definidas y revueltas, estabilizadas y excedidas, contenidas por el poder de una estructura representacional –un modelo hegemónico u otros disponibles– y negociadas o contestadas por una agencia con poder de resistencia en tanto que en su proceso está el origen de la resignificación.

Desde un acercamiento de este tipo, las representaciones se entreveran con los procesos de conformación de subjetividades en una relación de doble dirección; es decir, representaciones y encarnaciones no pueden atenderse de modo independiente o como si fuera estructuras aisladas. Los modelos y las identidades vividas implosionan en su encuentro y terminan relacionándose de un modo mucho más activo y abierto de lo que permiten rastrear los paradigmas repasados. Por eso, en mi perspectiva analítica que asume y comparte el análisis propuesto por de Lauretis, no terminan de servir las explicaciones de las masculinidades como posiciones o roles que construían los acercamientos funcionales ya que en ellos se pierde el carácter creativo e interpretativo de los agentes sociales. Tampoco los procesos de negación oposicional que construyen los enfoques sistémicos pueden dar cuenta de los desplazamientos que pueden producirse en esa negación de lo femenino y lo feminizado en tanto que procesos encarnados y, de nuevo, presididos por la interpretación situada de los agentes que entran a su juego. En el otro extremo, los procesos de diferenciación que ponen en el centro los acercamientos post-estructurales, con su énfasis en la agencia, me ayudan a dar cuenta de esta compleja imbricación<sup>43</sup>. Su análisis apunta a otra parte, permite entender los procesos

---

<sup>43</sup> Entiéndase bien, dejan de servir en tanto que explicaciones que abarquen el proceso completo de las masculinidades, lo que no quiere decir que no den cuenta de elementos importantes en la consecución y despliegue social de la *Masculinidad*. De hecho, los tres enfoques lo hacen y con cada uno de ellos se enfatiza parte de ese proceso. Incluso el modelo funcional de Parsons, el que peor se ajusta a



de (des)identificación masculinos –o del género– como *procesos expositivos* en los que modelos e identidades se entreveran. La *exposición* recoge los procesos de (des)identificación en su carácter iterativo y productivo. La *exposición* nos habla de varones que componen identidades en relación con modelos y sentidos socialmente estabilizados. En este sentido son varones que *se exponen* o *están expuestos* a la fuerza de un modelo que intenta imponer su orden de sentidos, en este caso, su orden de género (Carrigan et al., 1985), que *interpela* (Althusser, 2000) de modos múltiples a los agentes sociales que caen en las redes de su promesa identitaria. Pero la *exposición* también recoge el carácter productivo y performativo de esa encarnación en tanto que los varones *exponen* por medio de sus formas de entrar a las relaciones sociales mediadas por el género, en tanto que interpretan desde la *naturalización* de ese modo de ser, en tanto que así traducen en la agencia social los parámetros de un modelo y en esta actualización lo estabilizan como modelo efectivo disponible y posible (Butler, 2001a). En un acercamiento de este tipo a los procesos de subjetivación lo que subyace es una lectura que, aunque aquí construida desde su revisión post-estructural, recupera los principios del interaccionismo simbólico y se inmiscuye en los procesos de esa relación de establece G. H. Mead (1993) entre la interacción social y la transmisión, desplazamiento y des-re-construcción de los sentidos sociales que se movilizan en la estabilización precaria de las identidades y las percepciones del mundo. De hecho, también en el trabajo de este autor se considera esa relación compleja entre una serie de sentidos y significados que nos preceden y condicionan y esa dimensión activa, creativa y expuesta que tienen las propias (des)identificaciones en la estabilización de los modelos identitarios cuando dice que:

«[n]ingún individuo puede reorganizar la sociedad; pero uno afecta continuamente a la sociedad por medio de su propia actitud, porque provoca la actitud del grupo hacia él, reacciona a ella, y gracias a dicha reacción cambia la actitud del grupo» (Mead, 1993: 207)

La noción de *exposición* hace implosionar los términos que moviliza en su explicación. En tanto que los modelos y las identidades se encuentran en los procesos de encarna-

---

un relato aceptable de cómo funciona la *Masculinidad* en lo social y más se aleja de esta consideración semiótica, permite considerar cómo los modelos absolutos se traducen en valores y normas, ayuda a perseguir sus materializaciones en rasgos de carácter y cómo así definen en tanto que estereotipos sociales.

ción que los agentes sociales llevan a cabo en el campo de sentidos y fuerzas de los géneros, la conexión modelo-identidad deja de ser una dicotomía, deja de mantener sus polos como elementos puros, para reconocer que en la *exposición identitaria* modelos e identidades devienen entidades porosas en las que las purezas no son más que los efectos de la naturalización de identidades y, así, de la estabilización de los sentidos por medio de su descanso, siempre momentáneo y precario, en el cuerpo (de Lauretis, 1992: 282). No se trata ya de modelos e identidades; son representaciones –entre las que se encuentran las auto-representaciones– y encarnaciones las que se relacionan y complementan ya no desde la tensión sino desde la continuidad de una carne que sirve de condición de posibilidad de la representación –y auto-representación– del género:

«En el infinito universo de signos que es la realidad social, cada sujeto es de vuelta objeto y signo. Decir que la sexualidad es un efecto de la semiosis es decir que las fantasías públicas y privadas, o las representaciones sociales y las representaciones subjetivas, trabajan como un nexo de efectos recíprocamente constitutivos entre el sujeto y lo social» (de Lauretis, 1994: 309)

Desde una consideración de las masculinidades desde esta preocupación por la semiosis se entenderá mejor el papel que en la *exposición* juegan las representaciones. La *exposición* es una forma de representación en sí misma. Se acerca a las masculinidades en sus procesos performativos pero además enfatiza su carácter público y, volviendo al concepto, *expuesto*. Es decir, la potencia de la noción de *exposición* es que alcanza a los agentes sociales que encarnan masculinidad no sólo como objetos de interpelación, como cuerpos atravesados por procesos de inscripción, sino que los atiende en esa dimensión de signo, en esa dimensión modélica que tiene de cara las personas con las que se relaciona y encuentra y ante las que despliega *su modo de ser hombre*. Las masculinidades dejan de ser el modelo, sin negar la incidencia de las representaciones y fantasías públicas y estabilizadas en los discursos tienen en su conformación, para encontrarse en las encarnaciones y representaciones del mismo como articulaciones que operan el nudo entre los contenidos estructurales e identitarios del género. En este sentido, la *exposición* precisa de una metodología atenta a este nudo. Resulta revelador el trabajo de H. Gray (1995 y 2005) en torno a la *negritud* y sus representaciones en Estados Unidos porque, desde planteamientos muy similares, estudia los efectos de los cambios en las políticas de representación televisivas de los personajes afroamericanos sobre los

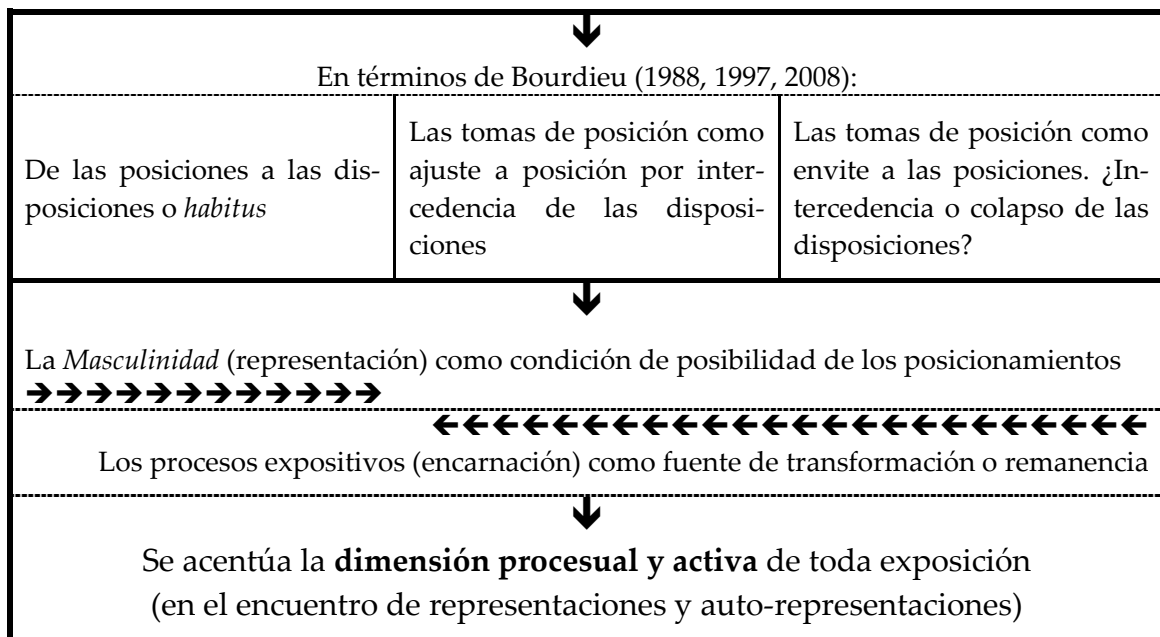
procesos de (des)identificación de esta población. Como él señala, para entender el modo en el que se está entendiendo y desplegando la identidad afroamericana es necesario considerar cómo los procesos de (des)identificación pasan por los productos de los media en una sociedad de consumo. Las posiciones desde las que se ve televisión, las constricciones de su producción y, sobre todo, el encuentro de las narrativas ficcionadas con los procesos de auto-construcción y reconocimiento son fundamentales para entender cómo están cambiando las identidades de esta población. Sólo el encuentro de las representaciones con las encarnaciones es capaz de dar cuenta de los movimientos y desplazamientos que sufren las identidades afroamericanas. El mismo argumento es válido para el caso de las masculinidades en nuestro país. No es posible separar las representaciones de las encarnaciones<sup>44</sup>, no se puede entender lo que se entiende y moviliza en un momento dado cuando se nombra la masculinidad sin rastrear sus representaciones públicas y los sentidos que movilizan. Por eso es interesante recalar en esas fantasías en las que se amalgaman los supuestos interpretativos de un espacio-tiempo; por eso es productivo hacerse con un concepto analítico capaz de conectar esas representaciones cargadas de significado con los modos en los que son incorporados y así mantenidos por los agentes sociales. Esa es la potencia de la noción de *exposición*, pero en esta primera caracterización corre el peligro de perderse en su amplitud, por lo que conviene precisar los sentidos concretos en los que puede mobilizarse para el análisis de las masculinidades.

---

<sup>44</sup> En este sentido, y como se argumentará en el capítulo tercero al exponer la perspectiva analítica y metodológica, el análisis de las masculinidades españolas contemporáneas se detiene en sus representaciones cinematográficas como un modo de adentrarse en el universo de significantes que se movilizan en cada periodo histórico para hablar de la masculinidad. El cine es un vehículo privilegiado de esos sentidos e imágenes con las que nos contamos a nosotros mismos. Durante décadas ha sido la principal fuente de tránsito de narraciones con pretensiones de verosimilitud, desde el éxito de lo audiovisual frente al texto escrito desde mediados del pasado siglo, hasta el surgimiento primero de la televisión que explica la crisis del cine español en los años ochenta y después de las nuevas tecnologías de la comunicación que terminan apagar su reinado. Y precisamente por esa verosimilitud ficcionada el cine se muestra como un espacio de interés para rastrear esos sentidos compartidos y esos significantes que se asocian en un momento dado con la masculinidad. Es por medio de la *exposición* de las masculinidades, aquí encarnada en los personajes de la narración, que las representaciones cinematográficas nos ayudan a entender los procesos de las masculinidades españolas contemporáneas.

**Exponer(se)**  
Dinámicas y procesos de exposición de las masculinidades

|  |   |   |
|--|---|---|
| Configuración identitaria<br>prendida de las representa-<br>ciones | Interpretación, incorpora-<br>ción y despliegue de los<br>parámetros de los modelos<br>hegemónicos (Connell,<br>1995) | Interpretación crítica, incor-<br>poración y despliegue de<br>parámetros alternativos o<br>recalcitrantes |
| Trasfondo de la acción (Gar-<br>cía Selgas, 1994)                  | Auto-afirmación por medio de auto-representación en <i>repe-<br/>tición de actos estilizados</i> (Butler, 2001a)      |   |
| <i>Masculinidad</i>  | masculinidades transparen-<br>tes<br>(García García, 2003)  | masculinidades oposiciona-<br>les<br>(hooks, 2003)  |
| Mecanismos de inscripción<br>(Latour y Hermant, 1999)              | Mecanismos de articulación (Hall, 2003)   |   |



Fuente: Elaboración propia

### 2.3.2. *Estar expuesto y exponer: intencionalidad y ambivalencia en los procesos de exposición*

Como se anunciaba, la encarnación abre el camino a una consideración más matizada, procesual y atenta a los mecanismos por los que el género (masculino) se estabiliza en un sistema de relaciones que simultáneamente también estabiliza; ayuda a perseguir, además, el camino hacia las formas en las que la agencia se resuelve, en ese sentido que persigue la expresión de *exposición*, como condicionada por los elementos estructurales y como origen de los cambios que, como consecuencia, vuelven a la estructura (Giddens, 1995). La encarnación se constituye entonces como disposición (Bourdieu, 1988). Esta consideración ya estaba presente con de Lauretis cuando incorpora el *hábito* de Pierce, pero sus consecuencias para la comprensión de las masculinidades, o las (des)identificaciones de género en general, se entienden más profundas y centrales cuando avanzamos en lo que F. García Selgas ha denominado el *trasfondo de la acción*:

«[El *trasfondo* persigue esa red] de capacidades, habilidades, asunciones preintencionales, actitudes no representacionales, etc. que posibilitan y permean toda la red de estados intencionales en que se sostienen aquellas acciones» (García Selgas, 1994: 499)

Así, la encarnación no es sólo ese espacio quimérico de la transformación social en tanto que espacio en el que se recompone un poder de resistencia; en la encarnación se agazapa «una naturalización de distinciones y oposiciones sociales, que se expresa en las diversas acciones de los agentes y que asientan un fondo último de significación» (García Selgas, 1994: 511). En este sentido la *exposición* puede verse como un proceso no intencional, un proceso de *estar expuesto* no mediado por una volición que decide alcanzar una significación, sino que se convierte en una imposición en tanto que no cabe la posibilidad de ser fuera de él, pues sin significación sólo cabe el retorno a lo feral. Se podrá objetar que con esto devuelvo los términos de la *exposición* a un modelo estructural con una ideología, en el sentido althusseriano, que empapa y ata todo. No es ésa la dirección en la que se resuelve el *estar expuesto*. Por supuesto en ella juega la interpelación, pero lo hace de formas múltiples, y en cualquier caso ni en la idea del *trasfondo* (García Selgas, 1994) ni en la *experiencia* (de Lauretis, 1992) el cierre es de la magnitud con la que los modelos estructurales resuelven el problema. Aquí se nombra otra cosa, se persigue el proceso por el que las construcciones culturales y semióticas por las que

nos hacemos con género están estructuradas y sólo en la asunción de sus términos, de su «fondo último de significación» cabe la (des)identificación. Resuena aquí el trabajo de P. Bourdieu<sup>45</sup> (1988, 1997, 2007) en torno a la noción de *habitus*. Con él, el sociólogo francés reconstruye la emergencia de la agencia en las relaciones entre la *posición* que ocupamos en el espacio social, definida por el cruce siempre relacional de diferentes elementos de estructuración –género, etnia, clase, formación, opción sexual, creencias religiosas, etc.– y las *disposiciones* que encarnamos en tanto que esa posición no es estática ni externa y es una posición de carácter semiótico-material, pues conlleva sentidos y recursos, tanto normativos como materiales:

«Los “sujetos” son en realidad agentes actuantes y conscientes dotados de un *sentido práctico* [...], un sistema adquirido de preferencias, de principios de visión y de división (lo que se suele llamar un gusto), de estructuras cognitivas duraderas (que esencialmente son fruto de la incorporación de estructuras objetivas) y de esquemas de acción que orientan la percepción de la situación y la respuesta adaptada. El *habitus* es esa especie de sentido práctico de lo que hay que hacer en una situación determinada» (Bourdieu, 1997:40)

El *habitus* remite a una serie de elementos no discursivos que se instalan en nuestra forma de ver, sentir y estar en el mundo. En ese sentido, el *habitus* se concreta como una serie de *estructuras estructuradas* que terminan operando como *estructuras estructurantes* (Bourdieu, 2007) y permiten nombrar ese poso de significaciones que se instala en el centro de nuestros *modos de ser hombres*, en tanto que *estamos expuestos* a una serie de órdenes estructurados de sentidos en los que se estabilizan las categorías sexuadas y en los que materializamos nuestros procesos de (des)identificación masculina.

Ahora bien, la *exposición*, como se ha comentado, encierra en sí una polisemia en tanto que también nombra los modos en los que los modelos *son expuestos* por los agentes. Siguiendo en los términos de Bourdieu, además de posiciones y disposiciones es necesario atender a las *tomas de posición* de los agentes en el espacio social para comprender el discurrir social. La toma de posición es una noción prometedora pero que Bourdieu

---

<sup>45</sup> La noción de exposición, con la que vengo trabajando desde hace unos años, parte de un análisis de la descomposición identitaria bourdiana en posiciones, disposiciones y tomas de posición. Su pretensión es la de completarla por medio de la implementación de la noción de toma de posición que Bourdieu no termina de desarrollar en profundidad en su obra. Por ello es necesario hacer explícito mi débito. Dos desarrollos aplicados de este trabajo teórico que aquí recojo pueden verse en García García, 2004, sobre corporeidad y SIDA en poblaciones gitanas, y García y Casado, 2008, en torno a la violencia de género.

no termina de precisar. La *exposición* intenta retomar el carácter propositivo de la agencia que se nombra con estas tomas de posición y se disipa más tarde en la explicación de Bourdieu. La *exposición*, en tanto que agentes que *exponen* componendas identitarias, se constituye como una forma de auto-afirmación en tanto que tiene que ver con el posicionamiento, en este caso, de lo varones frente a los modelos disponibles, o imaginables, y en pugna<sup>46</sup>. Resuena así la lectura performativa de las identidades como *repetición de actos estilizados* (Butler, 2001a) que precisan de cierto grado de conocimiento sobre aquello que significa determinado gesto o acto y que implica cierta estrategia de presentación acorde con los códigos establecidos, sean estos heteronormativos o críticos. Pero también aquí se encuentra la posibilidad de incorporar el conflicto entre diferentes masculinidades que emerge de la estabilización de un *modelo hegemónico* de masculinidad (Connell, 1995) y sus procesos de negación de todo lo femenino y feminizado, pues puede verse como una toma de posición o, mejor, como una forma de exposición de uno mismo que asegura la auto-afirmación identitaria. Dicho más claro, al tomar la *exposición* en tanto que *exponer* se están nombrando los procesos, centrales en la estabilización de la *Masculinidad*, de reafirmación de la propia hombría, sea ésta hegemónica o disidente, por medio de aquello que se expresa en la presentación social de uno mismo y que, en cierto modo, se convierte en espacio de liza en tanto que, dado el carácter no sustancial de la masculinidad, termina por ser el único modo de asegurar la *verdad* de la propia identidad y, así, un espacio siempre generativo y ejemplar de las formas posibles de la masculinidad. Así se puede entender que la homofobia sea una expresión de la hombría (Kimmel, 1994); así se puede dar cuenta de la necesidad de abrazar las lógicas de (des)identificación opositivas (Chodorow, 1984) en la negación de la feminidad. En estos procesos el conocimiento de los modelos y la necesidad, ésta más soterrada, de quererse ver reflejado en ellos –única forma de mantener como ce-

---

<sup>46</sup> Lo que no quiere decir que no se tengan en cuenta las limitaciones que imponen los significados asentados y hegemónicos. Es decir, no se está aquí negando la primera acepción, *estar expuesto*, que se comentaba de este concepto. Conviene no olvidarlo pues aunque, por razones expositivas, ahora se ejemplifican los procesos activos de encarnación de un modelo que se expone por medio de la propia entrada de los agentes a lo social, éstos nunca suceden en un vacío. Las exposiciones son compuestas, en tanto que hechas y re-hechas por los agentes que las encarnan, pero también son impuestas, ya que sus contenidos no responden a una creatividad libre o abstracta sino que se fraguan en los procesos de socialización y comunicación que viven los agentes y, por tanto, toman su materia prima de la constricción que imponen los sentidos disponibles y su valoración social.

rrado un proceso que, como se ha dicho, siempre es el de una pugna, el de una demostración constante (Neff, 2001)– juega un papel fundamental. Lo que no significa que aquí siempre se recupere un actor racional que toma conciencia de su “querer ser” ni que se entre al juego de la *exposición* en tanto que agentes corpóreos y deseantes antes que racionales; la *exposición* es auto-afirmación en tanto que en ella se puede corroborar –y hacer pública– una identidad por lo demás prendida con alfileres, y los casos en los que esto ocurre de un modo consciente y estudiado son, al menos en las masculinidades de los varones heterosexuales de clases medias, claramente minoritarios<sup>47</sup>. Como comenta M. Subirats en su análisis de las masculinidades españolas:

«La diferencia individual existe y es muy poderosa, y los comportamientos entre los varones presentan variaciones importantes; sin embargo, casi todos conservan, en mayor o menor medida, marcas indelebles del género que les fue inculcado, y que ha quedado adherido a su personalidad como si de un corsé se tratara, un corsé que condiciona y matiza las aptitudes y actitudes que se adoptarán a lo largo de la vida» (Subirats, 2007: 64)

Ahora bien, cabe una interpretación más autoconsciente de esta *exposición*. Las formas de poder y resistencia que parten de la agencia siempre han de vérselas con los modos en los que los agentes sociales inmersos en estas estrategias quieren verse y ser vistos. El posicionamiento puede ser una estrategia política que retuerza los límites de lo impuesto o los desactive por medio de la acción; es el caso que tan bien ejemplifica b. hooks con la idea de mirada oposicional:

«La posición de espectadora crítica negra emerge como lugar de resistencia sólo cuando mujeres negras particulares resisten activamente la imposición de formas dominantes de conocer y mirar. Si bien cada mujer negra con la que hablé tenía

---

<sup>47</sup> Como se argumentará en el siguiente capítulo, los procesos de (des)identificación masculinos están basados en una red de invisibilidad en la que la propia marca de género pasa desapercibida. De ahí la dificultad práctica que aquí se convierte en problema teórico. En el modelo puro la disidencia en los términos de la *Masculinidad* es prácticamente imposible. Mi investigación va en esa línea, pero tanto la experiencia de determinadas identidades minoritarias como las descritas por Halberstam (1998) como la de algunos varones entrevistados en esta investigación que militan en ‘grupos de varones’ apuntan a otro sitio. La exposición, en tanto que modo de exponer la propia masculinidad, no tiene por qué resentir esta escisión entre modos más conscientes y menos conscientes de hacerlo. El problema apunta más a la interpretación de los fenómenos que explican los cambios recientes en estas dinámicas de (des)identificación y que señalan que se está produciendo una transformación en los niveles de conciencia de la propia marca genérica. Esto puede explicar este atolladero en el que entra la exposición. Produciéndose en tanto que promovida por un deseo de autoafirmación bien puede quedar soterrada en el carácter deseante de un agente que quiere verse y ser visto desde unos parámetros que expresa en su masculinidad expuesta.



conciencia del racismo, esa conciencia no se correspondía automáticamente con su politización, con el despliegue de una mirada oposicional» (hooks, 2003: 103)

Estos posicionamientos estratégicos encierran una dimensión social que es importante no olvidar. En la toma de posición, que implica un modo de presentación y expresión –un modo de *exposición*– del *tipo de hombre que se es*, se prende una forma de intervención sobre la estructura, bien sea por su refuerzo bien sea por su desbordamiento crítico. Y aquí es donde aparece la posibilidad de la intervención en tanto que posicionamiento consciente. Como lo expresa T. de Lauretis, «[l]a práctica de la autoconciencia, en suma, no sólo es constitutiva, sino constituyente» (de Lauretis, 1992: 293). En cualquier caso, no se puede olvidar que se trata de un proceso sin garantías al menos en dos sentidos. No toda forma de intervención consciente en la encarnación de un modelo identitario garantiza la subversión; por ello es complicado ese cierre que algunos acercamientos post-estructurales han pretendido entre la resistencia y el cambio social subversivo. Las masculinidades tradicionales pueden ser muy resistentes a todo cambio en la estructura social y sus *exposiciones* pueden convertirse en ejercicios tozudos por mantener el *statu quo*. Pero más interesante es la falta de garantía de este proceso considerada en tanto que éxito en la estabilización de nuevos sentidos tendentes a cambios en la estructura social. Desbordar los códigos, movilizar *discursos reversos* es sin duda un envite, pero para entender su eficacia en la estabilización de modelos de (des)identificación masculina será siempre necesario considerar las condiciones en las que se despliegan y testar la posibilidad de que la nueva componenda de significados sea comprensible y eficaz allí donde se presenta.

Resumiendo, el campo de análisis que se abre desde la noción de *exposición* puede entenderse como el encuentro entre los *mecanismos de inscripción* (Latour y Hermant, 1999) y los *mecanismos de posicionamiento y articulación* (Hall, 2003) que se enredan en la construcción identitaria. Con la *exposición*, del lado de su consideración pasiva, *estar expuesto*, se puede asumir el consejo de Latour y Hermant de que «[s]i queremos captar cómo llegamos a veces a decir la verdad, hay que sustituir la antigua distinción entre lenguaje y mundo por esta mezcla de instituciones, formas, materias e inscripciones» (Latour y Hermant, 1999: 179). Es decir, y trayendo sus conceptos al campo de análisis de las masculinidades, para entender cómo se consolida una identidad mascu-

lina posible y vivida ha de considerarse la red de instituciones, realidades que nos exceden y condicionan, y los modos precisos en los que las representaciones construyen una relación de *verdad* entre aquello que prescriben y aquello que dicen definir. Ahora bien, la *exposición* también atiende a los procesos resultantes de esas inscripciones, es decir, atiende a los agentes sociales en sus procesos de articulación de una identidad, ese lugar desde el que podemos decir a la vez que ser dichos (Hall, 2003: 20). Un proceso que, si bien nunca es externo a la representación, nunca escapa a las limitaciones de los significados disponibles, tampoco sería posible sin un *trabajo* por parte del agente social que implica sus tomas de posición (Bourdieu, 1988; 1997). Así, las (des)identificaciones masculinas que aquí se persiguen pueden entenderse como «un proceso de articulación, una sutura, una sobredeterminación y no una subsunción» (Hall, 2003: 15) en la que recuperar los procesos de transformación como originados por unos agentes sociales que ya no pueden pensarse sólo como producto de los modelos, sino como piezas clave en su estabilización por medio de sus encarnaciones y representaciones.

En definitiva, la *exposición* permite recuperar el proceso de las (des)identificaciones masculinas desde la imagen de la espiral en la que encontramos al agente social en su naturaleza semiótico-material (Haraway, 1995): siempre determinado por una semiosis encarnada, la que se deriva de *estar expuesto* a representaciones y signos que le cuentan el género como un orden de verdad, siempre sujeto de esa misma producción de significados a tenor de su encarnación, por su *exposición* de un modelo como habitable y posible, como ejemplo a la vista. En este sentido puede ser productivo recuperar el consejo de J. Hearn y D. Collinson (1994) de dejar de preguntarnos por la masculinidad para hacerlo por los procesos en los que los varones son masculinizados –*masculinized*–, esto es, los diferentes vericuetos por los que el género deviene una categoría activa y movilizada en lo relacional<sup>48</sup>. Desde esta consideración activa, Hearn (2004) propone el

---

<sup>48</sup> La noción de '*masculinized*' no aparece como tal noción en el trabajo de Hearn y Collinson (1994) pero es por medio de esta apreciación que se puede dar cuenta de las unidades y diferencias que se superponen en la construcción contemporánea de la masculinidad como posición-sujeto asociada a una situación ventajosa en las relaciones de poder. Hablan del trabajo del género y de la estabilización por medio de él de la masculinidad como clase de género. J Hearn ha seguido aplicando estas ideas para pensar diferentes aspectos del despliegue de la masculinidad en nuestras sociedades, así, por ejemplo, lo moviliza para dar cuenta de los acercamientos teóricos al estudio social de las mascu-

paso de la consideración de la masculinidad hegemónica a la hegemonía de la masculinidad. Es decir, construye un artefacto explicativo que recupera la praxis por la que los varones se hacen con las posiciones de privilegio en sociedades como la nuestra y son capaces de mantenerlas como si fueran naturales. Lo que interesa a Hearn es señalar el carácter activo y siempre en marcha de las masculinidades vividas en la estabilización de un sentido de masculinidad y las relaciones de poder que engendra. Tomando prestado su argumento y adaptando su noción al castellano, creo que es necesario empezar a pensar en los varones de clases socioeconómicas medias en los procesos en los que *son masculinizados* o en los procesos de su *masculinización*, en los modos precisos en los que estas dinámicas expositivas se despliegan en estrategias concretas de (des)identificación con importantes efectos sobre las formas de relación entre los varones y sus entornos sociales. Por ello, será imposible separar el estudio de estos procesos de las condiciones de posibilidad en los que se fraguan, de las redes de sentidos y relaciones en las que cobran valor, de las estructuras sociales en las que resultan efectivas. De tal modo que para avanzar en el estudio de las dinámicas de (des)identificación masculinas, y siguiendo el consejo de D. Haraway:

«solamente la perspectiva parcial promete una visión objetiva [...]. La alternativa al relativismo son los conocimientos parciales, localizables y críticos, que admiten la posibilidad de conexiones llamadas solidaridad en la política y conversaciones compartidas en la epistemología» (Haraway, 1995: 326)

El proyecto de una sociología de las masculinidades termina de precisarse como una forma de investigación necesariamente aplicada en tanto que las dinámicas en las que los varones se invisten de masculinidad no pueden referirse en un vacío. De ser así, volveríamos al modelo de la *Masculinidad* descrito en el primer capítulo, pues en él se explicaría todo. La materialidad de las masculinidades y su naturaleza siempre diferida, siempre necesitada de reafirmación, hace que sólo sea aprensible por medio de la delimitación de sus contextos experienciales. Ahí es donde la noción de *exposición* pue-

---

linidades, señalando que la consideración de los procesos por los que la experiencia de los varones se masculiniza no sólo sirve para alcanzar esta relación entre representaciones sociales y encarnaciones que aquí persigo, sino que puede explicar cómo en el pensamiento occidental moderno se produce la desatención de la marca de género masculina en tanto que los textos de los teóricos clásicos están imbuidos de esta masculinización, están presididos por la ceguera para alcanzar esta forma de incorporación del género en las encarnaciones por lo que construyen al sujeto/agente social que piensan en términos masculinos sin percibir los procesos por los que esto es posible (Hearn, 1998).

de ayudar a desvelar los procesos por los que las masculinidades llegan a ser, atendiéndolas en sus conexiones con modelos, pero considerando que la persistencia temporal de esos mismos modelos sólo puede asegurarse si siguen operando en las representaciones y encarnaciones de los agentes sociales que los moviliza. Este es el nudo, en cierto modo paradójico, en el que los modelos de identidad masculina pueden convertirse en objeto de la sociología.

\*\*\*\*\*

La imagen de Warhol con la que ilustra la presentación de este capítulo, sus serigrafías sobre Elvis I y II, pueden servir para resumir el acercamiento sociológico que defiende para dar cuenta de las dinámicas masculinidades de (des)identificación. La serigrafía de Warhol señala esa relación problemática y abierta con los modelos que es fundamental rescatar para estudiar las representaciones y auto-representaciones de las masculinidades españolas. Si se mira a la izquierda de la imagen, se reconoce a Elvis Presley empuñando un arma –quizás encarando un duelo que nos retrotrae al *western* en su versión más representada y filmada– y serigrafiado en vivos colores. ¿Y a su izquierda, o a la derecha en nuestra mirada? De nuevo está Elvis, de nuevo se aplica la misma plancha que conserva la silueta, que reproduce la forma, que repite o itera de acuerdo al modelo. Los detalles, necesariamente, han de ser distintos. La técnica de la serigrafía consiste en transmitir una imagen por medio de una plantilla que permite u obstruye pasar la pintura dependiendo del punto. La cantidad de color o el mismo contorno resiente los usos del *original* y hace que cada una de sus aplicaciones sea distinta pese a ser igual. Ahora bien, la serigrafía de Elvis dice más, o siendo más preciso, me permite una lectura que introduce nuevas consideraciones. En la copia de la copia de un original –la plantilla, que a su vez, no se olvide, es una copia– se reconocen dos movimientos enfrentados y con la misma fuerza, esta es la paradoja. Si se mira a los extremos, el Elvis en color y perfilado de la izquierda no es el mismo que el difuminado y grisáceo de la derecha. En el movimiento de copia se puede apreciar el desplazamiento del modelo. De hecho, las imperfecciones, quizá deliberadas, de la tinta en el último Elvis parece que nos lo muestran atravesado por los proyectiles del contrario, en este caso, nosotros que lo miramos. El vaquero deslucido y perdedor del duelo. Pero a la vez es el mismo y juega la misma pose. Pistola en mano nos sigue desafiando, sigue

presentándose aunque con cierta dificultad como figura en contraste con el fondo. Sigue definiéndose como un Elvis-vaquero en duelo, sigue así representando un modelo en el que se reconoce una posición, una identidad, un arquetipo. Cabe detenerse en una lectura, más parcial y situada que coja las figuras por pares. ¿Qué tienen en común y qué diferencia a cada uno de los vaqueros de su compañero de al lado? Entre los dos primeros se trata de una cuestión de detalles, matices y sombras. Entre el segundo y el tercero media la pérdida de la gama cromática. Entre los dos últimos, es una cuestión de definición. Me gusta pensar esta imagen como la de un desarrollo, dando vida a los personajes pintados e imaginando que cada cual se ha pintado a sí mismo mirando a su compañero. Cada cual adaptándose a las condiciones de posibilidad de la representación. Cada cual adaptándose a sus condiciones materiales de existencia. El primero recibe toda la información del modelo-plantilla y dispone de la gama cromática completa. El segundo, en cambio, se mira en el primero para componerse y copia sus colores. Ya el tercero ha de adaptar su representación a la escala de grises. Y por fin el cuarto no puede más que llegar a su silueta precaria como adaptación del anterior ya monocromático. Por supuesto, esta es una interpretación llevada al límite de un proceso que nunca fue así, pero me permite rescatar el movimiento continuo en el que se resuelven los procesos de (des)identificación masculinos y que intento recoger con la idea de *exposición*.



Detalle del Cartel de la Campaña contra la Violencia de Género 2008, Ministerio de la Igualdad, Gobierno de España

*Capítulo Tercero*

**VICISITUDES POST- Y MASCULINIDADES CONTEMPORÁNEAS**  
*Transparencia y quiebras en las (des)identificaciones masculinas*

«La crisis real de la masculinidad es que los varones han llegado a creer que la distinción entre razón y deseo, lo intelectual y el cuerpo, lo masculino y lo femenino, es no sólo real sino también necesaria. La tragedia es que no hemos entendido la conexión entre lo personal y lo político, entre la sexualidad y el poder»

Arthur Brittan (1989). *Masculinity and Power*. Oxford & New York, Basil Blackwell.

Las posibilidades de un estudio de las diatribas contemporáneas de las masculinidades españolas se va precisando en lo argumentado. El *vacío* en el que se componía la masculinidad para los agentes sociales, ejemplificado en ese «es que no tengo el concepto de qué es ser un hombre, o sea, yo tengo quizás más el concepto de ser..., de..., de..., de qué es ser un ser humano» (Entrevista con Político, 32 años) con que concluía uno de los entrevistados a la pregunta de qué era para él la masculinidad, puede ser ahora reconsiderado desde, por una parte, la caracterización de la *Masculinidad* como categoría política (Whitehead, 2002) que se desprende del modelo identitario ideal que prescribe *el estereotipo moderno de la masculinidad* (Mosse, 2000); y por otra, desplegando la mirada explicativa que se construye desde la consideración *expositiva* de los procesos de (des)identificación sociocultural en el que se resuelven las masculinidades vividas, rastreando las fuentes de esa (des)identificación en el *vacío* de la marca de género. No es ésta una articulación evidente y precisa de mayor explicación para poder rescatar las interesantes aristas en las que se introduce el análisis de las masculinidades desde esta perspectiva. El análisis de las masculinidades en tanto que *procesos expositivos* es una apuesta, en primer término, por historizar sus mecanismos y desarrollos. Es imposible despreciar el discurrir de las (des)identificaciones de los varones en tanto que la sustancialidad de la identidad masculina queda en suspenso desde su artefacto explicativo y se hace depender de sus procesos. Las componendas precisas en las que en un momento dado se estabilizan los sentidos y formas experienciales de la *hombria* descansan, entonces, en la posibilidad o la imposibilidad de resolver determinada *sutura* (Hall, 2003) entre las representaciones disponibles o, en todo caso, viables. Tomando la identidad como *sutura* se señala el carácter productivo y central que adoptan los mecanismos de posicionamiento, abriendo así las posibilidades de la (des)identificación al abanico de posiciones posibles en un espacio social determinado entendido como campo de fuerzas (Bourdieu, 1989) en el que se significan y relacionan estas mismas posiciones. Dicho más claro, la *sutura* puede dar cuenta de los intentos de trenzar la (des)identificación en un proceso de revisión crítica que abre a nuevas formas de ser, pero también de los posicionamientos por medio del abrazo recalcitrante a los valores más caducos y su asunción acrítica. En palabras de S. Hall, habrá que considerar ese encuentro entre «los discursos y prácticas que intentan *interpelarnos*» y la construcción

de un sentido de mismidad, de una subjetividad capaz «de *decirse*» (Hall, 2003: 20). De tal modo que el producto de la (des)identificación será un agente social inmerso en los marcos de sentido de un momento y contexto social dado, pero a la vez, y precisamente por ello, dotado de capacidad o preparado para actuar sobre él. De hecho, y recordando el trabajo de Mead (1993), se verá impelido a actuar sobre su contexto social en tanto que en toda relación se revisitan y actualizan –y así se desplazan o refuerzan– los sentidos incorporados en ese proceso de construcción de agencia. En este encuentro que es la identidad, la tensión entre lo individual y lo social se resuelve por su implosión en una dinámica que anuda estos polos y huye así de consideraciones dicotómicas en las que la masculinidad queda reducida a un desarrollo psíquico (Freud, 1976, 2002) o a un proceso de inculcación corporal directo de los valores y normas de una sociedad dada (Parsons, 1970; Parsons y Bales, 1956). Las masculinidades, entonces plurales y cambiantes, abren su consideración a un estudio de sus tensiones y problemas a la vez que, y aquí se agazapa su problema teórico, se convierten en una presencia, de por sí un tanto inquietante, más que en una esencia.

Por otra parte, el artefacto de la *exposición* avanza una posible solución al problema de la conexión entre identificaciones y elementos estructurales. Los *procesos expositivos* nombran, como se argumentaba, las masculinidades en sus dinámicas, alcanzan a los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias que aquí interesan por medio del análisis parcial y situado (Haraway, 1995) de sus vaivenes identitarios; lo que señala el camino para precisar tanto los límites de su explicación como sus potencialidades. La *exposición*, considerando el carácter relacional y significativo en el que se resuelven las (des)identificaciones, no puede aportar una explicación si se separa de las condiciones que hacen posible o imposible determinada sutura identitaria. Por tanto, aunque la *exposición* por sí misma podría quedarse en la crítica estéril de los diferentes intentos de dar cuenta de las masculinidades, no es ésta la finalidad al movilizarla en la explicación; su potencia está en el camino que traza hacia esas condiciones, en la importancia significativa –y por tanto identitaria– que adoptan las representaciones disponibles y los mecanismos por las que esas representaciones operan su cierre sobre los sentidos que se movilizan en la encarnación de los modelos. Dicho más claro, la propuesta de perseguir la identidad en la experiencia, que de Lauretis (1992) resume en



esa atención por los modos en los que la cadena significativa descansa parcial y puntualmente en la encarnación, señala la importancia de entender la dinámica de (des)identificación de la *Masculinidad* moderna cuando ésta se entiende como *en proceso*, como *discurso* con pretensiones de estabilizar un *régimen de verdad* que sólo estará asegurado por su incorporación por parte de los agentes sociales de los que pretende decir y a los que aspira a definir y tipificar (Fernández-Llebrez, 2004).

Por tanto, es necesario volver sobre el modelo de la *Masculinidad* desde la perspectiva de la *exposición* para pensar los efectos de sus prescripciones, parámetros y lógica sobre los procesos de (des)identificación de los varones. Una tarea de este tipo no puede forjarse sólo en la reflexión más general sobre cómo *funciona* la *Masculinidad* en entornos modernos, sino que será preciso recordar el carácter abierto y activo en el presente de ese *proceso civilizatorio* (Elias, 1987) del que se engancha este modelo de masculinidad. Así, sería un error considerar esta lógica sociocultural como acabada y sacada de su propia historia, por lo que es preciso atender a las consecuencias que el propio desarrollo –y crisis– de las retóricas modernas (Giddens, 1995; Jameson, 1996) esté pudiendo tener sobre las masculinidades vividas.

### 3.1. Modernidad, *Masculinidad*, Exposición

Las masculinidades en el Occidente contemporáneo han devenido problemáticas y atravesadas por una suerte de confusión en la que tanto legos como estudiosos de las masculinidades expresan sorpresa. Esta afirmación no es novedosa. Llevamos al menos veinte años escuchándola en los medios de comunicación masivos y leyéndola en los textos especializados en el campo de los estudios sociales de las masculinidades. Su propuesta se resume en que la masculinidad está en crisis (Clare, 2002). El tropo de la crisis cuenta parte de lo que pretendo estudiar por medio de la noción de *exposición* al aplicarla a las diatribas contemporáneas de los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias en nuestro país, esto es, nombra aquello que se persigue aquí. Pero su promesa pronto queda apagada ante el carácter explicativo que se quiere aportar a la constatación de la crisis. Dicho más claro, decir que las masculinidades están en crisis confunde causas y efectos, enmaraña una serie de fenómenos que han de ser des-

lindados para poder calibrar el alcance y dirección de las transformaciones recientes en los procesos de (des)identificación masculina.

Esto se ve claramente cuando se consideran las teorías que recalcan en estas crisis. La idea de una crisis de la masculinidad parte del análisis de J. Pleck<sup>1</sup> que, desde el enfoque funcionalista, la piensa como la incompatibilidad entre diferentes contenidos del rol sexual masculino y su ajuste a los cambios en el modelo socioeconómico y en el sistema de relaciones de género que se establecen en una sociedad. En ese sentido moviliza la noción de ‘tensiones de rol’ para dar cuenta del convulso proceso en el que se conforman las masculinidades en momentos de crisis (Pleck, 1981). En cualquier caso, y como ya se argumentaba en el segundo capítulo, un modelo explicativo de este tipo sitúa el cambio social y los conflictos identitarios lejos de la agencia de los varones enzarzados en esta tensa definición de sí. Por ello, su explicación de la crisis resulta circular y un tanto inerte en sus conclusiones en tanto que es incapaz de dar cuenta de las causas de la crisis –señala el cambio socioeconómico pero no avanza las fuentes de ese cambio ni la implicación que los agentes puedan tener en él– ni tampoco de sus posibles consecuencias para las dinámicas de estabilización de las componendas de género y las desigualdades a ella asociadas. Su análisis se queda en el desarrollo psicológico de los varones y los problemas que habrán de encarar en tiempos de cambio.

Otras explicaciones, basándose en el sistema sexo/género, dan cuenta de la crisis desde una circularidad diferente. Partiendo de las posiciones disímiles y asentadas en el orden de género, autores como L. Bonino (2001, 1995) hablan de *micromachismos* como estrategias de *resistencia* en las que las masculinidades se enrocan en el momento de su crisis. El núcleo del argumento sería que ante la confusión generada por la igualdad formal y el avance en la igualdad real de las mujeres, los varones desplegarían una serie de estrategias por las que se aferrarían a sus privilegios y con las que asegurarían su posición de dominio. Como ya se argumentó al considerar el enfoque sistémico en el estudio de las masculinidades, la circularidad aquí se opera por la consideración de la existencia de un orden patriarcal (Millett, 1970) que prescribe una posición de dominio masculina y otra de subordinación femenina que agota los posicionamientos posibles.

---

<sup>1</sup> Para un análisis pormenorizado de la propuesta de Pleck, véase el apartado 2.1.2.

En este modelo, la crisis recuerda al imaginario de la lucha de los sexos, en que la situación de turbulencia tiene más que ver con el re-posicionamiento en identidades cerradas y coherentes de un orden de género que en la revisión de los sentidos y representaciones que se articulan en esa toma de posición.

La crisis de las masculinidades también se ha esgrimido para nombrar algunos fenómenos asociados con los procesos de globalización (Connell, 2000; Kimmel, 2001). Lo que plantean estos autores es que en el cambio de las hegemonías internacionales provocadas por el proceso de interconexión global, la *masculinidad hegemónica* ha de verse las con un cambio importante en sus parámetros. La crisis aparece entonces como reacción de una masculinidad que deja de ser hegemónica, como respuesta a la proliferación de un nuevo modelo normativo. M. Kimmel (2001) ejemplifica este proceso con la proliferación en Estados Unidos de grupos denominados de ‘supremacía blanca’ que se arrojan una masculinidad que no ven en el nuevo ejecutivo global, seguidor de la CNN y que, en definitiva, se asocia con un nuevo modelo de masculinidad que tiende a ocupar el espacio de la hegemonía y que, además, está detrás de las decisiones macroeconómicas que terminan por afectar al modelo rural de masculinidad estadounidense. Siendo más claro, la crisis de la masculinidad nombraría los procesos de pugna por la estabilización de qué es masculinidad o, mejor dicho, de cuál es la masculinidad adecuada. La crisis por tanto nombra un conflicto entre una *masculinidad hegemónica* emergente y otra que ha dejado de serlo. De nuevo hay un intento de devolver la explicación a las estructuras sociales, a las posiciones prescritas y los procesos de su carácter hegemónico. Aparecen así identidades acabadas y enfrentadas que, en este caso y estirando los argumentos de M. Kimmel para acercarlos a los de Connell, se resuelven como una tensión entre las diferentes masculinidades –hegemónicas, subalternas, cómplices y marginadas– que se trazan en el modelo de un orden de género estable e imperecedero.

Sin pretender un repaso exhaustivo de las retóricas de la crisis, creo que con estos ejemplos queda más clara la afirmación de que el tropo de la crisis se ha convertido en una caja negra que explica tanto como oculta. Es necesario adoptar una perspectiva diferente que se acerque a la crisis para medirla, para pensar sus bases y para com-

prender los efectos sociales que pueda estar teniendo y, en su límite, llegar a la pregunta de si existe tal crisis (Halberstam, 2002: 352). Como certifican los estudios históricos de las masculinidades, la crisis es esgrimida de modo reincidente en la estabilización de la *Masculinidad*. G. L. Mosse señala el revulsivo que representa el modelo del andrógino en el final del siglo XX y cómo, asociado a la imagen de la decadencia, terminó por servir para reforzar el estereotipo moderno de la masculinidad en tanto que ayudó a hacer visibles sus afueras (Mosse, 2002: 110-114). En esta misma línea, M. Kimmel analiza los procesos de crisis que atraviesa la masculinidad norteamericana: en los mismos años en los que en Europa se enzarzan con la imagen de la decadencia andrógina, en Estados Unidos, la lógica del *afuera constitutivo* (Hall, 2003: 18) también se verá fortalecida al señalar al alcohólico, en los años de la Ley Seca, como su límite, como ejemplo de la pérdida de control sobre uno mismo y muestra de una masculinidad desbocada (Kimmel, 1997: 44-50). Por último, también E. Badinter en su trabajo sobre las identidades masculinas señala tres crisis en su desarrollo europeo: aquella asociada con la emergencia de *las preciosas* en Francia e Inglaterra en el siglo XVII, la localizada en las crisis económicas del primer tercio del siglo XX en conjunción con la emergencia del primer feminismo, y la actual crisis en los sentidos de la masculinidad en tanto que proliferación de modelos de identidad no acoplables al contexto relacional después de la *liberación femenina* (Badinter, 1993: 29-33).

Más que la revisión de las crisis en las que se enzarza la *Masculinidad* o sus contenidos específicos, reseñar estos procesos que, por su distancia histórica, resultan más fáciles de dibujar que la crisis que se pregona en la actualidad, ayuda a comprender que la noción de crisis no se ajusta bien a la imagen más popularizada de la misma como fin de la masculinidad o disolución de sus aspectos más duros. Las crisis son momentos calientes, periodos en los que los sentidos entran en liza, procesos en los que lo que hasta ahora servía para contener la representación empieza a mostrar sus resquicios, sus fisuras: la incoherencia inherente a cualquier modelo que pretende reducir la diversidad humana a un modo prescrito de ser. Lo que no quiere decir que la crisis implique la pérdida de valor del modelo. Una crisis, bien puede ser el modo en el que la *Masculinidad* adapta sus parámetros a una nueva realidad y así, las retóricas que inten-

tan ver en ella la prueba última de un proceso de disolución de una categoría hierran en su intento de dar cuenta de lo que sucede.

Desde esta premisa, volver sobre la noción de *exposición* puede ser fértil en tanto que permite acercarse a los modos en los que las masculinidades son construidas y reconstruidas en un momento dado partiendo de los modelos disponibles en un contexto social, por lo que avanza en su conocimiento situado, esto es, se encuentra con las masculinidades en sus procesos y ahí las posibilidades de testar los problemas asociados con el hecho de entenderse como varón y masculino no se separan de las circunstancias concretas en las que esta conexión se materializa. Dicho más claro, la *exposición* permite considerar las (des)identificaciones masculinas en tanto que procesos siempre abiertos, pero no olvida que «no carece de condiciones determinadas de existencia, que incluyen los recursos materiales y simbólicos necesarios para mantenerla, [que] la identificación es en definitiva condicional y se afina en la contingencia» (Hall, 2003: 15). Cabe así la pregunta por esas condiciones de su posibilidad como identidad viable en un momento dado, pudiendo hacer de la crisis ya no el origen de la explicación sino un elemento simbólico que se viene movilizandando en la construcción contemporánea de las masculinidades. Desde un acercamiento de este tipo, las diatribas de las masculinidades contemporáneas ganan en espesor y profundidad, se convierten en elemento sustancial del entendimiento de qué es la masculinidad en tanto que sólo desde estas diatribas se va significando tanto lo que implica la hombría como el modo en el que se despliega en el momento contemporáneo.

Dicho lo cual, no es mi objetivo negar que algo está pasando con las masculinidades, llámesele crisis o de cualquier otro modo, ni abandonar todas las retóricas repasadas como si nada contaran de la actual realidad de los procesos de (des)identificación masculina. Todo lo contrario. En ellas hay importantes nodos para comprender las vicisitudes de los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias y algunas de ellas perfectamente aplicables al caso español que aquí se estudia; pero es necesario atenderlas desde la consideración histórica de la emergencia de la *Masculinidad* como categoría política (Mosse, 2000, Whitehead, 2002, Seidler, 2002) y sus implicaciones para los procesos de (des)identificación masculina en tanto que *procesos de exposición* en

los que los agentes aparecen como resultado de la encarnación precaria de los significados que prescribe el modelo (de Lauretis, 1992). A nivel práctico, esto se traduce en la atención a dos puntos enlazados entre sí: por una parte pensar cómo se lleva a cabo la *exposición* de la *Masculinidad* o lo que es lo mismo, cómo se construyen las (des)identificaciones masculinas en entornos modernos, para después, ya en el epígrafe 3.2., repasar qué ocurre con ellas en el momento, este sí, de crisis de las retóricas de la modernidad que alcanzan al Sujeto (masculino) que encarnaba su posición central.

### 3.1.1. Encarnar el vacío: la tesis de la transparencia

Al final del primer capítulo se precisaba la definición con la que se abría esta tesis que situaba las masculinidades en un *vacío*, de acuerdo con los discursos producidos en el trabajo de campo. Como se defendía, las (des)identificaciones masculinas se construyen por medio de un proceso de negación de todo aquello que tiene que ver con lo femenino o lo feminizado (Chodorow, 1984). Allí se apuntaba que este modelo de (des)identificación se hace posible en el enganche de la masculinidad en tres pares de dicotomías: aquélla que se establece entre lo activo y lo pasivo haciendo de la masculinidad una propensión a la acción (Bonino, 2002: 48; Chodorow, 2002: 253), la que contrapone autonomía y heteronomía que termina por hacer de la masculinidad un ejercicio de control sobre sí mismo y los demás (Kimmel, 1997: 31-50), y la que en la tensión entre razón y emoción opera sobre las (des)identificaciones de los varones en una suerte de negación de toda dependencia (Seidler, 2000: 97; García Selgas, 2006: 131). De tal modo, que la masculinidad queda suspendida en una red de negaciones en las que su materialidad es siempre la de una relación por oposición con aquello que no ha de ser.

Ahora bien, es necesario rastrear las condiciones en las que es posible una definición de este tipo, y aquí conviene recordar cómo se produce el cierre del modelo de la *Masculinidad*. Basado en una consideración de los cuerpos desde la noción de una dicotomía de la inconmensurabilidad (Laqueur, 1994), el modelo ideal de la *Masculinidad* moderna construye no sólo una categoría identitaria sino también, y especialmente, una categoría política: los varones. Atribuyéndoles una especial conexión con el raciocinio, los varones son investidos como ciudadanos de pleno derecho en tanto que de ellos se presupone que cuentan con la capacidad racional suficiente para doblegar su naturale-

za salvaje. De hecho, aquí se sitúa el centro de la virilidad que goza de cierta hegemonía en la modernidad: sitiada por sus excesos o por sus fallas, la masculinidad vivida aparece como un juego de contención, como un esfuerzo constante y compulsivo (Benke, 2001) por demostrar esa *serena grandeza* (Mosse, 2000) que separa lo mismo de la hipersexualidad que de la peligrosa homosexualidad. Una operación como la que se describe sólo es posible por un juego de doble abrochadura: la que se produce, por una parte, entre la razón y los anhelos de una sociedad que se entiende responsable de su destino ya que dispone de los medios racionales para su emancipación –un buen ejemplo es la teoría de Rousseau sobre el contrato social pero, como se comentó, esta asociación se traza ya en Descartes y su *Discurso del método*–, y la que arroga esta racionalidad a los varones por su concreta realidad biológica (Seidler, 2000). El resultado de este doble cierre sobre la razón es que los términos se mezclan y embarullan superponiéndose una consideración universalista de la razón, y así de la ciudadanía, como sujeto político de la nueva sociedad consciente y responsable de sí, con otra tremendamente parcial y excluyente que termina señalando a un grupo de varones –los blancos, heterosexuales, europeos, propietarios, educados...– como representantes del todo. Es así que, a poco que se rasque, en los textos filosóficos de la Ilustración y posteriores, así como en todo el andamiaje jurídico y moral que se desarrolla en su estela, detrás del pretendido Sujeto universal de la razón y la autonomía, lo que aparece es una encarnación mucho más particular y limitada. El Sujeto de la modernidad, y con él su labor científica y filosófica, es profundamente masculino (Bordo, 1993) y, estirando el concepto de Brittan (1989), veladamente empapado de *masculinismo*. Es decir, que detrás de la *Masculinidad* lo que se instituye es una red de invisibilidad que termina por confundir ciudadanía con masculinidad y, lo que aquí es más interesante, que borra la consideración de la masculinidad como identidad de género<sup>2</sup>. El género es de las mujeres, recuérdese la referencia al diccionario médico español que se recogía en el primer capítulo: el sexo es femenino (Hurtado de Mendoza, 1821; citado en Vázquez y Moreno, 1997: 385). En este sentido, y por ilustrar esta idea, la ciencia occidental, su técnica y

---

<sup>2</sup> En este sentido se puede entender el trabajo de R. Braidotti de crítica de la filosofía occidental como pensamiento imbuido en una profunda visión dicotómica y desigual de los géneros, apostando por una revisión del propio concepto de género en tanto que también su uso se contamina del falologocentrismo occidental (Braidotti, 2004).

su arte pueden entenderse como el producto de los varones que ocuparon la posición hegemónica en el ordenamiento social moderno y, de este modo, cuando se piensa como 'la Historia' no es más que un ejemplo del avance de esta invisibilidad:

«Cada curso que no es de 'estudios de la mujeres' [*women's studies*] es de hecho un curso en 'estudios de los hombres', sólo que solemos llamarlo historia, política, ciencia, literatura, química. Pero cuando estudiamos a los hombres, estudiamos a los hombres como políticos, líderes, héroes militares, escritores, artistas. Los hombres, ellos mismos, son invisibles como hombres. Raramente, si alguna vez, nos encontramos con un curso que examine las vidas de los hombres en tanto que hombres» (Michael Kimmel, *The Gendered Society*, 2000:5; citado en Pease, 2002: 2)

Por tanto, la invisibilidad de las masculinidades refuerza la lógica de la *Masculinidad* a la vez que descansa en ella. Precisamente en esta imbricación re-constitutiva de la invisibilidad y la *Masculinidad* se encuentra el punto de mayor interés para avanzar en el estudio empírico de las masculinidades españolas, aunque para ello sea necesario un esfuerzo de precisión. En este sentido ayuda el trabajo de M. Lugones (1999) y su reflexión sobre la lógica de la transparencia que se despliega en el desarrollo social de esta invisibilidad. Para Lugones, en la estabilización del Sujeto moderno y su abrochadura con la *hombría* se puede leer un trabajo de *inscripción* de la otredad en tanto que la «necesidad por controlar la multiplicidad pasa por entender, en la teoría política moderna y en la ética, la razón como reductora de la multiplicidad en unidad a través de la abstracción, la categorización, desde la perspectiva de una posición privilegiada» (Lugones, 1999: 242). En esa reducción de la multiplicidad es donde se puede entender la construcción de esa divisoria entre el adentro y el afuera (Fuss, 1999) que establece las posiciones de la otredad y las despliega como límite de la identidad masculina. De ahí la observancia por 'no pasar la frontera' en esa lógica de la negación de todo lo femenino y feminizado que se incorpora como compulsión por mostrar que se está en el lugar de la hombría (Kimmel, 1994; Bourdieu, 2000). La *frontera* se convierte así en ese umbral que ordena las identidades ya que, para los varones que se pretendan masculinos, sobrepasarla haría del uno un otro y así haría que la hombría recalase en su falla. Lo que se está describiendo es el proceso por el que la *sutura* de las (des)identificaciones masculinas pasa por ese *afuera constitutivo* (Hall, 2003) de la masculinidad y así se convierte en ese *vacío* nombrado por los agentes sociales entrevista-



dos. Para Lugones, este proceso puede entenderse como la constitución de un modo de percepción masculina de uno mismo desprovisto de toda marca:

«Dado que la corporeidad es irrelevante a su unidad no puede tener en su cuerpo inscripciones simbólicas ni institucionalizadas que lo marquen como alguien que está «fuera» de su propia producción como el sujeto racional. Dado que dominar las inscripciones institucionales forma parte del programa de unificación, no puede haber marcas como éstas de su cuerpo. Su diferencia no puede pensarse como «inscripciones» sino como marcas no coincidentes, asimbólicas. Ya que su raza y género no le identifican a sus propios ojos es, además, transparente en cuanto a la raza y al género» (Lugones, 1999: 246)

La invisibilidad deviene así transparencia en la consideración de uno mismo, en tanto que varón adaptado a la *Masculinidad*, en tanto que encarnación de ese Sujeto autónomo y racional que impone su perspectiva. Es decir, la invisibilidad no es sólo la importante posibilidad de ocupar la posición supuestamente universal y así construir una red de privilegio masculino; la invisibilidad se instala en el corazón mismo de las masculinidades vividas en forma de transparencia de la marca de género. Ahora bien, esta transparencia en ningún caso puede entenderse aislada de los contextos sociales en los que funciona; de hecho, si funciona como tal transparencia es porque en las relaciones que se establecen con el entorno la invisibilidad del género masculino se convierte en una desconsideración de las propias expectativas y necesidades como tales, y éstas serán vistas o confundidas con las del grupo:

«La opacidad y la transparencia son relativas al grupo. Las personas son transparentes respecto a su grupo si perciben que sus necesidades, intereses y maneras de ser son los mismos del grupo, y si ésta percepción se vuelve dominante o hegemónica en el grupo» (Lugones, 1999: 257)

La transparencia, entonces, tiene que ver con las relaciones de poder que ordenan el entramado social y, lo que aquí es más importante, con la «percepción» de sí y de las propias necesidades, intereses y maneras de ser. Aquí, apartándome del análisis de Lugones y volviendo sobre la noción de *exposición*, es donde la transparencia, un tanto desplazada aunque en línea, como se argumentará, del manejo que Lugones hace de ella, resulta productiva en el análisis de las masculinidades españolas de clase media. La transparencia puede entenderse como la traducción encarnada del modelo de la *Masculinidad*; es el efecto que la representación provoca en la auto-representación o, siendo más preciso, el efecto que se agazapa en el ideal de la *Masculinidad*. En el juego

significante en el que la carne es el receptáculo último de la significación (de Lauretis, 1992), en esa consideración cambiante de las representaciones que así dejan de ser modelos unitarios e inmóviles para pasar a entenderse como elementos profundamente encarnados y constitutivos del trasfondo de la intencionalidad (García Selgas, 1994) pero a la vez mutables en tanto que su abrazo nunca es absoluto y estéril sino que transita por los caminos del desplazamiento continuo en tanto que ha de ser interpretado, incorporado y desplegado para que su funcionamiento esté asegurado; en este juego, considerar la *transparencia de la marca masculina de género* puede ayudar a aclarar los mecanismos de la *exposición masculina*. En tanto que el género –su género– como parte de una relación social permanece invisible e invisibilizado para los agentes sociales bajo el paraguas de la *Masculinidad*, es decir, en tanto que su posición no se piensa como específica sino que se maneja confundida con el universal y así el privilegio de la posición se desvanece en consideraciones personalistas o azarosas, el trabajo de la representación en tanto que constitutivo del trasfondo es aún más rotundo. Es decir, la *exposición* en su acepción de *estar expuesto* se colma de esta transparencia sirviendo así de freno para *exponer* nuevas componendas o auto-representaciones. Asumir la lógica subyacente, ocupar la posición no marcada, no es en absoluto baladí para el mecanismo de la *exposición*, pues si no se entiende que la propia posición lo es de privilegio, difícilmente se encararán los procesos tendentes a superar las desigualdades, suponiendo que esa sea la finalidad de los agentes sociales que lidian en sus límites. Quizás ahora se entienda mejor la versatilidad que he introducido en la noción de *exposición* en su acepción activa. Cuando se nombraba la *exposición* en tanto que mecanismo de posicionamiento y representación pública de una determinada *sutura*, en tanto que proceso de *exponer modelos* por medio de la propia entrada en lo relacional desde una componenda identitaria que moviliza determinados significantes, se señalaba como un proceso necesario pero no necesariamente consciente. Es decir, esa *toma de posición* (Bourdieu, 1997) que implica la (des)identificación podía ser más o menos consciente, incluso, arrastrada por las certezas de los discursos establecidos, podía entenderse como un posicionamiento velado y dirigido por las *disposiciones* en términos de Bourdieu o, siendo más preciso, ese trasfondo de la intencionalidad (García Selgas, 1994) en los términos que se entiende en esta tesis. Los agentes sociales deben –es necesario– des-

plegar los modelos; deben representarlos. De otro modo el modelo no podría hacer su labor, el modelo no podría persistir, siquiera existir<sup>3</sup>. Es por ello que el género es una representación (de Lauretis, 2000); el género es una muestra sin descanso de esos *actos estilizados* que nos convierten en copias de copias sin un original (Butler, 1989: 338). Pero a la vez, no todo despliegue expositivo es un lance o un trabajo consciente de reafirmación; desde la consideración transparente de la propia identidad, la *exposición* bien puede ser la del seguimiento o, aunque difícilmente, el distanciamiento de los parámetros identitarios de la *Masculinidad* sin la conciencia de ello.

De hecho, y aquí radica la potencia de la consideración de la transparencia de las masculinidades encarnadas, por medio de esta idea se nombra el afuera de la representación. No se trata de ese *afuera constitutivo* que son las identidades de la otredad que lleva implícita la (des)identificación por medio de la negación de lo femenino y feminizado; señala un afuera aún más interesante para un análisis de los desarrollos y cambios de los varones heterosexuales de clases medias pues nombra un elemento que queda fuera de la representación misma pero que se convierte en su condición de posibilidad. Desde aquí se puede empezar a entender cómo las transformaciones en los modelos identitarios en ocasiones dejan la desigualdad intacta en tanto que operan en el nivel de la representación pero no avanzan en su supuesto subyacente. También desde aquí las retóricas de la crisis pueden empezar a precisarse porque nos permite alcanzar a los varones en sus procesos de hacerse con género, en sus modos de *masculinización* o en los modos en los que su experiencia *es masculinizada* (Hearn, 1998 y 2004), considerando si sus re-creaciones recalcan en el cambio de esta transparencia o la dejan intacta. En fin, parece necesario fondear en cómo la representación puede fun-

---

<sup>3</sup> En este sentido, es interesante la conexión que apunta de Lauretis (1992) y que aquí es central entre las representaciones y las auto-representaciones. En trabajos que, como este, se preocupan por los modelos de identidad, en este caso, masculinos, comprender que la división entre identidades y modelos, entre encarnaciones y representaciones, es artificial en tanto que no podemos entender los modelos como separados de los procesos por los que se activan se convierte en un punto central. En mi estudio esto me lleva a considerar las representaciones cinematográficas como lugar interesante de análisis, sabiendo que su relato es el de la ficción pero recuperando la historicidad del proceso en tanto que me permite seguir esas representaciones que, desde la *exposición* no puedo entender como separadas de las vidas de los varones que estudio, pues va construyendo su marco de sentido, van configurando el espacio de la representación posible. Para un tratamiento de este aspecto, véase el apartado 3.3.

cionar considerando este afuera para desde ahí volver a pensar las estrategias de su contención y de su exceso.

### 3.1.2. Cartografías del fuera de campo<sup>4</sup>

Convertido el género en buena medida en su representación, en su *exposición*, resulta productivo dar el salto a la teoría fílmica en busca de metáforas que ayuden a comprender los efectos de la *transparencia* y las condiciones externas que hacen posible esa representación. Uno de los puntos de trabajo en estas teorías tiene que ver con las relaciones de lo representado en el fotograma con lo que queda fuera del espacio limitado de la pantalla<sup>5</sup>. Los estudios cinematográficos conceptúan el espacio fílmico como la «imagen *plana* y delimitada por un *cuadro* [...] que se define como el *límite de la imagen*» (Aumont et. al., 1985: 19) y que da lugar al *campo*, que es la «porción de espacio imaginario contenida en el interior del cuadro» (Aumont et. al., 1985: 21). La reflexión teórica sobre la imagen así definida y la constatación práctica de que en el transcurso de la narración y por medio del corte de la lente de la cámara aparece un “entorno” que se supone, aunque no se vea, en las miradas de los personajes o la entrada y salida de los mismos por los laterales, permite llegar a la noción de *fuera de campo* para hacer referencia al «espacio invisible que prolonga lo visible» (Aumont et. al., 1985: 24).<sup>6</sup>

---

<sup>4</sup> Una versión anterior y menos desarrollada de lo expuesto en este y el siguiente epígrafes apareció con el título «De las identidades masculinas como juegos de transparencia», *Inguruak*, nº 37 (García García, 2003).

<sup>5</sup> El discurso fílmico suele hablar del fotograma como su espacio. Considero que desde un punto de vista sociológico, el lugar de verdadero interés es la pantalla. En ella se dan cita el proceso de producción del filme que es citado por medio del proyector –que trae consigo el trabajo de la cámara y el montaje, del guión y su actuación– y el proceso de consumo de la película, que implica la mirada del espectador y el proceso de comprensión e identificación que acarrea.

<sup>6</sup> El término *fuera de campo* no está libre de polémica. A raíz de la propuesta de Pascal Bonitzer de una definición amplia del *fuera de campo* que introduce tanto los elementos del entorno narrado –es decir, el espacio, dentro de la ilusión, que envuelve lo que vemos en la historia– como el mecanismo mismo de la narración –esto es, todo el contexto de producción y comercialización del filme–, otros autores plantean el término *fuera de cuadro* para dar cuenta de los mecanismos de producción y reservar el *fuera de campo* para lo referido a lo propio de la ilusión, de la historia que se narra (Aumont et al., 1985). Aquí el uso del término *fuera de campo* en su acepción amplia propuesta por Bonitzer no es inocente e intenta, aún asumiendo sus problemas, traer a esta exposición esa parte de la ilusión que se mezcla con la producción en el filme mismo.

El fuera de campo aparece como *esa otra parte* de la representación. Y para entender y explotar las potencialidades explicativas de las relaciones de lo representado con lo que queda fuera, en otra parte, de la representación es muy fértil acudir al análisis que del espacio fílmico hace Deleuze en *La imagen-movimiento*. Siguiendo su razonamiento, al considerar que «[t]odo sistema cerrado es también comunicante» (Deleuze, 1984: 33), las posibilidades teóricas del fuera de campo se amplían. Definido como aquello que «remite a lo que no se oye ni se ve, y sin embargo está perfectamente presente» (Deleuze, 1984: 32), el fuera de campo reintroduce aquello que estaba en *otra parte* en el análisis. En rigor, no se trata tanto de reintroducir como de hacer patente algo que ya estaba ahí, algo que pertenece a la propia lógica de la representación. En toda imagen cinematográfica, al igual que en toda identidad, hay elementos que exceden, desbordan y también contienen lo representado mientras permanecen fuera de la representación misma. Para Deleuze hay dos aspectos de este fuera de campo. El primero de ellos tiene por función «añadir espacio al espacio» (Deleuze, 1984: 35); es éste «un aspecto relativo por el cual un sistema cerrado remite en el espacio a un conjunto que no se ve y que a su vez puede ser visto» (Deleuze, 1984: 34). Por medio de este aspecto se puede dar cuenta de las salidas y entradas de los personajes o de la voz de aquellos que no están en la imagen en ese momento; es decir, el fuera del campo complementa la ilusión proyectada y la contextualiza en un espacio que se ajusta a las leyes de la física. En cuanto al segundo de los aspectos del fuera de campo que reconoce Deleuze, su función viene a ser la de «introducir en el sistema, nunca perfectamente cerrado, lo transespacial y lo espiritual» (Deleuze, 1984: 35); es «un aspecto absoluto por el cual el sistema cerrado se abre a una duración inmanente al todo del universo, que ya no es conjunto ni pertenece al orden de lo visible» (Deleuze, 1984: 34). El fuera de campo conecta por medio de este segundo aspecto lo representado con el contexto que le está dando sentido, es decir, reintroduce en el análisis de la representación aquello que, aún estando fuera, es evocado en la producción misma de la historia narrada en imágenes en movimiento. Más interesante en su aplicación al estudio de las masculinidades, este segundo aspecto se sitúa ante el mismo proceso de producción de la representación. El fuera de campo da entonces cuenta de las relaciones de la imagen proyectada con sus condiciones de producción y consumo: de un lado remite a la existencia de un guión,

un rodaje, una cámara o un montaje y cómo más que en otra parte, ya son parte de la imagen en sí. De otro lado, y avanzando en el proceso cinematográfico, este segundo aspecto del fuera de campo permite explicar parte del proceso que sufre la película en el momento de la proyección en el que la trama es recompuesta desde los sentidos que aporta el contexto por medio de la recepción de la imagen, de la mirada que la recoge y los procesos de identificación que moviliza. De este modo, «el fuera de campo [por medio de este segundo aspecto] da fe de una presencia más inquietante, de la que ni siquiera se puede decir ya que existe, sino más bien que «insiste» o «subsiste», una parte» (Deleuze, 1984: 35). Es decir, este segundo aspecto del fuera de campo se inmiscuye en los procesos que hacen posible el mantenimiento de una representación por la presencia de una serie de supuestos y mecanismos que, sin verse representados por sí mismos, son conjugados en la estabilización de la representación. Dicho más claro, el fuera de campo recoge esas condiciones que hacen posible o imposible el sentido comunicativo de una representación, marcan las reglas en la que esa representación lleva a cabo la abrochadura de determinados significados como verosímiles.

En el proceso de encarnación masculina, como en el de cualquier identidad de género, aparece este elemento que *insiste*, esta presencia inquietante que explica la posibilidad de su representación en el campo del género. Por medio del fuera de campo se pueden explicar ciertas reiteraciones y remanentes en las (des)identificaciones de género en tanto que al asumir que en el juego de la representación de las categorías de género hay una serie de elementos presentes pero no representados se instaura una resistencia al cambio. Dicho en términos menos abstractos, si al enunciar género, si al desplegar una determinada forma de hombría se hace por medio de la movilización de una determinada lógica que como sentido común o práctico, haciendo uso de los términos de Bourdieu (1997), permanece invisible para los agentes sociales, se puede llegar a una explicación de la pervivencia de, por ejemplo, una dinámica de (des)identificación como la que ordena la *Masculinidad* durante la modernidad o incluso en el momento socio-histórico de su revisión y colapso ante la deseabilidad social del principio de igualdad. Ahora bien, es central comprender que esa *otra parte* no está en otra parte: figura imposible que reintroduce el fuera de campo en las condiciones de posibilidad de la propia representación. Cuando de Lauretis intenta aplicar la noción de fuera de campo

al estudio del sujeto del feminismo, lo define como «el espacio no visible en el campo pero deducible de lo que el encuadre revela» (de Lauretis, 2000: 63) y señala que:

«El cine experimental ha mostrado que lo fuera de campo existe simultánea y paralelamente al espacio representado, lo ha hecho visible subrayando su ausencia en el plano o en la sucesión de los mismos, y ha mostrado que incluye no sólo a la cámara (el punto de articulación y la perspectiva desde la que se construye la imagen) sino también al espectador (el punto en que la imagen es percibida, reconstruida y re-producida en/como percepción subjetiva)» (de Lauretis, 2000: 63).

El fuera de campo es así un espacio simultáneo y paralelo a la representación. En el campo de la cinematografía se puede concretar este fuera de campo en los elementos que hacen posible el filme –la cámara como sinécdoque del trabajo de producción previo a la existencia de la representación en sí– y aquellos implicados en la construcción del sentido de las imágenes proyectadas –la percepción del espectador como punto de articulación de la verosimilitud y potencia del mensaje–, por tanto, elementos que no son conscientemente enlazados en el encuentro con la representación pero que sin duda están ahí como posibilitadores del trabajo significativo de la propia representación. Así pues, y aplicando esta metáfora al análisis de las dinámicas contemporáneas de estabilización de las masculinidades vividas, no es necesario ir a otra parte o retrotraerse a orígenes; hay que atender a las lógicas propias de las formas de traer *hombria* al mundo –aquí y ahora– y sus fueros de campo. En esa copia de copias sin un original en el que se resuelve la (des)identificación (Butler, 1989), el interés se sitúa en las formas en la que los mitos del original son traducidos y así re-constituídos dentro de los parámetros que establece una determinada lógica de la representación que deja uno de sus polos, la *Masculinidad*, como elemento confundido con la universalidad y así transparente e invisible incluso para aquellos que lo encarnan.

### 3.1.3. Exposición y exceso en los cuerpos traslúcidos

La idea de transparencia permite volver sobre la naturaleza expositiva de la masculinidad desde un nuevo punto de vista. En esa *exposición* constante que va reformulando el contenido mismo de la *Masculinidad* desde las estrategias de negación de lo femenino y lo feminizado, se configura un fuera de campo que podemos situar, en primer término, en la imposibilidad de considerar la masculinidad como una identidad de género constituida relacionamente. Lo que permanece en el fuera de campo es, de este modo, una

relación entre los géneros que se mezcla hasta ser imposible de diferenciar con un modelo de organización social estructurado desde las desigualdades de género y estructurante de ellas: en *esa otra parte* queda la afirmación reiterada de que las posiciones y disposiciones de unos y otras son de naturaleza distinta y, en su límite, distintas por naturaleza.

La transparencia de la marca identitaria masculina es, por la propia lógica de la representación y su fuera de campo, la manera más efectiva de perpetuar la distribución de poder que establece la *Masculinidad*<sup>7</sup>. Es así como la transparencia de la marca de género de las masculinidades hace imposible actuar sobre la relación de poder que la atraviesa<sup>8</sup>; es precisamente «[l]a invisibilidad de la masculinidad [la que] reproduce la desigualdad genérica tanto en su aspecto material como ideológico» (Kimmel, 2001: 48) y la encarnación transparente de esta posición es la que asegura el éxito de esta invisibilidad. En ese sentido se puede hablar de la encarnación masculina como la proliferación de *cuerpos traslúcidos*<sup>9</sup> al amparo del modelo de la *Masculinidad* y su base científico-anatómica, dado que su supuesta legibilidad –la naturaleza del cuerpo masculino co-

---

<sup>7</sup> Las relaciones entre transparencia y despliegue de relaciones de poder es compleja. No ser visto puede convertirse en una forma de asegurar un poder de carácter absoluto. Algo de esta vinculación se puede encontrar en el trabajo de Foucault sobre el panóptico de Bentham cuando plantea que éste es:

«la fórmula de un “poder por transparencia”, de un sometimiento por “proyección de claridad”. El panóptico es un poco la utilización de la forma “castillo” (torreón rodeado por murallas) para paradójicamente crear un espacio de legibilidad detallada» (Foucault, 1979: 17).

El modelo arquitectónico de Bentham hace transparentes los muros de las celdas permitiendo ver la silueta de los presos a contraluz, pero también hace transparente al poder mismo que se desplaza del centro del edificio, en el torreón de vigilancia, a los cuerpos de los presos que interiorizan el poder ejercido por la –supuesta– mirada constante. La marca, la eventualidad de ser visto, es lo que hace posibles las formas de control y la invisibilidad en la que se mantiene el vigía por los juegos de claridad y opacidad del panóptico y permite rastrear la potencia política de los regímenes de visibilidad. En cualquier caso, la interpretación de Foucault avanza en direcciones que aunque interesantes para ulteriores trabajos que profundicen en la consideración teórica de la transparencia no han sido incorporados en este trabajo en tanto que aquí la noción de transparencia se moviliza en una dirección diferente.

<sup>8</sup> Para un análisis de las políticas de visibilidad que funcionan sobre las identidades de género desde una perspectiva próxima a la aquí defendida véase Phelan (1993).

<sup>9</sup> Lo traslúcido, como recoge el diccionario de la RAE, es aquel «cuerpo a través del cual pasa la luz, pero que no deja ver sino confusamente lo que hay detrás de él».



mo carne controlada por la razón (Laqueur, 1994) que de modo circular se comprueba por la misma naturaleza anatómica de lo corporal, “un hombre es un hombre” – convive con la profunda ceguera que los agentes sociales, especialmente los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias, es decir, los *herederos* de la posición-sujeto que define y oculta la ciudadanía moderna, presentan para considerarse como agentes con género.

La imagen de los *cuerpos traslúcidos* permite también nombrar los procesos de *exposición* de las masculinidades al amparo de la *transparencia* que los hace visibles y velados a la vez. Los cuerpos, la encarnación de la *Masculinidad*, se convierten en una pantalla de proyección en tanto que sirven para actualizar los modelos, ya que es por medio de la auto-representación que los sentidos asumidos de lo que es la masculinidad se convierten en *performance*, se hacen legibles para el entorno social del agente inmerso en su exposición. Desde la expresión compulsiva de la diferencia, desde la negación continua de las otredades, el cuerpo masculino aparece como elemento que es importante que sea visible. Pero, a la vez, este cuerpo se convierte en una pantalla de protección en tanto que asegura que la diferencia sigue ahí, en tanto que certifica la posición central en el orden de los géneros por esa perspectiva privilegiada que nombra y margina y que termina por hacer equivalentes los deseos y necesidades de los que ocupan esta posición con aquéllos del grupo (Lugones, 1999).

Ahora bien, hasta este punto se ha tratado ese fuera de campo de la representación, la transparencia masculina, como si fuera un elemento acabado y asegurado, como si fuera independiente a cualquier cambio social o esfuerzo de los agentes sociales por situar sus identidades (masculinas) en otra parte. En ese caso, el fuera de campo permanecería, como la ideología althusseriana, ajena a cualquier intervención. No es este el uso que plantea de Lauretis (2000), ya que el campo y el fuera de campo no son reducibles a los términos de la ideología y sus afueras. El campo y el fuera de campo, pese a la exterioridad que señala al nombrarse, «no se contraponen ni se suceden en una cadena de significados, sino que coexisten, concomitantes y en contradicción» (de Lauretis,

2000: 63)<sup>10</sup>. Es ése elemento que «insiste» (Deleuze, 1984: 35) en la representación y, precisamente por ello, su desestabilización es posible. No se trata de algo irrepresentable sino más bien de algo irrepresentado. Por ello:

«el género, como lo real, no es sólo el efecto de la representación, sino también su exceso, lo que permanece fuera del discurso, un trauma potencial que puede desestabilizar, si no se contiene, cualquier representación» (de Lauretis, 2000: 36)

De tal modo que desde esta noción del exceso –y la contención que le es contraria– es posible un acercamiento más matizado a los procesos de la *exposición* y así a las diatribas contemporáneas de las masculinidades, entendiéndolas como los procesos de subjetivación que protagonizan los varones a lo largo de su desarrollo psicosocial en referencia con un estereotipo, identitario y político, de raigambre moderna, el de la *Masculinidad*, que es encarnado, y así desplazado o reforzado, en sus procesos de (des)identificación es posible calibrar con mayor precisión las retóricas de la crisis. La confusión masculina muestra sus bases. Esta confusión no es individual, aunque sus efectos se aprecien en la experiencia individual de algunos varones, como tampoco es ajena a los procesos de cambio social amplio que afectan a los parámetros de la modernidad, ya que la masculinidad ha de (re)crearse en todo momento y pese a la vigencia del modelo identitario de la modernidad y el efecto de su transparencia, el contexto social y la consideración de las desigualdades de género es bien distinta a la de hace un par de siglos.

---

<sup>10</sup> La referencia a la contradicción ha de entenderse en el contexto que de Lauretis moviliza su concepto. Lo hace para hablar de las posibilidades de enunciar identidades fuera del sistema sexo/género normativo y eso le lleva a hacer hincapié en aquellos puntos en los que las identidades, especialmente las de mujeres feministas, han colisionado con la representación normativa. Aquí retuerzo su concepto para hacer que hable en la dirección contraria. El fuera de campo es el lugar desde el que se estabilizan las condiciones de posibilidad de la representación. Aquello que en la grosería de su desnudez podría ser desmontado de forma racional. En el fuera de campo está la incoherencia de los dos usos que se confunden al movilizar el nodo moderno de la razón (Seidler, 2000), por eso en ese «movimiento del espacio representado por/en una representación, por/en un discurso, por/en un sistema sexo/género, al espacio no representado pero implícito (imperceptiblemente) en ellos» (de Lauretis, 2000: 66) reside la posibilidad de su desestabilización, pero también en la asunción acrítica de ese fuera de campo, imperceptible e implícito, está el poder de su reproducción.

### 3.2. La transparencia como hipótesis

La consideración de la *naturaleza expositiva* de las masculinidades y la afirmación de que sus procesos de representación y encarnación están presididos por la lógica de la *transparencia* de la posición-sujeto que la *Masculinidad* moderna prescribe para los varones puede reformularse en forma de **hipótesis general** como sigue:

Dentro de la dicotomía de género que se establece en la modernidad occidental, la masculinidad se conforma y encarna de modo *relativo y reactivo*, enunciándose en negativo. Los modelos de identidad (masculina) no son puros; son habitados y recolocados (modificados, contenidos, matizados, devueltos, revueltos) en un proceso de encarnación que se constituye en sus *formas de exposición* y desde *mecanismos de posicionamiento*. En este sentido, *los modelos de masculinidad son transparentes*, tanto por mantener la masculinidad en una suerte de invisibilidad como por el hecho de no ser observables por sí mismos en lo social.

Ahora bien, como se apuntaba, la consideración de la *exposición* como mecanismo en el que se construyen las (des)identificaciones masculinas, el desplazamiento de la visibilización de la masculinidad a sus condiciones de (im)posibilidad y a sus consecuencias sociales, precisa el carácter contextual y situado en el que es necesario hacerse cargo de las masculinidades vividas en la explicación sociológica. En este sentido, y como se apuntaba en el inicio de este capítulo, no basta con señalar los efectos de la *Masculinidad* como si se tratara de un elemento ahistórico. El artefacto de la *exposición* es un medio de devolver las masculinidades a la pregunta por el cómo de las masculinidades vividas para desde ahí poder pensar el qué es esa masculinidad. Por ello, junto con la explicación dada de la lógica en la que la *exposición* moderna de la *Masculinidad* deviene transparente, es necesario preguntarse por su condición histórica, en concreto por sus transformaciones en el momento de lo *-post*. A partir de esta consideración concreta y contextual que rescata esas condiciones de posibilidad (Hall, 2003) de la representación de las masculinidades se hace posible precisar una *hipótesis metodológica* y concretar una *hipótesis de trabajo* para el análisis de las diatribas contemporáneas de las masculinidades españolas.

### 3.2.1. Vicisitudes *–post* y la emergencia de la marca de género.

Si se atiende al desarrollo social de las últimas décadas, la transformación del proyecto moderno se hace evidente. No sólo las antiguas certezas se han hecho móviles y precarias transformando las formas de lo social y la idea que como agentes sociales tenemos del mundo que nos rodea –lo que se ha denominado la licuación o fluidificación de la vida social (Bauman, 2007; García Selgas, 2001)–. En el seno de esa revisión de las bases ilustradas del mundo contemporáneo, también el Sujeto autónomo y racional en el que se parapetaba la moderna masculinidad se hace añicos. La precisa y feroz crítica que representan una serie de movimientos sociales y de pensamiento –la estela de las críticas y análisis feministas (Millett, 1970; Rubin, 1996), postcoloniales (Marriott, 2000; DiPiero, 2002) y de las sexualidades (Mercer, 2002; Halberstam, 1998)– son un envite a toda la lógica moderna de la identidad. En la reivindicación de agencia de los grupos subalternos, una vez deconstruidas las identidades señaladas como Otras y los fenómenos de exclusión que fundamentaban, no sólo se hace evidente la implicación socio-política del marcaje de los Otros sino que se abre la puerta para que se evidencie el elemento no-marcado y las relaciones de poder que lo sustentan (Robinson, 2000). Dicho más claro, la masculinidad es arrastrada por el colapso del Sujeto autónomo y racional de la modernidad (Jameson, 1996) cuando poco a poco se van haciendo evidentes sus coordenadas. Perdida la inocencia moderna que diluía la masculinidad en la concepción del sujeto universal, la marca de género amenaza con señalar a los varones en su particularidad y las masculinidades, ante esa evidencia, quedan ellas mismas en evidencia.

Las líneas de esta transformación de las formas sociales de Occidente son múltiples y no es sencillo dar cuenta de ellas pues la revulsión de las vidas de los varones y las mujeres occidentales se concreta en la imbricación de diferentes aspectos, ámbitos y niveles de revisión y desplazamiento de los modos modernos. El trabajo de D. Bell (1991) sobre el paso de las sociedades industriales a las *postindustriales* puede verse como el primer intento serio de argumentar que se estaba formando un nuevo tipo de sociedad en Occidente (Lyon, 1996: 71). Su tesis, construida en el momento de las crisis del petróleo de los setenta, es que la sociedad industrial muta de forma profunda gra-

cias a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. La nueva elite técnica y profesional del nuevo sector de servicios vendría a ocupar el centro de la estructura socioeconómica que en el pasado estaba encarnado en el obrero fabril. (Lyon, 1996: 71). La proliferación de las nuevas tecnologías de la información y del conocimiento cambian los motores de la economía a otra parte; esto es claro y basta con observar la creciente importancia de los departamentos de I+D y la revulsión económica que implica la aparición, desarrollo y comercialización de las nuevas tecnologías del conocimiento. Pero un desarrollo en esta dirección termina por cambiar el sistema económico mismo y las vidas de aquellos que viven en estas sociedades. Como señala D. Lyon, «[l]a sociedad postindustrial de Daniel Bell aportaba el ‘marco social’ para la ‘sociedad de la información’» (Lyons, 1996: 73), es decir, trazaba un repaso de los desplazamientos en las formas sociales de Occidente susceptibles de ser entendidos como un cambio en el modelo social global. Dicho más claro, la transformación que señala D. Bell como interna a la modernidad y, por tanto, como desplazamiento de los modos en los que el capitalismo industrial se imbrica con el orden social moderno y lo desliza en su propia revisión, puede entenderse, como de hecho hacen autores posteriores, como una acumulación de cambios cuantitativos que terminan por hacer que la sociedad al completo cambie cualitativamente al devenir *sociedad de la información*. Esta es la tesis del trabajo de M. Castells (2000) sobre *La era de la información*. En él se plantea cómo los cambios en las tecnologías terminan por afectar al conjunto de las relaciones sociales puesto que la proliferación de industrias de la información no sólo afectará a la organización del trabajo –el paso de la gran industria a la fragmentada y global empresa-red– sino que la misma estructura ocupacional se transforma para construir un mercado de trabajo basado en la flexibilidad y la escisión de los trabajadores en elites ocupadas en labores de gestión y conocimiento y la extensión de un modelo de trabajador genérico y descualificado que malvive en los márgenes precarios de la nueva organización social del trabajo. De este modo, las sociedades industriales dan paso a otras informacionales, el modelo fordista de empleo a otro postfordista y fragmentado, y, enredados en ellos, los estilos de vida e identitarios de la certeza moderna y la unidad a nuevas componendas sociales basadas en los flujos, la inestabilidad y la fragmentación. Es decir, que «[l]os cambios sociales son tan espectaculares como los procesos de transformación tecnoló-

gicos y económicos» (Castells, 2000: 32). Las masculinidades, en tanto que posiciones centrales de este modelo moderno e industrial, no quedan aisladas de esta revulsión. Ya la consideración general del cambio en los sistemas productivos y económicos permite señalar la crisis del *señor con sombrero* moderno en tanto que la coherencia de una vida presidida por una carrera profesional unitaria y coherente da paso a lo que R. Sennett denomina *La corrosión del carácter* (2000) como efecto de la pérdida de las antiguas temporalidades vitales. Pero las implicaciones para la estabilización de las masculinidades vividas en su conexión con el modelo de la *Masculinidad* queda más clara al detenerse en dos de las implicaciones de estos cambios del marco social: por una parte y en un ejercicio de concreción aquéllas que tienen que ver con la transformación en los modos de relación social y, siendo preciso, con las formas de construcción de mismitud e intimidad (Giddens, 1998, 1995b y 1993); por otra, y a un nivel más general, con la transformación de la lógica cultural (Jameson, 1996) y la profunda crítica de los planteamientos filosóficos de la modernidad (García Selgas y Monleón, 1999).

La trasmutación de los modelos productivos tiene una clara incidencia en los estilos vitales y la organización de las relaciones próximas y de intimidad con la consiguiente revisión de las relaciones de género. En primer término y como se comentaba, por su incidencia en algunos de los pilares de la construcción moderna de las identidades y relaciones género. Nótese que en el momento de fragmentación de las carreras profesionales el modelo del padre proveedor tan apegado a la *Masculinidad* empieza a hacer aguas. La inestabilidad y flexibilidad del mercado laboral resiste mal la presión de una masculinidad controlada y controladora, activa y responsable; la pretendida autonomía del Sujeto autónomo y racional se enfrenta a sus fantasmas ante la profunda dependencia y precariedad en la que le deja un mercado laboral flexible, fluido e inestable. En este sentido resulta esclarecedor el análisis de A. Giddens (1998, 1995b y 1993) sobre las consecuencias del desarrollo de la modernidad y sus incidencias en la estabilización de la identidad del yo y de las formas de intimidad. Sin entrar en la discusión de si los cambios que reconoce se deben entender como una ruptura o como el desarrollo propio de la modernidad en el momento de alta modernidad o modernidad tardía, el diagnóstico de Giddens claramente señala algunas de las bases en la que las transformaciones de las sociedades modernas contemporáneas cristalizan en una revisión

de nuestros modos de ser varones y relacionarnos como tales. Para Giddens, la clave para rastrear las consecuencias de la modernidad en las vidas de los agentes sociales está en los procesos de *desanclaje* de los sistemas que se producen como resultado de la proliferación moderna de sistemas expertos y señales simbólicas. El *desanclaje* le sirve para nombrar el proceso por el que se pueden «"despegar" las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción y reestructurarlas en indefinidos intervalos espacio-temporales» (Giddens, 1993: 32). Es decir, las formas de creación de certezas se separan de lo próximo y las relaciones de confianza para entenderse de un modo muy distinto por medio de la *fiabilidad* que los agentes construyen desde lo que conocen por medio de los sistemas expertos. Las sociedades de modernidad tardía devienen así sociedades de riesgo en la que los agentes movilizan su capacidad reflexiva para anticipar posibles consecuencias de sus acciones y las de aquellos que le rodean. Resultado de esta nueva realidad:

«en un universo social postradicional, reflejamente organizado, invadido por sistemas abstractos y en el que la reordenación del tiempo y el espacio reordena lo local con lo universal, el yo experimenta cambios masivos» (Giddens, 1995b: 105)

Los agentes, con su capacidad reflexiva, se ponen en el centro de la construcción de sus itinerarios vitales que se materializan en «estilos de vida» encarnados en estrategias complejas de planificación vital que resisten mal los férreos principios organizativos de la *Masculinidad* con sus guiones cerrados y sus posiciones disímiles cerradas a cambio. En este sentido, el yo de la alta modernidad es un proyecto más que una unidad coherente que se ve atravesado por una serie de tribulaciones o dilemas: unificación frente a fragmentación, impotencia frente a apropiación, autoridad frente a incertidumbre y experiencia personalizada frente a experiencia mercantilizada (Giddens, 1995b: 240 y ss.). No interesa tanto detenerse en estos dilemas como nombrarlos para mostrar cómo desde ellos en esa revulsión del proyecto del yo también lo relacional se ve afectado. De hecho, en su tesis de esa estabilización de un orden postradicional del riesgo y la reflexividad ya se intuye el punto que aquí resulta central. En un orden de este tipo es difícil que se pueda mantener el modelo de la *Masculinidad* moderno sin fisuras. El modelo de sociedad que prescribe en tanto que categoría política y la naturaleza de las relaciones de género que establece y ordena por medio de la familia jerárquica mal

resisten los cambios en las formas de trabajo pero aún peor los anhelos de unos agentes sociales reflexivos que se implican en decidir sus estilos de vida. En ese sentido se puede entender que las *consecuencias de la modernidad* pronto alcanzan a los modelos de relación y organización de la intimidad. Esa es una de las principales conclusiones de la trilogía de Giddens que en *Las transformaciones de la intimidad* (1998) señala como las relaciones codependientes propias del modelo moderno de la *Masculinidad* con la estabilización de las posiciones disímiles y complementarias de varones y mujeres en torno al matrimonio y la familia tienden a sucumbir ante la aparición de lo que denomina relaciones puras entre agentes reflexivos que se entienden como iguales e independientes. El amor romántico da paso al amor confluyente (Giddens, 1998: 63) y así se abre la puerta a esas relaciones líquidas que analiza Z. Bauman (2007) o ese *normal caos del amor* que reconocen U. Beck y E. Beck-Gernsheim (2001) en el que se encuentra un modo totalmente nuevo de entender y fraguar las relaciones interpersonales. En este sentido, E. Gil Calvo (2000) sitúa en este proceso una pérdida de la indivisibilidad del sujeto masculino moderno que en las nuevas condiciones de vida es incapaz de esquivar la fragmentación de su sentimiento de mismidad en una miríada de ocupaciones y relaciones sentimentales.

Pero las vicisitudes de lo *-post* sobre la estabilización de las masculinidades no acaban ahí, queda aún un elemento que es central en la desestabilización de la *Masculindiad*. Como se avanzaba, en el paso de las sociedades modernas e industriales a otras postmodernas y postindustriales se opera un cambio cultural que, aunque dejado para el final, no puede entenderse sólo como efecto de los anteriores procesos de revisión de los modos de trabajo y vida sino que se encuentra ya desde el inicio de este desarrollo imbricado y así indivisible de los progresos comentados. El paso de las sociedades modernas a otras de raigambre postmoderna tiene mucho que ver con la transformación de nuestras culturas y la crisis de las antiguas certezas que andamiaban el orden de la *Masculinidad*. La postmodernidad es un cambio en la lógica cultural que mina los principios de la identidad y lo social de la modernidad (Jameson, 1997). Y uno de los puntos centrales de esa revisión cultural es la feroz crítica de los fundamentos filosóficos de la modernidad. Lo interesante es que esa crítica, de la que no escapan ni la concepción de la historia, ni el Sujeto autónomo y racional, ni siquiera la noción de razón,



no es sólo un proceso de revisión teórica sino que se fragua apegada a una serie de cambios en las condiciones materiales de la existencia y desde la intervención de una serie de movimientos sociales que exigen la transformación de las relaciones tal y como se habían establecido en la modernidad y así arrastran su substrato filosófico. Femenismos y movimientos postcoloniales son centrales en la revisión de la idea de ese Sujeto protagonista de la modernidad. Como se comentaba, su esfuerzo en la lucha por derechos termina siendo un proceso de contestación de las otredades de la modernidad a la posición central en su orden, esto es, a las masculinidades heterosexuales de clases medias. En el colapso del Sujeto de la modernidad se imbrican, además, las revisiones teóricas de los principales nodos filosóficos que lo explicaban y hacían centro de lo social. Si por una parte el destino histórico de los varones como representantes de los anhelos de la sociedad (Mosse, 2000) se tambalea cuando el «ordenamiento general de los acontecimientos se ha desvanecido desde el momento en que ha desaparecido un punto de destino» (García Selgas y Monleón, 1999b: 14), aún es más disruptor el profundo desplazamiento de la razón, esa pieza clave en la estabilización de la *Masculinidad*, cuando ésta «ha visto cuartearse su supuesta universalidad [...] por su propia dialéctica y su innegable interconexión con la dominación totalizadora» (*Ibid.*). Es decir, la transformación cultural de la postmodernidad alcanza de lleno a la *Masculinidad* en tanto que parte su invisibilidad y reubica las nociones desde la que se construye.

Ahora bien, la consideración de la masculinidad no ha cambiado en paralelo. Mientras la feminidad tradicional, por tomar un ejemplo, era sitiada por la multiplicación de modelos alternativos y críticos (Gil Calvo, 2000), no se puede decir lo mismo de la masculinidad. Si atendemos a los discursos sociales, la masculinidad 'es lo que es'. Partiendo de un modelo dicotómico de los sexos (Laqueur, 1997), los procesos de revisión de este modelo son limitados y contenidos, en primer término, por la incuestionable –para los agentes– pervivencia de esta diferencia. Por más que se reconocen cambios en las relaciones de género o en las identidades y posiciones sociales de las mujeres, se mantiene intacta la creencia de una diferencia irreconciliable entre lo masculino y lo femenino que sigue operando en las decisiones cotidianas y en nuestros entornos más íntimos (Welzer-Lang, 2000). Así, mientras se señala el género como variable que opera en nuestras vidas, incluso se señalan las desigualdades, el diagnóstico no va más allá y

alcanza a las subjetividades, pues la diferencia, previa e investida de certeza, es la explicación, no lo que haya que explicar.

Pero aún más perverso es el efecto que tiene la abrochadura entre uno de los polos de esa dicotomía, la masculinidad, y el neutro sujeto universal-persona. Como se ha argumentado, en primer término, porque hace invisible para los varones su propia marca de género (Robinson, 2000). Esta invisibilidad se hace evidente en el modo en el que se piensa lo que significa e implica ser varón o mujer, pues dado que la masculinidad no se entiende como una experiencia de género no es extraño que los agentes sociales piensen el género como algo exclusivamente femenino. Las consecuencias de esta borradura se dejan ver en el modo en el que estamos desplegando y entendiendo la igualdad de género y bien puede ser uno de los elementos que explique cómo en no pocas ocasiones la equiparación se entienda como una entrada de las mujeres a esa ciudadanía moderna que históricamente se enreda con la masculinidad. De tal modo que lo que se exige socialmente es la adecuación a una serie de valores y formas de organización de los tiempos vitales que son los de la masculinidad de la modernidad: eficacia en las lindes de la razón instrumental, militancia laboral que lleva a denostar cualquier inferencia de la esfera personal o familiar, competencia individualista como estándar de éxito... (Castells y Subirats, 2007). Las mujeres son consideradas en tanto que 'personas', evitando así cualquier referencia al género, pero a la vez ese 'persona' está cargado con un modelo de masculinidad que sigue sin ser cuestionado en tanto que invisible<sup>11</sup>. Esta invisibilidad se hace si cabe más problemática cuando se atiende a los varones y sus procesos de encarnación. Pensándose como la normalidad, los varones no aprecian la dimensión genérica en sus vidas. De ahí que pese a no tener reparo en pensar a las mujeres como colectivo o hablar de 'cuestiones de mujeres' para referirse a temas tan diversos como la conciliación de la vida laboral y personal, la consecución de sociedades más igualitarias o las formas de violencia de género, haya una verdadera resistencia a admitir la operatividad de la masculinidad e implicarse en los

---

<sup>11</sup> Para un análisis de los procesos por los que se construye ese *Mujer persona* véase Casado, 2002.

problemas que se derivan de la dialéctica de los géneros modernas<sup>12</sup>. Mal preparados para hablarse como sujetos con género, incluso negando esa dimensión de su identidad, pero manteniendo la firme creencia de la existencia de una diferencia natural entre hombres y mujeres, los varones siguen manteniendo relaciones de género desiguales en las que su posición de poder queda intratada. En esta dirección, ha de decirse que los modelos de masculinidad son transparentes para los agentes sociales que los encarnan, enfatizando así el componente no discursivo en el que se enreda la masculinidad y considerando su fuera de campo (de Lauretis, 2000) como la fuente de esa invisibilidad que, y esto es importante, no es sinónimo de inexistencia. La idea de la transparencia remite, entonces, a una presencia inquietante por velada y siempre activa en la cotidianidad de los varones.

El drama de las masculinidades contemporáneas aparece en la conjugación de esta transparencia con una nueva realidad social que mal resiste los rudimentos de la componenda moderna. En el tiempo de la revisión del programa de las sociedades burguesas, la crisis de las categorías de la modernidad se amalgama con la denominada crisis de la masculinidad. Algo que no se percibe, difícilmente se puede manejar. Los modelos de masculinidad aunque pocas veces se reconocen más allá de su esperpento –el fragor adolescente, la imagen popularizada del maltratador como enfermo mental sádico y profundamente machista–, sí que se convierten en elementos de constricción en el desarrollo de algunas facetas y experiencias vitales. Es como si la masculinidad fuera un envoltorio hasta cierto punto dúctil por lo que no notamos su abrazo, pero que, ahora, en el momento de su revisión y deconstrucción, cuando se intenta traspasar su película, su materialidad se hace evidente. La masculinidad se hace dura e inmoviliza; lo transparente, como el cristal, recuerda que está ahí aunque sea por medio del tope-tazo y la quiebra de aquello que sin ser visible no deja de imponer una materialidad en forma de resistencia. Con este modelo analítico se puede dar cuenta de las diferentes fallas en las que recalán las subjetividades de los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias y que lejos de resolverse en una suerte de determinismo más

---

<sup>12</sup> Un abordaje de las consecuencias de una consideración de este tipo en la institucionalización del género –la intervención social institucionalizada en torno a las desigualdades de género– puede verse en el trabajo de L. Méndez y su noción de reflexividad institucional (2005 y 2006)

bien se expresa en una multitud de formas en las que se resuelve ese ímpetu performativo consustancial a la encarnación masculina. Ahí es posible interpretar, por poner un ejemplo, el cierre hermético y tozudo de algunos varones que se aferran y defienden una posición de superioridad en las relaciones de pareja; en este caso la violencia de género puede verse como su límite más grosero en el que ante la quiebra de las antiguas posiciones se llega al ejercicio de la fuerza como expresión del dislate del antiguo equilibrio de la desigualdad<sup>13</sup>. Pero también se puede dar cuenta de la confusión no menos hermética y el inmovilismo en el que se hallan algunos varones –y también algunas mujeres– ante la perspectiva de generar espacios de intimidad aún muy basados en los mitos del amor romántico y el orden de las posiciones del modelo moderno –el varón como activo conquistador y figura de protección– cuando éstas se quieren adaptar a una nueva realidad de igualitarismo.

### 3.2.2. El análisis de la transparencia en las masculinidades españolas (1960-2000)

Desde la consideración de las nuevas condiciones de posibilidad, las del momento de lo *–post* y la revisión crítica del programa moderno que se incardina con la transformación en los estilos vitales contemporáneos, puede pensarse el tropo de la crisis de las masculinidades desde nuevas perspectivas. Tras los sentimientos de confusión, resistencia o tozudez que se han señalado para explicar a los varones heterosexuales de clases medias contemporáneos, se puede mantener que se encuentra este proceso por el que su masculinidad *–tradicional–* ha quedado obsoleta (Castells y Subirats, 2007) a la vez que la dinámica de (des)identificación por que se auto-representan como masculinos, presidida por la transparencia y la invisibilidad de su marca de género, los ha dejado pobremente preparados y maltrechos para encarar su revisión haciendo de la confusión y el conflicto las coordenadas de la hombría actual. Ahora puede tomar nuevo sentido el diagnóstico de A. Brittan (1989) con el que se abría este capítulo; para él, la crisis, si es que se la quiere llamar así, no es tanto la de la pérdida del poder de los va-

---

<sup>13</sup> La hipótesis de la transparencia tomada en este sentido ha sido testada en la investigación «Vinculaciones entre la violencia de género y las identidades sexuadas en parejas heterosexuales» dirigida por el Profesor García Selgas y subvencionada por la CICYT. Parte de los resultados que serán publicados en los próximos meses, pueden consultarse en García Selgas y García García, 2007; García García y Casado Aparicio, 2007; García García y Casado Aparicio, 2008; y Casado Aparicio y García García, 2006.

rones, sino que radica en la pervivencia de las grandes dicotomías modernas y su traducción en la profunda creencia en la diferencia radical ya no sólo entre varones y mujeres sino «entre razón y deseo, lo intelectual y el cuerpo, lo masculino y lo femenino», que se refuerza por entenderse como necesaria, como natural. Volviendo a sus palabras, «la tragedia es que no hemos entendido [los varones] la conexión entre lo personal y lo político, entre la sexualidad y el poder» (Brittan, 1989).

Partiendo de este diagnóstico se hace más clara la dirección que ha de adoptar una investigación aplicada al caso español que pretende alcanzar las diatribas de las masculinidades como resultado de estas transformaciones en el desarrollo histórico de los últimos cuarenta años. Como se argumentaba en el primer capítulo y ahora quedará más claro, cuando se señala como objeto de estudio a los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias se pretende acotar el colectivo estudiado a esos varones cuyo género quedó diluido en la invisibilidad de su marca de género. Volver sobre esta historia desde la noción de exposición permite perseguir las componendas representacionales en las que se ha ido fraguando la revisión de las masculinidades españolas de los ‘*sin género*’ en el contexto de crisis de las retóricas modernas y así de la posición-sujeto reservada en ellas a los varones heterosexuales de clases medias. En ese sentido, me resulta productivo rescatar el concepto de virilidad pese a sus problemas. La virilidad llega a este proyecto desde la traducción de la expresión anglosajona *maleness* que hace referencia a las construcciones socioculturales en torno a la hombría. Pero la virilidad ha sido definida también como ese «algo más que la masculinidad [...] un plus que se gana con el tiempo, no se nace con él» (Sau, 2000: 32). La virilidad señala así el carácter relacional de las identidades masculinas pues lo rescata en su proceso de construcción; pero además, por el uso cotidiano que hacemos de ‘lo viril’, puede ser interesante retomarlo en este punto para señalar aquellos sentidos y representaciones de la masculinidad que se vinculan de modo directo con su consecución exitosa. Por ello, lo que presento es un análisis de las representaciones y encarnaciones de la virilidad española, esa masculinidad que encarnan los varones heterosexuales de clases medias, pues desde este nodo puedo rescatar los ejercicios relacionales de poder sin necesidad de volver a la idea de *masculinidad hegemónica* de R. Connell (1995) aunque rescatando de su trabajo y el de sus colaboradores esa consideración social desigual que se establece

entre diferentes modos de ser hombre. Siendo más claro, en lo que sigue hablaré de las masculinidades, pero especialmente de aquellas que se asocian con la posición social de los varones heterosexuales de clases medias y me centraré en los procesos representacionales en los que estas identidades se abrochan con la idea de que la masculinidad aporta ese *plus*, sitúa en una posición de privilegio, se vincula, en definitiva, con la corrección de ser como el modelo exige.

Descrita la conformación de masculinidades como un proceso semiótico abierto y nunca acabado (De Lauretis, 1992) y situada su consideración sociológica de los procesos de su encarnación desde las consecuencias observables de la (des)identificación con determinados modelos, no se ha hecho más que enunciar la paradoja que preside esta investigación. En su hipótesis se agazapa el mayor desafío para una investigación que quiere dar cuenta de las transformaciones en las (des)identificaciones masculinas de las cuatro últimas décadas en el contexto español. Una vez se toma tierra para acercarse al objeto de investigación, se comprueba que con la concepción de la masculinidad desde su naturaleza reactiva y negativa (Badinter, 1992) y la explicación de sus transformaciones recientes en el contexto español por medio de la noción de transparencia, la propuesta de estudio queda ante un desfiladero metodológico que se resume en la necesidad de reconstruir aquello que pretende permanecer invisible.

Las metodologías cuantitativas y cualitativas, así como las herramientas sociológicas que se diseñan desde ellas, no dejan de servir en esta tarea. Más bien todo lo contrario. Siendo de utilidad el recurso a las metodologías asentadas en esta disciplina, lo que se propone en las siguientes páginas es una revisión de los conceptos que se activan en la explicación de las (des)identificaciones masculinas para ajustar estas herramientas del trabajo sociológico a los requerimientos específicos de mi objeto de estudio. Plasmar en el papel no sólo los parámetros técnicos de la presente investigación sino, haciéndonos eco del diagnóstico de Delgado y Gutiérrez cuando plantean que «[l]as técnicas no buscan, recogen, rastrean algo que estaba al principio sino que encuentran, captan, construyen un resultado, un producto, un sentido en el contexto de la lingüisticidad de lo social» (Delgado y Gutiérrez, 1995: 28), dar cuenta de las decisiones y revisiones teo-

réticas que alcanzan de pleno el trabajo de reconstrucción de los procesos de constitución de las masculinidades.

En definitiva, se han repasado las retóricas sociológicas que han deconstruido la posición-sujeto de la masculinidad en la modernidad occidental y lo que queda es que la masculinidad, tomando prestada la expresión de H. K. Bhabha, es una realidad protésica. Nunca acabada, nunca conseguida, lo que podemos ver de la masculinidad es el esfuerzo prometeico de los varones que, al aferrarse a su promesa identitaria, se dejan la piel en el proceso de encarnar –meter en la piel y hacer piel– los modelos y sentidos culturales de la *Masculinidad* moderna. En este sentido, y siguiendo la propuesta de Bhabha (1995), los procesos de constitución de las (des)identificaciones masculinas pueden aprehenderse como «el aparato de una diferencia cultural» (Bhabha, 1995: 58). Al ponerlas en su proceso histórico, podemos comprender cómo las identidades masculinas se conforman en y encarnan desde la retórica moderna de la diferencia sexual y su traducción en el sistema de géneros dicotómico, sistema, apostilla Bhabha, maculista y androcrático. Con Bhabha podemos señalar la *Masculinidad* como el centro de esa *tecnología del yo*, en el sentido de Foucault (1990), como elemento sobre el que pivota el aparato, mecanismo o tecnología de la producción de la marca de género en la modernidad. La *Masculinidad* como sentido cultural y las masculinidades como intentos de estabilización en modelos coherentes y, hasta cierto punto, auto-referentes nos devuelven a dos nodos de interés para el avance de esta reflexión metodológica. De un lado conecta las componendas identitarias masculinas con la moderna lógica dicotómica de los sexos y nos permite avanzar en la comprensión del despliegue de las marcas de género en la actualidad. Del otro recalca la naturaleza performativa (Butler, 2001a) o experiencial (de Lauretis, 1992) de las identidades masculinas y recupera las ideas de *pugna* y *exposición* para un análisis situado de las masculinidades contemporáneas españolas.

La noción de transparencia no sólo funciona, entonces, como metáfora desde la que explicar la mecánica de elisión y contención –o de exceso y desbordamiento– de las (des)identificaciones masculinas. La potencia de la transparencia como artefacto explicativo radica además en la revisión metodológica que exige al ser tomada como punto

de partida. La apuesta por la transparencia en el estudio de las masculinidades, por tanto, tiene que ver con la hipótesis fundamentada en este capítulo en torno al desarrollo reciente de las (des)identificaciones masculinas, pero también con la necesidad de retornar a las condiciones de posibilidad de esta transparencia. La transparencia, en un plano metodológico, no es sólo aquello que se quiere demostrar sino una forma de incorporación de los modelos de género que impone sus modos. En este sentido, se propone una **hipótesis metodológica** que resume el encuentro de las dos líneas argumentales expuestas. Al cruzar la consideración de la masculinidad como aparato o tecnología de construcción de mismidades en las retóricas modernas con las exigencias y mecánicas identitarias que le son propias, situamos el objeto de estudio en su naturaleza esquivada:

La masculinidad *no puede observarse por sí misma*, ya sea como objeto de estudio sociológico, ya sea como elemento identitario en la retórica de la identidad moderna para los agentes sociales, sino sólo a través de las *condiciones históricas de posibilidad* y de las *consecuencias* de su encarnación.

Por otra parte, en el acercamiento a los procesos de las masculinidades españolas que, en este sentido, se ligan a la virilidad me interesa testar la tesis de la transparencia. En esa línea, la hipótesis general ha de precisarse en una lectura más atenta a los efectos de esta lógica de la invisibilidad en el momento concreto de su fluidificación (Bauman, 2007). Y así la hipótesis metodológica toma sentido y adopta dirección por la mediación de la hipótesis general que la devuelve al análisis de las formas en las que se despliegan las masculinidades en entornos modernos y permite plantear la siguiente **hipótesis de trabajo**:

Las representaciones (y auto-representaciones) de las masculinidades heterosexuales de clases socioeconómicas medias españolas en los últimos cuarenta años están ligadas a la *lógica de encarnación moderna*, a la *crisis de sus retóricas* y al *cuestionamiento de la posición-sujeto masculino*. Por ello la invisibilidad de la *transparencia*, propia de la *Masculinidad*, se tor-



*na evidente y se materializa en su dureza* en el momento de su revisión y deconstrucción.

En cualquier caso, las posibilidades de un modelo analítico que sitúa la crisis de la masculinidad en el contexto más amplio de la quiebra del programa de la modernidad tendrán que testarse desde el trabajo aplicado que devuelve las dinámicas que aquí se han expuesto a los contextos concretos en los que se despliegan. Tomando prestada la expresión de D. Haraway (1995), sólo desde el conocimiento situado de las estrategias de (des)identificación y las relaciones en las que se fraguan ante esta quiebra se podrá avanzar en mejores diagnósticos de las vicisitudes que atraviesan los varones heterosexuales clases socioeconómicas medias en su experiencia de la *hombría*.

La propuesta metodológica que se desgrana a continuación por medio del repaso de las técnicas que he articulado en el estudio de las masculinidades españolas de los años sesenta a los noventa, se basa en la interrelación de tres propuestas teórico-metodológicas que apuntan la posibilidad de alcanzar a las masculinidades en sus procesos. En primer lugar, se hace evidente que en la perspectiva analítica se encuentra la influencia del análisis genealógico de M. Foucault (1978) en tanto que la preocupación por las encarnaciones de las masculinidades devuelve a esa preocupación por cómo los discursos se incorporan en los cuerpos y cómo estos mismos discursos consiguen su hegemonía y, así, la posibilidad de establecer un *régimen de verdad* en torno a lo que significa 'ser hombre'. La perspectiva genealógica de M. Foucault se tamiza por lo repasado con Butler (1989, 2001a, 2001b) y de Lauretis (1992, 1994, 2000) para así ajustarse a los procesos en los que las representaciones y las encarnaciones se encuentran y fertilizan de modo cruzado. En este sentido, sería imposible, o al menos improductivo desde las hipótesis que aquí se han desplegado, volver al modelo foucaultiano de pesquisa de la historia, en tanto que el interés no está tanto en el mantenimiento de un discurso –aunque también– sino en la posibilidad de rescatar a los agentes sociales en su manejo constante del mismo. Por decirlo de un modo más claro, mi preocupación no es tanto por la emergencia y funcionalidad del *discurso*, sino que mi punto de articulación está en los diferentes procesos por los que ese *discurso* se encuentra con los agentes y colabora en el desplazamiento identitario de sus auto-representaciones. Por ello,

volver sobre Butler y de Lauretis permite rescatar los procesos de la *naturalización* de los discursos en las prácticas repetitivas que nombra la *performance* y los procesos de subversión en los que los *excesos* de la representación representan un envite al modelo.

De este modo, y en segundo lugar, mi propuesta de análisis descansa en el trabajo semiótico de R. Barthes (1980, 2001) y su preocupación por cómo en el trabajo de la significación se construyen mitos en tanto que elementos *naturalizados* que así son secuestrados del discurrir de lo social y sus vaivenes para estabilizar sus sentidos:

«El mito no niega las cosas, su función por el contrario, es hablar de ellas; simplemente las purifica, las vuelve inocentes, las funda como naturaleza y eternidad, les confiere una claridad que no es la de la explicación, sino de la comprobación» (Barthes, 1980: 239)

Las representaciones de la virilidad funcionan como el mito de Barthes, en tanto que las transforma en inocentes, en tanto que purifica lo que la masculinidad sea y, en ese sentido, puede ayudar a rastrear cómo las masculinidades devienen una marca identitaria transparente e invisible para los agentes sociales.

Por último, la consideración de las encarnaciones y las representaciones de la virilidad desde un acercamiento que las alcanza anudadas e imbricadas también debe su perspectiva a la perspectiva de la antropología asimétrica que plantea B. Latour (2007) en tanto que los cuerpos masculinos se convierten en garante de la marca de género masculina y, a su vez, y como se ha argumentado, no son ajenos a los efectos de la representación. Para poder rastrear los procesos de *naturalización* de la masculinidad y en ellos los efectos encarnados en los varones heterosexuales de clases medias, es necesario considerar la relación abierta y de continua re-creación en la que tanto representaciones como encarnaciones terminan de estabilizarse aunque sea de modo precario (de Lauretis, 1992). Por ello recurrir a esa vinculación entre cuasi-objetos y cuasi-sujetos que Latour sitúa en el cierre moderno de las identidades resulta prometedor. Con Latour el viaje interpretativo no se queda en los sujetos, tampoco recupera la materialidad desnuda del objeto; objetos y sujetos se hibridan de modo continuo, de ahí su naturaleza *cuasi-* en la que lo biológico de los cuerpos puede volver a encontrarse con los procesos culturales que los significan.

En definitiva, en el encuentro de estas tres perspectivas que, aunque con importantes diferencias, avanzan a una interpretación crítica de las relaciones de significación en entornos de modernidad empieza a ser más clara la propuesta de investigación que aquí se persigue. Desde la preocupación por el desarrollo histórico de las masculinidades en las últimas cuatro décadas, se persigue la interpretación de los procesos de estabilización discursiva y naturalización que imbrica representaciones y encarnaciones, dejando de pensar en ellas como esencias independientes y acabadas y alcanzándolas en sus procesos de producción.

Ahora bien, asumir la transparencia como nodo explicativo supone, por tanto, considerar que en el tratamiento de las masculinidades vividas y encarnadas por los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias hay que *descontar* la invisibilidad con la que se maneja la masculinidad en lo social. La propia masculinidad ni se dice, ni se cuenta, ni se ve. Esta afirmación que puede ser cierta para explicar la auto-representación de los varones –recuérdense las citas de las entrevistas con las que se abría el primer capítulo y el *vaciamiento* de la propia masculinidad que se interpretaba en ellas– no puede ser asumida sin más para la construcción del aparato metodológico de su análisis. Volviendo sobre la noción de los *cuerpos traslúcidos*, que no se diga o que no se ponga en palabras no quiere decir que no esté. La masculinidad se sitúa, por supuesto, en ese trasfondo de la acción (García Selgas, 1994), pero además pulula continuamente por los relatos, las representaciones y las encarnaciones de la masculinidad, quizás enturbiada en la evidencia en la que se nombre –el recurrido «un hombre es un hombre»– pero no por ello menos presente en los modos de ser y sus consecuencias.

Las masculinidades se expresan en tanto que se *exponen*, se hablan en tanto que desde ella se significan los discursos en torno al género y se hace profundamente presente en la representación que se hacen de la sociedad. Si es así es porque, evidentemente, los varones habitan en el mundo, ponen la masculinidad en todo momento sobre el tapete el discurrir de la interacción en tanto que es en ella en la que se asegura su consecución. Por tanto, no es que no esté, es que no se nombra como tal en tanto que transparente (Lugones, 1999). Se entenderá ahora mejor que se busque en sus consecuencias, que se persiga en sus efectos sociales, que se rastree en las condiciones que la hacen

posible y que pueden permitir su cartografía sociológica. En este sentido, es necesario que en el acercamiento nunca se pierdan los contextos de su proceso de re-creación pues sólo desde ellos es posible volver sobre ese agente semiótico-material (Haraway, 1995) que resulta de la construcción identitaria.

La estrategia de cartografía de las posiciones y tribulaciones masculinas se basa en la interpenetración de datos producidos o recogidos desde tres conjuntos técnicas de investigación. La revisión de datos secundarios de carácter cuantitativo, la producción de discursos por medios de técnicas cualitativas y el análisis semiótico de representaciones cinematográficas, en su complementación, permiten trazar una imagen de las masculinidades y posibilitan su análisis. Me detendré brevemente en repasar cómo he utilizado cada uno de estos corpus de datos.

### ***3.2.2.1. El dato cuantitativo en sus contextos de producción***

El trabajo cuantitativo en torno a las masculinidades es escaso, por no decir que inexistente. No se puede hablar en este caso de una labor incipiente; más bien, cuando aparecen datos estadísticos sobre las masculinidades –por ejemplo, para el caso español, Inner, 1989– se trata de investigaciones aisladas con poca o nula continuidad. Como comentan J. Hearn y K. Pringle (2006) en uno de los pocos trabajos monográficos sobre el tratamiento cuantitativo de las masculinidades en Europa:

«Los trabajos estadísticos nacionales y comparativos son generados normalmente desde una ideología de neutralidad, objetivismo y facticidad. Su frecuente carencia de una interpretación crítica puede sugerir que las gráficas ‘hablan por ellas mismas’. Las estadísticas clave no siempre aparecen desagregadas por género. Los varones y sus prácticas fácilmente permanecen crípticamente invisibles tanto en los datos agregados por género como en su interpretación» (Hearn y Pringle, 2006: 71)

En este sentido, e intentando evitar esa borradura de la masculinidad en el dato, el acercamiento a los trabajos estadísticos que se realiza en esta tesis avanza en dos direcciones. Por una parte, los estudios cuantitativos sirven para pensar el carácter de la transparencia. ¿Por qué determinados fenómenos se analizan con muestras masculinas o femeninas? ¿Por qué determinados problemas no interesan hasta determinado periodo? ¿Por qué no se tienen datos o interpretaciones de los mismos más comparativas? Éstas son preguntas que ayudan a entender la producción de esa invisibilidad masculina en la estadística y así pueden servir de indicadores en sí en tanto que hablan de la

representación que desde la sociología se ha generado de la experiencia de los varones en un momento dado.

Pero el dato estadístico también puede ayudar a reconstruir una determinada experiencia aunque sea por medio de su torsión. Siguiendo los trabajos recientes (Hearn y Pringle, 2006; Pringle et al., 2006) de la red europea de investigación sobre masculinidades, Critical Research On Men in Europe (CROME), podemos señalar una serie de indicadores que se han develado como especialmente relevantes en la reconstrucción de las desigualdades de género y la visibilización de la situación material de los varones a nivel socioeconómico. Esperanza de vida, nivel salarial, tasas de actividad, prevalencia en la esfera política (número de varones en la institución parlamentaria y en el Gobierno) y el número de varones en puestos de dirección en grandes corporaciones nos pueden dar idea de la transformación en las vidas de los varones si los ponemos en comparación con las tasas femeninas. En este sentido es interesante el consejo de M. Kimmel (2008) por traducir todo dato estadístico en términos relacionales, haciendo que la masculinidad no pueda parapetarse en su transparencia. A nivel práctico, esto quiere decir que en la medida de la posibilidad que brinda el dato, siempre se utilice una medida de comparación varones:mujeres; es decir, en lugar de tomar lo masculino como norma, resulta más productivo hacer emerger los datos de la desigualdad al utilizar la realidad femenina como unidad. Esta estrategia es muy útil con los datos laborales pues, por ejemplo, muchas veces en las tasas de actividad presentadas en su modo clásico se diluye la diferencia de partida a la que se enfrentan unas y otros; si se construye un indicador comparativo, el privilegio masculino es más fácil de señalar.

Desde esta doble función que cumple el dato cuantitativo en mi proyecto de investigación, la selección de los indicadores se basa en el encuentro de las dos fuentes disponibles con más repercusión: por una parte el trabajo pionero de Inner sobre los hombres en España (1989) que construía perfiles de los varones españoles a partir de una serie de indicadores –forma de convivencia (para Inner “Pareja”), tamaño del hogar, hijos, conviven con hijos, estudios, y la ocupación del varón y de su pareja–; por otra, los indicadores que se utilizan en la investigación internacional, especialmente los recogidos en trabajos sobre la zona europea por el CROME, para calibrar las condiciones de

la masculinidad –esperanza de vida/esperanza de vida comparada, población activa/tasas comparadas, salarios comparados, varones en congreso y gobiernos y varones en puestos de responsabilidad–. Cruzando ambas fuentes de referencia y el estado de la estadística en España, dado que coinciden algunos indicadores y que otros son de imposible reconstrucción con los datos disponibles en los principales bancos de datos españoles, el listado de indicadores que se maneja se resume en el siguiente cuadro:

|                                 |                            |   |
|---------------------------------|----------------------------|---|
| Formas de convivencia y familia | Modelo de emparejamiento   | <ul style="list-style-type: none"> <li>- Tasa de nupcialidad</li> <li>- Edad media al matrimonio</li> <li>- Tasa de divorcio</li> <li>- Segundas nupcias</li> <li>- Otros modelos familiares</li> </ul> |
|                                 | Modelo de familia          | <ul style="list-style-type: none"> <li>- Tamaño del hogar (familia nuclear y extensa, convivencia con hijos...)</li> <li>- Tasa de natalidad (edad de primer hijo, nº ideal de hijos...)</li> </ul>     |
| Perfiles medios de los varones  | Posiciones socioeconómicas | <ul style="list-style-type: none"> <li>- Nivel medio de estudios</li> <li>- Ocupación media</li> <li>- Esperanza de vida</li> <li>- Actividad y paro</li> </ul>   |
| Datos de la desigualdad         | Laborales                  | <ul style="list-style-type: none"> <li>- Tasas de actividad comparadas</li> <li>- Tasas de paro y ocupación comparadas</li> </ul>   |
|                                 | Poder                      | <ul style="list-style-type: none"> <li>- Representación gobierno</li> <li>- Representación otros órganos de poder</li> </ul>  |
|                                 | Hogar                      | <ul style="list-style-type: none"> <li>- Tareas domésticas</li> <li>- Usos del tiempo</li> </ul>  |

A estos datos, se suman otros indicadores y fuentes que pueden ayudar a construir las relaciones de género, como son los estudios de uso del tiempo, trabajos sobre conciliación de la vida laboral y profesional y la revisión de barómetros y estudios de opinión centrados en estos temas. En cualquier caso y dada la especificidad de los datos de este

tipo que se incorporan en el análisis su valor es comentado para cada caso cuando aparece en el desarrollo expositivo de la segunda parte.

### ***3.2.2.2. Fuente oral y subjetividad: reinscribir los relatos masculinos***

El manejo de datos secundarios cuantitativos es sin duda insuficiente para un proyecto como el que planteo. La hipótesis de la transparencia y su operacionalización en una hipótesis de trabajo que señala el momento de la quiebra de las (des)identificaciones masculinas exige que las masculinidades sean reinscritas en sus procesos de subjetivación. Esta tarea no es sencilla, pues exige un acercamiento a la experiencia de los varones capaz de aportarle grosor, capaz de señalar la emergencia de nuevas encarnaciones en las condiciones que las hacen posibles. En ese sentido, las metodologías asentadas desde la perspectiva cualitativa pueden ser útiles para observar a los varones en sus contextos en tanto que, tomando prestada la expresión de O. Guasch, «[e]l ojo que observa busca en el entorno pero no prescinde de él. Así miran las ciencias sociales: teniendo en cuenta el contexto, sin compartimentalizar ni dividir lo real” (Guasch 1997: 10). La perspectiva cualitativa construye una mirada sobre lo social que busca en ella los sentidos profundos de la interacción social, al interpretarlos en sus contextos concretos y cambiantes constituye así un modo de mirar, una *mirada cualitativa* (Alonso, 1998). Por ello, el recurso a las entrevistas en profundidad y los grupos de discusión que organizan el trabajo de campo de esta investigación resultan apropiados para reencontrarse con las masculinidades y sus procesos.

Las **entrevistas en profundidad** desde guiones abiertos que se han desarrollado en esta investigación permiten adentrarse en la experiencia de los agentes sociales en tanto que se les brinda la posibilidad de decirse, de contarse desde sus propios marcos de sentido. Este tipo de entrevistas «no se sitúa en el campo puro de la conducta –el orden del hacer–, ni en el lugar puro de lo lingüístico –el orden del decir– sino en un campo intermedio en el que encuentra su pleno rendimiento metodológico: algo así como el *decir del hacer*» (Alonso, 1994: 227), de ahí su interés para una investigación que se preocupa por los modos en los que los varones heterosexuales de clases medias movilizan la masculinidad en sus vidas. La entrevista, como señala Ortí (2000: 225), recupera el «universo de los *discursos*» pudiendo acceder así a la esfera de la «*cultura simbólica*», lo

que en este caso se traduce en la posibilidad de rastrear los sentidos culturales en los que se fraguan las masculinidades de los agentes entrevistados y así acceder a una serie de relatos en los que comprobar cómo en ellos opera o deja de hacerlo el modelo de la *Masculinidad*. Ahora bien, en el trabajo con entrevistas en profundidad en esta investigación hay que sumar otra consideración. Las entrevistas se plantearon como una especie de comparativa entre pasado y presente –véase detalle del guión más abajo– lo que terminó por producir un cierto desplazamiento e hibridación con la historia oral o historia de vida. Por ello es importante considerar la temporalidad de los relatos producidos. Las preguntas que reconstruyen un pasado corren el peligro de enturbiar la interpretación posible en tanto que puede tomar por correcto y fidedigno aquello que cuenta el entrevistado como '*que pasó*'. No intento decir que los entrevistados mientan, sino que pretendo hacer explícito lo que han señalado Santamarina y Marinas al apuntar que «el sujeto que miramos no es el sujeto del pasado, sino el que lo reconstruye, es el sujeto que mira buscando una memoria desde la *diferencia* de ser después de sus heridas y de sus cambios» (Santamarina y Marinas, 1994: 275). Es decir, dado el carácter histórico de los relatos producidos habrá de tenerse en cuenta en su interpretación el presentismo de lo dicho, esto es, no puedo aspirar a discursos de los sesenta o los setenta. Las entrevistas, realizadas entre 2002 y 2004, sólo pueden darme información de cómo hoy se entiende el pasado vivido y por ello no se puede desatender este aspecto en el momento del análisis.

Por otra parte, **los grupos de discusión** aportan una información diferente y centrada en las creencias compartidas que aparecen en un contexto determinado. Los grupos de discusión son, en primer término, una máquina de producir discursos (Ibáñez, 1979), pero es importante matizar el tipo de discursos que se producen en ellos y su utilidad para mi investigación. Los grupos de discusión, como ha señalado J. Callejo (2001) en su repaso de la literatura sobre esta técnica, permiten rastrear la formación consensos y disensos en torno a un tema (Callejo, 2001: 23). En este caso, resulta interesante cómo se construyen y manejan determinados sentidos asociados a las masculinidades y, de hecho, el material de los grupos ha sido muy productivo para entender cómo se conceptualiza la familia desde la perspectiva histórica de los agentes que participaron en ellos. Los grupos han aportado un material rico y analizable, pero comparado con los



discursos de las entrevistas resultan menos interesantes en tanto que la propia naturaleza de lo estudiado no hace sencillo que la masculinidad pase a decirse más allá de los tópicos y espacios comunes. Dicho más claro, mientras las entrevistas han permitido rastrear la implicación de los agentes en el mantenimiento de determinados posicionamientos y encarnaciones de las masculinidades, los grupos de discusión no dan acceso a esa información y se quedan en aspectos más generales.

Ahora bien, no es sencillo hablar de masculinidad. La pregunta directa por ella se agota casi con un monosílabo. Así que el trabajo con entrevistas abiertas y grupos de discusión se basó en una doble estrategia. Por una parte, al plantear entrevistas de una hora y medio o dos horas, se disponía del tiempo suficiente para hacer hablar a los entrevistados de su experiencia como varones con género. Permitía retomar temas, dejar que el sentido se fuera construyendo por medio del relato del contexto. Por ello, el guión de entrevista –reproducido con algunas matizaciones en el caso de los grupos de discusión– tomaba la forma de un circunloquio. Comenzando por la presentación del entrevistado en los términos que considerase oportunos se planteaba el inicio del relato como una breve historia de vida en la que se pedía que comparase sus relaciones sociales de hacía x años –cambiaba según la edad del entrevistado y se le preguntaba por el momento de paso de la adolescencia a la vida adulta– con las que mantenía ahora. A partir de ahí se le preguntaba por la familia –por la de origen y la que, eventualmente, hubiese creado– y por el cambio en las relaciones familiares. Por medio de la pregunta por las relaciones de pareja y el caso concreto de la conciliación y corresponsabilidad en lo doméstico se llega al tema de las igualdades/desigualdades de género y, por último, se abordaba el tema de la masculinidad de modo directo preguntándole su definición, si entendían que por ser varones habían tenido algún privilegio o desventaja por serlo y si creían que lo que es ‘ser un hombre’ estaba cambiando. Normalmente, el tema de la masculinidad aparecía mucho antes de presentarlo. De hecho la estructura del guión no siempre introducía novedades en la entrevista ya que algunos de los entrevistados desarrollaban todo el tema de las desigualdades y la masculinidad al dejarles hablar sobre la familia. En los grupos de discusión<sup>14</sup>, la estrategia fue lanzar un

---

<sup>14</sup> Realizados en una sala de entrevistas del centro de Madrid y contactados de forma profesional, los grupos pudieron ajustarse a todos los requerimientos de imparcialidad por realizarse en

debate en torno a los principales cambios en las familias y relaciones familiares que pronto desembocó, en los dos grupos realizados, en una reflexión sobre relaciones de género y desde ahí se rescató y reforzó el tema de la masculinidad en cuento fue nombrado por los participantes.

La muestra diseñada y realizada era de dos grupos de discusión y catorce entrevistas. En la selección de informantes se controló el hábitat, la perspectiva ideológica, la edad y, por supuesto, la clase social. No interesaba que todas las entrevistas se realizasen en una gran urbe, y aunque en el análisis las diferencias no han sido apreciables, de partida se consideró que podía influir y por ello se seleccionaron dos ciudades –Vitoria y Murcia– medianas y, en principio, sociológicamente contrastables. Del mismo modo se controló la ideología, entendida de un modo laxo, como auto-posicionamiento a la izquierda o la derecha del espectro político para evitar que se primase demasiado una de las opciones que, por la realidad sociohistórica de nuestro país podía pensarse que tendrían diferentes acercamientos a la consideración de las masculinidades. En cuanto a la edad, primando a los varones en torno a los 55 años y a los de unos 30 años, se intentó cubrir todo el espectro desde una primera división cronológica intuitiva de los periodos que, más adelante y ya desde el análisis se revisó y estableció de otra manera. Por último, como era de esperar por la definición del objeto de la tesis, todos los entrevistados pertenecían a clases socioeconómicas medias, y aunque entre ellos hubiese diferencias éstas han sido mínimas. El diseño muestral queda resumido en el siguiente cuadro que señala por medio de números las entrevistas y dibuja las nebulosas de los grupos por medio de circunferencias:

---

el contexto de la investigación “Vinculaciones entre violencia de género e identidades sexuadas en parejas heterosexuales” dirigido por el Prof. García Selgas y subvencionada por la CICYT. Dado el interés común entre esta tesis y una de las hipótesis de la investigación, el guión programado en inicio no sufrió grandes cambios y tan sólo hubo que adaptar el final del mismo para recoger algunos puntos específicamente sobre violencia que han entrado sólo parcialmente en el análisis de esta tesis.

| Horquilla cronológica y edad media de los entrevistados | Clase Media |       |        |       |
|---|-------------|-------|--------|-------|
|   | Grandes     |       | Medios |       |
|   | Progr.      | Cons. | Progr. | Cons. |
| 1960<br>1972<br>56                                      | 12          | 14    | 13     |       |
| 1973<br>1982<br>44                                      | 11          | 9     |        |       |
| 1983<br>1986<br>37                                      |             |       | 7      | 8     |
| 1987<br>1992<br>32                                      | 6           | 5     |        |       |
| 1993<br>1999<br>25                                      | 2           | 3     | 1      | 4     |

El trabajo de campo se organizó en tres olas: la primera en la primavera de 2003, en la que se realizaron dos entrevistas para reconocer posibles problemas en el guión; una segunda en primavera de 2004 en el que se hizo el grueso de las entrevistas planificadas en Madrid así como los grupos de discusión, también en Madrid y las realizadas en Vitoria, y una tercera ola realizada en primavera de 2005 en el que se cubrieron perfiles que habían quedado desatendidos y se realizaron las entrevistas en Murcia.

### 3.2.2.3. El tiempo de la ficción encarnada: representación y anclaje histórico

Aunque los relatos producidos pueden ayudar a inscribir la experiencia de los varones en sus procesos de *masculinización*, sigue habiendo un problema de inscripción histórica. Los relatos de las entrevistas hablan de la vivencia de la masculinidad y la dirección del guión rescataba la reconstrucción histórica que hacían los entrevistados de los procesos recientes en España que pueden estar implicados en la re-definición de las masculinidades vividas. Pero aún así se trata de relatos producidos entre 2003 y 2005 por lo que la perspectiva dialógica es la del presente y no la del pasado que se persigue reconstruir. En ese sentido era preciso volver sobre otras fuentes.

El cine se erige como un buen lugar en el que poder encontrarse con ficciones que permiten el anclaje histórico de determinados fenómenos sociales. Desde la sociología

de la cultura –y su desarrollo en los *Cultural Studies*– se ha convertido en una fuente habitual y se pueden encontrar trabajos (e.g. Rodríguez Ibáñez, 2006) que desde él reconstruyen los sentidos sociales asociados a fenómenos con cierta repercusión social. En este caso, el recurso a la filmografía española ayuda a situar los procesos que se interpretan en los relatos de las entrevistas por varias razones. La primera tiene que ver con su visualidad. El cine muestra encarnaciones masculinas. Las representa en el seno de la ficción, pero las construye con pretensiones de verosimilitud. Como plantea R. L. Fregoso (2001), en el cine se establece un tropo especialmente interesante entre masculinidad y familia que permite alcanzar los procesos de (des)identificación de los varones desde una dimensión ideal pero relacional. Y es que, como señala Barthes en sus estudios de cine:

«De un modo general, el significado tiene un carácter conceptual, es una *idea*; existe en la memoria del espectador; el significante no hace más que actualizarlo, tiene sobre el significado un poder de llamada, no de definición; por eso precisamente en semiología no es del todo exacto postular una relación de equivalencia entre el significante y el significado: no se trata de una igualdad de tipo matemático, sino más bien de un proceso de tipo dinámico» (Barthes, 2001:32)

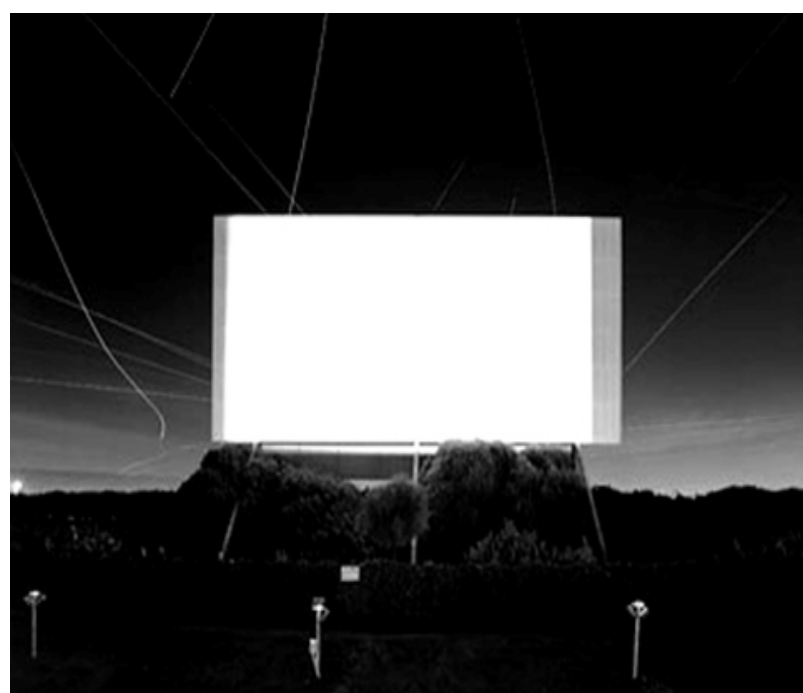
En este sentido, en el cine, especialmente en su recepción, se resume ese juego que la *exposición* establece entre la representación y la encarnación. Permite perseguir cómo las representaciones –cinematográficas– construyen mundos posibles que hablan sobre los espectadores, y cómo los varones ante la pantalla pueden dar con ese refuerzo para su auto-representación.

Además, el cine, ya sea visto en sala o en el televisor, se erige como la gran forma narrativa contemporánea, posiblemente ahora en liza con las nuevas tecnologías, que desplaza a la letra escrita. Por ello permite acercarse a un fenómeno de masas y, siendo mi interés llegar a las representaciones que se erigen con cierta hegemonía, el proceso de recepción del mismo así como la posibilidad de contar con un registro de audiencias desde 1964 lo hacía aún más apetecible para este análisis. En la selección de los filmes analizados –el listado puede consultarse al final del tomo junto con la bibliografía–, todos ellos de producción o co-producción española, se echarán en falta grandes películas de nuestra cinematografía, posiblemente casi todas aquellas que pondríamos en un listado de las producciones españolas que más nos han agradado o hecho pensar.

Mi finalidad es la de alcanzar las narrativas hegemónicas y para ello la elección está muy mediada por el ranking de las cien películas con más audiencia entre 1964 y 2000 confeccionado por el ICAA. Como recuerda Monterde:

«La transformación de la sociedad española de los setenta y ochenta debe muy poco al cine [...]. Los filmes de esa etapa han significado mucho más síntomas o marcas del momento que no directrices o inductores de la vida social» (Monterde, 1993: 19)

En este sentido el cine español comercial de los años sesenta a los noventa me parece especialmente interesante, porque pocas veces se detiene en experimentos. La sala de cine no es concebida como un espacio de trabajo intelectual. Es una fuente de diversión y, en ese sentido, nuestra filmografía es «más de un cine del reconocimiento que no del conocimiento» (Monterde, 1993: 23). Interesado por el reconocimiento en las representaciones cinematográficas, este cine resulta especialmente prometedor. Una última salvedad que he de hacer sobre la selección fílmica es que he evitado los filmes de género, es decir, *spaguetti-westerns*, cine histórico y musicales. Sin negar la potencialidad de analizar este tipo de cinematografías para ver las masculinidades representadas, mi interés por pensar al '*español medio*' me hacía más interesantes aquellos filmes con ansias de verosimilitud en el que los protagonistas, en términos generales, eran varones heterosexuales de clases medias.



Fotografías de la serie *Theaters* de Hiroshi Sugimoto, en web del artista –[www.sugimotohiroshi.com](http://www.sugimotohiroshi.com)–

## *SEGUNDA PARTE*

### ***REPRESENTACIONES Y AUTO-REPRESENTACIONES***

#### ***DE LA VIRILIDAD ESPAÑOLA DE LOS SESENTA A LOS NOVENTA***

«Como la feminidad, la masculinidad es un algo que caracterizamos a través de ficciones: películas, la televisión, la publicidad. Puede describirse del mismo modo que Oscar Wilde describió un espejo, como algo que usamos para reflejar las máscaras que llevamos. Lo cual puede también explicar por qué nunca fue considerado muy masculino mirarse demasiado a uno mismo, o no, al menos, hasta hace bien poco. El poder falocrático no ha caído a plomo como producto acabado, sino que la pregunta sigue abierta: si la masculinidad se encontrara de pronto mirándose a sí misma en el espejo, ¿qué es exactamente lo que vería?»

Todd Haynes, «Lines of Flight» en *Artforum International*, número 32.

La tesis de la transparencia es, ante todo, una tesis histórica y aplicada. Sacada del discurrir de los procesos de (des)identificación masculinos explicaría más bien poco y no iría más lejos de la comprobación de la invisibilidad en la que la marca de género masculina se piensa y vive efectivamente como un vacío (Kimmel, 1993) o de señalar las relaciones de poder y las construcciones discursivas que hacen posible que esta invisibilidad se mantenga como pieza clave en el mantenimiento de las desigualdades de género (Phelan, 1993). La tesis de la transparencia intenta explicar cómo se producen estas realidades y, sobre todo, alcanzar sus consecuencias para comprender por qué los varones heterosexuales de clases medias, en el inicio del siglo XXI, pueden entenderse en crisis o, como aquí definiendo, atravesados por una quiebra en sus modelos identitarios y las dinámicas de (des)identificación en las que los encarnan. Por tanto, la hipótesis de la transparencia de las masculinidades aspira a una teorización de alcance medio, en el sentido que R. K. Merton (2003) da a esta expresión en tanto que, una vez enunciada, su finalidad es la de ser contrastada, sabiendo de la parcialidad de su pregunta pero atenta al encuentro con la realidad social de la que intenta dar cuenta y que, ya de vuelta, podrá conectarse con teorías de mayor alcance. En este sentido, es necesario seguir avanzando en los matices y aristas del proceso que se expuso en el capítulo tercero de esta tesis pero ya no desde la explicación general sino, al contrario, dejando que la hipótesis de la transparencia se encuentre con sus puntos ciegos y también con la potencia de su interpretación, dejando que se enfrente a la realidad que aspira a explicar y así testar hasta qué punto se mantiene su promesa de dar cuenta de las vicisitudes contemporáneas de las masculinidades españolas.

De tal modo que si hasta ahora esta tesis ha construido un marco teórico por medio de las preguntas por el objeto de estudio –*capítulo primero*–, la perspectiva sociológica de acercamiento al objeto –*capítulo segundo*–, y el planteamiento de un problema de investigación desde un marco de hipótesis y una propuesta de aplicación metodológica –*capítulo tercero*–, el interés, la tarea y el tono se desplaza en este punto. Interesa encontrarse con esas representaciones y auto-representaciones que se han explicado como *expositivas*. La principal tarea es la de testar la *transparencia* por medio de las consecuencias de la representación y la (des)identificación con los modelos de masculinidad y, por tanto, la *historia* se entrevera en este proyecto e impone su voz pues de otro

modo sería imposible llevar a cabo esta labor. Dicho de otro modo, lo que planteo en los siguientes tres capítulos es un repaso por la historia de las masculinidades españolas desde la noción de transparencia, esto es, desde la dinámica sociocultural subyacente a los procesos de (des)identificación masculina y su lógica oposicional que hace de las masculinidades marcas identitarias *invisibilizadas pero presentes* (Lugones, 1999), inapreciables en sí mismas pero no por ello menos duras y contrastables en sus consecuencias, acercándome a ellas en tanto que procesos de *exposición* –nudos semiótico-materiales en los que se dirimen identidades y en los que se detiene ese continuo discurrir de lo discursivo en su hacerse carne y representación (de Lauretis, 1986)– que recogen las transformaciones de los modos y resultados de las (des)identificaciones en tanto que procesos históricos, situados y cambiantes (Haraway, 1995).

Conviene, eso sí, antes de entrar en el desarrollo de una sociología histórica de las masculinidades españolas señalar algunas de las dificultades con las que ha lidiado la presente investigación y que, sin duda, explican parte de su alcance y finitud. En cierto modo, la apuesta por trazar una teoría caliente (Pérez-Agote, 1999: 57), preocupada por encontrarse con aquella realidad que nombra, asume el peligro de que esa misma realidad la desborde y desplace. Lo que en la pugna de los argumentos y teorías parece estable y preciso puede señalarse como cambiante y parcial cuando se le deja rozarse con la experiencia social que pretendía explicar. El roce puede ser una forma de desajuste cuando las piezas no cuadran, pero también en ese roce las aristas se van limando y haciendo que la explicación sea más armónica y atenta a lo que explica. Esa dualidad se ha dado cita en esta tesis. La noción de exposición y la búsqueda de la transparencia claramente se han forjado y mejorado su potencia explicativa al echarlas a andar entre esos varones a los que quieren explicar. Pero también se han visto, en tanto que nociones articuladas en mis hipótesis, desbordadas por un objeto que, en primer lugar, con mucho le excede y que, además, no siempre se pliega bien a su intención explicativa. En cuanto al primer punto, la historia de los procesos de (des)identificación masculinos ha mostrado ser mucho más compleja y rica en matices de lo que cabe en una investigación concreta. Los puntos de interés se han ido sumando y, ya en el cierre de este trabajo, muchos de ellos se han tenido que quedar fuera de la explicación. En los discursos producidos y en los análisis de datos cuantitativos y representaciones filmi-



cas mi idea de qué mirar en el estudio de las masculinidades se ha ido ampliando, llegando un momento en el que se ha hecho necesario marcar la línea que proponía mi hipótesis de pesquisa por las encarnaciones y representaciones teniendo que dejar de lado o sólo nombrar tangencialmente fenómenos y problemas sociales que se contemplaban en el proyecto inicial. Me queda ahora claro que un análisis como el que sigue abre cuanto menos tantos interrogantes y puntos de interés como los que soluciona o sobre los que ensaya una respuesta tentativa. Sin duda, en el estudio de las consecuencias de la transparencia estudiada más aplicado en problemas o fenómenos como el de la conciliación, la violencia de género o la re-estructuración de los modelos masculinos en procesos de migración internacional y transnacionalismo, se encuentran parte de las apuestas que aquí se descartan por no perder el hilo argumental pero que han ido apareciendo tímidamente en el desarrollo sociohistórico de las representaciones y encarnaciones masculinas.

Más importante para marcar el desarrollo de mi análisis ha sido el segundo punto. Mi primera idea, sin duda menos elaborada que la que termina por plasmarse aquí, era la de trazar una historia por periodos de las componendas masculinas de los varones de clases socioeconómicas medias. Pero han aparecido una serie de problemas que se recogen en el resultado de la misma. Principalmente estas dificultades se pueden agrupar en dos: las que se derivan de la explicación que posibilita la metodología de análisis y las que tienen que ver con la dificultad de trazar una división en periodos.

La construcción de las representaciones y encarnaciones de las masculinidades se realiza, como se ha expuesto en el capítulo tercero, por medio de la interpretación de una serie de producciones cinematográficas y en el análisis de una serie de discursos y de datos cuantitativos. Mi primera idea era la de hacer una reconstrucción conjunta. Pero los discursos producidos, aún haciendo referencia al pasado ya que se acercaban a la historia de vida, no terminan de contar las masculinidades anteriores a los años noventa. Los varones entrevistados viven, piensan y hablan desde el presente de la entrevista, desde este presente reubican el pasado (Santamarina y Marinas, 1994). Por consiguiente, los relatos producidos hablan de un pasado entendido desde el presente y traducen los conflictos a su consideración desde hoy. Por tanto han resultado ser me-

nos productivos de lo que se esperaba y han impuesto un modelo de exposición que no se ajusta a mi primera idea. No me es posible trazar en paralelo el análisis de los discursos y de las representaciones cinematográficas. No juegan en la misma línea, pues mientras los filmes me ayudan a retrotraerme al pasado y encontrar en ellos una serie de sentidos que han quedado estables en el producto cinematográfico, los relatos muestran su poder cuando nos vamos acercando al presente. Por ello, se apreciará que los capítulos cuarto y quinto se apoyan más en lo cinematográfico y menos en los productos discursivos. Los intentos de no caer en esta estrategia violentaban en exceso lo dicho por los entrevistados. En cualquier caso, los relatos de las entrevistas y grupos de discusión aparecen desde el inicio, pero la posibilidad de análisis que permiten es menor y, en ese sentido, será ya en el capítulo sexto cuando se pueda entrar a un análisis más pormenorizado. Por tanto, aún esperando no reproducir la escisión representaciones/auto-representaciones que creo que desvirtúa el tipo de análisis que quiero construir, he de asumir que desde el material disponible no es posible otro modo de trazar la historia reciente de las diatribas contemporáneas de las masculinidades que primando el análisis fílmico y de datos cuantitativos al inicio de la cartografía para así poder al final señalar las tensiones descritas y reubicarlas en la experiencia narrada presente de los varones que componen la muestra de esta investigación.

Por otra parte, en el encuentro de representaciones, que señalaba en el cine, y de encarnaciones, que reconstruía desde los discursos producidos, veía la posibilidad de llevar a cabo esta investigación cronológicamente dividida en periodos. Pero el objeto no siempre se deja hacer, se rebela y se sacude nuestros intentos de inscripción. El objeto deviene cuasi-objeto, en términos de Latour (2007), en tanto que no se deja hacer pasivo y ajeno a nuestras explicaciones. Así, la primera idea de división en periodos, la que se reproduce en el diseño del trabajo de campo cualitativo, se las tuvo que ver con una historia que no está escrita, la de la masculinidad, y que no comparte sus hitos con los que traza la narración histórica académica normalmente dibujada en las gestas políticas y culturales. Entiéndase bien, por supuesto no es ajena a ella, pero en este repaso de las representaciones y encarnaciones de la virilidad las historicidades se cruzan y en su encuentro dejan mi primera división en un estado enclenque, ya que sus fronteras se pueblan de poros y pliegues que invaden temporalidades en principio separadas. Así,

junto a la historia de los grandes gestos y gestas se precisa de una sensibilidad histórica para apreciar cambios más sutiles y cotidianos en las vidas de los agentes sociales; frente a la historia social emerge la necesidad de atender a los cambios propios de las modas y tendencias cinematográficas que establecen temas y políticas de representación relacionadas con las transformaciones de la sociedad pero no siempre ajustadas en sus temporalidades. En definitiva, en la cartografía de las diatribas contemporáneas de las masculinidades heterosexuales españolas se comprueba que las pugnas por las estabilizaciones identitarias no saben de fechas y no consienten que los conflictos que se reconocen en una época se den por acabados al final del periodo trazado. Las tensiones que se reconocen y analizan en este repaso de la virilidad española demuestran que en la estabilización de las identidades tan importantes como los procesos de cambio son aquéllos de remanencia por lo que los conflictos pocas veces se resuelven, más bien se apagan momentáneamente para reaparecer, muchas veces con mayor virulencia, poco después. En este sentido, lo que sigue, aún conservando la presión por señalar los puntos en los que se amalgaman las masculinidades y sus diatribas en una época, recurre a la imagen de la espiral tal y como la enuncia B. Latour:

«Supongamos por ejemplo que reagrupáramos los elementos contemporáneos a lo largo de una espiral y no ya de una línea. Realmente tenemos un futuro y un pasado, pero el futuro tiene la forma de un círculo en expansión en todas las direcciones y el pasado no está superado sino retomado, repetido, rodeado, protegido, re-combinado, reinterpretado y rehecho. Algunos elementos que parecen alejados si seguimos la espiral pueden encontrarse muy cercanos si comparamos las vueltas. A la inversa, elementos muy contemporáneos, a juzgar por la línea, se vuelven muy alejados si recorremos un radio» (Latour, 2007: 112-3)

Por tanto, lo que se presenta en las próximas páginas es un repaso de las *principales tensiones* que han ordenado el campo semántico de las masculinidades y, desde ellas, un análisis de los modos que afectan a los *mecanismos de posicionamiento y exposición* de los varones heterosexuales de clases medias. La idea de tensión toma así más y más fuerza en el ajuste de la explicación a las condiciones que posibilita el trabajo de campo y el análisis realizados y el tipo de historicidad que se plantea. La idea que subyace y que se desprende del primer análisis del material producido es que en la composición de las masculinidades más importantes que las retóricas de un momento son los conflictos que plantea. Recuérdesse la naturaleza compulsiva de las masculinidades;

precisamente porque la masculinidad vivida es una demostración constante de aquello que se pretende ser, una performance en el sentido de Butler (2001a) van a ser los puntos de tensión los que señalen las fisuras de la *Masculinidad* y, en ese sentido, los puntos de mayor interés para entender cómo esa transparencia que se ha puesto en la explicación de sus diatribas sigue operando su trabajo de invisibilización y contención.

Por tanto, lo que sigue se inmiscuye en señalar los diferentes cronotopos, en el sentido que da Bajtin a esta expresión, en los que se estabilizan las masculinidades vividas de un espacio-tiempo:

«Cada cronotopo conlleva unas condiciones y modos posibles de existencia y de sentido. Por ejemplo, conlleva una temporalidad, un factor o centro-organizador del momento-posición-sujeto y un modo de agencia humana dominantes [...]. Frente a la laxitud en la aplicación del término “cronotopo” que recorre buena parte del trabajo de Bajtin, para nosotros, como para el último Bajtin (1989:408), el cronotopo será un espacio-tiempo semántico y valorativo en el que, según sus normas principales de medida o valoración, motivos como el encuentro, el camino, la pérdida, etc., que constituyen los elementos componentes de muchas narrativas dominantes [...], cobran y transmiten un sentido u otro» (García Selgas, 1999: 170)

En la historia reciente de nuestro país se pueden reconocer dos grandes cronotopos que, de modo esquemático, se nombran como el de la modernidad y el de la posmodernidad. Esto, dado el azaroso, tardío y rápido proceso de modernización e industrialización de nuestro país, es una reducción. En realidad entre los años sesenta y los noventa se pueden reconocer elementos de una sociedad rural y tradicional, otros propios de la modernidad y aún otros de la postmodernidad. Los primeros entran en el punto de partida, pues en los sesenta se consolida, por medio del desarrollismo tardofranquista, una sociedad industrial y moderna, si bien habrá de ponerse el ojo en el *statu quo* anterior para calibrar su fuerza en la redefinición de las masculinidades. En definitiva, la temporalidad de las diatribas contemporáneas de las masculinidades me empuja a ordenar esta segunda parte de la tesis como un relato clásico con su presentación, su nudo y su desenlace. La potencialidad de esta organización es poder rastrear la pervivencia de tensiones que se nombran en los años sesenta en la componenda de las masculinidades de los años noventa, pero conviene hacer explícita su falla y así no caer en el error de pensar que se habla de una línea de progreso. Como se ha dicho, las masculinidades se construyen en una espiral de tensiones y no se puede olvidar la débil frontera entre pasados y futuros en ellas así como el carácter reiterativo que introducen

en la exposición de las masculinidades vividas. En definitiva, la cronología propuesta es la siguiente:

**Capítulo cuarto.-** *Masculinidades tardofranquistas. 1960-1971.* Primer periodo en el que se rastrean las fisuras del modelo moderno de la *Masculinidad* como efecto de los cambios en los modelos vitales por el desarrollo e industrialización del país.

**Capítulo quinto.-** *Masculinidades problemáticas. 1972-1989.* En él se rastrea la aparición de las tensiones o conflictos que desestabilizan la *Masculinidad* y que pueden entenderse como desarrollos de las fisuras del momento anterior. A su vez se subdivide en tres sub-periodos:

a.- De 1972 a 1979, en el que se analiza el peso de las retóricas de la transición en esta proliferación de conflictos.

b.- De 1977-1986, en el que se observa la proliferación de modelos de masculinidad como efecto del desbordamiento del deseo.

c.- De 1983-1989, en el que se señalan los efectos de la institucionalización del género en las (des)identificaciones masculinas

**Capítulo sexto.-** *Masculinidades dichas. 1990-2000.* Cierre por medio de la consideración de la emergencia de la marca de género de los sin género como fuente de explosión de las tensiones no resueltas de los periodos anteriores y, así, de la emergencia de las retóricas de la crisis de la masculinidad. De nuevo se divide en subperiodos:

a.- De 1990 a 1996 se precisa el momento en el que las masculinidades son representadas por sí mismas y señaladas en su marca de género.

b.- De 1997 en adelante como último subperiodo en el que concluir y apreciar el devenir de la masculinidad monstruosa en el cierre de esta cronología.

Se observará que la temporalidad, por todas las razones comentadas, no pretende hacer de las fechas un fetiche. Los periodos y subperiodos que se trazan intentan señalar momentos, cambios en los modos de construcción de las masculinidades, pero no

por ello se pueden tomar en su sentido fuerte. Como se verá, las contaminaciones y subversiones de los periodos son continuas y de hecho a eso apunta la idea de tensión y espiral.

En definitiva, en esta incursión por los cronotopos en los que se construyen y desplazan los sentidos y vivencia de las masculinidades lo que se pretende es reencontrarse con las vidas de los varones en sus procesos de construcción de la diferencia genérica, mostrar que, a fin de cuentas, «lo que, en la historia, aparece como eterno sólo es el producto de un trabajo de eternización» (Bourdieu, 2000: 11).





Fotogramas de *El turismo es un gran invento*, Pedro Lazaga, 1968

#### *Capítulo Cuarto*

### ***MASCULINIDADES TARDOFRANQUISTAS: LA PUGNA POR LA CONTENCIÓN***

#### ***Tradición, modernidad y desarrollismo***

***1960-1971***

«Que nosotros no había respuesta de palabra, sino estaba el hecho, que se respondía con el hecho y ya estaba, y aquí [en la actualidad] no, se responde con la palabra ¿sabes? desde mi punto de vista»

(Entrevista con Profesor jubilado, 62 años)



Anselmo necesita un coche. Un cochecito, para ser precisos (*El cochecito*, M. Ferreri, 1960). Don Benito, alcalde comprensivo y paternalista, tiene que hacer llegar el mar y el turismo a Valdemorillo, en pleno desierto aragonés. “Un hotelito, alcalde..., y las chicas” (*El turismo es un gran invento*, P. Lazaga, 1968). Angelito saca pecho al volante de su Mercedes, alquilado, y presume ante su amigo del éxito conseguido en el extranjero (*Vente a Alemania, Pepe*, P. Lazaga, 1971). Las narrativas cinematográficas de los años sesenta, enredando con fantasías del desarrollo los anhelos de una sociedad que se enfrenta en cambio, nos dejan un buen número de reflexiones en las que las masculinidades se empiezan a enfrentar a sus fantasmas. Las preguntas se multiplican en una especie de explosión discursiva que se apaga en la mayoría de las narrativas volviendo a resoluciones convencionales y moralistas en las que el modelo social y el peso de la *Masculinidad* salen aparentemente intactos.

Pero las preguntas que se enuncian en lo cinematográfico no dejan de señalar las fisuras y los miedos del modelo tradicional de masculinidad, elementos que permiten pensar el modo en el que la *Maculinidad* implosiona. ¿Dónde nos va a llevar este tiempo moderno? ¿Qué va a ser de esos principios nacionales que han puesto en la familia, y, dentro de ella, en el varón cabeza de familia, las bases de la organización social? ¿Cómo encarar el cambio cuando entra en conflicto con nuestros valores e ideas sobre las relaciones de género? Cambios que desestabilizan antiguas certezas y que desde un cine, la mayoría de las veces, servil y oficialista<sup>1</sup> se convierten en relatos cómicos, anec-

---

<sup>1</sup> La cinematografía de los años sesenta e inicios de los setenta sigue marcada por la censura. La andadura del organismo censor comienza ya en el año 1938, cuando el gobierno franquista de Burgos, todavía en mitad de la contienda civil, señala en la Orden del Ministerio del Interior de 2 de noviembre que por «la influencia que el cinematógrafo tiene en la difusión del pensamiento y en la educación de las masas... el Estado vigile en todos los órdenes en que haya riesgo de que se desvíe su misión» (citado en Caparrós, 1999: 74).

Para entender el proceso creativo cinematográfico de los sesenta, además de la vigencia de esta institución, hay que considerar el tipo de proteccionismo estatal que se establece entre 1963 y 1964 con las reformas de José María García Escudero al frente de la Dirección General de Cinematografía, auspiciada y a las órdenes del ministro Manuel Fraga Iribarne. La Orden Ministerial de 9 de noviembre de 1963 representa el relajo de las normas de censura que en los años cincuenta habían cercenado cualquier amago de crítica al sistema y que ahora no sólo se hacía más laxa, sino que quedaban recogidas sus premisas en el texto normativo, lo que permitía a los cineastas conocer los límites en los que trabajar y, a la vez, acotaba la discrecionalidad del censor que también tenía que ajustar su decisión en la normativa impresa.

La legislación cinematográfica se complementa con la Orden Ministerial de 19 de agosto de 1964 en la que se establece el nuevo modelo de protección basado en la asignación de ayudas por el rendi-

dóticos, contenidos e implicados en la contención. Otras veces sobrepasarán la delgada línea del cinismo y, confundiendo con el sainete y el costumbrismo (Caparrós, 1999: 85), desplegarán discursos críticos, preocupados, conscientes de la profundidad de los cambios que describen.

Aquí empieza también la historia reciente de nuestras masculinidades y sus diatribas contemporáneas. Los procesos de modernización de una España que se despereza después del periodo autárquico de la dictadura Franquista (Juliá et al., 2007) van a alcanzar de lleno a la masculinidad de los españoles de clase media que, con el proceso de industrialización, verán cómo el modelo rural de familia muta en el modelo funcionalista de roles diferenciales. Así lo relataba uno de los entrevistados:

«Años cincuenta, entonces, claro, los años eran muy duros y al ser tan duros pues la madre era otra componente familiar que nunca estaba solamente en casa sino que tenía que salir también a ayudar porque, ya te digo, el campo de mi familia era muy amplio y había trabajo para todos. ¿Entiendes? Inclusive la madre tenía que salir igual, no igual que los demás pero también salía [...]. Ahora la mujer pues, claro, ya, en el caso de mi pareja, solamente ha sido ama de casa, digamos, entonces, claro, la situación es totalmente distinta. También mi profesión ha hecho que ella no tuviera que salir; podía haber salido para hacer otras cosas pero, sin embargo, no salió para..., no había necesidad. Inclusive tres hijos en cierta medida también pesaban, el sueldo no era mucho, que ya pesaban en la familia, entonces atenderlos bien era un trabajo» (Entrevista con Profesor jubilado, 62 años)

Lo crucial para entender el proceso de estabilización de las (des)identificaciones masculinas es que, en esta década, el recién estrenado aperturismo deja entrever la tremenda precariedad en la que se fragua esta componenda. Acelerada por la mirada casi furtiva al exterior europeo y norteamericano y en el contexto del rápido desarrollo de una sociedad de consumo (Alonso y Conde, 1994) la avalancha de nuevos referentes y discursos críticos se entrelaza con la posibilidad de una modernización tranquila auspiciada por el Régimen dictatorial y su modelo nacional-católico. Dicho más claro, con la transformación de la familia y la vida social en general, propia de la industrialización del país, se mezclan otros elementos que, como consecuencias no queridas de este

---

miento en taquilla de las producciones denominadas *comerciales* –lo que establecía un criterio objetivo que pretendía evitar la subjetividad de las juntas encargadas de asignar las ayudas hasta el momento–, y el apoyo a las películas de *interés especial* por medio de ayudas directas, dirigidas, principalmente, a promover a los jóvenes cineastas de la Escuela Oficial de Cinematografía y el asentamiento de un cine infantil de producción continuada, quizá el mayor fracaso de la legislación de García Escudero.

proceso, desestabilizan no sólo el caduco modelo rural sino las componendas familiares apropiadas, según el discurso estatal, para la familia española de los sesenta. El papel del varón como pieza central en el modelo familiar tradicional no sólo se verá transformado por la consolidación de la sociedad industrial y de consumo, sino que tendrá que vérselas con una nueva realidad de emigrantes, bikinis y suecas que, en más de un modo, le excede y confronta, en primer término, consigo mismo, y que hará que la masculinidad sufra una implosión de sus posiciones naturalizadas en tanto que los *procesos expositivos* que la despliegan entran en conflicto con algunos de los parámetros de la *Masculinidad* prescrita. Para poder ver las aristas de este proceso es necesario recoger el modo en el que se pensaban las masculinidades en el inicio de los años sesenta, repasando las retóricas y prácticas *normativas* (Butler, 2001b: 22) franquistas en la reglamentación del género, y desde ellas considerar las transformaciones socioculturales en este periodo. De ese modo, se reconstruirán las condiciones de posibilidad de la transformación de la vida cotidiana y con ellas de las masculinidades expuestas.

#### **4.1. Tradición y modernidad en la España franquista: la *Masculinidad* como régimen de verdad**

El despliegue de las masculinidades en los años sesenta en nuestro país, tal y como se ha expuesto, tienen mucho que ver con una profunda transformación de los modos de vida y los marcos interpretativos en los que se tejían y tejen las (des)identificaciones de los varones de clases socioeconómicas medias. La década de los sesenta está atravesada por el cambio en los marcos de sentido ante la transformación más general de la socioeconomía española durante estos años. La culminación del éxodo rural y el inicio de la migración al centro europeo, la emergencia de una incipiente sociedad de consumo, la proliferación de movimientos críticos antifranquistas y el cambio de rumbo en las directrices estatales que posibilitó y facilitó estos y otros cambios son dimensiones importantes para comprender las condiciones de (im)posibilidad de la *ruptura interna* del modelo tradicional de la masculinidad. Lo que no quiere decir que en los sesenta no pueda reconocerse este modelo tradicional; todo lo contrario: sólo es posible pensar los desplazamientos en los modos de *ser hombre* desde él y los procesos sociales e identitarios que lo desbordan. Por ello, conviene detenerse en el *modelo nacional-católico de hombría* propio de la dictadura franquista construido tras la Guerra Civil y sus nexos con el

proceso de la estabilización de un estereotipo de la *Masculinidad* (Mosse, 2000) desde los parámetros del régimen autoritario de corte fascista.

Como se repasaba en el primer capítulo, los procesos de emergencia de las masculinidades europeas han de entenderse como vicarios de la estabilización de los estados-nación y la emergencia de la modernidad industrial. En ellos, y desde diferentes acercamientos ideológicos, se hacía de la *Hombría* un valor social «símbolo de los ideales y esperanzas de la sociedad» (Mosse, 2000: 21). El caso español no es una excepción en este extremo, pero sí un caso que revierte ciertas especificidades. La primera tiene que ver con el proceso de modernización e industrialización español que, además de tardío, no se termina de operar hasta la década de los sesenta en tanto que la Guerra Civil y los primeros años de dictadura implican un salto atrás tanto en lo económico como en lo social, comparándose con los datos económicos de los años treinta (García Delgado y Jiménez, 2007) u observando las medidas políticas que reglamentaban el modelo de convivencia social (Escario, Alberdi y López-Acotto, 1996). Además, y como segunda especificidad, no se puede entender el *modelo de masculinidad normativo* sin considerar la fuerte ideología nacional-católica del régimen de Franco y, en ella, el peso de una lectura profundamente tradicionalista de las identidades y relaciones sociales. Sirva de ejemplo la descripción del acto en el que Francisco Franco es investido Caudillo de España:

«El 20 de mayo de 1939, el cardenal Gomás presidió en la Iglesia de Santa Bárbara de Madrid una ceremonia medievalizante, en la que el caudillo depositó su espada vencedora a los pies del Santo Cristo de Lepanto, traído para la ocasión desde Barcelona. Franco entró a la iglesia bajo palio y asistió a la ceremonia vistiendo uniforme de capitán general sobre la camisa azul. [...] Al final de la ceremonia, tras el canto del *Te Deum*, el rezo de varias oraciones por “nuestro caudillo Francisco Franco” y la ofrenda de la espada, el cardenal abrazó al general ratificando así la unión entre las dos potestades» (Juliá, 2007: 159)

En la simbólica de la ceremonia resuenan elementos más propios de las sociedades tradicionales europeas que de los Estados modernos, representación de la alianza entre el nuevo régimen y la Iglesia, en esa mezcolanza de rezo, ofrendas de espadas y vestimentas estamentales supuran elementos de esa masculinidad premoderna institucionalizada en el ideal de caballería y el *honor de la hidalguía* (Mosse, 2000: 23). Sería un juego de caricatura no justificado el interpretar esta ceremonia u otros giros del nuevo régi-

men como una vuelta a un modelo tradicional de masculinidad, en el sentido de anterior a la Ilustración, pero no es baladí que en la retórica y litúrgica del primer franquismo se encuentren casos como el descrito. Urdido en el final de la década de los treinta, el ideario franquista retoma algunas de las ideas que G. Mosse repasa en el caso de la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini en sus procesos de expansión y cierto embellecimiento de aspectos ya presentes en la masculinidad moderna ideal. La reivindicación del militarismo como masculino, la conexión entre la virilidad y la entrega a la patria, encarnada en los muertos y los caídos así como en una hipérbole del honor, o la exaltación de la masculinidad como símbolo nacional son algunos de estos valores que «cumplieron un papel vital en todos los regímenes fascistas» (Mosse, 2000: 181) y que en diferente medida pueden leerse en los gestos, discursos y giros legales del franquismo. Del mismo modo que en el modelo fascista italiano esta reformulación de la *Masculinidad* pasa por el ímpetu del *futurismo* por postular un nuevo hombre nacionalista sin anclajes en el pasado (Mosse, 200: 183), la retórica franquista se llena en la exaltación de un pasado imperial que aporta metáforas de la valentía viril y el sentimiento de españolidad. Entiéndase bien, no es una regresión a los modelos identitarios de la masculinidad medieval; todo lo contrario: bajo el barniz de esos gestos y símbolos lo que aparece es una reformulación de la *Masculinidad* moderna<sup>2</sup> que, de modo paradójico, embarulla sus límites con referencias más o menos claras a aspectos propios del modelo de la *jerarquía divina de los sexos* previo a la modernidad (Laqueur, 1994). Más que como una separación de la lógica moderna de la *Masculinidad*, que como se verá empapa el cuerpo legal y moral del nacional-catolicismo, estos elementos pueden entenderse como estrategia de reafirmación y justificación, como herramienta que revierte los envites y revisiones críticas del modelo moderno de hombría que atraviesan Europa desde finales del siglo XIX encarnados en la expansión en la cultura popular de la homosexualidad desde la imagen del andrógino y, sobre todo, en las reivindicaciones

---

<sup>2</sup> Siendo un uso que excede con mucho la propuesta de F. Jameson (1995) y la saca del contexto en el que lo articula para entender la lógica cultural postmoderna, lo que puede interpretarse en esta recuperación de los gestos de la masculinidad medieval es un fenómeno que se asemeja, adelantándose a su implantación cultural, a la *neohistoria* en tanto que relee algunos de los valores tradicionales siempre traducidos y desplazados para adaptarlos a la sensibilidad y marcos cognitivos de la época. En cualquier caso, en una política de la representación de este tipo resuena ese juego siempre torticero que las identidades colectivas operan entre un pasado que se rearticula y reinterpreta desde un proyecto identitario que se proyecta al futuro (Hall, 1989: 70).

del primer feminismo sufragista (Mosse, 2000: 113). En el marco nacional, la reafirmación del modelo de la *Masculinidad* por medio de su revestimiento *medievalizante* representa la postura rupturista ante los avances de la II República; el derecho femenino al voto o la legislación en torno a la familia y el matrimonio son buenos ejemplos de esa reformulación del modelo social que el franquismo pronto apaga imbuido en un *masculinismo* (Brittan, 1989) de la exaltación viril<sup>3</sup>.

Pero la *Masculinidad* no se compone sólo de los nodos semánticos en los que se nombra la capacidad viril. La *Masculinidad*, en tanto que categoría política (Whitehead, 2002), avanza un modelo relacional y, en el caso de la *Masculinidad nacional-católica*, de nuevo resuenan los diferentes pasos –naturalización biomédica de la diferencia, articulación de la misma en un orden social y configuración de la masculinidad ideal desde los nodos de la actividad, la razón y la autonomía moderna– descritos de modo abstracto en el primer capítulo. Los cuerpos, entendidos desde la *dicotomía de la incommensurabilidad* (Laqueur, 1994), serán el origen de un modelo sociopolítico en el que las diferencias entre los géneros se entienden como *verdad natural* prescrita por la ciencia médica:

«El hombre debería a la hormona sexual masculina sus cualidades de valor, de escasa emotividad, de dominio de sí mismo, de estabilidad psíquica, de mayor firmeza de la inteligencia, de tendencia al pensamiento abstracto e independiente. La mujer agradecería a las hormonas ováricas sus virtudes de ternura, de piedad, de abnegación y de dulzura» (Vallejo Nágera, *Psicología de la conducta anti-social*, s.f.: s.p., citado en Otero, 2001: 138)

Como apuntan F. Vázquez y A. Moreno, las dos primeras décadas del franquismo no pueden entenderse como las del ahogo del discurso en torno a la sexualidad –en contraposición con la educación sexual y el ímpetu eugenésico de la II República– sino que «lo hace hablar de otra manera» desde un desplazamiento que la devuelve a los «viejos métodos disciplinarios en la producción del discurso de la sexualidad» (Vázquez y Moreno, 1997: 176) en los que el conocimiento médico se entrevera en las formas de intervención política, desde la regulación a la publicación de manuales de medicina familiar o de higiene del matrimonio. Conocimiento experto que sirve, entonces, para

---

<sup>3</sup> En todo caso, no deja de tener importancia que la abrochadura de la *Masculinidad* se haga en estos términos y ayuda a entender cómo los procesos de modernización en nuestro país se resuelven en un nudo de hibridaciones de elementos tradicionales y modernos que no termina de desenmarañarse hasta bien avanzado el proceso de democratización a partir de los setenta y que no son ajenos a los procesos de *masculinización* que aquí se persiguen

prescribir conductas, para proponer medidas y dar explicaciones de una verdad sobre los cuerpos y sus relaciones sociales pautadas; utilizando la expresión de Foucault (1978), artefacto de *saber/poder* en los que surge una *verdad identitaria* que funciona como *disciplina* que alcanza a los cuerpos. Las leyes y normas morales, en esa continua imbricación entre el nuevo Estado y la Iglesia Católica que entienden en estos años su despliegue normativo y *normativizador* como guía del destino histórico de una sociedad, se presentan como una regulación *necesaria* de esta naturaleza humana. Así, echando la vista atrás, se puede reconocer este proceso ya en las primeras leyes del franquismo –por ejemplo, en el *Fuero del Trabajo* (9 de marzo de 1938)–, en las que se regula un abismo entre las posiciones sociopolíticas de mujeres y varones<sup>4</sup>. Los varones serán ciudadanos con derechos políticos y civiles, si bien limitados por un régimen dictatorial construido en contra de «la invasión del liberalismo extranjero que había conducido a la degeneración del ser español» (Juliá, 2007: 155). En paralelo, las mujeres son reguladas en tanto que “*madres y esposas*” y sus libertades y derechos civiles reducidos a la mínima expresión (Casado, 2002: 285). La entrada en el ámbito laboral, la capacidad de desplazamiento o de administrar bienes están, para las mujeres, tremendamente limitadas o prohibidas y, en el mejor de los casos, subyugadas a la autoriza-

---

<sup>4</sup> No me detendré en un desarrollo pormenorizado de los vericuetos legales, y sus discursos aledaños en los textos morales y divulgativos, que *normativizan* y *naturalizan* la posición de subordinación de las mujeres como reflejo de un modelo profundamente imbuido de la lógica de la *Masculinidad*. Recuérdese que, como se argumentaba en el primer capítulo, es difícil, si no imposible, trazar una historia legal o médica de la masculinidad en tanto que confundidos con la norma y el sujeto universal no son tratados en sí, sino que su consideración se diluye en la norma general (Laqueur, 1994). En cualquier caso, recurrir de forma parcial y casi anecdótica a la reglamentación legal y otros textos que los refuerzan desde el juicio moral presenta problemas y virtudes. Su mayor problema es que con ello se puede dar a entender que el ordenamiento legal avanza en una línea de continuidad con las (des)identificaciones; no es eso lo que permite corroborar la *naturaleza expositiva* de las masculinidades y por eso el recurso a las regulaciones sociales es una buena herramienta para reconstruir los contextos pero no para alcanzar los procesos de (des)identificación que aquí se persiguen. Aún así, tanto basándome en los resultados de esta investigación como en el brillante trabajo de otros autores que han trabajado desde esta perspectiva histórico-legal en temas aledaños –pienso, especialmente en el trabajo de Vázquez y Moreno (1997) en torno a la sexualidad y en el de Cleminson y Vázquez (2000) sobre la consideración de la homosexualidad en España desde finales del siglo XIX– puede resultar un enfoque productivo para futuros trabajos en los que considere esta regulación como fuente de análisis y no tanto como fuente en la que reconstruir las condiciones de (im)posibilidad. Por otra parte, siendo el objeto de esta tesis los procesos de (des)identificación masculinos a través de sus representaciones y auto-representaciones, la disquisición sobre lo legal bien puede servir para ejemplificar cómo el corpus legal y de textos morales tiene un desarrollo en paralelo al descrito, de modo más abstracto, en el capítulo primero de esta tesis y desde él comenzar la historia de las *exposiciones* de la masculinidad. En cualquier caso, para un análisis en profundidad de las normativas franquistas y sus efectos performativos véase Casado, 2002.

ción paterna o del esposo<sup>5</sup>. Desde una lectura atenta a los procesos de (des)identificación masculina, en este punto radica el elemento clave que permite rastrear las condiciones en las que se despliegan las masculinidades franquistas. En esa línea de continuidad que parte de la *verdad* biomédica para llegar a la norma, los cuerpos aparecen como productores de posiciones naturalizadas que tan sólo cabe ordenar por medio del recurso a la familia. De tal modo que entre los textos legales, divulgativos y morales se erige el núcleo familiar de corte jerárquico y en él la figura del padre cabeza de familia como la piedra angular de un orden social que se entiende asimismo como natural y emanado de la autoridad divina:

«La jerarquía familiar es el padre. No le proviene al padre la autoridad de su fuerza física, o de la superioridad social o económica. Le proviene directamente de Dios. De esta autoridad se dice que es “de institución divina”. Así, el padre es, en la familia, el representante de la paterna autoridad de Dios. Y la madre recibe la autoridad por participación en la del esposo» (Sección Femenina, *Formación Político-Social*, 5º de Bachillerato, 1965, citado en Otero 2001: 78)

Entendiendo esta familia en línea con esa relación social que establece la *Masculinidad* como categoría política, que no sólo prescribe un modo de ser sino que termina por reglamentar el tipo de relaciones posibles y aceptadas, las mujeres encuentran su posición de forma vicaria (Seidler, 2002: 44) en tanto que se incorporan a la autoridad familiar y a la vida pública «por participación en la del esposo». Incluso en la revisión legal de los años cincuenta, favorecida o impelida por la necesidad de adaptar las leyes a los términos suscritos en el *Concordato entre España y la Santa Sede* de 1953 y los *Pactos con Estados Unidos* del mismo año que exigían un tratamiento diferente de las mujeres en lo legal, se redunda, aún matizando sus extremos, en esta centralidad de la familia, y la autoridad paterna dentro de ella, en la ordenación normativa de la vida social:

---

<sup>5</sup> Quizá el límite que mejor ejemplifica el modelo de dominación sexuada que se agazapa en la normativa franquista se encuentre en la fórmula del “*débito conyugal*” como derecho adquirido del esposo sobre la disponibilidad –y apetencia– sexual de su esposa; así se valora en uno de los manuales para futuras esposas de mediados de los cuarenta:

«Es un imperdonable error la negación al esposo del “*débito conyugal*”. La mujer no debe, bajo ningún pretexto, negar a su marido lo que le pertenece. No tiene derecho a hacerlo, sino en el caso excepcional de que abrigue la certidumbre de que del contacto conyugal pueda derivarse el contagio de una enfermedad. Pero, aun en este caso, hay que razonar la negativa, condicionando la entrega –sin reproches que a nada conducen– a la desaparición del peligro» (Clavero (1946), *Antes de que te cases*; citado en Otero, 2001: 96)



“Si bien es cierto que el sexo por sí no debe dar lugar a diferencias y menos a desigualdades de trato jurídico civil, ha parecido igualmente claro, hasta el punto de estimarlo también como principio fundamental, que la familia, por ser la más íntima y esencial de las comunidades, no puede originar desigualdades, pero sí ciertas diferencias orgánicas derivadas de los cometidos que en ella incumben a sus componentes, para el mejor logro de los fines morales y sociales que, conforme al derecho natural, está llamada a cumplir” (*Ley 24 de abril de 1958 de Revisión del Código Civil*, citado en Casado, 2002: 288)

A lo que apuntan estos *discursos* es al tropo familiar como lugar en el que las masculinidades vividas se componen y refuerzan en la lógica de la *Masculinidad*, dicho más claro, va a ser la familia jerárquica que favorece la regulación estatal la que se convierta en ámbito especialmente relevante de *exposición* de una masculinidad entendida como autoridad, actividad y control. Los relatos producidos en las entrevistas redundan en este punto, se suman las narraciones que entienden las masculinidades de los padres y las propias, dependiendo de la edad, por medio de las posiciones disímiles en el seno familiar:

«La figura del padre, siendo mi familia no autoritaria, pero..., pero el padre era el padre, no era autoritario, ¿eh?, pero el padre era el padre, era..., era distinto. Era el padre y ahora como de hijo no se puede hablar, pues no lo puedo decir, pero yo creo que no existe. O sea, yo en relación con mi pareja no es..., quiero decir, no mando yo más por ser tal. Cuando digo más no sé si mi padre mandaba o no mandaba, pero sí, yo sí he tenido conciencia como que mi padre mandaba..., mandaba más, ¿no?» (Entrevista con Funcionario Ministerio, 50 años)

Las masculinidades se *exponen* alrededor de la posición de autoridad que adopta en la familia. Es elocuente el cierre tautológico –«el padre era el padre»– con el que el entrevistado zanja la pregunta; posición-sujeto que avanza desde el modelo a las masculinidades vividas con una fuerza tal que *naturaliza* una forma de *ser hombre* sin fisuras. De tal modo que la *exposición* de la masculinidad se resuelve por medio de unas relaciones fuertemente estructuradas alrededor de la autoridad del padre que despliega su masculinidad desde la forma más extrema de ese control sobre lo que queda bajo su responsabilidad. En este sentido, y como muestra de esa naturalización en la que se manejan las posiciones de género y termina por reforzar una masculinidad sin fisuras, puede entenderse la visión del conflicto que aportan los participantes del grupo de discusión de varones de 45 a 55 años. La posibilidad del disenso y así del cuestionamiento se apagaba por la propia posición de autoridad, muy próxima al autoritarismo, de los

varones en esta época, lo que le permite apagar cualquier conflicto por medio de la amenaza –no tanto el despliegue– de una violencia que cree legítimo emplear:

PARTICIPANTE 4.- ¡Coño!, antes la tomaba el hombre. Mi abuelo decía a mi abuela cuando se enfadaba con ella: te callas o te pego de rositas.

PARTICIPANTE 6.- Sí, sí.

PARTICIPANTE 4.- Y no había, no la iba nunca a pegar una hostia, pero se callaba. Y el que mandaba era (golpe en la mesa) mi abuelo (risas). Luego interior... Luego de puertas para dentro, no lo sé...

PARTICIPANTE 4.- ...pero cuando estábamos con... (voz alta) Y el decía, o te callas o te pego una hostia.

PARTICIPANTE 6.- Así de claro.

PARTICIPANTE 4.- Y se acabó la discusión (sentencia). Y se acabó la discusión.

(Grupo de discusión con varones de 45 a 55 años)

De tal modo que los procesos de (des)identificación con la *Masculinidad* reestructurada por el franquismo se materializan por medio del encuentro de la posición que propone el modelo con las formas de organización de la vida cotidiana, lo que puede entenderse como una forma de *inscripción* (Latour y Hermant, 1999) por la que las *exposiciones* masculinas son ordenadas por medio de la estabilización de un modelo relacional basado en la división de roles y capacidades desde el seno familiar. Como ha defendido D. Morgan (2001), género, familia y masculinidades son términos que se construyen, en las sociedades occidentales, en su contestación y relación compleja. No es sólo que la familia, como aquí mantengo, sirva de contexto en el que desplegar la masculinidad vivida en tanto que se trata de una institución que organiza el nivel primario de las relaciones de co-presencia y así, se erija como espacio fundamental en el que se estabilizan e institucionalizan las relaciones entre varones y mujeres; siguiendo las tesis de D. Morgan su imbricación es más profunda y sólo se puede alcanzar el valor social de estos términos en sus intersticios, en el encuentro continuado y mantenido en el que se definen y en los procesos de cambio social en el que se precisan sus desplazamientos (Morgan, 2001: 223). En sus términos, en el paso de los años cincuenta a los sesenta en España, se puede reconocer el paso de una familia tradicional, en el sentido weberiano del término, en tanto que preindustrial o rural y basada en un sistema de dominación tradicional-patriarcal, a otra de corte moderno e industrial que, ésta es mi interpretación, lejos de exceder los términos de la *Masculinidad* franquista, los refuerza por medio

de la implementación de una división del trabajo interna a la familia que apoya así las explicaciones *dicotómicas y naturalizadas* de la diferencia entre varones y mujeres. A mediados de los años cincuenta se produce un importante desarrollo económico, y «la prosperidad de aquellos años hacía renacer en ellos la mística de la feminidad, produciéndose una vuelta importante de las mujeres al hogar y la familia» (Escario et al., 1996: 72). Los tiempos en los que «la madre tenía que salir igual, no igual que los demás pero también salía [al trabajo en el campo]» (Entrevista con profesor jubilado, 62 años) dan paso a un tiempo en el que «la mujer pues, claro, ya, en el caso de mi pareja, solamente ha sido ama de casa [...]; mi profesión ha hecho que ella no tuviera que salir, podía haber salido para hacer otras cosas pero, sin embargo, no salió para..., no había necesidad» (Entrevista con profesor jubilado, 62 años). De tal modo que la estructura simbólica de la *Masculinidad* se reordena en un modelo familiar de roles diferenciales que recuerda al descrito por la teoría funcionalista (Parsons y Bales, 1956): los varones aparecen en tanto que se hacen cargo de la parte instrumental, las mujeres encarnan el rol afectivo.

«Ellos eran, pues, bueno... los hombres de la casa, los reyes de la casa y los que traían el sustento» (Entrevista con Abogado, 46 años)

La autoridad se justifica por medio de lo económico en un círculo vicioso en el que las mujeres son excluidas de lo público y confinadas en un espacio doméstico que encuentra en el varón su piedra angular en tanto que «traían el sustento». Se puede así reconocer una línea de continuidad que avanza desde las intervenciones estatales a los procesos de estabilización de las identidades masculinas con aparente tranquilidad y coherencia. No sorprende entonces que incluso las formas en las que se piensa y mira lo social recompongan los parámetros del modelo, incapaces de señalar, incluso en la desnudez pretendida del dato numérico, las transformaciones en las *exposiciones* que van minándolo, como se argumentará en el siguiente apartado. Es el caso del dato que construye el INE para medir el paro (tabla 1). Previo a la EPA, el paro aparecerá en los

**Tabla 1.** Paro Registrado 1960-1972

| <i>Año</i> | <i>Total</i> | <i>Varones</i> |
|------------|--------------|----------------|
| 1959       | 94803        | 82525          |
| 1960       | 130304       | 116634         |
| 1961       | 133151       | 120333         |
| 1962       | 88145        | 75795          |
| 1963       | 122315       | 101847         |
| 1964       | 170056       | 146996         |
| 1965       | 145818       | 124452         |
| 1966       | 127372       | 105450         |
| 1967       | 178790       | 151910         |
| 1968       | 177022       | 149523         |
| 1969       | 142901       | 118360         |
| 1970       | 165734       | 139298         |
| 1971       | 211667       | 178196         |
| 1972       | 163212       | 132788         |

Fuente: Elaboración propia desde Anuarios Estadísticos INE

*Anuarios estadísticos anuales* medido por el número de parados registrado en el *Servicio Nacional de Encuadramiento y Colocación*. En esa asociación entre trabajo y una masculinidad que se entiende como encargada del sustento y así próxima al modelo instrumental del *breadwinner* estadounidense, el dato sorprende en la lectura actual pues se consigna por medio del número total de parados y el número de varones en paro. El dato estadístico se imbuje de la transparencia del modelo. ¿Para qué saber el número de mujeres en paro? ¿Por qué preocuparnos si la reproducción económica de las familias se confía al sustento traído por el padre-esposo? El tratamiento del dato bien permite otra lectura. En 1959 el número de paradas, es decir, de mujeres que queriendo trabajar en empleos remunerados no lo podían hacer por no encontrarlo, era de 12.551, en 1965 de 21.366 y en 1972 de 30.424. Hay una clara evolución a lo largo del periodo que aquí se estudia que ayuda a pensar que la incorporación de las mujeres al mercado laboral era ascendente, así como su visibilización en el fenómeno del paro. El dato parece obviarlo, o al menos difiere su evidencia al diluirla en el dato total.

Del mismo modo, y en paralelo, puede sorprender, a oídos contemporáneos, que los temas relacionados con la familia y su reproducción material se construyan como femeninos y se tasan por medio de las opiniones de las mujeres, o siendo más preciso, de determinadas mujeres ajustadas al modelo. Es el caso del dato sobre el número ideal de hijos. La mayoría de pesquisas sobre el futuro de las familias y el desarrollo numérico que tendrá en un régimen obsesionado con la proliferación de la población española y la promoción de la familia numerosa –pueden recordarse los premios a la natalidad que se concedían anualmente a las familias extraordinariamente amplias<sup>6</sup>– se basan en

---

<sup>6</sup> No deja de sorprender, a la vez que apoyar la interpretación aquí mantenida, que los premios a la natalidad se entregaran al cabeza de familia, esto es, al varón-padre en una especie de refuerzo de la institución familiar y la posición de autoridad y de referente en lo público que éste adopta (Casado, 2002). En línea con ello, se pueden entender algunas representaciones cinematográficas que, por cuestiones expositivas, terminan por no entrar en mi presentación pero que ayudan a entender el modo en el que la *norma* de la *Masculinidad* se construye desde el tropo familiar desde un modelo profundamente tradicional del mismo. Es el caso de *La gran familia* (Fernando Palacios, 1962) que en línea con la promoción de la natalidad de los gobiernos de los años sesenta compuestos por miembros del *Opus Dei* no sólo recibe ayuda estatal sino que es premiada y promocionada desde la misma Administración. En ella, por medio de una serie de peripecias veraniegas y navideñas, se nos cuenta la historia de una familia con quince hijos que sirve como modelo de la nueva familia en tiempos de desarrollismo. Como se argumentará más adelante, cintas como ésta juegan la contención de la representación por medio de una hibridación de los elementos que se asocian con ‘lo nuevo’ y la reso-

**Tabla 2.**Número ideal de hijos/as  
(Encuesta a Amas de Casa)

| Año  | Número deseado |
|------|----------------|
| 1966 | 3.3            |
| 1969 | 3.1            |
| 1974 | 2.83           |

Fuente: Informe Foessa, 1976

estudios realizados con muestras femeninas. Así la reconstrucción de esta evolución que aparece en el Informe Foessa de 1976 (tabla 2) en el que se recogen datos de 1966, 1969 y 1974 se elabora a partir de encuestas realizadas a amas de casa. ¿La paternidad no es una decisión? ¿No cuenta el número ideal de hijos que quieran los varones? ¿Y qué pasa con las mujeres que no se adaptan a ese rol de madre y esposa? El dato es de nuevo tajante, tanto los varones como aquellas mujeres que han decidido no ocupar la posición prescrita están fuera de la pesquisa. La circularidad se pretende perfecta, el dato recoge la realidad a la vez que la crea en tanto que la sigue pensando en los términos *normativos* de una familia de roles diferenciales y deshecha cualquier exceso como no significativo.

Es así que las exposiciones de la *Masculinidad* en estos años se resuelven en los márgenes impuestos. El carácter *performativo* (Butler, 2001a) en su vertiente *naturalizadora* de la diferencia dicotómica heterosexista alcanza la vida cotidiana y ahí termina de operar el cierre de las representaciones y auto-representaciones desde las que se estabilizan los géneros. Se puede entender de este modo que en los relatos *a posteriori* de esa época las relaciones de género y las posiciones identitarias se recuerden bajo el peso de la coherencia, una verdad atravesada por una escisión y una desigualdad evidente pero, en cualquier caso, capaz de contener cualquier *exceso* ya que las posiciones se entenderán como cerradas y complementarias, como *naturales*, y posibilitando un orden que engrana tareas e identidades:

«Creo que a lo mejor puede ser eso, es decir [en las relaciones de pareja de mis hijos] se necesitan el uno al otro para situaciones, cosa que nosotros lo teníamos bien definido una cosa y la otra [...]. No necesitábamos uno a otro; no nos necesitábamos porque tú tenías tu papel aquí y el otro allí» (Entrevista con profesor jubilado, 62 años)

En definitiva, la *Masculinidad* se reafirma por medio de sus *exposiciones* que se articulan en torno a los cipsos modernos de la actividad, la autonomía y la razón. La actividad se precisa en tanto que serán los varones los que se encarguen y aseguren el bienestar

lución narrativa de las historias como exaltación de los 'viejos' valores familiares y masculinos asociados al modelo nacional-católico de la *Masculinidad*.

material de la familia por medio de su implicación en lo público, en el mercado laboral. Del mismo modo, y recordando lo argumentado en el capítulo primero, la autonomía se condensa en una suerte de *control* simbólico y, en su *exposición*, real de las mujeres y personas no adultas a su cargo en tanto que el varón, como «rey de la casa», se inviste en una posición de autoridad y poder. Por último, en esa escisión entre lo racional y lo emocional que se puede encontrar en toda su extensión en los textos médicos de la época (e.g. Nájera, s.f.; citado en Otero 2001: 138) se termina de operar el cierre de esa *Masculinidad* que se entiende como forma de independencia, como negación de toda necesidad de apoyo. Desde este contexto puede cobrar nuevo sentido esta última cita de la entrevista con un varón de 62 años en la que por medio de la complementariedad de roles y posiciones se hace evidente esta negación de las dependencias que, por definición, explican las relaciones familiares y que, siguiendo el relato del entrevistado, se hacen explícitas cuando se precisa que en ese ‘retiro’ doméstico la esposa se encarga del cuidado de la prole y del trabajo reproductivo prácticamente en exclusividad. Cabe avanzar en esta interpretación para terminar de precisar el modelo de *Masculinidad* que se estabiliza en las primeras décadas del franquismo. Fraguadas en esa conexión *naturalizada* de la virilidad con la actividad, el control y la independencia emocional, no sorprende que los *ritos de paso* de esta masculinidad (Gilmore, 1995) sean descritos por otro de los entrevistados en tanto que *procesos de independencia*:

«Cuando una persona empezaba a trabajar, más pequeño o más mayor, cuando se iba a hacer el servicio militar y cuando se casaba, eran las tres etapas de la vida [...]. Marcaba mucho [...]. Ya podías fumar, ya eras mayor, ya te habías independizado» (Entrevista con Técnico metalurgia, 56 años)

Los *procesos expositivos* de una *Masculinidad* sin fisuras repiten los esquemas de ese proceso de negación e independencia que describe N. Chodorow (1984) como fundamentos de la masculinidad vivida. La entrada en lo laboral como inicio de esa capacidad de hacerse cargo del mantenimiento económico, la salida de la familia de origen por medio del servicio militar como espacio homosocial de instrucción de los cuerpos y en tanto que entrega a la patria por medio de su disciplina militar en defensa del bien común, y el momento de inauguración de una nueva familia en la que se ocupa ese papel de privilegio que es el *pater familias* se señalan como tres momentos de un proceso en el que lo que está en juego es no sólo la independencia, sino la posibilidad de ser indivi-

duo de decisión –aquí condensado en el «ya podías fumar»– que entronca con la com-  
ponenda franquista de las posiciones sexuadas. La *Masculinidad* se trenza con la con-  
formación de la individualidad, cualquier falla en este proceso se verá como una mer-  
ma en la posibilidad de ser un adulto y, a la vez, en la posibilidad de mantenerse en los  
parámetros de la *hombria*.

#### 4.2. Desarrollismo y cambio social: los anhelos de una masculinidad cosmopolita

Sería un error pensar que con lo dicho las masculinidades tardofranquistas han queda-  
do cartografiadas. Los márgenes del modelo son espacios mucho más fluidos y  
contradictorios de lo que muestra un modelo normativo como el franquista. Pronto las  
masculinidades vividas, atendidas en sus procesos concretos y situados, desbordan el  
modelo allí donde se presenta contradictorio con las exigencias y anhelos de una vida  
cotidiana que se ve inmersa en una profunda transformación de sus certezas y modos<sup>7</sup>.

La década de los sesenta en España se adelanta a la cronología. A mediados de los cin-  
cuenta el marco político-económico empieza a trazar los cambios que asentarán las  
condiciones en las que viven los varones heterosexuales de clases socioeconómicas  
medias en los sesenta. Los acuerdos con la Santa Sede y Estados Unidos del año 1953, a  
lo que se suma la aceptación de España en la ONU al final de ese mismo año, ya mues-  
tran a un régimen dispuesto a ceder en algunos de sus principios con la meta de conec-  
tar a España con el exterior europeo e internacional. En el plano interior, la entrada de  
miembros del *Opus Dei* al gobierno franquista supone no sólo un recorte del poder del  
ejército y el *movimiento* falangista, sino el empuje de una política económica liberal y

---

<sup>7</sup> De hecho, no se trata de una dinámica exenta en el periodo anterior. Se reconoce en los procesos de  
refuerzo de la familia jerárquica franquista por el desarrollo de la industrialización y la bonanza  
económica de mediados de los cincuenta. Pero además es importante enfatizar que no se está negan-  
do que la estabilización de las masculinidades de los años cincuenta y anteriores no se diriman en  
una red de negociaciones concretas con los parámetros del ideal, negociaciones siempre problemáti-  
cas y llenas de aristas. En efecto, lo descrito en torno a la estabilización de un modelo funcional de  
familia tiene mucho que ver con una de estas negociaciones que, en este caso, refuerza el modelo. Lo  
que se mantenía es que dada la coherencia que se construye y atraviesa la sociedad desde la regula-  
ción legal a los manuales escolares y las políticas públicas de ayuda/promoción de determinados  
modelos familiares termina por establecer una continuidad entre el modelo de la *Masculinidad*, las  
representaciones de las masculinidades y sus encarnaciones por los varones de clases socioeconómi-  
cas medias. Sin considerar que ese cierre nunca es el del abrazo estéril y perfecto, sería imposible dar  
cuenta del cambio social que en este caso, como en tantos otros, es lo que se persigue por medio de la  
insistencia en los procesos de *exposición* masculinos como origen de disidencias y desplazamientos,  
de refuerzos y reformulaciones del ideal.

aperturista que se condensa en el *Plan de Estabilización* (1959) y el *Primer Plan de Desarrollo* (1963). Por tanto, para entender los procesos que afectan a las masculinidades en el inicio de los sesenta no es posible desvincularlos de la gran transformación socioeconómica de un país que se despereza definitivamente de una posguerra a la vez que sufre un rápido proceso de industrialización. Estamos en unos años que, como sugiere S. Juliá (2007: 196), de resumirse en dos fotos serían la del fin de la agricultura tradicional (véase tabla 3) y, en su reverso, la del rápido y caótico crecimiento de las ciudades. Los marcos interpretativos de los varones de clases medias se verán en una revulsión ante esta nueva realidad.

| <b>Tabla 3.</b>                             |                             |                             |                             |
|---|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|
| Evolución de la población activa. 1940-1970 |                             |                             |                             |
|   | <i>Sector 1<sup>º</sup></i> | <i>Sector 2<sup>º</sup></i> | <i>Sector 3<sup>º</sup></i> |
| 1940  | 51.9                        | 24                          | 24.1                        |
| 1950  | 49.6                        | 25.5                        | 24.9                        |
| 1955  | 46.05                       | 28                          | 25.8                        |
| 1960  | 41.7                        | 31.7                        | 26.6                        |
| 1965  | 34.8                        | 33.4                        | 31.4                        |
| 1970  | 29.1                        | 37.2                        | 33.6                        |

Fuente: Alonso y Conde, 1994: 89

Comentado el empuje que aporta al modelo de la *Masculinidad* la estabilización de una familia de tipo funcional de roles diferenciales asociada al progreso económico, este proceso de rápido crecimiento también tiene otra cara que es menos afín al ideal de *hombria* impuesto y que en cierto modo se le enfrenta como envite y ruptura. El modelo del primer franquismo y su fuerte raigambre católica, como se mostró, pensaba el mundo en términos tradicionales. El honor, la fuerza militar o la fuerte jerarquía social hacían recordar un mundo ya pasado, pero en un país profundamente rural y atrasado los giros *medievalizantes* bien podían tolerarse. En los años sesenta esa armonía se quiebra principalmente por el despegue de una sociedad de consumo capaz de articular la tensión entre las *viejas clases medias patrimoniales* y las *nuevas clases medias funcionales* producto del cambio económico (Ortí, s.f.; citado en Alonso y Conde, 1994). Podría pensarse que la conexión con la masculinidad de este aspecto es tangencial, mas todo lo contrario: tanto de modo directo por los sentidos concretos que se movilizan en las formas de consumo, como de forma más indirecta por la revulsión de los modelos de vida que implica la consolidación de una norma de consumo popular y la proliferación de referentes identitarios que despliega el nuevo mercado, tanto en la publicidad como en el ideario asociado a los objetos, pueden entenderse sobre las bases que articulan el desplazamiento de las representaciones y auto-representaciones de género (masculinas).



Como analiza A. Ortí (citado en Alonso y Conde, 1994), la norma de consumo española responde a un cambio en los valores a ella asociados, a una cierta tensión entre clases asentadas y emergentes. Hasta el año 1959, el acceso al consumo sigue un patrón de elites por el que una minoría tiene acceso al mercado, mientras la inmensa mayoría está excluida en tanto que inmersa en una cultura de ahorro. El consumo está asociado a las clases medias patrimoniales que encuentran en el mercado una forma de consumo sunuario y todavía afín con ciertos valores de la hidalguía y de una masculinidad ostentosa que expresa su éxito, y así su ímpetu y arrojo viril, por el gasto en ciertos productos de lujo. La paradoja es que, en los albores de la sociedad de consumo a inicios de los sesenta, la norma de consumo se construye a la contra y así, frente a la crítica al consumismo y el internacionalismo de estas clases patrimoniales, las nuevas clases medias se lanzan a un consumo voraz y acrítico que encuentra en el mercado y el acceso a sus productos un espejismo de la liberación de los valores de la autarquía franquista y, de soslayo, la posibilidad de una masculinidad diferente. Amalgama en la que se mezclan, por tanto, una serie de luchas simbólicas que se materializan en la contraposición de productos y marcas como de clases medias patrimoniales o funcionales –e.g. la solera del coñac frente al whisky como modernidad–, el abrazo del mercado y su publicidad como espacio de libertad vicaria en tanto que permite la toma de decisiones, y el consumo voraz en contraposición a los años de hambre y pobreza de la posguerra (Alonso y Conde, 1994: 82 y ss.). La nueva norma de consumo arrastra a las identidades, y el mercado abre un nuevo mundo de posibilidades en el que las (des)identificaciones masculinas encuentran referentes y representaciones de una masculinidad enteramente nueva.

En este contexto aparece un relato fílmico casi anacrónico en tanto que se adelanta a su tiempo, o mejor, que es capaz de plasmar el proceso que aquí describo en el momento mismo de su emergencia. En *El cochecito* (Ferrari, 1960), nos encontramos con Anselmo Proharán (José Isbert), un septuagenario funcionario jubilado cuyo mayor anhelo es el de hacerse con un cochecito para impedidos similar al de sus amigos. Él no padece ninguna afección que le imposibilite andar, pero para Anselmo eso es secundario, necesita el cochecito aunque para ello tenga que fingir un accidente, robar las joyas familiares o envenenar a su familia. ¿Es el cochecito una referencia velada al *Seat 600* que

llega al mercado tres años antes, en 1957? ¿Anselmo nos representa en tanto que en su entorno social de pensionistas y tullidos resume lo que estaba pasando en la sociedad española con el inicio del consumo de masas? El relato, pergeñado entre Marco Ferreri y el guionista Rafael Azcona, juega con la ironía y las medias tintas, pero expresa esa tensión entre un modelo de la *Masculinidad* aún muy presente y la amenaza de su desbordamiento por las nuevas formas de la vida social. Las peripecias de Anselmo son las de un varón de clases medias funcionales que ve cómo su vigor se apaga, que entiende que su masculinidad se ha diluido en la dependencia de sus hijos y que necesita reafirmarse por medio del cochecito. El cochecito es la libertad de movimientos, el cochecito es la posibilidad de sentirse importante y recibir reconocimiento social de sus amigos, el cochecito es la recuperación de la hombría por medio de la prótesis que la completa o incluso la eleva a nuevas dimensiones. Más allá de la historia de Anselmo, *El cochecito* es la representación de una escisión en el modelo mismo de la *Masculinidad*. En el film se puede leer la tensión que en menos de una década se convertirá en el eje argumental de las nuevas representaciones de las masculinidades y que señala el profundo hiato que se abre en el centro mismo del modelo ideal de *hombría* y, por tanto, de las relaciones sociales que lo sustentan. Los detalles que explican la época se suman en el relato, desde el vendedor de la ortopedia capaz de convencer a Anselmo de las virtudes del *cochecito* fabricado en Estados Unidos hasta la brillante escena final (véase



**Imagen 1.** *El cochecito*, Marco Ferreri, 1960

imagen 1) en la que una pareja de la Guardia Civil, montados en bicicleta, para a Anselmo en su escapada a Navalcarnero en una desolada carretera en la que le hacen dar la vuelta y lo escoltan a casa pedaleando y acusándole de que «estas cosas se hacen a los catorce, no a los setenta», como si

se tratara de una metáfora de un país controlado por los gendarmes de una premodernidad asfixiante.

Pero hay un punto que hace especialmente interesante la referencia a *El cochecito* y es la conexión que establece entre las presiones, un tanto absurdas, del primer consumismo y la quiebra del modelo familiar, excesivamente constrictor, y, dentro de él, de la *Masculinidad* normativa. Anselmo se aparta de esa *serena grandeza* (Mosse, 2002) del modelo moderno de la *Hombría*; su comportamiento es comparado continuamente con el de un niño o con el de un tullido, su posición en la familia es la del conflicto abierto con un hijo que ejerce de padre y se niega a darle el dinero o le prohíbe comprar el cochecito. El desenlace de la película es elocuente. Anselmo planea comprar el cochecito pese a las reticencias de todos, aunque para ello tenga que matar a su familia, única salida ante el control que ejercen sobre él. De tal modo que envenena la comida e intenta su escapada a Navalcarnero con el cochecito recién estrenado. El metraje final, y como resultado de la censura que no permite rodar la muerte de toda la familia (Sánchez Salas, 1997), ensaya un final cercano a la conciliación en el que Anselmo llama a casa para evitar el homicidio familiar en el último momento y retorna al hogar por mandato de la Guardia Civil. En cualquier caso, en *El cochecito* se representa el choque de un modelo de *Masculinidad* en el que la familia era el centro del orden social y otro mucho más individualista y centrado en la satisfacción rápida y directa del consumo. En su relato, moralmente ambivalente, se nombra una tensión que atraviesa la sociedad española de los años sesenta y que tiene que ver con el cambio del sistema de legitimación que estaba en la base del orden social e imbricado con una *Masculinidad* de corte jerárquico y servil.

En esa misma línea cabe interpretar el estudio que recoge el *Informe Foessa* de 1966 en el que los varones –de nuevo sólo los varones, en tanto que se trata un asunto público– son preguntados por las cualidades que se consideran más importantes para el éxito para precisar el grado de *universalismo* de la población (véase tabla 4). Lo interesante es que la muestra se divide por hábitat y se separan los resultados para varones metropolitanos, urbanos y rurales. La confianza en el *trabajo duro* o la *buena suerte* que destacan en el medio rural, contrastan con el valor que los que viven en un medio urbano dan a la *inteligencia* o *tener una identidad agradable*. Los valores del éxito, siempre tan apegados a la propia masculinidad en tanto que, recuérdese, ésta siempre es una forma de entrar a lo social y hacerse valer en lo público desde la actividad y el control de lo propio, se

| <b>Tabla 4.</b><br><i>Cualidades más importantes para el éxito entre los varones, por estratos</i> |            |            |            |            |
|--|------------|------------|------------|------------|
|  | Estratos   |            |            | Total      |
|  | Metrop.    | Urbano     | Rural      |            |
| Trabajo duro   | 14         | 16         | 23         | 19         |
| Tener personalidad agradable   | 9          | 10         | 4          | 7          |
| Inteligencia   | 32         | 33         | 26         | 29         |
| Conocer gente con influencia   | 15         | 10         | 8          | 10         |
| Buena suerte   | 19         | 23         | 28         | 24         |
| Saber bandearse  | 4          | 3          | 2          | 3          |
| Ser adaptable  | 6          | 4          | 3          | 4          |
| No sabe  | -          | -          | 4          | 2          |
| No contesta  | 2          | 1          | 2          | 2          |
| <b>UNIVERSALISMO</b>   | <b>55%</b> | <b>59%</b> | <b>53%</b> | <b>55%</b> |

Fuente: Informe Foessa, 1966: 291

desplazan en la línea del individualismo, avanzan en lo que los autores del informe denominan universalismo (frente al particularismo) para recoger este cambio que, como puede verse en los datos, aunque

general está más avanzado en las zonas urbanas, espacio de las nuevas clases medias, que en los entornos rurales o en las áreas metropolitanas que, no se olvide, en estos años están pobladas por los emigrantes del éxodo rural.

En definitiva, no son más que un par de ejemplos del movimiento que aquí se describe y que vincula la emergencia de la sociedad de consumo de masas con el cambio en los patrones de la *Masculinidad*. Para entender los límites de este cambio y, sobre todo, los resquicios en los que se estabiliza su envite a los modelos tradicionales de *Hombría*, es necesario detenerse en los detalles, comprender de qué forma estaba cambiando la vida en nuestro país en los años sesenta y cómo se entendía este cambio en las representaciones y auto-representaciones de la masculinidad.

#### 4.3. La transformación de la vida cotidiana: las representaciones de la pugna por la contención

Las (des)identificaciones masculinas, como se ha argumentado, han de entenderse desde la contingencia y la articulación, siempre situada y relacional, en la que se sutura su posibilidad como identidad desde la que *hablar y ser hablado* (Hall, 2003: 20). En este sentido, los procesos de subjetivación siempre son internos a la representación, lo que no quiere decir que se entiendan como un ajuste. Las identidades se estabilizan en tanto que entran en el juego significativo de las representaciones disponibles y aceptadas, en tanto que se enganchan con un *régimen de verdad* (Foucault, 1968) sobre los cuerpos y su naturaleza sexuada. Pero esto dista de asumir que en ese proceso no haya siempre

un *exceso* (de Lauretis, 2000), que, como expresa S. Hall, hace que en la identidad «[s]iempre hay “demasiada” o “demasiado poca”: una sobredeterminación o una falta, pero nunca una proporción adecuada, una totalidad» (Hall, 2003: 15). En este sentido, es interesante recalcar en los procesos que atraviesa la representación cinematográfica de las masculinidades españolas de los años sesenta, pues en ellos se materializa esta liza entre una identidad pretendidamente cerrada por un modelo, en este caso del de la *Masculinidad nacional-católica*, y aquellos elementos que continuamente la desbordan.

Las representaciones cinematográficas de la época se hacen aún más interesantes cuando se considera que son uno de los mejores ejemplos de esa explosión de una sociedad de consumo, y ya no es sólo que el cine refleje en sus narrativas los anhelos de una sociedad en cambio, es que la producción fílmica misma de estos años es resultado del avance de una norma de consumo de masas que encuentra en el cine una posibilidad para esa compra compulsiva<sup>8</sup> y acrítica de productos –y sus discursos– que hace experimentar un remedo de libertad (Alonso y Conde, 1994). El interés de este cine se precisa si, además, se considera el carácter dirigista del Estado sobre la cinematografía de la época que, aunque con una censura mucho más relajada y acotada que en las primeras décadas del franquismo –véase nota 1 en este capítulo–, aún prohibía:

«...la justificación del suicidio, del homicidio por piedad, de la venganza y del duelo, del divorcio como institución, del adulterio, de la prostitución, y de todo lo que atente contra *la institución matrimonial*, del *aborto* y de los *métodos contraceptivos*. También se prohibirá la presentación de las *perversiones sexuales* como eje de la trama, de la toxicomanía y del alcoholismo de manera inductora, de las escenas brutales de crueldad hacia personas y animales. [...] Se prohibirá todo lo que atente de alguna manera contra la Iglesia católica, su dogma, su moral y su culto, los principios fundamentales del Estado, la dignidad, la seguridad interior y exterior del país, y todo lo que atente contra la persona del jefe del Estado» (Resumen de Juan Antonio Martínez-Bretón (1984) *La denominada Escuela de Barcelona*. Tesis Doctoral inédita presentada en la UCM.; citado en Torreiro, 1995: 340-342)

---

<sup>8</sup> No extraña entonces que del ranking de las cien películas más vistas entre 1964 y 1999 que confecciona el ICAA y que se maneja en esta tesis para la selección de las películas para analizar, setenta y cuatro de ellas pertenezcan a este periodo. Resultado de esta proliferación de discursos con cierta acogida por la población española, en este más que en otros periodos, se ha tenido que hacer una reducción de los filmes en consideración basándose en las temáticas tratadas, el peso específico de cada producción por su posición en el listado y la elusión de discursos repetidos.

De tal modo que en el cine español de los sesenta se va a plasmar, casi como su síntoma, la profunda ambivalencia en la que se mueven los procesos de (des)identificación masculina: la tensión entre un modelo social basado en la familia que sigue copando, o intentando copar, en un ejercicio de *contención* de todo *exceso*, las masculinidades desde la figura del patriarca responsable (Gil Calvo, 2006) afín al modelo de la *Masculinidad* y los cambios en las formas de relación cotidianas que introducen cambios en los modelos familiares y los anhelos que los agentes sociales, varones y mujeres, proyectan sobre las posibilidades de futuro de una sociedad que intuye –y se esfuerza por– su transformación.

Esta idea quedará más clara recurriendo a una de las materializaciones paradigmáticas de esta política de la representación. En 1966, el productor Pedro Masó, el director Pedro Lazaga y el actor Paco Martínez Soria se reúnen en torno a una producción cinematográfica, *La ciudad no es para mí*, que se convertirá en la tercer película más vista de las cuatro décadas estudiadas en esta tesis y que inaugura todo un tipo de cinematografía que pasará a la cultura popular bajo la etiqueta de '*españolada*' y que puede resumirse por la armonía de una narración en tono de comedia de las peripecias de un *héroe* encarnación del español medio con un fondo de reflexión social y moralizante que alecciona por medio de la solución narrativa que dirime a nuestro *héroe*.

En *La ciudad no es para mí* se relata la historia de Agustín Valverde<sup>9</sup> (Paco Martínez Soria), más conocido como el '*tío Agustín*' en Calasierra, un pequeño pueblo de Zaragoza en el que, siguiendo las indicaciones de la voz en *off* que inicia el relato, «no pasa nada desde



Imagen 2. *La ciudad no es para mí*, Pedro Lazaga, 1966

<sup>9</sup> Agustín puede ser visto como uno de los arquetipos que analiza E. Gil Calvo (2007) en el análisis de las representaciones cinematográficas de la masculinidad. Agustín es el patriarca que asume así «la responsabilidad sobre los demás, a los que domina y protege adoptando decisiones obligatorias en nombre del interés común» (Gil Calvo, 2006: 354).

que pasaron los Reyes Católicos». El nudo narrativo cuenta el traslado de Agustín a Madrid para vivir con su hijo, un afamado médico en la capital, siendo la película un retrato maniqueo (Zunzunegui, 1997: 596) en el que se contraponen los parabienes de lo *viejo* frente a las incertidumbres y peligro de lo *nuevo* ya sea por medio del sainete que aprovecha las imágenes para enfatizar la desubicación del antiguo *hombre* en la nueva realidad –tensión que se resume en una de las primeras escenas (imagen 2) cuando Agustín termina frustrado y sentado con el cuadro de su difunta esposa y dos pollos en un canasto en plena plaza de Atocha por su incapacidad para entender los semáforos que dirigen el paso de peatones–, ya sea por medio de la narración con sus continuas referencias a lo uno como bueno y lo otro como desquiciante. Así, de un lado queda la tranquila vida rural con la observancia de esas *leyes naturales* que ordenan todo alrededor de la familia y su desarrollo, y del otro la nueva y fugaz vida moderna que se ejemplifica en un médico que, obsesionado por el trabajo, desatiende sus responsabilidades familiares, una esposa a un paso del ignominioso adulterio y una hija perdida en sus devaneos amorosos adolescentes y poco atenta al respeto debido a sí misma y a sus mayores. En cierto modo, en *La ciudad no es para mí* se retrata la transformación de los modos de vida urbanos durante los sesenta. En primer término, es un retrato del éxodo rural, o mejor de sus efectos sobre la vida cotidiana, que lleva a que 4,6 millones de españoles y españolas, contabilizando sólo a los mayores de 10 años, cambien su residencia de pueblos a núcleos urbanos durante los sesenta, siendo Madrid, Barcelona y Vizcaya los grandes núcleos de recepción (Juliá, 2007: 197). Pero, lo que aquí es más interesante, Lazaga traduce este proceso en términos de familia y ahí es donde la representación de las masculinidades comienza a operar.

Las familias atraviesan en los años sesenta un proceso presidido, como se comentaba, por la ambivalencia de unas formas de vida que cambian rápidamente y un modelo ideal que pretende quedar impertérrito. El trabajo estadístico de la época puede ayudar

**Tabla 5.** Tasa bruta de nupcialidad (matrimonios por 1000 habitantes)

| 1960 | 1961 | 1962 | 1963 | 1964 | 1965 | 1966 | 1967 | 1968 | 1969 | 1970 | 1971 | 1972 |
|------|------|------|------|------|------|------|------|------|------|------|------|------|
| 7,79 | 7,76 | 7,65 | 7,62 | 7,42 | 7,2  | 7,12 | 7,14 | 7,03 | 7,18 | 7,36 | 7,45 | 7,64 |

Fuente: Elaboración propia desde datos INE (Anuarios estadísticos de 1965, 1970 y 1976)

a precisar esta apreciación. Las tasas brutas de nupcialidad (tabla 5), aunque fluctuan-

tes a lo largo del periodo, se mantienen en niveles muy altos<sup>10</sup> e incluso el descenso a mediados de la década se recupera a principios de los setenta estando en los niveles *normales* que se repiten desde el año 1950 en torno al 7,5 (del Campo y Rodríguez-Brioso, 2002: 117).

**Tabla 6.** Edad media al matrimonio por sexo

| Año     | 1960  | 1965  | 1970  |
|---------|-------|-------|-------|
| Varones | 28,82 | 28,48 | 27,41 |
| Mujeres | 25,93 | 25,30 | 24,66 |

Fuente: Elaboración propia desde datos Anuarios INE<sup>11</sup>

De hecho, se puede precisar un reforzamiento del matrimonio como opción vital en tanto que la edad media al matrimonio de varones y mujeres (tabla 6) cae entre 1960 y 1970 en 1,41 años para los varones –pasando de los 28,82 a los 27,41 años de media– y en 1,27 en el caso de las mujeres –de 25,93 a 24,66 años–. Ahora bien, si se atienden otros indicadores se comprende que, aún en familia, las formas del despliegue vital son diferentes. Por ejemplo, el tamaño medio de la familia española (tabla 7) que durante la década de los cincuenta había aumentado hasta un número medio de cuatro miembros, se acerca a sus niveles de 1950 al final del periodo. El dato puede interpretarse en un doble sentido. Por una parte, indica el decrecimiento de los hogares que concitan a una familia extensa entre sus muros, habla del paso de una sociedad en la que la convivencia con otros familiares –abuelos, hermanos...– era habitual, a un nuevo modelo de familia nuclear en el que la convivencia se reduce al núcleo padre/madre-progenie. Por otra parte, la reducción del tamaño medio de la familia española está relacionada con la caída de la tasa de natalidad, lo que sin duda tiene una vinculación directa con el cambio en los modelos familiares y, así, con los referentes identitarios de la masculinidad.

**Tabla 7.**

Tamaño medio de la familia Española

| Año  | Número de personas |
|------|--------------------|
| 1950 | 3,74               |
| 1960 | 4,00               |
| 1970 | 3,81               |

Fuente: Del Campo y Rodríguez-Brioso, 2002: 105

<sup>10</sup> Por la norma matrimonial de esta tasa en torno al 7 ó 7,5 durante estos años, puede diluir la tendencia que en ella se expresa. Si se compara con la del final del periodo estudiado, por ejemplo, la de 2000 que se sitúa en el 5,38 y después del repunte de la misma al final de los años noventa, puede verse que se trata de tasas altísimas, las más elevadas de los cuarenta años que se repasan en esta investigación.



Si se observan los datos de la tabla 8, se puede apreciar que, aún manteniéndose una tasa muy elevada –nunca baja de 19 nacimientos por cada mil habitantes que, teniendo en cuenta que para el año 1980 están en torno al 15 y para 1990 al 10, se trata de una cifra muy alta–, la tendencia que se estabilizará en los siguientes dos decenios ya está presente en los años sesenta. De 1960 a 1972 la tasa bruta de natalidad cae en un 1,23 lo que más allá del dato en sí, resulta paradójico para un país gobernado por un régimen que basaba parte de su ideología en la promoción de la familia numerosa como origen de honor patrio.

**Tabla 8.** Tasa bruta de natalidad (nacimientos por 1000 habitantes)

| 1960 | 1961  | 1962  | 1963  | 1964  | 1965  | 1966  | 1967  | 1968  | 1969  | 1970 | 1971  | 1972  |
|------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|------|-------|-------|
| 21,6 | 21,13 | 21,08 | 21,32 | 21,98 | 21,13 | 20,52 | 20,62 | 20,03 | 19,79 | 19,5 | 19,55 | 19,37 |

Fuente: Elaboración propia desde datos INE (Anuarios estadísticos de 1965, 1970 y 1976)

Lo interesante es que en *La ciudad no es para mí* se traza esta diferencia y se asocia con el cambio en las estructuras vitales cotidianas que impone la vida urbanita y *moderna*. El caso de la familia del hijo de Agustín Valverde, matrimonio con una sola hija en la que el padre está absorto de la vida familiar e inmerso en el trabajo para mantener un estatus económico, contrasta con la de un personaje encarnado por José Sacristán, del que durante la narración no se sabrá mucho más pero que en el inicio del relato se le utiliza para comparar la rapidez del mundo urbano con la placidez rural, al que le anuncian el nacimiento de su sexto hijo, «el primer varón», mientras, vestido de monaguillo, toca las campanas de la iglesia. Dos fórmulas del padre ausente bien distintas entre sí: uno en el trabajo, en la vorágine capitalista, el otro en la iglesia y amparado por todo un pueblo que corre la voz hasta que le llega la noticia; sinécdoque que recoge el tropo en el que se dirime el desenlace de la historia.

Hay dos puntos que revierten especial interés para cartografiar el juego representacional que intento mostrar para explicar las masculinidades de los años sesenta: por una parte, el *trabajo* de Agustín como gran patriarca responsable, apegado a los sentidos y

<sup>11</sup> Los datos recogidos en esta tabla están contruidos desde la información disponible en los Anuarios del INE de los años 1966 y 1975. Sólo se recogen datos agregados por lo que se calculan las edades desde la media de la horquilla y tomando 18 años para los casos consignados como ‘menos de 20’ y 62 para los casos de ‘más de 60’. Sin duda, esto afecta más al dato femenino dado el significativo mayor peso de los matrimonios antes de los 20 años en esta población. Estos datos no son comparativos, por tanto, con los aportados por el INE a partir de 1975

principios de la *Masculinidad*, en la salvaguarda del modelo familiar en el caso de la vida del hijo; por la otra la loa a la vida austera y comunitaria del pueblo en el que se resuelve la felicidad del protagonista. El primer punto es, sin duda, el centro moral del relato y sitúa en el centro los problemas del *disloque de la Masculinidad* expresado como la pérdida del control sobre las mujeres del seno familiar: la nuera y la nieta. El esquema se repite: en el momento en el que las cosas se van a descontrolar, Agustín interviene para restituir los valores de decencia del modelo político de la *Masculinidad*. En paralelo, el protagonista reconducirá a la nuera y la nieta a una vida amorosa correcta. En el caso de Sara, la nieta, haciéndole abandonar sus veleidades amorosas y en el caso de Luchy –su nuera, Lucrecia, perdida en los confines de la sofisticación ya desde el cambio de nombre que parece que quiera «olvidar su pasado de costurera» y enzarzada en una pelea por el control simbólico de la decoración del hogar a razón de si el Picasso del salón ha de ceder su espacio al cuadro de la difunta esposa de Agustín traído desde el pueblo– evitando la infidelidad por medio de una elocuente conversación en la que se presenta Agustín sabiendo que allí ha de citarse con el amante:

«AGUSTÍN: No lo busques, que va volao.

LUCHY: ¿Qué hace usted aquí?

AGUSTÍN: Sabía que ibas a venir, aunque hubiera dado cualquier cosa porque no hubieras venido. Espera, espera, no tengas tanta prisa que aunque sea por una sola vez me vas a oír.

LUCHY: Suélteme, nos están mirando.

AGUSTÍN: Es por acompañarte a la mesa.

LUCHY: Me hace daño.

AGUSTÍN: Siéntate. ¿Quieres tomar algo? Hoy te invito yo.

LUCHY: Diga todo lo que tenga que decir y termine pronto.

AGUSTÍN: Te da vergüenza de que te vean aquí conmigo. Ya sé yo que para ti soy el suegro paleta que hay que esconderlo porque hace mal junto al hijo. Pero tú no eras mucho más cuando te casaste con él. Y mira por donde esa modistita ha llegado a ser toda una señora y *ha llegado a olvidarse del respeto que le debe al marido*.

LUCHY: Cállese.

AGUSTÍN: ¿Qué venías a hacer aquí? ¿A juntarte con ese mequetrefe que lo único que quería era reírse de ti?»

(*La ciudad no es para mí*, Pedro Lazaga, 1968)

Agustín se presenta así como la encarnación de una masculinidad normativa encargada de redirigir de forma responsable las relaciones al modelo de la *Masculinidad*. El control de las mujeres, la entrada de ellas a lo social –sólo– por medio de la figura del padre de familia o la necesidad de ese «respeto» que resuena en la autoridad incuestionable del padre en el modelo nacional-católico de la *Masculinidad* son así reivindicadas por el patriarca rural que conserva los valores y la autoridad moral suficiente para redirigir la situación. Aún así, el film desdibuja otro modelo de masculinidad bien distinto, el del hijo de Agustín, urbanita y profesional que, sin duda, aparece como peligro para el modelo normativizado y que aquí pierde su valía en tanto que tiene que ser remedado su error por un padre que reaparece para, en cierto modo, hacer evidente su falta de independencia<sup>12</sup>, para nombrar su falla cuando le espeta «mira, hijo, cuando uno se casa es para toda la vida y tú parece que te has olvidado de que tienes una mujer y una hija y que hay que cuidarlas y atenderlas» (*La ciudad no es para mí*, Pedro Lazaga, 1968).

El cuadro se completa por medio de una vuelta a la vida rural como panacea en la que *las cosas son como deben ser*; y así, cuando Agustín concluye su trabajo de remedo y encauzamiento de la nueva masculinidad irresponsable de su hijo, volverá a su pueblo natal haciendo del título de la película su razón de ser. Los miedos del anciano a vivir en la soledad de un pueblo en el que ya no tiene familiares pronto se apagan en un recibimiento en el que sus vecinos le colman de aquellos bienes que pueda necesitar



Imagen 3. *La ciudad no es para mí*, P. Lazaga, 1966

para asegurar su bienestar y que encuentra su punto álgido en la imagen que cierra el relato (imagen 3), donde se muestra a un emocionado Agustín agasajado por todos los habitantes del pueblo que le cantan, a rit-

<sup>12</sup> Recordando el trabajo de Chodorow (1984), la pérdida de la independencia es el mayor peligro para una masculinidad que se construye apegada a un sentimiento de diferenciación. Movilizando los conceptos contruidos en el capítulo primero sobre esta lógica, el varón adulto rompe sus lazos y encuentra así la posición activa, autónoma y racional que le asegura su posición social.

mo de jota, «la ciudad pa quien le guste/ que como el pueblo ni hablar». Se superponen así dos niveles en los que la tensión viejo-nuevo se condensa en otro par de dicotomías –vida rural *vs.* vida urbana y masculinidad responsable *vs.* masculinidad irresponsable– que, en último término, devuelven a una visión maniquea entre lo apropiado y lo inapropiado.

En este sentido, se puede hablar de una política de la representación basada en la contención. La estrategia *expositiva* no evita los conflictos que están atravesando los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias a lo largo de los años sesenta. Hacen de ella el centro de la representación pero por medio de un despliegue discursivo que termina por apagar cualquier posibilidad de disenso. Estrategia que se hace aún más clara en aquellos puntos en los que las transformaciones sociales se presentan como *más peligrosas* para el orden establecido.

Es el caso de la que se puede entender como la secuela de la película que se comenta. Dos años más tarde, en 1968<sup>13</sup>, el trío Masó, Lazaga y Martínez Soria se reencuentran para rodar *El turismo es un gran invento* (Lazaga, 1968). De nuevo respondiendo a una realidad social, la que representa el ascenso de 2.458.000 turistas en 1958 a casi 14 millones en 1964 (Torreriro, 1995), se aplica un esquema narrativo similar. Un buen intencionado y patriarcal alcalde, Don Benito (Martínez Soria), de un pequeño pueblo aragonés entiende que el desarrollismo ha de llegar pronto pues los jóvenes están emigrando a la ciudad. Si esta labor pasa por traer el mar, los grandes hoteles y el turismo al desierto aragonés, habrá de encararse semejante tarea. Para ello junta a los apoderados del pueblo para pedirles fondos con los que hacer una incursión en los grandes centros turísticos de la costa levantina y copiar su modelo turístico. La narración no escatima en chascarrillos sobre la experiencia de los dos enviados en los hoteles de playa. Aparece el mito de las *suecas*, la revolución del bikini o el inicio de la liberación

---

<sup>13</sup> Conviene recordar que las narrativas fílmicas muestran aquellos conflictos que el régimen franquista entiende como propios del desarrollismo que promueve. En este año se producen las grandes movilizaciones universitarias; de ellas poco llegará a la representación fílmica. Por eso, no mantengo que el discurso cinematográfico se acerque a todos los problemas sociales emergentes, lo que hace es una recreación conservadora de algunos de ellos en una selección de aquellas realidades que suponen un desafío para el modelo establecido pero que pueden ser redirigidas en la narración.

sexual encarnado en un grupo de vedettes que accederán a actuar en el pueblo. El monólogo con el que se abre la película es capaz de articularlos todos en sólo dos minutos:

«Turismo, turismo, turismo... Una palabra mágica que hoy está en boca de todo el mundo y que ayer, aunque ya estaba en el diccionario, nadie sabía lo que significaba. Entre otras cosas porque nadie quería hacer turismo. Y ya ve, el turismo significa entre otras cosas esto [la imagen muestra a una familia numerosa montando en su *Seiscientos* con todos los bártulos para el veraneo]: hacer maletas, embarcar a la familia... Oh, las familias numerosas... Viajar, viajar, viajar... en coche, en remolque, con remolque, a remolque, en avión, en barco... como sea, a pie si es necesario [panorámica de las piernas de una *sueca*]. Conocer cosas nuevas. Novísmas [una mujer en bikini]. Comer paella [...]. Toda esta prisa, esta velocidad, este vértigo es para esto, para descansar. El mar, el sol, tumbarse en la playa y no pensar en nada. Ya lo dicen los médicos, quince días de vacaciones son cinco años más de vida. Aquí lo importante es tomar el sol, pero con cuidado, eso es. Se hacen nuevas amistades, se ayudan unos a otros... Pero sin pasarse, muchacho, sin pasarse [en imagen, un chico flirtea con una chica en una tumbona y le pone crema]. Y el amor. ¿Quién no se ha enamorado alguna vez en la playa? ¿Verdad que es bonito? Turismo, turismo, turismo. Hoteles, piscinas, apartamentos, playas, campings... Turismo, turismo, turismo, tu... Pues bien, para usted se ha hecho todo esto, decididamente, el turismo es un gran invento» (*El turismo es un gran invento*, Lazaga, 1968)

De nuevo aparece la tensión que se resume de forma magistral en una secuencia en la que los parroquianos de la tasca del pueblo comentan las postales que ha enviado Don Benito desde la costa (véase montaje de fotogramas en la entrada de este capítulo). Las imágenes de los hoteles, de los grandes casinos o de las mujeres en ropa de baño hacen volar la imaginación, tocada con sus boinas, del tabernero que se sueña dueño de un gran hotel, el apoderado que se ve jugando al mus en un amplio salón con vistas al mar o el joven soltero que levita ante la imagen de una pléyade de guapas mujeres que lo mantean y abrazan jubilosamente. Anhelos de una masculinidad que se despereza y ve nuevos horizontes, posibilidades que *exceden* con mucho las auto-representaciones construidas en el nacional-catolicismo franquista. Pero de nuevo el relato es capaz de detener los lascivos e incontrolables deseos de esta masculinidad desbocada en el deseo. Don Benito, después de no pocas tribulaciones, abandonará su plan por indecente e inviable y abrazará con gusto un «desarrollo bien entendido» que pasa por esperar pacientes a ser recibidos por miembros del ministerio en Madrid y negociar la creación de un parador de turismo.

Tanto en *La ciudad no es para mí* como en *El turismo es un gran invento*, resuena algo de esa figura del masoquismo masculino que K. Silverman (2000) analiza en el caso del

cine norteamericano. Según él, la entrada a la identidad masculina apropiada se entiende como un proceso doloroso en el que hay que asumir una serie de renunciaciones, en ese sentido, en la sutura de una identidad masculina *correcta*, Silverman lee esa conexión entre placer y dolor, entre renuncia y consecución que en cierto modo resuena en las películas españolas de esta época. Está en el hijo que ha de asumir el consejo de Agustín para *enderezar* su familia, y de nuevo aparece aquí en esa renuncia comunal y feliz con la que se cierra el relato con unos varones que vuelven a respirar la paz rural después de abandonado ese placer momentáneo y engañoso que había en el turismo. En fin, la abrochadura de la contención se hace posible por la justificación de la *Masculinidad* en relatos que, en principio, parecen señalar en otra dirección. Paradoja en la que la representación del *exceso* se convierte en la mejor forma de sofocarlo en tanto que explica sus bases, en tanto que no sólo muestra la fisura sino que la explica como falla que de no remediarse conducirá a la pérdida de todo sentido.

#### 4.4. La transparencia apacible y la implosión contenida de la *Masculinidad*

Lo que ejemplifican estas narrativas es una política de la representación preocupada por la estabilización del *discurso normativo* (Butler, 2001a) desde la paradójica representación de las fisuras de un modelo de la *Masculinidad* que está plagándose de fisuras internas. Considerando la naturaleza *expositiva* de los modelos encarnados en las masculinidades vividas no basta el recurso a los relatos fílmicos para dar cuenta de sus procesos de transformación. Observando la realidad sociológica de las familias, como se hacía en el repaso de los indicadores seleccionados, o aún observando otros datos puede verse que algo estaba cambiando de un modo más profundo de lo que deja entrever la realidad representada en el cine. Es el caso de las cifras de la tasa de actividad femenina (tabla 9). Tomando datos de 1960, 1970 y 1975 se vislumbra una tendencia que, en cierto modo, dinamiza

los planteamientos del modelo de la *Masculinidad*. Si se atiende a la comparativa *varones:mujeres*, se certifica la profunda desigualdad que se

| <b>Tabla 9. Tasas de Actividad 1960-1975</b>   |       |         |         |            |                 |
|--|-------|---------|---------|------------|-----------------|
| Tasas para cada sexo y comparativa (diferencia y masculina expresada sobre femenina) |       |         |         |            |                 |
| Año  | Total | Varones | Mujeres | Diferencia | Varones:Mujeres |
| 1960   | 52,70 | 84,40   | 23,80   | 60,6       | <b>3,55</b>     |
| 1970   | 51,20 | 81,60   | 23,80   | 57,8       | <b>3,43</b>     |
| 1975   | 51,50 | 77,50   | 28,00   | 49,5       | <b>2,77</b>     |
| Fuente: Elaboración propia desde Garrido, 1993 (EPA, Cuarto Trimestre)               |       |         |         |            |                 |

establece entre varones y mujeres en el ámbito laboral. Para 1975 la tasa de actividad masculina era 2,77 veces más elevada que la femenina. Pero se aprecia una profunda transformación cuando se pone en perspectiva histórica. De 1960 a 1975 la caída es de 0,78 puntos y, aunque hay que ser cauto dado que, como expresa el dato, la mejora comparativa tiene que ver con una caída en la tasa de actividad masculina –de 84,4 a 77, 5–, la subida de casi 5 puntos en la femenina anuncia un proceso que en el siguiente periodo será ya imparable y que apunta a la incorporación de las mujeres al mercado laboral. Este dato resulta especialmente relevante por el envite que supone al modelo familista franquista y la recreación de la *Masculinidad* desde la imagen del cabeza de familia. Necesariamente, las encarnaciones masculinas tuvieron que vérselas con una realidad que ya no era la del modelo, y es que, como se avanzará al proseguir el análisis, los cambios en las posiciones sociales de las mujeres son el mejor indicador de que algo está cambiando en las masculinidades –no podemos olvidar su carácter siempre relacional (Connell et al., 2005)– y sin duda, y a nivel más simbólico, estos cambios funcionarán como revulsivo que de diverso modos excedía la idea de una masculinidad asentada por naturaleza en las diferencias sexuadas de los cuerpos y sus capacidades.

Aún así conviene recordar que no siempre las realidades son tan amables como muestran las tendencias. Si bien es cierto que este cambio se está produciendo, si se comparan las tasas de actividad comentadas con las tasas de paro para las mismas fechas (tabla 10), se certifica que la incorporación de las mujeres al mercado laboral se acompaña de otra tendencia que se hará más notoria en el siguiente periodo. Las tasas de paro femeninas son muy bajas en la década de los sesenta. De hecho, del periodo estudiado es la única vez que se instalarán por debajo de las masculinas. En un momento en el que el paro es casi residual entre la población activa española, al menos si atendemos a los datos producidos, las pocas mujeres activas no son discriminadas en este aspecto.

**Tabla 10.** Tasas de Paro 1960-1975  
Tasas para cada sexo y comparativa (diferencia y masculina expresada sobre femenina)

| Año  | Total | Varones | Mujeres | Diferencia | Varones:Mujeres |
|------|-------|---------|---------|------------|-----------------|
| 1960 | 1,50  | 1,65    | 1,02    | 0,63       | <b>1,62</b>     |
| 1970 | 1,37  | 1,50    | 0,96    | 0,54       | <b>1,56</b>     |
| 1975 | 4,66  | 4,52    | 5,01    | -0,50      | <b>0,90</b>     |

Fuente: Elaboración propia desde Garrido, 1993 (EPA, Cuarto Trimestre)

Claro que cabe una interpretación menos halagüeña y posiblemente más ajustada a la realidad. Dado que para trabajar se necesita el permiso masculino, del padre o del

esposo, se puede pensar que las mujeres sin trabajo quedan invisibilizadas fuera de la población activa. En cualquier caso, el dato reseñable en esta tabla y que marca una tendencia que se estabilizará en el siguiente periodo es el de 1975 en el que el paro femenino no sólo se eleva cuatro puntos, uno más que el masculino en el mismo periodo, sino que permite reconstruir cómo en los momentos de crisis las mujeres son las primeras en ser expulsadas del mercado laboral. Detrás puede estar la creencia de que en un modelo familista el trabajo importante es el del varón y por tanto ante la eventualidad de tener que despedir a alguien, las mujeres se convierten en blanco fácil pues su trabajo se entiende como secundario –recuérdese la cita al grupo de discusión de varones de 45 a 55 años en el primer punto de este capítulo en la que el trabajo de la abuela, el “hacer calceta” se entiende como ayuda y se minimiza– y por tanto más prescindible.

En este contexto, lo que se encuentra en las representaciones de las masculinidades en la cinematografía española de los sesenta puede entenderse como un *proceso de inscripción de un discurso* (Foucault, 1968) que intenta negar aquello que muestra. Movimiento de conservación que permite que las dinámicas de (des)identificación campen por esa invisibilidad de su marca genérica (Lugones, 1999) –en el doble sentido defendido en varios puntos de esta tesis, en tanto que confundida con la generalidad de la *humanidad* así como señalando su experiencia como agentes sociales con género (masculino)– y la transparencia, sin resquicios en su modo de hacer visible la diferencia en la otredad y la evidencia de la propia identidad, se instale en el centro de la vivencia de la masculinidad. Por eso no hay referencias directas a los modelos de hombría en las representaciones comentadas; por eso en los discursos producidos en entrevistas y grupos de discusión esa época se cuenta desde la seguridad de un modelo que ya explicaba todo por la constitución de posiciones disímiles y complementarias:

«Que [en] nosotros no había respuesta de palabra, sino estaba el hecho, que se respondía con el hecho y ya estaba, y aquí no, se responde con la palabra ¿sabes? desde mi punto de vista» (Entrevista con Profesor jubilado, 62 años)

Ahora bien, como se comentaba, también se puede leer en esta política de la representación un síntoma, un indicador de los modos en los que la supuesta robustez del modelo ideal de la *Masculinidad* se parte y muestra sus fisuras. Casi como un catálogo de las tensiones que presidirán los procesos de revisión y reubicación de las masculinida-



des en los periodos siguientes, el cine español de los sesenta, con la comentada fórmula de la *contención*, irá nombrando aquellos puntos que en el siguiente periodo organizan las lizas por los sentidos de la *hombria* y su posicionamiento social y que terminan por explicar lo que sucede en torno a las masculinidades en el final del siglo XX en España. Entiéndase bien, estoy hablando de un bucle, de una espiral que no termina de resolver pero que ya en los sesenta nombra los nodos en los que esa espiral se condensa en determinados puntos de fricción.

De este modo podemos señalar la familia –tomada en un sentido amplio como eje que estructura las relaciones entre los géneros y así la estabilización del lugar social de la *Masculinidad*–, el deseo –en tanto que peligroso exceso que sobrepasa el modelo de la doblegación de la naturaleza en el cuerpo masculino (Laqueur, 1994)– y la consideración de la igualdad/desigualdad de género en lo social como los principales nodos que articulan el cambio en la consideración social de las masculinidades. De un modo u otro, en este periodo se tratarán en una especie de batiburrillo que siempre devuelve al modelo tradicional como salida exitosa pero que al pararse en su narración va mostrando los puntos por los que se pierde su hegemonía (Connell, 1995). Es el caso de *Vente a Alemania, Pepe* (Lazaga, 1971) o *No desearás al vecino del 5º* (Fernández, 1970), que ya hacia el final de este periodo articularán discursos en torno a la emigración internacional y la homosexualidad. Con ese miedo a la contaminación exterior que acaba con la familia, concita la voracidad sexual masculina o acaba con la decencia femenina de unas mujeres que se introducen en el mercado laboral, la emigración al extranjero –recuérdese, incluso en las estimaciones menos abultadas se habla de 1.400.000 trabajadores desplazados principalmente a Alemania, Suiza y Francia (Juliá, 2007: 196)– es un verdadero hervidero para nuevas ideas sobre las relaciones de género y, en primer término, sexuales:

«Bueno, de Suecia no eran tan cuento porque este amigo mío de Comisiones Obreras, que era del norte, ya murió el hombre era muy mayor, me contaba de que iba él... Él viajaba por toda Europa, era de una asociación turística allí en RENFE, y me contaba la libertad sexual que había allí. Dice 'tú ves allí a una pareja en la calle que se están besando y que incluso están practicando el sexo, así un poco retirados y tal' y dice 'y allí pasa la gente y no se mete con ellos'. Dice 'otra cosa es que la chica pida socorro, entonces se la puede buscar el tío', dice, 'pero si es consentida la cosa, no hay ningún problema, allí la gente pasa de esas cosas'. Y te quedabas aquí, decías '¿será posible?'» (Entrevista con Informático RENFE, 56 años)

Como comenta J. E. Rodríguez Ibáñez en su análisis de las narrativas cinematográficas españolas ante las migraciones, en *Vente a Alemania, Pepe* (Lazaga, 1971) (imagen 4) se puede encontrar «una farsa convencional que crea una visión caricaturesca de la emigración, contribuyendo así a consolidar el estereotipo del éxito y de la perdición moral del emigrante» (Rodríguez Ibáñez, 2006). Esa es la tensión que nombra, la que se establece entre el éxito y la libertad que discursos como el recogido ponen en el extranjero con una política de la contención que intenta mostrar de nuevo los beneficios de la vida rural tranquila y decente.



**Imagen 4.** *Vente a Alemania, Pepe*, P. Lazaga, 1971

La narración nos cuenta la historia de Pepe (Alfredo Landa) y Angelino (Pepe Sacristán), amigos del pueblo que se reencontran cuando Angelino va de visita en su flamante Mercedes a contar los parabienes de la emigración. Pepe queda ob-

nubilado por el relato de modernidad, éxito económico y libertad sexual de Angelino y decide plantarse en Alemania a labrarse un futuro y a disfrutar de la vida licenciosa que le relata su amigo. Es interesante cómo en el inicio del relato se repite la fórmula onírica de *El turismo es un gran invento* (Lazaga, 1968) y los habitantes del pueblo sueñan una vida en Alemania en la que se colman sus necesidades económicas, de estatus y, de nuevo, sexuales. La historia transita también el mismo esquema. Las peripecias de Pepe en su periplo por ocupaciones de dudosa respetabilidad para la época, en su sufrimiento de la exclusión de una sociedad que no le entiende por el idioma ni le respeta por la nacionalidad y en su desencantamiento de la realidad que le toca vivir terminan en el retorno al pueblo y la consolidación de su relación con su novia con la que tiene un hijo.

Lo interesante de *Vente a Alemania, Pepe* es que de nuevo resuenan los diferentes anhelos de la sociedad española que se despereza del franquismo autárquico y todos y cada uno son sofocados por la experiencia de fracaso de nuestro protagonista. Quizás

el más reseñable sea el encuentro con el deseo sexual por la resolución dada. Cuando Pepe consigue intimar con una mujer alemana a la que trata en tanto que objeto sexual, las posiciones se dan la vuelta en el momento en el que ve su tupido pecho. La mujer sale de la habitación para volver con el jefe de unos grandes almacenes que le ofrece un trabajo como reclamo publicitario para un producto de depilación. Como resultado, Pepe acabará en slips en un escaparate, víctima de las miradas y risas de los viandantes que se amontonan frente al cristal. En cierto modo, en esa libertad ansiada Pepe ve su masculinidad disminuida ya que convertido en maniquí pasivo y desnudo rompe con la imagen de la contención de la *Masculinidad*. Como era de prever, el cierre del relato se resuelve en la vuelta de Pepe al pueblo, herido de nostalgia y decepcionado al conocer la realidad de miseria y trabajo abnegado de Angelino. A su vuelta sacará pecho delante de sus paisanos y desde la apacible sombra de un árbol, mientras grita a su esposa que le traiga el almuerzo, hará un relato mítico de su estancia germana. Como se adelantaba, el relato recompone esa realidad rural y llena de certezas por medio del contraste con la peligrosidad de lo nuevo y así la *Masculinidad* resultará reforzada en ese juego de la contención.

Pero como se veía en el relato del entrevistado, el extranjero no sólo era la libertad y el éxito. El extranjero es la sexualidad, un referente cargado de contenido mítico en el que los varones españoles ven una libertad que aquí no tienen. Se puede ver en la cita del entrevistado que comenta su visión de Suecia, pero se precisa aún más cuando reconoce que «es una cosa que la tenía muy clavada [la sexualidad reprimida] ya cuando vi que, joder, pues esto no es malo» (Entrevista con Informático RENFE, 56 años). La sexualidad se convertirá, a poco que se avance en el tiempo, en el verdadero campo de batalla de desestabilización de las masculinidades. Por eso puede ser interesante cerrar este repaso a las narraciones de la contención haciendo referencia a *No desearás al vecino del 5º* (Fernández, 1970), película de producción enteramente española más vista en cines entre 1964 y 2000. Su historia se inmiscuye en una reflexión sobre la perversión de los valores familiares ante la llegada de esas extranjeras ejemplificadas en *las suecas* que exaltan el salvajismo masculino por su liberación sexual e indecencia. Alfredo Landa da vida a un modista, Antón, que se hace pasar por homosexual para no *asustar* a los familiares de sus clientas del pueblo, mientras pasa los fines de semana en Madrid

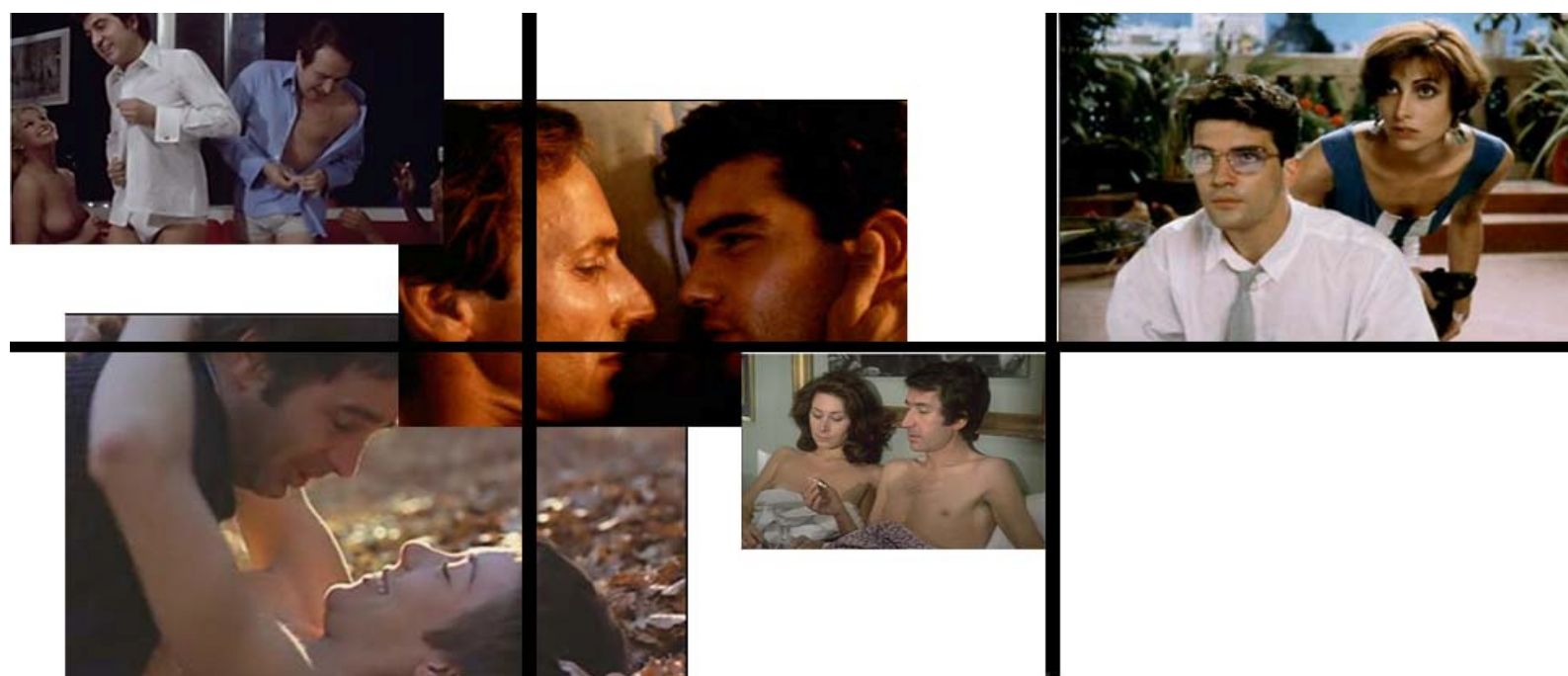


**Imagen 5.** *No desearás al vecino del 5º*, R. Fernández, 1970

persiguiendo a las extranjeras y así, siendo infiel a su esposa (imagen 5). Su giro argumental, en el límite de lo subreal, anuncia en su éxito comercial los años del destape y la importancia que adoptará la cuestión de las viejas creencias sobre la sexualidad en la revisión de las masculinidades. Sin lugar a

dudas, la resolución narrativa vuelve a recalar en el relato moralizante y de la contención. Pero sorprende el desplazamiento en el que se opera y da pistas de los cambios que ya se producirán en el siguiente periodo en torno a la representación de las masculinidades. Aquí ya no hay una masculinidad ejemplar y será la esposa y los hijos de Antón los que al grito de '*maricón, maricón*' y por medio de golpes reprendan al varón descarriado. Pero además, en el filme claramente algo es diferente. Incluso desde un discurso profundamente conservador muestra la homosexualidad, aunque sea desde su impostura, como una realidad presente; empieza a señalar el deseo como un espacio de placer y jolgorio que, aunque en el final del relato se presente como peligroso, no se mueve en el espacio de la frustración y del quiero-y-no-puedo de las películas de Lazaga. El personaje de Antón nos muestra una masculinidad que asume su juego torticero en su presentación social ante un modelo que ya no se ajusta a su cotidianidad vivida ni a sus anhelos y así entra a la desestabilización de la antigua componenda de la *Masculinidad* nacional-católica en el juego con los límites de su *afuera constitutivo*. En *No desearás al vecino del 5º* las masculinidades se muestran desbordadas, abrazando lo nuevo de un modo más pragmático y mucho menos en el espacio de lo onírico e inalcanzable. Antón empieza a abandonar el masoquismo de la contención (Silverman, 2000) para cuestionarse sus deseos y la forma de conseguirlos, e inaugura el cambio a un nuevo modelo de representación de las masculinidades que se expandirá rápidamente a finales de los setenta con la aparición del *destape* y la vuelta a personajes que juegan con los límites y excesos de la masculinidad.





Fotogramas de *Los bingueros* (Ozores, 1979), *La ley del deseo* (Almodóvar, 1986), *Mujeres al borde de un ataque de nervios* (Almodóvar, 1988), *Furtivos* (Borau, 1975) y *Asignatura pendiente* (García, 1977)

### *Capítulo Quinto*

#### **MASCULINIDADES PROBLEMÁTICAS: TRANSICIÓN, DESEO Y GÉNERO**

#### ***Las tensiones de la Masculinidad***

**1972-1989**

«Es una evidencia que..., que la mujer, que la mujer que estaba en su casa esperando al marido, atendiendo al marido y a los hijos, pues eso, ése era su rol, su papel, su trabajo. Y, entonces, pues lo desarrollaba. Ahora lo tiene que compatibilizar con la salida a ganar el sustento fuera y, claro, pues la *desesperación* del marido, pues, se nota muchísimo [...]. Yo simplemente creo que *se han tenido que acomodar a la nueva circunstancia*. Que han *perdido calidad de vida, como machos*, que han dejado de tener la que le haga las comiditas y las cositas. Y van con la camisa arrugada, se joden [...]. Yo te digo que se han *acomodado* a estas circunstancias. Se han acomodado a esas circunstancias y entonces pues, bueno, algunos arriman un poquito el hombro, otros, a lo mejor, pues ya te dicen 'pues vamos a repartir alguna *tareilla*'. Nada, por ejemplo, tampoco conozco tíos que planchen, ¿eh?, muy pocos»

(Entrevista con Abogado, 46 años)

En 1968 las y los estudiantes universitarios no cejaban en su movimiento de oposición al régimen, lo que lleva al cierre de las universidades y, más tarde, ya en los inicios de 1969 a decretar el estado de excepción (Juliá, 2007: 213). Es sólo un ejemplo que ayuda a entender que el proceso de transición comienza ya a finales de los sesenta con unas nuevas clases medias emergentes –encarnadas aquí en esa juventud universitaria que estaba destinada a ser la elite de la siguiente generación– poco o nada dispuestas a seguir viviendo en los límites impuestos por el franquismo. La sociedad española demandaba un cambio que, desde el punto de vista de esta tesis, tenía mucho que ver con una revisión de los modelos identitarios que se manejaban y se consideraban apropiados para el último cuarto del siglo XX. La *Masculinidad* no saldrá intacta de estos procesos, como tampoco las masculinidades vividas podrán seguir instaladas en esa exposición tranquila de la transparencia del modelo moderno de *hombria*. Repitiendo el esquema ya ensayado en el capítulo anterior, las condiciones de vida cambian y por ello las condiciones de posibilidad de la exposición masculina se ven afectadas.

Los procesos de las masculinidades a partir de los setenta no pueden, por otra parte, desvincularse de las fisuras que se abren en la *Masculinidad* al final del periodo anterior. Es decir, en esa especie de bucle en la que se resuelven las masculinidades y sus conflictos, las tensiones que se plantean en el final de franquismo, y como resultado de una realidad que excede la representación de la *Masculinidad* del modelo nacionalcatólico, volverán en este periodo con mayor fuerza. Las fisuras se convierten en espacios de contestación, las contradicciones dejan de ser contenidas por la (des)identificación masoquista (Silverman, 2000) con el modelo del *padre responsable* –representación afín al modelo de la *Masculinidad*– y, acercándose a la imagen del jolgorio esquizoide postmoderno (Jameson, 1996), cuando se vaya avanzando cronológicamente en los años de transición y democracia, la *Masculinidad* irá rompiéndose y sucumbiendo, aunque sólo de modo parcial, en la proliferación de modelos alternativos de masculinidad. La paradoja que se presenta como de mayor interés para entender las diatribas de los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias en este periodo es que muchos de estos modelos alternativos, si no todos, no consiguen escapar de la transparencia que prescribe el modelo moderno y así, sus envistes a la *Masculinidad* tardofranquista que se entiende como ‘aquello que no se quiere ser’ más que des-

embocar en una ruptura del modelo desencadenará una serie de procesos de redefinición, de *re-presentación* de la misma diferencia naturalizada aunque sea de algún modo desplazada, embellecida o adaptada a las demandas que desde los movimientos feministas y de liberación de las sexualidades hacen ya imposible la naturalización normativa de la desigualdad. Lo que mantengo, dicho más claro, es que para entender los procesos que atraviesan los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias en la re-creación de sus masculinidades en los años setenta y los ochenta es necesario inscribirlas en la revulsión que representan los *discursos de la liberación*. La tensión dictadura-democracia, atravesada por una reconsideración de la historia de nuestro país, será un importante nodo en esta revisión, pero no basta para explicar lo que acontece en torno a las (des)identificaciones masculinas en esta época. Las sexualidades, ya sea desde la liberación de los deseos o de la agencia sexual femenina, se entrelazarán como ya se intuía en el periodo anterior, con las fisuras del modelo, convirtiéndose en un importante punto de articulación de una consideración bien distinta de las masculinidades vividas que, por lo pronto, empiezan a romper con los estrechos límites de la *Masculinidad*. Pero además, y más importante, en estos años emerge el *género* como concepto desde el que pensar las relaciones entre varones y mujeres y así desde el que atender de modo crítico a qué significa ser mujer y qué ser varón. Ninguno de estos tres elementos basta por sí mismo para dar cuenta de los complejos procesos por los que pasan las masculinidades vividas en este periodo, por ello será necesario detenerse en cada uno de ellos. Ahora bien, tampoco es suficiente atender a estos cambios que, como se verá, se reconocen en las representaciones cinematográficas de las masculinidades para comprender lo que acontece a los procesos de (des)identificación del colectivo específico de varones estudiados; es también necesario atender a los modos en los que en ellos se reconstruye la transparencia de la *Masculinidad* por medio de los mecanismos de posicionamiento por los que se van desplazando los modos de *ser hombre* dentro del nuevo campo significativo.

No es sencillo ordenar estos procesos. Quizá aquí se hace más clara la naturaleza espiral de los procesos de desplazamiento y estabilización de las (des)identificaciones masculinas. Sus tensiones perviven y se mezclan atravesando las precarias enumeraciones



de temas y cronologías que se proponen para ordenarlas. De hecho, las tribulaciones de las masculinidades en este largo periodo tienen mucho que ver con las fisuras que en el final de los sesenta ya se apreciaban en el modelo de la *Masculinidad* nacional-católica y así no sorprende que sus ejes sean los mismos. La familia, la sexualidad y el lugar social de los agentes sociales de acuerdo a su sexo serán los grandes temas que sirvan para una revisión de las masculinidades vividas. Lo que no quiere decir que se trate de procesos de problematización que empiezan y acaban antes de emerger el siguiente; ocurre más bien todo lo contrario en una mezcolanza de sentidos y problemas que sirve de argamasa para la construcción de las (des)identificaciones masculinas<sup>1</sup>. Partiendo de esta idea y ante la necesidad de ordenar el vasto arco cronológico que se atiende en este capítulo, se atenderá a cada uno de estos tres *puntos calientes* de las masculinidades de la transición y estabilización democrática inscribiéndolos en sus momentos de emergencia y mayor importancia para la consideración de las identidades sexuadas y, en concreto, de las masculinidades. Interesa, más que la precisión en la datación, señalar cómo los diferentes espacios de tensión se trenzan y van desplazando el modo en el que se entiende la *Masculinidad* y sus relaciones con las masculinidades vividas. Así, en las próximas páginas se atiende a cada uno de estos puntos de choque y revisión que van a ordenar una serie de narrativas filmadas y se van a convertir en espacio de liza de las representaciones y auto-representaciones de las masculinidades en este largo periodo para, desde ellos, volver sobre los modos en los que opera y se gestiona la transparencia de esta *Masculinidad*.

---

<sup>1</sup> La decisión inicial era la de dividirlos en diferentes capítulos que atendiesen a periodos delimitados para atender cada uno de los temas. Esta pretensión pronto sucumbió por el modo en el que en el análisis se vio que durante los años setenta y los ochenta van reapareciendo los mismos tropos de conflicto, exceso y contención. La forma espiral (Latour, 2007) que adoptan las transformaciones en las definiciones de las masculinidades se hace aún más patente en este periodo. Por ello la estrategia expositiva, encontrando una relación compartida con las formas en las que se encarna la transparencia, ha sido la de agruparlas en un solo capítulo que en su interior repite la división original en tres momentos que se ordenan por la importancia que adopta cada uno de los nodos temáticos en los que se enzarzan las pugnas por el sentido de las masculinidades. En cualquier caso, es importante enfatizar que pese a que la cronología responde a la emergencia de los temas de problematización y en ese sentido se inscriben en un periodo histórico concreto, no se trata de una división fuerte; las vinculaciones de unos y otros procesos como los momentos en los que conviven y solapan hace de esta división más un intento de ordenar que la apuesta por su autonomía como tales.

### 5.1. De un pasado irreconciliable: la *Masculinidad* señalada (1972-1979)

Si en todo el análisis que se recoge en esta tesis subyace la consideración de que la realidad sociológica de las (des)identificaciones adopta la forma de un trabajo continuo sobre la historia y la producción mitológica –en el sentido dado por Barthes (1980)–, en el análisis de las masculinidades en este periodo se hace aún más evidente. Las exposiciones de la masculinidad en esos momentos van a establecer un complejo diálogo con la historia del que la *Masculinidad* no saldrá indemne. En las representaciones y encarnaciones de las masculinidades de los setenta y también, aunque en menor medida, de los ochenta se puede comprobar esa relación que las identidades mantienen con la historia y que S. Hall resume así pensando el caso de las identidades caribeñas:

«No podemos hablar por más tiempo, con ninguna exactitud, sobre ‘una experiencia, una identidad’, sin reconocer su otro lado, esto es, las diferencias y discontinuidades en las que se constituye precisamente la ‘especificidad’ [*uniqueness*] caribeña [o en este caso la masculina]. La identidad cultural [...] es un problema de llegar a ser tanto como de ser. Pertenece al futuro mucho más que al pasado. No hay algo que ya exista, trascendiendo el lugar, el tiempo, la historia y la cultura. Las identidades culturales vienen de algún momento, tienen historias. Pero como todo lo que es histórico encaran una transformación constante [...]. Las identidades son los nombres que damos a los diferentes modos en los que somos posicionados por la narrativa al tiempo que nos posicionamos en ella» (Hall, 1989: 70)

El pasado –su revisión desde la nueva realidad– en el proceso de (des)identificación masculina va a ser fundamental para comprender cómo donde estaba la contención se sitúa otra cosa, surge un proceso de distanciamiento que hace de la *Masculinidad* un modelo incómodo. Así, por una parte se puede leer en estos procesos la ruptura con el modelo descrito por Freud en la configuración de la psique adulta –véase capítulo primero– y esa abrochadura que realiza en la salida exitosa del complejo de Edipo (masculino) por medio de la asunción de la posición-sujeto que prescribe la *Masculinidad* para los varones. Éste es el momento en el que si tomamos su descripción como buena, la propia lógica del desarrollo social hace que se produzca su colapso<sup>2</sup>. El mode-

---

<sup>2</sup> Como se argumentó en la revisión crítica del primer psicoanálisis, aquí se agazapa el problema teórico de una lectura contemporánea de la obra de Freud. Sin negar la potencia de sus conceptos, el relato que hace Freud del desarrollo psicosexual sólo sirve para el momento en el que el cierre normativo se consigue con altos niveles de éxito. Su borradura de lo social, como se criticara, es lo que hace colapsar su explicación en momentos de cambio. En este sentido, puede entenderse que en un momento de profunda transición como el vivido en España en los años setenta y ochenta, el relato

lo del padre autoritario y protector, lo que Gil Calvo ha analizado desde la *máscara* masculina del patriarca (Gil Calvo, 2006), deja de funcionar y por eso la estrategia del masoquismo (Silverman, 2000) deja de servir para explicar los procesos por los que la experiencia de los varones estudiados es *masculinizada* (Hearn, 1998 y 2004).

Por otra parte, la afirmación de que en este momento se produce una desestabilización no debe ser confundida con la imagen de la ruptura. Aquí está la complejidad para entender qué sucede con las masculinidades vividas en este momento, pues la revisión crítica que se reconoce no puede pensarse como el abandono de los parámetros de la *Masculinidad*. Buen ejemplo del peso que la transparencia tiene en la contención de las representaciones y auto-representaciones, en este periodo se va a producir una revisión superficial o estética de la *Masculinidad*, pero su desplazamiento no llegará al trasfondo de la representación, no alcanzará ese fuera de campo que lo constituye (de Lauretis, 2000). Por tanto dos procesos encadenados de exceso y contención –una crítica al pasado como irreconciliable con el tipo de varones que querían ser y una re-creación de las masculinidades como sustancialmente diferentes a la feminidad que refuerza el modelo dicotómico moderno de los sexos (Laqueur, 1994)– y que como resultado darán que los modos de la *Masculinidad* cambien pero manteniendo la lógica de la transparencia.

Mostrar el cambio no es difícil. Es el lema de la época. La transición, la nueva libertad o la modernización constituyen así un canon de deseabilidad social en el que la igualdad entre los géneros no sólo es que no esté ausente sino que se convierte en uno de sus principales motores simbólicos y se esgrime como indicador del progreso de la sociedad (Casado, 2002). Ahora bien, estas retóricas no se pueden entender como independientes de un proceso paralelo de revisión del pasado que, de modo dialéctico, se imbrica con los anhelos de una nueva sociedad. Ahí es donde se puede volver a las representaciones cinematográficas para comprender que algo era muy diferente a lo representado en el periodo anterior. En este sentido, puede ayudar *Furtivos* (J.L. Borau, 1975), una película atípica por su discurso antifranquista, por su mixtificación de la

---

freudiano pierda vigencia. Entonces es posible leerlo como un modelo históricamente situado que hablaba de una forma de funcionamiento de los géneros y sus (des)identificaciones que en un momento deja de servir. Dicho más claro, en este apartado vuelvo al psicoanálisis más en su dimensión descriptiva que en su valor teórico.

vida rural que ya no recuerda al vergel de paz de los años anteriores sino que se convierte en atmósfera asfixiante y condensada de los males de la España franquista y por el éxito comercial que alcanza –es la séptima película más vista entre 1964 y 2000–. Todo ello ayuda a ver que algo está cambiando pero, además, inmiscuirse en su relato permite pensar los modos en los que la ruptura con el pasado atávico se convierte en elemento importante en la época. *Furtivos* nos cuenta la historia de Ángel (Ovidi Montllor) y su madre Martina (Lola Gaos) cuando Ángel aparece con Milagros (Alicia Sánchez) a la que ha conocido en la ciudad (imagen 1). El relato está plagado de triángulos, amorosos y afectivos, que van mostrando los intrincados mecanismos del odio en una sociedad cerrada y asfixiante. De ese modo, el trián-



Imagen 1. *Furtivos*, J. L. Borau, 1975

gulo Martina-Ángel-Milagros es la metáfora de una sociedad ahogada por un régimen cruel e incestuoso –encarnado en Martina– incapaz de admitir los nuevos modos de vida que llegan desde los centros urbanos –condensados en el personaje de Milagros–. Ésta es una lectura que reduce la complejidad del relato de Borau, pero desde ella es posible rescatar la quiebra de la familia como ese espacio de exposición coherente de la masculinidad. La familia deja de ser el referente, deja de ser el modelo incontestado. Así lo resumía uno de los entrevistados:

«Los padres, o sea, no..., vamos, no era necesariamente una historia de rechazo porque lo habían hecho ellos, es decir, sino porque la institución del matrimonio, y seguramente el de la pareja, ¿eh? La pareja convencional, con hijos y estas cosas pues lo vivíamos como una cosa que era reproducir el..., reproducir un sistema que no nos parecía que tuviera que ser el adecuado» (Entrevista con Funcionario Ministerio, 50 años)

Podría pensarse que se trata de una crítica a la familia en sí basada en las relaciones que se empiezan a mantener. Pero los datos estadísticos muestran algo diferente y esto es lo que permite vislumbrar parte de esa paradoja entre lo que cambia y lo que se queda sin tratar. Por ejemplo, si consideramos la edad media de entrada al matrimonio (tabla 1) se aprecia que en 1975 –27,42 años para los varones y 24,55 para las mujeres–

**Tabla 1.** Edad media al matrimonio por sexo

|         | 1975  | 1976  | 1977  | 1978  | 1979  | 1980  | 1981  |
|---------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|
| Varones | 27,42 | 27,24 | 27,09 | 26,93 | 26,77 | 26,81 | 26,90 |
| Mujeres | 24,55 | 24,38 | 24,28 | 24,18 | 24,08 | 24,15 | 24,26 |

Fuente: INE (INEBase)

las medias son similares a las de finales del periodo anterior<sup>3</sup> y que, incluso, para 1978 rozan sus mínimos históricos. Esto permite pensar que en la vida cotidiana de los españoles de estos años, sobre todo entre los más jóvenes, no hay ese rechazo al matrimonio. Esta interpretación, en cualquier caso, ha de ser matizada para así nombrar la hibridación estratégica en la que se desarrollan las masculinidades en ese momento. La salida del hogar paterno, sobre todo para las mujeres, pasaba por el matrimonio, de tal forma que aunque se mantiene un rechazo en lo ideológico, se asume de modo pragmático como forma de facilitar el corte con la vida familiar:

«Cuando nos planteamos vivir juntos aparece una discusión en la que participa más gente que nosotros y que es una discusión de estas clásicas en las que, bueno, pues dices ‘nosotros no creemos en el matrimonio, para qué vamos a casarnos y podemos vivir juntos tranquilamente y tal’, y ponemos en cuestión por lo tanto la fórmula clásica del matrimonio [...]. Aunque era una tía muy radical, estudiante de medicina, ‘yo no voy a tener una bronca por esto con mi familia, no me merece la pena’. [...] nos conducían a aceptar el, la fórmula tradicional del matrimonio y tal» (Entrevista con Sindicalista liberado, 56 años)

De tal forma que si se atiende a las tasas brutas de nupcialidad (tabla 2) se descubre que sus índices no caen de forma brusca en estos años. Será más adelante, ya en los ochenta, cuando la ruptura con el modelo familiar afecte a esta tasa. Esto puede entenderse mejor desde la posibilidad efectiva de no casarse y aún así salir del hogar paterno que se abre en los ochenta y que en este periodo se bandea en la crítica en lo ideológico y la reproducción –significativamente desplazada– de los patrones del periodo anterior. En este sentido, puede ser más revelador el dato de la tasa bruta de natalidad (tabla 3), que refleja una caída sostenida de los nacimientos por 1000 habitantes que, como se vio, había empezado en el periodo anterior y que ahora se acentúa rápidamente,

**Tabla 2.** Tasa bruta de nupcialidad (matrimonios por 1000 habitantes)

| 1975 | 1976 | 1977 | 1978 | 1979 | 1980 | 1981 | 1982 | 1983 | 1984 | 1985 | 1986 | 1987 | 1988 | 1989 |
|------|------|------|------|------|------|------|------|------|------|------|------|------|------|------|
| 7,60 | 7,23 | 7,17 | 6,98 | 6,61 | 5,88 | 5,35 | 5,09 | 5,15 | 5,16 | 5,20 | 5,40 | 5,59 | 5,66 | 5,71 |

Fuente: INE (INEBase)

<sup>3</sup> Es importante recordar que no es posible una comparación lineal pues para 1970 el dato, de elaboración propia, se ha construido sobre datos agregados de los Anuarios del INE, lo que puede introducir importantes errores. Aún así, por la tendencia del dato puede entenderse la interpretación que aquí realizo.

**Tabla 3.** Tasa bruta de natalidad (nacimientos por 1000 habitantes)

| 1975  | 1976  | 1977  | 1978  | 1979  | 1980  | 1981  | 1982  | 1983  | 1984  | 1985  | 1986  | 1987  | 1988  | 1989  |
|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|
| 18,76 | 18,76 | 17,95 | 17,23 | 16,14 | 15,22 | 14,12 | 13,59 | 12,73 | 12,36 | 11,88 | 11,39 | 11,05 | 10,82 | 10,53 |

Fuente: INE (INEBase)

siendo de 16,14 en 1979 y cayendo a ritmo de casi un punto completo en los primeros años de la década de los ochenta. Al final del periodo, situada en el 10,53, señala la profundidad del cambio que experimenta la sociedad española en el lapso de quince años.

En paralelo, la estructura de los hogares (tabla 4) se transforma con cierta rapidez. Si se desagregan los datos por el número de miembros que forman parte del núcleo familiar, se puede ver como tras la caída de la natalidad hay un proceso de reducción numérica de las familias que deja ver como el modelo rural tradicional definitivamente sucumbe

al modelo de familia nuclear industrial. Los hogares de uno o dos miembros suben rápidamente, mientras los más numerosos sufren un importante retroceso,

**Tabla 4.** Número de miembros del hogar 1970-1991

| Año  | Uno  | Dos  | Tres | Cuatro | Cinco | Seis y más | Total |
|------|------|------|------|--------|-------|------------|-------|
| 1970 | 7.5  | 18   | 19.2 | 21.8   | 35.5* | -          | 100   |
| 1981 | 10.3 | 21.5 | 19.8 | 22.4   | 13.8  | 12.6       | 100   |
| 1991 | 13.4 | 22.2 | 20.5 | 23.7   | 12.1  | 8.1        | 100   |

\* Incluye cinco o más personas

Fuente: Del Campo y Rodríguez-Brioso, 2002: 108

siendo para 1991 de 35,6 la suma de hogares de uno o dos miembros frente al 25,5 de 1970 y con una caída de diez puntos, de 35,5 a 20,20, de aquéllos con más de cinco.

Lo que muestra una evolución de este tipo es que la familia es profundamente resignificada; lo que termina por alcanzar a las *exposiciones* masculinas, pues recuérdese que en los años del franquismo la *Masculinidad* se define principalmente desde la figura del *pater familias* y su posición de responsabilidad. Volviendo a *Furtivos* (Borau, 1975), y como se comentaba, en ella se resume esta revisión crítica del modelo familista pues en su narración la madre, como encarnación dual del régimen paternalista franquista y de la familia, se presenta como un personaje cruel e incestuoso, incapaz de permitir la independencia del hijo. Resuena así de nuevo la explicación de Chodorow (1984) de una masculinidad prendida del esfuerzo por la independencia de la falda materna y que aquí se condensa en esa madre castrante que intenta colmar el deseo del hijo en una escena que en el límite de lo permitido por la censura del momento –de hecho, Borau se encara con el Ministerio y se niega a aplicar los cortes propuestos (Heredero, 1997: 740)– muestra a una madre contenta del fracaso de la relación de su hijo y desplegando una afectuosidad cínica y maliciosa que convierte al Ángel en objeto de deseo

y niño desvalido al cuidado de la madre omnipotente. Más interesante por complejo y críptico es el cierre narrativo de *Furtivos*. En él resuena esa idea de la ruptura que se metaforiza por medio del matricidio que comete Ángel en mitad de un páramo nevado



**Imagen 2.** *Furtivos*, J. L. Borau, 1975

(imagen 2), remedo de un fusilamiento que coincide con las últimas sentencias de muerte firmadas por Franco en ese mismo año y aún el conflicto civil que sigue funcionando como trauma de una sociedad dividida en vencedores y ven-

cidos. Haciendo una lectura que conecta con las tensiones de las (des)identificaciones masculinas, en el cruel desenlace se puede reconocer cierta confusión y un claro sentimiento de ruptura con un pasado que se devela como falto de referentes y necesitado de revisión. En *Furtivos* el padre está ausente. No hay un modelo de masculinidad en el que encontrar referencia, falta esa figura paterna que en el análisis freudiano representa la entrada al mundo masculino adulto por medio de la identificación post-edípica. Puede intuirse en la figura del Gobernador, pero aparece como una figura autoritaria y de poder arbitrario, a la vez que convertida en una especie de niño caprichoso obsesionado con la caza y la oralidad de la comida preparada por Martina. Los personajes masculinos se miran en la madre, ruda y hosca, incapaces de encontrarse en el espacio de una masculinidad aceptable. Así, en el matricidio, y desde ese acercamiento metafórico en el que se asienta el Nuevo Cine Español<sup>4</sup> al que pertenece *Furtivos*, se puede ver

<sup>4</sup> El periodo de transición, entendido en sentido amplio tal y como se hace en este trabajo, está marcado por la superposición de diferentes estilos o tendencias cinematográficas que, en cierto modo, proponen lecturas diferentes de la sociedad española y de las masculinidades. El cine de más éxito comercial y que se puede ejemplificar con el «landismo», dada la participación de Alfredo Landa en sus principales producciones, sigue una línea de continuidad con el cine comentado al final del capítulo anterior. Abrazando el *destape* y el relajamiento de las normas restrictivas del último franquismo con la instauración de la democracia que, en uno de sus primeros gestos, abolió la censura el 11 de noviembre de 1977 (decreto 3071), este cine devendrá en una especie de costumbrismo conservador que encuentra en los subproductos de Mariano Ozores –analizados en este capítulo más adelante– su mejor ejemplo (Monterde, 1993). Frente a él se erige este cine crítico y metafórico que irá desembarazándose de su artificio narrativo con el avance de las libertades. En torno a él aparece este Nuevo Cine Español con pretensiones estéticas y argumentales que entroncan con la tradición del cine de autor. Se trata de un cine complejo que, pese a los grandes autores que amalgama –C. Saura o J. L.

una ruptura con el pasado, una quiebra con el modelo social franquista y su promoción de una autonomía aparente y encerrada en un modelo familista y un paternalismo estatal que no posibilita la independencia. La madre representa ese orden social asfixiante que hacía de todos furtivos; la madre es la encarnación de la parte más oscura de esa arcadia rural que parecía desprenderse del cine tardofranquista de la contención. Por tanto, en la resolución narrativa de *Furtivos* se aprecia esa revisión de la historia que se sitúa en el centro de la re-creación de la *Masculinidad* en este periodo. Pero además, en ese enlace de la reflexión sobre el tiempo y la familia como grandes tropos de construcción de las narraciones del cine metafórico (Monterde, 1993: 53) se puede perseguir una lógica que se instala en el centro de las representaciones de las masculinidades<sup>5</sup>. El tono crítico hace imposible la *Masculinidad* tardofranquista. El *pater familias* que se desprende de la legislación y envolvía los modos de despliegue y encarnación de las masculinidades vividas se muestra ahora en su precariedad. Las masculinidades en *Furtivos* son erráticas, dependientes y se instalan en una confusión que las vincula con un trauma contenido que ya no basta con maquillarse y resolverse por medio de la reivindicación de sus valores tradicionales. Se señala así la imposibilidad de la sutura identitaria y la proliferación de un malestar que sólo puede resolverse desde la abierta negación del pasado que alcanza tanto a las subjetividades<sup>6</sup> como al modelo social.

---

Borau son sus mejores representantes—, no disfruta de éxito comercial excepto en contadas ocasiones como es el caso de *Furtivos*. Por último, se puede reconocer un cine de «tercera vía» (Monterde, 1993: 54), en tanto que preocupado por el éxito comercial y así por la legibilidad de sus mensajes por el público general pero a la vez intentando aportar al cine español un empaque del que carecen los subproductos más comerciales. Caen en este grupo desde el trabajo de Dibildos o Summers hasta el éxito internacional de J. L. Garci con *Asignatura Pendiente* (1977). Cada uno de estos cuerpos cinematográficos presentará distintos modos de entender las masculinidades, pero entre ellos hay importantes puentes. Así, aunque conviene partir de esta diversidad, en esta tesis se trabajan de modo imbricado pues así resulta más clara la pervivencia de intereses y temas en torno a las masculinidades.

<sup>5</sup> De hecho, un análisis con estrechos vínculos con el presentado aquí se puede apoyar en *Cría Cueros* (Saura, 1976). Para una interpretación que señala esta relación con la temporalidad del cine metafórico puede verse Ardanaz, 2004. Si aquí se prima *Furtivos* es tanto por su mayor repercusión atendiendo a los datos de audiencia como por el peso que adoptan los personajes masculinos.

<sup>6</sup> Nótese que una revisión de este tipo, y como se profundizará un poco más adelante, no entra en conflicto con los principios modernos de la *Masculinidad*. De hecho puede interpretarse como la certificación de que aquellas masculinidades, las tardofranquistas, no eran las prescritas en el programa moderno en tanto que no permitían la actividad, autonomía y racionalidad que prometía el modelo construido desde los valores de la Ilustración.



Para entender los procesos de transformación en las representaciones masculinas de esta época es necesario atender a la imbricación de esta revisión crítica de la *Masculinidad*, en tanto que elemento de un pasado irreconciliable, con la proliferación de discursos que, por primera vez, hacen de la masculinidad un elemento contestado y problemático. Son los años del inicio del movimiento feminista en nuestro país (Escario et al., 1996) y desde sus filas surgirá un discurso igualitarista que apoya la inviabilidad de seguir mirando al pasado en busca de identidad (masculina). El movimiento feminista y la exigencia de una norma de igualdad desde finales del franquismo y, especialmente, en los primeros años de la transición democrática va a tener dos efectos encontrados en los procesos de (auto)representación de las masculinidades. Si por una parte sería imposible pensar las transformaciones en las (des)identificaciones de los varones sin el cambio que ha experimentado la vida de las mujeres y las demandas del movimiento feminista por la igualación de derechos, por otra, desde las argumentaciones de estos feminismos se va a construir un acercamiento a los géneros desde una división entre opresores y oprimidas. El efecto *performativo* de un discurso de este tipo redundará en la separación con el pasado en tanto que irreconciliable y, además, permite hacerlo sin muchas revisiones apegadas a la masculinidad vivida. El ejemplo paradigmático es el trabajo de E. Vilar de 1973 *El varón domado* que habla de la masculinidad como ‘una esencia socialmente construida’ por la que explica el proceso de dominación y cómo desde él la masculinidad se convierte en una carga, en una forma de entrar al juego de lo social en el que se tiene la obligación del mando, la responsabilidad y el hacer:

«El hombre está amaestrado de tal modo por la mujer que no puede vivir sin ella y hace, por lo tanto, todo lo que ella le exige. Lucha por la vida y llama a eso *amor* [...]. Para la mujer, amor quiere decir poder; para el varón significa sometimiento» (Vilar, 1973: 167)

Más que entrar a su explicación, interesa resaltar el proceso por el que la masculinidad se enuncia en negativo y refuerza esta separación del modelo tradicional. El trabajo de Vilar (1973) es interesante por los procesos que desencadena o con los que está relacionado. Por una parte, el texto de Vilar hace que la masculinidad entre por primera vez a la palestra de modo explícito. No sorprenden entonces las reacciones de los varones a su explicación. Por una parte emerge el *varón airado* que en los noventa cobrará más fuerza; en esa estela cabe citar el trabajo de J. A. Valverde que en 1975 publica *El varón*

*domado. Réplica* en el que va desmontando, las más de las veces desde el sentido común –no en vano, el autor se jacta de haberlo escrito en seis días–, los argumentos de Vilar de uno en uno en una obra de la que quizás lo más reseñable para entender el punto de inflexión en el que aparece es que en palabras del propio autor «sólo pretendo contraponer mis argumentos a los de Esther Vilar por respeto a la persona, por respeto a todos los hombres y a todas las mujeres de este país, a quienes Esther Vilar, cínicamente, ha ofendido» (Valverde, 1975: contraportada). Pero también es el origen de una reflexión más seria que, en los años posteriores, empezará a revisar la masculinidad desde trabajos como el de J. V. Marqués que ganará el premio de ensayo ‘*El Viejo Topo*’ por su artículo sobre «La alienación del varón» hacia el final de este periodo, en el año 1979. La masculinidad empieza así a abandonar su invisibilidad por medio de las retóricas de la opresión que encuentran su correlato en la configuración de la *emancipación femenina* y las reivindicaciones de los movimientos feministas que estabilizan sus ideales en torno a la *Mujer-liberada* frente a la *Mujer-oprimida* que se señala en el modelo de madre y esposa del franquismo (Casado, 2002: 369 y ss.).

Pero como se decía, discursos como el de Vilar (1973) –tomado como ejemplo de la reflexión que se opera en torno a las identidades de género desde los movimientos feministas<sup>7</sup>–, van a tener un importante efecto al reforzar en determinada línea el proceso de ruptura con el pasado en el que se encuentran las masculinidades de esta época. La masculinidad, entendida como opresión y valor tradicional, se descarta como un todo en un proceso profundamente ideologizado:

«Era una reflexión ideológica, estábamos además..., exageradísima, ¿no?, cuando la época, para nosotros la familia era..., yo qué sé, el principio del mal de todas las cosas que nos habían pasado, contra,... contra intuitivo a tope, y contra..., o sea, porque, es decir, nuestra familias nos han ayudado [...]. Teníamos una ideología de que de la familia salían todos los males y que por lo tanto no había que consti-

---

<sup>7</sup> Si bien es cierto que aquí se está realizando una simplificación del complejo tramado de perspectivas y discursos que se amalgaman en torno al movimiento feminista y no deja de revertir interés un análisis de cómo se han considerado las masculinidades desde los diferentes posicionamientos, en este análisis no se profundiza en esa línea en tanto que para entender la experiencia y representaciones de las masculinidades heterosexuales de clases medias se prima la recepción social mayoritaria de los feminismos como un todo y el modo en el que sus demandas y reflexiones se condensan en determinados puntos y simplificaciones como la reducción de la masculinidad a su carácter opresivo que se comenta en este punto. Para un análisis pormenorizado, véase Casado, 1999 y 2002.

tuir familias como ésas, no teníamos porqué tener hijos, no teníamos porqué casarnos» (Entrevista con Sindicalista liberado, 56 años)

De tal modo que, paradójicamente, la *Masculinidad* sale en cierto modo indemne y su transparencia intratada. Si bien hay un componente revisionista y crítico en torno a las categorías de género, los procesos de (des)identificación masculinas y sus componentes encarnadas quedarán de nuevo en una especie de limbo, ya que lo personal y cotidiano no se considera parte de esta revisión. La *Masculinidad* es rechazada en un plano abstracto y las masculinidades señaladas en su naturaleza opresiva y vinculada a la desigualdad social, pero no hay una emergencia de modelos alternativos o una consideración del modo en el que se *masculiniza* la vida de los varones heterosexuales de clases medias. El *abandono* de la *Masculinidad* se convierte en eslogan para una parte de la sociedad, en concreto, para un colectivo de varones que se identifican con los principios y reivindicaciones del feminismo –o al menos que los entienden como políticamente correctos– pero su tratamiento de ideológico y abstracto deja de ser eficaz.

Es más, el proceso que se ha descrito no puede confundirse con un proceso general. Aunque el cambio es general en tanto que empapa a toda una sociedad que entiende que la transformación es necesaria y se enfrasca en un proceso de transición democrática, las tomas de posición (Bourdieu, 1988) o mecanismos de posicionamiento no siempre pasan por el abrazo a los valores de la *liberación* y su correlato en la norma de *igualdad* entre los géneros. También caben, como se veía en el trabajo de Valverde (1975), las reacciones en otra dirección. Más veladas en los discursos de las entrevistas, no faltan las referencias que muestran que no siempre los posicionamientos iban en la dirección de estas nuevas clases medias emergentes situadas en el centro del proceso de transición –y asociadas bajo la flexible etiqueta del progresismo–. La *liberación* se convierte en un sentido móvil y polémico en el que se enmarañan las posibilidades de la nueva situación socio-política con los peligros de la nueva libertad:

«Esa libertad ha traído consigo también unas secuelas que antes no tenías esa libertad pero parecía que eras más libre, porque podías salir, ya te digo, a las dos de la mañana por el Madrid viejo sin miedo a que te pasara nada; hombre, alguna vez había algún robo, algún atraquillo, tal, pero... pero es que hoy día vas con miedo de que te peguen un navajazo, o *que te peguen cualquier cosa*. Eso también tiene sus... Claro, *la libertad también tiene su precio*» (Entrevista con Informático RENFE, 56 años)

La nueva libertad se convierte así en un espacio problemático que alcanza a las masculinidades. La relación es sutil pero interesante en tanto que señala algunas de las fisuras por las que las masculinidades se encontrarán con sus fantasmas y así avanzarán en revisiones más profundas. En esta cita resuena que tras esa libertad convertida en emblema de una época, los agentes sociales encuentran un componente peligroso. Cabe preguntarse si en ese nudo no se señala algo que se instala en el seno de la propia masculinidad. En otro momento de su discurso, este mismo entrevistado, habla de las «diferencias entre la libertad y el libertinaje» lo que empieza a hacer más clara la preocupación por un cierto decaimiento de determinados valores morales que, curiosamente, se asocian con la Humanidad resonando de nuevo esa subsunción de lo humano en la *Masculinidad* y sus principios. En ese «que te peguen cualquier cosa» que se resalta en la cita de este entrevistado se amalgama algo que va más allá de la seguridad física y ciudadana por la que introduce su reflexión. En esta expresión se condensa una preocupación que avanza en otra dirección y en cierto modo señala la libertad sexual como un espacio problemático. No es baladí o anecdótico, pues en la configuración de las masculinidades de los setenta y, sobre todo, de los ochenta, la sexualidad y la emergencia del deseo –desde la voracidad masculina a la irrupción del deseo femenino, pasando por la proliferación de las sexualidades minoritarias– se convertirá en un importante nodo que re-actualizará esta ambivalencia ante el cambio.

## 5.2. Exceso y deseo: el devenir masculinidades (1977-1986)

En la componenda moderna de la masculinidad, el juego de la contención de la voracidad sexual masculina por el ejercicio de la razón (Laqueur, 1994) es lo que antecede a la formalización del modelo ideal de masculinidad (Mosse, 2000) en el que esa contención se transforma en *serena grandeza*. La sexualidad por los mecanismos de la homofobia/homosocialidad (Kimmel, 1994) es un elemento central en la estabilización de las masculinidades. El tropo de la sexualidad es importante para entender el desarrollo de las masculinidades españolas y de Occidente en general. Como comenta J. Weeks:

«A través de ella [la sexualidad], nos vivimos como gente verdadera: nos da nuestra identidad, nuestro sentido del yo, como hombres y mujeres, como heterosexuales y homosexuales, “normales” y “anormales”, “naturales” o “antinaturales”. Se

ha convertido, como lo expresó el filósofo francés Michael Foucault, en “la verdad de nuestro ser”» (Weeks, 1998: 17)

Por ello, la irrupción de la sexualidad en las representaciones de la masculinidad es un envite que amenaza con excederlo (de Lauretis, 2000), que puede convertirse en el inicio del dislate interno de la *Masculinidad* todavía intacta en sus límites<sup>8</sup>. La sexualidad funciona como revulsivo, se suma a los efectos del rechazo del modelo de la masculinidad franquista en tanto que se considera que posibilita un desarrollo del sí mismo, en línea con los argumentos de Weeks, en la sacudida de la moral católica asfixiante:

«Es una cosa que la tenía muy clavada ya cuando vi que, joder pues esto no es malo, y es una cosa que sí que le tengo guardada a mi madre, un resentimiento hacia mi madre porque mi madre me inculcó que eso era malo, o sea, lo mismo que decía la Iglesia [...]. Yo se lo digo a mi mujer muchas veces. Porque en eso sí que he tenido algún problemilla con ella, en las relaciones sexuales están muy chapadas a la antigua, y le digo, ‘joder, se os ha quedado el franquismo metido pero bien, parecéis monjas, la hostia, con la sección femenina os ha inculcado ahí’. Y es verdad que tienen una tara en ese aspecto, pero casi todas, por lo que yo hablo con mis amigos» (Entrevista con Informático RENFE, 56 años)

La liberación sexual se convierte así en estandarte de los nuevos tiempos. Funciona como un sema que organiza toda una nueva apreciación de las relaciones entre varones y mujeres y en un tema que representa el cambio en los modos de pensar de la época:

«Sí, yo creo que sí, yo creo que sirvió como bandera, y de hecho una de las pocas cosas que yo creo que se ganaron y en gran parte se mantienen [...]. Yo creo que en la sexualidad se consiguieron una serie de cosas, a lo mejor más teóricas que prácticas » (Entrevista con Funcionario Ministerio, 50 años)

Pero a la vez se convierte en objeto de consumo y así proliferan una serie de publicaciones y, como se verá, de producciones fílmicas que hacen de la sexualidad parte de esos productos en los que en la estabilización de la norma social de consumo de masas servirán como fuente de libertad y expresión incluso antes de que el proceso de transición avance en una regulación legal en esta línea. La sexualidad se envuelve así de un elemento simbólico y se enreda en una serie de mitos sobre potencialidades apagadas por el modelo sexual franquista:

---

<sup>8</sup> Es importante dejar claro que en el momento anterior la negación de la *Masculinidad* como un bloque sin la proliferación de una estrategia de representación y auto-representación alternativa deja al modelo ideal prácticamente incorrupto. Algunos varones negarán su valor o lo rechazarán abiertamente pero sin incorporarlo a la cotidianidad vivida termina por ser una revisión estética o de pose en tanto que los términos de las masculinidades siguen operando en el espacio de la transparencia.

«Yo cuando empezó la democracia aquí, que empezamos a leer revistas, porque claro aquello todo era nuevo para nosotros. El *Lib*, no sé si la conociste, una que salía... la primera que salía que era algo erótica y tal y leías allí cosas que podían ser cuentos...» (Entrevista con Informático RENFE, 56 años)

En el campo de las representaciones cinematográficas se hace claro el modelo espiral (Latour, 2007) en el que se ordenan las tensiones de la estabilización identitaria masculina y que, en este caso, enlaza la reflexión sobre el pasado que se repasaba en el epígrafe anterior con el nodo de la sexualidad como espacio de fisura del modelo de la *Masculinidad*. En su conjunción aparecerá un nuevo modo de acercarse a las masculinidades que encierra buena parte de la lógica representacional que se instaura desde entonces y en cierto modo pervive en la actualidad. La cinematografía del año 1977 deja un buen ejemplo de este desplazamiento. En este año se estrena *Asignatura pendiente* (García, 1977). Esta producción, de fulminante éxito comercial, puede entenderse como la estabilización de una cinematografía de «tercera vía» (Monterde, 1993) que pretende reflexionar sobre la nueva realidad española sin renunciar al gran público y evitando los juegos intelectuales y complejos del cine metafórico. Su relato asume de modo explícito y directo una reflexión sobre ese pasado irreconciliable y la pérdida de los referentes identitarios de una generación crecida en el franquismo y con aspiraciones de una vida diferente que entienden que han «llegado tarde» a todo y que, como se anunciaba en el cartel promocional, siente que «nos han robado tantas cosas». Lo interesante es que el hilo argumental, señalando la política o la formación intelectual como elementos de ese robo, se centra en la sexualidad como esa asignatura pendiente entre José (José Sacristán) y Elena (Fiorella Faltoyano). La educación recibida y la moral imperante terminan por ser origen del drama de unos personajes que se sienten entre dos mundos y que viven en propia carne los efectos del modelo de *Masculinidad* franquista en su ineptitud para integrarse en un nuevo orden relacional que ya no responde a lo que se les inculcó. Es decir, la sexualidad va a servir de eje sobre el que construir el relato de ese rechazo al pasado y, de este modo, avanza en una nueva dirección en tanto que el modelo franquista no sólo es rechazado sino que es reconocido en los nuevos problemas de unos varones que ven resquebrajarse sus antiguas certezas. De hecho, en el mismo año en que se estrena el film de García aparecerán otros relatos filmados que

avanzan en esa línea si bien desde un discurso mucho más contradictorio y conservador y que deja entrever las dificultades en las que se dirimen las masculinidades ante la caída del modelo cerrado anterior. Es el caso de los relatos que se amalgaman en torno al *cine del destape* en su vertiente cómica y que, rozando el sainete, recuperan a la vez que desplazan elementos de las representaciones de la contención tardofranquista<sup>9</sup>. En 1977 llega a las pantallas españolas *Pepito Piscinas* (Delgado, 1977), película que no sólo inaugurará todo un modelo de cinematografía de gran interés para esta investigación que pondrá en las pantallas todo un universo de subproductos que radiografían unas masculinidades problemáticas –e.g. *Virilidad a la española* (Lara Palop, 1975), *El erótico enmascarado* (Ozores, 1980)– sino que se convierte en referente de un modelo social y, de hecho, el título de la cinta queda como expresión común para referir un modelo de masculinidad. En *Pepito Piscinas* asistimos a la impotencia de Pepito (Fernando Esteso) para codearse con la aristocracia, para conquistar a aquellas chicas que persigue sin denuedo y para, en definitiva, desplegar una masculinidad de sexualidad voraz. Lo interesante es que en estos relatos los mismos cambios que en el periodo anterior eran contenidos, aquí se convertirán en fuente de júbilo y también de confusión de unos varones incapaces de relacionarse desde el antiguo modelo y perdidos en su propio fatalismo ante la imposibilidad de completar sus (des)identificaciones masculinas ante la falta de modelos alternativos. La masculinidad representada, estirando al extremo el mito del español hipersexualizado, convierten a estos arquetipos de hombría en esperpentos, subyugados a su propia voracidad que les termina llevando a finales calamitosos o frustrantes para su concepción de sí. Puede resultar interesante adentrarse en una de estas narraciones. En 1979 se estrena *Los bingueros* de M. Ozores; en ella se fragua la pareja cómica entre Andrés Pajares y Fernando Esteso que, con M. Ozores de director,

---

<sup>9</sup> Dentro de las películas del *destape* se pueden reconocer un abanico de narraciones ambivalentes que va desde el sainete erótico-festivo a un cine con cierto grado de reflexión que asume narraciones de corte más social –e.g. *La trastienda* (Grau, 1976), o incluso estirando el concepto a todas las películas pioneras en mostrar el desnudo femenino la propia *Asignatura pendiente* (Garci, 1977)–. Dentro de ellas, las que mayor interés revierten para el análisis de las masculinidades son aquéllas que, centrándose en el personaje masculino protagonista, despliegan un discurso en el que el deseo se entrelaza con los anhelos de la hombría del personaje. Sin negar el interés que puedan tener las producciones de corte más social para profundizar en las masculinidades representadas de esta época, de cara a esta cartografía que intenta dar cuenta de los procesos de transformación que llegan hasta la actualidad, el segundo grupo de filmes, del que se toma *Pepito Piscinas* (Delgado, 1978) como caso paradigmático, resulta de mayor interés.

se embarcarán en una saga de nueve películas que, aprovechando como arco argumental alguno de los hitos de la transición y el cambio de la sociedad española –desde la regulación del divorcio a la llegada de los socialistas al poder en 1982– construían un relato que recuerda en sus resoluciones y giros al cine de la contención tardofranquista. Lo recuerda en su diagnóstico conservador y sus finales moralizantes, pero el cambio de tono es claro. En estas narrativas ya no se encuentra la resolución por medio del recurso al masoquismo (Silverman, 2000) como estrategia narrativa en la que recomponer la vinculación con la *Masculinidad*. En línea con lo que se veía en *No desearás al vecino del 5º*, el tropo en el que se recompone el mensaje moralizante tiene que ver con una consideración diferente de las masculinidades: en el exceso de la hipermasculinidad castiza de los personajes masculinos se nombra una falla de la *Masculinidad* y en sus finales moralizantes se señala como peligrosa o no adecuada, pero ya no hay esa vuelta al modelo del patriarca y a la comunidad rural. El mensaje de estas películas es mucho más ambiguo. En el caso que nos ocupa, será la legalización del juego la que convierta a dos varones mediocres en ludópatas que ven el bingo una posibilidad de salir de sus penurias económicas. Su adicción al bingo les llevará no sólo a establecer una relación de camaradería sino que se convertirá en el origen de un periplo peligroso y autodestructivo por el sub-mundo del juego en el que sus masculinidades quedarán en entredicho. La componenda representacional que se traza en esta película resulta novedosa ya que tanto la perdición como la recomposición de las posiciones masculinas de estos personajes no pasará ya por la imagen del patriarca responsable (Gil Calvo, 2006) y su sabio consejo sino que se desarrollará a través de los personajes femeninos –y feminizados– del filme. Los personajes de *Los bingueros* verán peligrar sus identidades masculinas cuando se empeñen para seguir jugando en el bingo y se las vean con una mafia que intenta aprovecharse de ellos. La trama es urdida por una de las camareras y la limpiadora de los baños que les prestarán dinero a unos altos intereses y luego pactarán con una pareja de homosexuales la condonación de la deuda a cambio de los favores sexuales de los personajes que encarnan Esteso y Pajares. Es revelador el modo en el que se introduce en la trama el deseo y el sexo como espacios peligrosos y de exceso de la masculinidad. Nuestros protagonistas se irán con dos de las camareras pen-





Imagen 3. *Los Bingueros*, Ozores, 1979

sando en tener sexo con ellas. Las dos mujeres aparecen desnudas en escena y empiezan a desvestir a los varones que se encuentran atribulados por la situación: la vergüenza se em- barra con el deseo y hay una especie de vaivén entre dejarse arrastrar por la lujuria o hacerlo por la vergüenza (imagen 3). Uno de ellos lo pone en palabras y dice «un momento, como no apagues la luz yo no me quito el calzoncillo». El sexo se queda en su promesa porque irrumpen la pareja de homosexuales intentando aprovechar el *calentón* provocado por las chicas para conseguir su propósito de tener sexo con *los bingueros*. Más allá de la resolución del enredo, que pasa por la agresión a uno de los homosexuales y la subsiguiente huida, es revelador el modo en el que en el imaginario se enredan una serie de elementos que devuelven a la consideración más moderna de la *Masculinidad*. Por una parte, la naturaleza exaltada de las mujeres es la que provoca la exacerbación de la masculinidad descontrolada de los protagonistas y así su perdición. Por otra, la homosexualidad de nuevo funciona como límite a la masculinidad correcta. La recomposición de la lógica moderna es aún más clara si se persigue el campo de sentidos en el que se dirimen las masculinidades de estos personajes. Se puede reconocer una vuelta a la *Masculinidad* y su ordenamiento de las masculinidades vividas desde el control sobre uno mismo. *Los bingueros* muestra su falla en esta empresa y, en este sentido, puede establecerse una vinculación con el análisis de Kimmel (1997) sobre las masculinidades norteamericanas y su estabilización a inicios del siglo XX. El autocontrol que se exige a las masculinidades y que en la Norteamérica de finales del XIX se ejemplificó por medio del consumo de alcohol se traslada aquí en la conjunción del juego y el sexo. Por tanto se nombra un problema muy cercano a esa contención de los años sesenta pero ya convertida en otra cosa. Para ver este desplazamiento es productivo atender a la resolución narrativa que pasará por las mujeres y lo feminizado al menos en dos puntos. Las parejas de los protagonistas serán las encargadas, en la narrativa, de velar porque el devaneo con los excesos incontrolados de estos varones no lleguen a un extremo fatal.

Sus parejas estarán ahí, sus parejas les recordarán sus obligaciones y, en último extremo, servirán de tabla de salvación. Pero también lo feminizado reaparece en la resolución del relato, para ser precisos, en la resolución que muestra el extremo de pérdida de control en el que se encuentran los personajes. Aparecerán vestidos de mujer en el bingo para intentar pasar desapercibidos y no pagar sus deudas. No será así. Serán reconocidos y apaleados por la banda de matones al servicio de la mafia prestamista. De nuevo, la masculinidad desacerbada de *Los Bingueros* vuelve sobre esa dicotomía moderna de los sexos para señalar que en los excesos la masculinidad correcta se diluye.

Si la irrupción del deseo va a funcionar como tropo en esta cinematografía de corte conservador, no va a ser el único discurso narrativo cinematográfico que se centre en él. En el otro extremo, amparado en los procesos subculturales urbanos surge una narrativa de la trasgresión que se puede ejemplificar en el cine de *la movida*, donde aparece una sexualidad jubilosa y reivindicativa. Es el caso de las primeras películas de Almodóvar (*Pepi, Lucy y Boom...*, 1980; *Laberinto de pasiones*, 1982) o de los trabajos de realizadores como F. Colomo (*Qué hace una chica como tú...*, 1978) o B. Luna (*Bilbao*, 1978). En ellas se despliega un discurso sobre la masculinidad bien distinto. En estos casos, el deseo opera como un elemento de subversión. El cine que se agrupa aquí pasa a una política de los hechos y del jolgorio en el que la desestabilización de las representaciones tradicionales (de las masculinidades) es su razón de ser. Además de nuevo se vincula con ese elemento ideológico, pues la homosexualidad, más teórica que real, también se convierte en elemento de la revisión del modelo relacional imperante en el franquismo:

«En la revisión de hace veinticinco años, teóricamente sí, en la práctica yo no tenía amigos que fueran homosexuales con lo cual era un planteamiento totalmente teórico» (Entrevista con Funcionario Ministerio, 50 años)

Este tipo de representaciones de la masculinidad hay que entenderlo en un movimiento mucho más amplio que implica una pugna por la representación de las homosexualidades que tarda años en estabilizarse. Hay que retrotraerse a 1971 para ver que cuando Landa encarna a un heterosexual que se hace pasar por homosexual para mantener su empleo en *No desearás al vecino del 5º* (Fernández, 1971) mientras pasa los fines de semana en Madrid persiguiendo, literalmente, a *suecas*, la narrativa de la sexualidad se establece en el punto intermedio de los dos bloques que aquí se han diferenciado. Por una parte, por primera vez en una película taquillera aparece representada la homosexualidad, pero será en su vinculación con el modelo de la hipermasculinidad recalciante en tanto que la homosexualidad es una impostura y la resolución narrativa es la del castigo y encauzamiento del varón descarriado. En el final de los años setenta y primeros ochenta, la masculinidad homosexual aparece re-significada en el otro extremo y así, en parte convertida también en *anormalidad*, en hipersexualidad imposible de contener en el modelo de la *Masculinidad*. Aquí, el límite que hace que no afecte al modelo es que en su representación excesiva y un tanto acrítica termina por reforzar el espacio de exterioridad (Mosse, 2000) o de afuera constitutivo que la homosexualidad opera en la estabilización de la masculinidad ideal (Kimmel, 1994). Como analiza J. C. Alfeo Álvarez (2000) habrá que esperar a 1986 para que en *La Ley del Deseo* (Almodóvar, 1986) aparezca una representación de la homosexualidad mucho más medida en la que frente a una homosexualidad de la culpa (encarnada en el personaje de Antonio Banderas) se posiciona una homosexualidad sana y bien vivida (Eusebio Poncela) que



Imagen 4. *La Ley del Deseo*, P. Almodóvar, 1986

sale reforzada por los vericuetos de la narración (imagen 4). El relato de *La ley del deseo* tiene un importante efecto de transformación del acercamiento a la homosexualidad pues, en cierto modo, supone el abandono de los modelos anteriores del jolgorio y la exaltación. La homosexualidad en este filme aparece como elemento de libertad, pero no ya en el exceso que lo certifica como algo *diferente*. Además, el relato de

sale reforzada por los vericuetos de la narración (imagen 4). El relato de *La ley del deseo* tiene un importante efecto de transformación del acercamiento a la homosexualidad pues, en cierto modo, supone el abandono de los modelos anteriores del jolgorio y la exaltación. La homosexualidad en este filme aparece como elemento de libertad, pero no ya en el exceso que lo certifica como algo *diferente*. Además, el relato de

Almodóvar es iluminador para entender cómo, diez años después, es revuelta esa relación con el pasado de las masculinidades vividas y la *Masculinidad*. *La ley del deseo* es un ajuste de cuentas con un pasado castrante y presidido por la Iglesia católica y su doctrina de la culpa ante la homosexualidad. Por tanto vuelve a resonar ese pasado con el que hay que arreglar cuentas y al que se prenden las identidades de género y sexuales.

En cada una de estas tendencias narrativas, convertidas en modas que se amalgaman en torno al *cine del destape*, de un lado, y al *cine de la movida* del otro, se pueden rastrear modelos de masculinidad claramente divergentes pero que, y esto es lo paradójico, conviven en ese espacio del exceso que tendrá dos efectos contradictorios sobre las exposiciones masculinas: la pervivencia de la transparencia y la pluralización de las masculinidades. Por un lado, la construcción discursiva de estos modelos desde la imagen del exceso, ya sea en la hipermasculinidad fallida del machito español, ya sea en la representación de la homosexualidad que de por sí queda en ese *afuera constitutivo* (Hall, 2003; Fuss, 1999) de la *Masculinidad*, apaga su poder de disrupción. Sus representaciones pueden ordenarse como parte de aquello que por definición no es la *Masculinidad* y ahí se diluye su crítica y se apaga su poder de revisión. Por otra parte, en la proliferación de modelos disponibles para el despliegue de los mecanismos de posicionamiento de las masculinidades que se separan de la norma de la *Masculinidad*, se hace más clara la posibilidad de la explosión del modelo único de la *Masculinidad* nacional-católica en un conjunto múltiple de masculinidades que se presentan como posibles a la hora de la encarnación identitaria. Dicho más claro, se puede leer en ellos el paso de la *Masculinidad* a la certificación de las masculinidades plurales, transformación que será central para entender las diatribas de las (des)identificaciones de los varones objeto de estudio desde la primera mitad de los años ochenta. No sorprende entonces que los primeros movimientos de revisión de la *Masculinidad* encarnados por varones se fragüen en este momento como reflejo de esta situación en la que el modelo del pasado se entiende por algunos grupos como irreconciliable con la nueva realidad y necesitado de un trabajo de deconstrucción paralelo a los iniciados por el feminismo. Tampoco sorprende que los esfuerzos pioneros en esta línea se vinculen a la sexología y sus congresos académicos, y así en 1985 en la Societat de Sexologia del País Valencia aparece el

primer grupo de varones a favor de la igualdad (Lozoya et al., 2003). Es revelador como estos grupos –por ejemplo el de Sevilla que comienza ese mismo año– son experiencias puntuales que no encontrarán continuidad hasta los noventa ya que en este momento se forjan en una doble precariedad: se reconocen inmersos en la tradición feminista pero en ella, desde las construcciones más sustantivas que hacen de los varones sinónimo de opresores, no encuentran un espacio cómodo y, además, es el caso del grupo sevillano, la alianza con varones homosexuales pronto se rompe surgiendo grupos separados para heterosexuales y homosexuales. Pueden observarse estas experiencias como buen resumen del campo en el que se dirimen las masculinidades en este periodo: problemáticas y contestadas, las masculinidades empiezan a enfrentarse a la *Masculinidad* reconociendo la sexualidad y las relaciones con las mujeres como los espacios necesitados de revisión y reflejando así los motores del cambio en las (des)identificaciones de los varones heterosexuales de clases medias.

### **5.3. Institucionalización del género: masculinidades desiguales (1983-1989)**

El proceso que se viene describiendo en este capítulo es el de la ruptura del modelo moderno de *Masculinidad*. Las representaciones cinematográficas permiten ver cómo las fisuras que amenazaban con desbordarlo desde finales de los sesenta ahora se revuelven con fuerza y aparecen como tensiones y conflictos identitarios. Si es importante entender la ruptura con la *Masculinidad* no contestada por medio de la revisión histórica y la proliferación de nuevos modelos de hombría, para atender la pluralización de las masculinidades y comprender el modo en el que se opera es necesario detenerse en otro de los ejes que sirven en este periodo para hacer esta transición desde una *Masculinidad* moderna a la fragmentación posmoderna de las identidades masculinas (Gil Calvo, 1997: 196). Entiéndase bien, lo que se defiende es que el largo periodo que comprende de principios de los setenta a los prolegómenos de los noventa puede entenderse como un periodo de transición en las representaciones y encarnaciones de las masculinidades en el que se van sumando factores y componendas de sentidos que ayudan a pensar el cambio de cronotopo de significación de las masculinidades. Es decir, estos desplazamientos interpretados en las representaciones cinematográficas son síntomas de un cambio que no acaba de tomar forma y nombrarse hasta mediados de los ochenta.

ta cuando el género, como nodo conceptual desde el que pensar las relaciones entre varones y mujeres, irrumpe con fuerza en la reglamentación de la vida social y se hermana con las retóricas de la democratización por medio de la presión por la norma de igualdad (Casado, 2002). Por supuesto no se trata de un proceso que comience en estos años y pueden reconocerse sus primeros pasos en el inicio de los setenta cuando el movimiento feminista va ganando en relevancia social y concitando a grupos cada vez más amplios (Escario et al., 1996). Pero del mismo modo que para el caso de las (des)identificaciones femeninas empieza a operar mucho antes representando una apertura en abanico de los modelos en los que mirarse para construir identidad, en el caso de las masculinidades, precisamente por las estrategias de posicionamiento comentadas que tienden a dejar la unidad del modelo moderno intacta y que en el mejor de los casos se rechaza como un todo, no va a ser un elemento tan importante para la mayoría de los varones heterosexuales de clases medias hasta que adopte cierta resonancia social. Por ello, el año 1983 puede verse como punto de inflexión principalmente por la institucionalización del género como parámetro de organización social con la creación del *Instituto de la Mujer*.

Ahora bien, no puede confundirse esta falta de institucionalización del género hasta mediados de los ochenta con una continuidad en las condiciones sociales de mujeres y varones durante estos años. De hecho, la importante paradoja en la que es posible explicar las masculinidades de los noventa se va a fraguar ya en este momento. Junto a la falta de tratamiento de la *Masculinidad* desde un plano más personal y cotidiano, las transformaciones en los modos de

vida y las posiciones de las mujeres son de un profundo calado, lo que deja intuir que necesariamente las relaciones y las identidades de género van transformándose. Es fácil señalar este cambio observando las tasas de actividad entre 1976 y 1989 (tabla 6), siendo

**Tabla 6.** Tasas de Actividad 1976-1989  
Tasas para cada sexo y comparativa (diferencia y masculina expresada sobre femenina)

| Año  | Total | Varones | Mujeres | Diferencia | Varones:    |  |
|------|-------|---------|---------|------------|-------------|--|
|      |       |         |         |            | Mujeres     |  |
| 1976 | 52,11 | 77,57   | 28,53   | 49,04      | <b>2,72</b> |  |
| 1980 | 50,05 | 73,93   | 27,77   | 46,16      | <b>2,66</b> |  |
| 1983 | 49,75 | 71,98   | 28,96   | 43,02      | <b>2,49</b> |  |
| 1985 | 49,02 | 70,44   | 28,96   | 41,48      | <b>2,43</b> |  |
| 1987 | 50,82 | 69,58   | 33,22   | 36,36      | <b>2,09</b> |  |
| 1989 | 50,72 | 68,66   | 33,88   | 34,78      | <b>2,03</b> |  |

Fuente: elaboración propia desde datos INE (EPA, Cuarto Trimestre)

la incorporación al empleo una de las grandes demandas de los feminismos y una de las líneas de intervención institucional prioritaria. Tomando el dato comparado, en el que se expresa la tasa de actividad masculina tomando la femenina como unidad, puede verse una paulatina y sostenida reducción de las diferencias. Ahora bien, si la caída del comparativo en 0,70 puntos indica un importante avance en la igualación, para el final del periodo la situación aún es profundamente desigual y la tasa de actividad masculina es aún del doble que la femenina. Hay que considerar además que parte de lo que recoge esta comparativa no se debe al avance de la incorporación de las mujeres a sino a la caída durante este periodo de las tasas masculinas.

De hecho, y como ya pasara en el repaso de este indicador en el periodo anterior, es necesario ponerlo en relación con las tasas de paro (tabla 7) para percibir el alcance de

**Tabla 7. Tasas de Paro 1976-2000**  
Tasas para cada sexo y comparativa (diferencia y masculina expresada sobre femenina)

| Año  | Total | Varones | Mujeres | Diferencia | Varones:Mujeres |
|------|-------|---------|---------|------------|-----------------|
| 1976 | 4,72  | 4,64    | 4,94    | 0,3        | <b>0,94</b>     |
| 1980 | 12,43 | 11,59   | 14,54   | 2,95       | <b>0,80</b>     |
| 1983 | 17,97 | 16,58   | 21,22   | 4,64       | <b>0,78</b>     |
| 1985 | 21,48 | 19,71   | 25,52   | 5,81       | <b>0,77</b>     |
| 1987 | 19,75 | 15,65   | 27,78   | 12,13      | <b>0,56</b>     |
| 1989 | 16,88 | 12,60   | 25,04   | 12,44      | <b>0,50</b>     |

Fuente: elaboración propia desde datos INE (EPA, Cuarto Trimestre)

esta transformación. Se comprende entonces que el acceso de las mujeres al mercado laboral está presidido por una nueva forma de exclusión que no se sitúa ya en la no incorporación a la actividad sino en la configuración de las mujeres como colectivo vulnerable en tanto que expulsado del empleo en los momentos de inestabilidad. Así pasaba en los ochenta con una economía en crisis y con altas tasas de paro que, aunque afectando a varones y mujeres, se ceban en el caso femenino. Es revelador que el indicador comparativo que en el año 1976 era prácticamente de uno, es decir, mostraba la paridad en las tasas de paro de varones y mujeres aunque sus tasas de actividad fueran profundamente desiguales, para 1989 se sitúa en el 0,50 lo que expresa que el paro femenino era del doble que el masculino. Datos como los repasados muestran que el avance de la igualdad es relativo por no decir que deficiente y que los modos de gestión de las desigualdades se transforman pero se mantienen. Esto es, frente a la exclusión legal de los tiempos del franquismo ahora se puede reconocer un modo más sutil de expulsión trenzado en una serie de actitudes y sentidos sociales que

hacen que en los momentos de crisis, como la vivida en nuestro en los ochenta, sean las mujeres las primeras en caer en situaciones de paro.

Lo que se está describiendo es un cambio en las condiciones materiales en las que se experiencia la hombría. Las transformaciones del mercado laboral pueden entenderse como punta de iceberg de un proceso de revulsión de los parámetros por los que discurrían los posicionamientos masculinos que pueden resumirse en dos nodos imbricados entre sí. El primero tiene que ver con la estabilización de la idea de desigualdad y así el creciente interés por los varones entendidos como una clase de género o una categoría política (Hearn y Collinson, 1994). La producción de indicadores que muestran la situación de las mujeres en nuestra sociedad y, especialmente, el trabajo del *Instituto de la Mujer* se convierte en un mecanismo de inscripción (Latour y Hermant, 1999) en el que los varones se constituyen como categoría. La invisibilidad empieza a quebrarse así ante la evidencia del privilegio. De este modo, en 1988 aparecerá el primer análisis estadístico centrado en *Los hombres españoles* que realiza la empresa Inner para el *Instituto de la Mujer*. Además del interés que representa en tanto que indicador en sí de un cambio en la consideración del género de los sin género al señalarlos en su especificidad desde un trabajo que versa sobre las desigualdades entre varones y mujeres, sus resultados ayudan a rastrear las diatribas de las masculinidades en estos años. Aquí se situaría el segundo nodo que ayuda a pensar las (des)identificaciones de los varones heterosexuales de clases medias en esta época y lo que se desprende de él es **una situación de confusión** en la que la nueva realidad se entiende como absolutamente diferente a la anterior por la incorporación de las mujeres a lo público pero todavía plagada de creencias y actitudes contradictorias y limitantes del cambio. Uno de los puntos que se trabaja en el informe de Inner es, precisamente, esta entrada de las mujeres al mercado laboral y, por medio de una muestra de 1.405 varones, se realiza una encuesta de opinión en la que se valora el acuerdo o desacuerdo con una serie de afirmaciones.

Algunas de ellas (tabla 8) ayudan a esclarecer esta confusión. Así, mientras el 86% de los encuestados están de acuerdo con la afirmación de que trabajar, fuera del hogar, es tan importante para los varones como para las mujeres, ya se deja entrever cierta ambivalencia en el hecho de que un 38,9 siga pensando que es mejor que la mujer no tra-



**Tabla 8.** Actitudes de población masculina frente a los cambios en la situación laboral de las mujeres y las relaciones familiares

| Actitudes ante el trabajo remunerado de las mujeres y la familia                                      | De acuerdo | En desacuerdo | Indiferente/<br>Sin respuesta |
|---|------------|---------------|-------------------------------|
| El trabajo es tan importante para la mujer como para el hombre  | 86,0       | 10,3          | 3,7                           |
| Es mejor que la mujer no trabaje, su puesto está en la casa   | 38,9       | 55,4          | 5,8                           |
| La situación de paro es menos importante en el caso de la mujer que en el hombre                      | 48,8       | 41,3          | 10,0                          |
| Lo mejor para la relación de pareja es que ambos trabajen fuera de casa                               | 29,8       | 52,5          | 17,8                          |
| A menos que lo necesite económicamente, la mujer con niños pequeños no debería trabajar fuera de casa | 61,3       | 32,9          | 5,8                           |
| La mujer tiene instinto para cuidar los hijos que el hombre no tiene                                  | 78,9       | 15,9          | 5,2                           |
| Es responsabilidad exclusiva del hombre ejercer la autoridad de la familia                            | 40,0       | 52,3          | 7,7                           |
| En cualquier caso, el hombre es el responsable de la base económica de la familia                     | 53,7       | 40,9          | 5,5                           |

Fuente: Elaboración propia desde tablas estudio Inner, 1988 (páginas 52-55)

puede ayudar a mantener una interpretación en esta línea. Los *niños pequeños* aparecen como ese límite que explica la diferencia de situación que se espera o ve como deseable en mujeres y varones. De nuevo aparece una diferencia que radica en la naturaleza de los cuerpos, aquí nombrada desde el *instinto maternal* que reconocen un 78,9% de los entrevistados, y que está en la base de la organización de las relaciones de desigualdad. Se puede así señalar un remanente que se sitúa en los cuerpos y su naturaleza diferencial (Laqueur, 1994) para dar cuenta y justificar las desigualdades como efectos de la diferencia.

En resumen, se puede situar aquí la paradoja que engendra la transparencia de la *Masculinidad* en el momento en el que su ordenación social deja de ser viable en su grosero segregacionismo sexual y ha de enfrentarse a sus puntos negros desde la imposibilidad de nombrarse por sí misma. De este modo, tanto en la encuesta de Inner (1988) como en las entrevistas que realizadas en el trabajo de campo de esta investigación, los varones reconocen un profundo cambio por la entrada de las mujeres al mercado laboral que, por ejemplo, les lleva a señalar que:

baje y que su puesto está en la casa. Del mismo modo, el paro se entiende de menos importante en las mujeres –48,8%– y el trabajo asalariado de los dos miembros de la pareja se ve problemático –un 52,5%–. En este sentido se puede pensar que la transparencia de las posiciones masculinas queda intratada y el siguiente par de items

«Esa familia que empezaba [en los ochenta], algo era diferente. Por ejemplo, mi primera mujer era mujer trabajadora de fuera de casa. En eso ya se diferenciaba de mi madre» (Entrevista con Abogado, 46 años)

Ahora bien, su gestión o revisión para dar con modelos más igualitarios en lo cotidiano se encuentra limitada por una serie de creencias que no se revisan a la par. Volviendo al último par de ítems que se recogen en la tabla 8, se puede ver cómo la realidad de disolución de la autoridad del *pater familias* que se desprende de esta transformación en las condiciones de vida de las mujeres y en el avance de la norma de igualdad que los agentes sociales asocian con esta entrada a de las mujeres al mercado de trabajo se matiza y contiene por una serie de afirmaciones que apuntan en otra dirección. Aunque la mayoría –un 52,3%– de los entrevistados por Inner (1988) plantea que la autoridad no ha de residir sólo en el padre de familia, aún hay un 40% de los entrevistados a favor de que así sea y las cifras aún son más extremas cuando se cuestiona el rol de varón proveedor sobre el que orbitaba el modelo de la *Masculinidad*. Y es que en estos años, y auspiciado en la incorporación del género a la agenda política, el modelo de familia que sostenía la *Masculinidad* nacional-católica muestra sus fisuras con fuerza. Ya no es un asunto de separarse en lo simbólico o de relacionarlo con un pasado atávico; es que el propio cambio legal hace que el sustento de la *Masculinidad* se fluidifique dejando a los varones ante un imposible si pretende apoyar sus procesos de exposición en aquel modelo. Son muchas las revisiones legales que inciden en las formas de relación entre varones y mujeres: la disolución de delitos como el adulterio, la igualdad legal en la Constitución de 1978, legalización de los anticonceptivos, regulación del aborto... Pero quizás el divorcio, por su importancia en el primer programa de los movimientos feministas (Escario et al., 1996) y por la revulsión que representa para el modelo social de la *Masculinidad*, sea un buen ejemplo de este proceso. Aprobado en 1981 (Ley 30/1981 de 7 de julio) juega un importante papel en la re-ubicación, o más bien, la desubicación de los varones en este momento.

Es interesante observar que las tasas de rupturas matrimoniales sobre enlaces (tabla 9) permanecen prácticamente estables y en torno a los 20 puntos durante todo el periodo, tasas relativamente bajas si se comparan con las que se producen al final del lapso de tiempo que atiende esta tesis y que se sitúan por encima del 47%. Por eso es más rele-

**Tabla 9.** Evolución relación de las rupturas sobre el número de matrimonios (1982-1990)

| Año  | Rupturas | Matrimonios | Rupturas:<br>Matrimonios |
|------|----------|-------------|--------------------------|
| 1982 | 38.908   | 193.319     | 20,13                    |
| 1983 | 38.957   | 196.155     | 19,86                    |
| 1984 | 39.880   | 197.542     | 20,19                    |
| 1985 | 43.337   | 199.658     | 21,71                    |
| 1986 | 46.787   | 207.929     | 22,50                    |
| 1987 | 52.479   | 215.771     | 24,32                    |
| 1988 | 55.689   | 219.027     | 25,43                    |
| 1989 | 57.818   | 221.470     | 26,11                    |
| 1990 | 59.538   | 220.533     | 27,00                    |

Fuente: Elaboración propia desde datos del Instituto de la Mujer y el INE

(des)identificación en los cauces de la exposición en una transparencia incuestionada.

#### 5.4. La transparencia como resistencia

Los años setenta y ochenta son años de una verdadera convulsión en lo sociopolítico en general y en los marcos de sentido en torno a las relaciones e identidades de género en particular. Quizás por ello sorprende más el desplazamiento sólo tentativo y parcial de las (des)identificaciones masculinas en este periodo. Entiéndase bien, no se está diciendo que las diatribas masculinas se diriman en los mismos términos que en los últimos años del franquismo, lo que sorprende es que los procesos de cambio aún afectando a los mecanismos e instituciones básicas de la exposición masculina tal y como se pensaba en el tardofranquismo –la familia y la autoridad del padre, la sexualidad controlada y regulada por la moral católica, el trabajo remunerado del varón proveedor...–, se resuelvan en una especie de exterioridad que deja intratados los principales parámetros de la *Masculinidad* y en pocos aspectos llegue a una revisión del modo en el que se despliega la hombría en lo más micro y relacional. Una componenda de este tipo es posible, como se ha repasado, por la relación con la temporalidad de la *Masculinidad* que se atiende como un todo que pertenece a un pasado y sigue manteniendo sus excesos como *afueras constitutivos* (Hall, 2003). A ello ayuda el modo en que se incorpora el género a la agenda sociopolítica. Los movimientos feministas y el feminismo institucional siguen funcionando por medio de categorías estancas. Se habla de la situación de las mujeres y los varones, se cifran sus avances en tanto que grupos y pocas veces se atiende al carácter relacional en el que se resuelven, por medio de las dinámicas de

vante la cantidad de discursos que se producen en torno a este tema, entre los que no falta la pantomima cinematográfica dirigida por M. Ozores (*Que gozada de divorcio*, 1981), y que permiten ver cómo el modelo de la *Masculinidad* es amenazado por cambios que se suman a la confusión de unos varones que ya no pueden desarrollar sus procesos de

exposición, las identidades de género. En este sentido es interesante la interpretación de L. Méndez cuando plantea –pensando en esta institucionalización del género– que:

«Entender el “género” en términos relacionales conlleva no transformarlo ni en objeto natural, ni en objeto cultural, e implica preguntarse “cómo las diferencias son creadas por las relaciones de género (...) en vez de enfatizar y contrastar diferencias supuestamente dadas entre mujeres y hombres” (Rosaldo 1980:401)» (Méndez, 2005: s.p.)

Esto es lo que falta en este momento. Porque la apreciación de la masculinidad se va a forjar en la imposible y contradictoria relación entre una ideología que es crítica con la desigualdad y aporta discursos para pensarla y una experiencia de la propia marca de género desde la invisibilidad de la transparencia. Las posiciones se presentan tan cerradas en las categorías de opresores (masculinos) y oprimidas (femeninas) que la encarnación de las masculinidades resulta profundamente problemática para aquellos varones que pretenden unas relaciones diferentes:

«Bueno, el saber eso te genera conflicto, depende de cómo lo vivas o cómo te atañe o cómo lo enfoques tú o cuáles son tus puntos de vista, ¿no? Eso puede ser un conflicto si tu idea o tu pensamiento es que tienes que tratar..., es cambiar las cosas para que cambie eso también, ¿no?, para cambiar que hay una discriminación ahí, que hay un abuso [...] Piensas una cosa, haces de otra, y vives otra. Porque ahí te mueves en ese mundo también que las cosas no son como te gustaría a ti, no son de color de rosa, pero a lo mejor tampoco haces lo necesario para, para como quieres las cosas, porque no puedes. Es una fuente de conflictos, a parte, digo, no solamente en tu vivencia que puedas tener problemas, o no, con la gente que te rodee, con tu pareja y eso, sino en tu coco» (Entrevista con Técnico Metalurgia, 56 años)

El artefacto del género, desde la reflexividad institucional que propone Méndez se convierte así a la vez en mecanismo en el que nombrar las desigualdades y por tanto en mecanismo para avanzar en la deconstrucción de la *Masculinidad* y en cortapisa para una revisión más en profundidad de los modos de vivir la hombría. Los varones –sobre todo los posicionados a la izquierda e inmersos en grupos de militancia sociopolítica– van a vivir en estos años, si atendemos a los discursos de las entrevistas, una especie de presión por hacerse más igualitarios y afines al discurso feminista pero siempre desde un acercamiento general en el que no se consideran los modos de relación:

«No te podías oponer, por supuesto, porque era lo políticamente correcto, pero no le veías de ninguna forma una vertiente más allá de las cosas que iban en los papeles, o sea, no veías como eso tenía una práctica en tu vida [...]. Pero el *pressing* era

alto, pero más ideológico, más de cómo había que incluir las reivindicaciones de las mujeres, las desigualdades...» (Entrevista con Sindicalista liberado, 56 años)

Desde aquí es posible dar cuenta de los dos mecanismos en los que se resuelve la transparencia de la *Masculinidad* en este momento. Por una parte, y como se ha argumentado, **las masculinidades vividas se ven inmersas en una confusión** debido a la imposibilidad de hacerse con una identidad desde modelos alternativos y así asumiendo de modos diversos esa relación problemática con la figura de la opresión en la que son contadas por los discursos sociales emergentes. Por otra parte, es fácil ver como una lógica del posicionamiento y la autoafirmación en las estrecheces de este marco de sentido termina por hacer de **las masculinidades un espacio de resistencia al cambio**: en tanto que no existe la posibilidad de hacerse con una identidad correcta e independiente desde nuevos parámetros, la vuelta a los gestos y poses de la *Masculinidad* resulta la salida más sencilla a la hora de operar la autoafirmación identitaria. En la conjunción de estos dos elementos se pueden entender las incoherencias entre las actitudes que se rescataban del estudio de Inner (1988) y dar cuenta de cómo ciertos valores tradicionales se siguen manteniendo por un buen número de los entrevistados.

La traslación de esta componenda a lo cinematográfico no se hace esperar. Son muchos los filmes que pueden ejemplificar esta situación; se pueden rescatar dos de las producciones de mayor éxito comercial del momento para señalar este cierre. En *Sé infiel y no mires con quién* (Trueba, 1985) se aventura una de las tendencias que más adelante tomará fuerza y que consiste en la reducción de las relaciones de género a una *lucha de sexos* en la que varones y mujeres son explicados en sus naturales diferencias. El relato de Trueba es interesante pues recoge bien algo de esa libertad que se entiende cambia todo y a la vez su narración se centra en las relaciones entre los géneros. *Sé infiel...*(imagen 5) cuenta la historia de Fernando (Antonio Resines) y Paco (Santiago Ra-



Imagen 5. *Sé infiel y no mires con quién*, F. Trueba, 1985

mos). Fernando es un varón responsable y feliz en su matrimonio que incorpora bien esa confusión en la que se encuentran los varones que se pretenden adaptar al cambio, Paco representa a una nueva masculinidad centrada en

el éxito económico y sexual que se resuelve en la encarnación de un nuevo hombre de negocios sin demasiados escrúpulos en lo laboral y una vida marital infiel. Es interesante cómo en Carlos se aventura un mecanismo de posicionamiento afín con el nuevo tiempo. Separado del antiguo modelo de *Masculinidad*, su hombría pasa por una especie de exaltación de algunos de sus principios pero sin las cortapisas de la moralidad social. En la masculinidad de Paco no están los anhelos de la sociedad –en el sentido que señala Mosse para entender el estereotipo moderno de hombría (2000)– que empiezan a ser sustituidos por una lógica mucho más individualista. La masculinidad se prende al éxito, sexual y económico, quedando así convertida en sus gestos. Se empieza a intuir la lógica que se instaurará en los noventa y se reconoce esa *cultura del pelotazo* propia de estos años y que en absoluto es ajena al despliegue de las masculinidades vividas y esa presión por el éxito como uno de sus hitos visibles (Brannon y David, 1976). Pero además, en *Sé infiel...* los personajes femeninos no quedan a la zaga. Sin detenerme en ellos, las esposas de Paco y Fernando (interpretadas por Carmen Maura y Ana Belén), reproducen los mismos posicionamientos que sus maridos. No son ya mujeres sumisas y preocupadas por el buen encauzamiento de sus esposos. Son mujeres independientes que entran a los mismos juegos. De hecho, y aquí es donde se deja ver esa confusión que preside las masculinidades en este momento, la resolución del filme tras un enredo en el que Fernando y su esposa son acusados de las infidelidades de la otra pareja, pasa por la reclusión de Fernando en la oficina incapaz de imponer su verdad y apocado ante el rechazo de su esposa. En la última escena (imagen 6), el matrimonio se reconcilia en una conversación que no oímos y vemos a través de una ventana y en la que la mujer lleva la voz cantante, resolviendo la discusión al arrastrar a Fernando por la corbata. Las masculinidades se trazan como débiles y confusas; aún es más claro el caso de *Mujeres al borde de un ataque de nervios* (Almodóvar, 1989) en el que el personaje de Carlos (Antonio Banderas) se mostrará como un pelele a las órdenes de su madre Lucía (Julieta Serrano), de su novia



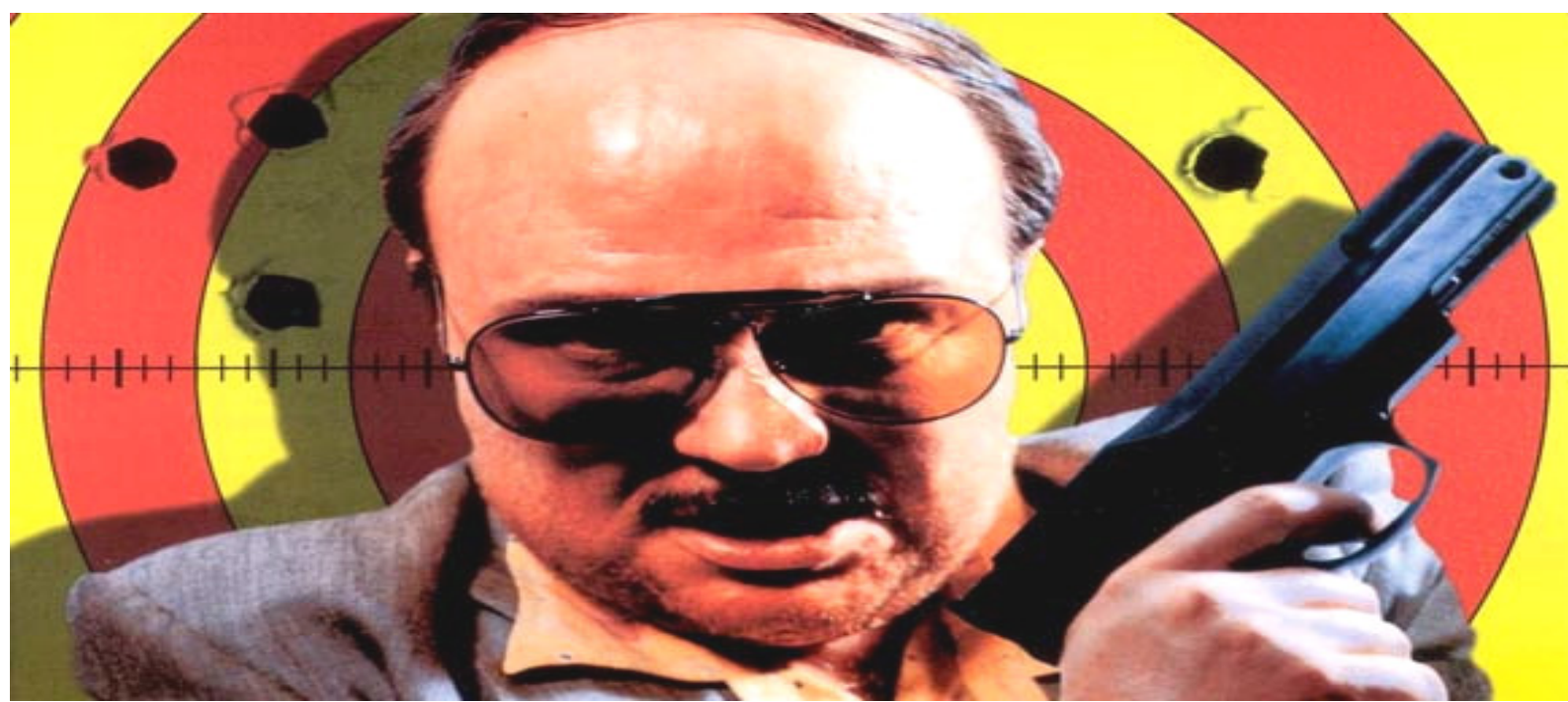
**Imagen 6.** *Sé infiel y no mires con quién*, F. Trueba, 1985

Marisa (Rossy de Palma) y de Pepa (Carmen Maura), la amante de su padre. Es interesante como, también en tono de comedia, su masculinidad entra en escena desde cierta posición pusilánime que contrasta con la de su padre, adaptación del modelo tradicional de nuevo desde el éxito sexual. Carlos es un nuevo modelo de hombre con unas relaciones con las mujeres de su entorno desde cierta subordinación. Si en *Furtivos* (Borau, 1975) la masculinidad tenía que imponer su independencia, al final del periodo la masculinidad no se erige como con la posibilidad de protestar. Más allá de la verosimilitud del personaje, en él resuena algo de las tensiones de la época y las líneas por las avanzarán en los noventa.

En definitiva, en este periodo, de transición entre la transparencia armónica moderna y la transparencia quebrada postmoderna que se verá en el siguiente capítulo, la *Masculinidad* conserva su transparencia. Por ello se puede hablar del devenir de la transparencia en resistencia tanto para las demandas de cambios sociales como para la vivencia de las masculinidades. Los varones heterosexuales de clases medias, enredados en sus (des)identificaciones con el modelo moderno, se encuentran ante un problema imposible de resolver en sus términos. Preservada la diferencia como natural, construidas las posiciones sociales de varones y mujeres como sustancias, sólo queda esa imagen de la lucha de sexos para explicar los propios posicionamientos y para dar sentido a la implicación –más bien la nula implicación– en el cambio:

«Es que los hombres para mí..., mis amigos por ejemplo mi entorno, han estado y *están muy cómodos*, es que nosotros estamos muy cómodos siempre. Otra vez volvemos a la economía, solemos tener un trabajo, solemos tener un salario lo que nos da independencia y solemos estar muy cómodos porque, fíjate, siempre estamos con lo que ellas tienen que conseguir [...] Y nosotros ¿qué tenemos que conseguir nosotros? Nosotros no tenemos que conseguir nada. Nosotros podemos perder. Entonces qué cambio quieres que haga el hombre si lo único que podemos hacer es perder esa situación privilegiada de vivir como un rey en un sillón donde la mujer te hace de comer, donde la mujer te hace...» (Entrevista con Profesor, 38 años)

La transparencia se hace resistente en tanto que no se ve que los varones cambien sus modos de vida en pos de la igualdad, y a la vez deviene resistencia porque sin la capacidad de ser hablada, articulada o analizada las peticiones para su revisión no pueden más que caer en saco roto o, en el mejor de los casos, articularse como un contenido ideológico que se asume desde la exterioridad de los valores abstractos.



Detalle del cartel promocional de *Torrente, el brazo tonto de la ley*, Segura, 1998

*Capítulo Sexto*

***MASCULINIDADES DICHAS: LA EMERGENCIA DE LA MARCA***

***Crisis, tozudez y quiebra***

***1990-2000***

«A los hombres les cuesta reconocer en el lugar que han estado y están»

(Entrevista con Técnico de Metalurgia, 56 años)

«Tú estás viviendo ahora una resaca de eso, que no puedes obviarla y muchas veces, yo qué sé, yo hablo con gente joven... que habla de algún tema político en ese sentido o lo que sea, y como que no le interesa, como que... A mí es una cosa que a veces no... no lo entiendo porque... no sé»

(Entrevista con Técnico de Iluminación, 32 años)



La transparencia de la *Masculinidad*, ya sea en el momento de su apacible *verdad* no contestada, ya sea por medio de las estrategias de contención, rechazo o resistencia, funciona como mecanismo de estabilización de las encarnaciones masculinas. Ésa es la principal conclusión que se desprende del repaso de las representaciones y auto-representaciones de las masculinidades entre los sesenta y los ochenta. En ningún caso esta afirmación apaga las posibilidades de cambio y tampoco niega los mecanismos de posicionamiento y articulación (Hall, 2003) implicados en la estabilización de las masculinidades vividas. Pueden intuirse en la revisión de los años ochenta en torno a los nodos de la sexualidad y la igualdad de género: en las pugnas representacionales que se han descrito se ha ido señalando cómo las masculinidades expuestas iban parejas a los cambios relacionales y estructurales. Y es que, como se recogía de Hearn (2004), la masculinidad sólo es aprensible en ese trémulo nudo en el que pueden pensarse como producto de las representaciones de género disponibles en un tiempo-espacio determinado a la vez que productoras de ese marco de sentido. A esto apunta la idea de exposición. En ella, tan importantes como las representaciones posibles en un momento dado, son los procesos de su encarnación. Más perdidos o diluidos en el repaso de los periodos históricos precedentes por la propia naturaleza del material analizado –véase la introducción a esta segunda parte–, ahora es posible recalar en ellas. En este sentido, en el cierre de esta cartografía de las representaciones y encarnaciones de la virilidad española la tarea es doble: por una parte, repasar los procesos de la década de los noventa que explican las diatribas actuales de las masculinidades en tanto que conectadas con una quiebra de la transparencia moderna de la *Masculinidad*, y por otra, considerar cómo en ellos se condensan los procesos descritos y permiten explicar los modos en los que los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias están *haciéndose con hombría*, están encarnando masculinidades. La hipótesis subyacente que ordena estas tareas y las considera como imbricadas es que el relato trazado de las transformaciones en las representaciones de las masculinidades, más que a una línea, se asemeja a un nudo de tensiones y avances contradictorios en la consideración relacional de las masculinidades, tomando la familia como ámbito de despliegue (Morgan, 2001), las relaciones sexuales y su *exceso* como envite, y las desigualdades sociales por razón de género como indicador y referente simbólico. Por tanto, el final de la periodización permite

retomar, ya haciendo entrar las conclusiones del trabajo de campo cualitativo en todo su grosor, a los agentes sociales en sus procesos expositivos, esto es, en las dinámicas de (des)identificación que ayudan a entender tanto el carácter encarnado en el que se resuelven los modelos identitarios (de Lauretis, 1992) como las especificidades concretas que adopta en el caso de nuestro país. Se precisa por tanto de un cambio de tono en la argumentación posibilitado por el material disponible y más cerca de los objetivos de investigación e hipótesis de trabajo. Dicho más claro, en este capítulo el encuentro de las representaciones y encarnaciones de la virilidad se hace efectivo, poniéndose el acento y dirigiendo la argumentación a una contrastación de las hipótesis.

Desde esta perspectiva, los años noventa resultan de especial interés para el análisis que aquí se plantea pues van a ser los años en los que las masculinidades como tales se nombran y transitan los discursos sociales. Atrás quedan las estrategias de su contención así como los giros en los que las masculinidades se toman como un todo, como modelo cerrado, que es negado sin entrar a su consideración relacional. Surge así un nuevo marco interpretativo en el que la referencia a *las nuevas masculinidades* o a *la crisis de la masculinidad* se convierte en referente común y mediático, también incorporado a los discursos sociales de los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias:

«Que llega a lo mejor el tema de los divorcios, de gente que se divorcia y ahí se ve clarísimamente que el hombre sufre una crisis de la hostia; es incapaz de asumir nuevos valores o de ver su parte» (Entrevista con Formador ocupacional, 38 años)

El género de los sin género aparece así en escena. La marca genérica de la masculinidad es señalada (Robinson, 2000) dentro de un proceso más amplio de transformación de los modos de vida y gestión de la intimidad (Giddens, 1998) y de revisión de los marcos de sentido y las retóricas de legitimación modernos (Lyotard, 1998). Ahora bien, no se puede entender estos desplazamientos desde la imagen de la ruptura. Como se ha repetido, las tensiones de las masculinidades vividas se experimentan desde la condensación y el bucle; los conflictos pocas veces se apagan y amenazan con reaparecer continuamente en nuevas formas que tanto representan avances como pasos atrás. Los problemas se resignifican, lo que demuestra su cambio, pero no se superan en tanto que el sustrato relacional pocas veces es alcanzado por la crítica. La transparencia se convierte así en freno y por ello en el momento de su emergencia, cuando es señalada en la marca

de género de los varones, arrastra a la conformación identitaria una especie de resumen de las tensiones pasadas que se rearticulan en los *modos de hombría* actuales. Para desgarrar las aristas de este proceso es preciso inmiscuirse en su desarrollo histórico situado ya que se produce y desplaza en diferentes componendas representacionales que de nuevo responden a cambios en los modos de vida.

El inicio de los años noventa representa un cambio en la apreciación simbólica que los agentes sociales tienen sobre su pasado reciente. Los noventa se inician enredados en la celebración de los grandes fastos del 92 –Juegos Olímpicos de Barcelona y Exposición Universal de Sevilla– que certificaban la conexión y proyección internacional de España. Si bien es cierto que desde el año 1986 el país formaba parte de la Comunidad Económica Europea –antes de devenir Unión Europea–, los eventos del 92 representaban esta internacionalización. También en el inicio de los noventa se asiste a las primeras emisiones de las televisiones privadas, lo que terminaba con el modelo de televisión estatal y el canal prácticamente único y hacía ver el país como más próximo al resto de Occidente. Quizás más sutil pero interpretable en esta misma línea es el resultado de las elecciones generales de 1989 que, aunque ganadas por el PSOE y dando como resultado el continuismo de F. González al frente del gobierno, marcan un cambio por la reducción de las diferencias con el principal partido de la oposición, el Partido Popular. Lo que puede ayudar a ver cómo esa alianza o ‘luna de miel entre socialistas y opinión pública’ (Juliá, 2007: 286) que se fragua en el inicio de la democracia empieza a dar paso a otra forma de entender el pasado y el futuro. La referencia no es ya el abandono del sistema franquista y, en cierto modo, la transición se entiende como elaborada. Las elecciones de 1989 son también las de la quiebra de ese modelo de masculinidad del éxito y el ‘pelotazo’ en tanto que la campaña del Partido Popular, y en cierta medida del resto de los partidos de la oposición, se basa en la denuncia de los casos de corrupción y trato de favor en el seno del gobierno de González. Algo estaba cambiando; los modelos se estaban desplazando y ya no servía el pasado como referente único en el que fraguar la consideración de las masculinidades. Dicho en breve, en los noventa la retórica del proceso de modernización deja de operar en tanto se da por acabado, las modas artísticas y culturales entran en el tropo de la postmodernidad (Monleón, 1995) y los estilos de vida

empiezan a parecerse más a los del resto de Occidente en su proceso de postmodernización (Jameson, 1996).

Deteniéndose en las relaciones de género y la situación social de varones y mujeres también el escenario es distinto. Puede dar buena muestra de ello una comparativa de los datos laborales a lo largo de las décadas estudiadas. La paulatina incorporación de las mujeres al mercado laboral queda reflejada en la *tasa de actividad comparada varones:mujeres* si se observan datos desde 1960 a 2000 (tabla 1). Si en el inicio del periodo

estudiado la tasa de actividad masculina era 3'55 veces la femenina y en 1975 seguía representado una relación de 2'77, para 1990 baja por debajo de la barrera simbólica del dos –situándose en 1'98–, es decir deja de estar por encima del doble, y para el final de la dé-

**Tabla 1.** Tasas de Actividad 1960-2000  
Tasas para cada sexo y comparativa (diferencia y masculina expresada sobre femenina)

| Año  | Total | Varones | Mujeres | Diferencia | Varones:Mujeres |
|------|-------|---------|---------|------------|-----------------|
| 1960 | 52,70 | 84,40   | 23,80   | 60,6       | <b>3,55</b>     |
| 1970 | 51,20 | 81,60   | 23,80   | 57,8       | <b>3,43</b>     |
| 1975 | 51,50 | 77,50   | 28,00   | 49,5       | <b>2,77</b>     |
| 1980 | 50,05 | 73,93   | 27,77   | 46,16      | <b>2,66</b>     |
| 1985 | 49,02 | 70,44   | 28,96   | 41,48      | <b>2,43</b>     |
| 1990 | 50,96 | 68,43   | 34,56   | 33,87      | <b>1,98</b>     |
| 1995 | 51,01 | 64,97   | 37,86   | 27,11      | <b>1,72</b>     |
| 2000 | 53,98 | 66,88   | 41,76   | 25,12      | <b>1,60</b>     |

Fuente: elaboración propia desde Garrido, 1993 y datos INE (EPA IV Trim.)

cada de los noventa se sitúa en el 1'6 con una tasa de actividad masculina del 66'88 y una tasa femenina del 41'76. Puede por tanto comprobarse que en los cuarenta años estudiados las tasas de actividad masculina bajan 17,52 puntos, lo que ayuda a pensar cómo lo laboral va perdiendo peso en la definición de las masculinidades vividas; y, en paralelo, la subida en una proporción similar –17,96– de la tasa femenina permite comprender que la posición de las mujeres es bien distinta a la que se reconocía en el modelo tardofranquista e incluso en los ochenta.

Lejos de tratarse de la panacea, y como bien reconocían la mayoría de los entrevistados, la pretendida igualdad es más compleja y sus avances más erráticos que la línea de progreso que dibuja este indicador. Así lo expresaba uno de los entrevistados:

«Yo veo que hay más igualdad, pero realmente después lo que pasa, que te... Cuando ves las noticias, cuando ves cosas de esas, te das cuenta de que..., bueno, por lo menos estadísticamente te dicen que ganan menos dinero, que tienen peores trabajos... Entonces te das cuenta de que..., de que no la hay, ¿no?, de que no existe. Hay puestos de trabajo de los que además se ve un poco, o se puede ver a veces, ¿no?, en empresas, o amigas que te cuentan y no sé qué... O sea, que realmente yo creo que no la hay del todo, ¿no? pero... yo creo que, bueno, que están recorriendo

un camino que lo conseguirán. Y lo conseguirán además porque las mujeres están copando actualmente pues, incluso a nivel de estudios y cada vez más, puestos de responsabilidad, que les está costando un montón, y yo creo que actualmente no la hay. Hay una pequeña minoría, que yo creo que sí, ya están como igualadas, porque han conseguido, eh, tener un estatus profesional o personal y eso que... pero... pero no es la mayoría» (Entrevista con Técnico Iluminación, 32 años)

La igualdad se compone así en un nodo complejo de enunciar. Reconocido su avance e incluso resultando inapreciable la desigualdad en el entorno próximo, los datos de que se disponen y la información mediática sobre el tema apuntan a una realidad diferente. Como resuena en muchas de las entrevistas y grupos de discusión, el camino recorrido ha sido amplio pero no se ha conseguido la igualdad; aún queda mucho por hacer. En ese sentido, el dato de la tasa de actividad puede matizarse recurriendo a las tasas de paro y su comparación *varones:mujeres* en el mismo periodo de tiempo (tabla 2). Enton-

| <b>Tabla 2. Tasas de Paro 1960-2000</b>  |       |         |         |            |                 |
|--|-------|---------|---------|------------|-----------------|
| Tasas para cada sexo y comparativa (diferencia y masculina expresada sobre femenina) |       |         |         |            |                 |
| Año  | Total | Varones | Mujeres | Diferencia | Varones:Mujeres |
| 1960   | 1,50  | 1,65    | 1,02    | 0,63       | <b>1,62</b>     |
| 1970   | 1,37  | 1,50    | 0,96    | 0,54       | <b>1,56</b>     |
| 1975   | 4,66  | 4,52    | 5,01    | -0,50      | <b>0,90</b>     |
| 1980   | 12,43 | 11,59   | 14,54   | 2,95       | <b>0,80</b>     |
| 1985   | 21,48 | 19,71   | 25,52   | 5,81       | <b>0,77</b>     |
| 1990   | 16,09 | 11,74   | 24,17   | 12,43      | <b>0,49</b>     |
| 1995   | 22,76 | 18,03   | 30,41   | 12,38      | <b>0,59</b>     |
| 2000   | 13,42 | 9,29    | 19,68   | 10,39      | <b>0,47</b>     |

Fuente: elaboración propia desde Garrido, 1993 y datos INE (EPA IV Trim.)

ces el optimismo que arroja el dato de la tasa de actividad se sofoca al comprobar que la paulatina incorporación de las mujeres al mercado laboral se acompaña de un crecimiento sostenido del paro femenino que pasa del 5,01 en 1970 al 19,68 en 2000. Llama la atención que en los momentos de crisis económica –por ejemplo, en el inicio de los ochenta y en torno a la crisis de 1993– el dato del paro femenino se dispara. Esto ayuda a observar cómo algo de las antiguas lógicas de la segregación de tareas por géneros persiste incluso en los noventa y cómo el mercado laboral expulsa a las mujeres en los momentos de ajuste. A nivel más general, al detenerse en datos como los repasados en estas tablas se comprueba la complejidad en la que se trazan las percepciones de la igualdad social por razón de género y se alcanza algo de esa perplejidad que se instala en los discursos de los varones entrevistados y, por extensión, en los procesos de representación y encarnación de las masculinidades a partir de los años noventa. La antigua transparencia armónica del franquismo y su disolución acrítica en una masculinidad que se terminará entendiendo como resistente en los años ochenta, va a girar de nuevo sobre

su eje para convertirse en una forma de particularismo. Las masculinidades se entiende que han pasado por ese proceso de refinamiento –casi en el sentido que da Elias (1987) a esta noción– que las aparta del machismo más reticente al menos como conjunto. Por tanto, la remanencia de tozudeces o puntos de enrocamiento de la masculinidad en sus parámetros más extremos se va a entender como una opción *personal*:

«Veo como que hay gente que lo está asumiendo de forma natural pero otros no, lo ven como una obligación, como una, joer, o sea, me están..., me están bombardeando por todos los medios: televisión, radio, periódicos, revistas... con que el hombre tiene que compartir con la mujer las tareas de la casa y tareas de esto, pero no es de forma natural, no es de forma asumida, sino que es más..., más artificial» (Entrevista con Administrativo, 30 años)

El efecto de esta percepción es que de nuevo es posible trazar un límite entre una masculinidad bien entendida y revisada y otra que se ha quedado atrás en la línea del progreso y por eso muestra su cara más ruda. Más allá de que aquí se pueda reconocer y afirmar un cambio efectivo en las relaciones que establecen varones y mujeres, sería un error considerar como buena la interpretación de muchos de los entrevistados de la disolución parcial de la masculinidad. Detrás hay una estrategia que de nuevo devuelve a la transparencia y que consiste en que mientras se pueda señalar la ajena hipermasculinidad machista o violenta, la propia masculinidad podrá quedar a resguardo de revisiones profundas. Recordando lo argumentado al final del capítulo anterior, mientras las masculinidades, y en especial la propia forma de masculinidad, se separa de lo relacional, ese trasfondo transparente queda de algún modo en suspenso, separado del currir social y por tanto preservando la creencia en una diferencia natural entre los varones y las mujeres.

### **6.1. Señalar la *Masculinidad*: entre el machismo y las nuevas masculinidades (1990-1996)**

A principios de los noventa se puede reconocer un nuevo desplazamiento en las representaciones de las masculinidades. Las masculinidades se encuentran por primera vez observadas en sí mismas. Ya sea en su representación cinematográfica, ya sea en la auto-representación de los agentes, tanto la *Masculinidad*, enredada con la idea de machismo, como las masculinidades vividas y efectivas se enfrentan de modo directo con las consecuencias de la *hombría* en tanto que marca de género. Dicho más claro, las mas-

culinidades devienen problemáticas. Siempre a expensas de la transformación impulsada por el avance de la igualdad y la incorporación de las mujeres a lo público (Kimmel, 2008), los discursos de los varones entrevistados señalan un profundo proceso de cambio que en cierto modo los alcanza y descoloca. En línea con lo que se comentaba en el inicio de este capítulo y precisando su incidencia en la componenda de las masculinidades, el *progreso* en las relaciones de género se entiende como imparable y abierto y así como origen de una revulsión de las antiguas certezas que termina por desestabilizar las posiciones masculinas:

«Hemos pasado unas etapas muy fuertes de cambios, muy fuertes, que ha habido gente que las ha asumido, se ha hecho con ellas y gente que no las ha asumido, pero que no se ha parado esto en las tres generaciones que estamos contando, si no que en la siguiente va a seguir aumentando, tal vez al mismo ritmo, al mismo ritmo [...]. Ya tenemos ahí la ley de los *homosexuales* y todo» (Entrevista con Profesor jubilado, 62 años)

Desde una interpretación de este tipo se pueden entender las transformaciones de las representaciones cinematográficas de las masculinidades como una asunción de la nueva realidad. En los noventa, una serie de narrativas filmadas van a encarar, por primera vez, la masculinidad como su objeto de escrutinio<sup>1</sup>. Entiéndase bien, no es que antes no hubiera aparecido la masculinidad en la pantalla; ya se ha visto cómo más allá de su representación transparente y no nombrada del tardofranquismo, los años setenta y ochenta producen una cinematografía en la que las masculinidades ocupan su centro por medio del esperpento en el cine del destape que tan bien representan Andrés Pajares y Fernando Esteso o en la exaltación de nuevos modos de masculinidad ya sea desde la figura de la homosexualidad —e.g. *La Ley del Deseo* (Almodóvar, 1986)—, ya sea por la proliferación de nuevos modelos urbanitas y centrados en el éxito —e.g. *Sé infiel y no*

---

<sup>1</sup> La aparición de representaciones centradas en la masculinidad en tanto que marca genérica, es decir, representaciones que se acercan y piensan el sentido de la masculinidad en nuestras sociedades no es un movimiento que sólo sea apreciable en el cine. Se puede reconocer un surgimiento de representaciones que se acercan a las masculinidades en todos los ámbitos artísticos occidentales. Las masculinidades se convierten en un tópico problemático y problematizado en las obras de artistas plásticos y *performers* a partir de los años noventa (Martínez Oliva, 2005). De hecho, en los ochenta ya se aprecia un interés creciente por las masculinidades, pero en los noventa se produce una verdadera explosión de exposiciones temáticas y artistas individuales que dedican parte de su trabajo a pensarlas. Para un repaso crítico y pormenorizado de los diferentes momentos y debates en este campo véase Martínez Oliva, 2005 para el caso específico de las masculinidades y Méndez, 2004 para una reflexión más general sobre las tendencias artísticas en las representaciones de los cuerpos sexuados y su revisión desde perspectivas feministas.

*mires con quien* (Trueba, 1985)–. La diferencia es que ahora las masculinidades se nombran como tal, se convierten en el eje del relato; la diferencia es que ahora la narración gira en torno a una reflexión sobre qué es la masculinidad y cuáles son sus efectos. La trilogía de B. Luna (*Jamón, Jamón*, 1992; *Huevos de Oro*, 1993; *La teta y la luna*, 1994) lo hace de forma explícita y así se publicita. Pero también otras narrativas filmadas como la comedia de Gómez Pereira, *Todos los hombres sois iguales* (1993), o el thriller de Almodóvar, *Tacones lejanos* (1991), encaran una reflexión explícita sobre la masculinidad.

En estas narrativas el juego con la masculinidad es complejo. En estos años termina de desplegarse su concepción plural (Brittan, 1989; Hearn y Collinson, 1994). Los movimientos de explosión de la *Masculinidad* en una miríada de modelos y modos de *ser hombre* que se iniciaran en los ochenta terminan de concretarse ahora. Y es precisamente esta pluralidad más consciente y asumida la que introduce la representación y auto-representación de las masculinidades en un nuevo tropo de contradicciones. Si de un lado se despliega una profunda crítica al modelo de la *Masculinidad* al hablarla y representarla de modo directo, en el otro extremo las narrativas desdibujan la posibilidad de otras formas de *hombría* que se aglutinan en torno a la idea de *las nuevas masculinidades*.

Un buen ejemplo de esta tensión entre la crítica al modelo tradicional y la emergencia de nuevos modelos puede reconocerse en *Tacones lejanos* (Almodóvar, 1991). El personaje del juez Domínguez (Miguel Bosé), y su alter ego de transformista en su trabajo de investigación, *Femme Letal*<sup>2</sup> (imagen 1), recoge



Imagen 1. *Tacones Lejano*, Almodóvar, 1991

<sup>2</sup> No deja de ser significativo el juego de los nombres. *Femme Letal* recuerda al mito de la *femme fatale* que durante siglos ha ordenado las representaciones modernas de la feminidad. Las mujeres en ese marco estrecho de la dicotomía moderna y auspiciado en la moral cristiana se representaban como madres-esposas-virtuosas-naturales o como prostitutas-peligrosas-artificiales. Ahora en ese juego *drag* de la parodia que teoriza Butler (2001a) las divisiones se parten e implosionan. En línea con el análisis de Gil Calvo (2000) los modelos en los noventa se pluralizan y aparecen nuevos referentes, por ejemplo las *afroditas* que señala Gil Calvo para hablar de las nuevas mujeres competitivas en lo laboral y en lo sexual. En *Femme Letal* se puede reconocer la apuesta por las nuevas feminidades y su disposición mucho más activa, pero también el miedo masculino ante unas mujeres *letales* para el mantenimiento de sus antiguos privilegios.



algo de esta nueva forma de *ser hombre*. En la estructura narrativa, el personaje encarnado por M. Bosé es, de hecho, la figura de contraste con el esposo de la protagonista en tanto que varón maltratador y abusivo que, en cierto modo, recuerda a las representaciones de los ochenta de esos varones que reincorporan la *Masculinidad* desde el éxito económico y una especie de desplazamiento más estético que real de los parámetros de la *Hombría*. Domínguez no sólo vive con su madre a la que cuida rompiendo con la escisión tradicional de capacidades y tareas, sino que en su impostura de la homosexualidad no se diluye su masculinidad heterosexual. Vestido de folclórica y tras su actuación, hará el amor en el camerino con la protagonista de la cinta. Se deja entrever aquí que el conflicto entre *Masculinidad* y homosexualidad se diluye en un personaje que representa la ley y la responsabilidad en el relato. La masculinidad del juez Domínguez no queda entredicha por su juego de disfraces y cambios de identidad –y sexo–. Su determinación queda bien clara en la narración no sólo en la implicación en el caso de asesinato que organiza la historia filmada, sino también en su dedicación militante al esclarecimiento de la verdad en los casos de homicidios de transexuales en Madrid, de ahí su camuflaje en la investigación por medio de la encarnación de *Femme Letal*. Pero además, Domínguez (imagen 2) se presenta como un juez comprensivo, alejado de las



**Imagen 2.** *Tacones Lejano*, Almodóvar, 1991

imágenes de ese poder subyugante y autoritario de la ley en el pasado. Domínguez se implica y trata a las personas investigadas desde una nueva forma de delicadeza que, sin separarse de esa *serena grandeza* del este-

reotipo moderno (Mosse, 2000), sí que la entiende de un modo mucho más cercano a la lógica del cuidado y así a la ruptura de esa dicotomía entre raciocinio y emotividad. De hecho, esta tensión razón-emoción que es lo mismo que señala Seidler (2000) como el centro del actual colapso de las masculinidades va a ser un importante nodo ya no en las representaciones fílmicas sino en la consideración social de las masculinidades que atraviesa tanto los *movimientos de varones* organizados ya en este periodo de modo más estable y con mayor incidencia en la sociedad en general –véase *infra*–, como en los dis-

cursos de los varones entrevistados cuando avanzan los problemas que ven en sus modelos de masculinidad:

«Como que el hombre ha de ser la parte seria, la parte, no sé, es eso, es la parte seria, la parte, como si fuera el, el, donde apoyarte, donde asentarte, pero como un árbol, como un árbol fuerte pero que no te abriga y eso sí que creo que no debía de ser, o sea, que tendría que ser, de acuerdo, donde apoyarte pero también donde abrigar otras cosas, ¿no?, sobre todo, el tema emotividad, el tema de eso de sentimientos y demás, yo creo que sí» (Entrevista con Administrativo, 30 años)

Ahora bien, la proliferación de nuevos modelos que se señalan filmes como *Tacones lejanos* (Almodóvar, 1981) o los procesos de revisión de la *Masculinidad* que se desprenden de los discursos de los entrevistados, pueden confundirse con una suerte de optimismo acrítico que se quede prendido del cambio y en el que de nuevo se diluyan los márgenes transparentes en los que se estabilizan las masculinidades vividas en entornos modernos. La transparencia no deja de funcionar en la estabilización de las (des)identificaciones masculinas en este periodo como tampoco es superada en las representaciones de las masculinidades en el campo cinematográfico.

Buen ejemplo de la nueva forma que tiene la filmografía española de encarar las identidades masculinas es la trilogía de B. Luna de inicios de los noventa en torno a las masculinidades y, en especial, la propuesta representacional que despliega en *Jamón, Jamón* (Luna, 1992). Es indudable el punto de inflexión de este filme, pues, como ya se ha comentado, en él la masculinidad es el tema sobre el que versa el relato. Por ello es quizás más significativo que el retrato de la masculinidad se detenga en su extremo más grosero, presentando a su protagonista, Raúl (J. Bardem), como «mascador de ajos, rascador de pelotas, hipermusculado» que hace pasar su masculinidad por «la comida, el toreo y el sexo» (Jordan y Morgan-Tamosunas, 2001). Raúl es una crítica a las masculinidades machistas que se derivan de la configuración española de la *Masculinidad*, pero su fuerza disruptiva se apaga desde dos flancos, uno interno a la narración que en cierto modo lo matiza y el otro, centrado en la recepción del mensaje, por la lectura que posibilita de la propia masculinidad. Tomado desde el relato, Raúl se presentará como un joven de 22 años obsesionado con la expresión *compulsiva* de su masculinidad (Beneke, citado en Neff, 2001). Lo hace por medio de su orgullosa participación en la campaña de unos *slips* en los que aparece su ‘paquete’ en vallas publicitarias de dimensiones colosales, lo

hace en la asunción del riesgo al colarse en mitad de la noche en una ganadería para torear desnudo a la luz de la luna (imagen 3) o al invertir todo su dinero en la compra de una moto de gran cilindrada con la que terminará por sufrir un accidente al pavonearse delante de Silvia (P. Cruz); lo hace al convertir el flirteo y la sexualidad desbordada en un medio de hacerse con poder, ya sea simbólico al conseguir a la mujer



Imagen 3. *Jamón, Jamón*, Luna, 1992

deseada, ya sea de modo instrumental al acostarse con la madre rica de su rival por ser un medio de acceso a bienes materiales. En contraste, el personaje de José Luis (J. Mollá) representa otro modo de *hombria desacerbada*. Niño rico con acceso a todo lo que desea, José Luis se aprovechará de las mujeres a su alrededor, ya sea a su madre a la que intenta sacar más y más dinero, ya sea a Silvia o su madre con las que colma sus deseos sexuales y culinarios utilizando los recursos materiales a su alcance.

Si Raúl es la masculinidad antigua y machista, José Luis encarna esa masculinidad hija de la 'cultura del pelotazo' y el éxito económico sobrevenido por la familia. La historia nos relata el enfrentamiento entre ambos varones en su lucha, en primer término, por Silvia, pero como representación de una pugna más general por asegurar el acceso a bienes materiales y a una posición de poder dentro del universo femenino que componen el resto de personajes. El relato es complejo y son muchos los niveles de interpretación que se solapan en su visionado. Sin hacer aquí un repaso exhaustivo de los mil vericuetos en los que las masculinidades de estos personajes se van trenzando, no deja de resultar interesante la continua referencia a la genitalidad –real o diferida, por ejemplo, en los testículos del *Toro de Osborne* que preside el escenario de las principales secuencias– y la agresividad como orígenes de la masculinidad y como elementos presentes en los dos modelos, el de Raúl y el de José Luis. Sexo, oralidad y violencia aparecen como elementos relacionados que en su expresión compulsiva de la virilidad terminan arrastrando a los personajes a una lucha agónica en la que José Luis muere por los golpes de una pata de jamón que le propina Raúl. Por tanto, en el cierre del relato las mas-

culinidades aparecen como peligrosas y malsanas, pero, como han señalado Jordan y Morgan-Tamosunas (2001: 142), Luna en cierto modo redime a sus personajes por la relación que propician las mujeres y el éxito de una masculinidad, la de Raúl, que en su exacerbación del estereotipo más rancio del machismo consigue cierto reconocimiento por parte de su entorno. La

escena final (imagen 4) es una bonita metáfora visual de este tropo. Las mujeres maduras abrazan a víctima y asesino en una especie de redención en el que asumen una cierta responsabilidad en tanto que cebado-



**Imagen 4.** *Jamón, Jamón*, Luna, 1992

ras del deseo que termina en tragedia. Sin negar esta interpretación y viendo en ella una vuelta a la culpa femenina en la exaltación de las masculinidades que recuerda a la imagen de la *femme fatale* del cine clásico norteamericano, cabe una lectura que se acerca al cierre del relato de un modo más ambiguo y preocupado por los modelos de la masculinidad. La redención pasa por la vuelta a la madre, el abrazo de las mujeres maduras a sus amantes –incluso en el caso de la madre de José Luis que tras presenciar el homicidio termina abrazando a su amante y asesino de su hijo– es el fracaso de esa masculinidad independiente (Chodorow, 1984) y responsable (Mosse, 2000). Es la vuelta a la falda materna, la certificación del fracaso de estas masculinidades al no conseguir esa escisión que inaugura la adultez en su extremo enredadas con fantasías incestuosas que parecen señalarlos como varones que no han salido con éxito del complejo de Edipo (Freud, 2002). Las masculinidades encarnadas aparecen así como necesitadas de apoyo, como incompletas, como exaltaciones de modelos que no terminan de operar el cierre que conseguía el modelo tradicional.

Ahora bien, como se comentaba, hay una razón más general y externa al relato en sí que precisa el alcance de la crítica de B. Luna. Las imágenes de la masculinidad que representa por medio de sus personajes resultan hasta tal punto extremas que su revisión de la *Masculinidad* corre la suerte de apagarse del lado de la hipermasculinidad. Raúl y José Luis son tan cínicamente utilitaristas y tan compulsivamente machos que es casi impo-

sible entrar con ellos en el juego de la identificación. En la exageración de sus gestos y poses, de sus despliegues de masculinidad, se pierde la conexión con el espectador. De hecho, es fácil considerar el relato como correcto y apuntar su barbarie, pero la masculinidad representada se viste de tal grosería que pocos podrán verse representados en ella. En este sentido, en *Jamón, jamón* se intuye el origen de una nueva forma de transparencia que es aquélla que señala el extremo para dejar intacto el centro transparente e irrepresentado; es aquélla que repite el juego de la contención moderna de la naturaleza por el trabajo de la razón (Laqueur, 1994) presentando las masculinidades exaltadas como aquellas malogradas. ¿Qué pasa entonces con las masculinidades invisibles en el correcto ejercicio de la dirección racional? Pueden seguir instaladas en la transparencia de su comedimiento y así pensarse como externas a las lógicas del machismo.

En cualquier caso, el relato de B. Luna presenta un nodo que será central para la consideración de las masculinidades en los años noventa y tiene que ver con el reconocimiento de una transformación en los modos de encarnar hombría. En los noventa, y como se argumentará en el siguiente punto, la referencia al modelo patriarcal de familia para explicar la propia masculinidad se diluye. Ya no se moviliza esa idea del honor de la familia –condensado en la salvaguarda y control de la *virtud de las mujeres* (virginidad y ‘decencia’) a cargo– y la responsabilidad en ella. El espacio dejado por la disolución del valor del honor que, como se vio en el capítulo primero, es resultado de la traducción a términos modernos y burgueses del ideal de la hidalguía medieval (Mosse, 2000: 23), pronto se llena con una especie de impostura de los gestos de ese control y esa actividad militantes en los que el fondo o sentido social está extinto. Dicho más claro y en los términos en los que se nombra en esta tesis, hay un ***abandono del honor que es ocupado por el orgullo***. Es decir, las masculinidades viran sobre la *Masculinidad* y en cierto modo la abandonan en tanto que resultan menos centrales en la estabilización del orden social. Son los años de su crítica en tanto que se hermanan con el Sujeto autónomo y racional de la modernidad, en tanto que sus certezas son dilapidadas en la revisión de los modelos modernos de ciudadanía y organización social (Jameson, 1996) y, como se verá, de los modelos relacionales entre varones y mujeres (Giddens, 1998; Beck y Beck-Gernsheim, 2001). Lo interesante es que no se produce el vaciamiento de las masculinidades vividas en relación con estos cambios. En su lugar se engendra una especie de

enrocamiento que ya se intuye en este periodo (1990-1996) y se despliega en toda su intensidad en el siguiente (a partir de 1997). Más adelante, una vez repasada la representación más exaltada de estas masculinidades, se tratará la relación de esta dinámica expositiva con la transparencia de la *Masculinidad*, pero desde lo analizado en *Jamón, Jamón* (Luna, 1992) ya puede precisarse la forma que adoptan las masculinidades vividas por medio de este cambio.

Las masculinidades en cierto modo rompen con la *Masculinidad* ya que no se persigue en ellas la adecuación a un orden social de la razón; las masculinidades se quedan entonces en su expresión más vacía y gestual. Por eso el final del relato de B. Luna resulta tan interesante, porque en esa vuelta a la madre-amante como fuente de consuelo se intuye algo de lo que se intenta expresar aquí. Rota la raigambre social de la *Masculinidad* como posición de responsabilidad, lo que ocupa su lugar recuerda a la exaltación adolescente de las masculinidades a medio hacer que se abrazan a sus poses como modo de reafirmación identitaria. Si en el honor moderno estaba la capacidad de enganche con los valores y anhelos de la sociedad burguesa, el orgullo postmoderno ata las masculinidades al ego individualista y, en cierto modo, fanfarrón. Podría decirse que este orgullo ya estaba en el modelo del *hombre de éxito* de los ochenta, y en cierto modo no deja de ser cierto que sus raíces se hunden allí. Pero lo que se nombra ahora es de otra naturaleza. En la masculinidad individualista del orgullo la exposición –en el doble sentido de la dinámica de (des)identificación que se describe y enfatizando el carácter público de la performance (Butler, 2001a)– de la hombría es más desafiante y chulesca. La masculinidad orgullosa es fanfarrona, por eso es si cabe más compulsiva o, siendo preciso, su compulsión es más exagerada centrándose sus nodos en la violencia y la sexualidad<sup>3</sup>. En este sentido se puede entender lo que comentaba uno de los entrevistados que no sólo cargaba su discurso por medio de la comparativa temporal amplia desde la perspectiva de sus 62 años, sino que ejemplificaba este cambio al hacer balance de lo que observaba en su trabajo como profesor:

---

<sup>3</sup> Este interesante punto que se desprende del análisis de los filmes, datos y trabajo de campo cualitativo de esta tesis todavía se presenta de modo tentativo. Al cierre de esta tesis encuentro aquí uno de los nodos por los que, sin duda, habrá de avanzar mi trabajo futuro y, en todo caso, una hipótesis de interés para futuras investigaciones.

«Y que ha hecho no sé qué [acto sexual], que a lo mejor no ha hecho nada pero lo dice. *Es su hombría. Que ahora eso es mucho más fuerte que antes* [...] Para mí eso mucho más fuerte, porque yo..., porque para mí en mi época si te juntabas con una chica era muy difícil, primero juntarte y cuando te habías juntado había que tener mucho cuidado porque todo el mundo te medía. Ahora no, ahora hay mucha más libertad» (Entrevista con Profesor jubilado, 62 años)

Esa «fuerza» que el entrevistado observa en la hombría de los jóvenes es lo que aquí se denomina masculinidad del orgullo. De raíz individualista y profundamente homosocial, no representa una ruptura con los valores y dinámicas de la (des)identificación masculina propia de la modernidad, sino su vaciamiento de espíritu. Haciendo un paralelismo quizás demasiado atrevido, recuerda al proceso que describía M. Weber al final de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* cuando mostraba al empresario capitalista como un sujeto encerrado en un estuche de hierro sin necesidad del apoyo de la religiosidad, en la que se fraguaba el modelo, para mantener la mecánica del capitalismo (1964: 258-9). La masculinidad orgullosa no precisa ya de la teoría del contrato social ni de la creencia en una razón capaz de controlar la propia naturaleza corporal y así tomar las riendas de lo social. Ha quedado vacía pero también férreamente anquilosada en sus gestos y poses. La masculinidad individualista postmoderna sobrevive así a la crisis de la modernidad.

Una interpretación de este tipo establece líneas de continuidad con las conclusiones de otras investigaciones recientes en torno a las masculinidades españolas. Desde este marco se puede entender el argumento de M. Subirats (Castells y Subirats, 2007) que señala la masculinidad como peligrosa en tanto que la esperanza de vida de los varones es inferior a la femenina. Como explica Subirats, hay múltiples factores que explican esta disparidad, desde la asunción de riesgos como parte de la naturaleza compulsiva de la masculinidad, hasta, lo que aquí es más interesante, la certificación de una entrada temeraria en tanto que se entiende como viril en actividades como la conducción. Posiblemente en la alta mortalidad masculina en edades jóvenes tenga mucho que ver esta lógica del orgullo. Incluso tomando prestada la argumentación de Subirats y rastreando las esperanzas de vida masculinas y femeninas comparadas (tabla 3) en el periodo de tiempo amplio que estudia esta tesis –de 1961 a 2005– se puede precisar más esta afirmación. Si bien la esperanza de vida masculina entre 1961 y 2005 se ha elevado en 9,56 años, cuando se considera de modo comparado con la femenina el dato se matiza ya

**Tabla 3.** Esperanza de vida (comparada)

|      | Total | Varones | Mujeres | Diferencia | Tasa  |
|------|-------|---------|---------|------------|-------|
| 1961 | 69,85 | 67,4    | 72,16   | 4,76       | 93,40 |
| 1971 | 72,36 | 69,57   | 75,06   | 5,49       | 92,69 |
| 1975 | 73,34 | 70,4    | 76,19   | 5,79       | 92,40 |
| 1981 | 75,62 | 73,52   | 78,61   | 5,09       | 93,52 |
| 1985 | 76,52 | 73,27   | 79,69   | 6,42       | 91,94 |
| 1991 | 76,94 | 73,35   | 80,57   | 7,22       | 91,04 |
| 1996 | 78,11 | 74,53   | 81,7    | 7,17       | 91,22 |
| 2001 | 79,44 | 76,07   | 82,82   | 6,75       | 91,85 |
| 2005 | 80,23 | 76,96   | 83,48   | 6,52       | 92,19 |

Fuente: Elaboración propia sobre datos INE (Anuarios 2000 y 2008)

que la mejora ha sido inferior. Para las mujeres, en el mismo periodo, la esperanza de vida se ha elevado 11,32 años. Los argumentos clásicos no terminan de poder explicar estos cambios. No hemos sufrido guerras en este periodo y la incorporación de las mujeres al mercado laboral hace pensar que la mejora de sus vidas por estar fuera de ocupaciones peligrosas o, directamente, del estrés de lo laboral no termina de explicar el abismo de estos datos<sup>4</sup>. Esto se hace aún más claro cuando se observa la comparativa. Mientras que la diferencia en 1961 era de 4,76 años, en 1996 subía hasta los 7,17. Sin perder de vista que son muchos los factores que operan en un indicador de este tipo, la subida de este dato permite pensar que uno de los elementos implicados en esta subida puede ser el cambio en los modos de vivir la hombría y la exaltación orgullosa de la masculinidad traducida en esa entrada sin casco ni protección a la conducción, el sexo o al desafío agresivo. Se describe así un nuevo modelo de masculinidad que transita las representaciones y explica parte de las formas de su encarnación por medio de los agentes sociales bajo su paraguas.

### 6.1.1. Las masculinidades vividas en el tropo de la crisis

La *confusión* de los ochenta deviene *crisis* en los noventa: crisis que plaga las representaciones cinematográficas en tanto que muestra a unos varones enzarzados en juegos torcidos con su marca de género, crisis que llega a las auto-representaciones en forma de revulsión y revisión de los valores tradicionales empezando a hacer el *ser hombre* una experiencia más difícil y contradictoria. En este sentido, la crisis no remite a una disolución de las masculinidades; como se argumentará, el efecto social es precisamente el contrario, el del enrocamiento de la masculinidad en la tozudez (García Selgas et al.,

<sup>4</sup> Si bien es cierto que aún hay una segregación por sexos de las ocupaciones y que en parte los varones siguen estando en los trabajos más físicos y expuestos a accidentes, parece que la diferencia es demasiado amplia para que pueda explicarse por este extremo. En cualquier caso, es cierto que es un dato de difícil interpretación y en el que habría que observar muchas más variables y datos colaterales para precisar una lectura más en profundidad.



2003). La crisis intenta nombrar el cambio, pero sobre todo entendiéndolo desde la incertidumbre que genera para los agentes sociales. Si la confusión hablaba de unos varones con una pérdida de referentes que sólo se nombra en la negación o separación del modelo tradicional del pasado, con la crisis se señala el momento en el que hay una cierta conciencia de ello, es decir, de la masculinidad, sus problemas y sus posibilidades. Un indicador claro de esta nueva componenda de las masculinidades es que los procesos de su exposición se ponen en duda. En el inicio de los noventa, los movimientos erráticos y tentativos de los ochenta por hacer un trabajo social en la revisión de la propia masculinidad desembocan en una serie de colectivos organizados que se agrupan bajo la etiqueta de los '*movimientos de hombres igualitarios*'<sup>5</sup>. Surgen grupos en Valladolid, Sevilla, Bilbao o Madrid que recogiendo el testigo de los primeros intentos de los años ochenta consiguen establecerse con más continuidad. Lo interesante es que su esfuerzo sale del espacio de los congresos de sexología y la privacidad de sus encuentros, además de la dimensión pública que adoptan por medio de la organización de mesas de debate y participación en diferentes foros desde la preocupación por la masculinidad –uno de sus momentos cumbre será el congreso internacional organizado en mayo de 1997 en Toledo bajo el título *Primer encuentro hispano-latinoamericano sobre género y masculinidad*–, de modo que el movimiento recibe cierta atención mediática desde muy pronto. En 1989 *Interviú* había publicado en su número de junio un artículo sobre "*Sexólogos valencianos luchan por la liberación del hombre*", pero a finales de 1990 el tratamiento es más directo. En la revista *Tiempo* de noviembre de ese año se publica un reportaje titulado "*Nacen los grupos de hombres que aprenden a no ser machistas*" (páginas 191-196; citado en Lozoya et al., 2003). Por tanto, se puede decir que las masculinidades y su revisión empiezan a interesar a nivel social, empiezan a convertirse en un problema social nombrado como tal. Uno de los entrevistados, vinculado con grupos de militancia situaba en estos años un cambio de perspectiva:

---

<sup>5</sup> Como pasa con casi cualquier etiqueta, esta denominación se ha convertido en espacio de contestación y debate. Se han llamado grupos de varones, grupos de hombres pro-feministas, grupos de concienciación masculina... Aquí se adopta la etiqueta más general propuesta por Lozoya et al. (2003) en su repaso de estos movimientos y se sigue su cronología para la exposición pues, aunque se reconoce parcial, es de los pocos esfuerzos por compilar los hitos y labores de este movimiento.

«Las reivindicaciones éstas del trato de lo personal yo éstas tengo la sensación de haberlas vivido ya muy mayor, son muy recientes, de la década pasada y de cosas así, o sea que...» (Entrevista con Sindicalista liberado, 56 años)

Los grupos de hombres igualitarios al encarar una revisión de la propia masculinidad y al proliferar durante los noventa a lo largo y ancho de la geografía española, pueden entenderse como un indicador de que las cosas son diferentes. Su revisión ya no es la de una época, su trabajo no es el de la acusación al modelo franquista, sino que en sus procesos de debate y reflexión lo que se pone en el centro es la propia masculinidad vivida. Es decir, la relación con el cambio se hace más compleja, porque ya no cabe el pensar que esas masculinidades son así sólo como efecto de un pasado remoto. Los movimientos de varones igualitaristas encaran un trabajo situado en el presente y tendente al futuro de reubicación de las masculinidades que puede entenderse como una labor desde los *mecanismos de posicionamiento* (Hall, 2003). Es decir, en su forma de acercarse a las masculinidades se hace evidente su pluralidad, también su carácter construido y cambiante, por lo que es posible pensar un modo diferente de agencia en línea con esas formas de auto-conciencia que, como explicaba de Lauretis (1992) y se recogía en la noción de exposición, terminan por ser auto-constituyentes. En cierto modo, son reflejo de un proceso que está presente en el cambio de tono de las representaciones cinematográficas, pero que también puebla los discursos producidos en el trabajo de campo señalando el regreso de ciertos valores o la falla de la liberación y el principio de igualdad perseguidos en las décadas anteriores como el origen de la crisis actual. Es decir, se reconoce que los cambios no son tan profundos como se esperaba y que el resultado es menos emancipador de lo pretendido. Uno de los entrevistados lo ejemplificaba bien refiriéndose a las sexualidades:

«Ha habido como un pequeño periodo de *boom*, de salir, de pronto de permitir cosas [pausa] y de que haya un poco... como un poco más de... de libertad, pero yo creo que ha sido casi un poco pasajero y eso, que de pronto se ha vuelto a lo mismo [...]. No sé, bueno, lo del sexo lo veo como un retroceso ahora de pronto del..., con respecto a los años ochenta» (Entrevista con Técnico Iluminación, 32 años)

El planteamiento que ordena el plantel de masculinidades, en tanto que se ficcionan como múltiples y problemáticas, va a ser la idea de que frente a las masculinidades de la vuelta al machismo y retrógradas caben otras que, basadas en el principio de la igualdad, encaren una revisión profunda de los modos de ser hombre y de vivir la mas-

culinidad. Por tanto, las exposiciones de las masculinidades de los noventa no se quedan sólo en su consideración crítica, se asume que la encarnación de la misma puede convertirlas en otra cosa. En cualquier caso, no sirve ni la interpretación estructural que señala la imposibilidad de la superación de la transparencia en las representaciones cinematográficas, ni tampoco el voluntarismo posibilista de unas minorías que asumen el reto de la transformación de los modos de hacerse con hombría. Para alcanzar a los varones heterosexuales de clases medias es necesario articular una explicación más compleja que considere la proliferación de estas nuevas formas de masculinidad en el contexto social concreto que empuja a este cambio. Siguiendo el esquema analítico propuesto, encarnaciones y representaciones han de cruzarse en el marco más general de sus condiciones sociohistóricas de posibilidad. En este contexto es posible retomar las retóricas de la crisis.

Detrás de la crisis de la masculinidad, y como se argumentaba en el capítulo tercero, hay una transformación de los modos de vida que termina por alcanzar a los varones heterosexuales de clases medias en tanto que protagonistas de esta modernidad. Uno de los principales nodos de este cambio se encuentra en las transformaciones de la intimidad (Giddens, 1998) en tanto que las antiguas relaciones entre varones y mujeres en el modelo de la *Masculinidad* se quiebran. Deja de operar, al menos en toda su extensión; el modelo del padre proveedor sucumbe en el encuentro de la flexibilización postfordista de los empleos (Castells, 2000) con la entrada de las mujeres en el mercado laboral y el consiguiente cambio en las relaciones dentro del ámbito doméstico. En cierto sentido, las vidas se hacen más fluidas (Bauman, 2007), cambiantes, y en esa fluidificación los varones son alcanzados de lleno precisamente por la coherencia y fijeza del modelo moderno que los definía. E. Gil Calvo (1997) resume lo que sucede a la masculinidad en este periodo como la pérdida de la indivisibilidad del sujeto moderno masculino:

«La palabra individuo designa lo no divisible. Por tanto, el término sólo tenía un sentido aplicable a los hombres cuando, en efecto, las vidas masculinas parecían indivisibles por serlo sus raíces vitales: el trabajo y la familia, que constituían las señas de identidad de un hombre. Pues bien, ya no es así: los varones posmodernos sólo tienen trabajos y familias divididos, por lo que mal pueden creerse individuos indivisibles, al tener que dividir sus vidas en tantos yoes múltiples como empleos precarios ocupen y familias interinas mantengan.» (Gil Calvo, 1997: 196)

El paso de una sociedad industrial fordista a otra postfordista es un verdadero envite a *ese señor con sombrero* de la modernidad que encarna la vocación y prende su identidad de una profesión (García Selgas et al., 2003). En los tiempos de la flexibilidad y la precarización de los empleos con el avance de la sociedad informacional (Castells, 2000: 43 y ss.), la identidad profesional, tan importante en el modelo moderno de la *Masculinidad* en tanto que punto vertebrador de la entrada en lo público y estabilización de la función de proveedor familiar, se parte por el cambio en el modelo industrial. Pero el diagnóstico de Gil Calvo (1997) avanza que esa fragmentación de la identidad no sólo descansa ahí. También la familia, como institución central en la regulación de las identidades y relaciones de género, es transformada en los procesos de la postmodernidad. Siguiendo el trabajo de Morgan (2001), se puede afirmar que la familia es uno de los ámbitos centrales en la estabilización de las masculinidades en tanto que en sus lindes se inscriben y ordenan las relaciones primarias entre varones y mujeres. Así, del mismo modo que reconocía un cambio en los modos de la *Masculinidad* en el paso de la familia tradicional-patriarcal a la de corte industrial, Morgan defiende, de acuerdo con la afirmación de Gil Calvo, que en la actualidad estamos inmersos en el paso de la sociedad industrial a la postmoderna o postindustrial, en tanto que de nuevo cambia su estructura y así el espacio básico de exposición de las masculinidades vividas. Ya se dejaba intuir en los datos de la actividad y el paro durante este periodo (tablas 1 y 2) que el modelo del padre proveedor –el *breadwinner* o el ‘ganapán’– estaba cuando menos en desuso. La entrada de las mujeres al mercado laboral representa un revulsivo para los antiguos roles de la familia nuclear de corte funcionalista (Parsons, 1970). Es interesante cómo estos dos elementos, el paso a sociedades postindustriales y el cambio en los roles familiares, se imbrican en la consideración de los agentes sociales entrevistados. En el siguiente extracto del grupo de discusión con varones entre 25 y 35 años se puede apreciar cómo las presiones económicas y los cambios educacionales se alían en la comprensión de las transformaciones de las relaciones familiares y de pareja:

Participante 7.- Comparado con otros, con otros países o con, con España, hace tiempo. Sin ir más lejos el ambiente de nuestras madres, ¿no? Y no digamos de nuestras abuelas, ¿no?, de nuestras madres, ¿no? Y entonces están mucho más igual a nivel de decisiones de todo tipo, eh, de la pareja. Y la mujer ahora, eh (pausa), lo más seguro es que trabaje. Los chicos de nuestra edad trabajan los dos porque ade-

más es que si no a ver como viven, ¿no?, en términos generales, ¿no?, la gran mayoría.

Participante 3.- Sí, pero eso también es un fallo al lado yo creo de muchos matrimonio, ¿eh? (hablan a la vez) Cuando, por ejemplo, tú trabajas, ella trabaja y poco tiempo para veros y demás, y poca diversión, malo. Yo creo, vamos. Todo el caso que ha habido ahí.

Participante 4.- Yo creo que también aprovechan eso para irse los dos a vivir juntos. Si los dos trabajan y sólo se van a ver dos horas al día, pues mejor irse a vivir juntos, y se ven, saben que seguro.

[...]

Participante 3.- No, y que también es eso que antes la mujer aguantaba dos días en el trabajo y no tenía ciertos estudios y ahora la mujer en el momento en que tú... Pero tiene su sueldo, tiene sus estudios.

Participante 7.- Es lo que te estoy diciendo...Y sobre todo más en sentido de necesidad y partido categórico. Hay que trabajar los dos para tener un nivel de vida y, entonces, como ella trabaja también tiene su libertad. Y, entonces, macho, si tú me pegas cualquier toña, ¡te den por culo! Y, y yo hago mi vida.

Participante 3.- Claro... Ahí está la diferencia entre nuestros padres y nosotros.

Participante 1.- Si, lo que pasa es que tienen que trabajar los dos para poder pagar una hipoteca (risas). O sea, eso nunca ha pasado antes [...]. Nosotros..., nosotros hemos sido tres, vamos, cinco en la familia, mis padres y mis tres hermanos. Mi padre ha trabajado, mi madre no y hemos vivido estupendamente. Pero, claro, los tiempos están cambiando.

[...]

Participante 4.- Pero yo creo que a lo mejor que, suponiendo el caso de que el hombre pudiera afrontar el tema económico y se hubiera solucionado. Yo creo que sí hay una tendencia generalizada a trabajar y además yo creo que es positivo...tanto él como ella que trabajen. Y aunque sólo sea por respeto profesional y por...

Participante 1.- Sí, sí, sí. Hombre, eso estamos de acuerdo.

Participante 4.- Yo creo que eso ya son... Que también, evidentemente, que es muy importante cómo está el tema económico ahora, pero que no es sólo el tema de la economía.

Participante 1.- Hombre, eso es fundamental.

Participante 4.- Sí es fundamental, pero que no es, no es una razón, yo estoy seguro fundamental que lo económico sí.

Participante 6.- No es sólo económico, es un problema de educación.

Participante 4.- Claro que es, es... Tú le preguntas a las chicas y el 95% te van a decir primero que trabajan porque quieren trabajar. Y luego pues porque lo necesitan.

(Grupo de discusión con varones de 25 a 35 años)

En esta larga cita se recoge bien cómo estos temas, aquí separados por razones analíticas, constituyen un nudo indivisible en el que se entienden las relaciones entre varones y mujeres y así constituyen el caldo de cultivo en el que se transforman las masculini-

dades encarnadas y expuestas. Por eso volver sobre las formas que adoptan las familias en los noventa puede ayudar a analizar los derroteros por los que se mueven las masculinidades vividas en este periodo y rastrear en sus cambios, en línea con la interpretación de Gil Calvo, la profundidad de esta fragmentación. Si volvemos sobre las tasas de natalidad (tabla 4) se puede apreciar que durante los noventa siguen una tendencia de-

**Tabla 4.** Tasa bruta de natalidad (nacimientos por 1000 hab.)

| 1990  | 1991  | 1992  | 1993 | 1994 | 1995 | 1996 | 1997 | 1998 | 1999 | 2000 |
|-------|-------|-------|------|------|------|------|------|------|------|------|
| 10,33 | 10,17 | 10,16 | 9,84 | 9,42 | 9,23 | 9,19 | 9,32 | 9,19 | 9,52 | 9,88 |

Fuente: INE (INEBase)

Claramente, el peso del retroceso de determinados valores rupturistas que comentaba uno de los entrevistados puede estar presente en esta interpretación, pero en cualquier caso, en el balance de las tasas de 1990 y 2000 el saldo es negativo en tanto que no se eleva por encima del 10,33 del que parte. Algo similar ocurre con las tasas de nupcialidad (tabla 5) que durante el principio del periodo van reduciéndose y se elevan hacia el

**Tabla 5.** Tasa bruta de nupcialidad (matrimonios por 1000 hab.)

| 1990 | 1991 | 1992 | 1993 | 1994 | 1995 | 1996 | 1997 | 1998 | 1999 | 2000 |
|------|------|------|------|------|------|------|------|------|------|------|
| 5,68 | 5,60 | 5,57 | 5,14 | 5,08 | 5,10 | 4,92 | 4,96 | 5,21 | 5,21 | 5,38 |

Fuente: INE (INEBase)

entenderse como la mayor valoración de las instituciones familiares y como una vuelta a un cierto grado después de la *resaca* de los ochenta y la liberación familiar que comentaba uno de los entrevistados (Entrevista con Técnico de iluminación, 32 años). Sin duda, el repunte de estos indicadores al final del periodo estudiado deja entrever tendencias de cambio interesantes para estudios posteriores ya que pueden encerrar nuevas transformaciones en los procesos por el que es *masculinizada* la experiencia de los varones (Hearn y Collinson, 1994). Pero es posible adelantar una interpretación en línea con lo que se argumentaba al inicio de este capítulo. La estabilización y elevación de las tasas de natalidad y nupcialidad permiten pensar que esa lógica de la ruptura y revisión crítica de los modelos franquistas se abandona para dar paso a otras componendas en las que, sin dejar de jugar el peso del pasado y la idea de que las cosas han de hacerse de otra manera ya que aquellas retóricas no funcionan en el contexto actual, la presión no está ya en exponer la separación sino que los modos de convivencia se entienden como más fluidos y menos cargados políticamente.

Lo que parece evidente es que incluso en el resurgir de algunas tendencias que pueden verse como estrategias vitales que refuerzan el modelo tradicional, lo que hay es bien diferente. Las familias y la entrada de los agentes sociales a ellas claramente están en cambio. En términos de A. Giddens, en el Occidente de alta modernidad, el mito del amor romántico «tiende a fragmentarse frente a la presión de la emancipación sexual femenina» (Giddens, 1998: 63). Aparece un nuevo modelo, el del *amor confluyente*:

«El amor confluyente es un amor contingente, activo y por consiguiente, choca con las expresiones de “para siempre”, “solo y único” que se utilizan para el complejo del amor romántico» (Giddens, 1998: 63)

Los agentes sociales tienen claro el cambio de los modelos familiares y su fluidificación en una miríada de formas posibles, que convierte la propia componenda familiar en un modelo posible entre muchos disponibles:

«Desde que me casé y tengo vida de pareja, de mis hijos, yo creo que esto se ha ido ampliando, ¿eh? Somos ciudadanos y ciudadanas que, bueno, tienen otra forma de entender esto, eh, las relaciones de pareja. Yo estoy casado. Pero hay parejas actualmente que se denominan monoparentales [afirma con los labios], o con ciertas cargas familiares u hombres con cargas familiares. Luego están las parejas que han roto, ¿no? Eh, [pausa] parejas. Y ahora últimamente las parejas del mismo sexo, sean hombres o mujeres. En ese sentido si que ya no hay la familia tradicional como se podía decir que es la mía. No es uno de uno. Es *un...*, lo mío es *un* modelo familiar actual, actual. Esto ha cambiado» (Participante 2, Grupo de discusión con varones de 45 a 55 años)

Junto con la proliferación de modelos familiares, y en línea con la interpretación de Gil Calvo (1997) de la fragmentación de las masculinidades por efecto de la quiebra de la

**Tabla 6.** Evolución de la relación de las rupturas sobre el número de matrimonios (1990-2000)

|      | <i>Rupturas</i> | <i>Matrimonios</i> | % <i>Rupturas:Matrimonios</i> |
|------|-----------------|--------------------|-------------------------------|
| 1990 | 59.538          | 220.533            | <b>27,00</b>                  |
| 1991 | 67.061          | 218.121            | <b>30,74</b>                  |
| 1992 | 66.777          | 217.512            | <b>30,70</b>                  |
| 1993 | 72.423          | 201.463            | <b>35,95</b>                  |
| 1994 | 79.161          | 199.731            | <b>39,63</b>                  |
| 1995 | 82.580          | 200.688            | <b>41,15</b>                  |
| 1996 | 83.990          | 194.084            | <b>43,28</b>                  |
| 1997 | 88.998          | 196.499            | <b>45,29</b>                  |
| 1998 | 93.988          | 207.041            | <b>45,40</b>                  |
| 1999 | 96.536          | 208.129            | <b>46,38</b>                  |
| 2000 | 102.495         | 216.451            | <b>47,35</b>                  |

Fuente: Elaboración propia desde datos del Instituto de la Mujer y el INE

unidad y la temporalidad laboral y familiar, hay que atender a los modos en los que se entra, y sale, de estas nuevas familias. La comparativa de matrimonios y rupturas –la suma de divorcios, separaciones y anulaciones matrimoniales– (tabla 6) dejan en-

trever esta tendencia. Si durante los ochenta la regulación del divorcio permitió la ruptura del enlace, la relación entre rupturas y matrimonios se mantuvo más o menos estable y en torno al 23%, en los noventa se puede apreciar una fuerte tendencia alcista que a partir de 1993 se dispara y para 2000 la sitúa en el 47,35%. Esto quiere decir que el número de rupturas es próximo a la mitad de enlaces matrimoniales que se han producido en ese año. Por supuesto, no se trata de las mismas parejas, pero estas tasas tan elevadas permiten apoyar la interpretación que se hacía de las tasas brutas de nupcialidad y dejan entrever que la entrada al matrimonio se hace, al menos simbólicamente, desde otros parámetros: la ruptura es algo que está presente como posibilidad. En este sentido resuenan en el caso español las teorizaciones de Z. Bauman (2007) sobre esa tensión entre establecer vínculos sociales y mantenerlos en una suerte de estado líquido que permita romperlos cuando se entrometen en los anhelos individualistas de los agentes sociales o, más directamente, la interpretación de Beck y Beck-Gernsheim en *El normal caos del amor* (2001) cuando analizan en las relaciones en las sociedades del riesgo la búsqueda desesperada del amor en un juego de monogamias sucesivas en tanto que habría un conflicto entre las expectativas puestas en la pareja como espacio de resguardo y tranquilidad y la necesidad de afirmación individual que choca con la estructura familiar tradicional. Así lo expresaba uno de los entrevistados:

«Las parejas tienen un poco más de libertad o menos obligación que antiguamente. De hecho, ahora hay muchas más separaciones que antes: divorcios, separaciones o como lo quieras llamar, y no me parece negativo. No me parece un aspecto negativo, no pienso que eso sea que las relaciones son peores sino que antes había una obligación a seguir con las relaciones [...]. Y ahora de pronto, en ese sentido, que es un avance, claro, un avance a... sobre todo a nivel de... de que la mujer tiene esa opción más también un poco, y por eso ahora hay más separaciones. No porque yo crea que las relaciones sean peores que antes, yo creo que son mejores, incluso. Porque ahora hay mucha más sinceridad, mucha más abertura, y cuando una cosa funciona, funciona y si no funciona, pues se acaba, y se deja [...]. Yo lo hablo con, no sé, pues mi abuela, o con mi madre, por decirlo de alguna manera, y te dicen: "Hay que ver la gente de ahora, que no aguantan con nada, porque no sé qué, porque ahora la gente, hay que ver, que a la primera bronca lo dejan, no sé qué, no sé cuánto...", y te das cuenta de que, claro, que ellos lo ven como si ahora la gente no se quisiera..., como si la gente ahora no sintiera lo mismo, no hubiera amor o no... Y yo..., sin embargo, veo todo lo contrario» (Entrevista con Técnico Iluminación, 32 años)

Ahora bien, este desarrollo resulta más ambivalente de lo que puede dar a entender este entrevistado. Reconociéndose esa parte positiva en tanto que dúctiles y elegidas que



tienen las relaciones en este momento, otras entrevistas señalan ahí un conflicto que devuelve de modo tangencial a las masculinidades y su relación con el modelo de la *Masculinidad*. Es decir, en tanto que la quiebra del modelo tradicional de familia implica una ruptura de las posiciones de la exposición de la *Masculinidad* moderna, los varones entrevistados que movilizan la añoranza de las relaciones de pareja y familiares más tradicionales están nombrando un cierto cuestionamiento de su posición tradicional. Una interpretación de este tipo se apoya en intervenciones como la que sigue, en la que en la reflexión de carácter más general de reconocimiento de modelos relacionales menos individualistas aparecen las mujeres y su entrada a la ciudadanía de pleno derecho y a la agencia en el ámbito familiar como una de las causas de este cambio:

«Hombre, yo..., yo siempre he mirado siempre con mucha nostalgia eso de que... de las relaciones personales que se tenían antes. De..., pero sin buscar el porqué de todas esas situaciones, ¿eh?; siempre he echado de menos, o un poco con nostalgia, el..., la gente que tiene novia o que tenía novia con diecisiete años y cogía y se casaba. Y eso sí que lo echo un poco de menos, lo..., lo añoro; lo añoro un poco [pausa]. Me gustaría que el..., los sentimientos fueran un poco más duraderos. Sin entrar por qué o... personalmente por qué ahora no sucede eso, porque hay muchos casos que, pues que ya te he dicho, porque *a lo mejor la mujer ya no tiene por qué tragar* [...]. Un poco..., quizás más echo de menos ahora, la pérdida un poco de lo que es el núcleo de la familia; también lo echo un poco más de menos. [pausa] Creo que ahora somos bastante..., un poco más egoístas y más unipersonales, más que multipersonales. Creo que ahora buscamos un poco más nuestro provecho más que el que podamos dar a... con futuras..., con generaciones futuras; o sea, es decir, con hijos que queramos tener o no, creo que somos ahí un poco más egoístas; creo que ellos [la generación de los progenitores] eran mucho más sacrificados, y mucho más aventurados que nosotros» (Entrevista con Político, 32 años)

Por tanto, en la fragmentación de las relaciones familiares y laborales (Gil Calvo, 1997: 196) se puede encontrar una fuente de conflicto y certificar, en todo caso, una transformación en las dinámicas expositivas de las masculinidades. Puede ser gráfico volver en este punto a la cinematografía de estos años para comprobar cómo los modelos representados y encarnados se hallan inmersos en una pérdida de antiguos referentes en los que la proliferación de modelos alternativos no termina de suceder en una masculinidad que se sigue entendiendo y representando con la pervivencia de la diferencia naturalizada y que, en el momento de revisión de las formas de relación entre varones y mujeres, profundiza en la consideración de las mismas desde la imagen, un tanto estereotípica y socarrona, de la '*lucha de los sexos*'. Un buen ejemplo se encuentra en *Todos los hombres sois iguales* (Gómez Pereira, 1993) en el que desde la comedia se repasarán

los circuitos en los que se maneja esta revisión de los modelos familiares. La narración nos introduce en la vida de tres hombres divorciados (imagen 5) que rompen sus relaciones matrimoniales en un viaje en avión que vemos en la escena inicial del filme. El encuentro azaroso devendrá en un pacto por el que compartirán un '*piso de separados*' en el



**Imagen 5.** *Todos los hombres sois iguales*, Gómez Pereira, 1993

que las mujeres no entrarán más que para mantener relaciones sexuales o para encargarse de las tareas domésticas. El nudo narrativo se plantea cuando los tres intentarán beneficiarse de la *chica* de la limpieza, Yoli (Cristina Marcos), entrando en un juego de competencia en el que, en cierto modo, resuena esa masculinidad orgullosa que se analizaba más arriba. No deja de ser revelador el tono de jolgorio –en ese sentido que aporta Jameson (1996) en su análisis de la lógica cultural del capitalismo tardío– que subyace en la experiencia de los personajes y el discurso que realizan en torno a las relaciones líquidas (Bauman, 2007) propias de esta época. Pero aún resulta más interesante la traducción de las mismas a un enfrentamiento varones-mujeres en tanto que se entienden como separados por un abismo a la vez que se destila cierta confusión y crisis en el modo en el que las resuelven. El primer punto puede rastrearse en la presión que sienten tres varones que comparten casa por establecer la divisoria heterosexualidad-homosexualidad y cómo sigue perviviendo esa presión por la demostración de la masculinidad correcta o apropiada desde una sexualidad activa. Los diálogos, contruidos desde la crítica de la exaltación chovinista del machismo (Jordan y Morgan-Tamosunas, 2001: 143), se enredan en una vuelta a los grandes tópicos de la masculinidad más tradicional y con la contraposición, normalmente en boca de los personajes femeninos de la película, de argumentos que desestabilizan las antiguas certezas y así a la masculinidad de los varones que protagonizan el filme:

MANOLO: Lo peor del divorcio son los seis primeros meses, si lo superas estás inmunizado para toda la vida.

AMIGO 1: Yo como me divorcié de mi primera mujer para irme con Pilar...

MANOLO: ¿Vosotros sabéis lo que es llegar a casa y tumbarte en el sofá a ver el partido sin que tu mujer te dé el coñazo?

AMIGA 1: **Pues yo tengo una teoría y es que a todos los hombres os gusta el fútbol porque en el fondo sois un poco maricones.**

AMIGO 2: No te enteras, nena; el fútbol es un juego de inteligencia, por eso vosotras no lo entendéis.

(*Todos los hombres sois iguales*, Gómez Pereira, 1993)

En esa lucha de los sexos que establece el filme para hablar de las relaciones de la época entre varones y mujeres, la homosexualidad –además nombrada por las mujeres– como cualquier otra falla de los parámetros clásicos de la *Masculinidad*, desde el abandono de la forma física a la imposibilidad de romper con la dependencia de las mujeres, se convertirán en los síntomas de una masculinidad en crisis incapaz de adaptarse al cambio. El final del relato es claro en esta línea. Manolo (Antonio Resines) muere envenenado por su ex-mujer como revancha por haberle engañado y convencido para abortar, Juan Luis (Imanol Arias) se queda solo en el piso y, en una especie de vuelta a la adolescencia, sus hijos no le hacen caso y su hombría se ve malherida porque su ex-mujer coloca una pancarta acusándole de homosexual en la fachada del edificio (imagen 6); por último,



**Imagen 6.** *Todos los hombres sois iguales*, Gómez Pereira, 1993

mo, Joaquín (Juanjo Puigcorbé) seguirá pretendiendo a Yoli y la intercepta en su huida de un novio maltratador (Nancho Novo) para proponerle matrimonio. La escena final en la que se recoge la *negociación* de Yoli

para acceder al matrimonio con Joaquín es reveladora de esta consideración problemática y cargada de confusión en la que el relato sitúa a los varones como resultado del cambio –en la línea del individualismo instrumental– de las mujeres:

JOAQUÍN: Tengo un piso nuevo, no es muy grande, pero te gustará.

YOLI: ¿Qué pasa, que necesitas una chica de la limpieza?

JOAQUÍN: Necesito una chica.

YOLI: Ni hablar.

JOAQUÍN: Ya veo que te gusta ponerlo difícil, ¿eh?

YOLI: Estoy huyendo de un hombre y me voy a enrollar con otro.

JOAQUÍN: Pero es que yo te quiero.

YOLI: Pero es que a mí ya no me gustan los hombres, y con uniforme menos.

JOAQUÍN: Pues me lo quito. Bueno, mira, basta, o vienes a vivir conmigo o estrello el avión con todos los pasajeros dentro.

YOLI: Muy bien, quiero que me pongas por escrito el sueldo mensual por limpiarte la casa, cocinarte y atenderte.

JOAQUÍN: Pero yo te estoy hablando de ser marido y mujer.

YOLI: Y ¿por cambiar de estado civil quieres que te haga gratis lo que antes te hacía cobrando?

JOAQUÍN: Mujer, se supone que si nos queremos, pues...

YOLI: Querer no significa lavar calzoncillos.

JOAQUÍN: Pero bueno, eso de cobrar un sueldo por ser mi mujer será una broma, ¿no?

YOLI: Y quiero un mes de vacaciones

JOAQUÍN: Sí, y pagas extras

YOLI: Te estoy hablando muy en serio, si quieres lo tomas y si no, no.

JOAQUÍN: Pero a ver, cariño, ¿no serás capaz de hacer algo gratis en la vida aunque sea por amor?

YOLI: El amor no me garantiza nada, quiero un contrato escrito

JOAQUÍN: ¿Un contrato?

YOLI: Sí

JOAQUÍN: Bueno, lo que tú quieras cariño

YOLI: Ahora

(*Todos los hombres sois iguales*, Gómez Pereira, 1993)

La narración de *Todos los hombres...* se abre a interpretaciones contradictorias. Si de una parte, en la reducción de las relaciones de género a una '*lucha de sexos*' y la caracterización de los personajes femeninos como objetos sexuales, en cierto modo, cuenta a las mujeres como henchidas de racionalidad instrumental al desproveerse de esa afectividad antigua y dependiente del modelo tradicional, por otra, el cierre del relato muestra a unos varones en sus dependencias emocionales que o bien se recomponen desde la confusión de aceptar un pre-contrato matrimonial ante las demandas femeninas o bien terminan en la muerte (Manolo) o infantilización (José Luis) ante el fracaso de esa reconstrucción. Es decir, Gómez Pereira devuelve a lo relacional el desarrollo de vidas más felices, posibles y completas en las que las desigualdades de género se superan por las exigencias femeninas y la reubicación masculina aunque sea a regañadientes. En cualquier caso, en *Todos los hombres...* se deja entrever a un varón amenazado por el cambio de las mujeres, elemento que se hace central en la exposición de las masculini-

dades a partir de los noventa. La masculinidad orgullosa e individualista se completa con un *sentimiento de amenaza* que empieza en lo sexual y alcanza a los varones en la debilidad de su marca de género. Como se decía en el capítulo tercero, estos procesos de cambio en las formas de relación más próxima se pueden entender como la puesta en evidencia del antiguo modelo patriarcal, imbuido de masculinismo (Brittan, 1989) y autoritario en el que la posiciones masculinas eran inscritas en un relato de orden y contención que ahora, en el momento de su crítica y revisión por los avances femeninos y la transformación de las formas de intimidad, termina por dejar a los propios varones en evidencia ante la pérdida de sus posiciones tradicionales. Resulta claro el discurso un tanto amargo de uno de los entrevistados más jóvenes que, hablando del cambio en los modelos de relación entre varones y mujeres, recalca en la sexualidad como pieza clave para explicar la nueva componenda relacional de la pareja heterosexual en el seno familiar:

«Yo creo que mejora más para la mujer que para el hombre, porque yo creo que el hombre ahí [en la sexualidad] *se siente más amenazado*, y eso yo creo que sigue existiendo. Es decir, que el hombre de por sí es débil en ese aspecto y piensa que uno lo hace mal, entonces cuanto más experiencia tenga tu pareja pues peor para ti, o sea, porque tú te piensas que, piensas que..., que te van a comparar, ¿no? [...]. *El hombre siempre se ha sentido débil* con respecto a la mujer y siempre ha tenido miedo a la hora de relacionarse sexualmente con la mujer pues de..., de que le compararan o que pensara la mujer que lo hacía mal. Entonces, eso, lo que pasa que *antes como tenía una posición de poder, sobre todo económico, pues la posición era diferente, o sea, es decir, el hombre no lo vivía porque no daba pie a que eso se viviera*, a pesar de que la mujer lo seguía haciendo y el hombre también y entonces lo que pasa es que entre ellos no se hablaba así» (Entrevista con Médico, 27 años)

En definitiva, en este repaso de las representaciones de la primera mitad de los años noventa y de las condiciones sociohistóricas de posibilidad de sus exposiciones se pueden entender las transformaciones en las dinámicas de (des)identificación masculinas. La norma de estabilización familiar ha cambiado radicalmente en estos años si se compara con la componenda franquista. Del matrimonio para toda la vida que, en cierto modo, asentaba al varón heterosexual de clases medias como centro de la vida social en tanto que lo convertía en *pater familias*, se pasa a una norma matrimonial y de disolución del matrimonio que cambia los espacios de la exposición masculina y en el que se condensa una nueva norma igualitarista que desafía los antiguos mecanismos de posicionamiento y los hace explotar en una multitud de formas y modelos en los que la con-

secución de la hombría se entiende como un proceso más precario, abierto a particularismos y más directamente asediado por la amenaza de su falla.

## 6.2. El regreso de los monstruos (1997-...): el dislate de la *Masculinidad*

La caracterización de las masculinidades vividas de los años noventa desde la imbricación de la *exposición orgullosa de una masculinidad individualista* condensada en la imagen del fanfarrón postmoderno con *la vivencia de la masculinidad amenazada* que se fragua en el cambio de las relaciones entre varones y mujeres en el tiempo de la liquidez (Bauman, 2007) y la fluidificación social (García Selgas, 2004), permite entender los efectos de los procesos de fragmentación que atraviesa la posición-sujeto masculina (Gil Calvo, 1997). Pero para precisar el modo en el que juega en ella la lógica de la transparencia es interesante avanzar en las representaciones que hacia el final del periodo estudiado, a partir de 1997, vuelven sobre las masculinidades desde nuevos tropos y sentidos. Con el estreno de *Airbag* (Bajo Ulloa, 1997) (imagen 7) empieza a fraguarse un nuevo modelo de representación que en cierto modo puede entenderse como la profundización en la línea del anterior modelo representacional de los noventa en una especie de simplificación de sus líneas ana-



Imagen 7. *Airbag*, Bajo Ulloa, 1997

líticas y matices. Las masculinidades del exceso orgulloso, aunque ya no nombradas por sí mismas, se convierten en el centro de una serie de narrativas en las que puede verse una nueva vuelta a la lógica del exceso que torna sobre los *monstruos* de la masculinidad que ya se transitaban en el cine del destape en la transición. Las líneas de la nueva masculinidad se remarcaban desde el esperpento absoluto de unos personajes que, en su desbordamiento continuo de cualquier intento de contención en la *serena grandeza* moderna (Mosse, 2000), se convierten en caricaturas de una hipermasculinidad machista tradicional ahora revisitada desde la lógica del orgullo.

Con la cuadrilla de *Airbag* (Bajo Ulloa, 1997), en una especie de *road movie* en la que se nos cuenta la despedida de soltero de uno de los protagonistas en una suerte de viaje

iniático por prostíbulos de carretera, casinos y demás ‘antros de perdición’, asistimos al desbordamiento de esa masculinidad del orgullo en tres personajes que en el inicio del relato se presentan como pusilánimes y apocados.

Pero el caso más claro de esta nueva forma de representar la masculinidad se encuentra en *Torrente, el brazo tonto de la ley* (Segura, 1998). Estrenada en 1998, *Torrente...* se convierte en la película más vista en cines desde el estreno de *Mujeres al borde de un ataque de nervios* (Almodóvar, 1988) diez años antes. En ella se narran las aventuras y desventuras del comisario Torrente (S. Segura), extraño antihéroe con aire jurásico que cae en



Imagen 8. *Torrente, el brazo tonto de la ley*, Segura, 1998

todos y cada uno de los *tics* y poses del perfecto machista (imagen 8). El relato nos cuenta sus frustraciones y fracasos al intentar detener a una mafia narcotraficante en una trama que roza lo subreal y se queda en el chiste fácil explotando las

imágenes más sexistas y escatológicas que el esperpéntico comisario es capaz de dar de sí. Más allá de la historia, en la que por supuesto es posible rescatar una definición de cada uno de los parámetros del machismo más rancio, interesa destacar dos puntos. Por una parte el modelo de masculinidad que traza y las complejas conexiones que establece con el pasado y el presente, y por otra parte el tipo de (des)identificaciones que posibilita. Torrente se define por su masculinidad monstruosa, entendiendo esta expresión en el sentido que le da E. Gil Calvo al decir que «[e]l monstruo es un narcisista que sólo busca satisfacerse a sí mismo, y para ello necesita dedicarse con fetichismo al consumo o a la realización de objetos de deseo» (Gil Calvo, 2006: 355). Esa es la relación que establece Torrente con el sexo o el consumo de alcohol. Pero el personaje de Segura es aún más monstruoso en tanto que juega a la impostura del héroe, intenta ocupar el lugar de la masculinidad ejemplar y se presenta como comisario y representante de la ley, como hombre modélico que intenta *educar* en la masculinidad correcta al grupo de adolescentes que creen sus fanfarronadas. Al avanzar la historia se hace clara su engañifa y se

presentan las miserias de un ex-policía relegado de su cargo y fracasado en todos los aspectos de la vida.

Lo más reseñable de este juego de definición de la masculinidad orgullosa es que Segura, en la iconografía españolista y rozando lo fascista, representa a su personaje como un reducto de una historia pasada. En cierto modo, el esperpento vuelve al juego que desplegó a finales de los años setenta, pero ya desde unas condiciones sociohistóricas de posibilidad bien distintas. De nuevo es ese pasado del que sólo cabe separarse o abrazar el que ordena la representación, pero se puede ver que, en la transformación de la sociedad, el modelo ya sólo es posible desde su caricatura extrema. Torrente en cierto modo traza el arco entre esa masculinidad tradicional y autoritaria que ya en los setenta y ochenta fue descartada por desigual y la nueva componenda del orgullo en la que el abrazo a ciertos valores no puede más que entenderse como la re-creación vacía de las poses de un modelo que fue y que ya no es viable. Por eso, en el cinismo de la narración, Torrente termina siendo un fracasado, un anti-modelo sin posible redención que, en contra de toda la representación cinematográfica de la masculinidad heroica, es la primera baja en su aventura de lucha contra las mafias.

El segundo punto reseñable tiene más interés para la elucidación de cómo la transparencia sigue funcionando en este planteamiento representacional. Si con los personajes de *Jamón, jamón* (Luna, 1992) ya era difícil operar el juego de la (des)identificación dado su carácter esperpéntico o extremo, en el caso de *Torrente...* esta imposibilidad se magnifica. La ambigüedad comentada del cierre del relato de B. Luna o incluso la resolución de *Todos los hombres sois iguales* (Gutiérrez Aragón, 1993) no terminan de ser satisfactorias en tanto que vuelven a hacer aparecer a las mujeres como madres o agentes de racionalidad instrumental cargándolas así con la *culpa* de la falla masculina. Pero en casos como *Torrente* o *Airbag* se elimina la posibilidad misma de la ambigüedad. En ellas se opera una borradura del contexto relacional de conformación de las masculinidades. Sencillamente no aparece. Construida desde lo caricaturesco, la crítica de *Torrente* se pierde en lo grosero del esperpento y separa al espectador del modelo de tal forma que, aunque pueda servir para analizar los sentidos que en otra época podían ser aceptados y hoy se convierten en mofa, nadie puede encontrarse en Torrente ni entender su



crítica como dirigida hacia él<sup>6</sup>. Así, las masculinidades vividas quedan de nuevo intratadas y diluidas en su transparencia.

En *Torrente, el brazo tonto de la ley* (Segura, 1998) se resume así el nudo complejo en el que se dirimen las masculinidades vividas de finales de los noventa. Nudo que se anquilosa en el cruce de dos madejas de sentidos, a saber, por un lado la que aglutina la masculinidad representada en torno a esa componenda orgullosa y amenazada, y del otro, la que se fragua en la pervivencia de la transparencia en el momento de su encarnación. En cuanto a la representación de la masculinidad, comparto con el trabajo de E. Gil Calvo (2006) en torno a las representaciones cinematográficas de la masculinidad, en su caso trazadas principalmente sobre el cine norteamericano, no sólo el título de sus conclusiones, '*El regreso de los monstruos*', sino su interpretación de que ese regreso es producto de los cambios que se han producido en las condiciones sociohistóricas y que dejan a los varones perplejos ante una masculinidad que difícilmente son capaces de encarnar con éxito desde los parámetros modernos de la *Masculinidad*. En ese sentido, se puede entender la emergencia de lo que denomino la *masculinidad del orgullo individualista* como una reacción ante la aparición de la marca de género de los sin género,

---

<sup>6</sup> De hecho, este secuestro de lo relacional no sólo se produce del lado del esperpento, puede verse como el centro de las representaciones masculinas de los noventa. Si se miran otras narrativas audiovisuales como las series televisivas que, de hecho, desbancan al cine como medio primordial de su transmisión, se encuentran buenos ejemplos de una estrategia paralela aunque diferente. Es el caso de la serie de producción española que en estos años se convierte en líder de audiencias. En septiembre de 1995 se estrenaba en Telecinco *Médico de familia*. En las nueve temporadas que se rodaron y emitieron entre 1995 y 1999 de la serie que se convirtió en la de mayor audiencia de los 90 –y de la historia de la televisión en nuestro país hasta la aparición de *Ana y los 7* (TVE)– pudimos conocer los avatares en la casa de los Martín. Semanalmente el médico Nacho Martín (Emilio Aragón) tenía que hacer frente a su trabajo en un centro de salud del sistema de sanidad público a la vez que encarar los problemas del crecimiento de sus tres hijos como cabeza de una familia monoparental primero –el doctor había enviudado poco antes del inicio de la serie– y recompuesta más adelante cuando se casa con la hermana de su viuda y tiene dos hijos más. De este modo, la serie sirvió de vehículo para hablarnos de cómo se desarrolla la vida de una familia tipo en nuestros días, convirtiéndose el tema del reparto de tareas y roles entre Nacho y su segunda esposa en hilo argumentativo de buena parte de los conflictos de la pareja y, por ende, de la serie. Lo interesante es que hiladas en el contexto y roles de la familia arquetípica tradicional, toda discusión se apagaba por una vuelta a las posiciones *naturalizadas* que se esperan de varones y mujeres en tanto que lugares estancos y complementarios. El recurso al instinto maternal o a la división de tareas se repetía en los diferentes capítulos para dar cuenta de los conflictos de la pareja y de la familia. Por tanto, se operaba de nuevo este secuestro de lo relacional en el que poco importaban los nuevos posicionamientos de una mujer que tenía un trabajo de éxito, como locutora radiofónica, o las nuevas relaciones familiares. Para un análisis de cómo en narrativas televisivas como esta se construye una imagen de la *nueva masculinidad* que recalca en la transparencia de la masculinidad como marca de género puede consultarse mi trabajo sobre conciliación y sus representaciones mediáticas en García García, 2006.

de modo que, ante la imposibilidad de seguir manteniendo las posiciones clásicas del héroe y el patriarca –recuérdese en este caso las narrativas de finales de los sesenta protagonizadas por Paco Martínez Soria–, asistimos al dislate de unos varones que «juegan a ser monstruos para sentirse poderosos y recuperar fugazmente sus poderes perdidos» (Gil Calvo, 2006: 362-3). En cuanto al segundo nodo, la proliferación de los monstruos puede también entenderse como una estrategia que devuelve el desarrollo de las masculinidades a su espacio de transparencia. Mientras se es capaz de señalar el dislate de aquella masculinidad desbordada y excesiva del monstruo, la propia masculinidad viva y encarnada puede mantenerse en los límites de la invisibilidad –ahora más pretendida que real en tanto que, recuérdese, las masculinidades han sido señaladas en su marca de género (Robinson, 2000)– ya que puede de nuevo desplegarse en el modelo moderno de la contención que se describía en el primer capítulo. Frente a la animalidad salvaje del fanfarrón violento y exhibicionista de su masculinidad, cabe una masculinidad correcta y ajustada a los parámetros, ya traducidos y adaptados a la nueva realidad, de una virilidad responsable.

Lo interesante es que, en los discursos de los entrevistados, una abrochadura similar se está haciendo en el caso de la violencia de género; sobre todo su expresión más extrema, aquella que termina con la vida de la pareja o ex-pareja, está sirviendo para señalar una *hipermasculinidad* que así deja de estar emparentada con la *Masculinidad*. En muchos de los discursos de los entrevistados, el límite de la monstruosidad se situaba en la violencia de género en una estrategia que no deja de revestir interés. La proliferación mediática de mensajes contra la violencia en el seno de la pareja heterosexual está operando como nodo de reorganización de las representaciones y auto-representaciones de la masculinidad. Recuérdese el lema de la última campaña estatal sobre este tema en el momento de redacción de esta tesis, la de mediados de 2008, que se recogía en la entrada del capítulo tercero: «cuando maltratas a una mujer dejas de ser hombre». Los efectos performativos (Butler, 2001a) de la atención prestada a este tema y la estabilización de un discurso hegemónico que la explica desde posiciones disímiles y naturalizadas en un sistema de dominación patriarcal (García Selgas y García García, 2008) son contradictorios. Por una parte, sirve para reeditar la lógica de la monstruosidad y así la vio-

lencia de género se explica como enfermedad o desviación que la separa de una masculinidad correctamente desplegada:

«Otra de las cosas que me fastidia, cuando te hablan de la violencia doméstica y tal, eso, es que no es violencia doméstica, es que hijos de puta los hay en todos los niveles y lo mismo que matan a su mujer o a su amante, matan a uno, o sea, a un tío. Son gente que *son psicópatas* y que están mal, y si no eso no es normal. Yo creo que en ese aspecto las relaciones, las relaciones con las mujeres, han cambiado mucho. Sí, que *sigue habiendo machismo, posiblemente, pero yo creo que incluso hay más machismo en algunas mujeres que en los hombres* [...]. Yo te pongo a hablar con mi suegra o con mi madre, y cuando empiezas a tocar temas de sexualidad o de política o así, salen a defender al macho como sea, porque se han educado en eso y no se les ha cambiado el *chip*» (Entrevista con Informático RENFE, 56 años).

Como se puede apreciar en el discurso de este entrevistado, una consideración de este tipo termina por hacer la violencia tan externa a los modos en los que establecemos las relaciones de género y sus fallas que puede incluso explicarse como causada por un machismo del que las mujeres son tan o más responsables que los propios varones. Pero aún tiene un efecto más perverso. Como señalaba uno de los entrevistados, el aumento de la atención mediática en conjunción con la explicación hegemónica en términos estructurales, que sitúa, desde un *a priori*, a los varones como verdugos y a las mujeres como víctimas sin explicar los procesos de la violencia, terminan por generar una actitud de enrocamiento y solidaridad gregaria masculina en la consideración de los casos de violencia:

«La visión que sale por la tele a mí no me termina de convencer y yo creo que al conjunto de los hombres. De hecho hay una... Cuando sale la noticia ésta en la televisión, por ejemplo en el ambiente del trabajo, pues normalmente, normalmente yo creo que lo que sale es de: *'algo habrá hecho'*. [...] Hay como un..., en el hecho de decir: *'joder es que las mujeres son la hostia'*. Allí hay unas cosas ahí que sale muy fácilmente, muy fácilmente. Y después por parte de los medios de comunicación no hay un análisis de..., como de crisis, porque yo creo que esto al fin y al cabo, yo creo que el enfoque, dar *un enfoque de que es un problema del hombre* creo que es un error. Creo que el problema es un problema de *crisis de la sociedad* o de... Sí, porque suelen ser crisis sociales de..., *más que como de hombre, como de género* ¿no? 'No, no, es que los hombres son violentos, es que los hombres son dados a maltratar, es que los hombre...'. No, yo no creo que sea así. Todo esto es un conjunto de circunstancias que llevan a..., pues a eso» (Entrevista con Formador ocupacional, 38 años)

El discurso de este entrevistado es elocuente al señalar esa conexión entre la explicación más extendida de la violencia de género y el refuerzo de una serie de mecanismos de poscionamiento (Hall, 2003) que dejan intacta la masculinidad vivida ante la certifica-

ción de la crudeza de la violencia de género. Devuelta a esa naturalización de la agresión como masculina, sólo cabe la separación del violento por su reducción a la desviación o la reedición de esa '*lucha de sexos*' que da por buenas las definiciones de los géneros como complementarios y enfrentados en una dicotomía de la inconmensurabilidad (Laqueur, 1994) y así su correlato extremo en los conflictos de pareja. En cambio, en la violencia de género, movilizando otras explicaciones, se puede encontrar algo que está muy en línea con lo argumentado en este capítulo. En la violencia de género se puede ver un indicador de ese dislate en el que se asienta la masculinidad orgullosa e individualista en su reafirmación identitaria. Como interpreta M. J. Izquierdo:

«Cuando la mujer cuestiona al hombre la relación que mantienen, le está cuestionando su propia identidad. Para conjurar la amenaza, él apela a la diferencia que todavía conserva, la fuerza física, y agrede porque se siente agredido en lo más profundo, y porque en la agresión misma recupera su identidad» (Izquierdo, 1998: 73)

Es decir, la violencia de género en la pareja heterosexual puede estar respondiendo al proceso más amplio de *crisis de las masculinidades*. Puede verse en ella una forma de encarnación posible en el momento en el que las evidencias del privilegio masculino son señaladas y así puestas en suspenso o rebatidas por las actitudes de las mujeres y otros varones que asumen la crítica. La violencia de género puede entenderse entonces como resultado de una *quiebra* (García García y Casado, 2008) que afecta a las masculinidades en el momento de su revisión. Esta quiebra sería el efecto de la transparencia en la que permanece la lógica de la representación y la encarnación de la *Masculinidad*. Entonces se hace posible la convivencia de una adaptación de los modos de vida a la nueva realidad de acceso de las mujeres a lo público y revisión de los modelos familiares tradicionales con la pervivencia de la idea de una *diferencia naturalizada* que instala un abismo entre varones y mujeres a la vez que no considera lo relacional y los procesos de negociación, siempre abiertos y activos, en los que se componen las identidades masculinas. La *Masculinidad* aparenta entonces una impertérrita continuidad en sus valores pero la imposibilidad de sus parámetros ante la crítica de la retórica que la mantiene, aquella del Sujeto autónomo y racional de la modernidad, se convierte en la amenaza constante de su colapso en formas tan groseras como la de la violencia de género o, en un grado diferente, tan exaltadas como la del modelo de la masculinidad orgullosa e individualista.

### 6.2.1. Tozudez y quiebra de las (des)identificaciones masculinas.

Los efectos de una abrochadura de este tipo en la estabilización de las masculinidades vividas se pueden ver en diferentes aspectos de las relaciones de género en nuestra sociedad, en eso que en otro sitio hemos denominado las tozudeces de las masculinidades (García Selgas et al., 2003). Algo de la transparencia y la quiebra que implica el desajuste en los mecanismos de posicionamiento de unos varones que no entienden su identidad como resultado de un proceso sociohistórico de estabilización de un orden de género atravesado por relaciones de poder puede rastrearse en la proliferación de movimientos masculinistas de corte anti-feminista. Los referentes internacionales son claros. Se puede señalar un abanico que va desde el culturalismo del movimiento mitopoético encabezado por R. Bly y su recuperación de una masculinidad profunda –*deep masculinity*– en la relectura de las fábulas clásicas, hasta el político *Movimiento por los derechos del hombre* iniciado por M. Farrell como reacción a los discursos feministas y que articulan una serie de exigencias *defensivas* frente al avance de las mujeres sobre los ‘derechos naturales masculinos’. En nuestro país también a finales de los años noventa empiezan a proliferar grupos de este tipo. Primero alrededor de las asociaciones de padres separados y divorciados y más adelante, ya en la presente década y como reacción a la Ley Orgánica 1/2004 de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género, en torno a la supuesta indefensión masculina frente a esta normativa. Como señala R. Osborne (2004: 273 y ss.), en algunas de las demandas de los colectivos de padres separados españoles puede verse cómo la apuesta por un nuevo modelo de paternidad sin revisar los problemas que algunas de sus posiciones y antiguas y mantenidas creencias genera lo que termina siendo una revisión falaz en la que se cuestionan sus derechos pero no sus obligaciones; es decir, en la que la transparencia sigue operando desde su omnipresencia velada.

Pero la transparencia también opera de un modo más sutil, por ejemplo, en las dificultades para la conciliación de la vida profesional y personal. Las tareas de cuidado siguen pensándose como femeninas en tanto que asociadas con la naturaleza emotiva de las mujeres. Los varones no reconocen la red de dependencias en la que fraguan sus cotidianidades (García Selgas, 2006) y desde la transparencia de su posición siguen reforzando una lógica del escaqueo y la resistencia (Bonino, 2001).

Por eso es importante entender cómo las formas de (des)identificación modernas basadas en la invisibilidad del género de un importante colectivo social, en tanto que encarnaron la posición-sujeto central en el entramado de los estados modernos, pueden resolverse muy problemáticas en el momento de su revisión crítica. El abrazo de un modelo que por transparente se hacía casi perfecto puede ser una pesada carga para el desarrollo de las sociedades en relaciones de género más igualitarias y justas. Pero además, un mecanismo identitario de esta naturaleza, puede convertirse en una fuente de conflictos ya que, en la invisibilidad de su envoltura, deja a los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias muy mal preparados para revisar sus modelos identitarios y relacionales y, como resultado, hace que aquella capa que en la modernidad servía casi como coraza que preservaba una posición de privilegio devenga férrea estructura en el momento de su de-construcción postmoderna. A esto es a lo que apuntan las encarnaciones orgullosas de la masculinidad, pero también la crudeza de cuando menos ciertos casos de violencia de género si en ella entendemos que hay unos varones que sobre-reaccionan ante la aparición de una particular marca de género que no saben cómo gestionar porque son incapaces de reconocerla.

Volviendo a la imagen ya repetida en varios puntos, *la transparencia en su revestimiento de las masculinidades vividas amenaza con convertirse en elemento inmovilizador que constriñe a los varones en la necesaria revisión de sus (des)identificaciones genéricas. Lo transparente, como el cristal, encierra a los varones en su naturaleza traslúcida haciendo pensar que es más liviano y menos peligroso de lo que resulta cuando se intenta atravesar; en ese momento se reconoce que el cambio es difícil pues lo transparente sujeta y pone límites y, además, en su colapso o quiebra deviene arista cortante y peligrosa.*

En el cierre de esta cartografía de las representaciones y encarnaciones de la virilidad española volveré sobre los discursos de los entrevistados para intentar precisar los mecanismos de posicionamiento e inscripción en el que se resuelve la transparencia en la actualidad. Encararé esta tarea en el próximo apartado, pero antes, me detendré en una última representación fílmica. En rigor, se escapa del objeto de esta tesis pues se estrena a finales de 2002 pero, tanto por su atención a esta quiebra de la transparencia como

origen de unas relaciones de género problemáticas y presididas por el conflicto como por su juego histórico, me resulta interesante para rescatar el bucle de tensiones que he querido mostrar en mi explicación de las diatribas contemporáneas de la masculinidad.

El 18 de octubre de 2002, en el festival de Sitges, se estrenó *800 balas* (de la Iglesia, 2002). Su protagonista, Julián (Sancho Gracia), permite un acercamiento al proceso de exposición de un varón que es señalado y visibilizado en su reproducción de modelos de masculinidad precisamente en el momento en que son puestos en suspenso los privilegios no cuestionados de éstos. La narración de *800 balas* nos acerca a la historia de Julián y su troupe (imagen 9) desde la mirada de su nieto, Carlos. Julián fue doble de Clint East-



Imagen 9. *800 Balas*, de la Iglesia, 2002

wood en sus películas del *spaghetti western* rodadas en Almería. Cuando el negocio del cine del oeste rodado en Europa quiebra, Julián, junto con otros actores, se queda en el viejo poblado-plató trabajando en un espectáculo que rememora el modo en que se rodaron pelícu-

las como *La muerte tenía un precio* (Leone, 1965). Podemos leer algo de la lógica de identificación propia de la modernidad y de sus quiebras en la forma en la que se introduce, en el conflicto que nos relata de la Iglesia, la imagen de Clint Eastwood. *La muerte tenía un precio*, máximo exponente del *spaghetti western* y película de mayor recaudación de producción española hasta 2000, es la historia de la lucha entre dos caza-recompensas para hacerse con *El Indio*, el más sádico y buscado de los convictos de California. Pero también es la historia de un triángulo de identificaciones en la que un joven Eastwood tiene que entrar por medio del Coronel Mortimer en una masculinidad correcta y ajustada a las prescripciones sociales. En su persecución del hipermasculino y salvaje *Indio*, *el Manco*, encarnado por Eastwood, encontrará dos modelos de masculinidad opuestos, y en su flirteo con uno y otro –al tener que pactar con Mortimer un plan conjunto, al tener que hacerse pasar por ladrón e infiltrarse en la banda de *el Indio*– se irá forjando como hombre. En un marco homosocial, en un Oeste en el que en dos horas de metraje

no aparecen ni una decena de mujeres, y por medio de la exposición constante y de forma compulsiva, de poses –y sus posos– que señalan la masculinidad de los tres personajes centrales, asistimos al proceso de construcción identitaria del protagonista y su entrada por la masculinidad hegemónica de la mano de una figura paterna y guía, el Coronel Mortimer.

*800 balas* es también el relato de un proceso de encarnación masculina. El personaje de Julián, en una lectura preocupada por las masculinidades, habla del intento fallido de mantener ciertas conexiones con el modelo de Eastwood y de cómo la masculinidad trae consigo elementos que, pese a quedar fuera de lo representado, nos permiten explicar formas de organización y distribución de poder. Julián guarda el poncho que *el Manco* llevaba en *La muerte tenía un precio* y el número de teléfono de Eastwood como sus grandes tesoros; tesoros que complementa con falsos montajes de fotos con el actor norteamericano. Este proceso de construcción podría entenderse como el de la continuación de la línea abierta entre el Coronel Mortimer y *el Manco*. Julián, al repoblar los modelos de la masculinidad de *La muerte tenía un precio*, va trazando las conexiones, no siempre conscientes, entre los referentes que él toma y la idea de masculinidad; pero, a la vez, va asumiendo un modo de entender los conflictos y su resolución. Patton, junto con Eastwood, va a ser uno de los pivotes que Julián recita a la hora de pasar a la acción, a la hora de comprar las 800 balas que dan nombre a la película y atrincherarse en el poblado Texas-Hollywood para salvaguardar a tiros su estilo de vida. «Patton –nos describe Julián– era un tío con dos cojones. Mira, esto es África, aquí estaba Rommel, y aquí estaba Patton, estaba rodeado de nazis, pero no se dejaba acojonar, ni por Hitler ni por su puta madre» (de la Iglesia, 2002). Julián fue doble de Patton y en *800 balas* vuelve a él como modelo de lo que hay que hacer. Ante el cambio de contexto, ante la compra del poblado-plató por una multinacional (imagen 10) liderada por la ma-



Imagen 10. *800 Balas*, de la Iglesia, 2002



dre de Carlos, su nuera (Carmen Maura), y el dismantelamiento de su espacio, hay una vuelta sobre los modelos de aquellos personajes que encarnó en su trabajo como doble cinematográfico y su lucha a muerte por preservar posiciones y valores. En su reproducción de masculinidades, con la traducción productiva que conlleva todo proceso de exposición, asistimos a la encarnación de un conflicto, el de la pérdida de un espacio que se entiende como propio arrebatado por una mujer que representa una nueva forma de organización: la de la multinacional y el parque temático que se quiere construir en el viejo poblado.

Cuando Kimmel habla de las reacciones de pequeños grupos de varones con ideologías ultra-conservadoras en el seno de los Estados Unidos y sus estrategias de reafirmación de sus formas organizativas, frente a las impuestas por las multinacionales y grandes fuerzas económicas, por medio de una vuelta a la masculinidad tradicional como valor (Kimmel, 2001), aporta pistas para entender el modo en que se entretajan la encarnación de ciertos modelos de masculinidad con toda una red de entendimiento de lo social y las formas de poder que lo atraviesan. Se puede pensar entonces que no sólo es transparente la marca de género que tiene el Sujeto de la modernidad, sino que también se hace transparente en las recitaciones del mismo la dinámica de distribución de privilegios que se instaura en el centro mismo de las relaciones de género modernas. Lo que queda fuera de campo es lo que hace de una forma de organización la correcta y justificada en su distribución de poder.

Así, tras el relato de de la Iglesia, hay unos personajes que en su lectura nostálgica<sup>7</sup> transportan al ahora un algo de una diferencia naturalizada –de la que no podemos saber con exactitud si estaba en Eastwood, pero que sabemos se puede leer en él–, traen sin necesidad de mostrarlo, un modelo de relaciones de género que indefectiblemente deja sus efectos en el trasfondo mismo de la encarnación masculina y que nos ayuda a entender las quiebras de la masculinidad actuales como procesos de complejidad histó-

---

<sup>7</sup> Los mecanismos de la neohistoria que Jameson (1996) postula como propios de la lógica del capitalismo tardío, pueden reconocerse aquí, si no en la película en sí como cine de la nostalgia que él teoriza, sí en la particular forma en que los personajes se hacen eco de los modelos masculinos. Aún asumiendo la tensión de las ideas de Jameson que introduce esta lectura, creo que puede ayudar a entender que nos encontramos ante nuevas formas de identificación con especiales efectos sobre las propias formas de recitar identidad.

rica en la que los significantes tradicionales se agarrotan y paralizan cuando se intentan movilizar en un entorno en el que ya no son viables.

### **6.3. La lógica de la transparencia en la estabilización de las (des)identificaciones masculinas contemporáneas**

En el análisis de las representaciones y encarnaciones de las masculinidades heterosexuales españolas de clases socioeconómicas medias se han ido desgranando los diferentes significados y tensiones que se han visto implicados en el desplazamiento de la consideración social de las masculinidades construidas en la lógica de la *Masculinidad* moderna. La remanencia de las tensiones que se abrían al final de los años sesenta con el asentamiento del proceso de industrialización y la estabilización de una sociedad de consumo de masas (Alonso y Conde, 1994) sigue presente en el cierre de esta cartografía. Pueden nombrarse en los conflictos por el mantenimiento o desplazamiento del modelo familiar patriarcal que prescribe la *Masculinidad* en tanto que categoría política, los peligros de la sexualidad en tanto que contenida en el modelo moderno y amenazante en su revisión a partir de las retóricas de la liberación de finales de los sesenta, y los problemas que implica la estabilización de una norma de igualdad en las relaciones entre los géneros fuertemente asociada a la idea de *progreso* o *modernización* de la sociedad en general.

La hipótesis que ha organizado este repaso histórico y que se demuestra en la pervivencia de la creencia en una diferencia inconmensurable entre varones y mujeres asentada en su naturaleza biológica es que la *Masculinidad* se construye desde la transparencia de la marca de género masculina y así resulta mucho más sólida y reticente a los cambios en las condiciones de vida. Dicho más claro, la transparencia está en el origen de las resistencias a la implantación de una norma de igualdad que, por otra parte, parece claro si se atiende a los discursos de los varones entrevistados y a las valoraciones sociales que transitan en los medios de comunicación, que se quiere y ve como justa y apropiada. Por ello, en el cierre de este repaso conviene volver sobre los discursos analizados para intentar dilucidar los vericuetos en los que se construye esta transparencia y señalar sus implicaciones sociales en los modos en los que se establecen relaciones de género y se suturan las identidades masculinas.

Como se comenta, es claro que las relaciones entre varones y mujeres han cambiado. Se han transformado las estructuras familiares en las que se organizaban y también los papeles que asumían unas y otros. Esta transformación es clara para los entrevistados y la nombran como un proceso aún en marcha en el que quedan cosas por transformar, pero que en cierto modo es ya imparable dado que implica el trabajo de varias generaciones y una ruptura tanto en los modelos como en las condiciones y estilos de vida. Así lo entendía uno de los entrevistados:

«Se choca más en..., en las costumbres cotidianas quizás del..., del día a día. La generación de mi abuela, que nació en 1910 y que, por tanto, ahora tiene noventa y tres años, tiene una educación incluso machista. Mi madre no tiene la educación... no me ha dado la educación machista que tiene mi abuela [...]. *Estamos yo creo que a medias de dos mundos*, ¿no?, de que es el... un poco el de la igualdad, y un poco el de las reglas de toda la vida que han sido esto [...]. Nosotros estamos un poco a salto de mata y yo creo que lo tendrán más fácil las generaciones futuras que ya estarán un poco más normalizadas» (Entrevista con Político, 32 años)

Un cambio de este tipo y, sobre todo, la situación de transición que perciben los entrevistados se convierte en un espacio problemático en tanto que desubica a los varones que pierden los referentes tradicionales en los que antes prendían sus (des)identificaciones. En línea con el análisis de D. Morgan (2001), puede señalarse la revisión de los modelos de familia como el origen de esta desubicación. Como se ha comentado, según Morgan, para entender el desarrollo de las masculinidades hemos de ponerlas en sus contextos y, en ese sentido, la familia en Occidente se erige como la institución primaria en la que transitan nuestras relaciones de género. Por ello, en el paso de la sociedad tradicional a la moderna, en el paso de sociedades rurales y agrarias a otras urbanitas e industriales, se produjo una revulsión de los modelos masculinos, en tanto que las formas de relación familiar se transformaron de raíz. No es menos importante la mutación que atraviesan las formas de intimidad en la alta modernidad (Giddens, 1998) y por ello también en este momento asistimos a una revulsión de las masculinidades.

En el caso español este contraste es, si cabe, mayor que en otros países de nuestro entorno en tanto que el periodo de dictadura, sobre todo en su primer momento autárquico, sirvió de freno a los procesos de modernización y así, en una especie de puesta al día apresurada y en ocasiones errática, nuestro país se lanza a un cambio profundo en

lo económico, lo político y lo social que en menos de treinta años aglutina elementos del paso de la tradición a la modernidad con otros del paso de esta última a la postmodernidad. Las masculinidades vividas han resentido este proceso. No pueden ser ajenas a ellos, y así, en los discursos producidos en el trabajo de campo se puede corroborar una cierta pérdida de sentido y ubicación, que se relaciona con los cambios en las condiciones de vida de las mujeres pero también, y en primer término, con las implicaciones que éstos tienen en la institución familiar. La pérdida de autoridad masculina es notoria, más aún cuando venimos de un modelo, el nacional-católico del franquismo, que inscribía las masculinidades desde la fórmula del *pater familias* por medio de una serie de creencias que terminaban por solidificar en regulaciones legales. No sorprende, entonces, la ambivalencia que campa por los discursos producidos. Buena muestra de esa ambivalencia es el fragmento que se recogía en un grupo de discusión con varones de 45 a 55 años:

PARTICIPANTE 4- Mira, el hombre se..., el hombre se iba a trabajar. Mi padre, por ejemplo, mi abuelo, yo lo he visto en mi familia, se iba a trabajar y la mujer era la que se encargaba de la casa, y luego.

PARTICIPANTE 3- Del gobierno de la casa.

PARTICIPANTE 4- Sí, del gobierno de la casa, y luego sí podía meter un poquito para nosotros a base de coser manteles...

PARTICIPANTE 3- ¿A que sí?, ¿a que sí?, di que sí.

PARTICIPANTE 4- ...de ir a no sé dónde, de echar una mano a no se quién... Era así la familia.

PARTICIPANTE 3- Claro que sí.

PARTICIPANTE 4- *La familia era el padre, el que mandaba y el que llevaba el sueldo a casa. Y la mujer era la que organizaba la casa y organizaba los hijos.* Sí.

PARTICIPANTE 3- Aunque sólo fuese una imagen...

PARTICIPANTE 4- Sí.

PARTICIPANTE 3- ...porque en realidad la mujer llevaba los pantalones, pero los ha llevado y los sigue llevando. Pero es esa imagen.

PARTICIPANTE 4- Pero luego habrá el carácter de que sea el hombre el que ahora, ni manda y se da, pero ha sido ahora y antes.

PARTICIPANTE 3- Ahora ni manda, ni mando.

PARTICIPANTE 6- *Nos han quitado una imagen igual.*

PARTICIPANTE 4- No, yo no creo, vamos, *yo creo que se vive mejor.*

(Grupo de discusión con varones de 45 a 55 años)

Son reveladoras de esta ambivalencia las dos últimas intervenciones. Si de un lado el cambio se entiende como positivo, permite «vivir mejor», también en él se reconoce la pérdida de una imagen, o por decirlo en los términos que moviliza el entrevistado, la sustracción de una imagen. Por tanto el cambio se va a entender como problemático, como fuente de una nueva conflictividad que no existía en el pasado ya que era imposible dado el esquema férreo de posiciones disímiles en el que se prendían las (des)identificaciones de varones y mujeres. En ese sentido se hablaba de una transparencia tranquila o apacible que, en el momento de su revisión, deja de funcionar e instala el conflicto en el centro de las relaciones entre varones y mujeres, ya que, como expresaba uno de los entrevistados, si «cuando los roles estaban tan definidos, quién mandaba y quién obedecía, pues un poco el conflicto de..., que más o menos había. Cuanto más se equiparan los roles, más fuerte es el conflicto» (Entrevista con Abogado, 46 años). Resulta gráfico el modo en el que lo explica uno de los entrevistados de más edad y que por tanto cuenta el cambio en primera persona por medio de una comparación entre la experiencia de sus padres, la suya propia y la de sus hijos:

«*Un fuego permanente* [...]. Sí, fuego permanente, pero que el humo nunca salga, que nunca se vea el humo [...]. Es decir que realmente dentro de la relación de la pareja pues tiene que haber pues tensión, debe haber fuerza, debe haber de todo. Pero cuando se llega a un límite grande, exteriorizado no se tiene que ver nada. Entonces esa pareja tendrá vida. Claro, sí hay curre no ¿eh?, eso... Todo se ve, el fuego se ve, el humo se ve ¿entiendes? [...] *En las tres etapas que hemos visto no se sabría nada en la época de mis padres*, aquello no se sabría nada. *En la mía a lo mejor el humo ya se escapaba* en algún momento. *En la de los hoy el humo está a su aire*» (Entrevista con Profesor jubilado, 62 años)

Las relaciones de género se componen desde aquí en varias direcciones. La más directamente relacionada con lo que se argumenta en esta tesis tiene que ver con la revisión que supone en la consideración de la propia masculinidad heterosexual de clase media en tanto que empieza a ser señalada en su especificidad, en tanto que empieza a nombrarse y así a encontrarse enfrentada a su marca de género. El género de los sin género empieza a hacerse visible. Y en este proceso el cuestionamiento de la propia posición introduce a los varones en una experiencia contradictoria de revisión:

«Yo creo que también. Puede sonar un poco..., un poco extraño, no lo sé, pero, eh, o sea, llevándolo un poco al extremo, ¿no?, estás como en *esa condición de opresor*, ¿no?, o sea, sin, sin quererlo, ¿no? Tú mismo te tienes que liberar de alguna manera de eso, ¿no? Te inculcan, eh, un determinado tipo de valores y de actitudes, que a lo

mejor los adquieres sin darte cuenta, ¿no?, y tienes que hacer un proceso de..., de limpia tú de eso, o sea, el..., la..., ese tipo de fortaleza, de competitividad, de..., de..., de autoridad, de poder, ¿no? Y te tienes que librar de eso y eso me parece un poco perjuicio [...]. Pero yo creo que por ser chico a lo mejor te..., eso te lo meten más adentro, ¿no?, y después si te tienes que librar de eso es todavía más duro, ¿no?» (Entrevista con Técnico ONG, 25 años)

Por otra parte, desde esta nueva realidad las relaciones de género recalcan en una concepción simplista que las reduce a una '*lucha de sexos*' en la que varones y mujeres se ven enzarzados en el conflicto desde posiciones que se entienden como *naturales* y *estables*. En el encuentro de estos dos elementos es donde se puede testar la fuerza que la transparencia tiene en los procesos de encarnación de las masculinidades contemporáneas. Si de un lado la especificidad de la identidad masculina es cada vez más notoria, de otro existen toda una serie de mecanismos de auto-representación que contienen cualquier tipo de auto-revisión de las posiciones prescritas en el modelo de la *Masculinidad*.

Se puede establecer así una cadena causal que avanza desde la pervivencia de la *naturalización de la diferencia* a una consideración profundamente *particularista* de la propia componenda identitaria que desemboca en la *pervivencia de la transparencia de la propia marca de género*. El primer punto, la pervivencia de la creencia en la inconmensurabilidad (Laqueur, 1994) que separa a varones y mujeres es clara en los discursos producidos. Un buen ejemplo lo aportaba uno de los entrevistados más jóvenes:

«*La mujer siempre ha sido como es y el hombre siempre ha sido como es*, lo que pasa es que ahora somos más tolerantes con la forma de, de funcionar del otro [...]. El hombre tiene una forma de pensar machista en ese aspecto, ¿no?, sobre todo desde el punto de vista sexual, de ser él el mejor, ¿no? Y *la mujer pues tiene..., es más..., dentro de las relaciones de pareja, a lo mejor es más, más emocional* que el hombre» (Entrevista con Médico, 27 años)

Desde una consideración de este tipo, las estrategias expositivas de las masculinidades se entienden como diferencias individuales. El machismo o la actitud igualitarista poco tiene que ver con los cambios que se han producido y pocas veces se relaciona con las transformaciones en los marcos interpretativos que se movilizan en la explicación de quién se es y mucho menos con las relaciones de co-presencia en las que se dirimen las relaciones de género. Es decir, se produce un cierto *secuestro de la experiencia* (Scott, 1999), se niega la realidad construida de las (des)identificaciones y así se diluye la res-

pensabilidad en el tipo de relaciones que se establecen. No sorprende entonces que la transformación de las relaciones e identidades de género, incluso en los casos en los que se asumen y llevan a cabo, se expliquen porque «yo tengo una forma muy particular de ser» (Entrevista con Abogado, 46 años). Quizá resulte más pasmoso que incluso las actitudes más recalcitrantes contadas por un entrevistado que previamente se había posicionado como defensor de la norma de igualdad también se diluyan en el particularismo en el que afirma que «hay que diferenciar a veces un poco el machismo con la comodidad» (Entrevista con Político, 32 años)<sup>8</sup>. En definitiva, el avance hacia sociedades más igualitarias se entiende señalando posicionamientos particulares en una línea de progreso:

*«El que tiene el pensamiento machista yo creo que aún está retrasado con respecto al otro. Eh, eh, es algo que va evolucionando, de una manera o de otra tiene que evolucionar. Entonces es estar en un punto anterior o superior dentro de una misma línea, pero seguro que evoluciona hacia un mismo punto [...]. El punto de llegada probablemente sería la igualdad, cosa que ahora mismo no existe»* (Entrevista con Médico, 27 años)

Lo que subyace es la incapacidad para reconocer el carácter estructural y relacional del género y, por tanto, aquí se encuentra la principal traba para el avance en el principio de igualdad por parte de los varones heterosexuales de clases medias. Éste es el mecanismo central por el que se despliega la transparencia. En realidad, la transparencia funciona de modo circular, se puede interpretar una cadena que en su trabajo termina por hacer de la masculinidad y su transparencia la certificación de la diferencia.

Pensando las masculinidades como elementos profundamente individuales, es el particularismo de las decisiones tomadas lo que hace que una masculinidad sea más o menos adecuada, que se adapte mejor o peor a las circunstancias. Lo paradójico es que incluso las posibilidades del cambio pasan por el particularismo, primero, y como expresaba uno de los entrevistados más reflexivos y críticos en este aspecto, porque depende de «los valores que tenga uno mismo, quiero decir, si uno da por buenos los va-

---

<sup>8</sup> En el colmo del particularismo, y en contraste con el machismo de los varones, también el feminismo es desprovisto de su carácter de movimiento social y político y se intenta explicar desde los parámetros de la comodidad. Así, este mismo entrevistado, siguiendo con este argumento plantea que «también a veces también las feministas son muy listas. Igual que yo te digo que a lo mejor yo soy a veces machista por comodidad, las feministas yo creo que a veces también son muy listas por comodidad» (Entrevista con Político, 32 años)

lores de..., de competitividad y triunfo de, material, profesional en esta vida, pues ser hombre es una ventaja; si uno no da por bueno eso, pues, ehm, no lo sé» (Entrevista con Técnico ONG, 25 años). Pero sobre todo, el particularismo atraviesa las posibilidades de recuperar el carácter situado y contextual en el que poder ensayar mecanismos de posicionamiento diferentes. Trazar nuevas formas de relación entre varones y mujeres se entiende como un trabajo sólo posible en círculos cerrados y, aún reconociéndose la importancia de lo que aquí se han denominado mecanismos de exposición por los que encarnar nuevas formas de ser y experimentar la hombría, el resultado es una especie de amargura o cesión de partida en la que se sabe que sólo desde los entornos controlados se podrá cambiar en la dirección deseada:

«*Reducir como un campo de actuación*, mira en este espacio y con estas personas, que no sé qué, ¿no?, y ponerse un poco cabezota ahí, ¿no?, un poco decir, coherente, ¿no?, hablar con la gente y decir, ‘mira, me ha parecido esto y tú, ¿cómo lo has visto?’ y ‘¿lo has visto así? Entonces no sé, ¿qué podemos hacer?’». *Pero eso no lo puedes hacer con mucha gente, incluso yo que tengo tantas ganas de hacer eso estoy seguro que no soy accesible para otra persona* que está pensando eso y a mí, que no soy accesible para ella en cuanto que me considera a mí como, o potencial para debatirlo así, ¿no? Entonces, no lo sé, yo creo que en los términos generales, de forma ahí..., la tendré igual, quiero decir, seguramente tendré alguna..., más facilidad para encontrar determinado tipo de trabajo y yo qué sé, aspectos sociales así, pues me seguiré, entre comillas, aprovechando, ¿no?, o, entre comillas, sufriendo esas..., esas diferencias, pero a lo mejor en cuestiones más personales, quiero decir, *cuando conviva con alguien, ¿no?, pues ahí quizás se crea una cercanía, una confianza* en la que dices ‘si no soy capaz de cambiar ahí, unos pasitos, ¿no?, mal’. Bueno, también esos espacios de cercanía y confianza son más complicados de cambiar, ¿entiendes?, aspectos, ¿no? Pues esas cosas» (Entrevista con Técnico ONG, 25 años)

En definitiva, la transparencia de la posición de los agentes sociales del colectivo específico de varones que se ha analizado en esta tesis funciona como mecanismo de contención de las masculinidades. Contención que, a un nivel social y basándose en el análisis de las representaciones cinematográficas, se condensa en una estrategia de exposición de lo monstruoso que deja intratadas las masculinidades vividas y sus puntos de anclaje en la invisibilidad de su privilegio y posición de poder. Contención que en el nivel de las encarnaciones se concreta en una imposibilidad para entenderse como agente con género y calibrar el peso que la (des)identificación masculina tiene en sus vidas. Contención, en fin, de un modelo de relaciones atravesado por relaciones de poder desde posiciones disímiles y naturalizadas que termina por componer una encuentro difícil



entre una sociedad que pretende relaciones más igualitarias y unos varones incapaces de revisar los modos en los que están trayendo hombría al mundo, en el que son masculinizados dentro de los parámetros de un modelo quebrado y en cierto modo herido, el de la *Masculinidad* moderna, que pervive precisamente por su recitación.



Imagen de la instalación *Shadow Piece* (2005) de David Claerbout

### *Conclusiones*

### **Transparencia, masculinidades, espiral**

«ENTREVISTADO.- No, ahora se dice, 'este es metrosexual' [ríe]. El gay es gay y el metrosexual es metrosexual, y..., y..., o el..., de hecho yo creo que ahora tiene más tara el antiguo machito, tiene ahora más tara en la sociedad que, que cualquier otra persona, ¿no?

ENTREVISTADOR.- ¿Más que un gay, por ejemplo?

ENTREVISTADO.- Más que un gay no; más que un gay no, porque un gay es una cosa diferente, o sea, eh, con respecto a la sociedad, o sea, la sociedad, por mucho que digan, la gente todavía los gays los sigue viendo, dentro de la sociedad pero no dentro del todo, entonces tiene mayor tara ser gay que no, que no serlo»

(Entrevista con Médico, 27 años)

En cierto modo, ya en el cierre de esta investigación, me encuentro con que la imagen de la espiral de la que me he servido para dar cuenta de las masculinidades vividas por los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias de nuestro país avanza sobre mi propio trabajo. Mi explicación se ha trenzado en la persecución de tensiones que escapan a las linealidades de conflictos que se plantean y resuelven, imponiendo sus interrogantes siempre abiertos a las diatribas identitarias de aquéllos que se encuentran, con cierta sorpresa, señalados en la actualidad en una marca de género que se construyó como invisible en las retóricas de la modernidad. Pero como planteo, la imagen de la espiral toma mayor potencia al hacer balance de la investigación presentada, pues entre sus conclusiones se abre un prometedor campo de estudio para futuros trabajos que se encuentren con los mismos interrogantes de los que partió pero éstos ya desplazados desde las respuestas que se desprenden de este estudio. En este sentido, ilustrar la entrada a estas conclusiones con otra imagen de la instalación *Shadow Piece* (2005) de David Claerbout es un modo de rescatar que la transparencia de las masculinidades de los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias, el género de ese colectivo *sin género*, que aparecía como problema de investigación en la introducción, puede ahora revisarse desde el trabajo expuesto. Y del mismo modo que ahora someto a torsión la imagen tomada en la sala de exposiciones y la giro intentando rescatar nuevos ángulos en los que acercarme a las figuras representadas frente a la transparencia de la puerta de cristal cerrada del edificio en el que nos situamos como espectadores, es posible volver sobre mi primera pregunta para repasar el modo en el que la reflexión argumental y el análisis del caso de las diatribas contemporáneas de las masculinidades vividas por este colectivo específico de varones en nuestro país permite aventurar respuestas que ayudan a comprender qué nombramos cuando decimos masculinidad. La sorpresa que me asaltaba cuando decidí tomar las masculinidades como objeto de investigación y que trasladaba a este texto en el inicio del primer capítulo para mostrar, por medio de las auto-representaciones que los entrevistados en mi trabajo de campo trazaban en torno a la definición de la masculinidad, la naturaleza esquiva que esta marca de género tiene para aquéllos que la encarnan ahora puede precisarse, pensarse fuera de los cauces del *vacío* y la *auto-evidencia* en la que se apagaban estas concepciones. Recordémoslas:

«¿Qué definiría ser un hombre? Es que, es que no... [silencio] Joder, te juro que es que jamás me hubiera..., me..., me hubiera imaginado que me hicieran esa pregunta, ¿eh? [Pausa]. Es que no tengo el concepto de qué es ser un hombre, o sea, yo tengo quizás más el concepto de ser..., de..., de..., de qué es ser un ser humano. O sea, no..., no..., nunca me he planteado qué es ser un hombre. No lo sé, no lo sé. No tengo el concepto ése de jefe de la caverna tampoco pero... de la taberna del bar, a lo mejor, sí [risas]. No lo sé, no sé qué es ser un hombre. O sea, sé qué es...» (Entrevista con Político, 32 años)

«...planteándome qué es eso de la masculinidad, o sea, el ir con la camisa abierta, sacando pelo en pecho, pegarle un bofetón a tu mujer, ¿qué es eso? O sea, creo que existe una masculinidad, lo que pasa que hay que redefinirla o hay que definirla a cada persona, no sé [...] que, hombre, que sí que existe, o sea, hay dos sexos, o sea, hay... ahí nosotros tenemos pene, ellas tienen ahí... *conejo*, tienen clítoris, pues, o sea, es que tenemos que ser diferentes, somos diferentes» (Entrevista con Administrativo, 30 años)

«[Un hombre] Es un ser humano, ¿no?, que en ese aspecto poco tiene que diferenciarse de la mujer, luego lo que es en la sociedad que vives, pues sí, claro» (Entrevista con Técnico Metalurgia, 56 años)

«Ser hombre en cuanto a sexo está muy claro, ¿no?, [risas], bueno, bueno... Entonces, eh, si estamos hablando ya de masculinidad pues la verdad es que no sabría decirte muy bien, bueno, porque eso lo entendería más bien como un conjunto de..., de..., de roles y de identidades, ¿no? Entonces, yo creo que es variable, incluso ahora se..., se está hablando como de una redefinición, ¿no?, de lo que es masculinidad» (Entrevista con Técnico ONG, 25 años)

Círculos concéntricos en los que las masculinidades quedan presas de la diferencia biológica, de los estereotipos más extremos y asociados al machismo a la vez que se diluyen en una suerte de indefinición que la hermana con la humanidad negando así cualquier marca de género. Por medio de las herramientas presentadas en esta investigación es posible sacar a las masculinidades de ese callejón sin salida en el que la colocan los varones heterosexuales de clases medias. Y así, rompiendo la tautología en la que se resuelven los discursos de estos varones sobre la masculinidad que encarnan se hace posible además ensayar explicaciones que cuenten mucho más sobre la experiencia de la *hombría* en el inicio del siglo XXI. La clave, defendida en esta tesis, está en la devolución de las masculinidades a sus procesos sociohistóricos de estabilización y ahí es donde la espiral se vuelve a esgrimir como metáfora productiva para dar cuenta de ellas. Espiral que sitúa lo novísimo en relación con las temporalidades complejas en las que se prende y desde las que toman sentido las componendas identitarias y relacionales de género en los entornos occidentales de capitalismo tardío. Dicho más claro, la

cuestión por la realidad contrariada y confusa en la que se encuentran muchos varones en la actualidad responde a una serie de dinámicas históricas en las que los modos de ser varón hoy se componen tanto en las condiciones sociohistóricas de su emergencia en la modernidad como en los procesos más recientes de revisión de las retóricas modernas de los sexos y las identidades que se prescriben para varones y mujeres desde la crítica postmoderna de las certezas fraguadas en la Ilustración y su traslación en un orden social.

Partiendo de la raigambre moderna de las (des)identificaciones masculinas contemporáneas no cabe ya el asombro ante ese vaciamiento con el que se auto-representa la masculinidad, o en todo caso, el asombro se acompaña de respuestas que señalan el punto de articulación de ese carácter insondable que la masculinidad tiene incluso para aquéllos que nos vemos imbuidos en ella de acuerdo a la naturaleza anatómica de nuestros cuerpos. Ese punto de articulación se encuentra, como se repasaba en el inicio de esta tesis, en una lógica de la identidad que fraguada en paralelo al cambio de las sociedades tradicionales a las modernas y amparada en la nueva ciencia que conoce por medio de definir mismidades y diferencias se apoya en una biología dicotómica de la incommensurabilidad para establecer un abismo entre varones y mujeres de acuerdo a sus anatomías (Laqueur, 1994). Una operación de este tipo tiene importantes implicaciones para el modo en el que en la actualidad nos hacemos con género que pueden resumirse en dos de sus consecuencias. Por un lado, tras este giro se encuentra una dinámica de (des)identificación sociocultural que alcanza al género en su centro y que hace de las masculinidades una (des)identificación diferida y siempre activa. Diferida en tanto que en ese corte entre lo uno y lo otro, entre la mismidad y la diferencia, las masculinidades quedan presas de la otredad en tanto que no se definen por sí mismas sino que lo hacen en las dinámicas de oposición de aquello que no han de ser. Al entrar al juego del corte como forma de ordenación de la realidad, las masculinidades pueden convertirse en ese vacío de que las hermana con la humanidad que tan bien desplegaba uno de los entrevistados al decir «es que no tengo el concepto de qué es ser un hombre, o sea, yo tengo quizás más el concepto de ser..., de..., de..., de qué es ser un ser humano» (Entrevista con Político, 32 años). Dicho más claro, las masculinidades se definirán desde sus *afueras constitutivos* por medio de una lógica del dentro/afuera (Fuss, 1999) en

el que más importante que definir la identidad central que constituye la masculinidad es señalar la especificidad de las otredades para así delimitar aquello que no se ha de ser para conservar la propia masculinidad. En este sentido, ser varón es ser no siendo mujer, no siendo infante, no siendo afeminado u homosexual, no siendo alguien racializado... Pero como se señalaba una dinámica de este tipo implica también una actividad continua y sin denuedo. La masculinidad deviene una compulsión, un trabajo de género constante en el que expresar que se está del lado correcto de la divisoria que se condensa en una demostración, en una *repetición de actos estilizados* (Butler, 2001a) que deviene un modo de entrar a las relaciones sociales desde una serie de valores opositivos que termina por traducir esta lógica en una serie de actitudes. La *actividad* masculina frente a la *pasividad* femenina, la *autonomía* masculina frente a la *heteronomía* femenina y, en su límite, la *racionalidad* masculina frente a la *emotividad* femenina. Pares de polos opuestos que ordenan posibilidades vitales y sociales.

Precisamente aquí se intuye el otro conjunto de consecuencias que tiene una masculinidad entendida desde la componenda cultural moderna. Y es que en esa vinculación entre una identidad y una serie de capacidades se agazapa la conformación de la *Masculinidad*, entendida ésta no sólo como categoría identitaria estereotípica que tipifica y prescribe un modo de ser, sino también como categoría política que ordena las relaciones de género. La *Masculinidad* avanza así en las consecuencias sociales de esta abrochadura entre una posición identitaria, la masculina, y la razón como valor que ordena las relaciones sociales en la modernidad occidental. La razón es la herramienta por la que los agentes sociales pueden hacerse responsables de su destino; pero cuando ésta se prescribe como una virtud masculina por medio del recurso a la biología deja de ser patrimonio de la humanidad para ser encarnada por un colectivo específico. Éste es el origen de la emergencia de este colectivo *sin género*, ya que sus posiciones y disposiciones se confunden con las que la filosofía ilustrada asigna a la Humanidad. Las masculinidades se hacen sinónimas de ese Sujeto autónomo y racional de la modernidad occidental. Esta componenda en absoluto es ajena a lo que se puede reconocer hoy cuando los varones objeto de este estudio hablan de su género, y se repiten las afirmaciones que explican las distintas posiciones sociales de unos y otras desde una diferencia, como mantenía uno de los entrevistados, «hay dos sexos, o sea, hay... ahí nosotros tene-

mos pene, ellas tienen ahí... *conejo*, tienen clítoris, pues, o sea, es que tenemos que ser diferentes, somos diferentes» (Entrevista con Administrativo, 30 años). También es el punto de partida de esa construcción transparente que preside las masculinidades vividas y que hace tan difícil la deconstrucción de los agentes de sus propias identidades. En el cruce de la certificación de esa diferencia con la imposibilidad de entenderse como sujetos con género, los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias se acercan a lo social, entran en la interacción con aquéllos y aquéllas que les rodean; entendiendo que sus demandas y sus posiciones son las mismas que las del grupo, no se ven en su especificidad ni encuentran sus privilegios al mirar alrededor. En este doble sentido las masculinidades son transparentes: lo son por la invisibilidad que tiene su marca de género y lo son por su imposibilidad de hacerse ver en su posición central y de privilegio en el entramado social.

Ahora bien, este acercamiento a las masculinidades desde su raigambre moderna no puede quedarse aquí, de otro modo reproduciría el error que se quiere evitar y la contendría en una especie de sustancia social. La imagen de la espiral, como se decía, funciona en diferentes puntos y las temporalidades en las que se fraguan las masculinidades contemporáneas se resuelven en una red compleja de afinidades y distancias en relación a este modelo provocadas por el propio desarrollo de las sociedades occidentales. Por ello, para alcanzar a los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias de nuestro país y poder dar cuenta de sus diatribas actuales en los modos de encarnar hombría es necesario ensayar un segundo circunloquio histórico capaz de encontrar los desarrollos de esta transparencia en el contexto sociocultural más concreto y parcial que se constituye en la historia reciente de nuestro país. Éste ha sido el objeto del análisis desplegado en la segunda parte de esta tesis. Y después de realizado el repaso pormenorizado de las representaciones y las auto-representaciones de las masculinidades que se desprenden de las producciones cinematográficas, los discursos producidos en el trabajo de campo y las fuentes estadísticas consultadas, se puede esquematizar el desarrollo descrito por medio de una división en tres momentos en los que las masculinidades se han ido desplazando y re-significando. Si se resumen esos momentos como el de una *Masculinidad* moderna no contestada, el de su desubicación por medio del cambio en las condiciones materiales de su despliegue, y el de su profunda crítica y crisis en el giro postmoderno,

funda crítica y crisis en el giro postmoderno, se pueden comprender sus desarrollos, pero también cómo esa transparencia persiste pese a los desplazamientos y resignificaciones constituyéndose como límite que contiene las representaciones y auto-representaciones y así sirve de cortapisa a modelos relacionales más igualitarios. El análisis de las masculinidades desde su historia concreta en el caso español resulta adecuado para perseguir esta recursividad en la que se resuelven las (des)identificaciones masculinas. Recursividad que tiene que ver con la vuelta una y otra vez a la lógica moderna de la identidad como dinámica que ofrece un modo de estabilizar un modo de agencia masculina. Pero a otro nivel, esta recursividad también se instala en los envites que el cambio social lanza a las componendas masculinas modernas; se puede hablar entonces de la recursividad de las tensiones en tanto que las transformaciones que se derivan de los cambios de la sociedad y afectan a los modelos de hombría más que resolverse se quedan como trauma interno a las masculinidades vividas en tanto que desde su transparencia no consiguen zafarse de aquellos puntos de incoherencia, roce y fractura.

Desde esta perspectiva, en los años sesenta se puede atender a cómo la *Masculinidad* moderna que el régimen franquista re-crea desde el lenguaje tradicional y arcaizante de su modelo de Estado y que articula desde la institución familiar y la autoridad del *pater familias* empieza a mostrar sus fisuras. Si en los años cincuenta se puede intuir un modelo de la *Masculinidad* que, en esa abrochadura de lo identitario y lo político que pasa por una legislación profundamente imbuida de *masculinismo* (Brittan, 1989) que termina por ordenar las relaciones sociales, conserva su transparencia desde la tranquilidad de un sistema de dominación no cuestionado, en el inicio de los sesenta la situación comenzará a cambiar. La rápida expansión de una sociedad de consumo de masas pareja a la industrialización y la proliferación de la vida urbana hace que el modelo autárquico y tradicional que ofrece el franquismo no sea compatible con los nuevos estilos de vida. Las masculinidades se encuentran sitiadas por una transformación social de profundo calado que deja sus mecanismos de posicionamiento y exposición obsoletos. Así, la tensión que ordena este momento es la del *intento de la contención de los modelos identitarios de género* en sus parámetros prescritos por el régimen dictatorial conservador y la irrupción de una serie de nuevos deseos y realidades que mal se ajus-



tan a él, excediéndolo en todo momento. Por ello es interesante el cine de la época, especialmente aquél en absoluto crítico y adaptado tanto a las cortapisas de la supervisión estatal por medio de la censura como a las demandas de un público ávido por nuevos productos que narren su realidad. Se puede hablar de una política de la representación de la contención en la que los relatos fílmicos se mueven entre el reconocimiento de que ‘algo está cambiando’ y la resolución narrativa del ‘todo sigue igual’. Basta con volver a ver las películas protagonizadas por Paco Martínez Soria –*La ciudad no es para mí* (Lazaga, 1966) o *El turismo es un gran invento* (Lazaga, 1968)– para comprobar que no se trata de una tarea sencilla. La fantasía se enreda en un juego de artificio en el que cree poder frenar el cambio, en el que se manejan los disensos desde el maniqueísmo moral que restituye el *bien* y la *decencia* tradicionales como única salida posible. Relatos del *masoquismo masculino* que renuncia a las nuevas libertades para abrazar los parámetros de una masculinidad responsable y profundamente arcaica que encarna los valores de la sociedad en conjunto y vela por ellos. Es un cine en el que proliferan los patriarcas responsables (Gil Calvo, 2007) como guías morales de una comunidad a la que restituyen y como ejemplo de una masculinidad correcta que se separa de los contramodelos del individualismo propio de una sociedad de mercado competitiva, de la lascivia de una masculinidad sexualmente voraz ante las *mujeres liberadas sexualmente* –representadas en el mito de las *suecas*– y de un exterior amenazante para el modelo nacional-católico de sociedad. Lo interesante es que, pese a estas fisuras y la amenaza de implosión del modelo ante la suma de pequeñas transformaciones sociales que van minando los modos en los que los varones exponen y estabilizan su hombría, las masculinidades mantienen su transparencia intacta. En este sentido, se puede hablar de un momento de *transparencia apacible* en tanto que la posición masculina no es cuestionada y las tensiones aparecen como internas al modelo pero nunca como una subversión o un envite. Es decir, la posición de privilegio de los varones así como su marca de género son totalmente invisibles asegurando la reproducción de sus posiciones y haciendo de las relaciones de género un espacio de desigualdad no problemática. Así, cuando un entrevistado describía las relaciones en el seno familiar de la época como aquellas en «que nosotros no había respuesta de palabra, sino estaba el hecho, que se respondía con el hecho y ya estaba» (Entrevista con Profesor jubilado,

62 años) se certifica el consenso que produce un sistema de dominación no cuestionado y cómo su *verdad* avanza desde las creencias hasta los mecanismos de posicionamiento por los que los varones, en este caso, ocupan una posición social en tanto que tales.

Ahora bien, las fisuras del modelo pronto devienen en tensiones de más profundo calado que introducen a las masculinidades en otro marco interpretativo. En los años setenta se puede intuir el inicio de un cambio de cronotopo, una transformación en los sentidos que operan y ordenan las (des)identificaciones y las relaciones de género. En el contexto de un proceso de transición democrática, el pasado y sus modelos sociales e identitarios colapsan en los proyectos vitales de los varones heterosexuales de las nuevas clases medias emergentes. Lo que antes se podía contener ahora explota en nuevas tensiones que pronto exceden el modelo nacional-católico de hombría. Primero, por la *revisión crítica del pasado* que desde los inicios de los setenta y todavía en el régimen franquista empieza a mostrar la cara más oscura su modelo social –e.g. *Furtivos* (Borau, 1975); *Asignatura Pendiente* (García, 1977)–. Las masculinidades quedarán prendidas de esta revisión. Por una parte, por la imposibilidad de hacerse con una hombría adecuada para el nuevo tiempo en el marco del autoritarismo paternalista del régimen de Franco. Por otra, por la fuerza que empieza a adoptar durante estos años el primer movimiento feminista y sus críticas a un pasado de subordinación de las mujeres que señala a esa *Masculinidad* como fuente de opresión. Se reconoce así un rechazo al modelo de la *Masculinidad* que, de forma paradójica, no se suple con otros modelos, por lo que queda en una revisión más ideológica que vivida. Un segundo elemento que pronto se suma a esta revisión tiene que ver con la *proliferación de modelos de masculinidad del exceso* que por medio de la sexualidad van minando, ya en el inicio de los ochenta, la supuesta unicidad de la *Masculinidad*. Desde la hipermasculinidad fallida que representa un cine de corte conservador –e.g. *Los bingueros* (Ozores, 1979)– hasta la homosexualidad como subversión y apuesta por nuevas componendas identitarias –e.g. *La ley del deseo* (Almodóvar, 1986)–, las representaciones de las masculinidades ensayan nuevos tropos en los que frente a la línea de corrección e incorrección aparece un acercamiento bien distinto en el que la pluralidad avanza sobre la *Masculinidad* como único modelo disponible. Pero el elemento que se presenta como más importante y que en definitiva aglutina a los anteriores es la *institucionalización del género*, tanto en ámbi-

tos políticos como académicos, que convierte la reflexión en torno a las relaciones entre varones y mujeres en elemento de la agenda política y social, construyendo la desigualdad como problema de interés público y alcanzando a las masculinidades en su definición de las relaciones e identidades de género. Lo interesante de este momento es que las masculinidades vividas, insertas en esta revisión no sólo de los modos de pensamiento sino de las condiciones materiales de existencia, precisamente por las fallas de estos tres procesos de revisión por llegar a los modos en los que la hombría se despliega y experiencia en lo cotidiano, se verán atravesadas por un *proceso de confusión*. Encarnar hombría se convierte en un elemento mucho más problemático y contestado, los mecanismos de posicionamiento se hacen múltiples, pero en la mayoría de ellos, si no en todos, la transparencia no parece trastocarse. El rechazo de la *Masculinidad* como un todo sin revisar los modos en los que opera en la masculinización de la vida de los varones concretos, la reducción de los modelos alternativos asociados a la sexualidad a excesos externos a la 'masculinidad normal' y la construcción de las masculinidades como una posición social en cierto modo sustantiva en los discursos de la opresión y la desigualdad termina por recomponer la *transparencia como resistencia*. Resistencia que se sitúa en los procesos de subjetivación masculinos para revisarse; pero, además, resistencia que se condensa en una posición resistente ante los cambios por una lógica de la acomodación que entiende la igualdad como una pérdida de privilegios y no como la posibilidad de hacerse con modelos de hombría más afines a las vidas que se dicen querer.

Se llega así al tercer momento en el que se puede reconocer un cambio en los modos en los que se significa y vive la masculinidad. A partir de los noventa se puede hablar de una *emergencia de la marca de género masculina*. No puede atenderse esta emergencia como algo puntual o que surge de la nada; de hecho, si la masculinidad puede ser dicha y representada por ejemplo en las producciones cinematográficas es debido a la suma de transformaciones, simbólicas y materiales, que comienzan en los sesenta. En los modos en los que las masculinidades entran a la palestra, en los tropos en los que se cuentan se pueden señalar las tensiones que se han ido interpretando en los periodos anteriores. Las *relaciones con las mujeres entendidas como problemáticas y en su extremo como una lucha de sexos* –e.g. *Todos los hombres sois iguales* (Gómez Pereira,

1993)– ya estaban en potencia en la confusión masculina de los ochenta; la proliferación de *modelos monstruosos* –e.g. *Torrente, el brazo...* (Segura, 1998)– puede perseguirse hasta el cine de los setenta y pensarse como una vuelta a los excesos como estrategia narrativa que deja la transparencia intratada; incluso la estabilización de un *sentimiento de amenaza* sobre la masculinidad vivida resonaba en los relatos del *cine del destape* y sus personajes masculinos. Es decir, en los años noventa se asiste a la explosión de determinadas tendencias que terminan por construir un modelo de masculinidad diferente, separado en lo aparente del modelo de la *Masculinidad* pero con importantes vínculos con él. Se puede hallar una *masculinidad orgullosa e individualista* –e.g. *Jamón, jamón* (Luna, 1992)– que adopta las poses y gestos de la *Masculinidad* más ramplona pero que pierde su raigambre moderna y sus vínculos sociales y morales. ¿Cómo explicar este desarrollo? ¿Dónde deja a los varones heterosexuales de clases medias? La confusión que se instauraba en los ochenta no parece disiparse y, de hecho, se acrecienta en el proceso por el que la *transparencia deviene quebrada*, es decir, en el proceso por el que al ser señalados en su especificidad de género la posibilidad de encarnar masculinidades *como si* careciesen de él deja de estar disponible o al menos es un posicionamiento contestado. La paradoja es que, lejos de resolverse el abandono de la transparencia, las masculinidades siguen enganchadas de ella, siguen funcionando en su espacio de elisión e invisibilidad, blandiendo la *diferencia* como argumento de justificación y escudándose en *particularismos* para dar cuenta de la persistencia de privilegios.

En conclusión, al poner a andar la teoría de la transparencia de la *Masculinidad* en el contexto concreto de los procesos de (des)identificación masculinos de los varones heterosexuales de clases medias de nuestro país, la propuesta analítica se muestra útil para dar cuenta de las diatribas en las que se encuentran los varones españoles en este inicio de siglo. Por medio de la noción de transparencia, nombrando ese aspecto velado pero presente, invisible pero apreciable en sus consecuencias sociales, es posible alcanzar los modos en los que nos hacemos con hombría, los modos en los que nuestra experiencia es *masculinizada* (Hearn, 2004) y ahí recalcar en los problemas que se asocian con su quiebra. Como decía en otra parte, es como si la masculinidad fuera un envoltorio hasta cierto punto dúctil por lo que no notamos su abrazo que, ahora, en el momento de su revisión y deconstrucción, cuando se intenta traspasar su película, su material-

dad se hace evidente. Se demuestra así la hipótesis de trabajo que organiza esta investigación y que afirmaba que el desarrollo de las masculinidades heterosexuales de clases socioeconómicas medias españolas en los últimos cuarenta años estaban ligadas a la lógica de encarnación moderna, a la crisis de sus retóricas y al cuestionamiento de la posición-sujeto masculino, de tal modo que su transparencia se tornaba evidente y se materializa en su dureza en el momento de su revisión y deconstrucción.

Ahora bien, como se avanzaba al inicio de estas conclusiones, la mayor potencia de una explicación como la trazada está en las posibilidades que abre a futuras investigaciones. La tesis de la transparencia reconstruye el marco de sentido, persigue las transformaciones del cronotopo moderno al postmoderno para ahí encontrar a unos varones que se aferran a un modelo de *Masculinidad* ya obsoleto (Castells y Subirats, 2007) en tanto que quedan prendidos de su lógica representacional. Una vez trazada la cartografía general que permite dar cuenta de las grandes tendencias y los principales desplazamientos de sentidos en torno a las masculinidades, es posible y fructífero avanzar en un encuentro más directo con los agentes sociales y sus diatribas encarnadas para hacerse con masculinidad. Dicho más claro, es preciso reencontrarse con los procesos de sutura en los que se componen y encarnan masculinidades viables en un contexto determinado para ahí poder alcanzar las consecuencias efectivas y sociales de un lógica de (des)identificación como la que se ha descrito. Para entender fenómenos concretos, para precisar algunas de las tendencias apuntadas se hace necesario un trabajo de campo más parcial en la temática y más atento a los mecanismos de posicionamiento que se operan ante el cambio representacional. Es interesante que en esa definición de la masculinidad que pedía a mis entrevistados el más joven de ellos señalara «que [la masculinidad] es variable, incluso ahora se, se está hablando como de una redefinición, ¿no?, de lo que es masculinidad» (Entrevista con Técnico ONG, 25 años). En sus palabras en este punto y en otras citas recogidas a lo largo del análisis, este entrevistado apuntaba a un cambio en los modelos relacionales con los más próximos, en tanto que espacio de confianza, para avanzar en una masculinidad separada de lo que aquí he nombrado con la transparencia. Lo interesante es que en discursos como éste se está reconociendo un conflicto, una determinada confusión ante la falta de modelos que sin duda está teniendo importantes consecuencias en nuestra sociedad y en la experiencia

de la hombría. Se ha señalado la violencia de género como producto de esta quiebra de la transparencia, pero se puede hablar de otros procesos, quizás con menos relevancia mediática, como las dificultades de algunos varones para establecer relaciones de intimidad con mujeres o el incremento de demandantes de terapia por asuntos relacionados con la identidad de género masculino. No se trata más que de ejemplos que hablan de una vivencia problemática de las masculinidades y que apuntan a modos diversos y cambiantes de gestión de esa transparencia, por lo que el encuentro con los agentes sociales concretos resulta productivo. Se abre así un campo de estudio interesante y que repite el desplazamiento de perspectiva que presentaba en la primera parte de esta tesis al apostar por la noción de *exposición* como clave analítica. La *exposición* intenta dar cuenta de ese encuentro entre los mecanismos de inscripción y los de posicionamiento. La *exposición* señala el carácter productivo de los modelos encarnados por los agentes. Así se ha hecho posible esta investigación que superaba la *Masculinidad* para adentrarse en los diversos modos en los que se desplaza el modelo en sus representaciones y encarnaciones. Mediado por el material de trabajo –las representaciones cinematográficas, los datos estadísticos y los discursos contruidos en el presente sobre el pasado–, el análisis hace primar las representaciones y auto-representaciones. Por ello ahora se presenta como de interés traer las encarnaciones a primer plano y desde ellas retomar el problema de la agencia para considerar hasta qué punto los mecanismos de posicionamiento dependen de la intencionalidad o quedan presos de esa disposición o *habitus* (Bourdieu, 1988) que se establece como trasfondo de la intencionalidad (García Selgas, 1994). En definitiva, en este movimiento se pretende alcanzar a las masculinidades en sus contextos y procesos micro, porque quizás desde ahí se encuentren las claves de transformación y ruptura con la lógica de la transparencia que los enfoques más macro como el ensayado aquí tienden a mostrar en sus aspectos más duros.

Comenzaba esta tesis desde de una imagen de una video-instalación de D. Clarebout (Courtrai, 1969) que formó parte de la exposición '*Intocable. El ideal de la transparencia*' (Museo Patio Herreriano de Valladolid, 2007). Me servía para hablar de masculinidades y presentar a ese "*señor con sombrero*" que empujaba esa puerta transparente e infranqueable en la simple rotundidad que le aportaba su realidad ficticia al tratarse de un montaje de video sobre una imagen estática rescatada y anónima que retrotraía a

otro tiempo. Pero ese *señor* y su tozudo empeñamiento por hacer girar los goznes del cristal que separa al espectador de su mundo transitable ha terminado por contarnos a nosotros mismos –los varones–, por representarnos en tanto que empujamos puertas transparentes y en ese esfuerzo nos perdemos en la reproducción de unas relaciones de género desiguales y, en demasiados casos, atravesadas por desencuentros y frustraciones. En esa puerta, en la delgadez de su película cristalina, se condensa el producto identitario de la modernidad occidental, con su proliferación de dicotomías y fronteras, con su insistencia por reglamentar en los juegos del dentro y el fuera las relaciones de mismidad y diferencia. Ahora, en el cierre de esta investigación, volver a la videoinstalación de Clarebout me sirve para pensar las consecuencias de la transparencia en la que se instalan las encarnaciones masculinas y también testar los límites de la misma. La imagen que recojo en la entrada a estas conclusiones pertenece al final de la proyección. En ella, nuestro protagonista, en su deambular, vuelve a pararse delante de las puertas traslúcidas pero ahora es un lugar de encuentro en el que nuestro *señor con sombrero* se detiene a hablar con una mujer. Esa conversación, sorda para el espectador en la sala de exposiciones, improvisada en el encuentro de dos de los transeúntes al otro lado de las puertas de cristal –un varón y una mujer– ayuda a señalar que las dinámicas de (des)identificación masculinas son y siguen siendo un proceso abierto en el que las posibilidades de futuro pasan de nuevo por lo relacional y la realidad situada de los modos en los que llegamos a *ser hombres*. ¿Qué se trata en esa conversación? ¿Cómo pensarán esta puerta atrancada y transparente a la que se enfrentan? ¿La cuestionarán o simplemente certificarán su cierre para asumir su división de espacios y los límites que impone? La única salida al modelo de la transparencia pasa por devolver el género a lo relacional, por volver a pensar los modos en los que nos relacionamos y como desde ellos construimos nuestras formas de ser. Como las posibilidades de una explicación de las (des)identificaciones masculinas, necesita de trabajos que profundicen en esos mecanismos de posicionamiento. Los personajes representados pueden proyectarse así como sus sombras y en ese juego entre un cuerpo traslúcido que deja pasar la luz y la opacidad de la sombra, romper la metáfora de la transparencia y ver que las identidades encarnadas, como los juegos de sombras, pueden atravesar el cristal e ir a otras partes.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA.

- Alfeo Álvarez, J. C. (2000). «El enigma de la culpa: la homosexualidad y el cine español 1962-2000», *International Journal of Iberian Studies*, vol. 13, Nº 3.
- Alonso, L. E. (1998). *La mirada cualitativa en sociología*. Madrid, Fundamentos.
- (1994). «Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa», en Delgado, J. M. y Gutiérrez, J. (coords.).
- Alonso, L. E. y Conde, F. (1994). *Historia del Consumo en España: Una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo*. Madrid, Debate.
- Althusser, L. (2000). «Ideology interpellates individuals as subjects», en du Gay, P.; Jessica E. y Redman, P. *Identity: a reader*. London, Thousand Oaks y New Delhi, SAGE.
- (1974). *Escritos (1968-1970)*. Barcelona, Laia.
- Ardanaz Yunta, N. (2004). «Cría cuervos, la representación del universo femenino en una película de la transición», en Ruzafa Ortega, R. (ed.) *La historia a través del cine. Transición y consolidación democrática en España*. Bilbao, UPV editorial.
- Arditi, J. y Hequebourg, A. (1999). «Modificaciones parciales», *Política y Sociedad*, Nº 30.
- Armengol, (2007). *Masculinitats per al segle XXI*. Barcelona, Centre d'Estudis dels Drets Individuals i Col·lectius (CEDIC).
- Arroyo Pérez, A. (2005). *Tendencias demográficas durante el siglo XX en España*. Madrid, INE.
- Aumont, J. et. al., (1985). *Estética del cine. Espacio filmico, montaje, narración, lenguaje* Barcelona, Paidós.
- Badinter, E. (1993). *XY La identidad masculina*. Madrid, Alianza.
- Barthes, R. (2001). *La Torre Eiffel. Textos sobre la imagen*. Barcelona, Paidós.
- (1980). *Mitologías*. Madrid, Siglo XXI.
- Bauman, Z. (2007). *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. Barcelona, Tusquets Editores.
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona, Paidós.
- Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2001). *El normal caos del amor: las nuevas formas de la relación amorosa*. Barcelona, Paidós
- Beneke, T. (2001). «Men on Rape» en Kimmel, M. S., Messner, M. A. (comp.), *Men's Lives*. Massachusetts, Allyn and Bacon. A Pearson Education Company.
- Berger, M., Wallis, B. y Watson, S. (1995). *Constructing Masculinity*. New York, Routledge.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Bhabha, H. K. (1995). «Are you a man or a mouse?», en Berger, M., Wallis, B. y Watson, S. (eds.).
- Bly, R. (1998). *Iron John. Una nueva visión de la masculinidad*. Madrid, Gaia.



- Bonino, L. (2001). «Los varones hacia la paridad en lo doméstico: discursos sociales y prácticas masculinas»; en Sánchez-Palencia, C. e Hidalgo, J.C. (eds.).
- (2000). «Varones, género y salud mental: deconstruyendo la “normalidad” masculina», en Segarra, M. y Carabí, À. (eds.).
- (1995). «Desvelando los micromachismos en la vida conyugal»; en Corsi, J. et al. (eds.).
- Bordo, S. (1999). *The Male Body*. New York, Farrar, Straus and Giroux.
- (1993). *Unbearable Weight. Feminism, Western Culture, and the Body*. Berkeley, Los Angeles & London, University of California Press.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Madrid, Siglo XXI.
- (2000). *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama.
- (1988). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid, Taurus.
- (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, P y Passeron, J. C. (1981). *La reproducción: elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Barcelona, Laia.
- Braidotti, R. (2004). *Feminismo, Diferencia Sexual y Subjetividad Nómada*. Barcelona, Gedisa.
- Brannon, R. y David D. (1976). *The Forty-Nine Percent Majority*. Washington, Wesley Press.
- Brittan, A. (1989). *Masculinity and Power*. Oxford & New York, Basil Blackwell.
- Brod H. y Kaufman, M. (1994). *Theorizing Masculinities*. Thousand Oaks, London & New Delhi, Sage.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan*. Buenos Aires, Paidós.
- (2001a). *El género en disputa*. México D.F., Paidós.
- (2001b). «La cuestión de la transformación social»; en Butler, J., Beck-Gernsheim, E. y Puigvert, L. *Mujeres y transformaciones sociales*. Barcelona, El Roure.
- (1989). «Gender Trouble, Feminist Theory, and Psychoanalytic Discourse», en Nicholson, L. (ed.).
- Carbonell, N. y Torras, M. (Comp.) (1999). *Feminismos literarios*. Madrid, Arco.
- Carrigan, T., Connell, R. y Lee, J. (1985). «Toward a New Sociology of Masculinity», *Theory and Society*, Vol. 14, Nº 5.
- Casado Aparicio, E. (2003). «La resignificación del género en tiempos de lo –post», *Foro Interno*, Nº 3.
- (2002). *La construcción socio-cognitiva de las identidades de género de las mujeres españolas (1975-1995)*. Universidad Complutense de Madrid, Servicio de Publicaciones.
- (1999). «A vueltas con el sujeto del feminismo», *Política y Sociedad*, Nº 30.

- Casado Aparicio, E. y García García, A. A. (2006). "Violencia de género: dinámicas identitarias y de reconocimiento", en García Selgas, F. y Romero Bachiller, C. (eds.).
- Casado Aparicio, E. y Gómez Esteban, C. (2006). *Los desafíos de la conciliación de la vida familiar y profesional en el siglo XXI*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- Castells M. (2000). *La era de la información. Vol. 1 La sociedad red*. Madrid, Alianza.
- Castells M. y Subirats M. (2007). *Mujeres y hombres. ¿Un amor imposible?* Madrid, Alianza.
- Chodorow, N. (2002). «The enemy outside: thoughts on the psychodynamics of extreme violence with special attention to men and masculinity», en Gardiner, J. K. (ed.).
- (1984). *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y Sociología de la Maternidad y Paternidad en la Crianza de los Hijos*. Barcelona, Gedisa.
- Clare, A. (2002). *Hombres. La masculinidad en crisis*. Madrid, Taurus.
- Cleminson, R. y Vázquez García, F. (2000). «'Los Invisibles': Hacia una historia de la homosexualidad masculina en España, 1840-2000», *International Journal of Iberian Studies*, vol. 13, Nº 3.
- Cohen, T. F. (ed.) (2001). *Men and Masculinity*. Belmont, Wadsworth/Thomson Learning.
- Collins, M. A. y Hagenauer G. (2004). *Men's Adventure Magazines in Postwar America*. Los Angeles, Taschen.
- Collinson, D. L. y Hearn, J. (1994). «'Men' at 'Work': multiple masculinities/multiple workplaces», en Mac an Ghaill, M. (ed.).
- Connell, R. W. (2000). *The Men and the Boys*. Cambridge, Polity Press.
- (1995). *Masculinities*. Cambridge, Polity Press.
- (1987). *Gender and Power*. Cambridge, Polity Press.
- Corsi, J. et al. (1995). *Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención*. Buenos Aires, Paidós.
- de Lauretis, T. (2000). *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. Madrid, Ed. Horas y Horas.
- (1994). *The Practice of Love. Lesbian Sexuality and Perverse Desire*. Bloomington, Indiana University Press.
- (1992). *Alicia ya no. Feminismo, Semiótica, Cine*. Madrid, Cátedra.
- del Campo, S. y Rodríguez-Brioso, (2002). «La gran transformación de la familia española durante la segunda mitad del siglo XX», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, Nº 100.
- Deleuze, G. (1984). *La imagen-movimiento. Estudios sobre cine 1*. Barcelona, Paidós.
- Delgado, J. M. y Gutiérrez, J. (1995). *Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales*. Madrid, Síntesis.

- Derrida, J. (1989). *La escritura y la diferencia*. Barcelona, Anthropos.
- Díaz Herrera, J. (2006). *El varón castrado*. Barcelona, Planeta.
- Digby, T. (ed.) (1998). *Men Doing Feminism*. London & New York, Routledge.
- DiPiero, T. (2002). *White Men Aren't*. Durham & London, Duke University Press.
- Dubar, C. (2002). *La crisis de las identidades. La interpretación de una mutación*. Barcelona, Bellaterra.
- Duby, G. y Perrot, M. (dirs.) (1993). *Historia de las mujeres*. Madrid, Taurus.
- Durán, M. A. (ed.) (1998). *Mujeres y Hombres en la formación de la teoría sociológica*. Madrid, CIS.
- Durkheim, E. (2001). *La división del trabajo social*. Madrid, Akal.
- Edley, N. y Wetherell, M. (1996). «Masculinity, Power and Identity», en Mac An Ghaill, M. (ed.). *Understanding Masculinities*. Buckingham & Philadelphia, Open University Press.
- Ehrenreich, B. 1995. «The Decline of Patriarchy», en Berger, M., Wallis, B., Watson, S. (eds.).
- Elias, N. (1987). *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- Engels, F. (1986). *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. Madrid, Fundamentos.
- Erikson, E. H. (1974). *Identidad, Juventud y Crisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Escario, P; Alberdi, I. y López-Accotto, A. I. (1996). *Lo personal es político. El Movimiento Feminista en la Transición*. Madrid, Instituto de la Mujer, Ministerio de Asuntos Sociales.
- Fausto-Sterling, A. (1998). «Los cinco sexos», en J. A. Nieto (comp.).
- Fernández-Llebrez, F. (2004). «¿"Hombres de verdad"? Estereotipo masculino, relaciones entre los géneros y ciudadanía», *Foro Interno*, Nº 4.
- Flax, J. (1995). *Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios*. Madrid, Cátedra.
- Fundación FOESSA (1966). *Informe Sociológico sobre la situación social de España*. Madrid, Euroamérica.
- (1971). *Informe sociológico sobre la situación social de España 1970*. Madrid, Euramérica.
- (1976). *Estudios sociológicos sobre la situación social de España 1975*. Madrid, Euramérica.
- Foucault, M. (2008). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Madrid, Siglo XXI.
- (1991). *Microfísica del poder*. Madrid, La Piqueta.
- (1990). *Tecnologías del yo*. Barcelona, Paidós.
- (1979). «El ojo del poder», en Bentham, J., *El panóptico*. Madrid, La Piqueta.
- (1978). *Historia de la sexualidad. Vol. 1. La voluntad de saber*. Madrid, Siglo XXI.
- (1968). *Las palabras y las cosas*. Madrid y México D.F., Siglo XXI.

- Freud, S. (2002). «Some Psychological Consequences of the Anatomical Distinction between the Sexes», en Adams, R. y Savran, D. (eds.), *The masculinity studies reader*. Malden & Oxford, Blackwell.
- (1976). «Tres ensayos de teoría sexual», en Freud, S. *Obras completas Vol. 7 (1901-1905)*. Buenos Aires, Amorrortu.
- (1970). *El malestar en la cultura*. Madrid, Alianza.
- Friedan, B. (1974). *La mística de la feminidad*. Júcar, Madrid.
- Fuss, D. (1995). *Identification Papers*. Londres & New York, Routledge.
- (1999). «Dentro/Fuera», en Carbonell, N. y Torras, M. (comps.).
- Garaizabal, C. (2003). «Masculinidades y Feminismos», en Valcuende del Río y Blanco López (eds.).
- García Ferrando, M., Ibáñez, J. y Alvira, F. (comps.). *El análisis de la realidad social*. Madrid, Alanza.
- García García, A. A. (2006). «La implicación masculina en el trabajo doméstico: espacios de elisión e invisibilidad», en Casado Aparicio, E. y Gómez Esteban, C. (eds.).
- (2004). «De la posición a la exposición. Procesos identitarios de varones gitanos en España», *International Journal of Iberian Studies*, vol. 17, Nº.1.
- (2003). «De las identidades masculinas como juegos de transparencia», *Inguruak*, Nº. 37.
- García García, A. A. y Casado Aparicio, E. (2008). «Peleando por reconocerse», en Imatz, E. (Ed.). *Las materialidades de la identidad*. Donosti, Hariadna.
- (eds.) (2008). *Violencia de género en parejas heterosexuales*. Madrid, Consejería de la Mujer-Comunidad de Madrid.
- García Selgas, F. J. (2006). «La conciliación de la vida laboral y familiar: de la dominación a la afinidad y la diferencia», en Casado Aparicio, E. y Gómez Esteban, C. (eds.).
- (2001). «D. Haraway: Una epistemología feminista postmoderna», en Pérez Sedeño, E. (ed.) *Ciencia y género*. Madrid: Universidad Complutense.
- (1994). «Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad», en Delgado, J. M. y Gutiérrez, J. (coords.).
- García Selgas, F. J. y García García, A. A. (2008). «La violencia de género y la investigación social», en García García, A. A. y Casado Aparicio, E. (eds.).
- García Selgas, F. J. y Monleón, J. B. (eds.) (1999a). *Los retos de la postmodernidad*. Madrid, Trotta.
- (1999b). «Introducción», en García Selgas, F. J. y Monleón, J. B. (eds.).
- García Selgas, F.J. y Romero Bachiller, C. (eds.) (2006). *El doble filo de la navaja: Violencia y representación*. Madrid, Trotta.

- García Selgas, F. J., Romero Bachiller, C. y García García, A. A. (2003). «Sujetos e identidades en la globalización», en Barañano Cid, M., *La globalización económica: incidencia en las relaciones sociales y económicas*. Madrid, Consejo General del Poder Judicial.
- Gardiner, J. K. (ed.) (2002). *Masculinity Studies and Feminist Theory. New Directions*. New York: Columbia University Press.
- Garrido, L.J. (1993). *Las dos biografías de la mujer en España*. Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer.
- Giddens, A. (1998). *La transformación de la intimidad*. Madrid, Cátedra
- (1995a). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires, Amorrortu.
- (1995b). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona, Península.
- (1993). *Consecuencias de la Modernidad*. Madrid, Alianza.
- Gil Calvo, E. (2006). *Máscaras masculinas. Héroes, patriarcas y monstruos*. Barcelona, Anagrama.
- (2000). *Medias miradas*. Barcelona, Anagrama.
- (1997). *El nuevo sexo débil. Los dilemas del varón posmoderno*. Madrid, Temas de Hoy.
- Gilmore, D. (1994). *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona, Paidós.
- Giner, S, Lamo de Espinosa, E y Torres, C. (eds.) (1998). *Diccionario de Sociología*. Alianza, Madrid.
- González de la Fe, M. T. (1998). «Rol», en Giner, S, Lamo de Espinosa, E y Torres, C. (eds.)
- Guasch, O. (2006). *Héroes, científicos, heterosexuales y gays. Los varones en perspectiva de género*. Barcelona, Bellaterra.
- Gutterman, (1994). «Postmodernism and the interrogation of Masculinity», en Brod, H. y Kaufman, M. (eds.).
- Halberstam, J. (2008). *Masculinidad Femenina*. Madrid, Egales.
- (2002). «The good, the bad, and the ugly: men, women, and masculinity», en Gardiner, J. K. (ed.).
- Hall, S. (2003). «Introducción: ¿Quién necesita “identidad”?», en Hall, S. y du Gay, P. (comps.).
- (ed.) (1997). *Representation. Cultural representations and Signifying Practices*. Thousand Oaks, London & New Delhi, Sage.
- (1989). «Cultural Identity and Ciematic Representation», *Framework*, N° 36.
- Hall, S. y du Gay, P. (comps.) (2003). *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid, Cátedra
- Haynes, T. (1994). «Lines of Flight», *Artforum International*, N° 32.

- Hearn, J. (2004). «From hegemonic masculinity to the hegemony of men», *Feminist Theory*, Vol. 5, Nº 1.
- (1998). «Theorizing Men and Men's Theorizing: Varieties of Discursive Practices in Men's Theorizing of Men», *Theory and Society*, Vol. 27, Nº 6.
- (1996). «Is masculinity dead? A critique of the concept of masculinity/masculinities?», en Mac an Ghaill, M. (ed).
- (1992). *Men in the public eye*. London & New York, Routledge.
- Hearn, J. y Collinson, D. L. (1994). «Theorizing Unities and Differences between Men and Between Masculinities», en Brod, H. y Kaufman, M. (eds.).
- Hearn, J. y Pringle, K. (2006). *European Perspectives on Men and Masculinities. National and Transnational Approaches*. Hampshire & New York, Palgrave MacMillan.
- Herederó, C. F. (1997). «Furtivos», en Pérez Perucha, J. (ed.).
- hooks, b. (2003). «The Oppositional Gaze. Black female spectators», en Jones, A. (ed.). *The Feminism and Visual Culture Reader*. London & New York, Routledge.
- (1992). *Black Looks: Race and Representation*. Boston, South End Press.
- Horkheimer, M. y Adorno, T. W. (1994). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid, Trotta.
- Ibáñez, J. (1979). *Más allá de la sociología: el grupo de discusión, teoría y crítica*. Madrid, Siglo XXI.
- INE. *Anuario estadístico del INE*. Resultados anuales consultados desde 1960. Consultados en INEBase ([www.ine.es](http://www.ine.es))
- . *Encuesta de Población Activa*. Series revisadas a partir de 1976. Consultadas en INEBase ([www.ine.es](http://www.ine.es)).
- . *Movimiento Natural de Población*. Series revisadas desde 1975. Consultados en INEBase ([www.ine.es](http://www.ine.es)).
- Inner (1988). *Los hombres españoles*. Madrid, Instituto de la Mujer-Ministerio de AA.SS.
- Instituto de la Mujer. *Las mujeres en España: Estadísticas*. Consultadas en web del Instituto de la Mujer ([www.migualdad.es/MUJER](http://www.migualdad.es/MUJER)).
- Izquierdo, M. J. (1998). «Los órdenes de la violencia: especie, sexo y género», en Fisas, V. (ed.). *El sexo de la violencia*. Barcelona, Icaria.
- Jameson, F. (1996). *Teoría de la Postmodernidad*. Madrid, Trotta.
- Jordan, B. y Morgan-Tamosunas, R. (2001). *Contemporary Spanish Cinema*. Manchester & New York, Manchester University Press.
- Juliá, S., García Delgado, J. L., Jiménez, J. C. y Fusi, J. P. (2007). *La España del siglo XX*. Madrid, Marcial Pons.
- Kaufman, M. (1994). «Men, Feminism, and Men's Contradictory Experiences of Power»; en Brod, H. y Kaufman, M. (eds.).

- Kimmel, M. S. (2008). «Gender Equality: Not for Women Only», *Ponencias Mundo de Mujeres 08-Universidad Complutense de Madrid*.
- (2001). «Masculinidades globales: restauración y resistencia», en Sánchez Palencia, C. e Hidalgo, J. C. (eds.).
- (1997). *Manhood in America. A Cultural History*. New York, The Free Press.
- (1994). «Masculinity as Homophobia. Fear, Shame, and Silence in the Construction of Gender Identity», en Brod, H. y Kaufman, M. (eds.).
- (1993). «Invisible masculinity», *Society*, Vol. October/September
- Kundera, M. (1986). *El arte de la novela*. Barcelona, Anagrama.
- Lacan, J. (1977). *Écrits: a selection*. New York, W. W. Norton & cia.
- Lamas, M. (comp.) (1996). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México D.F., Miguel Ángel Porrúa-UNAM.
- Laqueur, T. (1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid, Cátedra.
- Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires, Siglo XXI
- Latour, B. y Hermant, E. (1999). «Esas redes que la razón ignora: laboratorios, bibliotecas, colecciones», en García Selgas, F. J. y Monleón, J. B., *Retos de la posmodernidad*. Madrid, Trotta.
- Le Breton, D. (1995). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- (1994). «Lo imaginario del cuerpo en la tecnociencia», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, Nº 68.
- Leahey, T. H. (1994). *Historia de la psicología*. Madrid, Debate.
- Lorber, J. (2001). «“Night to his Day”: The Social Construction of Gender», en Cohen, T. F. (ed.).
- Lozoya, J. A., Bonino, L., Leal, D. y Szil, P. (2003). «Cronología inconclusa del movimiento de hombres igualitarios del estado español». Paper preparado para la Delegación de Salud y Género del Ayto. de Jerez. Disponible en [www.hombresigualdad.com](http://www.hombresigualdad.com).
- Lugones, M. (1999). «Pureza, impureza y separación», en Carbonell, N. y Torras, M. (comp.).
- Luhmann, N. (1996). *Introducción a la teoría de sistemas*. México D.F., Universidad Iberoamericana.
- Lyon, D. (1996). *Postmodernidad*. Madrid, Alianza.
- Lyotard, J. F. (1998). *La condición postmoderna*. Madrid, Cátedra.
- Mac an Ghaill, M. (ed.) (1996). *Understanding masculinities*. Buckingham, Open University Press.
- Marcuse, H. (1993). *El hombre unidimensional*. Barcelona, Planeta-De Agostini.
- Marqués, J. V. (2003). «¿Qué masculinidades?», en Valcuende del Río y Blanco López (eds.).

- (1991). «Varón y Patriarcado», en Marqués, J. V. y Osborne, R., *Sexualidad y Sexismo*. Madrid, UNED-Fundación Universidad Empresa.
- Marriott, D. (2000). *On Black Men*. New York, Columbia University Press.
- Martínez Oliva, J. (2005). *El desaliento del guerrero. Representaciones de la masculinidad en el arte de las décadas de los 80 y 90*. Murcia, Cendeac-Ad Hoc.
- Mead, G. H. (1993). *Espíritu, persona y sociedad*. Buenos Aires, Paidós.
- Méndez, L. (2006). «Administrando la desigualdad entre los sexos: ¿los estudios de género a la deriva?», en García Selgas, F. y Romero Bachiller, C. (eds.).
- (2005). «Una connivencia implícita: “perspectiva de género”, “empoderamiento” y feminismo institucional», en Andrieu, R. y Mozo, C. (coords.). *Antropología Feminista y/o del Género. Legitimidad, poder y usos políticos*. Sevilla, El Monte-FAAE.
- (2004). *Cuerpos sexuados y ficciones identitarias*. Sevilla, Hypatia-Instituto Andaluz de la Mujer.
- Mercer, K. (1994). *Welcome to the Jungle. New Positions in Black Cultural Studies*. New York & London, Routledge.
- Merton, R. K. (2003). *Teoría y estructura sociales*. México D. F., Fondo de Cultura Económica.
- Millett, K. (1970). *Sexual Politics*. New York, Doubleday.
- Monleón, J. B. (ed.) (1995). *Del franquismo a la posmodernidad*. Madrid, Akal.
- Monterde, J. E. (1993). *Veinte años de cine español. Uncine bajo la paradoja*. Barcelona, Paidós.
- Morgan, D. H. J. (2001). «Family, Gender and Masculinities», en Whitehead, S. y Barret, F. (eds.)
- Mosse, G. L. (2000). *La imagen del hombre. La creación de la moderna masculinidad*. Madrid, Talasa.
- Nicholson, L. (ed.) (1989). *Feminism/Postmodernism*. London & New York, Routledge.
- Nieto, J. A. (1998a). «Transgénero/Transexualidad: de la crisis a la reafirmación del deseo», en J. A. Nieto (coord.).
- (coord.) (1998b). *Transexualidad, transgenerismo y cultura*. Madrid, Talasa.
- Nixon, S. (1997). «Exhibiting Masculinity», en S. Hall (ed.).
- Neff, J. (2001). «Cuando Darth Vader sustituye al falo: la masculinidad como deseo reprimido», en Sánchez Palencia, C. e Hidalgo, J. C. (eds.).
- Ortí, A. (2000). «La apertura y el enfoque cualitativo o estructural», en García Ferrando, M., Ibáñez, J. y Alvira, F. (comps.)
- Osborne, R. (2004). «Del padre simbólico al padre real: la función paterna desde la modernidad» en Concha, A. de la y Osborne, R. (coords.), *Las mujeres y los niños primero. Discursos de la maternidad*. Barcelona, Icaria.
- Parsons, T. (1970). «La estructura social de la familia», en Fromm, E et al., *La Familia*. Barcelona, Península.



- Parsons, T. y Bales, R. F. (1956). *Family, Socialization and Interaction Process*. London, Routledge & Kegan Paul.
- Patio Herreriano (2007). *Catálogo de la exposición 'Intocables. El ideal de la transparencia'*. Valladolid, Museo Patio Herreriano [Disponible en su página web [www.museopatioherreriano.org](http://www.museopatioherreriano.org)].
- Pease, B. (2002). *Men and Gender Relations*. Victoria, Tertiary Press.
- (2000). *Recreating men. Postmodern Masculinity Politics*. London, Thousand Oaks & New Delhi, SAGE.
- Pérez-Agote, A. (1999). «Globalización, crisis del Estado y anomia. La teoría social visita Europa»; en Ramos, R. y García Selgas, F. J. (eds.). *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de teoría social contemporánea*. Madrid, CIS.
- (1998). «Identidad», en Giner, S, Lamo de Espinosa, E y Torres, C. (eds.).
- (1996). «La sociedad se difumina, el individuo se disgrega», en Pérez-Agote, A. y Sánchez de la Yncera, I. (eds.). *Teoría social y complejidad*. Madrid, CIS.
- Pérez Perucha, J. (ed.) (1997). *Antología crítica del cine español 1906-1995*. Madrid, Cátedra y Filmoteca Española.
- Petersen, A. (2003). «Research on Men and Masculinities: some Implications of Recent Theory for Future Work», en *Men and Masculinities*, Vol. 6 N. 1
- (1998). *Unmasking the Masculine. 'Men' and 'Idintity' en a Sceptical Age*. London, Thousand Oaks & New Delhi, SAGE.
- Pfeil, F. (1995). *White Guys. Studies in Postmodern Domination & Difference*. London & New York, Verso.
- Phelan, P. (1993). *Unmarked. The politics of performance*. London & New York, Routledge.
- Pleck, J. H. (1981). *The Myth of Masculinity*. Cambridge & London, The MIT Press.
- Preciado, B. (2002). *Manifiesto contra-sexual. Prácticas subversivas de identidad sexual*. Madrid, Ópera prima.
- Pringle, K. et al. (2006). *Men and Masculinities in Europe*. London, Whiting & Birch.
- Ranson, G. (2001). «Men at Work. Change –or No Change– in the Era of the “New Father”», *Men and Masculinities*, Vol. 4 No. 1.
- Robinson, S. (2000). *Marked Men. White Masculinity in Crisis*. New York, Columbia University Press.
- (2001). «“Emotional Constipation” and the Power of Dammed Masculinity», en Lehman, P. (ed.).
- Rodríguez Ibáñez, J. E. (2006). «Emigrants in 20th Century Spanish Politics and Culture»; en García Selgas, F. y Rocco, R. (ed.). *Transnationalism: Issues and Perspectives*. Madrid, Editorial Complutense.

- (1999). *¿Un nuevo malestar en la cultura? Variaciones sobre la crisis de la modernidad*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- (1989). *La perspectiva sociológica. Historia, teoría y método*. Madrid, Taurus.
- Rubin, G. (1996). «El tráfico de mujeres: nota sobre la “economía política” del sexo», en Lamas, M. (ed.).
- Sánchez Salas, B. (1997). «El cochecito», en Pérez Perucha, J. (ed.).
- Sánchez-Palencia, C. e Hidalgo, J. C. (eds.) (2001). *Masculino Plural: construcciones de la masculinidad*. Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida.
- Santamarina, C. y Marinas, J. M. (1994). «Historias de vida e historia oral», en Delgado, J. M. y Gutiérrez, J. (coords.).
- Sau, V. (2000). «De la facultad de ver al derecho de mirar», en Segarra, M. y Carabí, À. (eds.).
- Scott, J. W. (1999). “La experiencia como prueba”, en Carbonell, N., Torras, M. (comp.). *Feminismos literarios*. Madrid, ARCO/LIBROS, S.L.
- Sedgwick, E. K. (1995). “Gosh, Boy George, You Must Be Awfully Secure in Your Masculinity!”, en Berger, M., Wallis, B., Watson, S. (eds.). *Constructing Masculinity*. New York, Routledge.
- Segal, L. (1990). *Slow Motion. Changing Masculinities, Changing Men*. London, Virago.
- Segarra, M. y Carabí, À. (Eds.) (2000). *Nuevas masculinidades*. Barcelona, Icaria.
- Seidler, V. J. (2000). *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*. México D.F., Paidós.
- (ed.) (1992). *Men, Sex, and Relationships: writings from Achilles Heel*. London & New York, Routledge.
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter*. Barcelona, Anagrama.
- Silverman, K (2000). «Male Subjectivity and Celestial Suture: *It's a Wonderful Life*»; en Kaplan, E. *A. Feminism and Film*. Oxford, Oxford University Press.
- Simmel, G. (2003). *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona, Gedisa.
- (1977). *Sociología I*. Madrid, Revista de Occidente.
- Smith, P. (1993). *Clint Eastwood. A cultural production*. Minneapolis & London, University of Minnesota Press.
- Torreiro, (1995). «¿Una dictadura liberal? (1962-1969)», en Gubern, R. et al, *Historia del cine español*. Madrid, Cátedra.
- Tuana, N. et al. (2002). *Revealing Male Bodies*. Bloomington, Indiana University Press.
- Turner, B. S. (1994). «Avances recientes en la Teoría del Cuerpo», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, Nº 68.
- (1989). *El Cuerpo y la Sociedad. Exploraciones en Teoría Social*. México, Fondo de Cultura Económica.

- Valcuende del Río, J. M. y Blanco López, J. (2003). *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades*. Madrid, Talasa.
- Valverde, J. A. (1975). *El varón domado, réplica. Proceso a la obra de Esther Vilar*. Madrid, SEDMAY.
- Vázquez García, F. y Moreno Mengíbar, A. (1997). *Sexo y Razón. Una genealogía de la moral sexual en España (siglos XVI-XX)*. Madrid, Akal.
- Vilar, E. (1973). *El varón domado*. Barcelona, Grijalbo.
- Walby, S. (1990). *Theorising Patriarchy*. Oxford & New York, Basil Blackwell.
- Weber, M. (1965). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona, Península.
- (1964). *Economía y sociedad*. México D. F. y Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- Weeks, J. (1998). *Sexualidad*. México D. F., Paidós.
- Welzer-Lang, D. (2000). «Iniciativas Europeas y Análisis de las Resistencias Masculinas a los Cambios». Conferencia recogida en [www.hombresigualdad.com](http://www.hombresigualdad.com).
- Whitehead, S. M. (2002). *Men and Masculinities*. Cambridge, Polity Press.
- Whitehead, S. M. y Barret F. J. (Eds.) (2001). *The Masculinities Reader*. Cambridge, Polity Press.
- Willis, P. (1988). *Aprendiendo a trabajar*. Madrid, Akal.
- Zunzunegui, S. (1997). «La ciudad no es para mí», en Pérez Perucha, J. (ed.).

## FILMOGRAFÍA COMENTADA (orden cronológico)

*El cochecito* (1960). Dir.- Marco Ferreri.

Guión.- Rafael Azcona y Marco Ferreri. Intérpretes.- José Isbert, Pedro Porcel, José Luis López Vázquez y María Luisa Ponte.

*La gran familia* (1962). Dir.- Fernando Palacios.

Guión.- Rafael J. Salvia, Pedro Masó y Antonio Vich. Intérpretes.- Alberto Closas, Amparo Soler Leal, José Isbert y José Luis López Vázquez.

*La ciudad no es para mí* (1965). Dir.- Pedro Lazaga.

Guión.- Pedro Masó y Vicente Coello. Intérpretes.- Paco Martínez Soria, Doris Coll, Eduardo Fajardo y Alfredo Landa.

*La muerte tenía un precio* (1965). Dir.- Sergio Leone.

Guión.- Luciano Vicenzoni y Sergio Leone. Intérpretes.- Clint Eastwood, Lee Van Cleef, Gian Maria Volonté y Luigi Pistilli.

*El turismo es un gran invento* (1968). Dir.- Pedro Lazaga.

Guión.- Pedro Masó y Vicente Coello. Intérpretes.- Paco Martínez Soria, José Luis López Vázquez, Antonio Ozores y María Luisa Ponte.

*No desearás al vecino del 5º* (1970). Dir.- Ramón Fernández.

Guión.- Juan José Alonso Millán y Alessandro Continenza. Intérpretes.- Alfredo Landa, Jean Sorel, Ira De Fürstemberg e Isabel Garcés.

*Vente a Alemania, Pepe* (1971). Dir.- Pedro Lazaga.

Guión.- Vicente Escrivá y Vicente Coello. Intérpretes.- Alfredo Landa, Tina Sáinz, José Sacristán y Manuel Summers.

*Furtivos* (1975). Dir.- José Luis Borau.

Guión.- José Luis Borau y Manuel Gutiérrez Aragón. Intérpretes.- Lola Gaos, Ovidi Montllor, Alicia Sánchez y José Luis Borau.

*Pepito Piscinas* (1976). Dir.- Luis María Delgado.

Guión.- Antonio Vich y Félix Paulet. Intérpretes.- Fernando Esteso, Mirta Miller, Helga Liné y Susana Estrada.

*Asignatura pendiente* (1977). Dir.- José Luis Garci.

Guión.- José Luis Garci y José María González Sinde. Intérpretes.- José Sacristán, Fiorella Faltoyano, Antonio Gamero y Silvia Tortosa.

*Los bingueros* (1978). Dir.- Mariano Ozores.

Guión.- Mariano Ozores. Intérpretes.- Andrés Pajares, Fernando Esteso, Antonio Ozores y África Pratt.

*Sé infiel y no mires con quién* (1985). Dir.- Fernando Trueba.

Guión.- Fernando Trueba. Intérpretes.- Ana Belén, Carmen Maura, Antonio Resines, Santiago Ramos y Verónica Forqué.

*La Ley del Deseo* (1987). Dir.- Pedro Almodóvar.

Guión.- Pedro Almodóvar. Intérpretes.- Eusebio Poncela, Carmen Maura, Antonio Banderas y Miguel Molina.

*Mujeres al borde de un ataque de nervios* (1988). Dir.- Pedro Almodóvar.

Guión.- Pedro Almodóvar. Intérpretes.- Carmen Maura, Fernando Guillén, Julieta Serrano y Antonio Banderas.

*Tacones lejanos* (1991). Dir.- Pedro Almodóvar.

Guión.- Pedro Almodóvar. Intérpretes.- Victoria Abril, Marisa Paredes, Miguel Bosé y Feodor Atkine.

*Jamón, jamón* (1992). Dir.- J. J. Bigas Luna.

Guión.- Cuca Canals y J. J. Bigas Luna. Intérpretes.- Stefania Sandrelli, Anna Galiena, Juan Diego y Penélope Cruz.

*Todos los hombres sois iguales* (1993). Dir.- Manuel Gómez Pereira.

Guión.- Manuel Gómez Pereira, Joaquín Oristrell, Yolanda García Serrano y Juan Luis Iborra. Intérpretes.- Imanol Arias, Juanjo Puigcorbé, Antonio Resines y Cristina Marcos.

*Airbag* (1996). Dir.- Juanma Bajo Ulloa.

Guión.- Juanma Bajo Ulloa, Karra Elejalde y Fernando Guillén Cuervo. Intérpretes.- Karra Elejalde, Fernando Guillén Cuervo, Alberto San Juan y Francisco Rabal.

*Torrente, el brazo tondo de la ley* (1997). Dir.- Santiago Segura.

Guión.- Santiago Segura. Intérpretes.- Santiago Segura, Javier Cámara, Tony Leblanc y Neus Asensi.

*800 Balas* (2002). Dir.- Álex de la Iglesia.

Guión.- Álex de la Iglesia y Jorge Guerricaechevarría. Intérpretes.- Sancho Gracia, Carmen Maura, Ángel de Andrés López y Eusebio Poncela.

